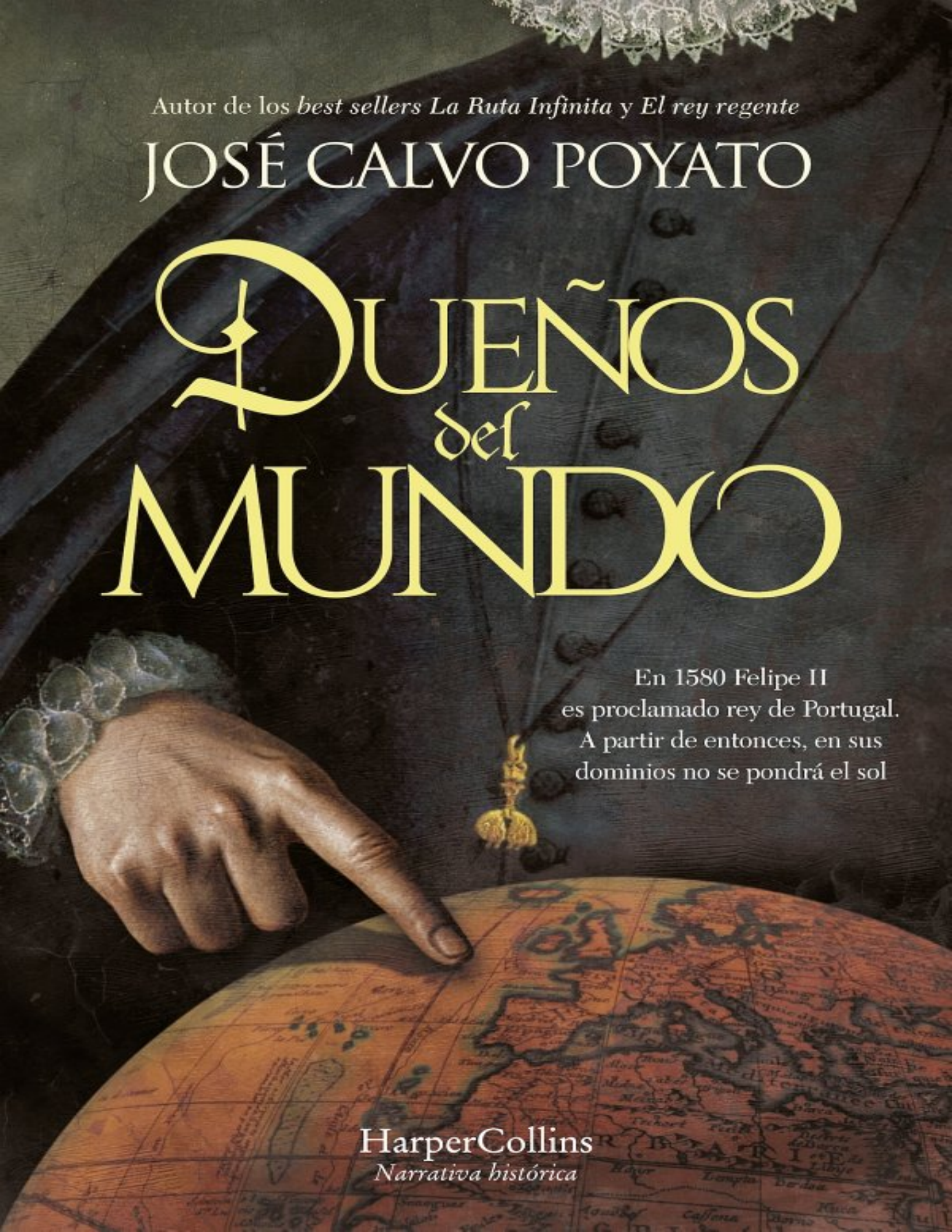

Autor de los *best sellers La Ruta Infinita* y *El rey regente*
JOSÉ CALVO POYATO
DUEÑOS del MUNDO
En 1580 Felipe II
es proclamado rey de Portugal.
A partir de entonces, en sus
dominios no se pondrá el sol
HarperCollins
Narrativa histórica

Portadilla

JOSÉ CALVO POYATO

Dueños del MUNDO

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollins.es

Dueños del mundo
© José Calvo Poyato, 2025
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta y mapa del interior: CalderónSTUDIO®
Imagen de cubierta: Alamy

ISBN: 9788410642355

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

I
II
III
IV
VI
VII
VIII
IX
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII

XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
LI
LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX

LXXI
Capítulo LXXII
LXXIII
LXXIV
Cuadro genealógico
Bibliografía
Dramatis personae
Nota del autor
Agradecimientos

I

Madrid, primeros de mayo de 1576

Los dos hombres recogían sus cañas de pescar. Andrés, zapatero de la calle Mayor, que tenía su tienda junto a la Puerta de Guadalajara, y Villegas, el espartero de la Cava de San Miguel. Había sido un mal día. Sólo tenían una carpa y no muy grande.

—Os lo dije. Hoy no era buen día para pescar.

—¡Bah! ¡Bobadas! ¡Cuando pican, pican y cuando no, no!

—Nunca los he visto picar con tanto frío —insistió el espartero—. Las aguas del Guadarrama no son a propósito para pescar por estas fechas.

Echaron a andar y fue entonces cuando algo llamó su atención.

—¿Qué será aquello? —Villegas señaló una oscura masa entre los juncos que crecían en la ribera de aquel recodo del cauce.

—Podría ser un animal agazapado y resultar peligroso. No me parece prudente que nos acerquemos —dijo el zapatero.

—Lo que quiera que sea no se mueve.

—Mejor nos vamos. El día ha sido malo y podemos rematarlo peor.

—Acerquémonos —insistió Villegas, que parecía más decidido.

Procurando no hacer ruido, se aproximaron a aquel bulto inmóvil.

—No se mueve —musitó, miedoso, el zapatero—. ¡Vámonos!

—Marchaos si queréis. Yo no me voy sin saber qué es eso.

El zapatero estaba pasando un mal trago, pero no se iría. Si lo hacía, Villegas lo pregonaría por la vecindad. Estaban muy cerca, pero los juncos y la maleza impedían ver aquello, que permanecía

inmóvil. El zapatero había empezado a sudar. La camisa, humedecida, se le había pegado al cuerpo.

Al acercarse se distinguía mejor el color. Era oscuro y tenía manchas de barro.

—Sigue sin moverse. —El zapatero estaba cada vez más asustado.

—Psss. ¡No habléis tan alto!

—Mejor nos vamos. Esto no me gusta.

—¡Vamos, Andrés! —insistió Villegas.

—¿Le arrojamos algo a ver qué pasa?

—¿Cree vuesa merced que es una buena idea?

—¿Se os ocurre otra mejor? ¡Si es una alimaña…!

—Habría huido y, si fuera a atacarnos, ya habría saltado sobre nosotros.

Se acercaron un poco más y lo que vieron los dejó paralizados.

—¡Es un muerto! —exclamó el zapatero llevándose la mano a la boca.

El cadáver vestía una larga y embarrada túnica de amplias mangas. Se trataba de un hombre que tenía una luenga y canosa barba.

—¡Mirad! ¡Lo han degollado!

No se atrevieron a tocar nada. Discutieron si era mejor olvidarse de aquello o dar conocimiento a las autoridades.

—Si vamos a la justicia, tendremos complicaciones —afirmaba el zapatero, que era persona apocada—. Hasta podrían *endiñarnos* al muerto.

—Pero no es de cristianos dejarlo ahí tirado. Se está hinchando y las alimañas no tardarán en dar cuenta de él.

—Y si se lo decimos a don Pedro… —propuso Andrés—. Si es él quien da parte a la justicia no le calentarán la cabeza como a nosotros.

—¿Quién te asegura a ti que don Pedro no va con el cuento a los alguaciles y dice que se lo hemos contado nosotros? —dudó Villegas.

—Lo que los curas oyen en confesión no pueden decirlo.

—¿Pretendéis que nos confesemos para decirle que hemos encontrado un muerto?

—¿Se os ocurre a vos algo mejor?

Aquella misma tarde confesaron a don Pedro de Arriaga, párroco de San Ginés, que había un cadáver en el recodo que hacía el Guadarrama poco antes de la huerta de la Florida.

—¿Decís que se trata de un hombre?

—Al que han degollado —respondió Andrés.

Una hora más tarde el párroco daba cuenta al alguacil Diego de Paz.

Diego de Paz y Lastres era el sexto hijo de una familia montañesa, de un pueblo llamado Polaciones, en el valle del Nansa. Era familia con muchos cuarteles en su escudo, pero venida a menos cuando su abuelo, aficionado al naipe, perdió en una noche el patrimonio familiar y se quitó la vida. Rondaba los cuarenta y ocho años y era de estatura más que mediana —dos varas y cuatro dedos—. Tenía un hoyuelo en la barbilla que había encandilado a más de una dama y sus ojos, del color de la miel, conferían a su mirada cierto aire de languidez que se encontraba muy lejos de su temperamento. El pelo, que gastaba corto y había sido castaño en otro tiempo, se había llenado de canas. Tenía unos hermosos mostachos, completamente blancos.

Con apenas dieciocho años se enroló en el ejército y recibió el bautismo de fuego en la batalla de Mühlberg. Fue uno de los que apresaron al jefe de los protestantes, el elector Federico de Sajonia. Después estuvo en Italia y en Ferrara alcanzó el grado de alférez. Combatió contra los berberiscos en el Mediterráneo. Por su valor se le dio patente de capitán y levantó su propia compañía, que integró en el tercio de don Álvaro de Sande. Su última acción militar había tenido lugar una década atrás, cuando su tercio acudió —recién liberado su maestre que había estado preso en Constantinopla— en defensa de la isla de Malta, asediada por los turcos. Allí recibió un arcabuzazo y perdió dos dedos de su mano derecha, lo que le obligó a alejarse de los campos de batalla.

Estuvo casado hacía años, siendo alférez, pero su esposa había muerto en su primer parto y unos días después la niña, que había nacido con el cordón umbilical enredado en el cuello. No había vuelto a casarse y desde hacía un par de años tenía un romance con doña Leonor de Rojas, hija de don Leopoldo de Rojas, secretario del

Consejo de Hacienda, caballero de la Orden de Santiago y familiar del Santo Oficio. Mantenían una relación amorosa, sin que él le hubiera dado palabra de matrimonio.

En reconocimiento a sus méritos militares, se le había otorgado una de las plazas de alguacilazgo de la Villa y Corte, cargo que desempeñaba con justicia. Eso le había granjeado algunas simpatías y muchas enemistades. No volvía la cara ante el peligro y solía dar ejemplo a los corchetes que tenía a sus órdenes, quienes le dispensaban un respeto que rayaba en la admiración.

En aquellos años de alguacilazgo había aprendido a manejar el acero con la mano izquierda, y más de uno había podido comprobar que seguía siendo temible con una espada en la mano.

—¿Vuestra paternidad lo ha visto? —preguntó al padre Arriaga.

—No, pero puedo asegurar a vuesa merced que la noticia es abonada.

—¿Quién os la ha dado?

—Eso no puedo decíroslo.

Diego frunció el ceño y el párroco se encogió de hombros y mostró las palmas de las manos.

—Secreto de confesión.

Diego pensó que, si se lo habían dicho en confesión, debía ser cierto.

—¡Vamos entonces! ¿Vuestra paternidad desea acompañarnos?

—Iré, aunque sea poco lo que pueda hacer por él.

—Pues no perdamos tiempo. Pronto será de noche.

El alguacil y dos de sus hombres montaron a caballo y otros dos lo hicieron en un carruaje donde iba el párroco. Subieron por la calle de los Tintoreros hasta el juego de Pelota y desde allí hasta la plazuela donde se abría la huerta de la Priora. Luego, ganada la trasera de los jardines del Alcázar, enfilaron la Puerta del Parque y llegaron a la ribera del Guadarrama cuando todavía quedaba algo de luz.

Buscaron entre los juncos por el recodo del río a la altura de la casa de la huerta de la Florida. Cuando llegó el carruaje, el párroco y los otros dos corchetes se sumaron a la búsqueda. No era fácil encontrar algo entre aquella maleza. Los sotos de la ribera del río

eran una pequeña selva donde podían ocultarse muchas cosas. A ello se añadía que la luz menguaba. El sol acababa de ocultarse por el horizonte.

—Si no damos pronto con él, tendremos que dejarlo para mañana. La noche se nos echa encima y no veremos a un palmo de nuestras narices.

Diego estaba a punto de ordenar a sus hombres que cesaran cuando el párroco, que se había arremangado hasta la cintura su negra loba, gritó:

—¡Aquí, aquí está! ¡Venid!

Todos miraron en silencio el cadáver de aquel desconocido, al que habían rebanado el cuello.

—Improvisemos unas angarillas —ordenó el alguacil—. ¡Buscad unos palos y utilizaremos una de las mantas de los caballos!

Era noche cerrada cuando, manchados de barro hasta las rodillas, colocaron las improvisadas parihuelas en la parte trasera del carruaje.

El corchete que lo conducía preguntó a Diego:

—¿Adónde lo llevamos?

—¡Al hospital de San Ginés! —respondió el párroco para añadir a continuación—: Si don Diego lo considera oportuno.

—¡Por lo pronto lo llevaremos allí! ¡Después ya veremos!

El hospital de los Caballeros de San Ginés estaba en la calle del Arenal, muy cerca de la parroquia. Era donde atendían a los peregrinos que pasaban por Madrid, y por esa razón algunos lo llamaban hospital de Santiago de los Caballeros y se sostenía con las limosnas de sus benefactores.

Algo más de media hora después el cadáver reposaba sobre una fría losa de mármol. Unos enfermeros lo habían despojado de la túnica y quedaron horrorizados al ver que el cuerpo estaba lleno de cortes y quemaduras.

—¡A este desgraciado lo torturaron antes de degollarlo! —exclamó el párroco.

—Eso significa que buscaban sacarle algo —señaló Diego.

Mientras los enfermeros lavaban el cadáver antes de vestirlo con un sayo de paño limpio, el alguacil miraba y remiraba la túnica,

tratando de encontrar algún indicio.

—Extraña túnica, ¿no le parece a vuestra paternidad?

—Se la he visto a algunos boticarios. Pero suelen llevar algo debajo y este pobre nada más tenía.

—Sin duda, lo desnudaron para hacerle las perrerías con que lo atormentaron. Después de matarlo no se molestaron en vestirlo de nuevo y sólo le pusieron la túnica. Eso nos dice que no lo mataron donde lo hemos encontrado. Lo llevaron allí para desprenderse del cadáver.

Diego comprobó que el corte en el cuello era muy profundo. La hoja casi había llegado al hueso.

—Quien acabó con su vida tenía un arma muy cortante, sabía manejarla y era fuerte. Sólo hay un tajo y es muy limpio.

—Vuesa merced ve cosas que a los demás se nos ocultan.

—Es parte de mis obligaciones, páter, y para eso me pagan. Me pregunto quién será y por qué ha acabado de esta forma. Mañana volveré al lugar. Quizá encuentre algo que nos dé una pista.

Se oyeron, majestuosas en medio del silencio, las campanadas del reloj de la Puerta de Guadalajara. Eran las diez.

Antes de marcharse, el padre Arriaga bisbiseó unas oraciones, entonó un *pater noster* y finalmente bendijo el cadáver.

Se despidieron en la puerta del hospital. El alguacil se embozó la capa y, embebido en sus pensamientos, llegó a la plazuela de la Leña. Hacía frío y no había un alma en la calle. Dio un rodeo por la trasera de la Concepción Jerónima y por la calle de Toledo caminó hasta donde los jesuitas estaban levantando el monumental edificio donde tenían el colegio Imperial. Muy cerca estaba la casa de Leonor.

Tocó a la puerta con suavidad para no llamar la atención entre el vecindario, pues sus amores daban lugar a toda clase de comentarios. Unos los censuraban y otros los aplaudían. La mayoría de los hombres envidiaban a Diego porque Leonor de Rojas era una mujer muy atractiva. Tenía los ojos negros, como su melena, y en su alargado rostro lucía un lunar junto a la comisura de los labios. Muchos estarían dispuestos a poner en peligro la salvación de su alma por meterse entre sus sábanas y gozar de sus encantos.

Leonor era mucho más joven que Diego —acababa de cumplir treinta años— y también era viuda. Al morir su marido, en un accidente de caballo, poco después de haber contraído matrimonio, su familia dispuso su ingreso en un monasterio. Pero Leonor, que era mujer de carácter, se había negado enfrentándose a su familia. Abandonó la casa paterna y se acomodó en una vivienda más humilde, en la esquina de la calle que empezaban a llamar de la Compañía, frente al convento que habían fundado los mercedarios pocos meses después de que Felipe II hubiera decidido convertir la villa de Madrid en la capital de sus dominios. Disponía, gracias a los bienes que había heredado de una tía suya estando todavía soltera, a la dote y a ciertas mandas que su marido le había dejado en el testamento, de suficientes rentas para tener una vida cómoda. Era, pues, una viuda joven, guapa y rica. Había tenido que espantar a algunos moscones que la consideraban un excelente partido.

Una criada, que debía de estar aguardando la llamada al otro lado de la puerta, dada la rapidez con que abrió, le franqueó el paso.

—Buenas noches, don Diego —lo saludó haciéndose cargo de su capa y sombrero y mirando horrorizada el barro reseco de sus botas.

—Buenas noches, Eufrasia.

—Mi señora os espera arriba. Hace rato que subió. —Miró la capa, también manchada de barro—. Veré qué puedo hacer para dejárosla limpia.

Tomó el candelabro que la criada le ofrecía y subió a la alcoba. Leonor estaba ante el tocador, pasándose un cepillo con la empuñadura de plata, una y otra vez, por su negra y sedosa melena.

Se giró al sentir el pestillo de la puerta.

—Mucho os habéis retrasado. —Era una reconvención mimosa.

Diego dejó el candelabro y se desprendió del tahalí, en lugar de responder. Ella se levantó y él la tomó entre sus brazos. La besó en los labios y el cuello, y luego todo sucedió muy deprisa. Él deshizo los lazos de su camisón y ella los de su camisa. Se echaron en la cama donde entre caricias y besos acabaron de desnudarse. Bajo las sábanas se amaron entre jadeos y palabras dichas en voz baja.

—¿Qué os ha retrasado tanto? ¡Llevo esperándoos más de dos horas! En vuestro billete decíais que vendríais a las ocho. ¡Os he

echado tanto de menos! ¡Una semana sin veros! ¡Los días se me han hecho eternos!

Diego dejó escapar un suspiro.

—También a mí. No encontraba el momento de volver.

El alguacil había estado una semana fuera y había regresado aquella mañana. Le había mandado un billete diciéndole que la vería a las ocho.

—¿Habéis cenado?

—No he probado bocado desde el almuerzo. Pasada la media tarde, las cosas se complicaron.

—¿Por eso os habéis retrasado y vuestras botas están hechas una pena?

—Ha aparecido un cadáver en un recodo del río. Le habían rebanado el cuello.

Ella le puso un dedo en los labios.

—Después me lo contaréis. Ahora tenéis que comer algo.

Se puso el camisón e impartió órdenes desde la puerta de la alcoba. Poco después Eufrasia apareció con una bandeja —hojaldrillos rellenos de carne picada, unas pechugas de capón y lomos de bacalao en salsa—, una frasca con vino y dos copas. Diego comió con apetito y ella lo acompañó dando sorbos al vino que se había servido.

Cuando terminó, se llevó las manos al vientre con satisfacción.

—Un marqués no habría cenado mejor.

Ella hizo un mohín.

—¿Nada que decir de la compañía?

—Ese marqués no la habría tenido tan grata. —Se levantó, la besó y, abrazándola, se fueron otra vez a la cama, donde volvieron a amarse con pasión. Una semana separados había sido demasiado tiempo.

—¿Qué es eso del cadáver que habéis encontrado?

Le explicó, sin detallar lo más escabroso, la noticia, la búsqueda y el traslado del cadáver al hospital de San Ginés.

—¿No tenéis idea de quién puede ser?

—El párroco dice que su túnica es propia de los boticarios…

—Aguardad un momento. No, mejor vestíos —le ordenó ella saltando de la cama y poniéndose el camisón.

Desde la puerta de la alcoba gritó:

—¡Eufrasia! ¡Eufrasia! —Sin apenas aguardar, insistió—: ¡Eufrasia! ¿Es que no me oyes?

Empezaba a impacientarse cuando le llegó la respuesta.

—¿Me ha llamado la señora? —La voz llegaba desde el pie de la escalera.

—¡Sube! ¡Sube, rápido!

La criada llegó resoplando.

—¿Ocurre algo, señora? Estaba limpiando la capa de don Diego…

Leonor vio que Diego se había puesto los gregüescos y la camisa.

—¡Pasa!

—¡Señora!

—¡Pasa, te digo!

Entró, miró a Diego y agachó la cabeza.

—¡Cuéntale, cuéntale al alguacil lo que me dijiste esta mañana!

La criada, extrañada, sin levantar la vista, preguntó:

—¿Qué os conté esta mañana?

—Lo del boticario.

Con la vista fija en el suelo, como si fuera pecado mirar, comentó:

—Esta mañana, en la tahona, decían que el boticario de la calle del León llevaba desaparecido tres días.

—¿Eso lo has oído esta mañana?

—Sí, señor —respondió Eufrasia, que seguía sin alzar la vista.

—¿Quién lo dijo?

—Creo que fue el panadero.

—¿Sabes cómo se llama ese boticario?

—Me parece que era Baltasar, pero…, pero no puedo asegurároslo.

—¿Recuerdas algo más? —le preguntó su ama.

—No, señora.

Cuando Eufrasia se hubo marchado, llevándose las botas para lustrarlas, se desvistieron y, después de muchos besos y caricias, ella se quedó dormida y él, antes de que lo rindiera el sueño, recapituló. Tenía un caso complicado, pero hilos de los que tirar. Lo primero que haría al día siguiente sería acudir a la botica de la calle del León.

II

Se despertó con las primeras luces del día. Leonor dormía. Se levantó, tratando de no hacer ruido, pero al echar agua en la jofaina para lavarse la cara y el torso, ella se removió. Estaba casi vestido, con la camisa abotonada, las botas, que encontró a la puerta de la alcoba, calzadas e iba a ponerse el jubón cuando ella se despertó.

—¿Ya os marcháis?

—Tengo mucho trabajo.

Ella deslizó la manta y las sábanas y mostró su torso desnudo.

Su salida de la alcoba se retrasó un buen rato. Leonor, abrigada con una bata de gruesa lana, bajó a la cocina y no permitió que se fuera hasta que se hubo bebido una jarrilla de leche con unos mojicones que ella misma había preparado la víspera.

—¿Vendréis esta noche?

—Haré todo lo posible.

—¿Eso es un sí o un no?

La miró a los ojos. Eran bellísimos.

—Vendré, aunque sea tarde —respondió y la besó en los labios.

En la calle reinaba una gran animación. Estudiantes que se dirigían a las aulas del colegio Imperial, cabreros que ordeñaban a sus animales en la puerta de las casas donde se lo pedían, aceiteros que pregonaban su mercancía, llevando sus toneles de cobre a la espalda y el juego de medidas en las manos. Se veían también esportilleros que iban y venían, y aguadores con sus borricos repartiendo agua de sus cántaras. Las tahonas estaban muy concurridas y el olor al pan que salía de los hornos enmascaraba

algo la fetidez de los detritus callejeros, porque había vecinos que no limpiaban debidamente la parte de calle que correspondía a la fachada de su casa, según establecían las ordenanzas municipales.

Dejó atrás la calle de la Merced y al llegar al cruce de los Relatores el gentío aumentó. En torno a la fuente que abastecía de agua a los vecinos de la zona, se levantaba diariamente un mercado al que acudían hortelanos, que subían por las calles de Lavapiés y de Atocha con sus frutas y verduras, y recoveros con sus cestas de huevos, gallinas viejas y pollos. Con el tiempo se habían sumado ropavejeros que exponían medias zurcidas, calzas remendadas, jubones deslustrados, bonetes variados… Muchos de los artesanos que tenían sus tiendas por los alrededores montaban sus tenderetes poco después del amanecer. Allí podían encontrarse las cosas más diversas: sogas, cuerdas y espuertas; alpargatas, escobas, recogedores, correas, bolsas de cuero, alforjas, mantas, lienzos, cestos de mimbre… Se arreglaban ollas y calderos, se componían con lañas piezas de loza y cerámica. Incluso podían encontrarse productos de más valor como ciertas especias y pigmentos. Los relatores, que habían dado nombre a la calle, se ganaban sus buenos reales escribiendo cartas o memoriales a quienes nada sabían de letras y, por alguna razón, necesitaban de su trabajo. Con sus bonetes de picos y las negras togas aguardaban, en uno de los laterales de la calle de la Magdalena, tras sus mesas, donde colocaban tinteros, cálamos y pliegos de papel.

Las autoridades hacían la vista gorda porque los mercados en la Villa y Corte, reglados por ordenanzas que se habían quedado obsoletas con el rápido crecimiento que Madrid había experimentado en los últimos años, no daban abasto para satisfacer las necesidades de un vecindario que se había multiplicado por cuatro en poco tiempo. Desde primera hora, los agentes del cabildo municipal estaban ojo avizor para cobrar lo que llamaban ocupación de la vía pública, y que iba desde los dos maravedíes que pagaban quienes apenas ocupaban un par de varas hasta los seis a quienes llenaban con sus mercancías un mayor espacio.

Al ver a Diego, dos corchetes lo saludaron. Eran quienes se encargaban de mantener el orden y resolver los enfrentamientos,

muy frecuentes, entre los vendedores que se disputaban los mejores sitios.

—Buenos días nos de Dios, don Diego.

—Buenos días. ¿Alguna novedad?

—Todo en orden, señor. Una pequeña disputa que ya se ha resuelto. ¿Puedo preguntaros algo?

—Preguntad.

—¿Encontró vuesa merced ayer un cadáver en el río?

Madrid era un mentidero. Las noticias volaban.

—No fue en el río, sino en un ribazo. Lo degollaron y quienes lo hicieron lo llevaron hasta allí.

—¿Es cierto que lo torturaron? —preguntó el otro corchete.

—Es cierto, y ahora continuad con la ronda.

Se despidió, llevándose la mano al ala de su sombrero.

La botica de la calle del León estaba cerrada y preguntó a unas mujeres que formaban corrillo.

—Dios guarde a vuesas mercedes.

—¿Qué se le ofrece al caballero? —respondió la que parecía más desenvuelta.

—¿Está cerrada la botica por alguna razón?

Todas respondieron a la vez, por lo que no se enteró de nada.

—Sosiego, mis señoras, sosiego. Hablad sólo una. —Diego miraba a la que le había preguntado.

—Es que el boticario ha desaparecido.

—Desde hace cuatro días no se le ha visto el pelo —añadió otra.

—¿No…, no trabaja nadie más en la botica?

—Sólo maese Rodrigo y, a veces, Agustinillo le hace recados.

Anotó mentalmente el nombre de maese Rodrigo y preguntó:

—¿Quién es Agustinillo?

Una de las mujeres señaló a un sujeto que acababa de aparecer por la esquina de la calle de las Huertas.

Era tan bajo que lo llamaban con aquel diminutivo. No llegaba a vara y media. Vestía de forma desaliñada y tenía el pelo negro, sin una sola cana, algo muy extraño para quien frisaba los cuarenta. Se acercó al grupo y, al ver a un hombre al que no conocía, tuvo la

tentación de salir corriendo, pero se limitó a arrugar la frente. El detalle no pasó desapercibido al alguacil.

—Este caballero preguntaba por ti —le dijo una de las mujeres.

—No…, no tengo el gusto y voy con prisa. He de ver al barbero, porque esta muela… —Abrió la boca y mostró una negra dentadura en un estado lamentable.

—Pues tendréis que aguardar. —La voz de Diego sonó autoritaria.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque he de haceros unas preguntas.

—No me gusta hablar con desconocidos. Además, ¿quién sois vos para hacerme preguntas?

—Soy el alguacil Diego de Paz. Así que vamos a buscar un sitio donde podamos hablar.

Agustinillo vislumbró una posibilidad.

—¿Vuesa merced ha desayunado?

—Sí.

—Pues yo estoy en ayunas. Si os parece…

Acompañado por Diego, volvió sobre sus pasos. En la calle de las Huertas había un bodegón donde servían comidas. Se acomodaron en una mesa apartada y el bodeguero, después de asegurarse de que Diego pagaría la cuenta, sirvió a Agustinillo un suculento desayuno. Tenía hambre atrasada y, entre rebanadas de pan untadas con manteca, jarrillas de vino y gruesas salchichas que, según el bodeguero, eran de carne de puerco —el alguacil no se explicaba cómo en un cuerpo tan pequeño cabía tanta comida—, fue contando cosas de maese Rodrigo.

—Dice que su apellido es Santamaría, pero para mí que no es verdad. Porque estoy seguro de que es judío y oculta su verdadero nombre.

—¿Por qué creéis eso?

—Porque nunca se comería una de estas salchichas y porque alguna vez lo he visto mear. ¡Lo tiene retajado! —añadió bajando la voz.

—¿Qué sabéis de su familia?

—Es viudo y no tiene familia. Apenas tiene relaciones. Sólo con una herborista que le proporciona plantas. Muchas ya las trae

preparadas.

—¿Qué quiere decir eso de preparadas?

—Que están secadas o con las hojas y las flores separadas. Esa mujer sabe mucho de ellas y de los remedios que procuran. Suele hacerlo una vez cada dos o tres meses, aunque, a veces, tarda más en aparecer.

—¿La habéis visto después de que el boticario… desapareciera?

—No, vino hace bastantes semanas. Cuando aparece, trae las plantas y hace un favor a maese Rodrigo… Vuesa merced ya me entiende.

—Mejor me lo explicáis.

—Echan un par de polvos. María folla…

—¿La herborista se llama María?

—Sí, y os diré que es una real hembra. ¡Tiene un par de tetas! —Ahuecó las manos y se las llevó al pecho.

—¿Dónde vive?

—En un pueblo llamado Lozoya. Maese Rodrigo le dispensa un trato muy especial, y no lo digo porque se acuesten. Hablan de muchas cosas porque ella tiene conocimientos de todo lo relacionado con la preparación de cremas, ungüentos, jarabes, destilados y todas esas cosas.

Diego tomaba nota mentalmente. Una herborista, de nombre María, vivía en Lozoya y se acostaba con el boticario cuando venía, cosa que hacía cada dos o tres meses.

—¿Qué clase de trabajo hacéis para el boticario?

—Recados y mandados. Llevo las medicinas a algunos clientes y, como sé algo de números y letras, a veces le ajusto cuentas.

Le llamó la atención que supiera leer y escribir.

—¿No sabéis por qué lleva tres días desaparecido?

—Tres, no, cuatro. Estuve haciéndole unos mandados el lunes y hoy ya es viernes… —Al decir aquello pareció reparar en algo—. No iréis a decir que he comido salchichas y no he guardado la abstinencia…

La Iglesia tenía establecida abstinencia de comer carne los viernes a no ser que se tuviera la correspondiente bula, por la que había de pagarse.

—No os preocupéis, además, quienes están enfermos o padecen necesidad, como es vuestro caso, pueden comer.

—¡Cuánta razón hay en esas palabras de vuesa merced!

—Decidme, ¿no os resulta extraño que lleve tantos días desaparecido?

—Antes de que María le trajera las hierbas, salía al campo en busca de plantas y estaba unos días fuera. Pero siempre me lo decía. El lunes no me dijo nada. Eso es lo que me extraña.

—¿Qué más podéis decirme de maese Rodrigo?

Agustinillo dejó escapar un suspiro.

—Algo que quizá os interese, pero tendréis que aflojar la bolsa.

—¿¡Cómo!? ¡Después del atracón que os habéis dado a mi costa!

—Lo que tengo que deciros es muy importante. ¡Os lo juro! —Hizo una cruz con los dedos y se la llevó a la boca—. Es algo que nadie sabe. Lo que os he contado podrían decíroslo otros vecinos. Pero esto… sólo lo sé yo.

—¿Dos reales?

—Cuatro.

—Siempre que lo que me digáis merezca la pena.

—Lo merece. —Bajando mucho la voz, le susurró—: Maese Rodrigo es alquimista. Tiene un laboratorio. Para mí que la botica es una tapadera. ¡Lleva años tratando de convertir el plomo en plata! Habla de eso con María.

Diego pensó que era posible que lo hubieran torturado para sonsacarle aquello. No era información menor.

—¿Dónde está ese laboratorio?

—Debajo de la botica. Es subterráneo.

—¿Habéis bajado alguna vez?

—¡No! ¡Allí sólo baja él!

—Entonces… ¿cómo sabéis que es un laboratorio de alquimia?

—Porque maese Rodrigo es algo despistado y alguna vez no ha cerrado la puerta. He podido husmear, aprovechando que había salido.

—¡Acabáis de decirme que no habéis bajado! ¡No me gusta que me mientan!

—No he bajado con maese Rodrigo, pero he husmeado cuando no estaba. Allí hay atanores, probetas, crisoles, anafes, dos alambiques, uno grande y otro pequeño. Son mejores que el de la botica para los destilados. Hay muchos libros y en las paredes hay colgadas grandes láminas llenas de extraños signos. Tiene minerales, piedras, pigmentos, limaduras… Hay épocas en que pasa allí muchas horas y hasta noches enteras.

Aquella información valía más de los cuatro reales que le había pedido.

—He visto que la botica está cerrada. ¿Hay forma de entrar en ella?

—¿Cuánto pagaríais?

—¡Eres un bribón de siete suelas! ¡Estás tentando a la suerte!

Agustinillo se rascó la cabeza.

—El hambre es mala cosa. ¿Vuesa merced la ha padecido?

Diego había pasado hambre en Flandes. La peor de todas en Lombardía, cuando su compañía quedó aislada y estuvieron tres días sin probar bocado, después de otros tantos de tener la comida racionada y sin apenas agua. Cuando los sacaron de aquel aprieto…

—He pasado hambre y también sed, no sabría deciros qué es peor.

—Entonces, tenemos algo en común.

Diego lo miró, sin disimular la sonrisa.

—¿Otros cuatro reales?

—Me parece justo. Pagad esto y nos vamos.

Poco después, estaban en la botica —Agustinillo sabía dónde maese Rodrigo escondía una llave— y algunos vecinos se acercaban a curiosear.

—Será mejor que cerremos la puerta, así nos dejarán en paz.

En la botica, todo estaba en orden, cada cosa en su sitio. Diego comprobó que había otras dependencias. Una era el aposento donde dormía el boticario. Había unas banquetas, un aguamanil, un arca y una cama.

—Ahí es donde follan —comentó Agustinillo.

—Me lo he imaginado. Aunque…, vos, ¿cómo lo sabéis?

—Lo sé.

Aquel sujeto era capaz de tener algún método para verlos.

Pasaron a otra sala donde había una cocinilla que daba a un patio donde crecía un hermoso laurel y podía verse el brocal de un pozo.

—Sacamos el agua de ahí.

Se asomó y comprobó que el agua estaba a menos de una vara del suelo. Regresaron a la botica y vio que había otra puerta.

—¿Esa es la puerta del laboratorio?

—Sí, ¿quiere vuesa merced bajar?

—Está cerrada y con el candado puesto.

—Puede abrirse.

—¿Tenéis también esas llaves? —Diego iba de sorpresa en sorpresa.

—No, señor. Pero tengo esto.

Le mostró una ganzúa.

—¡Santo Dios!

—Si quiere bajar al laboratorio… Mire vuesa merced para otro lado.

—Está bien, abridla.

Con la habilidad propia de quien manejaba aquel instrumento con frecuencia, abrió el candado y la cerradura. Encendió un candil y bajaron por unas escaleras de caracol. El laboratorio era un lugar sin ventanas, sumido en una oscuridad que apenas rompía la tenue llama, el lugar tenía algo de tenebroso. Una pequeña rejilla en el techo permitía renovar aire y una salida de humos debía conectar con la chimenea que había en la botica.

Agustinillo prendió los dos gruesos cirios que había en los extremos de una larga mesa. Allí imperaba también el orden. Los anafes estaban apagados, en ellos había restos de ceniza. Uno de los alambiques había destilado un líquido cristalino que estaba recogido en una garrafa de cristal translúcido. Llamó su atención una especie de torta metálica, blanquecina, pero renegrida por los bordes, que había en uno de los crisoles.

—¿Sabéis qué es esto?

Agustinillo se encogió de hombros.

A la luz del candil, Diego curioseó los libros, cerca de una veintena, casi todos ellos en latín. Después miró los papeles que

había sobre la mesa y también un libro que hojeó. En alguna página había anotaciones marginales. Lo que había escrito era un galimatías, imposible sacar algo en limpio.

En el lomo, un tanto deslucido, estaba el título: *Liber archimiorum*. Decidió llevárselo junto con los papeles y la torta que había en el crisol.

—¿Os vais a llevar todo eso?

—Sí.

Agustinillo supo que al boticario le había sucedido algo grave.

—¿Os importaría decirme qué le ha ocurrido a maese Rodrigo?

Carecía de sentido ocultárselo. Su muerte sería pública en pocas horas.

—Lo han asesinado, después de torturarlo. Parece que quienes lo han hecho querían sacarle alguna información.

Agustinillo había empalidecido.

—Me temía que algo pudiera pasarle… Pero torturarlo…

—¿Por qué decís eso?

—Porque hace poco vino un sujeto con el que discutió. Oí algo…

—¿Qué oísteis? ¡Os advierto que no voy a daros más dinero!

—Perded cuidado, no os lo voy a pedir. Maese Rodrigo había conseguido algo importante en el laboratorio. Lo sé porque habló de eso con María. Después de follar se relajaba y hablaba con ella como si fuera otra boticaria. Ella le dijo que se tomara en serio las amenazas.

—¿Quién lo amenazaba?

—El sujeto con el que discutió.

—¿Qué podéis decirme de él?

—Era como de vuestra estatura. Muy moreno, delgado, y llevaba un sombrero de alas, parecido al vuestro, adornado con unas largas plumas.

Subieron a la botica y pagó a Agustinillo lo convenido.

—Me quedo con la llave de la botica —le dijo Diego y, como había podido comprobar que podía entrar por otro procedimiento, le hizo una advertencia—: No se os ocurra entrar aquí utilizando esa ganzúa. Podría crearos problemas muy serios.

Consciente de que el mejor hilo del que tirar para esclarecer aquel crimen era lo que sacara de la herborista, le hizo una propuesta:

—¿Queréis ganaros unos buenos reales?

—Desde luego.

—Estad pendiente de la botica, sin entrar en ella. Cuando aparezca la herborista por aquí —Diego pensaba que, al tener noticia de la desaparición, vendría mucho antes de lo habitual—, tenéis que informarme inmediatamente.

—¿Cuánto me pagaréis?

—Tres reales por cada día que estéis pendiente de este asunto.

—Trato hecho.

III

Lisboa, por las mismas fechas

Dionís de Mascarenhas, factor de la *Casa da Índia*, caminaba a toda prisa. Iba escoltado por un guardia —era norma cada vez que salía de allí con papeles en la mano— pese a que la distancia hasta el *Palacio da Ribeira* era escasa. Las cartas de navegación, los mapas, los documentos y hasta los papeles de menor importancia donde se reflejaban asuntos relacionados con las Indias eran secreto de Estado, y en Lisboa se sabía que cualquier descuido podía ser aprovechado por quienes deseaban tener acceso a ellos. La pugna por controlar las rutas marítimas y los dominios ultramarinos era muy grande, principalmente con los españoles.

Los soldados de guardia en la puerta del palacio le franquearon la entrada. Mascarenhas necesitaba hablar con el rey sobre ciertos asuntos, que no admitían demora, relacionados con dos naos que habían de zarpar con destino a Goa. En la antecámara oyó a varios cortesanos mostrar su rechazo al proyecto de conquistar Berbería, que obsesionaba a su majestad. Se dirigió al mayordomo:

—Han de salir y no podrán hacerlo hasta que su majestad…

—Lo lamento, don Dionís. —El mayordomo se mostraba inflexible —. Cuando acabe, recibirá a don Pedro de Alcaçobas…

Hasta pasada más de una hora don Sebastián no lo recibió.

Hacía casi veinte años, en 1557, que había sido proclamado monarca de Portugal. Sólo tenía tres, al morir su abuelo Juan III — su padre, casado con Juana de Austria, hermana de Felipe II, que

era el heredero del trono, había muerto a los dieciséis años, antes de que don Sebastián naciera—. Era de mediana estatura y muy bien proporcionado. Tenía el pelo rubio, tez clara, ojos azules y labios carnosos. Era vivo de genio y profundamente religioso. Los jesuitas, a quienes su abuela encomendó su educación, habían moldeado su carácter. Se consideraba un soldado de Cristo y su mayor deseo era guerrear contra los infieles, no tanto por hacerse con sus dominios, sino por convertir almas a la verdadera religión. Continuaba soltero.

Recibió a Mascarenhas de mala gana. No le gustaban los asuntos administrativos. Prefería ejercitarse con las armas, montar a caballo, cazar… Apenas había comenzado a explicarle el motivo de su visita, cuando unos suaves golpes en la puerta lo interrumpieron.

—¡Entrad!

—Disculpadme, señor. —El mayordomo había hecho una cortesana inclinación—. Pero vuestra majestad debe tener conocimiento…

—¡Hablad!

—Señor, doña María de Noronha está siendo vejada.

—¡Explicaos!

—El padre Martín de la Cámara la tiene retenida en Belém y, maniatada, la ha subido a una mula. Temo que pueda ocurrir una desgracia.

—¡Que Vasconcelos venga inmediatamente!

El capitán de la guardia apareció al instante.

—Majestad…

—¡Acudid, sin pérdida de tiempo, a Belém! ¡El padre Martín de la Cámara tiene retenida allí a doña María de Noronha! ¡Averiguad qué pretende y tomad razón de la causa de este alboroto!

—¡A las órdenes de vuestra majestad!

El capitán se retiraba cuando la voz de don Sebastián lo detuvo.

—¡Informadme de si la honra de doña María ha sufrido menoscabo!

Vasconcelos y media docena de sus hombres salieron a toda prisa de palacio. Dejaron atrás la *Ribeira das Naos* y el monasterio de los Jerónimos. Galoparon por la ribera del Tajo en dirección a Belém,

donde encontraron una aglomeración de gente que les dificultaba el paso.

—¡Alto! —Vasconcelos alzó la mano—. ¿Qué demonios es eso?

—Parece una procesión, mi capitán —respondió uno de sus soldados.

—No tiene trazas de serlo. No se ve ninguna cruz.

—¡Allí, allí! ¡Montada en aquella mula! —gritó otro de sus hombres.

—¡Santo cielo! ¡Ese jesuita ha perdido el seso!

Se abrieron paso hasta llegar adonde doña María de Noronha, viuda de uno de los principales nobles del reino, iba montada a horcajadas sobre una mula, con las manos atadas, como si fuera una vulgar delincuente. Tenía los ojos enrojecidos, la saya sucia, el pelo suelto y enmarañado. Tan astrosa apariencia no empañaba su belleza. Tenía poco más de veinte años y fama de ser una de las mujeres más bellas de Lisboa. Su padre, conde de Linhares, había sido virrey de las Indias. El título ahora lo ostentaba el hermano de doña María.

—¡Despejad el sitio! —ordenó Vasconcelos a sus hombres.

Dejaron libre un pequeño espacio alrededor de la mula que llevaba de reata el padre Martín de la Cámara, hermano del confesor de don Sebastián.

Vasconcelos desmontó y se acercó al clérigo.

—Paternidad, ¿puede saberse que es esto?

—¡Apartaos de mi camino! ¡Estáis interrumpiendo el paso!

—No habéis respondido a mi pregunta. ¿Qué estáis haciendo?

—¡Cumplir la voluntad de Dios Nuestro Señor!

—¿Vejando a una dama de la calidad de doña María de Noronha?

—¿Vejando, decís? ¡Estoy haciendo justicia!

—¿Quién sois vos para administrar justicia?

—¡Un hombre de Dios!

—¡En ese caso rezad y no os toméis atribuciones que no os competen! ¡Soltad a doña María!

—¡No lo haré! ¡Ha de pagar por su desafuero!

—¡En nombre del rey, os ordeno que la soltéis!

—¡Ya os he dicho que no lo haré!

En aquel momento doña María se arrojó al suelo y Vasconcelos desenvainó su daga y cortó las cuerdas que la maniataban. Sangraba por una brecha que se había abierto en la frente, como consecuencia del golpe.

—¡Os lo suplico, salvadme, no quiero morir! —rogó entre sollozos.

—¡Perded cuidado, doña María! Vuestra vida está a salvo. Estoy aquí por orden de su majestad. Pero, decidme, ¿qué ha sucedido?

—¡Ponedme a salvo! ¡Ha perdido el juicio! ¡Tiene a mi aya encerrada en la cripta de la iglesia que hay frente a la Torre de Belém!

Vasconcelos miró al clérigo, al que sujetaban dos de sus hombres. En el gentío se había hecho un silencio que tenía algo de inquietante. Ayudó a doña María a incorporarse y le ofreció su pañuelo para que limpiase la sangre de su frente y las lágrimas de sus mejillas. Ordenó a dos de sus hombres que trajesen un carruaje para llevarla a su casa, a otros dos que fueran en busca del aya y a los dos restantes que llevasen al *Palacio da Ribeira* al sacerdote.

Una vez en su casa, doña María le explicó lo sucedido.

—Había acudido a misa y cuando terminó me quedé, como suelo hacerlo, rezando algunas oraciones. A la salida, el padre Martín, a quien acompañaban algunos hombres, se me acercaron y nos metieron a mi aya y a mí en una carroza con las ventanillas cubiertas. Nos llevaron a la iglesia que los jesuitas tienen frente a la Torre. Allí me ha insultado y…

—Perdonadme, señora, pero ¿cuál es la causa de todo esto?

—Que se hayan expuesto las amonestaciones de mi matrimonio. El padre Martín considera que no debe celebrarse porque es un matrimonio entre desiguales. Me ha deshonrado públicamente, montada en esa mula y maniatada. Incluso me ha amenazado con acabar con mi vida.

El padre Martín de la Cámara estaba custodiado en una dependencia del *Palacio da Ribeira*. Los comentarios se cortaron con la llegada del confesor real, el padre Luis de la Cámara. Aguardó a

ser recibido por don Sebastián, quien estaba siendo informado de lo ocurrido por el capitán Vasconcelos.

—Eso es, señor, lo que doña María me ha contado.

—¿Cómo se encuentra?

—Asustada, agraviada y herida, majestad.

—Podéis retiraros.

—Siempre a las órdenes de vuestra majestad.

Don Sebastián indicó al mayordomo que pasase el confesor que saludó al rey con una inclinación de cabeza.

—Majestad, he venido tan pronto se me ha dado noticia.

—Vuestro hermano ha mancillado el honor de doña María de Noronha.

—Majestad, ha actuado impulsivamente. Pero su finalidad era loable.

El rey clavó su mirada en el confesor.

—¿Loable, decís? ¡Es inadmisible que una dama como doña María sea maniatada y paseada a lomos de una mula! ¡Como una vulgar mujerzuela!

—Señor, doña María pretende abandonar su viudedad contrayendo nupcias con un hombre que dista mucho de su posición. ¡Los Noronha son *fidalgos* y a quien pretende convertir en su esposo es un comerciante en especias con tienda abierta en la plaza del Comercio! —El confesor había alzado la voz—. ¡Es un matrimonio escandaloso!

—¿Está informado vuestra reverencia de que doña María me había pedido autorización para contraerlo y que yo se la había otorgado? ¿Sabíais que he dado carta de nobleza a ese comerciante que ha tenido a bien donar a la corona veinte mil escudos? Vuestro hermano se ha atribuido una autoridad que no le corresponde y cometido un grave error.

—Majestad, ignoraba…

—¡Vuestro hermano ha causado un escándalo mucho mayor que el que vuestra paternidad dice que provoca ese matrimonio! Decidle que se retire a diez leguas de la corte y sepa vuestra paternidad que su presencia no me es grata.

—Majestad…

—Retiraos. ¿Acaso no me habéis oído?

En los días siguientes en la corte lisboeta no se hablaba de otra cosa. Algunos pensaron que era el principio de grandes cambios. Los padres de la Compañía habían sido hasta aquel momento sus consejeros más importantes. Sus criterios y opiniones, así como sus consejos, estaban por encima de todos los demás. Incluso de los de su abuela Catalina de Habsburgo. Ellos habían moldeado su carácter y lo habían imbuido del concepto de soldado de Cristo que determinaba la vida de don Sebastián.

—Quizá ahora sea menos complicado convencer a su majestad de que llevar la guerra a África es una locura —señalaba don Cristóbal de Távora.

—Dios oiga vuestras palabras —fue la respuesta del conde de Portoalegre—. El rey está absolutamente convencido de que su misión es llevar la cruz a tierra de infieles y procurar su conversión. No soy tan optimista como vos.

—Lo peor es que desea llevarla a cabo de forma personal —terció don Fernando de Saa—. Sin importarle que lo primero es asegurar la sucesión en el trono. Habrá que convencerlo de que ha de contraer matrimonio en lugar de arriesgar su vida en campañas militares.

Don Sebastián había convocado al Consejo Real y la expectación era máxima porque, tras lo sucedido, eran muchos los que esperaban importantes novedades. Sin embargo, comprobaron que, después de rezadas las oraciones pidiendo a Dios luz para acordar lo más conveniente para el reino y la religión, los planteamientos de don Sebastián seguían inalterables.

—Es mi voluntad que, si Dios Nuestro Señor no dispusiere otra cosa, se apreste todo lo necesario para llevar un ejército a Berbería y dar respuesta a la petición del rey de Fez, Muley Mohamed, para que con nuestra ayuda recupere el trono del que lo ha desposeído Abdelmalik.

—Señor, sólo conseguiremos cambiar un monarca por otro, ambos de la secta de Mahoma —intervino el duque de Braganza.

—El sultán me ha prometido, una vez repuesto en el trono, la entrega de Larache. Desde allí podremos cristianizar aquel territorio.

—Majestad, temo que esa entrega en poco favorecerá nuestra religión —puntualizó el obispo de Coímbra—. Como dice su excelencia, con mucho sacrificio sólo conseguiremos cambiar un sultán por otro.

—Sabed que no os he convocado para debatir lo que ya he decidido, sino para que conozcáis mi decisión.

—Majestad, ¿quién mandará ese ejército?

—Seré yo quien se ponga al frente.

—Pensad, señor, que, si a vos os ocurriera una desgracia, Dios no lo permita, la Corona no tendría sucesor. —El arzobispo de Lisboa se había puesto en pie—. Considerad esta circunstancia.

—Agradezco la preocupación de su ilustrísima. Sabed que he decidido solicitar al rey don Felipe, mi tío, la mano de la mayor de sus hijas, la infanta Isabel Clara Eugenia, así como ayuda para esta empresa. En breve partirá para Madrid don Pedro de Alcaçobas, llevándole cartas en las que expongo mis peticiones y le ofrezco vernos en tierras de Castilla, en el lugar donde mi tío considere adecuado.

IV

Diego no había dejado de hacer diligencias para esclarecer aquel macabro asesinato. Había acudido varias veces al recodo del río Guadarrama para ver si conseguía alguna pista, pero nada encontró que fuera de interés. Lo único que sacó en claro de aquellas visitas fue ratificar que al boticario lo habían matado en otra parte y que sus asesinos llevaron allí el cadáver para deshacerse de él.

Tampoco obtuvo información de los hortelanos de la Florida y nada pudo sacarle al padre Arriaga sobre quiénes le habían dado la información que había permitido encontrar el cadáver. El párroco se acogía al secreto de confesión. Había examinado detenidamente el cadáver del boticario. A veces, los muertos *hablaban* más que los vivos. Sacó dos conclusiones: la primera, que quienes lo habían asesinado eran gente sin escrúpulos y sin ley porque lo habían torturado salvajemente. Le habían hecho numerosas incisiones en el cuerpo y tenía no menos de veinte pequeñas quemaduras en el torso. También le habían arrancado los pezones con unas tenacillas. Sus labios estaban reventados y uno de sus pómulos destrozado. El boticario había sufrido mucho antes de morir. La segunda, que, a tenor de aquellos tormentos, debía de haber resistido mucho y eso sólo podía significar que lo que deseaban arrancarle era de gran valor. Lo que no sabía era si habían conseguido arrancarle una confesión antes de matarlo.

Tres días más tarde se celebró su entierro en la iglesia del convento de Santa María de los Ángeles. Llamó la atención de Diego,

a quien acompañaba Agustinillo, que el templo estuviera abarrotado para ser persona que apenas tenía relaciones.

Terminado el funeral y enterrado el cadáver en la cripta de la iglesia, salieron a la plazuela.

—Me habíais dicho que maese Rodrigo era persona reservada y que tenía pocas relaciones. Este gentío indica otra cosa.

—Tenía pocas relaciones, pero ayudaba a la gente. Daba medicinas a muchos que no podían pagarlas y fiaba cuando era menester. Era hombre desprendido. Son vecinos de estas calles y gentes que alguna vez acudieron a la botica a por algún remedio para sus dolencias.

Diego pensó que el boticario era persona extraña. Por lo que Agustinillo le estaba diciendo no parecía importarle demasiado el dinero y, sin embargo, aquel laboratorio en el sótano de su botica indicaba que buscaba cómo obtener plata u oro a partir de metales viles.

—Sé que vuesa merced está pensando que, si el dinero no era su ambición, ¿qué hacía buscando convertir el plomo en plata?

Agustinillo era un truhan, pero tenía la cabeza sobre los hombros. Si le sorprendió que supiera leer y escribir, ahora comprobaba su perspicacia.

—¿Qué hacía?

—Le gustaba experimentar y conseguir lo que se proponía.

—¿No creéis que eso de obtener plata del plomo es una bobada?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero maese Rodrigo estaba convencido de que era posible. Es probable que consiguiera algo y eso ha sido lo que le ha costado la vida.

En la puerta de la iglesia la gente no dejaba de cuchichear.

—Lo que a mí me han asegurado es que le metieron varias veces un palo por detrás —afirmaba una mujer—. ¡Pobre hombre!

—¡A esos canallas tendrían que cogerlos y caparlos! ¡Maese Rodrigo ayudó a mucha gente!

En otro de los corrillos no dejaban de mirar a Diego.

—Quien está con Agustinillo es alguacil. Fue quien descubrió el cadáver.

—¿Es verdad que lo habían tirado al río y lo encontraron flotando?

—Me han contado que los asesinos querían robarle unos talegos de dineros y, como no les dijo dónde estaban, lo mataron, después de hacerle muchas perrerías.

—Era raro, pero no era mala persona.

Poco a poco, los corrillos se fueron deshaciendo. Diego estaba pendiente de cualquier detalle que pudiera facilitarle alguna pista.

—¿No es extraño que la herborista no haya aparecido? —preguntó a Agustinillo—. Madrid se hace lenguas de la muerte del boticario. Es raro que no le haya llegado la noticia.

—Es probable que no haya llegado a Lozoya.

—No dejéis de vigilar. Si hay alguna novedad, avisadme rápidamente.

Diego llevó la torta de metal a un platero de la calle Mayor —sus joyas tenían fama— para que le dijera qué era aquello. Esa tarde visitó al platero.

—¡Don Diego!

—Buenas tardes nos dé Dios. ¿Habéis sacado algo en limpio?

—Sí, señor, he hecho el ensayo por dos veces y tengo que deciros…

En aquel momento desde la calle llegó un fuerte chirrido. Se acababa de detener un carruaje. Un lacayo abría la portezuela y rendía el estribo a una dama. Llevaba el negro pelo de su melena recogido con unas peinetas de oro y se tocaba con un sombrerito del que salían dos plumas. Tenía un ojo tapado por un negro parche de cuero que sostenía una cinta de seda. Aquel parche no restaba un ápice a su belleza. Su entrada interrumpió la conversación. A una dama como aquella había que atenderla sin demora.

—¡Doña Ana! —El platero se acercó solícito y besó la mano que ella le ofrecía—. Excelencia…

Ella miró a Diego, que se destocó el sombrero e inclinó la cabeza en un gesto de galantería. Ella no se molestó en devolverle el saludo.

Ana de Mendoza, princesa de Éboli, que había sido el título de su marido, rondaría los treinta y cinco años y estaba en el esplendor de la madurez. El óvalo de su cara era casi perfecto. Tenía la tez muy blanca, los labios carnosos, la frente despejada y su único ojo, negro como su pelo, daba una intensidad a su mirada que costaba sostenérsela. Hacía dos años que había quedado viuda de Ruy Gómez de Silva y tiempo atrás corrió el rumor de que había tenido amores con el rey. Ahora se decía que tenía relaciones con un secretario real: Antonio Pérez.

—¿Está lista la gargantilla?

—Así es, excelencia.

—Mostrádmela. —Fue una orden.

El platero se perdió tras unas cortinas que quitaban la vista de la trastienda donde tenía el taller y regresó con la gargantilla, que mostró sobre un paño de terciopelo negro. Era una joya espléndida. Los eslabones de oro, finamente labrados, tenían engastados rubíes, zafiros y esmeraldas.

La princesa, que se había entretenido mirando a través del cristal del mostrador algunas piezas que allí se exponían, sin cruzar palabra con Diego, la cogió, sin decir palabra, y se la llevó al cuello. El platero le ofreció un pulido espejo para que viera cómo le quedaba. Su sonrisa daba a entender que estaba satisfecha con la joya.

—¡Espléndida, espléndida! —Su voz sonó de nuevo autoritaria—. ¡Me la llevo! ¡Mandadme la cuenta!

—Como disponga su excelencia.

Miró a Diego y se despidió:

—Vuesas mercedes queden con Dios.

Salió, subió al carruaje y desapareció.

—Por lo que acabo de ver, tiene bien ganada su fama —dijo Diego.

—La princesa es mujer difícil. No lleva bien que se le contraríe.

—He oído decir que ha tenido un serio enfrentamiento con la madre Teresa de Jesús, la que está reformando el carmelo.

—Es cierto. Al quedar viuda, decidió meterse a monja y lo hizo en un convento que hay en Pastrana, que es villa que le pertenece. Allí revolucionó a la comunidad hasta el punto que la madre Teresa

ordenó a las monjas que abandonaran el convento y la dejaron sola. El escándalo fue mayúsculo.

—En fin…, vamos a lo que nos interesa. Me decíais…

—Esa torta, que pesa casi libra y media, es plata de una gran pureza. ¡Jamás la he visto de tanta calidad! Lo que me ha sorprendido son esos rebordes renegridos. Es como…, como si hubiera estado sometida al fuego.

—¿No tenéis la menor duda de que es plata?

—Ninguna, don Diego, he ensayado por dos veces. Os puedo pagar unos buenos ducados si deseáis venderla.

—No quiero venderla. Os pagaré por vuestro trabajo.

—Si no es indiscreción, ¿de dónde la habéis sacado?

—Tal vez os lo diga en otra ocasión. Decidme cuánto os debo.

—Nada, don Diego. Ha sido un placer seros de utilidad.

Si era plata de una calidad excepcional, era probable que maese Rodrigo hubiera conseguido la piedra filosofal y que alguien más debía saber que había llegado tan lejos. Posiblemente el sujeto con el que Agustinillo había oído discutir al boticario. Algunas cosas empezaban a encajar. Posiblemente lo torturaron para hacerle confesar aquel logro. Se preguntó quién podía saber de sus trabajos. Por lo poco que sabía de aquel mundo, los alquimistas no solían compartir sus conocimientos y preferían trabajar en solitario. Sacó una conclusión: quienes lo habían asesinado no lograron sacarle lo que buscaban porque no habían podido acceder al laboratorio secreto.

Caminó hacia un caserón en San Bernardo donde estaban las dependencias de los alguaciles y corchetes. Los primeros disponían de unos pequeños aposentos, poco más que celdas, que les servían de oficina, mientras que los segundos, cuando no se encontraban recorriendo las calles o en otras misiones, estaban en una sala grande donde había algunas mesas, varios bancos y poco más. El alguacil mayor, don Matías Sarmiento, tenía, en la planta de arriba, un despacho con un amplio ventanal que daba a un balcón. Estaba amueblado con cierto lujo: sillones tapizados en piel, cortinas, alfombra, un bargueño donde tenía los papeles de mayor importancia y un arca de tres llaves en la que se guardaban los

limitados caudales que administraba el alguacilazgo. Para poder abrirla se necesitaba la presencia de los tres claveros —el alguacil mayor, el tesorero y un covachuelista encargado de la contabilidad y otros asuntos burocráticos—, algo que en ocasiones había creado problemas porque no se localizaba a alguno de ellos.

Llegó a su oficina, se sentó en la silla de anea —el sillón era un lujo reservado al alguacil mayor—, puso la torta de plata encima de la mesa donde había dos rimeros de papeles y estuvo largo rato mirando el metal hasta que se centró, una vez más, en los papeles del alquimista. Nada sacaba en claro. Había expresiones que no comprendía. Alusiones al sol, a la luna y a varios planetas. Esquemas donde aparecían signos del zodíaco y la posición de los astros en ciertos momentos. Leyó que era buen momento para ciertos trabajos cuando Marte estaba en Aries y Mercurio en Tauro. Había una representación de la bóveda celeste donde estaban marcadas varias constelaciones y se hallaba dividida en doce partes que correspondían a cada signo del zodíaco.

Lo sacaron de aquellos pensamientos unos golpecitos en la puerta. Quien los dio no esperó a que lo autorizara a pasar.

—Don Diego, un sujeto que mide poco más que esto —el corchete señaló una altura de poco más de una vara— pregunta por vos. Dice que se llama Agustinillo.

—¿Dónde está?

—En la puerta.

Cogió su capa, se caló el sombrero y salió a toda prisa.

—¿Qué ha pasado?

—¡Han asaltado la botica! ¡No he podido impedirlo! ¡Eran cuatro!

Diego se asomó a la sala de los corchetes. Había humo porque muchos se habían aficionado al tabaco y un grupo, en torno a una mesa, aunque estaba prohibido, le daban al naipe. Se acercó a la mesa y señaló a tres.

—¡Vosotros, venid conmigo! ¡Vamos, rápido!

Con menos presteza de la que Diego hubiera querido tomaron capa y espada, se calaron los chapeos y lo siguieron. Cuando llegaron a la calle del León la gente se agolpaba en la puerta de la botica, pero nadie había entrado.

—¡Abrid paso! ¡Paso a la justicia! —gritaban los corchetes.

En la botica todo estaba revuelto. El alambique tirado y vasos, tubos, copas y cordialeras hechos añicos. Muchos albarelos estaban rotos y su contenido por el suelo. También estaba abierta la puerta del laboratorio.

—¡Que nadie entre! —ordenó Diego.

Agustinillo prendió un candil y bajaron al sótano a toda prisa.

Allí reinaba un desorden parecido al de la botica. Muchas cosas rotas y otras por el suelo, entre ellas los libros.

—Se han llevado algunos libros —comentó Agustinillo—. ¡Qué bien hizo vuesa merced llevándose aquel libro y los papeles!

Lo ocurrido ratificó las sospechas de Diego. Los asesinos no habían logrado arrancarle ninguna confesión y quienes habían hecho aquello querían información sobre la transmutación de los metales.

—Buscaban lo que maese Rodrigo sabía —dijo Agustinillo—. Por cierto, ¿la torta que se llevó vuesa merced el otro día era de plata?

—Eso dice un platero que la ha visto.

—Entonces… ¿había conseguido convertir el plomo en plata?

—Es probable, pero no puede asegurarse.

—¿¡Cómo que no!? ¡Estaba en el crisol!

—¿Quién os asegura que esa plata procedía del plomo? No sabemos si lo que había en el crisol era plata y la sometía a algún procedimiento.

—Es posible, pero vuesa merced no me negará que lo más probable es que el plomo se hubiera convertido en plata.

—Contadme cómo llegaron esos sujetos y cómo entraron.

—Eran cuatro e iban embozados. Apenas se les veía la cara. Había estado en el bodegón de la calle de las Huertas y me zampé un plato de garbanzos con bacalao. Volví aquí, me senté en el suelo, con la espalda en la pared, y me quedé adormilado. Me espabiló la presencia de esos sujetos. Llamó mi atención que se embozaban las capas, sin que hiciera frío. Forzaron la puerta, se colaron los cuatro y cerraron. Entonces decidí ir a avisaros.

—¿Algo más? ¿Algún detalle? ¡Todo, por poco importante que os parezca, tiene su valor!

—El más delgado se parecía al que discutió con maese Rodrigo. Llevaba el mismo sombrero o… —Agustinillo dudó un momento— al menos se le parecía mucho.

V

A la caída de la tarde, el carruaje donde viajaba el enviado del rey de Portugal, don Pedro de Alcaçobas, llegaba a Madrid, que era muy distinta a Lisboa. El Guadarrama, un río insignificante, nada que ver con el poderoso Tajo, que se convertía en un impresionante estuario, a cuya orilla estaba la capital portuguesa. La Villa y Corte, enclavada en el corazón de la meseta ibérica, gozaba de un aire limpio y los grandes bosques que la circundaban la convertían en un paraíso para los amantes de la cinegética. Por el contrario, carecía de puerto y el pescado que llegaba a sus mesones y casas de comidas era de río, por lo general muy espinoso, o ahumado y conservado en salazón. Tampoco tenía una fortaleza equiparable al castillo de San Jorge. Los fuertes muros que habían protegido Lisboa de algunos peligrosos ataques, aunque desde que el peligro musulmán se había alejado la ciudad se había extendido fuera de sus murallas, nada tenían que ver con el murete que circundaba Madrid por algunas partes. Apenas tenía dos varas de altura y por muchos sitios era de mampostería. En el viejo Alcázar tenía el rey su residencia que, con el paso del tiempo, se había ido ampliando, sin seguir un plan determinado. Esas ampliaciones, que respondían a la necesidad de espacio para el creciente aparato administrativo de la monarquía, lo habían convertido en un edificio casi laberíntico en el que largos y oscuros pasillos comunicaban unas partes con otras.

Por las mismas fechas en que Felipe II había instalado en Madrid la capital, había decidido levantar un monasterio de enormes dimensiones. Se había escogido un terreno situado a unas diez leguas —distancia que podía salvarse en una jornada y un hábil jinete montando un buen caballo en bastante menos—, cercano a

una pequeña localidad próxima a una vieja mina abandonada que se conocía como El Escorial.

El edificio había sido concebido como un monasterio que se había entregado a los jerónimos, pero su destino era mucho más ambicioso. Sería también centro de estudio, residencia palaciega y panteón donde descansarían los restos mortales de los Austrias. La explicación para levantar aquella mole, que se había puesto bajo la advocación de San Lorenzo, era conmemorar la gran victoria que los tercios habían obtenido sobre los franceses en San Quintín, batalla librada muy cerca de París y, según se decía, tras ella un rey menos prudente que Felipe II habría entrado vencedor en la capital de Francia.

Se estaban invirtiendo sumas ingentes en su construcción y en los mentideros de Madrid se decía que el lugar elegido tenía que ver con la afición del rey a las ciencias ocultas. Se había escogido porque la mina abandonada era una de las bocas del inframundo y la construcción del monasterio tenía como finalidad taparla para evitar que los demonios salieran por ella. Otros hablaban de que en la biblioteca se estaban reuniendo obras que el Santo Oficio tenía recogidas en su *Índice*. Pese a que las obras distaban de estar terminadas, el rey pasaba en él largas temporadas y desde allí dirigía los complejos asuntos de la poderosa monarquía cuyos destinos regía.

Alcaçobas se había dirigido a las casas del embajador de Portugal, donde se alojaría. Allí fue informado de que Felipe II estaba en El Escorial. Aquella noche durante la cena el embajador lo puso al día de algunas cuestiones que serían de gran interés para su audiencia con el rey.

—Sé, aunque el asunto se ha llevado con gran sigilo, que don Felipe ha enviado un emisario a Estambul con el propósito de negociar una tregua con la Sublime Puerta.

—¿Un acuerdo con los turcos? —Alcaçobas torció el gesto.

—Quiere tranquilidad en el Mediterráneo para centrarse en Flandes. Los herejes calvinistas plantan cara. Se dice que enviará allí como gobernador a su hermano, don Juan de Austria.

—¿Qué sabéis de ese posible acuerdo con los turcos?

—El enviado a Estambul es un italiano, Giovanni Margliani. Las instrucciones son negociar una tregua de tres años. Don Felipe se comprometería a no atacar en ese tiempo los intereses de sus aliados.

Alcaçobas, cuya experiencia era grande en los asuntos de Estado, se acarició el mentón.

—¿Esa es la razón por la que ha rechazado ayudar al depuesto Muley Mohamed?

—Dadlo por seguro. El Maluco es aliado de los turcos.

Maluco era el nombre con que se conocía a Abdelmalik, que se había coronado rey en Fez deponiendo a Muley Mohamed, quien había pedido ayuda a don Sebastián, después de que Felipe II se la negase.

—Llenad las copas. ¡Es una excelente noticia! ¡Brindemos por ello!

—¿Una excelente noticia, don Pedro? —preguntó el embajador mientras indicaba a un criado que escanciara el vino.

—Si Felipe II cierra ese acuerdo con los turcos, no ayudará a nuestro rey en su empeño de atacar Berbería para reponer a Muley Mohamed. Quizá eso lo disuada. Esa empresa tiene pocos pies y menos cabeza.

—Os he preparado un informe, como se me pidió, sobre la infanta Isabel Clara Eugenia, que está a punto de cumplir los diez años.

—Necesito un retrato, además del informe. Cuando regrese a Lisboa quiero llevarlo conmigo. ¿Será posible?

—Lo intentaré, señor, pero no puedo asegúraroslo.

—Es muy importante. Don Sebastián espera que su tío no ponga impedimentos, aunque habrá que pedir dispensa papal. Por cierto, ¿sabéis si en Roma tienen conocimiento de que se está negociando con los turcos?

—No sabría deciros. Pero la Santa Sede tiene agentes, y, antes o después, su santidad tendrá conocimiento de ello.

Antes de retirarse, Alcaçobas insistió en lo del retrato de la infanta.

Al día siguiente, un correo partía hacia El Escorial solicitando una audiencia y dos días después tuvo respuesta: el rey lo recibiría en El

Escorial. La audiencia con el monarca quedaba fijada para tres días más tarde.

El enviado de don Sebastián quedó impresionado por las dimensiones del edificio.

Don Felipe lo recibió en un sencillo gabinete.

El monarca más poderoso de la tierra vestía completamente de negro y el único adorno que tenía era el toisón de oro, que pendía de un cordón negro. El negro de sus vestiduras, que don Felipe había convertido en el color de moda en las cortes europeas, sólo era roto por una lechuguilla blanca de finísimo encaje.

Frisaba el medio siglo de edad y era de mediana estatura. Más delgado que corpulento, de rostro bien parecido. Tenía despejada la frente, la nariz muy bien perfilada y los ojos de un gris acerado que intimidaban cuando miraba fijamente. Tenía el labio inferior mucho más pronunciado que el superior. Su cabello era rubio y, sin ser ensortijado, quedaba lejos de ser lacio. Su barba estaba cuidada con esmero. Bien proporcionado, emanaba una majestad que llevaba a muchos a ser presa del desasosiego en su presencia.

Alcaçobas, acompañado del embajador, que portaba las cartas de don Sebastián, se acercó hasta el rey. Don Felipe estaba sentado en una sencilla jamuga situada sobre un estrado de no más de un palmo de altura, recubierto por una alfombra de seda. Lo acompañaba, en pie junto al estrado, un sujeto que también vestía de negro y lucía en su pecho la venera de Santiago.

—Majestad… —El portugués, antes de llegar al estrado, hizo ademán de hincar la rodilla.

El embajador, a más distancia, permanecía inmóvil como señalaba el protocolo.

—Alzaos, don Pedro, alzaos y sed bienvenido.

—Majestad, mi señor don Sebastián os desea toda clase de venturas.

—Tengo entendido que portáis noticias de su majestad.

—Así es, mi señor. —Requirió al embajador las cartas, quien, al acercarse, hizo una cortesana reverencia.

—Don Benito… —El rey se había dirigido a quien lo acompañaba.

Arias Montano, un extremeño de Fregenal de la Sierra, que gozaba de la mayor confianza del rey, se hizo cargo de ellas.

—Decidme, ¿cómo se encuentra mi sobrino?

—Señor, gracias a Dios, goza de una excelente salud y solicita reunirse con vos, donde vuestra majestad decida.

—¿Está dispuesto a venir a Castilla?

—Al lugar que vuestra majestad señale.

Don Felipe asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—¿Os ha manifestado su majestad qué clase de asuntos desea tratar?

—Quiere tomar estado y para ello desea obtener la mano de la hija mayor de vuestra majestad, su alteza la infanta Isabel Clara Eugenia. También informaros de su proyecto de cruzada en tierra de moros.

La conversación derivó hacia otros asuntos sin entrar en detalles. Antes de que la audiencia concluyera, don Felipe hizo entrega al portugués de un pequeño relicario labrado en oro y esmaltado, donde se conservaba una falange de un dedo de san Blas. El valor de aquel regalo era particularmente significativo. Felipe II coleccionaba reliquias. Poseía desde gotas de leche de la Virgen hasta alguna pluma del ala de la paloma en la que había tomado forma el Espíritu Santo, pasando por infinidad de huesos de santos y santas de todas las partes del cuerpo, así como trozos de vestiduras. Según se decía su número superaba los cinco mil y gran parte de tales reliquias estaban en aquel monasterio, conservadas en ricos relicarios.

—Llevadla siempre con vuesa merced. Protege contra los dolores de garganta y las enfermedades respiratorias.

—Muy agradecido, señor.

Alcaçobas había esperado hasta aquel momento. Le habían indicado que el protocolo señalaba que sólo entregase el regalo que don Sebastián enviaba a su tío, cuando el rey de España hubiera hecho entrega de algún obsequio. Si el rey no lo obsequiaba, el regalo se le haría llegar a su majestad por conducto de su aposentador.

—Majestad, permitidme que os haga entrega del presente que os envía el rey, mi señor. Con el permiso de vuestra majestad. —Requirió al embajador una caja labrada en madera de ébano, con incrustaciones de nácar y marfil. Abriéndola, mostró su contenido. Era un libro.

Felipe II hizo un gesto a Arias Montano, que lo sacó.

—Majestad, se trata de un manuscrito del *Libro magno de San Cipriano.* Como sabéis, contiene oraciones para deshacer hechizos y los rituales que deben seguirse en determinados lugares cuando se pretende buscar tesoros ocultos.

—Celebro mucho este regalo, que tendrá un lugar de privilegio en la biblioteca. Podéis retiraros. Se os dará razón del lugar y la fecha en que tendré el placer de verme con vuestro soberano, mi amado sobrino don Sebastián.

El rey se reunió con Gabriel de Zayas y Mateo Vázquez de Leca, dos de sus secretarios. Zayas era clérigo y acompañó a Felipe II cuando viajó a Inglaterra para contraer matrimonio con su tía, María Tudor. Ahora se encargaba de los asuntos del Imperio, Francia e Inglaterra. Vázquez de Leca también era clérigo. Se había criado al amparo de un canónigo de la catedral de Sevilla y mantenía una fuerte pugna con Antonio Pérez por disentir en asuntos de mucha enjundia en los que estaba implicada la monarquía.

—Señor, esa expedición a Berbería supone una seria amenaza para los planes de vuestra majestad —indicó Vázquez de Leca, una vez conocidas las intenciones de don Sebastián.

Felipe II miró a Zayas.

—Majestad, mi opinión coincide con la de don Mateo. Las instrucciones que se dieron a Margliani eran que la tregua con el Gran Turco incluía a sus aliados y el Maluco lo es. Si se cierra el acuerdo y participamos en esa expedición, podrían considerar que lo hemos incumplido. Eso pondría en riesgo nuestros dominios de Italia, algo que nos obligaría a mantener una importante fuerza militar en el Mediterráneo que nos es muy necesaria para vencer en Flandes la resistencia de los herejes.

—Ese es un serio problema —señaló Vázquez de Leca—. Pero no es menos grave el empecinamiento de don Sebastián en ser él quien

se pondrá al frente de ese ejército.

—¡Eso es una locura! —Felipe II se había puesto en pie—. Un rey no debe exponer su vida a un accidente como los que son comunes en la guerra. Además, no ha asegurado la descendencia al trono y, si desea contraer matrimonio con la infanta, aún habrá de esperar. Isabel Clara Eugenia aún no ha cumplido los diez años.

—Vuestra majestad deberá convencerlo de que no organice esa expedición y también de que no se ponga al frente del ejército —dijo Zayas.

El rey asintió con los ligeros movimientos de cabeza con que solía mostrar su conformidad con alguna propuesta.

—Habrá que escribir al duque de Osuna para que busque la forma de influir en don Sebastián. También a mi tía, doña Catalina. A veces, las abuelas tienen más influencia en los nietos que las propias madres.

Alcaçobas, que había regresado a Madrid, esperó las noticias del rey. Llegaron después de una semana, pasada la festividad de Santa Ana. En la corte de Felipe II se celebraba con gran solemnidad por ser el nombre de la cuarta esposa del rey, que había contraído matrimonio con su sobrina Ana de Austria. Según se decía, estaba muy enamorado de su esposa, a la que visitaba con harta frecuencia en sus aposentos.

—Don Felipe señala como lugar de encuentro el monasterio de Guadalupe, que es de la orden jerónima —comentó Alcaçobas al embajador.

—Está cercano a la raya con nuestro país. ¿Indica alguna fecha?

—Propone que el encuentro sea a finales de año. Dice que podría celebrar la Navidad junto a don Sebastián.

VI

Diego proseguía con las pesquisas, pero sus resultados eran muy pobres. En Madrid se habían apagado los ecos de aquella muerte —no tener familiares ni deudos que exigieran justicia hizo perder fuerza al asunto—, pero al alguacil le parecía que un hecho como aquel no debía quedar sin castigo. Quienes habían torturado y acabado con la vida del boticario no podían quedar impunes. Había ido varias veces a la calle del León, donde Agustinillo montaba vigilancia sin resultados. Los tres reales diarios salían de su bolsillo porque aquello había sido una decisión suya y no contaba con el visto bueno del alguacil mayor, que era quien autorizaba esos gastos. Varias veces había pensado en poner fin a aquella vigilancia que para su economía era un verdadero dispendio. Pero algo le decía que debía mantenerla, un poco más.

Aquella noche, tras un apasionado encuentro con Leonor, se sirvieron una copa de vino —a ella le gustaba suave, por lo que estaba aguado— y acomodaron los almohadones para beber y charlar con mayor placidez.

—¿Habéis hecho algunos progresos en el caso del boticario?

—Estoy en el mismo sitio. Esa…, esa María no da señales de vida.

—Si vive en Lozoya, ¿por qué no vais allí?

—Porque don Matías me ha encargado otros cometidos. Hemos estado pendientes de que no fuera a ocurrir nada con el enviado del rey de Portugal. Al parecer, don Pedro de Alcaçobas se marcha en un par de días. Ha demorado su partida para llevarse un retrato de la

infanta Isabel Clara Eugenia. Si es así, le pediré que me autorice a ir hasta Lozoya.

Leonor dio un sorbo a su vino, apenas se mojó los labios.

—¿Fray Ambrosio ha sacado algo en limpio?

Fray Ambrosio de la Santísima Trinidad era el bibliotecario del convento de San Jerónimo el Real. Tenía fama de persona versada en astronomía y astrología, y también perito en las llamadas ciencias ocultas. Diego le había entregado los papeles que había cogido del laboratorio de maese Rodrigo.

—No sabría deciros. Cuando le llevé los papeles me comentó que en cuanto tuviera algo en claro me llamaría, pero no lo ha hecho.

—Buscar la piedra filosofal se me antoja una quimera —señaló Leonor—. ¡La eterna juventud! ¡Convertir el plomo en plata!

—Ya sé que no creéis que eso sea posible. Pero muchos piensan que sí y dicen que algunos lo han logrado.

Ella lo miró con una sonrisa irónica apuntando en sus labios.

—¿Ser eternamente jóvenes u obtener toda la plata que se desee?

—Me he informado sobre estas cosas. Por lo visto, un alquimista francés, llamado Nicolás Flamel, consiguió la piedra filosofal. Cuentan que disponía de grandes cantidades de dinero que no podía tener por su profesión de escribano. Se dice que llegó a sus manos un extraño libro que se atribuye a un alquimista judío, llamado Abraham, y que, con ayuda de un cabalista que vivía en León, pudo descifrar las claves que le permitieron hacer realidad la piedra filosofal.

—¿Dónde os habéis informado de todo eso?

—He buscado en varios sitios y el libro que cogí del laboratorio contiene cosas muy interesantes, aunque no comprendo casi nada. Las anotaciones que hizo el boticario me permiten enterarme de algo.

—Deberíais entregárselo a fray Ambrosio. Le sacará más provecho.

—Por ahora permanecerá en mi poder.

—Como vos queráis. Pero… quizá deberíais hacerle una visita.

—No quiero agobiarlo.

Diego apuró el vino de su copa, cogió la de ella y las puso en la mesilla de noche que tenía a su lado. Las copas eran un obstáculo para lo que quería hacer.

Unos días después, obtenido el permiso de don Matías, Diego salía de Madrid con las primeras luces del alba por la Puerta de los Pozos de la Nieve. Esperaba, si no se presentaban contratiempos, dormir en Torrelaguna y al día siguiente llegar a Lozoya.

Eran pasadas la dos cuando arribó a una venta que había a media legua de San Agustín de Guadalix. Dieron un pienso a su caballo y él, que había cabalgado ocho leguas, agradeció el descanso. El vino que le sirvieron era ácido y tenía regusto a brea. Lo rebajó con agua y sólo se bebió la mitad, acompañando al queso y los tasajos de carne seca que llevaba en las alforjas. Hora y media después se ponía de nuevo en camino para salvar las tres leguas que le quedaban y que discurrían entre breñales con fuertes pendientes. Había entrado en los parajes montañosos de la sierra.

En Torrelaguna se acomodó en una posada donde por tres reales tuvo un aposento sólo para él. Cenó unas sopas de centeno y rechazó las insinuaciones de una moza de caderas prominentes y pechera generosa.

Durmió a pierna suelta y lo despertaron las campanas de la iglesia que sonaban llamando a misa primera. Le costó trabajo levantarse porque tenía el cuerpo dolorido. Cuando estaba en la milicia soportaba jornadas muy duras y con sólo unas horas de sueño se sentía descansado, pero eso era ya un recuerdo. Se vistió y salió al patio y se echó en la cara unas puñadas de agua que sacó de un pozo. El desayuno, incluido en los tres reales, fue un tazón de leche y unas rebanadas de pan que pudo untar con manteca.

—¿Cuánto tardaré en llegar a Lozoya? —preguntó al posadero.

El hombre pareció echar cuentas.

—Hay poco más de seis leguas, pero el camino es malo. Si vuesa merced no se entretiene, puede estar allí con el sol todavía alto. Una vez que haya dejado atrás La Cabrera, como a media legua, dejad el camino real, que os llevaría a Buitrago de Lozoya. El que habéis de

tomar parte junto a una ermita. Si vuesa merced quiere un consejo, esté con cuatro ojos cuando pase por La Cabrera. Allí el camino discurre entre dos paredones rocosos. Es sitio a propósito para que aparezca alguno de los malhechores que andan por la sierra. Aunque, veo —el ventero miró la espada que colgaba de su tahalí y las empuñaduras de dos dagas, de las llamadas misericordias, que asomaban por su cintura— que vuesa merced va bien provisto.

Un mozo le había ensillado el caballo, que parecía más recuperado que él de la jornada de la víspera, y cuando el sol apenas levantaba un palmo por el horizonte, dejaba la venta y tomaba el camino real de Burgos. Dos horas después estaba en el paso de La Cabrera. Se detuvo, oteó el horizonte y no vio nada que le hiciera recelar. Entró en aquel desfiladero pendiente de cualquier detalle que lo pusiera en alerta. Llegaba a la salida cuando, de entre unas peñas, saltaron dos sujetos que empuñaban largos cuchillos de hoja ancha. Uno sostenía en la otra mano un garrote de regulares dimensiones.

—¡Entregadnos la bolsa si en algo apreciáis vuestra vida!

Le pareció que no había más bandidos. Recelaba de que alguno más estuviera oculto y llevase un arco o una ballesta.

—¡Venid a por ella! —respondió desenvainando la espada.

Los dos sujetos se miraron. Eran conscientes de que subido en el caballo tenía ventaja y por la forma en que había desenvainado…

Se lo pensaron mejor y treparon por las peñas desde las que habían saltado al camino y desaparecieron. No se confió y con el acero en la mano, sin dejar de mirar a ambos lados, cabalgó hasta que llegó a una nava desde la que se dominaba un amplio horizonte. Dejó el camino real y tomó el que se abría frente a una ermita dedicada a san Roque. Con el sol todavía alto llegó a Lozoya. Un centenar de casas se alzaban en la falda de un monte sobre una limitada llanura. Entró por una calle donde había unos albañiles. Detuvo el caballo y los saludó:

—Buenos días nos dé Dios. —Llevó su mano al ala del sombrero.

Los albañiles cesaron en sus tareas. No era habitual ver a un caballero por aquellos parajes.

—Buenos días tenga vuesa merced —respondió el mayor, que tenía un chirlo en la frente—. ¿Qué se os ofrece?

—¿Podríais decirme dónde puedo encontrar a María… la herborista?

—Si queréis ver a la *Jara*, debéis de andar muy apurado. ¡Es una bruja!

—Tengo entendido que conoce las hierbas y sabe preparar ungüentos, pomadas y jarabes.

—También sabe de sortilegios y hechicerías. Esa mujer no es una buena compañía, pero si habéis venido a verla, allá vuesa merced.

—¿Me diréis dónde puedo encontrarla?

—Id a la otra parte del pueblo y marchad hasta la ribera del río. Buscad una pontana que está junto a una ermita. Siga vuesa merced la senda que hay hasta un repecho donde empieza el pinar, al final está su casa.

—Agradecido. —Se llevó la mano al sombrero y espoleó el caballo.

Siguiendo las indicaciones, cruzó el río, que bajaba con cierto caudal, y siguió el sendero hasta entrar en un pinar cuyos árboles eran tan altos que sumían el sitio en una penumbra que tenía algo de inquietante. Si María vivía en aquel apartado lugar, no le extrañaba que no supiera nada de lo ocurrido. Se había internado algo más de un cuarto de legua cuando llegó hasta un claro donde había una casa con paredes de adobe y cubierta de bálago. Salía humo por la chimenea. En una parcela de tierra se veían algunas verduras.

Bajó del caballo, lo tomó por la brida y se acercaba procurando no hacer ruido cuando la voz de una mujer sonó a su espalda:

—¡Deteneos y alzad las manos! ¡No hagáis ningún movimiento extraño! ¡Os va la vida en ello!

Diego soltó la brida y alzó los brazos.

—Tranquila, sólo he venido a hablar con vos.

—¡Volveos! ¡Despacio!

Una mujer de melena cobriza —esa era la razón por la que el albañil la había llamado «jara»— estaba a pocos pasos y empuñaba una ballestilla. Tenía que ser la herborista, y Agustinillo no había exagerado: era una real hembra. Su rostro era atezado, pero de color más claro de lo que cabía esperar de una mujer que vivía en el bosque y recogía hierbas, con nariz recta y los ojos de un verde

como jamás había visto. Lo que se adivinaba bajo sus ropas era un cuerpo por el que suspiraría cualquier hombre. No era una jovencita, rondaría los treinta años, quizá algunos más.

—Tened cuidado —le dijo Diego mirando la ballestilla—. Esas armas las carga el diablo.

—¿Quién sois y a qué habéis venido?

—Soy Diego de Paz, alguacil en Madrid. Quiero hablar con vos.

—¿Por qué deseáis hablar conmigo? ¡No nos conocemos!

—Porque maese Rodrigo ha muerto. Lo han asesinado.

Se quedó inmóvil y sus ojos brillaron. Diego se percató de que se esforzaba para no llorar. Hasta pasados unos segundos no pudo hablar.

—¡¿Cómo… cómo habéis dicho?!

—A maese Rodrigo lo han asesinado.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé. Estoy buscando pistas que me puedan llevar a quien lo ha hecho. He venido hasta aquí porque deseo hablar con vos. —Miró otra vez la ballestilla—. Por favor, apartad el arma.

María echó el seguro a la ballestilla y Diego bajó los brazos.

—Contadme lo ocurrido. Pero… mejor será que paséis.

Después de quitar la montura al caballo y trabarlo, lo dejó pastando entre los árboles. Ella lo miraba, sin perder detalle. Entraron en la casa y a Diego le llamó la atención la limpieza, que era pulcritud. Todo estaba ordenado, cada cosa estaba en su sitio. Lo invitó a sentarse en un sillón labrado en tosca madera, sobre el que había echada una zalea y él le contó lo ocurrido, sin ahorrarse detalles. Cómo encontraron el cadáver y cómo lo habían torturado. Le habló de Agustinillo y de que quienes lo mataron eran probablemente los mismos que habían entrado en la botica y lo habían revuelto todo.

—Quienes lo asesinaron buscaban algo. Lo torturaron para hacerle confesar, pero creo que no lo consiguieron. Los que fueron a la botica eran cuatro. Es lo que me contó Agustinillo, quien me dijo que vos acudíais de cuando en cuando a ver a maese Rodrigo porque le proporcionabais hierbas.

María, que no había podido evitar que las lágrimas asomasen a sus ojos cuando le dijo lo que le habían hecho, antes de acabar con la vida del boticario, fue, poco a poco, relajándose. Observaba a Diego con interés y algo en su interior le dijo que podía confiar en aquel hombre. Si trataba de encontrar a los asesinos, cuantos más datos tuviera, mayores serían sus posibilidades a encontrarlo.

—¿Qué queréis saber?

—Todo lo que podáis contarme.

—Su verdadero nombre era Samuel Leví. Lo había ocultado porque no le convenía que se supiera que era converso. En realidad, lo era sólo en apariencia. Practicaba, hasta donde le era posible, la religión de Moisés.

—¿Cómo sabéis eso?

En los labios de María se dibujó una sonrisa triste.

—Samuel y yo nos acostábamos cada vez que iba a llevarle hierbas. Los dos desahogábamos nuestras pasiones. Os aseguro que resulta duro vivir en estas soledades.

—Me hago una idea.

—¡No, no podéis haceros una idea! —Alzó la voz, un tanto irritada —. En estos montes los inviernos son muy largos. Me paso semanas sin ver un rostro y sin cruzar una palabra con nadie. Los del pueblo acuden cuando necesitan un remedio, pero me aborrecen. ¿Sabéis qué dicen de mí?

—Que sois una bruja.

Otra vez una triste sonrisa asomó a sus labios.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Un sujeto que es alarife y que tiene un chirlo en la frente.

—Marcos, el *Verraco*. Pensó que, además de las hierbas para dar a su verga el vigor que ha perdido por haberla usado de forma abusiva, podía encamarse conmigo. No es el único del pueblo que lo busca. He tenido que espantarlos metiéndoles el miedo en el cuerpo. Una mujer sola…

Diego entendió lo que debía ser la vida de María en aquellas soledades, haciendo frente al cúmulo de dificultades que ello suponía.

—¿Me decíais que maese Rodrigo y vos…?

—Perdonadme, pero es que… Como os decía, disfrutábamos de los placeres que la Iglesia considera una aberración y trata de impedírnoslos. Después de desahogarnos…, nos quedábamos un largo rato en la cama y ese es momento de confidencias. —Diego sabía de lo que María estaba hablando—. Samuel me hablaba de sus trabajos en el laboratorio. Era algo que no compartía con nadie más. Me comentaba los progresos en su intento de hacerse con la piedra filosofal. La última vez que estuvimos juntos…

—¿Cuánto hace de eso?

—Más de dos meses. Tengo…, tenía preparada una buena provisión de hierbas. Pensaba ponerme en camino en un par de días.

—¿Qué os dijo la última vez que estuvisteis juntos?

—Me pidió que nos casásemos y me quedase a vivir con él. Le dije que me lo pensaría. Vivir sola aquí no es recomendable, pero tampoco lo es vivir en Madrid. Dicen que allí hay más de cincuenta mil personas. ¡Una barbaridad! El ruido es insoportable. Hay inmundicias por todas partes… Pero Samuel era un buen hombre que ayudaba a la gente que lo necesitaba y que era mucha más de la que vuesa merced pueda imaginarse.

—María, quien lo mató buscaba algo relacionado con sus trabajos de alquimista. ¿Os dijo algo sobre ello?

—Me dijo que estaba a punto de culminar lo que llamaba la Obra. Que había llegado a la última fase.

—¿Significaba que estaba a punto de convertir el plomo en plata?

—El plomo en plata y el cobre en oro.

—Alguien tuvo noticia de que lo había conseguido.

—No os he dicho que lo hubiera conseguido.

—Sé que lo había conseguido.

En los ojos de María hubo un destello se suspicacia. Lo miró fijamente.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Encontré una torta metálica en un crisol de su laboratorio. Se la llevé a un platero y me ha asegurado que es finísima, que jamás la había visto de aquella calidad.

—¿Cómo…, cómo habéis dicho?

—Cuando trataba de averiguar quiénes lo habían asesinado, estuve en el laboratorio del sótano. Allí encontramos en el crisol una torta metálica que un platero certificó que era la plata más pura que había conocido.

—¡Lo consiguió! —exclamó María.

—¿No lo sabíais?

—Como he dicho a vuesa merced, la última vez que nos vimos me dijo que estaba a punto de conseguirlo. Pero no lo sabía.

—¿Quién más podía estar al tanto de sus trabajos?

—Agustinillo —respondió María sin vacilar—. Al menos sabía de la existencia del laboratorio y de la relación que había entre Samuel y yo.

—¿Cómo es que teníais conocimiento de eso?

—Me lo dijo Samuel. Sabía que en alguna ocasión había bajado al sótano. No le preocupaba porque es muy difícil llegar a conocer los procedimientos de los alquimistas. Aunque sabe leer, no es capaz de entender textos alquímicos. Eso queda reservado para los iniciados.

—¿Cómo sabéis que estaba al tanto de vuestras relaciones?

—Porque nos espiaba cuando estábamos en la cama. Lo hacía a través de un agujero disimulado que había practicado en la pared de la cocina que era medianera con la alcoba. Hacía tiempo que Samuel lo había descubierto. Me decía que no debía importarnos y para él era un disfrute.

—Además de Agustinillo, ¿alguien más podía estar al tanto de los trabajos de maese Rodrigo?

—No lo sé. Era muy reservado. Siendo converso y alquimista…

Diego tuvo la impresión de que aquel viaje iba a servirle de muy poco. Había confirmado cosas que ya sabía, pero María no le había aportado novedad alguna. Le agradeció que lo hubiera recibido y se despidió de ella.

Preparó el caballo y, cuando iba a montarlo, ella lo detuvo.

—Aguardad un momento. Tal vez… Recuerdo que en una ocasión me dijo que había hecho un trabajo para una persona muy importante en la corte. No recuerdo su nombre. Pero era un secretario del rey.

—¿Estáis segura de que era un secretario real?

—Sí, le hizo un encargo relacionado con la transmutación de metales.

—Intentad recordar cuándo fue eso.

—Hará tres años, quizá cuatro. Estábamos en la cama, tomando vino especiado y caliente, cuando Samuel me lo contó.

—Trataré de averiguar quién era ese secretario.

Espoleó el caballo y ya se alejaba cuando tiró de la brida y dio media vuelta.

—Tened mucho cuidado. Quienes han acabado con la vida de Samuel puede que os busquen.

—Estaré prevenida.

VII

Poco después de que Diego regresara a Madrid, se desató una epidemia de tabardillos maliciosos y agudos. Hubo días que se celebraron hasta veinte entierros, sin contar los de los niños pequeños. Al día siguiente de la festividad de la Asunción de Nuestra Señora, que era fiesta muy principal y que en muchos lugares del reino se celebraba por todo lo alto, se vio aquejado de calenturas y el cuerpo se le llenó de manchas, como picaduras de pulgas.

El médico diagnosticó sin dudar.

—Está aquejado de fiebre de tabardillos.

Los galenos decían que aquellas calenturas venían de aguas que, con tanto calor, se corrompían. Unos sostenían que la forma en que se transmitía la enfermedad era por beber esas aguas, otros por ingerir hortalizas regadas con ellas, por comer pescado de ríos donde apenas corría el agua, al perder en verano mucho caudal, o la carne de animales que bebían agua corrompida. Otros, en fin, culpaban a las miasmas que había en el éter.

Leonor dispuso llevárselo a su casa. Así evitaba que lo llevasen a un hospital, donde la mayor parte de quienes entraban salían metidos en un ataúd o envueltos en un lienzo y arrojados, por falta de sitio, en unas fosas que se habían abierto al otro lado de la Puerta de Alcalá, a las que daban el nombre de carneros.

Estuvo mes y medio en la cama, hasta después del día de San Miguel. Había quedado tan débil que necesitó varias semanas de convalecencia para restablecerse. Los últimos días Leonor tuvo que sostener una verdadera batalla para obligarle a permanecer en la

alcoba donde lo había instalado, porque Diego decía encontrarse recuperado y deseaba volver al trabajo.

—¡Ni hablar! ¡Ya habéis oído al doctor! —Ella no daba su brazo a torcer—. ¡Seguiréis en cama unos días más!

—Pero si ha dicho que puedo levantarme.

—Ha dicho que podéis dar pequeños paseos por la casa y sentaros en un sillón durante unas horas para acostumbrar el cuerpo a no estar tendido porque ha sido mucho tiempo de cama. Pero nada de levantaros.

—Los días se me hacen eternos, Leonor.

—¡Vaya! No sabía que os resultaba tan penoso tenerme a vuestro lado.

—No he querido decir eso. —Cogió su mano y la besó—. ¿Qué habría sido de mí sin vuestros cuidados?

—Si tanto os aburrís, podíais leer otro libro.

—He leído tres. ¡Esas novelas de caballerías me parecen tan fantásticas!…

—Acabo de terminar un libro muy interesante. Tiene poca fantasía.

—¿Quién lo ha escrito?

—No lo sé. El autor no aparece nombrado.

—¿Oculta su nombre?

Leonor se encogió de hombros.

—Los rumores lo atribuyen a varios. Me lo ha dicho el librero que me lo vendió de tapadillo porque la Inquisición lo tiene incluido en el *Índice*.

—No sabía que leíais esas cosas.

Leonor dejó escapar un suspiro.

—Todo lo prohibido me resulta atractivo.

Diego sonrió.

—No necesitáis jurármelo. ¿Cuál es su título?

—*La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades.*

—¿Qué historia cuenta para que la Inquisición lo haya prohibido?

—La de un pícaro que sirve a una serie de amos. Le da un repaso a curas y frailes. Los tilda de hipócritas y de falsos, y no habla bien

del Santo Oficio. Os ayudará a pasar los días que os quedan de reposo.

Leonor trajo el libro. Efectivamente, no aparecía nombre de autor.

—¡Está impreso en Amberes! —exclamó Diego.

—Supongo que habrá llegado de matute. Aquí no habrá muchos que se atrevan a imprimirlo. Aunque habrá quien lo haga de forma clandestina.

—¿Os ha dicho el librero quién puede ser el escritor?

—Unos dicen que don Diego Hurtado de Mendoza.

—¿El hijo del conde de Tendilla? ¿El que murió el año pasado porque después de cortarle la pierna no pudieron atajar la gangrena?

—Ese. También lo atribuyen a un fraile jerónimo que murió hace ya algunos años. Se llamaba Juan de Ortega y, según me contó el librero, fue el que preparó el retiro de Carlos I al monasterio que su orden tiene en Yuste.

—Veo que os informó bien.

—Pues me dijo que hay quien se lo adjudica a un tercero. A un tal Juan Valdés, un erasmista que murió hace algunos años. El texto estuvo guardado, antes de que quien lo poseía decidiera darlo a la estampa.

Diego conoció las venturas y desventuras —más las segundas que las primeras— de la vida de aquel pícaro, llamado Lázaro. Sirvió a un ciego malvado; a un cura avaro; a un hidalgo pobre que blasonaba de su hidalguía y que no tenía donde caerse muerto; a un fraile mercedario, amante de la buena vida; a un buldero tramposo, que engañaba a la gente para vender más bulas; a un capellán oportunista; a un maestro que se dedicaba a hacer panderos; a un alguacil que lo llevaba por caminos peligrosos, y a un arcipreste que lo convenció para que se casase con una de sus criadas para acallar los rumores de que era su manceba.

Se engolfó de tal manera en la lectura que en un par de días la concluyó.

—Veo que el libro os ha gustado —le dijo Leonor—. Apenas habéis hecho otra cosa que leer desde que lo puse en vuestras manos.

—¡Esto nada tiene que ver con Amadís de Gaula, Palmerín de Inglaterra o Félix Marte de Hircania! ¡Esto está pasando cada día! ¡Es cierto que no deja títere con cabeza! Cuenta, con mucha ironía, lo que es el pan nuestro de cada día. Hay mucho malvado y mucho hipócrita que aparenta ser quien no es en realidad. ¿No creéis que hay gente como ese ciego que le estrella un jarro contra la boca?

—Tampoco Lázaro es manco. Lo que le hace engañándolo para que se diera la trompada contra el pilar…

—Quien lo ha escrito, contra quien más arremete, es contra los clérigos.

—Así es. El cura de Maqueda es maligno y avaro —señaló Leonor —; el mercedario, un vividor, y el arcipreste, un hipócrita que busca que se case con la criada para refocilarse con ella y salvar las apariencias.

—También arremete contra tanto hidalgo que, por no trabajar, está dispuesto a sufrir hambre y pasar toda clase de penalidades.

—Hay muchos de esos. Pero… ¿qué pensáis de Lázaro?

—Es vivo como el hambre y muy ocurrente. La vida, como a tantos, se le presentó difícil. Al morir su padre, la madre, que no es un buen ejemplo, se lo quitó de encima entregándoselo a un sujeto como el ciego. Me ha caído bien, como el hidalgo, porque, aunque vive en la inopia, no es mala persona.

—Aunque dice muy poco de su relación con el alguacil, ¿qué os parece? —Leonor no disimuló la sonrisa en sus labios.

—¡Eso mismo iba a preguntaros yo! —respondió Diego.

—Bueno, es de los que salen mejor parados. Se limita a decir que se trata de un oficio peligroso. ¿Tiene razón?

—No anda desencaminado. Han de afrontarse situaciones difíciles. Como Lázaro deja claro, hay mucho delincuente y abundan los malandrines.

—¿No habéis pensado en retiraros?

—¡Ni hablar! ¡Eso queda para impedidos y ancianos! — respondió Diego irritado—. ¡No soy ni una cosa ni otra! ¡Además, de qué iba a vivir!

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡No os sulfuréis!

El alguacil se levantó, se acercó a ella y la abrazó. Comenzó un juego amoroso que tuvo un apasionado final. Leonor, satisfecha, lo besó en los labios y le susurró:

—No estáis impedido ni sois un anciano.

Con la llegada de las lluvias y los primeros fríos, la salud mejoró mucho en Madrid, pero no fue hasta después del Día de los Difuntos cuando Diego pisó otra vez la calle. Acudió a San Bernardo, donde fue recibido con muestras de satisfacción por otros alguaciles y por los corchetes.

—¿Está don Matías arriba?

—Sí, llegó hace un rato.

Subió al despacho y el aguacil mayor se mostró afectuoso.

—¡Dichosos los ojos! —Soltó el cálamo, se levantó y lo abrazó.

—Gracias, señor.

—¡Estáis mucho más delgado y se os ve un tanto demacrado!

—Han sido semanas muy complicadas. La calentura me afectó mucho.

—Lo importante, amigo mío, es que esos tabardillos no han podido con vos. ¿Os encontráis en condiciones de volver al servicio?

—Así es, señor. Me gustaría retomar el asunto del boticario.

—Quizá sería mejor que os dedicarais a otros menesteres.

—Podría atender a lo que dispongáis y hacer algunas pesquisas para intentar que ese crimen no quede sin castigo a quienes lo perpetraron…

Don Matías se acarició el mentón.

—Está bien. Pero sólo le dedicaréis el tiempo que os permita ir resolviendo los asuntos que os encomiende.

—Desde luego, señor.

—Sabed que, si en un plazo razonable, no obtenéis resultados…

—¿Qué entiende vuesa merced por un plazo razonable?

—Dos meses.

—No es mucho tiempo, don Matías.

El alguacil mayor se atusó los mostachos.

—Lleváis muchos meses dedicado a esto. Hasta fin de año. ¡Ni un día más!

—Gracias, don Matías.

En los días siguientes tuvo que centrar sus esfuerzos en las denuncias presentadas por unos vecinos de la calle de Santa Catalina a causa de los escándalos nocturnos procedentes de un garito donde se bebía, jugaba a los dados y al naipe, pese a que las ordenanzas municipales señalaban que, con el toque de oración, debían cerrarse tabernas y garitos. La realidad era que, si no había escándalo, se hacía la vista gorda y se permitía permanecer a quienes estaban dentro, aunque no debían entrar nuevos parroquianos. Cosa que tampoco se llevaba a rajatabla, lo que daba lugar a cierta vida nocturna.

Una noche, pasadas las once, acompañado de media docena de corchetes, comprobó que quienes se quejaban tenían razón. En aquel garito había timbas de naipes, se bebía y se gritaba. El escándalo alteraba el descanso de los vecinos.

—Vamos a actuar. —Diego ordenó a dos de sus hombres—: Vuesas mercedes se quedan en la calle. Los demás, conmigo.

Golpeó tres veces en la puerta y no había terminado de sonar el tercero cuando se abrió un postigo enrejado que quedaba a la altura de los ojos.

—¿Quién…?

—¡Abrid a la justicia! ¡Inmediatamente!

Cerró de un portazo y en la calle se oyeron los gritos de advertencia que daba aquel sujeto.

—¡Recoged! ¡Recoged! ¡La justica está llamando a la puerta!

—¡Abrid a la justicia! ¡Abrid! —Diego no dejaba de llamar a la puerta.

Pasados un par de minutos abrieron y Diego arrolló al sujeto. Era el mismo que había abierto el postigo.

—¡Prendedlo! —ordenó a sus hombres.

Era una amplia dependencia donde al menos dos docenas de personas, sentadas en torno a varias mesas, miraban a una moza que, ligera de ropas, se contoneaba sobre un entarimado al son de una vihuela y un pandero.

—¿Quién es el responsable de este lugar?

Un sujeto mal encarado, en parte por la costura que tenía en una de sus mejillas, fue quien respondió, en tono desafiante.

—Yo soy el dueño.

—¡Prendedlo! ¡Estáis detenido! ¡Escándalo nocturno y juegos prohibidos!

—¿Juegos prohibidos? ¿Acaso vuesa merced ve dados o naipes?

—Habéis tenido tiempo de recogerlos y montar esta farsa.

En aquel momento uno de los corchetes apareció con dos sujetos que se ajustaban los calzones y dos mujeres que tapaban sus vergüenzas como buenamente podían.

—¡Estos estaban fornicando!

—Añadid fornicio encubierto. ¡A follar por dinero se va a la mancebía!

Comprobaron que se fornicaba en unas camaretas y que varias rabizas ejercían allí su oficio.

Eran demasiados para llevárselos a la cárcel. Diego decidió que, salvo el dueño del local y el que había retrasado la apertura de la puerta, lo mejor era multarlos.

—¡Tomad razón de todos ellos y que abonen una fianza para hacer frente a las sanciones!

—¿Cuánto, señor? —preguntó uno de los corchetes.

—¡Medio ducado!

Al oír aquello la protesta fue generalizada.

—¡Es un robo!

—¡Un abuso!

—¡Quien no pague a la cárcel! ¡Acompañando a esos dos!

Una hora después, todos habían apoquinado el medio ducado y el tugurio quedaba cerrado. Su dueño y el criado que vigilaba la puerta iban camino de la cárcel y muchos vecinos daban parabienes a los corchetes.

El dueño de una cerería que había en la calle exclamó alborozado:

—¡Por fin lo habéis prendido! A ver si está una temporada entre rejas.

Al oírlo, el dueño del garito se volvió y espetó al cerero:

—¡Ya ajustaremos cuentas cuando vuelva!

—Si no os calláis, mandaré que os pongan una mordaza.

Al día siguiente, el alguacil mayor ordenó que el *Lupino* —era el nombre del dueño del garito— permaneciera en la cárcel.

VIII

La propuesta de Felipe II de verse en Guadalupe fue acogida con gran satisfacción por don Sebastián, quien había respondido a su tío de inmediato.

El rey de España abandonó El Escorial el quince de diciembre. Quería llegar con antelación suficiente y, además, en invierno, los viajes podían encontrarse con graves complicaciones e incluso, si las nevadas eran copiosas, impedirlos. Viajaba acompañado de Arias Montano, buen conocedor de aquella tierra, y del duque de Alba, quien, como afamado general, podía resultar muy útil a la hora de convencer a don Sebastián de lo inadecuado de su proyecto en Berbería. Completaban el séquito el secretario Zayas, el marqués de Aguilar y los condes de Fuensalida, Buendía y Priego. Le daban escolta una veintena de monteros de Espinosa, amén de mayordomos, aposentadores, cocineros, palafreneros, caballerizos, muleros, criados, mozos…, más de quinientas personas.

Llegó al monasterio el veinte de diciembre y, después de orar ante la imagen de Nuestra Señora, inspeccionó personalmente los aposentos donde iban a alojarse don Sebastián y los principales miembros de su séquito.

Por aquellos días Salamanca se vio alterada.

—¡Me han dicho que fray Luis ha sido exonerado de los cargos que pesaban contra él y ha quedado libre de toda sospecha! —La

noticia se la daba al prior de los agustinos del convento que la orden tenía en Salamanca un hermano que acababa de llegar de Valladolid.

—¿Significa que quedará libre?

—Ya ha sido liberado. Llegará a Salamanca en dos o tres días.

La buena nueva se difundió rápidamente y entre los agustinos hubo una explosión de alegría. El prior tuvo que prohibir al hermano campanero el repique que tenía previsto.

—¡Un repique de campanas! ¡Habéis perdido el juicio!

—Paternidad, es para que se enteren los dominicos.

—Lo sabrán, lo sabrán, si es que todavía no tienen conocimiento.

La noticia se difundió por la ciudad en las horas siguientes —los agustinos se encargaron de ello—. Muchos estudiantes, que admiraban al maestro, lo celebraban en tabernas y mesones a su modo: con vino y canciones. En aquellos cuatro años de ausencia de las aulas de la universidad, la fama de fray Luis se había acrecentado.

La noticia no se había acogido de la misma forma en todas partes. Entre los dominicos había malas caras —la rivalidad entre los hermanos de san Agustín y los de santo Domingo era pública—, aunque algunos eran amigos del renombrado hebraísta. Pero donde había caído peor era entre ciertos miembros del claustro de la universidad donde más que rivalidades había envidias y odios. Se decía que León Castro, al saber que su denuncia no había prosperado y que fray Luis regresaba a Salamanca en olor de multitud, había destrozado una vajilla en un ataque de ira.

Entró en la ciudad, a lomos de una mula, por la Puerta de Toro, acompañado por muchos estudiantes que habían ido a recibirlo a media legua de la ciudad. Los vecinos de las calles por donde pasaba para ir a su convento se asomaban a ventanas y balcones o salían a la calle y lo vitoreaban como a un héroe. En San Agustín fue un día de fiesta y la comunidad lo celebró por todo lo alto. Su amigo Diego de Salinas interpretó unos motetes en el órgano de la iglesia conventual, atestada porque se habían abierto las puertas a los fieles. Todos deseaban ver al maestro de Cánones.

Aquella misma tarde el rector le dio licencia para impartir la cátedra de Moral y dos días después volvía a las aulas. La

expectación era extraordinaria. Fray Luis tuvo que abrirse paso entre los estudiantes, que lo aclamaban sin cesar. Se apretujaban en los bancos y mientras subía los peldaños de la cátedra se impuso un silencio total, sólo roto por alguna tos.

Paseó su mirada sobre el expectante auditorio. Todos aguardaban las primeras palabras del maestro, que había sufrido más de cuatro años de prisión por culpa de la inquina de algunos y la envidia de muchos. Aspiró con fuerza, alzó la mano y, con el índice apuntando hacia arriba, comenzó:

—Como decíamos ayer…

Un rumor se apoderó del aula. Un estudiante comentó en voz baja:

—Lo ha dicho como si no hubiera estado más de cuatro años en la cárcel…

—Fray Luis quiere olvidar esos años de encierro y que eso sólo haya sido un paréntesis.

La noticia de la puesta en libertad de fray Luis llegó a Guadalupe. A Felipe II se la dio Arias Montano, que rebosaba satisfacción porque también él había sido acusado ante la Inquisición por León Castro y el dominico fray Bartolomé de Medina, catedrático de Teología en las aulas salmantinas, porque consideraban que el texto hebreo de la Biblia de Amberes era espurio, estaba mal traducido y ponía en entredicho los textos griegos y latinos del libro sagrado. Lo culpaban de ello y lo acusaban de judaizante. Aunque la denuncia tuvo escaso recorrido, provocó una fuerte enemistad entre ellos.

—Majestad, el Santo Oficio ha puesto en libertad a fray Luis de León. —Arias Montano no disimulaba su satisfacción.

En los labios del rey apuntó una sonrisa.

—Ese proceso nunca debió instruirse. Todo ha sido un asunto de envidias, rivalidades y enfrentamientos no sólo académicos, sino también por diferencias entre dominicos y agustinos.

—En Salamanca los estudiantes lo han festejado por todo lo alto y el rector lo ha facultado para enseñar otra vez. Se oye decir que su aspiración es la de cátedra de Sagrada Escritura.

—La alcanzará porque es erudito, docto y gran retórico.

—Señor, en la universidad no siempre gana el mejor. ¿Conoce su majestad lo ocurrido con la cátedra de Gramática a la que aspiraba Nebrija?

—¿Qué ocurrió?

—Que siendo el más docto y eminente, perdió la oposición ante un profesor con muchos menos merecimientos, por razones de la inquina que le tenían muchos a los que acusaba de utilizar un latín corrompido y lleno de inexactitudes. Nebrija abandonó Salamanca y Cisneros lo acogió en Alcalá.

El monarca portugués, que había salido de Lisboa el doce de diciembre, cruzó la raya por Badajoz el veinte. Llegaba acompañado de un gran cortejo, integrado por casi trescientas personas. El día veintidós, después de haber pasado por Medellín, se dirigió a Guadalupe.

A dos leguas del monasterio lo aguardaban los nobles que habían acompañado a don Felipe y este, en su coche, salió como a media legua para recibirle.

El encuentro entre los dos monarcas, que se veían por primera vez, se produjo en un lugar que había sido acondicionado al efecto. Se acercaron destocados y, con los sombreros en la mano, se fundieron en un abrazo.

—Sed bienvenido, majestad —lo saludó don Felipe.

—Os agradezco mucho, señor, que hayáis aceptado este encuentro.

Tras las presentaciones de los nobles que formaban sus séquitos —los principales que acompañaban a don Sebastián eran el duque de Aveiro y el conde de Portoalegre—, don Felipe tomó del brazo a su sobrino, lo llevó hasta su carruaje donde pudieron hablar con fluidez porque el rey de España dominaba el portugués que había aprendido de su madre, la emperatriz Isabel, y en las últimas semanas lo había practicado con don Cristóbal de Moura, caballero portugués, miembro de la Orden de Calatrava, que llevaba veinte años en la corte española, ligado al partido de Ruy Gómez de Silva hasta su muerte. Apostaba por buscar soluciones negociadas en el

conflicto de Flandes. Frente a los partidarios de soluciones de fuerza, a cuya cabeza se encontraba el duque de Alba.

—¿Cómo se encuentra mi señora, la reina doña Ana? —preguntó don Sebastián a su tío.

—Gracias a Dios, goza de una salud excelente.

—¿También goza de salud el príncipe de Asturias?

—Vuestro primo don Fernando crece sin problemas. Acaba de cumplir cinco años.

—¿Y las señoras infantas?

—Bien, muy bien, tanto Isabel Clara Eugenia, como Catalina Micaela que, como sabéis, son de edad parecida. Isabel ha cumplido diez años y Catalina nueve.

—Vuestra majestad sabe que mi deseo es desposar a una de ellas.

—Es tiempo de que penséis en ello. Una de las principales obligaciones del príncipe es asegurar la sucesión en el trono, algo que no debe demorarse. Vuestro padre, que gloria de Dios haya, desposó a vuestra madre con sólo quince años. Gracias a ello nacisteis vos. Si aquel matrimonio se hubiera retrasado sólo unos meses, no habríais venido al mundo.

—¿Significa, querido tío, que no veis obstáculo en concederme su mano? He visto un retrato de Isabel Clara Eugenia. Mi deseo…

—No veo obstáculo, sobrino —lo interrumpió don Felipe—. Pero no adelantéis acontecimientos. Habrá que pedir a su santidad la dispensa para que podáis desposar a una de vuestras primas.

La voz del cochero deteniendo a los caballos interrumpió la conversación.

Don Felipe asomó la cabeza por la ventanilla.

—Hemos llegado.

Cedió el paso a su sobrino y descendieron del carruaje.

El sol de la tarde doraba las piedras del monasterio, construido sobre una pequeña elevación del terreno. Subieron la escalinata hasta ganar la explanada que se extendía ante la fachada donde el prior y la comunidad aguardaban para darles la paz, junto a una cruz levantada para la ocasión.

—Sean vuestras majestades bienvenidas a esta casa de oración —los saludó el prior, dándoles a besar la reliquia que portaba.

Los reyes pasaron a la iglesia, donde rezaron y se retiraron a sus aposentos hasta la hora de la cena en la que acompañaron a los reyes los duques de Alba y Aveiro, el marqués de Aguilar y el conde de Portoalegre. También el embajador de Felipe II en Lisboa, don Juan de Silva y don Cristóbal de Moura, que ejercían de intérpretes para quienes tenían problemas con el idioma. Se sirvieron pescados de río y carnes de caza y puerco, además de los entrantes, todo ello acompañado de vinos de la bodega del monasterio. La cena fue rematada con pastelillos de hojaldre, rellenos de crema y espolvoreados con azúcar.

Todo transcurría en un ambiente relajado hasta que el duque de Alba se dirigió a don Sebastián. La pregunta, hecha en castellano, necesitaba ser traducida por Moura, quien, antes, miró a Felipe II, consciente de que planteaba un asunto delicado y quizá el rey prefiriera hablarlo en privado con su sobrino. Un pequeño gesto de don Felipe le indicó que tradujera.

—Señor, el duque desearía saber si vuestra majestad sigue dispuesto a llevar a cabo la campaña contra los moros y si vos mandaríais ese ejército.

Se hizo un silencio momentáneo. Los presentes sabían que, más allá del deseo de don Sebastián de contraer matrimonio con una de las infantas, la cuestión fundamental de la que iba a hablarse era la expedición a la morería. El hecho de que el duque de Alba hubiera hecho la pregunta podía ser interpretado por los portugueses, partidarios de cuidar mucho las formas, como una ofensa. Aveiro y Portoalegre intercambiaron una mirada tensa.

Fue don Sebastián quien salvó la situación.

—Su excelencia pregunta lo que sabe. Es público mi deseo de marchar a tierra de infieles, al frente de mi ejército.

—¿Qué beneficios obtendría vuestra majestad de ello?

Nuevamente, respondió don Sebastián visiblemente molesto:

—Larache y otras ventajas.

—En ese caso, ¿no sería más rentable atacar Larache?

La pregunta quedó sin respuesta porque don Felipe intervino. El duque le había prestado un importante servicio sacando a relucir el

espinoso asunto, pero Alba no tenía entre sus virtudes la diplomacia. Era demasiado directo en sus apreciaciones y preguntas.

—Esa decisión, duque, corresponde a su majestad. Nosotros no somos quien para señalarla. Es tarde y será mejor retirarnos a nuestros aposentos.

Al día siguiente, que era domingo, oyeron la misa, que se revistió de la mayor solemnidad. Después, aunque en Felipe II la caza no despertaba la pasión que sentían por ella muchos de sus antepasados, sabedor de que su sobrino era gran cazador, lo acompañó a una jornada de cetrería. Pese a las bajas temperaturas —la lluvia era una amenaza que de caer sería en forma de nieve—, fue una excelente jornada y se cobraron numerosas piezas. No se abordó el asunto que los había reunido, aunque era sabido que en aquellos ambientes se habían cerrado grandes acuerdos.

La víspera de la Navidad los reyes, sin ningún testigo, se reunieron en un gabinete que los monjes habían preparado. Era austero, pero confortable. Ardía una gran chimenea que había sido encendida poco después del amanecer. Los monjes habían colocado una mesa cubierta con un paño de seda carmesí y, frente a frente, dos sillones frailunos con cojines de terciopelo. Habían dispuesto una pequeña hornilla que mantenía caliente una chocolatera. Junto a la mesa, en otra más pequeña, había una salvilla con dos tazones para servirse el chocolate, una bebida que se había puesto de moda hacía sólo unos años. Proporcionaba tanta energía que se podía caminar toda una jornada sin necesidad de tomar ningún otro alimento.

La lluvia que amenazaba desde la jornada anterior había hecho acto de presencia y hacía rato que se había convertido en nieve. Un manto blanco cubría ya los tejados, los patios y los alrededores del monasterio.

Los reyes evitaron los preámbulos y don Felipe preguntó a su sobrino:

—¿Estáis decidido a llevar a cabo esa expedición?

—No he venido a preguntaros sobre ello, sino a pediros colaboración.

—Podréis contar con ella, como después os diré. Pero ¿no sería preferible, a entrometerse en disputas de moros, atacar

directamente Larache como planteó el duque?

—Los beneficios para el reino y para la cristiandad serán mayores si Muley Mohamed recupera el trono gracias a mi ayuda. Está dispuesto a prestarme vasallaje. Pensad, tío, en los beneficios de tener controlada toda esa costa desde la que se lanzan ataques sobre vuestras poblaciones costeras, cuyos vecinos viven en continua zozobra.

—¿Pensáis que ese supuesto vasallaje, si la expedición se culmina con éxito, pondría fin a las incursiones de los piratas?

—Siendo el rey mi vasallo, sería una exigencia.

Felipe II negó con un ligero movimiento de cabeza.

—El optimismo es propio de vuestra juventud, sobrino. Muley no puede controlar esas incursiones, aunque estuviera en la mejor disposición. Los sultanes de la morería ejercen un dominio muy diferente al de los príncipes cristianos. No tienen control sobre muchas de las actividades en las que se ejercitan sus súbitos. Añadid a ello que lugares como Yerba, Argel o La Goleta tienen gobernantes que actúan con total independencia.

—Si no lo hicieran por propia voluntad, ejerceré la fuerza.

—Tengo muchas dudas sobre ello. Hay otra cuestión que debéis considerar. El Maluco tiene concertado un acuerdo con el turco. Puede solicitar su ayuda en caso de verse atacado. El poderío otomano es grande y podría complicar mucho vuestra iniciativa.

—Esa es una de las razones por la que necesito vuestra ayuda.

Felipe II sabía que don Sebastián estaba al tanto de sus negociaciones con la Sublime Puerta. Si le prestaba su ayuda daría a las mismas un golpe fatal, pero no podía negar a su sobrino alguna clase de colaboración.

—Antes os he dicho que tendréis mi colaboración, pero será siempre que vuestro ejército se organice como una cruzada apoyada por el papa y esté integrado por soldados de otros países.

—Mi deseo es que esa expedición sea portuguesa.

—En ese caso, ¿cómo es que solicitáis mi ayuda?

Don Sebastián era consciente de que la ayuda de su tío era de gran importancia. Cedió en lo de incorporar soldados de otros reinos cristianos.

—Está bien, buscaré algunos contingentes de soldados en otras partes.

—Si el papa presta su conformidad, contad con que, además de aportar el número de hombres que acordemos, correré con los gastos de la tercera parte de esos soldados procedentes de otros reinos.

No era poca cosa, pero don Sebastián hubiera preferido una mayor ayuda. Su tío era el príncipe más poderoso de la cristiandad. La dio por buena, con lo que el monarca español había logrado, además de no desairar a su sobrino, enmascararla de forma que no entorpeciera las posibilidades de una tregua con los turcos. La aportación de un contingente de hombres formaría parte de un proyecto de mayor amplitud, bajo la fórmula de cruzada. Podía dar al traste con las negociaciones, pero podría tener alguna justificación.

Don Felipe consideró que había llegado el momento de degustar el chocolate.

—¿Apetece a vuestra majestad chocolate?

—Desde luego.

Felipe II ordenó al criado, que había permanecido inmóvil en un rincón del gabinete, salvo para alimentar la chimenea en una ocasión:

—Servid a su majestad una taza. Otra para mí.

Lejos de dar la reunión por concluida, aguardó a que fuera servido el chocolate para preguntar a su sobrino:

—¿Quién mandará ese ejército?

Don Sebastián frunció el ceño. No esperaba aquella pregunta porque creía haberlo dejado claro cuando respondió al duque de Alba.

—Seré yo. ¡Soy un soldado de Cristo!

Don Felipe dejó la taza sobre la salvilla y se limpió los labios.

—¿Consideráis prudente exponeros a los peligros de la guerra antes de asegurar la descendencia del trono?

Don Sebastián meditó su respuesta.

—¿Esa pregunta tiene relación con mi deseo de desposar a una de las infantas?

—Sólo en parte.

—¿Puede vuestra majestad explicármelo?

—Ya os dije que una obligación del príncipe es asegurar la sucesión en el trono. Vos no habéis cumplido con ella, pese a estar en edad de hacerlo. No deberíais arriesgaros sin haber resuelto esa cuestión.

—Sabed que esa decisión está tomada. Dios Nuestro Señor protegerá mi vida de cualquier accidente, y, si su voluntad es otra, habrá de aceptarla.

—¡Sebastián —Felipe II había prescindido del tratamiento—, a Dios no se le puede tentar! ¡En la guerra nadie se encuentra a salvo! ¡Tampoco los reyes! Vos no debierais exponer vuestra vida, que, siendo siempre valiosa, en las circunstancias presentes lo es aún más.

Los dos monarcas celebraron con la comunidad la Nochebuena y cenaron de forma frugal —unas verduras pochadas y unos huevos cocidos a los que acompañaron, como algo muy especial, mazapanes y turrón que había traído el duque de Alba como regalo a la comunidad—. Luego acudieron a la misa del gallo, que, tanto en Portugal como en España, era tradición.

Terminada la misa y deseados los parabienes propios en estas fechas, ambos se retiraron a sus aposentos. Los nobles portugueses, que habían conseguido dos grandes troncos de una encina que tiempo atrás había sido hendida por un rayo y estaban bien secos, habían ordenado a sus criados que los colocasen en la explanada que se extendía ante la fachada principal del monasterio. Les prendieron fuego y dos grandes hogueras alumbraron el lugar. Muchos se agruparon en torno a ellas combatiendo el frío con aguardientes. Se cantaron villancicos alusivos al nacimiento de Jesús y también algunas canciones picantes que, en aquel lugar y en aquella fecha, resultaban un tanto irreverentes, pero hicieron las delicias incluso de algunos de los monjes que los acompañaban. Todo lo interrumpió una nueva nevada que comenzó a caer cerca de las dos de la madrugada, poniendo fin a la celebración. Cuando

amaneció, un manto blanco cubría el paisaje y, aunque el cielo aparecía despejado, el frío era intenso.

Celebraron la misa de Navidad con mucho recogimiento y después el coro del monasterio cantó unos motetes, acompañado por los acordes de un órgano, cuyos sones llenaron las bóvedas del templo.

Los días siguientes transcurrieron entre celebraciones, encuentros para concretar detalles relacionados con aquellos asuntos donde entraban en confrontación los intereses de ambos reinos y limar posibles asperezas.

El día veintiocho, que estaba dedicado a los Santos Inocentes, se celebró una representación sobre la matanza de aquellos pequeños perpetrada por los esbirros de Herodes en un escenario que se había alzado ante la puerta del monasterio para que pudieran asistir los vecinos.

En dos ocasiones más, don Felipe trató de convencer a su sobrino de los peligros que encerraba la empresa que proyectaba y su rechazo a que se pusiera al frente de aquel ejército. Pero lo único que consiguió fue condicionar al cumplimiento de determinadas cuestiones la ayuda que estaba dispuesto a prestarle. Se dejó para más adelante el matrimonio del monarca portugués con una de las infantas. Don Sebastián prefería a Isabel Clara Eugenia, pero Felipe II, que era partidario de una alianza matrimonial con Portugal, se inclinaba porque la desposada fuera Catalina Micaela.

Celebraron la entrada del nuevo año de 1577, que los portugueses recibieron, como el día de Nochebuena, encendiendo dos grandes troncos. Un portugués, entrado en años y que tenía una larga barba blanca y vestía un ropón que le llegaba hasta los pies, estaba muy pendiente de la forma en que ardían los troncos, algo que no había podido hacer en Nochebuena a causa de la nevada que los apagó. Anotaba algo en un papel sobre una tablilla que sostenía con una mano, de cuya muñeca colgaba un cuerno con tinta, y con la otra empuñaba el cálamo. Llamó la atención del caballerizo del duque de Alba, llamado Turienzo, que era hijo de unos portugueses que llevaban muchos años al servicio de los Álvarez de Toledo. Había oído decir a sus padres que en Portugal se encendían fuegos la víspera de Navidad y la noche que se despedía el año que terminaba

porque las llamas ofrecían a los agoreros indicios de las cosas que traería el nuevo año.

Turienzo se acercó al agorero.

—Boa noite, que Deus nos abençoe.

Se quedó mirándolo, un tanto sorprendido.

—Fala português?

—Os meus pais são portugueses, da Ericeira. Falamos em família. O que prevê o fogo para este ano? Há alguma novidade sobre a expedição do rei à Barbária?

—Não haverá expedição.

IX

Pasó la Navidad sin que Diego hubiera logrado el menor avance en sus pesquisas para desentrañar la muerte de maese Rodrigo. Había hecho varias visitas a la botica, donde cada vez se acumulaba más polvo, buscando algún detalle que le permitiera seguir una pista. Repasó cientos de veces las notas que había ido tomando a lo largo de aquellos meses. Nada pudo sacar en claro de las posibles relaciones del boticario con un secretario real; carecía de medios para llegar tan alto. Dejó de pagar a Agustinillo con la llegada del nuevo año. Era como si un muro invisible le impidiera seguir, pero no se daba fácilmente por vencido porque el suplicio al que habían sometido al boticario le parecía de una crueldad como pocas veces había visto, pese a que a lo largo de su vida había presenciado cosas terribles.

Los campos de batalla, una vez terminado el combate, eran algo horroroso. Sangre por todas partes. Muertos destripados y en las posturas más inverosímiles. Rostros crispados en el momento de dar el último suspiro. El olor, conforme pasaban las horas, era cada vez más insoportable. A ello se sumaban los lamentos, a veces gritos descompuestos, de los heridos, a muchos de los cuales era mejor rematarlos para que dejasen de sufrir. Había visto apuntillar a muchos hombres que pedían la muerte a gritos. Era un acto de piedad. Pero todo aquello había tenido lugar en el fragor de una pelea donde muchos hombres se sacudían el miedo, lanzándose como fieras sobre sus enemigos. Muchos perdían el juicio y actuaban en el calor de la lucha como enloquecidos. Sin embargo, pese a la

dureza de los combates y a la muerte que los acompañaba, había unas reglas que generalmente eran respetadas, como si fueran de obligado cumplimiento. Pero lo que habían hecho con el boticario había sido con premeditación. Sus autores no estaban jugándose la vida, sino que, con perversa maldad, habían tratado de sonsacarle lo que buscaban y le procuraron el mayor sufrimiento posible para obligarle a hablar. El sufrimiento de aquel hombre debió de ser atroz. Quienes lo hicieron habían actuado con una sevicia que no se encontraba en los campos de batalla, donde se acababa con el enemigo porque era su vida o la tuya. En las muertes en combate había algo de dignidad que, ni por asomo, había estado presente en quienes lo asesinaron después de todo lo que le hicieron. Lo que no alcanzaba a explicarse era cómo maese Rodrigo había soportado aquello para no decirles lo que querían saber.

El año había entrado en Madrid con una fuerte nevada de más de medio palmo. Muchas fuentes se helaron y, cuando la nevada cesó, por muchas zonas la nieve se había convertido en hielo que hacía dificultoso el andar. Los caminos acabaron siendo barrizales al derretirse la nieve. Las noticias que llegaban de la sierra eran que los pasos que la cruzaban habían quedado bloqueados porque el grosor de la nieve era superior a una vara y en algunas partes más de dos.

Diego no había dejado de darle vueltas a la idea que rondaba por su cabeza desde hacía algunos días. Su relación con Leonor llegaba a los tres años y ella lo había atendido en su enfermedad como si hubiera sido su esposa. Lo acomodó en su propia casa y le había costado marcharse el día que volvió a instalarse en su buhardilla de la calle de Toledo, muy cerca de la plaza de la Cebada. No encontraba sentido a no vivir con ella y buscaba el momento de pedirle matrimonio. Pero no acababa de decidirse porque en su fuero interno temía que ella lo rechazase y eso significaría poner fin a la relación que mantenían.

A eso de las nueve, dos corchetes se presentaron en su vivienda, adonde acababa de llegar después de pasar la noche con Leonor.

—Don Matías nos ha ordenado venir a toda prisa.

Diego se puso el jubón forrado de piel, se ajustó los gregüescos antes de colocarse el tahalí del que colgaba su espada, y se echó la gruesa capa de lana sobre los hombros.

—¡Vamos allá!

Caminaron con cuidado para no tener que lamentar un accidente. Diego subió al despacho de don Matías y llamó a la puerta.

—¡Adelante! ¡Adelante!

—Buenos días nos dé Dios. ¿Queríais verme?

—Buenos días, acomodaos. —Señaló un sillón frente a su mesa.

El alguacil mayor parecía nervioso y no se entretuvo en preámbulos.

—En una casa de la calle de la Cruz, frente al convento de San Felipe…

—¿El de los agustinos?

—El de los agustinos —ratificó don Matías—, pero no me interrumpáis. En el patio de esa casa han encontrado el cadáver de un hombre, cosido a cuchilladas. —Diego no entendía las prisas de su superior. En Madrid, desde que se había instalado en ella la corte, menudeaban los asesinatos. Rara era la semana que no había uno y a veces hasta dos—. Es un criado de doña Ana de Mendoza.

Diego recordó a la altiva, tuerta y bellísima princesa de Éboli.

—¿Vivía allí?

—No, parece que se veía con una manceba. ¡Id a la calle de la Cruz y ved qué podéis averiguar! ¡Si conocierais a doña Ana! —Diego se cuidó mucho de decirle que la había visto en casa del platero de la calle Mayor, porque nada había dicho de la plata encontrada en la botica de maese Rodrigo—. ¡Tiene un genio! ¡Me han dicho que llega con las manos al techo!

—Se hará lo que se pueda.

Antes de retirarse, pidió a don Matías que le diera más tiempo para investigar el caso de maese Rodrigo.

—He hecho progresos —no era cierto, pero tenía que justificarse— en el asesinato del boticario, pero el tiempo que me disteis…

—¡Ha expirado!

—Por eso lo he traído a colación. Necesitaría unas semanas más.

Don Matías, que ya había vuelto a coger el cálamo, lo soltó.

—No puede ser que le dediquéis más tiempo a ese asunto. ¡La muerte del boticario es cosa muy añeja!

—Pero quienes lo mataron siguen sueltos.

El alguacil mayor dejó escapar un suspiro.

—Tendréis dos meses más. Si en esos dos meses no lo habéis resuelto…

—Muchas gracias.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Ahora daos prisa!

El patio estaba lleno de vecinos y dos corchetes les impedían acercarse al cadáver que estaba tendido en el suelo. A nadie parecía importar el frío. La nieve estaba pateada, sucia, y había tomado un color grisáceo

Diego lo examinó, ante la mirada expectante de la concurrencia, en la que se había hecho cierto silencio. Aquel hombre había sido acuchillado y la herida que le había producido la muerte la tenía en el cuello. Por allí se había desangrado.

Le recordó a la del boticario.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Aquella mujer. —El corchete señaló a una joven que tenía una manta sobre los hombros y que se cerraba sobre el pecho sujetándola con un puño.

Se acercó a ella. Estaba convencido de que los presentes sabían ya lo que iba a decirle.

—Contadme cuándo y cómo lo encontrasteis.

—A eso de las siete…

—¿Seguro que eran las siete?

—Estaban sonando las campanas del convento, llamando a misa primera. Aún no había salido el sol. Venía a coger un poco de agua como todas las mañanas. La caliento para lavar a mi madre, que está impedida.

—¿Cómo lo encontrasteis?

—Bocabajo y tieso, como la mojama.

—¿Qué hicisteis?

—Ponerme a chillar.

Hubo algunas risas.

—Yo oí los chillidos —dijo un hombretón que parecía no tener frío porque vestía una camisa y sobre ella un coleto sin mangas, muy desgastado.

Diego reparó en aquella indumentaria.

—¿Habéis sido soldado?

—Sí, señor. ¿Cómo lo habéis adivinado?

—Por el coleto que lleváis.

—¡Ah! Me salvó la vida en un par de ocasiones. Mirad. —Mostró un corte a la altura del corazón—. Si llega a atravesarlo…

—¿Qué visteis vos?

—A la Felisa dando gritos y a ese, que estaba tieso.

Diego comprobó que todo estaba pateado, salvo unas pisadas muy marcadas que apuntaban a una pared de poco más de dos varas. Miró al veterano y le preguntó:

—¿Adónde da esa pared?

—A la casa de atrás. Para mí que lo tiraron por ahí. Porque ese tenía tratos con la Filo.

—¿Quién es la Filo?

—Una que mantiene al marido, que es un cornudo complaciente. Se citaba ahí con quienes le pagaban por abrirse de piernas. Tiene una llave de esa casa, que llevaba tiempo cerrada, hasta que desde hace unos meses están haciéndole obra. Ella utiliza una alcoba de la planta baja para sus… negocios.

Hubo nuevas risas que se apagaron rápidamente y el movimiento de la gente anunció que algo pasaba. Diego vio cómo se abría un pasillo y avanzaban tres hombres, embozados en sus negras capas. Uno de ellos tocado con un sombrero de copa y un pequeño reborde que sustituía al ala, calado hasta las cejas. Fue este quien, sin molestarse en saludar, dijo a los otros dos:

—Cogedlo.

—Un momento, ¿quién sois vos? —Diego lo miraba fijamente.

El sujeto respondió con una pregunta:

—¿Y vos?

—Yo os he preguntado primero.

—Soy don Lope de Solís, caballero de Calatrava. —Con mucha arrogancia, entreabrió la capa para mostrar la enorme cruz de

aquella orden bordada en el jubón—. Vengo en nombre de doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli. ¿Me diréis ahora quién sois vos?

—Don Diego de Paz, capitán en el ejército de su majestad y ahora alguacil de esta Villa y Corte, comisionado por el alguacil mayor, don Matías Sarmiento, para investigar la muerte de este hombre y en ello estoy.

—Como os he dicho, venimos para hacernos cargo del cadáver. En la puerta tenemos un coche.

—Será cuando concluya las pesquisas.

—¡Nos lo llevaremos ahora!

—¡No! ¡Eso será cuando acabe!

El calatravo se llevó la mano a la empuñadura de su espada, pero, antes de desenvainar, reparó en que los corchetes tiraban ya de sus aceros. Aquello tuvo un efecto disuasorio.

—¡Está bien! ¡Daos prisa!

Tuvieron que esperar cerca de una hora porque Diego se tomó la pesquisa con más parsimonia de la necesaria. Cuando hubo acabado y permitió que se llevaran el cadáver, sabía que el muerto se llamaba Félix Conde, que gozaba de la confianza de la princesa de Éboli y que había servido a su marido, Ruy Gómez de Silva. Que aquella era una casa de vecindad donde vivían seis familias y que la casa medianera era propiedad de la cofradía del Santísimo Cristo de la Clemencia; que nadie había oído ruidos sospechosos durante aquella noche, que, si cuando lo habían encontrado estaba tieso, debía llevar un tiempo muerto y que lo habían tirado al patio por encima de la pared.

Buscó a la Filo, que vivía cerca, en la plazuela de la Leña. Fue un sujeto desastrado, barrigudo y que apestaba a vino peleón quien le abrió.

—¿Desea vuesa merced ver a la Filo?

—Quiero hablar con ella.

—¿Sólo hablar?

Una voz de mujer sonó desde el interior.

—¿Quién llama?

Aquel sujeto, al que costaba trabajo mantenerse en pie, miró a Diego calibrando su indumentaria.

—Un…, un caballero.

La Filo no tendría más de veinte años. No era guapa, pero tenía un cuerpo espigado.

—¿Qué desea vuesa merced?

—Haceros unas preguntas sobre Félix Conde, a quien, según me han dicho, conocéis bien.

—¿Qué queréis saber? He oído decir que lo han dejado fiambre.

—¿Cuándo lo visteis por última vez?

—Ayer.

—¿A qué hora?

—Vino a buscarme a eso de las tres, más o menos, y nos fuimos a la calle de la Cruz. Allí me esperaba uno que quería… aliviarse.

Diego frunció el ceño.

—No entiendo… ¿Os llevó él?

—¡Era mi rufián! ¡Él se encargaba de buscarme los clientes y se llevaba su parte! Estuve allí más de una hora. A aquel sujeto le costaba…, bueno, vuesa merced ya me entiende.

—Así que estuvisteis allí hasta… ¿más de las cuatro?

—Cuando me vine eran cerca de las cinco. Félix me dio los dos reales que me correspondían y, desde entonces, no lo he vuelto a ver.

—¿Qué podéis decirme de él?

—¡Que era un mal bicho! No me extraña que haya acabado así.

—Pero teníais tratos con él.

—Porque hay que echar garbanzos y tocino en la olla, y este —miró a su marido— sólo sirve para empinar el codo. Félix tenía malas juntas, me engañaba todo lo que podía, a pesar de que la que se abre de piernas soy yo.

—¿Qué sabéis de esas juntas?

—Poco. Sé que servía a la princesa tuerta y presumía de ello. Por eso tenía una llave de la casa de la calle de la Cruz que su ama le ha prestado a los de la cofradía para que la arrienden y saquen algún beneficio.

—¿Desde cuándo vais a aquella casa?

—Desde que se quedó vacía, cuando se marcharon los últimos que la tenían alquilada. Hará cosa de año y medio.

—Pero, desde hace unos meses, están haciendo obra en la casa. Con los albañiles allí…, ¿cómo…, cómo? Ya me entendéis.

—Utilizo una alcoba a la que los albañiles no asoman la nariz.

—¿Recordáis algo que os llamara la atención?

—Nada, señor. Lo que vivo en esa casa procuro olvidarlo.

Diego se despidió y, cuando estaba ganando la calle, la voz de Filomena lo detuvo.

—Uno con el que Félix se juntaba mucho y también discutía mucho era un sujeto que tenía un sombrero de grandes alas y adornado con tres plumas. Una blanca, otra negra y otra roja.

Diego recordó que Agustinillo le había dicho que el sujeto con quien maese Rodrigo había discutido tenía un sombrero adornado con tres largas plumas. Había muchos sombreros de anchas alas con ese adorno, pero ahora sabía de qué colores eran. Preguntaría a Agustinillo.

Diego visitó al hermano mayor de la cofradía del Santísimo Cristo de la Clemencia. Era un hombre de avanzada edad y viudo, que tenía cuatro hijas a su cargo. Ninguna de ellas había encontrado marido.

—Todo lo relacionado con esa obra, que nos está costando mucho más de lo previsto cuando comenzó, lo lleva el mayordomo. Hable vuesa merced con él. Vive en la calle de las Huertas.

Hasta allí fue y el hombre se mostró colaborador. Lo acompañó a la casa de la calle de la Cruz, mientras uno de los corchetes iba a la casa del maestro albañil encargado de la obra. Diego quería hablar con él.

Mientras caminaban, el mayordomo le dijo:

—Ese Félix Conde era un sujeto de cuidado, pero gozaba del amparo de doña Ana. Era un rufián. Sabíamos los manejos que se traía, pero…

En la casa imperaba el desorden propio de las obras. Recorrieron diferentes aposentos y Diego observó que en el patio había pisadas marcadas sobre la nieve que, a diferencia de la casa donde había aparecido el cadáver, estaba impoluta. Se acercó a la medianera y

comprobó que las huellas indicaban que por allí lo habían pasado a la casa donde lo encontraron.

—No hay duda de que lo mataron aquí y lo arrojaron al patio de la otra casa. Por las huellas debían ser tres.

—¿Por qué harían una cosa así?

—No lo sé, pero estas cosas no se hacen sin que haya un motivo.

Entonces apareció el corchete con el albañil, que estaba muy nervioso.

—Decidme, ¿a qué hora dieron ayer de mano?

—A las cinco y media. Poco antes de que se pusiera el sol.

—¿Vio vuesa merced algo raro?

El albañil miró al mayordomo. Como si temiera decir algo inadecuado.

—Hablad, sin temor.

—Por aquí vino la Filo con Conde y otro sujeto que se encerró con ella. Estuvieron un buen rato y luego se fueron, pero Conde se quedó. Nos dijo que él echaría la llave cuando nos marchamos.

—Entonces, ¿se quedó aquí?

—No nos extrañó. Ocurría con cierta frecuencia. Nos íbamos y la Filo y él se quedaban. Aunque esta vez se quedó sólo él.

—¿Visteis algo que llamara vuestra atención? ¿Alguien por la calle?

—Por aquí no pasa mucha gente, fuera de quienes viven en estas casas y los que vienen a holgarse con la Filo. Pero…, ahora que lo pregunta vuesa merced, cuando nos marchamos, un sujeto andaba por la calle.

—¿Podéis describirlo?

—Llevaba capa y un sombrero…, un sombrero como el vuestro, de alas muy anchas, y lucía tres plumas. Recuerdo que eran largas, una blanca, otra negra y otra encarnada.

Antes de dar por concluida la jornada, encontró a Agustinillo en el mesón de la calle de las Huertas. Le confirmó que las plumas del sujeto que discutió con el boticario eran de esos colores.

X

En Guadalupe fue jornada de despedidas.

Don Sebastián no se marchaba contento. Había esperado un mayor compromiso de su tío para la expedición a Berbería. Felipe II, muy condicionado por la posibilidad de un acuerdo con los turcos, había buscado algunos recovecos para limitar esa ayuda y prestarla sólo en determinadas condiciones. Tampoco se había cerrado, como era su deseo, el acuerdo matrimonial con la infanta Isabel Clara Eugenia.

Montado en el carruaje, comentaba al duque de Aveiro:

—No han sido días perdidos porque he conocido a mi tío y hemos hablado de cosas que nos son comunes, pero esperaba mucho más.

Aveiro, que tampoco aprobaba que el rey pusiera en riesgo su vida mandando aquella expedición, aprovechó la confidencia:

—Señor, tal vez, si vuestra majestad no estuviera al frente del ejército, la actitud de don Felipe sería diferente.

—Esa no es la razón principal. Está en tratos con los turcos y teme que esta expedición rompa la negociación. Desea tener las manos libres en el Mediterráneo para concentrar sus esfuerzos en Flandes, donde las cosas no marchan demasiado bien para los españoles. Por eso decidió que don Juan de Austria fuera el gobernador de aquellos territorios. Don Juan no está muy contento con ese nombramiento porque su deseo es desposar a la reina de Escocia, atacar a los ingleses y destronar a Isabel.

—Majestad, la política es como un tablero de ajedrez donde hay que pensar muy bien cada jugada y saber cuándo se mueven determinadas piezas.

Don Sebastián descorrió la cortinilla, el paisaje estaba completamente blanco. Había vuelto a nevar y un palmo de nieve dificultaba la marcha. Bajó el cristal de la ventanilla y entró una fría ráfaga de viento.

—La política de Cristo es muy simple, duque. Llevar el Evangelio a paganos e infieles.

—Esa, señor, ha de ser una de las señas de identidad de un príncipe cristiano. Pero el gobierno del reino requiere de otras decisiones.

—Es cierto. Pero han de estar subordinadas a la cuestión principal, que es la que os he indicado.

Felipe II abandonó Guadalupe y se dirigió a El Escorial, donde se encontraba mucho más a gusto que en el alcázar madrileño. Allí se reunió con sus secretarios y recibió noticias de que la tregua con los turcos era posible. Pero incluiría también a los aliados.

—El acuerdo puede complicarse si don Sebastián lleva a cabo su expedición —indicó Moura—. El Maluco es uno de los aliados de Estambul.

—Enviad un correo a Margliano para que, aunque con disimulo, acelere las negociaciones. Nos jugamos mucho. Hemos de concentrarnos en Flandes para hacer morder el polvo a Orange y sus secuaces. Las relaciones de los turcos con Persia son cada vez más tensas. También les interesa no tener abierto un frente en el Mediterráneo.

—Majestad, en vuestra ausencia —señaló Antonio Pérez—, han llegado noticias de nuestro embajador en Roma. El papa ha tenido conocimiento de que andamos en tratos con los turcos. Amenaza con no volver a conceder el impuesto del excusado, que ha de renovarse este año.

Felipe II alzó las cejas y un destello de ira brilló en sus ojos.

—¡Su santidad pone en cuestión nuestra política, cuando a Francia, que tiene acuerdos permanentes con los turcos, nos les plantea problema alguno! ¿Ha dicho algo a los venecianos cuando cierran acuerdos con los otomanos? ¡Es inaudito que critique nuestra política con el sultán cuando lo que buscamos es tener las manos libres para poder concentrar nuestros esfuerzos en combatir a los herejes en Flandes! ¡Si lo que el papa desea es que la herejía campe a sus anchas porque carezcamos de recursos, que nos lo diga a las claras! ¡Necesitamos ese dinero! ¡Hoy mismo se escribirá al embajador dándole instrucciones! Informará a la Santa Sede de que es imprescindible renovar por otros cinco años el impuesto del excusado. Seguiremos percibiéndolo como hasta ahora, para hacer frente a la herejía. También los recursos de la bula de la Santa Cruzada y el subsidio por el que se nos entrega la décima parte de

los alquileres y rentas de las propiedades religiosas han de continuar en vigor.

—En cuanto esté redactada se os pasará a la firma, majestad.

—No olvidéis decir al embajador que pregunte a su santidad en qué ocasiones ha trasladado al embajador francés su malestar por los acuerdos que, desde hace muchos años, mantienen sus reyes con los turcos y que le pregunte también cuándo, quienes se sientan en el trono de San Luis, han acudido en defensa de la cristiandad para frenar el avance turco.

Antonio Pérez era un hombre muy ligado a Felipe II, que le había confiado los asuntos relativos a los estados del norte: Flandes, el Sacro Imperio y Francia, aunque su deseo era intervenir en los asuntos del Mediterráneo. Contaba treinta y cinco años, era bien parecido y cuidaba mucho de su persona. Su negra barba estaba siempre perfectamente recortada y sus vestiduras, cuidadas hasta el último detalle. Su origen era un tanto misterioso. Unos decían que había nacido en Guadalajara y otros que era aragonés. En todo caso, era hijo ilegítimo y corría el rumor de que su verdadero padre era el príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva, y que, para taparlo, Gonzalo Pérez había asumido una paternidad ajena. El rey depositaba en él asuntos de mucha importancia. Disponía de grandes bienes —su casa de la plaza del Cordón y una propiedad conocida como la Casilla, que costaba muchos ducados y estaba amueblada con gran lujo—. Ello daba pábulo a comentarios acerca de que recibía grandes sumas por prestar determinados favores que podía dispensar gracias a su posición en la corte. Su poder era grande, pero alguno de sus enemigos era también muy poderoso. Además, corría el rumor de que tenía amores con doña Ana de Mendoza.

Una vez que se hubo retirado Pérez, Moura, cuyo conocimiento de Portugal lo había convertido en el principal consejero de Felipe II en asuntos relativos a dicho reino, sacó un papel de su bolsillo y se lo mostró al monarca.

—Majestad, me he permitido poner por escrito algunas reflexiones sobre la expedición de don Sebastián a Berbería. No es urgente, pero leedlas cuando vuestra majestad disponga de tiempo.

—Explicadme esas reflexiones.

—Si ese es vuestro deseo…

—Lo es. —El propio Felipe II se sirvió un vaso de agua. Se sentía acalorado a causa del enfado que le habían provocado las noticias de Roma.

—Señor, son sólo una posibilidad, pero podrían ser realidad. Si tal cosa ocurriera, vuestra majestad ha de estar preparado para actuar.

—Al grano, don Cristóbal, al grano.

—Señor, supongo que os habéis planteado la posibilidad de que vuestro sobrino muriera sin descendencia. —Felipe II asintió con un leve movimiento de cabeza—. En ese caso, el heredero del trono sería su tío el cardenal don Enrique. Pero el cardenal es persona de edad avanzada y, por su condición eclesiástica, no tiene descendencia legítima. A su muerte el trono de Portugal quedaría vacante y es vuestra majestad quien estaría llamado a la sucesión. Portugal y sus extensos dominios ultramarinos entrarían a formar parte de vuestra monarquía.

—No he dejado de pensarlo desde que mi sobrino me ha expuesto sus planes. Por eso le he dicho que no debe ponerse al frente de ese ejército y menos aún en las circunstancias en que se encuentra, sin haber contraído matrimonio y sin haber engendrado un heredero.

—Vuestra majestad deberá estar preparado por si esa posibilidad se hiciera realidad.

—¿Qué entendéis por estar preparado?

—Señor, conozco mi tierra y a sus gentes. No he de deciros que, pese a los lazos de sangre que, desde hace décadas, unen a las familias reinantes, los portugueses sienten a Castilla como una amenaza. Son muchos los que no quisieran ser incorporados como un territorio a vuestra monarquía. Recordad que Juan I quiso incorporar Portugal a Castilla y el intento acabó con el desastre castellano en Aljubarrota.

—Han ocurrido muchas cosas desde entonces.

—Cierto, majestad. Pero ese sentimiento sigue muy vivo. Sobre todo, entre las gentes del pueblo.

—En las circunstancias que habéis planteado, no ocuparía el trono mediante la fuerza, sino porque soy el heredero legítimo.

—Todo eso es cierto, señor. Pero no sería mala cosa que, si llegase ese caso, estuvierais preparado.

En los meses siguientes, Felipe II mantuvo una intensa correspondencia con su tía doña Catalina, que era abuela de don Sebastián. Era quien lo había criado y una de las personas a quien su nieto más respetaba. Don Felipe quería que lo convenciera de que, si seguía adelante con aquella expedición, no se pusiera al frente de ella.

Las noticias procedentes de Flandes señalaban que la situación allí era compleja. Don Juan de Austria había llegado a regañadientes, después de un viaje en el que, en lugar de ir por mar, como era lo habitual, llegó a Luxemburgo a través de Francia, disfrazado de criado de un noble italiano. Pocas fechas antes de su llegada, los tercios, que llevaban meses sin recibir sus pagas, se habían amotinado y saqueado Amberes. Eso dificultó mucho sus intenciones de poner fin a la rebelión de aquellas provincias.

En febrero, don Juan se había visto obligado a cerrar un acuerdo con Guillermo de Orange por el cual los tercios abandonarían Flandes y se retirarían a Lombardía, salvo de ciertas ciudades de Luxemburgo, donde permanecerían algunos contingentes de tropas. Para don Juan era un duro golpe, pensaba que podían ser la columna vertebral del ejército que atacaría Inglaterra. Además, se contemplaba un perdón general para los rebeldes, a cambio de que la religión católica fuera respetada en las provincias rebeldes y los Estados Generales, el órgano de gobierno de aquellos territorios, podrían legislar sin necesidad de contar con la autorización real.

—Majestad, retirar las tropas de Flandes es un grave error —decía el secretario Vázquez de Leca—. Significa dejar desprotegidos aquellos territorios. No me fío de los calvinistas, majestad. Temo que cuando los tercios se hayan retirado…

—Majestad, no comparto el parecer de don Mateo —señaló Antonio Pérez, uno de los defensores de aquel acuerdo, al que se había dado el nombre de Edicto Perpetuo—. Lo que ha incendiado

aquellas provincias ha sido el empleo de la fuerza. Se han cometido desmanes y la actuación del duque de Alba no fue la más adecuada.

Era otra muestra del enfrentamiento que sostenían desde hacía tiempo ambos secretarios, que no se dirigían la palabra ni se destocaban cuando se cruzaban en las galerías del Alcázar. Se tenían animadversión personal.

—Majestad, Orange tiene un doble discurso. No es de fiar.

—Si con ese edicto se logra la paz en aquellos territorios, no tendríamos necesidad de hacer frente a los elevados gastos que supone mantener un ejército en pie de guerra —insistió Pérez.

—Señor, como dice don Juan, la retirada de los tercios es dejar el paso franco a los herejes. —Vázquez de Leca sospechaba que allí había algo que no encajaba.

La actitud de don Felipe era ahora muy diferente a la de hacía sólo unos meses cuando ordenó a don Juan que marchase a Flandes. Recordaba la carta que el rey le había dictado donde le pedía que no evitase sacrificios y pusiera todo su empeño para salvar nuestra religión.

—Esa decisión está tomada y los tercios se retirarán a Lombardía. ¿Tenemos noticias de Estambul? —preguntó a Vázquez de Leca.

—No, majestad, han llegado de Roma. El papa acepta renovar el excusado. También pide que vuestra majestad apoye la iniciativa del rey de Portugal. Se muestra favorable a que don Juan ataque Inglaterra y defiende su matrimonio con la reina María.

—Actúa más como príncipe terrenal que como vicario de Cristo. Quiere que seamos quienes combatan a los herejes en el norte, además de ayudar a don Sebastián en la locura que tiene metida entre ceja y ceja. Su santidad pensará que el oro y la plata que tenemos son inagotables.

Los dos secretarios se marchaban cuando Felipe II indicó a Pérez:

—Quedaos, he de tratar con vos otro negocio. —Una vez solos, le preguntó—: ¿Cuál es vuestro criterio sobre el deseo de don Juan de venir a Madrid para tratar de la invasión de Inglaterra?

Pérez midió sus palabras. Sabía de los recelos de su majestad hacia su hermanastro. Don Juan encarnaba aquello que al emperador le hubiera gustado que fuera él. Elegante caballero,

arrojado guerrero, victorioso general… Por eso se había negado a darle el título de alteza que había pedido insistentemente, porque suponía reconocerlo como infante.

—Señor, quizá su deseo de venir a Madrid esconda otros intereses.

El rey torció el gesto.

—¿A qué os referís?

—Majestad, ciertos detalles apuntan a que sus deseos van más allá del asunto de Inglaterra.

—¡Hablad claro! ¿Qué queréis decir con eso de… sus deseos?

—Majestad, ciertas noticias señalan que don Juan busca explotar en su propio beneficio la popularidad de que goza. Aquí en Madrid encontraría apoyos muy importantes para su último proyecto.

—¿Último proyecto? ¡¿De qué estáis hablando?!

—Señor, su pretensión de ser considerado infante sería sólo un primer paso para su último objetivo. —El rey arrugó la frente—. Hay quien sostiene que su pretensión sería gobernar una monarquía universal.

—¡Qué estáis diciendo! ¡Eso no es posible! ¡Don Juan es un bastardo!

—Señor, ha vencido a los moriscos y acabado con la guerra de las Alpujarras, ha vencido a los turcos en Lepanto. Ha tomado Túnez… Es un héroe. No quería ir a Flandes, por eso desobedeció vuestro mandato de ir directamente desde Italia y vino a Madrid. Su mayor deseo es no estar alejado de la corte. Sus soldados lo adoran y las últimas noticias de Flandes señalan que ha obedecido de muy mala gana el tener que retirar las tropas que hay a su mando porque ahí radica buena parte de su fuerza.

Las palabras del secretario dejaron a Felipe II preocupado.

XI

Don Sebastián había conseguido que Gregorio XIII declarase como cruzada su expedición al norte de África. Eso significaba que podía reclutar hombres en diferentes reinos de la cristiandad y empezar a acumular pertrechos. Era un proceso lento que llevaría muchos meses. No era fácil poner a un ejército en pie de guerra.

—¡Es un disparate! —Felipe II acababa de recibir una carta del duque de Medina Sidonia, a quien había enviado a Lisboa para convencer a don Sebastián de lo inadecuado de aquella empresa.

—Majestad, me temo que nada le hará cambiar de opinión —señaló Moura—. Está imbuido de un espíritu de cruzada y no hay fuerza humana que le haga desistir.

Sonaron unos golpecitos en la puerta. Era Antonio Pérez y llevaba una carta en la mano.

—Señor, correo de Flandes.

—¿Quién escribe para que vengáis de esa forma?

—Disculpadme, majestad, es de don Juan.

Pérez le entregó la carta y el rey rompió los lacres, sin reparar en ellos. Su semblante indicaba que no era de su agrado lo que estaba leyendo.

—No lo autorizaré a que venga a Madrid.

Don Juan solicitaba venir a la corte. Señalaba que su presencia en Flandes no era necesaria porque, con la retirada de los tercios, aquellos territorios parecían pacificados.

Felipe II despidió a quienes lo acompañaban y, sin perder un instante, redactó una carta para su hermanastro en unos términos

que no dejaban lugar a dudas. Debería permanecer en Flandes. Era el gobernador de aquellos estados.

Dedicó el resto de la jornada a examinar los libros que habían llegado para la biblioteca. Eran veinte cajas, procedentes de Italia, que Arias Montano había ido a buscar a Valencia, a cuyo puerto arribaron.

—Contadme, ¿qué habéis traído?

—Obras de los clásicos. Ejemplares de Virgilio y de Tito Livio. Varios manuscritos griegos que trajeron a Florencia sabios bizantinos que huyeron de Constantinopla en vísperas de que cayera en manos de los otomanos. Tres tragedias de Sófocles, varias obras de Platón, dos manuscritos de Seneca: *Cartas a Lucilio* y *De vita beata.* En aquella caja hay libros de magia y alquimia. Han sido adquiridos por nuestro embajador en Venecia. También, hemos conseguido esto.

Le mostró un manuscrito titulado *Tratado de astrología.*

—Se atribuye a don Enrique de Villena. Contiene interesantes aspectos de la adivinación consultando los cuerpos celestes.

Hojeó el libro de Villena y lo dejó sobre la mesa.

—Me marcho para acompañar a los monjes en el rezo de las vísperas.

A Diego le sorprendió el billete que encontró sobre su mesa cuando llegó aquella mañana. No dio mucho crédito a lo que había escrito en aquel papel, pero acudió a la sala de los corchetes.

Batió palmas y se hizo un silencio momentáneo.

—¿Quién ha dejado esto en mi mesa? —preguntó, mostrando el papel.

Nadie respondió, por lo que volvió a preguntar:

—¿Quién de vuesas mercedes ha dejado este billete en mi mesa?

Silencio.

Regresó a su pequeño despacho y volvió a leerlo:

He sabido que tratáis de conocer quiénes están detrás de la muerte del boticario de la calle del León. Podría facilitaros cierta

información. Si vuesa merced lo considera oportuno, debería hacerme una visita.

Vuestro servidor, Antón Almárcegui

Antón Almárcegui era el nombre del *Lupino*, quien continuaba en prisión desde que él lo arrestara. Las pesquisas de un juez habían revelado que no sólo era el dueño de aquel garito de la calle de Santa Catalina, sino que estaba involucrado en la venta de unas joyas que habían sido robadas en casa de don Daniel de Leyva, caballero calatravo, cuya casa había sido asaltada por unos delincuentes el verano anterior dejando malherido a uno de los criados. Los ladrones habían sido detenidos y, tras dos cuerdas de potro, confesaron que habían vendido las joyas al *Lupino*, quien lo negaba y decía que lo habían culpado porque le tenían mala fe. Eran tahúres y fulleros a los que había prohibido la entrada en su garito. El juez había decidido mantenerlo un tiempo más en prisión por ver si se ablandaba y reconocía haber traficado con las joyas.

Diego no tenía la menor idea de quién había puesto el billete en su mesa.

Tenía que haber sido uno de los corchetes, pero ninguno había respondido a su requerimiento. La forma de averiguarlo era preguntándole al propio *Lupino*, al tiempo que hablaría con él de lo que decía en aquella nota.

Lo visitó en su propia celda.

—Veo que os interesa lo que decía el papel que os mandé.

—Quiero saber cómo os las compusisteis para hacérmelo llegar.

—¡Vamos, don Diego, vuesa merced es hombre de larga experiencia y sabe que no hay puerta que el dinero no abra!

—¡Si no me lo decís, marcho ahora mismo!

—¿Os quedaréis sin saber lo que puedo proporcionaros? —Hizo la pregunta con mucha socarronería—. Se que lleváis mucho tiempo detrás del asesinato de ese boticario y que no llegáis a ningún sitio.

—Si no me lo decís, me marcho.

—Hacedlo.

El *Lupino* se mantenía firme.

—¡Carcelero! —gritó Diego.

Poco después asomaba su cara por el postigo de la puerta de la celda.

—¿Ya ha terminado vuesa merced?

—¡Ya he terminado!

—La visita ha sido breve —decía el carcelero mientras giraba la llave.

Diego se marchó y esperó cinco días. Los que resistió el *Lupino*, haciéndole llegar un nuevo billete por el mismo procedimiento.

Si vuesa merced lo tiene a bien, venga y hablaremos.
Antón Almárcegui

Esta vez había omitido lo de «vuestro servidor».

Poco después de que las campanas dejaran de sonar llamando a rezar el ángelus, se abría la puerta de la celda del *Lupino*.

—Aquí me tenéis. Ya sabéis qué es lo primero que quiero oír.

—Veréis, don Diego, Antonia Martín, a la que muchos conocen como la *Fogosa*, es hembra que está a mi servicio. Trabaja en la calle de Santa Catalina. Es ella, con conocimiento y permiso del juez, quien me trae la comida todos los días. ¡La bazofia que aquí nos dan no se la comerían ni los cerdos! Ella ha… convencido al portero del cuartelillo para que deje los billetes sobre la mesa. ¿Satisfecha vuestra curiosidad?

—Sabed que no se trata de curiosidad, sino de saber quién llega hasta mi mesa. Otra cosa, ¿sabéis escribir?

—Sí, señor, y algo de números y cuentas. Pero no he sido yo quien os ha escrito. Eso ha corrido a cargo de la *Fogosa*. No le habrá costado mucho conseguirlo. Os aseguro que abierta de piernas es una joya. Los que pasan por camareta dicen…

—Está bien, está bien.

No quería que el *Lupino* se extendiera en detalles de una de las muchas bellaquerías que jalonaban su vida.

—Como vuesa merced diga. Pero quede claro que esas explicaciones sois vos quien las ha pedido.

—¿Qué información podéis darme sobre la muerte de maese Rodrigo?

—Su verdadero nombre es Samuel Leví. Era un *marrano*.

Aquello apuntaba a que tenía cierta información.

—Sé que era converso y que sus antepasados eran judíos —le replicó Diego para quitarle importancia a lo que le había dicho.

—Sus abuelos eran judíos. Nunca dejó la secta de Moisés.

—Nada de eso ayuda a mis pesquisas. ¿Qué más tenéis que decirme?

—Vuesa merced va muy deprisa. ¿Sabéis lo que quiero a cambio?

—Primero, he de valorar si merece la pena lo que podéis ofrecerme.

—No, don Diego, primero tenéis que saber lo que quiero a cambio y decirme si podéis conseguirlo.

—Está bien. Os escucho.

—Llevo meses en prisión y mi deseo es salir de este encierro donde estoy consumiéndome. Os ofrezco cierta información que os será de mucha utilidad sobre la muerte de Samuel…

—¡Querréis decir el asesinato! —lo interrumpió Diego.

—… del asesinato de Samuel Leví.

—¿Qué información es esa?

—Primero, habéis de decirme que me sacaréis de aquí.

—Eso no está en mi mano.

—¡Vamos, don Diego! ¡Aquí dieron mis huesos porque vuesa merced me detuvo!

—Por ese asunto estaríais ya en la calle. Hay algo más grave por lo que se os retiene en prisión, vuestra colaboración en un robo donde hubo un malherido. Menos mal que salvó la vida, si hubiera muerto os habrían colgado de una soga.

—¡No participé en ese robo! ¡Ese juez me retiene aquí injustamente! ¡Sólo tiene la declaración de dos ladrones! ¡Dos malandrines que me quieren mal porque los eché de mi casa! Sé que vuestra amistad con el juez es muy grande y que os debe algún favor. Sólo os pido que intercedáis por mí.

Diego no daba crédito a lo que acababa de oír. Se preguntaba cómo era posible que aquel sujeto tuviera tanta información. Sabía quién era maese Rodrigo, decía tener datos valiosos para esclarecer

su muerte y también que el juez Ramírez de Leguizano estaba en deuda con él, algo de lo que muy pocos tenían conocimiento.

—No hablaré con don Sancho, si antes no me decís lo que sabéis de la muerte del boticario.

—Si os lo digo habré perdido la carta que me permite jugar esta partida. Pero como sé que sois un hombre de honor, os diré algo. Quienes… asesinaron a Samuel Leví lo hicieron por encargo de alguien muy poderoso.

—¿Sabéis quién?

—Sí.

Fue una respuesta seca, contundente. La experiencia le decía que podía responder a la verdad. Pero de un bellaco como el *Lupino*, para quien las leyes eran papel mojado, podía esperarse cualquier cosa.

—Veré qué se puede hacer. Pero os advierto que, si estáis engañándome, tardaréis mucho en salir de aquí.

—Aguardo vuestras noticias.

A Diego no le gustaba ir a hablar al juez de aquello, pero su deseo de esclarecer aquel asesinato hizo que se encaminara directamente a verlo.

Don Sancho Ramírez de Leguizano estaba en deuda con él. Su hijo, que había sido alférez de su compañía y que tenía una carrera prometedora en el ejército, había quedado mutilado al perder un brazo en un enfrentamiento con los berberiscos. Recibió un tajo que le dejó el brazo colgando y, cuando el pirata iba a rematarlo, él lo atravesó de parte a parte con su toledana. Metió el brazo en un barril de harina para evitar que se desangrara y, terminado el combate, que resolvieron favorablemente, al alférez Ramírez de Leguizano le amputaron el brazo, pero salvó la vida.

El juez lo recibió con un abrazo.

—Decidme, don Diego, ¿qué os trae por mi casa?

—Un asunto complicado, don Sancho.

—Si es algo que está en mis manos…

—Veréis, llevo mucho tiempo intentando esclarecer el asesinato del boticario de la calle del León.

—¿Aquel desgraciado que torturaron para arrancarle una confesión?

—Así es. He venido a veros porque un preso llamado Antón Almárcegui, al que conocen como el *Lupino*, parece ser que tiene algún dato que puede serme de utilidad para esclarecer ese asesinato.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Me ha dicho que me lo facilitará si hablo con vuesa merced para que alivie su situación. Entró en prisión porque le cerramos un garito donde el escándalo alteraba el descanso de los vecinos. Estando en la cárcel vos, lo imputasteis en un robo que se produjo en la casa de don Daniel de Leyva y donde hirieron a uno de sus criados.

—Compró las joyas que los ladrones robaron.

—Eso es lo que ellos dicen. Pero él lo niega.

—No conozco a ningún delincuente que no niegue su delito.

—Dice que quienes lo han acusado le tienen mala fe porque no les permitía entrar en el garito. Que es una venganza porque lo quieren mal.

—Aguardad un momento.

El juez salió y regresó trayendo un cartapacio.

—Aquí están los papeles de ese asunto. Veamos…, veamos. —Don Sancho iba pasando papeles—. ¡Aquí está! Los ladrones que acabaron por confesar el robo, después de dos cuerdas de potro, dijeron que las joyas le fueron vendidas, por noventa ducados, a Antón Almárcegui, alias el *Lupino*. —Antes de cerrar el cartapacio, añadió—: Estaban valoradas en cuatrocientos ducados. No hacía mal negocio.

—¿Se le han encontrado las joyas?

—No.

—¿Lo único que hay contra él es la confesión de esos delincuentes?

—Así es, amigo mío.

—Lo que el *Lupino* me pide es que interceda ante vos para que se le haga justicia, que para él es que se le ponga en libertad, a cambio de la información que está dispuesto a facilitarme.

—Es cierto que lo único que pesa sobre él es la declaración de esos desalmados que han sido mandados a servir diez años en las galeras de su majestad. Pero se trata de un sujeto dado a delinquir. Eso dio credibilidad a la acusación.

—Como ya os he dicho, sostiene que es falsa.

—Está bien, accederemos a su petición porque no le falta razón cuando dice que sólo pesa sobre él la declaración de esos sujetos. Espero que os sea de utilidad para esclarecer la muerte del boticario. Firmaré los papeles.

—Os lo agradezco, don Sancho. La muerte de ese boticario pide justicia. Pero no firméis la orden de libertad hasta que os dé aviso. Quiero asegurarme antes de que ese sujeto no me está engañando.

—Haremos algo mejor. Mañana os la enviaré y seréis vos quien la lleve a la cárcel. Daré aviso al alcaide para que sepa que será vuesa merced quien se la entregue cuando lo consideréis oportuno.

XII

Los turcos habían aceptado la tregua. Sería por tres años. Eso incluía al sultán de Fez y al bey de Túnez. Margliano decía en sus cartas que había intentado que fuera un acuerdo entre los dos imperios, el español y el turco, pero no había sido posible.

—Majestad, eso nos obliga a ser extremadamente cuidadosos con la ayuda que prestemos a don Sebastián —señaló Moura.

—He de cumplir el compromiso que contraje con él. Le dije que desaprobaba esa expedición, pero que contaría con mi ayuda. Como se trata de una cruzada, permitiré que se recluten hombres en Castilla, pero serán ellos quienes se alisten. Se hará con total discreción.

Al día siguiente, llegaron noticias de Flandes.

—Han aprovechado la retirada de los tercios para cometer toda clase de desmanes —informaba Gabriel de Zayas a Felipe II.

—Ese Orange carece de palabra. ¿Se conocen detalles?

—Lo que sabemos, señor, es que son muchas las imágenes destruidas y varias las iglesias incendiadas. Orange simuló aceptar el Edicto Perpetuo e incluso acompañó a don Juan en su entrada en Bruselas. Quien tiene más información es Juan de Escobedo, que acaba de llegar a Madrid.

—¿El secretario de don Juan está en Madrid?

—Así es, majestad.

—¡Vázquez de Leca llevaba razón cuando decía que no debía fiarme de Orange!

—Majestad, don Juan pide que los tercios regresen a Flandes.

Felipe II meditó la respuesta.

—¿Se tienen noticias de la flota de Indias?

—Se espera que, de un día para otro, llegue a Sevilla.

—Antes de tomar esa decisión, necesitamos la plata que viene en esos barcos. Tenedme informado.

El secretario se retiraba, pero lo detuvo la voz del rey.

—Quiero ver a Escobedo.

Aquella tarde el rey estuvo largo rato orando. Ser el monarca más poderoso de la Tierra significaba tener muchos frentes abiertos. Sus extensos dominios obligaban a grandes esfuerzos. Había que mantener guarniciones en muchos lugares. Los enemigos eran numerosos. Defender la cristiandad de las acometidas de los herejes era una obligación que otros príncipes cristianos, como los reyes de Francia, la república de Venecia o los titulares del Sacro Imperio Romano Germánico, no consideraban tan prioritario como él. Hasta el papa vacilaba en prestar su colaboración y tenía que enseñarle los dientes. El único que estaba por extender la cruz era don Sebastián y lo había planteado de forma extravagante y peligrosa.

Necesitaba la plata y el oro que venían en los galeones de Indias.

Antonio Pérez estaba presente en la audiencia concedida a Juan de Escobedo, un cántabro quien, pese a tener bien cumplidos los cuarenta años, conservaba la apostura. Era pariente lejano de la princesa de Éboli y había estado al servicio de su marido, Ruy Gómez de Silva. A la muerte de este, Antonio Pérez lo propuso como secretario de don Juan de Austria. Su misión era espiarlo para que le informase de sus planes y actuaciones. Al principio, la información llegaba puntualmente, pero hacía tiempo que había dejado de fluir. Eso había hecho que las relaciones entre ambos fueran ahora tensas.

—Majestad. —Escobedo se había destocado y hecho una cortesana inclinación.

Iba a hincar una rodilla cuando la voz del rey lo detuvo:

—Alzaos, Escobedo, alzaos.

—Majestad…

—Decidme, ¿cómo está don Juan?

—Enojado, señor. Orange ha traicionado su palabra. Ha aprovechado la retirada de las tropas para cometer grandes desmanes. La situación es muy tensa en Flandes. Esos herejes no son de fiar. Carecen de palabra.

—Contadme con detalle lo ocurrido.

Escobedo explicó, deteniéndose en algunos detalles, lo ocurrido una vez que Guillermo de Orange supo que los tercios se habían alejado. La devastación había sido muy grande. A los destrozos se sumaban múltiples asesinatos. El rey tenía el rostro crispado cuando Escobedo terminó diciendo:

—Por ello, majestad, es necesario que los tercios regresen a Flandes.

—Estamos en ello. ¿Tenéis que darme alguna otra noticia?

—Majestad, el dinero que llega no es suficiente.

—¡Todos piden lo mismo! ¡Dinero, dinero, dinero…! ¡Sabed que para que las cecas funcionen se necesita plata!

—Señor, sólo os traslado lo que don Juan me ha ordenado. Tengo…, tengo estas cartas para vuestra majestad. —Sacó dos cartas, que entregó al rey.

El deseo de Felipe II de conocer lo que su hermanastro le contaba hizo que la audiencia concluyera rápidamente. Una vez solo, las leyó con mucho detenimiento, analizando palabra por palabra lo que don Juan había escrito. Le desasosegaba lo que Antonio Pérez le había dicho. Pensó que las reiteradas muestras de fidelidad que contenían aquellas cartas confirmaban lo que Pérez le repetía. Quien le era leal no tenía que decirlo tantas veces.

Cuando concluyó, hizo sonar la campanilla.

El mayordomo acudió al instante y se dirigió al rey con las mismas palabras que siempre empleaba:

—¿Ha llamado su majestad?

—Avisad a Pérez. Quiero hablar con él.

El secretario llegó algo alterado. Don Felipe lo achacó a que se había dado prisa en acudir. La realidad era que había sostenido una fuerte disputa con Escobedo.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó el rey sin preámbulo alguno.

—Majestad, Escobedo es hechura de don Juan. Sólo ve por sus ojos.

—En estas cartas —don Felipe las tenía sobre la mesa— no pide venir a la corte. Solicita el regreso de las tropas y dinero.

—Tengo información de que la situación en Flandes no es tan grave como nos la ha pintado Escobedo. Los informes de nuestros agentes señalan que han habido algunas alteraciones. Pero el secretario de don Juan ha cargado la mano. Es la forma de asegurarse el regreso de los tercios. Así, don Juan dispondrá de miles de hombres y además pide recursos.

Don Felipe guardó silencio. Era posible que Pérez tuviera razón.

—Tened a Escobedo bajo control. Veremos en qué para todo esto.

Días después, llegó la noticia de que la flota de Indias había arribado a Sevilla sin novedad. La carga que traía había desatado el optimismo. Se habían necesitado cuatro jornadas para descargar las barras y lingotes de los metales preciosos, principalmente de plata, que venían a bordo. También era muy grande el número de perlas y piedras preciosas. Había dinero para pagar a las tropas, continuar las costosas obras del monasterio de San Lorenzo y hacer frente a los gastos de la monarquía.

Felipe II estaba convencido de que Dios había oído sus plegarias.

Al *Lupino* lo habían llevado, vigilado por dos carceleros y con los grilletes puestos, a la sala de la Cárcel Real reservada para cuando los abogados visitaban a los presos que no estaban incomunicados. Allí lo esperaba Diego.

—Sentaos ahí. —Le señaló una banqueta que había al otro lado de la mesa—. En este papel está vuestra libertad. —Le mostró el pliego que el juez le había hecho llegar.

—¿Está firmado por el juez?

—Firmado de su puño y letra y sellado. Sólo depende de vos que se lo entregue al alcaide para que os pongan en libertad. Así que empezad a hablar.

—Uno de los que acabaron con la vida del boticario se llama Félix Conde. Es criado de doña Ana de Mendoza.

Diego frunció el ceño. Podía ser cierto, pero también podía ser que hubiera sabido de su muerte y buscara aprovecharse de ello. Durante aquellos meses de cárcel no había estado incomunicado. Si la *Fogosa* le había llevado diariamente la comida, también podía haberle dado noticia de aquella muerte. Además, de un malandrín como él podía esperarse cualquier argucia.

—Ese sujeto apareció muerto hace algunas semanas. Así que nada puedo preguntarle. Ese nombre no os dará la libertad. Sospecho que tratáis de darme gato por liebre y que teníais noticia de que había muerto. En realidad, lo mataron.

—¿Lo han asesinado?

—No disimuléis. Vos ya lo sabíais. Ese truco no os servirá.

El *Lupino* había formado una cruz con los dedos y, pese a los grilletes, se la llevó a la boca.

—Os juro por lo más sagrado que no lo sabía.

—No os creo. Además, esa información no sirve para que entregue al alcaide este papel.

Diego hizo ademán de levantarse, dando el encuentro por terminado.

—No se vaya vuesa merced. Puedo decirle algo más. A Félix Conde le pagó una buena suma un secretario del rey.

—¿Un secretario del rey?

Oír aquello lo había puesto en alerta. La herborista le había dicho que maese Rodrigo había hecho, años atrás, unos trabajos para un secretario del rey, interesado en la transmutación de metales. Se preguntó si el *Lupino* podía tener noticia de aquello y estaba tratando de engatusarlo.

—El nombre de ese secretario.

El *Lupino* miró a los carceleros.

—Aquí hay demasiada gente. No quiero complicaciones.

—Salgan vuesas mercedes —ordenó el alguacil a los carceleros.

—Señor, este sujeto es peligroso.

—Tiene grilletes. ¡Salgan vuesas mercedes y cierren la puerta!

Obedecieron, y, una vez solos, le preguntó de nuevo:

—Su nombre.

—Antes de decíroslo, tenéis que prometerme que me guardaréis el secreto. No quiero que me pase como a Conde.

—Tenéis mi palabra.

—Don Antonio Pérez.

Al oír aquel nombre, Diego permaneció en silencio mientras se atusaba los mostachos.

—Explicadme con detalle cómo sabéis que le pagó una buena suma a Félix Conde y si vuestra explicación no me convence, entenderé que me estáis mintiendo.

—Juro que os he dicho la verdad. Conde era asiduo a mi casa. Le gustaban los dados y también los naipes, aunque menos. Pero sobre todo venía porque le tenía mucha afición a la *Fogosa*. No era el único. ¡Como he dicho a vuesa merced, en la cama hace maravillas! Había noches en que quienes querían gozarla esperaban varias horas para poder follar con…

—Ahorraos esos detalles e id al grano.

—Ha sido vuesa merced quien me ha pedido explicaciones con todo detalle. Lanzar los dados al cajón era algo que lo excitaba mucho y, aunque hubo noches en que tuvo la suerte de cara, eran más las que perdía. Llegó a jugar a crédito y, como sabe vuesa merced, las deudas de juego son sagradas. Tuve que prohibirle la entrada en mi casa. Pero una noche se presentó con una bolsa repleta de ducados y diciéndome que había limpiado la era. Había satisfecho todas sus deudas. Me dijo que le habían pagado un trabajillo que había hecho aquel mismo día. Me confesó que había sido laborioso. Recuerdo que me dijo: «Chillaba como lo que es, como un marrano». Unos días después vuesa merced encontró el cadáver de Samuel Leví.

—¿Qué tiene que ver eso con el secretario Pérez?

—Déjeme vuesa merced concluir. Aquella noche tuvo la suerte de cara. Con los dados había doblado la cantidad de dinero que traía y, cuando se dio la partida por acabada, decidió tener un desahogo con la *Fogosa*. Después de la holganza, ella le preguntó por dónde le había llegado tanto dinero y él le respondió que venía de tan alto que no lo adivinaría nunca. Mis pupilas están advertidas de que

saquen a los clientes toda la información que puedan. No se imagina vuesa merced lo que se cuenta en la cama. Así he conseguido información de mucha utilidad y…

—Al grano, Almárcegui.

—Entonces ella le propuso jugar. Si lo adivinaba haciéndole sólo cinco preguntas, él le daría medio ducado. Si por el contrario no lo lograba, podría follársela otra vez sin tener que pagar. Aceptó y ella no pudo averiguar la procedencia del dinero. Follaron otra vez y Conde, terminada la coyunda, le dijo, muy pagado de sí mismo, que había sido el secretario don Antonio Pérez.

Todo aquello encajaba. Sabía, como había dicho el *Lupino*, que los hombres solían irse de la lengua cuando estaban encamados. Desvelaban cosas que, en otras circunstancias, jamás lo harían. Le había dicho también que el boticario chillaba como un marrano. Eso encajaba con la tortura que le habían infligido y de la poca información que sus pesquisas le habían proporcionado, había sabido que el secretario Pérez tenía afición a las ciencias herméticas y que pagaba importantes sumas a vaticinadores y otras gentes de esos ramos.

—¿No me habréis contado una sarta de mentiras?

—¿Qué iba a ganar con ello?

—Vuestra libertad. Pero me habéis convencido.

Diego avisó a los carceleros, que le quitaron los grilletes, y dio al alcaide aquella carta que lo dejaba en libertad.

XIII

Pese a lo que Antonio Pérez había dicho a Felipe II, las órdenes para que los tercios regresasen a Flandes las dio el rey apenas supo que la flota de Indias había llegado a Sevilla.

En seis días los correos estaban en la Lombardía.

—Volvemos a Flandes —dijo Octavio Gonzaga, que ostentaba el mando de las tropas, a los maestres de campo, convocados con urgencia.

—Pero… ¡Si acabamos de venir!

—Las cosas se han torcido. Orange y sus secuaces incumplen lo acordado. Han aprovechado nuestra ausencia para lanzar una gran ofensiva. Don Juan, sin tropas, se ha encerrado en Namur. Dadle instrucciones a vuestros capitanes para que las compañías estén dispuestas. Nos ponemos en marcha de inmediato. Cada hombre dispondrá de siete raciones. Luego nos abasteceremos sobre el terreno.

—¿Qué camino seguiremos? —preguntó el maestre Andrade, cuyos hombres habían rendido, poco antes de salir, la plaza fuerte de Vlakemburg.

Gonzaga señaló con el dedo en un mapa desplegado sobre la mesa.

—Salvaremos los Alpes por el valle de la Valtelina y pasaremos por los cantones suizos que no están en manos de los herejes. Ganaremos Borgoña y el Franco Condado y, desde allí, al ducado de Lorena. Una vez lo crucemos, estaremos en Luxemburgo.

—Abastecernos sobre el terreno supondrá un problema serio. Somos cerca de doce mil hombres —señaló Bernardino de Mendoza.

—Hoy mismo saldrán correos para Besanzón, Dijon, Nancy y Metz. Allí se establecerán puntos de reabastecimiento. Espero que tengan tiempo para preparar lo que iremos necesitando. ¿Alguna pregunta?

—La impedimenta nos retrasará mucho.

—No habrá impedimenta —respondió Gonzaga—. Marcharemos con lo imprescindible. En las presentes circunstancias, la rapidez es lo principal. La artillería y los bagajes irán a su ritmo. Sólo llevaremos armamento ligero. Todo ha de estar resuelto en cuarenta y ocho horas.

Fueron dos días de locura. Se prepararon tiendas, raciones de comida. Se limpiaron arcabuces, se prepararon horquillas y picas, se afilaron dagas y misericordias, se llenaron saquillos de pólvora. No era fácil mover más de doce mil hombres con pertrechos y bastimentos para la primera semana de marcha. Pero al amanecer del segundo día, al ronco son de los tambores y desplegadas las banderas en las que lucía la roja y aspada cruz de san Andrés, las compañías de aquellos tercios de infantería iniciaron su marcha.

Algunos se cubrían con morriones, la mayoría con sombreros de anchas alas que adornaban con plumas. Había quien se protegía con un coselete, pero abundaban más los coletos de piel endurecida. Unos vestían sencillas camisolas y otros lucidos jubones de llamativos colores. Marchaban con sus armas al hombro en filas, cuya vista se perdía en el horizonte en medio de la polvareda que levantaban. Miles de infantes marchaban al son de los tambores que, poco a poco, fueron redoblando con más ritmo para marcar un paso que sólo soportaban aquellos veteranos. Eran hombres duros y aguerridos, parcos en palabras y cuya capacidad de combate había sido puesta a prueba en numerosas ocasiones. Habían peleado, defendiendo a su rey y la religión en la que creían a su manera, en las aguas del Mediterráneo, frente a los turcos en el golfo de Lepanto. Los más veteranos hacía veinte años que, con sus picas y arcabuces, habían arrollado a los franceses en San Quintín. Otros habían desembarcado en Malta, librando aquella isla del ataque otomano o habían destrozado a los rebeldes flamencos de Luis de

Nassau, hacía menos de diez años, cuando los mandaba el duque de Alba.

Dos horas después de haberse puesto en camino, pese al calor que hacía, el ritmo de marcha era frenético.

—A este paso vamos a llegar a Flandes mañana —comentó un arcabucero que lucía un hermoso mostacho.

Uno de ellos, que se había desprendido del morrión y con el dorso de la mano se limpiaba el sudor de la frente, calculó:

—Llevamos dos horas y hemos caminado unas tres leguas. Esos herejes, sin palabra ni ley, van a llevarse una sorpresa.

En pocos días acometían los Alpes. La urgencia los llevaba a realizar recorridos en un día que parecían imposibles. Marchaban a tal ritmo que los tercios de Mendoza, Mondragón, Niño y Robles estaban en Flandes cuatro semanas después. Habían recorrido casi doscientas leguas en veintiocho días.

—¡Los tercios están en Luxemburgo!

—¡No es posible! —Guillermo de Orange había empalidecido. No daba crédito a lo que le estaban diciendo.

—La información está confirmada.

—¡No es posible! ¡Será una argucia de los españoles! ¡Estaban en Lombardía!

—Allí estaban hace cuatro semanas cuando recibieron la noticia de venir. Están en Luxemburgo. En dos días, a lo sumo tres, estarán en Namur.

—¡Maldita sea! —Orange dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—También se espera la llegada de Alejandro Farnesio con otros cinco mil hombres. Lo ha llamado don Juan de Austria.

Orange no recuperaba el color de su demudado rostro. Había jugado sus cartas, haciendo que los tercios salieran de Flandes. Sabía que regresarían, pero no tan pronto. Enfrentarse a ellos era complicado. Si lo hacían en campo abierto, la derrota era segura. Los españoles luchaban como demonios y aguantaban sobre el terreno, sin dar un paso atrás. Si se replegaban era porque sus oficiales se lo habían ordenado previamente y se trataba de alguna maniobra estratégica.

—Si están en Luxemburgo, hemos de detener nuestro avance. Trataremos de mantener nuestras posiciones.

La duda pintaba los rostros de los holandeses.

—¿No sería mejor retirarnos más al norte?

—Eso supondría abandonar las posiciones que hemos ocupado. ¡Estamos cerca de Namur! Si nos apoderamos de Lieja, el río Mosa sería una magnífica línea de defensa. Nos atrincheraremos aquí. Así tendremos asegurada la retaguardia, por si hemos de retirarnos.

En las gradas de San Felipe se hablaba de la larga marcha de los tercios desde el norte de Italia hasta Flandes. El tiempo empleado causaba asombro.

—Han aprovechado que las nieves dejaban libres los pasos para cruzar los Alpes y luego han llegado hasta la Valtelina.

—Dicen que Farnesio había estudiado el itinerario de Aníbal cuando cruzó aquellos montes para atacar a los romanos —indicó un capuchino.

—Lo que resulta increíble es que, en tan poco tiempo como se dice en las hojas impresas que vuelan de mano en mano, se hayan plantado en Luxemburgo —dijo un caballero de pelo canoso, llamado Andrés de Cervantes, y que estaba en Madrid para resolver ciertos asuntos relacionados con el señorío que el duque de Sessa tenía en el reino de Córdoba.

—Como dice vuesa merced —le contestó otro que lucía la verde cruz de la Orden de Alcántara en su jubón—, resulta increíble. Se dice que hubo días en que caminaron, con la impedimenta a cuestas, más de ocho leguas.

—Por cierto, don Andrés, ¿qué sabe vuesa merced de sus sobrinos?

—Rodrigo acaba de ser liberado por los padres trinitarios, pero Miguel sigue en Argel.

En el Alcázar, Antonio Pérez informaba periódicamente a Felipe II de lo que llamaba las maniobras de Escobedo. El rey, que siempre había recelado de la brillantez de su hermanastro, estaba cada vez

más convencido de que don Juan actuaba con deslealtad hacia su persona.

—Majestad, siguiendo vuestras instrucciones, he mantenido la vigilancia sobre Escobedo. No está claro lo que hace en Madrid, aunque os diré que se reúne con mucha discreción con algunos nobles. No sabría deciros cuáles son sus objetivos. Pero me temo que sus manejos son oscuros.

—¡Enteraos, Pérez! ¡Enteraos de lo que se trae entre manos!

Las dudas del rey habían hecho que el dinero que llegaba a don Juan de Austria no fuera todo el que necesitaba para poner en movimiento los tercios y lanzarse sobre los rebeldes.

Aquella tarde en que se estrenaba el otoño de 1577, Diego estaba componiéndose como si asistiera a un acontecimiento de campanillas. Estrenaba un jubón negro brillante bordado con hilo de plata y forro de seda carmesí en sus mangas acuchilladas. También estrenaba los gregüescos, muy abombados, a la moda. Eran de tafetán, acuchillados con los forros de seda también carmesí, que era el color de las medias. Completaba su indumentaria un capotillo corto hasta una cuarta por debajo de la cintura. Calzaba botas altas con vueltas y había renovado las plumas de su sombrero. Se había gastado buena parte de sus ahorros.

Al verlo bajar poniéndose los guantes de fina cabritilla, la casera a la que tenía alquilada la buhardilla dejó de barrer, mirándolo con descaro.

—¿Han llamado a vuesa merced a palacio?

—No, el rey está demasiado alto.

—Pues nadie lo diría viéndoos de esa guisa. Porque si no os recibe su majestad, es que vais a enamorar. —Diego se atusó los mostachos, a los que había dedicado buen rato, y le dirigió una sonrisa—. ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy!

Subió por la calle de Toledo y giró en la esquina del colegio Imperial hasta la casa de Leonor. Dio dos golpes de llamador muy seguidos y, dejando pasar unos instantes, golpeó una tercera vez.

Eufrasia abrió sin preguntar. La cadencia de aquella llamada le era de sobra conocida. Al verlo, se quedó tan paralizada como la casera de Diego.

—¡Cómo viene vuesa merced!

Diego se quitó los guantes con cierta parsimonia, después se destocó y se deshizo del capotillo. La criada se hizo cargo de todo, sin dejar de mirarlo.

—Mi ama está en el saloncito, leyendo.

Se detuvo en el umbral y Leonor alzó la vista. Al verlo tan compuesto cerró el libro y, sin disimular su sorpresa, le dijo:

—No sabía que íbamos a un baile.

Diego se acercó, le quitó el libro y tomó sus manos.

—Llevo muchos meses, quizá demasiados por temor a que me rechacéis, dándole vueltas a pediros que seáis mi esposa…

Leonor liberó una de sus manos y le puso un dedo en los labios.

—Quien lleva muchos meses esperando oíroslo decir soy yo.

—¿Eso significa…?

—Mi amor por vos va mucho más allá del disfrute entre las sábanas.

Un beso selló aquel compromiso.

Al día siguiente, Leonor escribió a su padre. Le pedía su bendición para contraer matrimonio, al tiempo que señalaba que se casaría el último domingo de noviembre. Era una forma de pedirle su aprobación para desposarse, pero llevaba implícito que lo haría con su bendición o sin ella.

XIV

La carta tuvo efectos muy diferentes entre la familia de Leonor. A don Leopoldo de Rojas lo asaltaban las dudas. Sus sesenta años bien cumplidos le habían proporcionado una larga experiencia y sabía que aquella carta de su hija, cuyo recio carácter conocía bien, era una forma de iniciar la reconciliación. Pero la actitud que había mantenido no era la que correspondía a una hija.

No tenía claro qué decisión tomar.

Para su esposa, doña Casilda de Castañeda, era la ocasión de componer la relación. Lo instaba a poner fin a aquella situación.

Sus dos hermanos, Juan y Santiago, sobre todo el primero, consideraban que Leonor había mancillado el honor de la familia y había de pedir perdón y humillarse.

—¡Padre, nos ha ofendido! ¡Lleva viviendo en pecado mucho tiempo! ¡Arrastrando por el fango el honor de la familia! Vos sabéis que ese baldón ha sido la principal causa para que el Consejo de las Órdenes no haya dado curso a la petición del hábito de Santiago que habéis solicitado para mí.

—Tampoco lo ha rechazado.

—No lo han hecho por consideración a vos. Pero la falta de respuesta tiene esa causa. Además, ¿quién es ese alguacilillo mutilado?

Don Leopoldo dejó escapar un suspiro.

—Hace tiempo que indagué quién es ese alguacilillo. Es un hidalgo montañés. Procede de una localidad del valle del Nansa. Ha sido capitán de una compañía en el tercio de Sande. Ha luchado contra

los herejes, contra los turcos y contra los berberiscos. Su compañía estuvo en Malta cuando obligamos a los turcos a retirarse de aquella isla. Allí perdió varios dedos de su mano derecha, por lo que tuvo que pedir la licencia y se le concedió una plaza de alguacil. Por lo que sé, es persona cumplidora de sus obligaciones.

—¿Está entre ellas amancebarse con Leonor y manchar nuestro honor?

—Hijo —respondió la madre—, el honor es más importante que la hacienda y que la propia vida, y, si tu hermana lo ha mancillado, con esa carta está buscando la forma de lavarlo.

—¡No es suficiente!

—¡Basta ya! —gritó don Leopoldo—. Necesito meditar la respuesta.

Aquella noche apenas pegó ojo. No era fácil responder a la decisión de su hija. Le dolió mucho que abandonase el hogar paterno. El escándalo había sido monumental y supuesto una mancha para los Rojas. El cansancio lo rindió poco antes del amanecer y cuando se despertó eran pasadas las diez. Mientras se lavaba en la jofaina, llevándose puñadas de agua al rostro, decidió responder a su hija. Sólo se lo dijo a su mujer.

—Voy a escribirle.

—¿En qué términos?

—Voy a decirle que venga y hablaremos.

—¿Qué hablaréis?

—Que tiene mi perdón, pero ha de pedírmelo. En ese caso tendrá mis bendiciones.

Cuando Leonor leyó la carta de su padre, vio que se abría una puerta a la reconciliación. El hecho de que le escribiera, después de más de tres años… Tomó pluma y papel y le respondió inmediatamente. Le decía si aquella tarde podía recibirla.

—Antes de volver —indicó a Eufrasia—, ve a San Bernardo y dile a don Diego que necesito hablar con él.

Eufrasia regresó con la respuesta paterna —su padre había utilizado el reverso de la carta para contestarle— y con Diego.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi padre me ha respondido, diciéndome que vaya a verlo. Iré esta misma tarde. Deseaba que lo supierais.

—¿Os ha dicho algo más?

—No, pero lo conozco. Querrá que le pida perdón. ¿Qué haríais vos?

Diego meditó la respuesta.

—Vuestro rechazo a entrar en religión está justificado, pero pediría su perdón.

Leonor se presentó ante su padre, quien la recibió con impostada actitud. Las normas sociales imponían una fría circunspección. Pero Leonor rompió la frialdad, echándose en sus brazos y con las lágrimas asomando a sus ojos. Fue don Leopoldo quien le facilitó el pañuelo.

—Padre, no quisiera desposarme, sin vuestra bendición. Si para que me la deis he de pediros perdón, lo hago en este momento.

La puerta de la salita se abrió bruscamente. Sus hermanos, que no tenían conocimiento de la visita de Leonor, aparecieron en el umbral y presenciaron cómo su padre, tomando las manos de Leonor, la alzaba del suelo, donde se había arrodillado. Pudieron oír cómo le decía:

—Todo olvidado, hija mía. Doy gracias a Dios que me ha permitido volver a teneros de nuevo, antes de que me llame a su presencia. Tenéis mi bendición.

—¡Padre! —gritó Juan.

—¡Deponed esa actitud! Vuestra hermana ha regresado.

Los dos agacharon la cabeza y se retiraron, sin dirigirse a su hermana. Con el apoyo de su esposa, don Leopoldo logró vencer la resistencia de sus hijos. Unos días después, Leonor se trasladó a casa de sus padres, adonde acudió Diego para pedir su mano.

—Así que vuesa merced es don Diego de Paz y Lastres.

—Para serviros, don Leopoldo.

Le presentó a sus hijos, que se mostraron estirados, no así la madre. Doña Casilda ordenó que sirvieran unas bebidas y unas criadas llevaron una jarra con vino especiado y otra con aloja. También unas bandejas con pastelillos de hojaldre.

Diego pidió a don Leopoldo su beneplácito para desposar a Leonor y la boda se celebró en la fecha señalada. Hubo desposorios y velaciones, según el ritual que había quedado establecido por los cánones del concilio de Trento. Aquel mismo día, Diego se instaló en casa de Leonor, que se convirtió a partir de aquel momento en el domicilio conyugal.

En vísperas de la Navidad, Felipe II se retiró a El Escorial. La reina, que estaba embarazada, se quedó en Madrid, donde hacía menos frío. Lo que más preocupaba al rey era la frágil salud del príncipe de Asturias, que acababa de cumplir seis años. Apenas salía de una enfermedad, contraía otra. Quienes estaban cerca del monarca sabían que se develaba por su familia y dedicaba el poco tiempo que le dejaban las tareas de Estado a jugar con los pequeños y a encargar telas para los vestidos de Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.

Quien disfrutaba las fiestas, más allá de las celebraciones religiosas que marcaban aquella festividad, era Antonio Pérez en su residencia de la Casilla. El día de Nochebuena —el cielo de Madrid estaba cubierto por negros nubarrones que amenazaban lluvia—, la cena fue un verdadero banquete al que había invitado a sus más íntimos y también a doña Ana de Mendoza. Su esposa, Juana de Coello, tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Su marido la humillaba con aquella invitación. Lo explicó diciendo que tenían algunos negocios en común que llevaban con mucha discreción.

El salón principal de la Casilla estaba iluminado con grandes blandones de cera que ardían en las esquinas y cerca de las paredes había velones de ocho picos que se sumaban a los candelabros de plata maciza y primorosamente labrados, cuyas velas de la más pura cera alumbraban la mesa. Los manteles eran de finísimo hilo y estaban delicadamente bordados. Los cubiertos, a los que se habían incorporado unos tenedores de tres puntas —toda una novedad que Catalina de Médicis había introducido en la corte francesa y se consideraba un signo de distinción—, eran de plata, las copas y la

vajilla de finísimo cristal, un regalo del embajador de Venecia, que Pérez había recibido a cambio de cierta actuación que favorecía los intereses de la Serenísima República. En las bandejas de comida podían encontrarse exquisiteces que estaban sólo al alcance de muy pocos. Había pastelillos de fino hojaldre rellenos de carne picada, pichones rellenos, muslos de faisán, pechugas de capones asados, perdices escabechadas, bandejas con lomos de trucha y dos grandes besugos a los que en la cocina habían quitado las espinas, una por una.

Ardían dos grandes chimeneas y todo era fiesta entre la docena de invitados. La única que no parecía disfrutar era la esposa del anfitrión para quien la presencia de doña Ana de Mendoza era una ofensa a su dignidad. Conforme avanzó la comida, los presentes, cada vez más desinhibidos por los efectos del vino, que era servido generosamente, entonaron canciones picantes e hicieron comentarios subidos de tono. Antes de llegar a los postres, la esposa de Pérez se levantó.

—Me perdonarán vuesas mercedes y su excelencia —fijó su mirada en la princesa—, pero he de retirarme.

—¿Os sentís indispuesta? —le preguntó doña Ana con una media sonrisa en los labios.

—Desde el comienzo de la comida, señora.

Hizo una ligera inclinación de cabeza y abandonó el salón. Hubo un momento de silencio que duró el tiempo que tardó en marcharse.

En El Escorial, Felipe II asistió a la representación de un auto donde se escenificaba el nacimiento de Jesús. Fueron los propios monjes quienes lo interpretaron.

—Hermosa representación —comentó el rey al prior al finalizar—. ¿Quién ha escrito ese texto?

—Fray José de Sigüenza; como su majestad sabe, tiene una buena pluma.

—Pero… ¿fray José no estaba fuera? Hace meses me solicitó permiso para dejar el trabajo en la biblioteca. Quería predicar en algunos lugares y difundir la palabra de Dios, que es lo primero.

—Regresó hace unos días. Ha estado componiendo este auto.

—¿Piensa quedarse?

—Dice que desea dedicar algún tiempo más a la predicación. Pero si vuestra majestad habla con él…

—No, no. —Felipe II había levantado las manos con las palmas abiertas—. Si su deseo es seguir predicando, esa debe ser su tarea principal. Ya se dedicará a la biblioteca.

El rey cenó solo. Tomó un repollo hervido y un huevo pasado por agua. Después oyó la misa de medianoche y compartió con la comunidad las celebraciones religiosas del día de Navidad. Almorzó en el refectorio con los monjes y a la frugal comida se añadieron, como cosa especial, unas barras de turrón traído de Jijona. La comida transcurrió en silencio, oyendo la lectura del Evangelio de san Mateo, donde se recogen los momentos del nacimiento de Jesús y la anunciación a los pastores.

En Lisboa, el día de Navidad, don Sebastián se había levantado muy temprano, después de haber asistido la noche anterior en la catedral a la misa del gallo donde el arzobispo, Jorge de Almeida, había pedido por el rey y sus proyectos. Salió a pasear a caballo y recorrió la ribera del Tajo, lo acompañaban varios nobles y una escuadra de soldados mandados por el capitán Vasconcelos. En un recodo del camino, poco antes de llegar a la Torre de Belém, surgió —daba la impresión de que se había materializado de la nada— un sujeto de aspecto estrafalario. Don Sebastián tuvo que detener la cabalgadura para no atropellarlo. Vestía unos andrajos, tenía el pelo enmarañado, su barba era larga y descuidada, y sus ojos estaban enrojecidos.

El capitán Vasconcelos se adelantó y gritó al desconocido:

—¡Apartaos! ¡Dejad el paso libre!

El hombre cayó de rodillas, las manos juntas y la cabeza humillada.

—¡Majestad, no vayáis a Berbería! ¡No lo hagáis! ¡En nombre de Dios Nuestro Señor!

—¡Apartaos! —volvió a gritarle Vasconcelos, alzando la fusta.

—¡Teneos, capitán! —le ordenó don Sebastián.

—Señor…

Don Sebastián, impresionado, se dirigió al desconocido:

—¿Quién sois vos?

—Un pobre ermitaño, majestad —respondió alzando la cabeza. Vivo… allí —señaló un promontorio—, en una cueva, dedicado a la oración.

—¿Por qué habéis dicho eso?

—Porque tengo visiones, majestad. Tengo visiones y lo que he visto es…, es… ¡No vayáis a Berbería!

—¿Qué habéis visto?

—Señor, mucho fuego, mucha muerte y mucha destrucción.

—Es lo que suele ocurrir cuando se combate. Se disparan los cañones y los arcabuces, hay heridos y muertos. Pero eso hemos de darlo por bien empleado si se trata de llevar la cruz a los infieles.

—¡No vayáis, señor! ¡No vayáis!

—¡Dadle una limosna! —ordenó don Sebastián, desviando el caballo para no arrollarlo, y continuó su cabalgada.

XV

El último día de enero de 1578 amaneció nublado. El frío era tan intenso que por muchas partes el agua se había congelado. Si llovía lo haría en forma de nieve. Los días anteriores los tercios y los rebeldes orangistas habían realizado diferentes movimientos en torno a Namur.

Don Juan de Austria estaba reunido con sus oficiales y consejeros: Alejando Farnesio, Octavio Gonzaga y los maestres de campo Sancho Dávila, Gabriel Niño, Cristóbal de Mondragón y Gaspar de Robles.

—Sería bueno conocer las intenciones del enemigo —señaló Farnesio—. Si pudiéramos conseguir información…

—Excelencia, tengo al hombre adecuado —dijo el maestre Niño.

Aquella misma tarde, convenientemente disfrazado, el capitán Sancho Beltrán entró en territorio controlado por Orange y capturó a un vinatero que abastecía a los rebeldes. Supo que su objetivo era atacar Namur.

—Antes de que nos ataquen, debemos adelantarnos —propuso Farnesio.

—Esa información hemos de confirmarla —señaló don Juan.

Al día siguiente, otro capitán, Hernando de Acosta, se disfrazó de lansquenete alemán y entró en el campamento rebelde. La información que obtuvo confirmaba los proyectos de Orange.

—Pero ya no lo tienen tan claro, señor. Temen enfrentarse a nosotros. Las opiniones están divididas. Algunos proponen retirarse

y evitar el combate. He visto preparativos que apuntan a que se replegarán.

—En ese caso, no debemos perder tiempo —señaló Farnesio—. Tenemos que atacar.

Los tercios, que habían rebasado sin problemas el Mosa y avanzado hacia el norte, tenían a la vista el campamento rebelde, que estaba en las proximidades de Glembours.

Don Juan impartió las primeras instrucciones.

—Serán vuestros escuadrones de caballería los que se acerquen al enemigo —ordenó a Gonzaga, a quien acompañaba el maestre Sancho Dávila—, pero sólo para hostigarlos. La infantería marchará tras ellos.

—¿No entablaremos combate?

—No hasta que llegue la infantería. No quiero sorpresas.

Cerca de dos mil hombres montaron en sus cabalgaduras y se lanzaron al galope para salvar la media legua que los separaba del enemigo. La llanura que se abría ante ellos les permitía verlos en la lejanía. Unas escaramuzas bastaron para saber que su resistencia era muy débil.

—Señor, los holandeses flojean en los primeros envites —indicó uno de los capitanes a Gonzaga—. No resistirían una carga en condiciones.

—¿No será una añagaza?

—No lo creo.

Gonzaga dudó un momento. No eran aquellas las órdenes que tenía. Pero lo que veía daba la razón al capitán.

—¡Ataquemos!

Los jinetes se dispusieron para el ataque y Dávila hizo una breve arenga. Los soldados mantenían embridados a los caballos, que piafaban pateando el terreno.

—¡Son los que, faltando a su palabra, han destruido imágenes sagradas! ¡Han incendiado iglesias! ¡Robado y violado! ¡Por Santiago! ¡Por el rey! ¡Adelante!

—¡Por el rey! ¡Santiago y cierra España! —El grito hubo de oírse en las líneas orangistas.

Lanzaron sus corceles al galope y el suelo, helado, retumbaba bajos los cascos de sus caballos. Los holandeses, al ver cómo cargaban, iniciaron una precipitada retirada. Ni siquiera su caballería se enfrentó a aquel turbión que se les echaba encima. Don Juan, desde el puesto de mando situado en una pequeña loma que le permitía tener una amplia visión del campo de batalla, impartía órdenes, al ver que la caballería entablaba combate.

—¡Que avance la infantería! ¡A toda prisa! ¡Primero el tercio de Mondragón!

El redoble de las cajas marcó el paso a la infantería, que mantenía la formación en cuadro. El fuerte viento hacía que las banderas desplegadas drapearan con fuerza y dificultaba a los alféreces sostenerlas enhiestas. Se esforzaban porque sabían que aquellas cruces aspadas que ondeaban al viento en el paisaje de Flandes eran sus señas de identidad y no habría fuerza que los obligase a plegarlas.

La desbandada de la caballería de Orange descompuso las filas de su propia infantería de forma que, cuando los infantes españoles llegaron, la batalla estaba decidida.

—¡Que no rompan el cuadro! —ordenó Mondragón.

—¡Manteneos prietos! —gritaban los capitanes al ver que sus hombres, enardecidos y ansiosos por entrar en combate, empezaban a descomponer la formación.

Cuando llegaron a las desbaratadas líneas holandesas, las descargas de los arcabuces se mezclaron con los gritos y los lamentos de los heridos. Muchos soldados de Orange habían arrojado las armas al suelo y alzaban los brazos. La batalla había durado poco más de hora y media desde que la caballería de Gonzaga tuvo los primeros contactos con el enemigo. Había sido la caballería la que abría las puertas a la victoria que ahora remataba la infantería. Los prisioneros eran más de tres mil y los muertos casi el doble. Las bajas españolas muy escasas. Se apoderaron de una docena de piezas de artillería abandonadas por el enemigo y numerosas banderas que habían dejado atrás.

En las semanas siguientes los tercios avanzaron hacia el norte. Numerosas ciudades y alguna plaza fuerte cayeron en sus manos.

La noticia de la victoria de Glembours llegó a Madrid a mediados de febrero. Felipe II no se enteró hasta varios días después porque había dejado Madrid, a donde había regresado para celebrar la Epifanía, y marchado de nuevo a El Escorial. Lo relajaba visitar, acompañado por el arquitecto Herrera, las obras del monasterio. Al día siguiente de su llegada cayó tal nevada que la nieve había sepultado los caminos. Por muchas partes había alcanzado vara y media y resultaba imposible viajar.

A Felipe II se la llevó Antonio Pérez.

—Majestad, ha sido una gran victoria. Nuestro ejército apenas sufrió bajas, mientras que las de los rebeldes fueron cuantiosas. Los tercios han recuperado numerosas ciudades y plazas fuertes, que habían caído en manos de Orange. En una carta se dice que don Juan, que hizo más de tres mil prisioneros, les ha perdonado la vida, ofreciéndoles enrolarse en sus filas.

El rey lo miró de aquella forma que provocaba desasosiego en muchos.

—¿Queréis repetir eso último?

—Don Juan, majestad, perdonó la vida a los prisioneros ofreciéndoles entrar en las filas de su ejército.

—¿Herejes entre mis tropas! ¡Eso no puedo consentirlo!

Felipe II se había alterado. Pérez había inoculado la primera dosis de veneno. Pero no había terminado y dejó caer:

—Señor, a mi modo de ver, cada vez resulta más claro que don Juan busca mandar un ejército lo más numeroso posible.

Era consciente, conociendo a don Felipe, de que el rey no dejaría de pensar en ello. Guardaba otra estocada para el final de aquella reunión. Sus agentes habían interceptado una carta de don Juan dirigida a Escobedo en la que había un párrafo donde decía a su secretario que «*diera los pasos necesarios para lograr el fin principal de su presencia en Madrid*». Aquellas palabras podían interpretarse de diferentes formas. Temía que el rey diera por acabada la audiencia sin preguntarle, como hacía cada vez que despachaban, por los manejos de Juan de Escobedo. No quería ser él quien

hablase primero del asunto porque podía levantar sospechas. Por eso tuvo que disimular la alegría que le produjo la pregunta del rey.

—¿Habéis averiguado algo más de las juntas de Escobedo?

—Continúa con las reuniones, a veces, en sitios poco concurridos. Sospecho que anuda alianzas que favorezcan los planes de su señor.

Felipe II asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Necesito una prueba definitiva. Este asunto es de mucha gravedad.

—La tenemos, majestad.

Felipe II alzó las cejas.

—¡Mostrádmela!

Entonces le enseñó la carta.

—Me he permitido señalar la frase que confirma las sospechas.

Felipe II, bajo la mirada de su secretario, que trataba de no perder detalle, centró su atención en aquellas palabras y las bisbiseó entre dientes:

… diera los pasos necesarios para lograr el fin principal de su presencia en Madrid.

Siempre metódico, don Felipe sacó de un cajón una carpetilla en la que conservaba las cartas de su hermanastro y que había leído infinidad de veces, tratando de encontrar en ellas algún atisbo de lo que Pérez le comentaba. Era cierto su deseo de permanecer en la corte. También que se consideraba con méritos para que se le diera el tratamiento de infante y que requería hombres y medios para acabar con la rebelión de Orange. Comprobó la letra. No había duda ninguna. La había escrito don Juan de su puño y letra.

Miró fijamente a Pérez. Como si quisiera leer su pensamiento. El secretario, en lugar de descomponerse como ocurría a tantos, la mantuvo adoptando cierta modestia, para que el rey no fuera a considerarla un desafío. Estaba hecho al disimulo. Una cualidad imprescindible para mantenerse a flote en el complicado mundo de la corte.

—Esto es de suma gravedad.

—Así lo entiendo, majestad.

—Será necesario tomar medidas.

—Sabéis, señor, que me tenéis a vuestra entera disposición para lo que menester fuere.

Otra vez Felipe II asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—He de meditarlo.

—Como vuestra majestad considere. Pero permitidme deciros que el tiempo avanza y que Escobedo continúa con esas reuniones.

—Ahora, retiraos.

Una vez solo, se asomó a la ventana. Daba a un patio que se abría junto al presbiterio de la basílica, los albañiles lo llamaban el Patio de los Mascarones, en alusión a los que adornaban los caños de dos fuentes adosadas a una de las paredes. El sol, que se asomaba entre las nubes, se reflejaba en las piedras. Allí todo era silencio y el monarca más poderoso de la cristiandad meditaba. Las noticias de Flandes señalaban que, una vez más, el otro hijo del emperador —era como en su mente se refería a don Juan— se mostraba como un brillante militar. Tenía muchas de las dotes de su padre, pero era un bastardo. Eso lo consolaba. Él era el hijo de la dulce y bellísima Isabel de Avís, mientras que su medio hermano lo era de una mujer vulgar, incluso libertina y poco recatada, que había protagonizado algunos escándalos como su amistad con la dueña de la mancebía de Amberes. Ahora estaba retirada en un convento, en San Cebrián de Mazote. Se preguntaba cómo era posible que pretendiera hacerse con la monarquía que él gobernaba desde aquel monasterio en construcción. Lo apartaron de aquellos negros pensamientos recordar a su madre y lo que Moura le había dicho sobre la sucesión al trono de Portugal, si don Sebastián perdía la vida en aquella locura en la que estaba empeñado… Se retiró de la ventana e hizo sonar la campanilla. El mayordomo acudió al punto.

—¿Ha llamado su majestad?

—Avisad al prior de que antes del almuerzo quiero hablar con él.

La reunión fue breve. Le comentó las noticias de la batalla que le había traído Pérez, referidas a la gran victoria obtenida por los tercios.

—Es mi deseo que se celebre una misa solemne y un tedeum para dar gracias a Dios por ese gran triunfo.

Diego apenas había podido avanzar en el caso. Sabía que el cadáver encontrado en el patio de aquella casa era un criado de la princesa de Éboli, que se llamaba Félix Conde, que lo habían asesinado y que, según le había contado el *Lupino*, había tomado parte en el asesinato de maese Rodrigo. Que había recibido dinero del secretario Antonio Pérez, quien era muy aficionado a los pronósticos y las ciencias herméticas. También que un secretario del rey, hacía años, había entrado en contacto con el boticario para intentar conseguir transmutar metales viles en oro y plata. Sabía que quienes habían asesinado a maese Rodrigo buscaban que les revelase sus conocimientos sobre la transmutación de metales. También que un sujeto, que se cubría con un sombrero de alas adornado con tres plumas —una blanca, otra negra y la tercera roja —, era pieza importante en aquel entramado. Era un cúmulo de datos a los que tenía que encontrar una relación para seguir adelante en sus pesquisas. Sobre todo, para presentar a don Matías algunos resultados, porque desde hacía muchas semanas lo que investigaba sobre aquel asunto lo hacía fuera de los cauces oficiales y eso lo dificultaba mucho.

Indagó de forma muy discreta en el entorno del secretario Pérez, donde no podía cometer ningún desliz porque, siendo un hombre tan poderoso, podía costarle no sólo el trabajo, sino la vida. Sus pesquisas habían dado como resultado que vivía con unos lujos que iban mucho más allá de lo que podía permitirse con el salario de secretario de su majestad y no era rico de familia. En su casa de la plaza del Cordón y sobre todo en la Casilla, situada en las afueras de Madrid, se daban costosas fiestas. También había comprobado que el rumor de que tenía amores con la princesa de Éboli respondía a la verdad.

—El secretario Pérez está yendo demasiado lejos —decía a su esposa en la intimidad de su alcoba—. Tener amores con quien ha sido amante del rey… Aunque no está confirmado que su majestad los haya tenido con doña Ana de Mendoza.

—¡Vamos! No pretenderéis que eso se haga público, pero el duque de Pastrana es hijo de don Felipe. Dicen que es la viva estampa de su padre. Que se parece a don Felipe hasta en el blanco de los ojos.

Al día siguiente, que era fiesta de guardar, estaban preparándose para acudir a misa cuando Eufrasia entregó un billete a Diego.

—Lo ha traído un hombre muy bajo, casi un enano. Dice que es urgente.

Diego no necesitó más para saber que se trataba de Agustinillo, del que no había tenido noticia desde hacía meses. El billete era muy escueto:

Hay novedades que pueden interesaros.

Salió a la puerta y allí estaba.

—¡Agustinillo! ¡Dichosos los ojos!

—Perdonad que me haya presentado de esta forma.

—¿Acaso teníais que anunciaros? —respondió Diego con cierta sorna.

—No os burléis. Creo que puede interesaros lo que tengo que deciros.

—Pasad.

Lo condujo hasta una salita.

—Aguardad un momento.

Diego dijo a su esposa que se fuera a misa.

—Acudiré después.

—¿Tan importante es lo que han de deciros?

—Tengo que atender a Agustinillo, de quien os he hablado en alguna ocasión.

Regresó a la salita donde Agustinillo no dejaba de husmear.

—Vuesa merced ha hecho buen casamiento. Compruebo que doña Leonor es…, es dama de muchos posibles.

El alguacil arrugó la frente.

—No habrás venido…

—¡Por Dios, don Diego! —Aparentó mostrarse ofendido.

—Vayamos al grano. He dicho a mi esposa que no tardaré.

—Los bienes de maese Rodrigo pasaron a propiedad de la Real Hacienda porque son…, son, bueno, no recuerdo el nombre.

—Mostrencos.

—¡Eso es, mostrencos! Como hace más de un año de su muerte la Real Hacienda ha dispuesto de ellos. Alguien ha debido comprar la botica y están haciendo obra. Estuve pendiente de los albañiles todo el día. Derribaron unos tabiques y encontraron una alacena disimulada. Nunca la había visto. Pensaron que podían encontrar algo de valor, pero oí cómo protestaban desilusionados. Sólo había papeles y un libro polvoriento. Aguardé a que se fueran, entré y rebusqué entre los escombros.

Sacó de un bolso que llevaba unos papeles, muy maltratados, y un libro en el que podía leerse con dificultad, porque el nombre estaba casi borrado: *Ars transmutatoria.*

Diego miró los papeles y el ajado libro.

—Más escritos de alquimia.

—Cierto, pero ¿por qué maese Rodrigo los tenía ocultos y no con los demás libros y los otros papeles? Os los he traído porque quizá ayude a saber qué buscaban quienes entraron en la botica después de su muerte.

—¿Puedo quedármelos?

—Por eso os los he traído.

—¿Cuánto queréis?

—Nada, don Diego. Me pagasteis bien todo el tiempo que estuve pendiente de lo que allí pudiera ocurrir. Esto por lo que no os proporcioné en todo aquel tiempo. Me gustaría que se descubriera a quienes hicieron aquello con maese Rodrigo. Aunque raro, no era mala persona.

Aquella noche Diego tuvo una larga conversación con Leonor. No era dado a compartir asuntos de trabajo. Pero su esposa era persona juiciosa y sus opiniones estaban cargadas de lógica.

—He decidido llevarle a fray Ambrosio los papeles que Agustinillo me ha traído esta mañana y también ese libro.

Leonor dio un sorbo al cordial que tomaba después de cenar.

—¿Lo habéis leído?

—Le he echado una ojeada. Pero apenas me entero de algo. El lenguaje es impenetrable para quien no está iniciado. Tal vez, fray Ambrosio pueda sacarle algún provecho.

Al día siguiente se acercó a San Jerónimo el Real.

Cuando el fraile vio el libro, su exclamación fue de asombro:

—¡El *Ars transmutatoria*, de Raimundo Lulio! ¡No puedo creer que lo tenga en mis manos! ¡Muchos matarían por tenerlo! ¡Su valor es incalculable! ¡Se dice que entre sus páginas se encuentra la fórmula para transmutar metales viles en preciosos! ¿Decís que ha aparecido en la botica de maese Rodrigo?

—En una alacena oculta que salió a la luz al derribar unos tabiques.

El fraile miró los papeles que Diego le entregaba.

—A ver si con estos papeles saco algo en limpio. Lo poco que he sacado de los que me trajisteis es que ese maese Rodrigo no era uno de esos charlatanes que tanto abundan. Sabía lo que se traía entre manos y me atrevería a decir que estaba muy cerca de hacer realidad la Gran Obra.

Diego, que no había dicho a nadie que encontró aquella torta de plata en un crisol, decidió que debía decírselo a fray Ambrosio.

—Os diré algo que he mantenido en secreto. Encontré una torta de un metal gris ceniciento, como de plata, en un crisol de su laboratorio. Un platero me ha confirmado que es plata como jamás había visto.

El rostro de fray Ambrosio se había contraído.

—¿¡Cómo no me lo habíais dicho!? —El fraile no ocultaba su enfado.

—No quería influir en vos. Pero con lo que habéis dicho…

—Veré si puedo sacar algo en limpio de todo esto. —Sostenía el cartapacio donde Diego había metido los papeles, y el libro—. Os tendré informado. Ahora, disculpadme. Hace rato que han llamado a tercia.

XVI

Pocos días después de conocerse la gran victoria obtenida por los tercios en Glembours, llegó noticia de Lisboa. Catalina de Habsburgo había muerto.

El doce de febrero había muerto quien fuera reina de Portugal y tía del monarca español. Era hija de doña Juana, la que decían que estaba loca, algo de lo que muchos siempre duraron. Había sido la última esperanza de Felipe II para que don Sebastián desistiera de su empeño. Era de las pocas personas a las que el joven e impulsivo rey de Portugal escuchaba. Ella se había hecho cargo de su crianza porque, al quedar su madre viuda, se marchó a Castilla. Con su muerte, el monarca español era consciente de que la última posibilidad que tenía de que don Sebastián abandonase su proyecto, o cuando menos no se pusiera al frente del mismo, se había esfumado. Daría órdenes para que se autorizase la recluta de hombres en Castilla si deseaban incorporarse al ejército que don Sebastián estaba levantando. Pero no se alzarían banderas, ni se tocarían cajas. Tenía que ser así si no quería que la tregua con los turcos saltase en mil pedazos.

El entierro se celebró con gran solemnidad y pompa. Lisboa estuvo de luto y su cadáver quedó depositado, junto al de su esposo, Juan III, en el monasterio de los Jerónimos. Felipe II envió al duque de Medinaceli para que lo representara en el funeral. Llevaba un mensaje para don Sebastián, en el que su tío le advertía, una vez más, de lo arriesgado de la empresa africana.

En Madrid, en San Jerónimo el Real, también se celebró un funeral al que asistieron Felipe II y la reina, pese a su avanzado estado de gestación. Al salir del templo, Pérez se acercó al rey y le comentó algo, al tiempo que le entregaba un billete, mientras la princesa de Éboli cumplimentaba a la reina. Felipe II miró el papel. Escobedo iba a tener aquella tarde una reunión en casa de don Juan de la Cerda.

Le encargó que lo mantuviera informado de ello.

Poco antes del anochecer, recibió la noticia.

—Majestad, Escobedo ha visitado la casa del conde de Ureña. A esa reunión también han acudido otros nobles.

Felipe II contrajo el rostro. Tomó la pluma y, a toda prisa, escribió algo, espolvoreó lo escrito con arenilla, plegó el papel, lo lacró con su sello y lo entregó a quien le había traído la noticia.

—Entregádselo al secretario don Antonio Pérez. Es urgente.

Sonaba en las torres y espadañas de las iglesias madrileñas el toque de oración cuando Pérez recibió la carta y decidió no perder un instante. Era mucho lo que había en juego, después de la última conversación que había tenido con Escobedo. Ordenó que preparasen su carruaje, mientras, desde una ventana, lo observaba su esposa. Al verlo alejarse, rompió a llorar. Juana de Coello estaba convencida de que iba a visitar a la princesa de Éboli.

Al llegar a la Puerta de Toledo, los centinelas, después de identificar al secretario de Felipe II, abrieron el portón. El carruaje cruzó el puente sobre el Guadarrama y tomó un caminillo que lo llevó hasta una casa de aspecto ruin que unos álamos, cuando estaban vestidos, casi la ocultaban a la vista.

—¡Soooo! —El cochero detuvo el carruaje a la entrada.

Pérez bajó la ventanilla y le ordenó:

—Llama.

El hombre, que se protegía del frío con un grueso capote y se cubría con un gorro de piel que tenía encasquetado hasta las cejas, obedeció sin decir palabra.

Golpeó con el puño la puerta, pero no obtuvo respuesta. Cuando llamó por segunda vez, le respondió una voz aguardientosa:

—¿Quién llama tan a deshoras?

—Mi señor quiere veros.

—¿Quién es vuestro señor?

—El secretario de su majestad.

En el silencio de la noche se oyó cómo se descorrían los cerrojos que aseguraban la puerta. No había tenido necesidad de que le aclarasen más.

Al abrirse la puerta Pérez salió del carruaje y entró rápidamente.

Tardó un buen rato en salir. Mientras tanto, el cochero no había dejado de caminar alrededor del carruaje para combatir el frío.

—¡A las casas de la princesa!

Otra vez tuvieron que detenerse ante la Puerta de Toledo. Subieron hasta la calle del Humilladero y ganaron la plaza de la Cebada. Luego tomó por un callejón hasta un ensanche donde se alzaba la parroquia de San Pedro y llegó hasta la calle que algunos llamaban de la Almudena. Se detuvo ante una casa, cuya portada de piedra estaba alumbrada por dos fanales que rompían la oscuridad imperante. El secretario se apeó rápidamente y fue él quien llamó, utilizando el pesado llamador de bronce.

Poco después, una voz de hombre preguntó:

—¿Quién llama?

—Soy el secretario de su majestad.

Una de las puertas, labradas en roble y reforzadas con láminas de hierro, se abrió sin hacer ruido. Los goznes estaban bien engrasados. El zaguán estaba sumido en una penumbra, apenas rota por el candelabro que portaba el criado, pero el amplio vestíbulo que se abría al otro lado de la cancela estaba iluminado con dos velones y algunos candiles de brillante bronce.

—Señor… —El criado lo recibió con una media reverencia.

—He de ver a tu señora…

Iba a responder cuando la voz de la princesa sonó desde el vestíbulo.

—¿Quién viene a estas horas?

—Mi señora… —Pérez se acercó a ella.

—¿Ocurre algo?

El secretario miró al criado de forma elocuente.

—Puedes retirarte.

Hizo una reverencia y se alejó. Doña Ana vestía una bata de seda azul, calzaba unas finísimas zapatillas de piel y tenía el pelo recogido en un moño. Cubría su ojo un parche que sujetaba una cinta de seda anudada a la nuca.

Con un gesto indicó a Pérez que la siguiera. Se encerraron en un saloncito cuyas cortinas, los tapizados de sillas y sillones y el mobiliario señalaban la riqueza de su dueña.

Se abrazaron y besaron repetidamente. Pérez buscaba algo más, pero ella le preguntó:

—¿Qué novedades hay?

—El rey ha dado vía libre y no debemos perder tiempo. El *Verdinegro* está indagando demasiado. Si sale todo a la luz, será nuestra perdición.

—¿Qué habéis pensado?

—Veneno. Acabo de conseguirlo. Se lo suministrarán en la comida.

—¿Disponéis de la persona adecuada?

—Tendré que atar algún cabo. Pero será posible.

—Está bien, mantenedme informada.

Antes de marcharse, el secretario buscó de nuevo el acercamiento, pero ella lo despidió con un beso. Aquella noche no estaba para festejos.

En tres días había conseguido atar todos los cabos.

Poco después de haber comido el guiso de nabos con bacalao, respetando la abstinencia de la Cuaresma, Escobedo, a quien muchos llamaban el *Verdinegro*, por el oliváceo color de su rostro, se sintió mal. Al dolor de barriga, cada vez más intenso, siguió una descomposición y terminó vomitando. Arrojó por la boca todo lo que había comido.

—¡Ese maldito bacalao estaba en malas condiciones! ¡He echado los higadillos por la boca!

—Permaneceréis en cama veinticuatro horas —le dijo el médico que había ido a visitarlo—, guardando dieta. Así se limpiará vuestro estómago y el equilibrio de los humores se restablecerá.

Aquella noche durmió mal, intranquilo. Cumplió las indicaciones del médico y el almuerzo del día siguiente, pese a que estaba hambriento, fue un caldo de ave y media pechuga hervida.

El mal cuerpo se mantuvo los dos días siguientes. Le dolían los brazos y las piernas. Algo que le hizo sospechar.

Una semana después estaba completamente restablecido.

—El intento no ha surtido efecto. El *Verdinegro* se restablece —dijo Pérez, tendido en la cama, a doña Ana después de un largo y placentero encuentro—. Quizá no se le suministró cantidad suficiente. La próxima vez se le administrará mucho más.

—Pues no lo retraséis. Si dice al rey todo lo que, al parecer, sabe…, no quiero imaginarlo.

—Mañana volverán a emponzoñarle la comida.

Fue después del almuerzo, que había comido con buen apetito, cuando otra vez se sintió indispuesto. Acudió a toda prisa al retrete, donde vomitó con tanta fuerza que parecía que los ojos iban a salírsele.

Lo llevaron a la cama y allí lo visitó el médico.

—Me pica la boca y la garganta, y en el estómago es como si tuviera fuego.

El médico mostró su preocupación y dijo que llamaran al párroco. Cuando el sacerdote apareció, el galeno le comentó:

—Está muy mal. Estoy seguro de que han tratado de envenenarlo con jugo de matalobos. Por eso le pica la boca y la garganta y le arde el estómago. Se lo han debido mezclar con la comida.

En la alcoba donde estaba Escobedo, el sacerdote lo oyó en confesión y, tras tranquilizarlo —estaba muy nervioso porque también él estaba convencido de que lo habían envenenado—, lo dejaron descansar.

El médico dijo al cura que era necesario interrogar a la servidumbre: un matrimonio de dos viejos criados que llevaban con Escobedo mucho tiempo y cuidaban de su casa cuando no estaba en Madrid. Desde hacía algunos meses tenían como criada a una morisca. Además, había un criado, un cocinero y un ama de llaves. Un alguacil, tras interrogarlos a todos, decidió llevarse presa a la morisca, que había admitido saber de plantas y a la que la esposa

de Escobedo acusaba directamente porque sospechaba que su marido se refocilaba con ella. La morisca negaba haber envenenado a su amo. Quedó detenida a la espera de lo que dijera el juez.

Aquella misma tarde, Pérez tuvo noticia de que Escobedo no había muerto. No era normal con la dosis de acónito que le había sido suministrada. Se vio con el cocinero de Escobedo, un sujeto al que llamaban el *Pícaro*.

—Eché todo el jugo en la salsa, como se me dijo. Me aseguraron que, en media hora, se iría para la otra vida. Pero poco antes de que viniera a veros, el médico, que ha vuelto a visitarlo, dice que está mejor.

—Si no muere no os daré la parte pendiente de cobro.

—¡Señor, yo he hecho mi trabajo!

—Pero no habéis logrado el objetivo.

—No es justo. He hecho lo que se me dijo.

—No hay más que hablar, si no muere, no veréis ni un real más.

—El riesgo ha sido grande. Un alguacil ha metido las narices en esto.

Pérez se contuvo.

—¿Quién ha dado vela a la justicia?

—El médico y también el cura que lo ha tenido que asistir.

—¿Ha estado el alguacil en la casa?

—Con dos corchetes. Se han llevado presa a la esclava morisca.

—Está bien. Es posible que os pague. Pero, por ahora, os toca esperar.

Aquella noche, la princesa de Éboli tuvo noticia del segundo fracaso. Después de desahogarse con furia, tomaron un vino especiado —Pérez solía tomarlo siempre después de holgar con ella —, la princesa le dijo:

—Es resistente al veneno. Hay personas a las que apenas les afecta.

—Conozco algunos que, por una buena bolsa, estarían dispuestos a hacer lo que se les mande —propuso Pérez.

—Eso tendría que ser en la calle y ahí el riesgo es mucho mayor. Pero parece que no hay otra solución.

XVII

La reunión con don Matías fue breve. El alguacil que había tomado declaración a la servidumbre de Escobedo había tenido un accidente al caerse de un tejado y se había quebrado las dos piernas. Por eso le encargaba a Diego continuar con las pesquisas.

—Todo apunta a que esa esclava le suministró el veneno. Averiguad por qué lo hizo.

Diego asintió y calándose el sombrero se dirigió a la cárcel. Entró en la celda donde estaba y la encontró sobre un jergón en posición fetal. Se encogió al verlo.

—Lo he confesado todo —gimió con un hilo de voz.

Diego, que se había quitado el sombrero, se acercó y trató de tranquilizarla. Era una mujer joven. Aunque en el estado en que se encontraba era difícil determinar su edad, pero no tenía más de veinte años.

—No voy a hacerte daño. Sólo quiero hacerte unas preguntas.

—He dicho todo lo que querían que dijera.

—¿Por qué suministraste el veneno a vuestro amo?

La morisca, en lugar de responder, se encogió más, como si así se protegiera de una amenaza. Diego hubo de repetir la pregunta.

—No quiero que me lleven otra vez al potro. —Diego se dio cuenta de que tenía la carne lacerada y mordida por diferentes partes—. Diré lo que quiera vuesa merced. Pero al potro otra vez, no.

Miró sus labios, los tenía rotos. La sangre estaba reseca. Aquella desgraciada debía tener sed.

—¡Carcelero! ¡Carcelero!

Poco después apareció un sujeto zafio y malencarado.

—Un poco de agua.

—¿Tiene vuesa merced sed?

—No, es para ella.

—¿¡Para esa perra asesina!?

—¡Traed el agua! ¡Rápido!

El carcelero iba a protestar, pero la mirada de Diego lo disuadió y trajo una cantarilla. Diego la ayudó a incorporarse y sujetó su cabeza al tiempo que acercaba la boca de la cantarilla a sus labios. La morisca bebió con avidez.

—Despacio. Bebe la que quieras, pero despacio.

Miró a Diego con el agradecimiento reflejado en sus ojos. Después de beber la vio más distendida y puso la cántara junto al jergón.

—Por caridad, no se la lleve vuesa merced.

—No voy a hacerlo. Pero quiero que respondas a mis preguntas. No te haré daño, pero dime la verdad. ¿Por qué le diste el veneno a tu amo?

La morisca meditó la respuesta.

—¿Promete vuesa merced no hacerme más daño?

—Prometido.

—No he envenenado a mi amo. Pero si tengo que decir que lo hice, lo haré para que no me lleven otra vez al potro de tortura.

—Entonces, ¿por qué te han acusado?

—Porque días atrás rompí unas escudillas y mi ama me azotó. Vea vuesa merced cómo dejó mi espalda. —La morisca se incorporó y, alzándose la saya, le mostró la espalda. Las heridas estaban todavía abiertas—. Me ataron a una columna del patio y me azotó hasta que perdí el sentido.

—¿Por haber roto unas escudillas?

—Mi ama me quiere mal. Está convencida de que su marido me…, me lleva a la cama. Vio la oportunidad con lo del veneno y me cargó el muerto. No han hecho más pesquisas. El juez hizo caso a lo que decía mi ama.

—Si dices que no has sido, ¿quién ha podido ser?

—No lo sé. Pero os aseguro que nada puse en sus sopas y comidas. ¿Puedo beber más agua?

—Desde luego. —Diego le acercó la cantarilla y de nuevo bebió con ansiedad—. ¿Recuerdas algo que te llamara la atención?

—No.

Diego decidió marcharse. No era mucho lo que había averiguado, salvo que aquella esclava decía que ella no había suministrado el veneno a Escobedo. Tenía la impresión de que le decía la verdad y se había inculpado bajo un tormento donde el verdugo se había empleado a fondo.

—¡Carcelero! ¡Carcelero! —gritó para que abrieran la puerta de la celda.

—Decid que me dejen esa cantarilla, por piedad.

—Pierde cuidado. No se la llevarán.

Diego advirtió al carcelero de que no se le ocurriera llevarse el agua.

—Mañana volveré y ay de ti si te has llevado ese cantarillo.

Antonio Pérez se dio prisa. Era mediada la Cuaresma y sabía que don Felipe se retiraría aquellos días del mundo. Lo haría en El Escorial.

—Majestad, los intentos llevados a cabo no han dado resultado.

—He sabido que el juez ha abierto proceso a una esclava morisca.

—Así es, señor.

—¿Es ella la culpable?

Felipe II miró fijamente a su secretario. Pérez sabía que las cuestiones de Estado podían llevar al rey a tomar decisiones moralmente cuestionables. Pero sabía también que su conciencia no le permitía aceptar decisiones claramente injustas. Si le decía que la morisca aparecía como culpable para tapar a otros, podría complicarse mucho aquel negocio. Lo había convencido de que se actuase contra Escobedo porque era quien estaba tejiendo importantes alianzas para que don Juan llevara a cabo sus propósitos que eran, en último extremo, hacerse con la corona y apartarlo del trono. Había llevado al ánimo del monarca, mediante falsedades y embrollos, esa calumnia con el propósito de que Escobedo no sacase a la luz sus turbios manejos con la princesa de

Éboli, que incluían relaciones con los rebeldes orangistas. El secretario de don Juan de Austria había hecho algunas pesquisas y estaba a punto de desenmascararlos. Por eso no dudó en mentir:

—Es ella quien ha puesto el veneno en su comida.

El rey asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Siendo así… —dijo al fin.

—Si vuestra majestad no dispone otra cosa, he pensado que la mejor manera de acabar con este asunto es utilizando el acero. Habría que buscar la ocasión propicia. Tiene reuniones nocturnas y podría ser entonces.

—¿Disponéis de los hombres adecuados para ese trabajo?

—Puedo encontrarlos, majestad.

—Necesito pensarlo.

—Como vuestra majestad disponga. Pero habéis de saber, señor, que Escobedo debe tener muy avanzados los planes de don Juan.

—¿Cómo lo sabéis?

—He sabido que prepara su regreso a Flandes.

Aquello decidió al rey.

—Está bien, disponedlo así, y no dejéis de mantenerme informado.

Pérez no perdió un instante. Era consciente de que el tiempo corría en su contra. Llamó a Martínez, su mayordomo y hombre de su confianza.

—El rey ha ordenado —no era cierto que Felipe II hubiera dado la orden, sino que había consentido en que se actuase, pero el astuto secretario sabía que dicho así todo cobraba más fuerza— que, por graves asuntos, don Juan de Escobedo sea eliminado. El mejor para ese trabajo sería Inchausti, pero hace meses que no tengo noticias de él.

—Se marchó detrás de una fulana por la que había perdido el seso. Ya sabéis…, dos tetas pueden más que dos carretas.

—Busca, entonces, a alguien, sin darle por ahora información, con agallas y conocimientos para llevarlo a cabo.

—Dejadlo de mi cuenta.

—Es muy urgente.

Aquella misma tarde se reunió con Enríquez, al que había conocido hacía mucho y que se movía por los bajos fondos como pez en el agua.

—¿Conocéis a uno capaz de dar una buena cuchillada? Se le pagaría bien.

Enríquez conocía a matarifes que, por unos ducados, harían el trabajo.

—Hay un mozo de mulas, llamado Cartagena, que podría hacerlo.

—¿Dónde podríamos encontrarlo?

—En un mesón que hay en la plaza de la Cebada.

—¡Vamos a verlo!

—¿Ahora?

—Sin perder un minuto.

Poco después entraban en el mesón que estaba frente a la fuente que había en la plaza. Sobre la puerta podía leerse *El Oso Blanco.*

Los recibió un tufo a humo y un olor a vino picado. Allí estaba Cartagena charlando, en torno a un tonel, con otros dos sujetos.

—Este caballero —Martínez vestía rico jubón, calzas acuchilladas y medias de seda— quiere hablaros de un asunto.

Cartagena calibró la calidad del personaje y le gustó su indumentaria.

—Soy todo oídos.

—¡A solas! —La voz de Martínez sonó autoritaria.

Se apartaron y Martínez, sin darle detalles, le explicó el trabajo.

—¿Ha dicho vuesa merced una cuchillada? ¿Marcarle la cara? ¿Estropearle un brazo o una pierna?

—Acabar con él.

—Eso son palabras mayores.

—Se pagará bien.

Cartagena dudaba, algo que a Martínez no le gustó.

—Eso… ¿cuándo sería?

—Cuanto antes mejor.

—No sé…, no sé. Dejar una marca o hacer un par de cortes no es difícil. Pero darle matarile…

—Pensáoslo.

Iban a marcharse cuando Cartagena se negó.

—No, eso es demasiado.

Aquella noche decía al secretario real que había dado algunos pasos, pero que no había conseguido avanzar.

—La cosa urge.

—Lo sé. No he perdido el tiempo. Pero el sujeto en quien Enríquez había pensado se negó.

—¿Qué le dijisteis?

—Nada que deba preocuparos. Enríquez dice que puede traer a Bosque, que está en Barcelona y ya nos ha hecho algún trabajillo. Podría hacerlo porque maneja bien la ballesta y dice que conoce a gente que utiliza bien el acero. Podría ser la solución.

—Dile que viaje a Barcelona. Mañana mismo.

—Necesitará dinero para el viaje y tendrá que convencerlos de que dispone de los fondos que pagaría.

—Llevará una bolsa con cien ducados.

Pérez aquella noche escribió a Juan Mesa, su antiguo mayordomo y hombre de su confianza, decidido y muy capaz. Recurría a él para cierta clase de trabajos. Vivía en un pueblecito de Aragón llamado Bubierca.

Tres semanas después, en vísperas de la Semana Santa, Enríquez había regresado de Barcelona y traído con él a Bosque, que era su hermanastro. En unos días llegaría un espadachín.

Una vez todos en Madrid, Martínez los convocó en una casa, poco más que una cabaña, en un descampado entre los caminos de Humera y Móstoles. Allí estaban Mesa y el *Pícaro*. Enríquez llegó con su medio hermano y el espadachín. Al verlo, Martínez quedó paralizado.

—¡Inchausti!

El espadachín se atusó el bigote.

—¡Por todos los demonios, Martínez! ¡No sabía que vuesa merced estaba en el ajo de esto!

Se fundieron en un abrazo.

—¿Dónde os habéis metido todo este tiempo?

—¡Por el mundo, amigo mío! Primero en Valladolid y luego en Santiago, detrás de esa gallega que me tenía sorbido el seso. Luego

fui a Sevilla, pero no me embarqué para las Indias, que era lo que ella quería.

—Pero… ahora venís de Barcelona.

—Me marché de Sevilla, después de dejarle marcada la cara la víspera de partir. La muy puta se había buscado un maromo, un espadero que iba para Santiago de los Caballeros, con el que se casó de la noche a la mañana para poder embarcar. Fui a parar a Barcelona, donde hice algunos trabajos y conocí a Bosque. Me presentó a su hermano, me ofreció trabajo y aquí estoy.

—Sabed que celebro mucho veros.

Inchausti se atusó otra vez el bigote y Martínez expuso el plan.

—Se trata de acabar con la vida de una persona de relieve.

—¿Quién es? —preguntó Inchausti.

Sólo Bosque y él ignoraban que se trataba de Escobedo. El secretario ya se lo había dicho a Mesa nada más aparecer por Madrid.

—No tan deprisa.

—¡Llevo tres días en Madrid y todavía no sé qué he de hacer!

—Lo sabéis. Se trata de matar a una persona. Estamos aquí para concretar detalles. Todo a su debido tiempo. Lo primero será ver qué procedimiento empleamos.

—Yo he traído la ballesta —señaló Bosque—. La tengo desarmada y escondida. Si nos decidimos…

—¿A qué distancia podríais asegurar el tiro? —preguntó Martínez.

—Un tiro nunca es seguro. Puede errarse a muy corta distancia y dar en el objetivo incluso a más de cincuenta o sesenta varas.

—¿Podéis errar, incluso disparando desde muy cerca?

—Un tiro nunca es seguro —reiteró Bosque.

Se hizo un silencio que permitía oír el gorjeo de unos pájaros que tenían tomada posesión de unos árboles cercanos.

—En ese caso mejor olvidarnos de la ballesta —señaló Martínez—. No podemos correr riesgos. Sólo dispondremos de una oportunidad. Será mejor utilizar el acero. —Miró a Inchausti—. Dará menos problemas.

—Puedo ensartarlo de parte a parte.

—En ese caso, fijemos la fecha.

—Primero quiero saber a quién he de mandar al otro barrio. No seguiré adelante sin saberlo —insistió el espadachín—. Por la suma que se me ha ofrecido, ha de ser persona de calidad. Pero quiero saber quién es.

—Se trata de Juan de Escobedo.

Inchausti volvió a atusarse el mostacho y, con desparpajo, preguntó:

—¿Quién es ese?

—El secretario de don Juan de Austria.

—Eso explica los cien ducados, además de los gajes. ¿Quiénes estaremos?

—Estaremos todos. Pero seréis vos y Bosque quienes lo acometan. *Pícaro* estará con vosotros para identificarlo. Nosotros —Martínez miró a Enríquez, a Mesa— estaremos al acecho, armados con pistoletes, por si fuera necesario intervenir.

—Bien, en ese caso sólo queda escoger sitio y fijar fecha.

—Escobedo vive en una casa cerca de la iglesia de la Almudena. Cuando sale, lo hace acompañado de un criado. Suele visitar a una dama, llamada Brianda de Guzmán. Podemos acometerlo cuando regrese a su casa. Los esperaríamos ocultos junto a los muros de la iglesia.

—Frente a esa iglesia también se encuentran las casas de la princesa de Éboli —señaló el *Pícaro.*

—Eso es un problema —dijo Inchausti—. Esa casa, como otras de las principales de Madrid, tiene faroles a la puerta que encienden cuando cae la noche. Esa luz no nos permite ampararnos en la oscuridad.

—Esos faroles iluminan una zona muy pequeña. Es cuestión de acometerlo algo alejado de esa fachada —respondió Martínez.

—Será cuestión de pasear la zona y elegir el sitio. ¿Cuándo lo hacemos?

—Las visitas a casa de la amante son casi diarias —aportó el *Pícaro*, quien como cocinero de Escobedo conocía mejor que los demás sus costumbres—. Suele regresar a la casa entre las nueve y las diez.

—Nos avisaréis qué día podemos aguardarlo. ¿Hay alguna pregunta?

—Yo me encargo de reconocer el terreno —señaló el espadachín.

—Puedo acompañaros, conozco bien la zona —añadió el *Pícaro*.

—Hacedlo con discreción —advirtió Martínez—. Estad todos en disposición de actuar en cuanto os avise.

Diego habló con el juez que llevaba el caso del intento de envenenamiento del secretario de don Juan de Austria.

—No tengo claro que esa morisca haya sido la envenenadora.

—Ha confesado su crimen.

—Es cierto, pero sólo lo hizo después de pasar por el potro. Le aplicaron hasta tres vueltas de cuerda.

—Es lo que permite la ley.

—¿Ha visto vuesa merced en qué condiciones quedó? Hubiera declarado cualquier cosa, con tal de que dejaran de atormentarla.

—Si vuesa merced no me trae pruebas de que es inocente, la sentencia se ejecutará como está previsto.

Salió de las Audiencias desasosegado. No podía demostrar la inocencia de la esclava, sin pruebas que acusaran al verdadero autor del intento de asesinato.

Días después, en la plaza de la Cebada se levantó el cadalso donde iba a colgarse a la morisca, en cumplimiento de la sentencia. Desde muy temprano se fue concentrando en la plaza una muchedumbre.

Poco antes de mediodía el carro donde la traían bajaba por la calle de Toledo, escoltado por media docena de corchetes que la protegían, sin mucho entusiasmo, de los ataques de la gente. Le arrojaban inmundicias, alguna piedra y no dejaban de insultarla. Junto a ella iba un fraile que la exhortaba a bien morir y no dejaba de mostrarle un crucifijo.

Cuando la carreta llegó a la plaza, arreciaron los gritos.

—¡Morisca! ¡Asesina!

—¡Maldita tú y los de tu ralea!

—La morisca niega ser culpable —afirmaba un vendedor de aloja que estaba haciendo más negocio del habitual—. Sólo ha confesado después de que le dieran tres vueltas de cuerda.

—¡Es una criminal! ¡Una asesina!

—Me gustaría ver lo que vuesa merced confesaba, si lo pusieran en el potro y le dieran tres vueltas de cordel.

—¡Es culpable! ¡Esos moros son todos mahometanos! —afirmó un sujeto barrigudo que se atusaba el mostacho.

—¡Esa no es mora! ¡Está bautizada! —dijo una mujerona con una melena rizada y el rostro cetrino.

—¡Esos son todos moros por mucha agua que les echen al bautizarlos! —terció un sujeto desdentado y que tenía un feo costurón en la mejilla.

—¡Es culpable! —insistió el barrigudo.

—Hay quien dice que a quien intentó envenenar fue a su ama, pero no a su marido —comentó un sujeto enclenque que tenía unas antiparras y llevaba un cartapacio bajo el brazo.

—¿Cómo lo sabe vuesa merced?

—Porque soy oficial del juzgado.

—¿Por qué quería envenenarla?

—Porque la azotaba con frecuencia.

La carreta llegó al centro de la plaza, donde se alzaba el cadalso, y los corchetes, ayudados por los soldados que custodiaban la tarima, tuvieron que emplearse a fondo para bajarla del carro y subirla por la escalera. Los más exaltados querían ejercer de verdugos. Fue allí donde la morisca se volvió y le gritó a la muchedumbre:

—Me ahorcaréis, pero alguien se tomará cumplida venganza.

El griterío y el ruido que había en la plaza era tan grande que sólo quienes estaban más cerca pudieron oír sus palabras.

Hubo un redoble de tambor y un pregonero leyó la sentencia que apenas escuchaban unos pocos.

Una vez en el cadalso, el fraile la invitó a persignarse y besar el crucifijo. Ella se negó y soltó un escupitajo. Entonces los gritos arreciaron.

—¡Ahorcadla!

—¡Acabad con ella!

—¡Mora! ¡Infiel! ¡Asesina!

El verdugo no se anduvo con miramientos. La colocó bajo la horca, le pasó el dogal por el cuello y, sin perder un instante, accionó una palanca que abrió una trampilla y el suelo se abrió a los pies de la condenada.

Durante un tiempo se retorció y convulsionó hasta que, poco a poco, fue cesando el movimiento.

Quedó con los ojos abiertos, y la lengua asomando entre los dientes. Como por ensalmo, los gritos se apagaron y se impuso un silencio que sólo se explicaba por la fuerza que tiene la muerte para quienes son sus testigos. Fueron sólo unos instantes. Después, poco a poco, un rumor se apoderó de la plaza. La gente hacía comentarios en voz baja y se iba marchando.

El espectáculo, al que muchos padres llevaban a sus hijos para que fueran testigos de lo que ocurría cuando se cometían delitos, había terminado. El cuerpo de la ajusticiada permanecería allí hasta la caída de la tarde en que los cofrades de la hermandad de la Santa Caridad se harían cargo de él para darle sepultura. Diego, que había asistido impotente y en silencio, se santiguó antes de marcharse.

XVIII

Llegó la Semana Santa y con ella las celebraciones religiosas propias de aquellos días. Las iglesias permanecían abiertas por las noches para celebrar los oficios. Era costumbre que las damas, enlutadas, acudieran a los templos acompañadas de sus esposos o de algún familiar. Otras iban con una dueña y en algunos casos con un *rodrigón.* Algunas cofradías realizaban actos penitenciales, lo que hacía que las calles estuvieran muy concurridas. Aquello era algo que entorpecía los planes trazados para acabar con la vida del secretario de don Juan de Austria e hizo que los implicados, preparados como estaban, se pusieran nerviosos conforme pasaban los días. El *Pícaro* señalaba que otro problema era que Escobedo, aquellos días de mucha penitencia, no visitaba a su amante y, por lo tanto, no podía informar de un regreso nocturno de su amo.

Felipe II había marchado a El Escorial y se había enclaustrado en el monasterio. En los mentideros de la corte se decía que las obras iban ahora con demasiada lentitud porque faltaba dinero para pagar jornales y materiales. En el Alcázar había quedado la reina, cuyo parto se esperaba para muy pronto. El alumbramiento, decían las matronas, podía producirse en un par de semanas, tres a lo sumo y, si la criatura se adelantaba, podía ocurrir en cualquier momento. Doña Ana estaba ya de más de ocho meses.

A Alcalá de Henares se había marchado Antonio Pérez, acompañado por su esposa. Todo lo relacionado con la muerte de Escobedo quedaba en manos de Martínez.

Era media tarde del treinta y uno de marzo, Lunes de Pascua, cuando el *Pícaro* acudió a toda prisa a lo que empezaba a conocerse como las gradas de San Felipe. Así se denominaba a las del monasterio de los agustinos, San Felipe el Real, construido hacía treinta años. Los mozos habían tomado la costumbre de permanecer allí para que se les contratase como recaderos.

Se acercó a uno de aquellos jóvenes, que le pareció fuerte.

—¿Cuánto tardarías en llevar este billete a la calle de Santa Isabel?

—Queda lejos. Aquello es el campo.

—Sé dónde está, ¿cuánto?

—Algo menos de media hora.

—¿Cuánto cobrarías?

—Ocho maravedíes.

—Es mucho.

—¿Mucho ocho maravedíes?

—No, mucho el tiempo que tardarías en entregarlo.

—Por medio real iría corriendo.

—¿Cómo sé que no me engañas?

—Vos habéis venido a mí. Tenéis que fiaros. Soy fiel a mi palabra.

Le entregó el medio real y el billete.

—Has de entregarlo en un sitio llamado la Casilla. Pregunta por Martínez y sólo se lo entregarás a él.

—Conozco el sitio. Esa casa es de uno de los secretarios del rey.

El muchacho guardó el medio real, cogió el billete y echó a correr hacia la carrera de San Jerónimo, luego tomaría el paseo que llamaban del Prado hasta llegar a la confluencia con Santa Isabel.

Veinte minutos después, sudoroso y con la respiración agitada, llamaba con insistencia en la puerta de la Casilla.

El criado que acudía a la puerta no paraba de gritar:

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Qué prisas! —Cuando llegó, preguntó antes de abrir—: ¿Quién llama?

—Una carta para Martínez. Es urgente.

—Dádmela.

—¿Sois Martínez?

—No, pero yo se la daré.

—La orden que tengo es de entregársela sólo a él.

—¡Qué más da! Vamos, dámela. Yo se la entregaré.

—Sólo a él.

En aquel momento llegó Juan Mesa y se percató del forcejeo.

—¿Qué ocurre?

—Trae una carta para Martínez y no me la quiere entregar.

—Quien me la ha confiado me ha dicho que sólo se la entregue a él.

—¿Quién os la ha dado?

—No lo sé. Tiene una cicatriz en la frente. Parecía nervioso y mucha prisa porque la entregara.

—Avisad al mayordomo.

Minutos después aparecía Martínez.

—Creo que tenéis una carta para mí. Soy Martínez.

El contenido de la carta era muy escueto:

Ha ido a las casas de la princesa de Éboli y después hará una visita a su amante. Regresará entre las nueve y las diez.

—¡Qué demonios buscará el *Verdinegro* en casa de la princesa!

—¡Seguro que nada bueno! —respondió Mesa.

—¡No perdamos un minuto! ¡Llamad a Enríquez!

Al saberlo, respiró aliviado.

—¡Menos mal! ¡Inchausti y mi hermano están muy escamados! El espadachín me dijo ayer que, si esto no se resolvía pronto, se desentendía.

—Ha llegado el momento. Nos vemos en las gradas de San Felipe a las ocho.

Don Sebastián se había retirado a pasar la Semana Santa al convento de los franciscanos de Sintra, conocido como el *Convento dos Capuchos*. Aquel lugar tenía algo de misterioso. Hacía pocos años que se había construido con pobres materiales, pero su fama se había extendido rápidamente y la gente acudía a él en peregrinación. Estaba rodeado por un frondoso jardín que los frailes

cuidaban con esmero. Deseaba estar solo, lejos de la corte. Había pedido a los frailes que le permitieran compartir su pobreza y sus rezos durante los días que recordaban la pasión y muerte de Cristo. Fue tiempo de ayuno —pan, bacalao seco, espinacas y col hervidas, y agua— en que el rey vistió un tosco sayal franciscano, durmió sobre un jergón lleno de paja y se tapaba del húmedo frío con una raída manta que apenas alcanzaba a cubrirle. Asistió a los rezos respetando las horas canónicas. Aquel retiro fortaleció su espíritu y alentó sus ideales de cruzada contra los infieles.

El Domingo de Resurrección, treinta de marzo, se marchó de aquel cenobio donde durante una semana todo había sido paz, tranquilidad y sosiego. Antes de cambiar el hábito franciscano por unas vestiduras propias de un monarca, rezó tres *pater noster* ante la imagen del *Senhor dos Passos.* Estaba preparado para acometer la gran empresa a la que Dios lo había llamado.

A la entrada del monasterio lo esperaban varios nobles y el capitán Vasconcelos, que mandaba la escolta que lo acompañaría hasta Lisboa.

—Se os ve más delgado, señor —dijo el capitán después de inclinarse.

—El ayuno y la penitencia adelgazan el cuerpo, pero confortan el espíritu.

En dos horas salvaron el camino hasta Lisboa. La gente lo vitoreaba al verlo pasar. En la ribera del Tajo mucha gente comía el *folar de páscoa*.

—Mirad, señor —Vasconcelos señalaba los mástiles de unos barcos anclados en los muelles—, son carracas que llegaron hace dos días con bastimentos para la campaña de Berbería.

Don Sebastián tiró de las bridas de su caballo y se detuvo.

—En cuanto esté todo listo, nos haremos a la mar.

El Lunes de Pascua, cuando Diego se disponía a salir a la calle, llamaron a la puerta. Eufrasia, que acudió a abrir, le trajo una carta.

—Es para vos.

Era de fray Ambrosio de la Santísima Trinidad. Le decía que había hecho algunos progresos y que necesitaba ver la torta de plata de la que le había hablado.

—¿Algo grave? —preguntó Leonor.

—Fray Ambrosio quiere que le lleve la torta de plata. Parece que ha hecho algunos progresos. Afirma que, si maese Rodrigo no había alcanzado la piedra filosofal, estuvo muy cerca de conseguirlo.

—¿Qué pensáis hacer?

Diego se encogió de hombros.

—¿Cuál es vuestra opinión?

—Que, si no pensáis llevarla a la ceca para que os la den amonedada, debería verla.

Se la llevó aquella tarde.

Fray Ambrosio no se cansaba de mirar y remirar aquel trozo de plata.

—¡Son casi dos libras!

—Libra y media, me dijo el platero que la examinó.

—¿Vuesa merced la encontró en un crisol?

—Sí, en uno que había sobre un atanor apagado. Esa forma curva que tiene por la parte de abajo es la misma que la del crisol. Como si allí se hubiera fundido y después se hubiera solidificado.

—¡Santo Dios! ¡Había conseguido transmutar el metal, a no ser que lo que hubiera echado en el crisol fuera plata! ¡Pero eso no tiene sentido!

—¿Pensáis que había conseguido convertir metales viles en nobles?

El fraile resopló con fuerza.

—¡Estoy seguro de que llevó a cabo la transmutación! Alguien debió enterarse y por eso…, por eso lo mataron. Lo torturaron para tratar de que confesase y, según todo lo que vuesa merced me ha explicado, no debieron conseguirlo. No tendría explicación que después estuvieran buscando en la botica. La pregunta es por qué no lo hicieron inmediatamente. Según me habéis contado, aquellos cuatro sujetos no fueron a la calle del León hasta algún tiempo después. ¿Tiene vuesa merced respuesta para eso?

—Pienso que se trata de gente muy avezada y que dejaron pasar algún tiempo por temor a que pudieran descubrirlos.

—Es posible, es posible. Tomad, llevaos esta plata. No quiero tenerla en mi poder. Me temo que puede resultar peligroso.

En Madrid había anochecido. Sabían que Escobedo había estado en casa de su amante, donde permaneció más de una hora, y que después se había dirigido a casa de doña Ana de Mendoza. Inchausti, Bosque y el *Pícaro* tomaron posiciones. Bosque llevaba la ballesta armada y dos virotes, por si era necesario usarla, y el *Pícaro* tenía como misión identificar a su amo para que no hubiera confusiones. Se cobijaban, aprovechando unos contrafuertes de la iglesia de Santa María de la Almudena. Por allí, aseguraba el *Pícaro*, tendría que pasar su señor.

Algo apartados, estaban Martínez, Enríquez y Mesa, armados con pistoletes y misericordias, por si la cosa se complicaba y era necesaria su intervención.

La oscuridad era su aliada. Habían tenido suerte porque la luna, que sólo tres días antes había estado en su plenitud, estaba oculta tras los grandes nubarrones que cubrían el cielo de Madrid. En algún momento asomaba por un claro, algo perjudicial para sus propósitos.

—¡Maldita luna! —murmuró Bosque, que apretaba su ballesta, al verla aparecer iluminando con su brillo metálico la calle. Estaba cada vez más nervioso.

—Deja de protestar y concéntrate —le regañó Inchausti.

Oyeron unos pasos y todos contuvieron la respiración. Pensaron que había llegado el momento. El sonido era cada vez más cercano.

—Preparaos —ordenó el espadachín, que asumía el mando del grupo.

—¡Quietos, quietos! ¡No es él! —dijo el *Pícaro*.

Quien apareció era un hombrecillo que portaba un fanal.

—¿Cómo lo sabías antes de aparecer? —le preguntó el espadachín.

—Mi amo vendrá a caballo.

—¿A caballo? ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Se lo dije a Martínez.

Se oyeron los cascos de una cabalgadura golpeando el pavimento.

—¡Ahí están!

Vieron cómo avanzaba una tenue luz.

—Trae un fanal o una antorcha —comentó Bosque.

—Lo acompaña el criado.

Los matarifes se cubrieron el rostro, Inchausti desenvainó su acero sin hacer ruido y Bosque empuñó su ballesta, que estaba cargada. El *Pícaro* no se había equivocado. Juan de Escobedo montaba un caballo y lo acompañaba un criado que sostenía en alto una antorcha, abriéndole camino. Cuando llegaron a su altura, Inchausti gritó:

—¡A por él!

Surgió de la oscuridad y, con el acero por delante, asestó a Escobedo una estocada en el pecho que lo atravesó de parte a parte. Dando un fuerte tirón, sacó la espada y la sangre brotó a borbotones al tiempo que el secretario de don Juan de Austria caía del caballo. La estocada era mortal.

—¡Me matan! —exclamó con un hilo de voz, llevándose la mano al pecho, de donde no paraba de manar sangre.

El criado, que había tirado la antorcha, se agachó para atender a su amo, mientras los asesinos se perdían en la oscuridad de la noche y sus pasos sonaban cada vez más lejanos.

—¡Ayuda, auxilio! ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Ayuda, auxilio! ¡Mi amo se muere! ¡Lo han asesinado! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Se abrieron algunas ventanas y puertas, aparecieron velas, fanales y antorchas. En pocos minutos la calle se llenó de gente y Escobedo pedía confesión. Cuando llegó el párroco de la vecina iglesia, lo encontró muerto.

Poco después aparecieron dos alguaciles, acompañados de varios corchetes. Mientras unos preguntaban a los vecinos, otros dieron una batida por los alrededores. Encontraron un pistolete y una capa, nada más.

XIX

Aquella misma noche Martínez marchó a Alcalá para dar la noticia a Pérez. Bosque se refugió en la casa de su hermanastro, mientras que Juan Mesa se llevó a Inchausti a la casa que había alquilado cuando llegó a Madrid. Allí arrojó a un pozo la espada con la que habían atravesado a Escobedo.

Al día siguiente, en las gradas de San Felipe, no se hablaba de otra cosa en todos los corrillos.

—Lo atravesaron de parte a parte cuando regresaba a su casa. La estocada fue mortal —comentaba un caballero calatravo.

—Fue obra de un experto espadachín —añadió un franciscano de amplia tonsura.

—Dicen que había estado en casa de la Éboli —indicó un sujeto vestido de negro y de cara alargada donde lucía una poblada barba.

—Lo que he oído decir es que venía de ver a su amante —matizó el calatravo—. El que tiene relaciones con la princesa es Pérez, el secretario de su majestad.

—Se dice —el clérigo se rascaba la coronilla— que esas relaciones son algo más que amorosas.

—También yo he oído algo de eso —comentó el sujeto enlutado—, y, por lo que se oye, Escobedo lo había descubierto.

—Por eso le han dado matarile.

—¡Eso sólo son rumores! —El calatravo había alzado la voz—. ¡Rumores insidiosos, como los que sostienen que doña Ana de Mendoza tuvo amores con su majestad!

—Pues corre el rumor de que esa muerte apunta muy alto y que las causas son políticas —señaló el clérigo.

—¿Qué quiere decir vuestra paternidad con que… apunta muy alto? —preguntó el calatravo.

El fraile bajó mucho el tono de su voz:

—Sé de buena tinta que Escobedo y el secretario Pérez tenían serias diferencias y hay quien apunta en esa dirección para explicar esta muerte.

Conversaciones del mismo tenor, con añadidos curiosos, como que la causa de la muerte había sido un virote de ballesta, tenían lugar en las Losas de Palacio que estaban muy concurridas. Eran muchos los que acudían a las *covachuelas* que había en los bajos del Alcázar para resolver algún asunto o buscar un favor. Allí se afirmaba que Escobedo quería ocupar el lugar de Pérez en la cama de doña Ana de Mendoza y también que Pérez le había echado en cara el que no le estuviera agradecido por haber facilitado que se convirtiera en el secretario de don Juan de Austria. Se afirmaba que habían tenido una fuerte disputa y no llegaron a las manos porque los presentes se interpusieron y los apaciguaron.

Diego, después de resolver unos asuntos de rutina, llegó a su oficina, poco después de mediodía. Acababa de rezarse el ángelus. Se desprendió de la capa, el sombrero y los guantes, y uno de los corchetes le indicó:

—Don Matías ha preguntado por vuesa merced.

Subió al despacho del alguacil mayor.

—¿Da vuesa merced su permiso? —preguntó golpeando con los nudillos la puerta.

—¡Entrad!

—Buenos días nos dé Dios.

—Buenos días —respondió don Matías, dejando de leer la hoja volandera que tenía en sus manos.

—Se han dado prisa en dar detalles sobre el asesinato de Escobedo.

—¿Qué dice?

—Poca cosa, don Diego. Que fue acuchillado por una cuadrilla de media docena de hombres. Lo más llamativo es que confirma el

rumor de que había salido de la casa de doña Ana de Mendoza cuando lo atacaron los asesinos, ocultos en los contrafuertes de Santa María de la Almudena.

Diego pensó que, otra vez, aparecía el nombre de la princesa de Éboli.

—Eso significa que quienes lo mataron tenían información de dónde se encontraba. ¿Se sabe a qué había ido Escobedo a esa casa?

—Nada se dice, ni tampoco tengo interés por saberlo.

—¿Por alguna razón?

—Porque todo apunta a que ahí hay gato encerrado. Escobedo es el secretario de don Juan de Austria. Parece ser que, desde hace algún tiempo, el secretario Pérez y él habían tropezado en varios asuntos relacionados con las cuestiones de Flandes. Pérez tiene con la princesa algo más que amistad y, aunque sólo sea un rumor, hay quien sostiene que ella tuvo amores con su majestad en otro tiempo. Ese, amigo mío, es un asunto complicado donde lo mejor es no meter las narices.

—¿Quiere decir vuesa merced que no vamos a investigar?

—Si no lo piden de forma expresa… Mejor no complicarnos la vida.

—Pero, señor, esa muerte… Además, el que hayan acabado con la vida de Escobedo significa que la morisca a la que ahorcaron…

—¡Basta, don Diego! Si os he llamado es porque quería deciros que nada de pesquisas en este asunto. Si no recibimos una orden expresa…

—Pero, señor…

Don Matías no lo dejó hablar. Se había puesto en pie.

—¡Nada! ¡Es una orden! ¿Entendido?

—Sí, señor, como vuesa merced mande.

Diego estaba desasosegado. Allí pasaba algo muy raro. Don Matías había debido recibir instrucciones para que se apartara de aquella muerte.

Aquel mismo día, por la tarde, la noticia de la muerte de Escobedo le llegó a Felipe II, que permanecía en El Escorial. Estaba con Arias

Montano comentando unos libros que habían llegado desde Nápoles, enviados por el virrey, marqués de Mondéjar.

—Majestad, tenemos un ejemplar muy antiguo de los *Aphorisma* de Hipócrates y otro del *Methodo medendi*, de Galeno, donde expone sus principios sobre la curación de las enfermedades. —Arias Montano estaba exultante—. El virrey también nos ha enviado un manuscrito excepcional.

—¿Cuál?

—El *Opus pandectarum medicinae*, de Mateo Silvático donde se trata de los usos medicinales de las hierbas. ¡Mirad qué ilustraciones, señor!

Felipe II miraba en silencio los dibujos de aquellas plantas.

—También nos ha enviado un tratado muy raro, *De urinis*, de Rebeca de Guarna.

Don Felipe se quedó mirándolo.

—¿Una mujer?

—Sí, majestad. Fue una gran herborista. En este tratado se sostiene que pueden diagnosticarse enfermedades estudiando la orina de los pacientes.

La llegada de fray Antonio de Villacastín, que era el obrero mayor del monasterio, interrumpió la conversación.

—Majestad… —El monje inclinó la cabeza.

—¿Ocurre algo?

—Señor, ha llegado un correo. Precisa veros. Os he interrumpido porque como mi señora doña Ana…

Felipe II abandonó la biblioteca. La reina podía dar a luz en cualquier momento. El mensajero, al ver al rey, hincó la rodilla.

—Correo de Alcalá, majestad.

Felipe II supo que no era el parto de su esposa.

—Alzaos.

Rompió el lacre con sello de Pérez y leyó unas escuetas líneas:

Majestad, hasta aquí ha llegado la noticia de que el señor de Escobedo murió ayer junto al templo de Santa María. Le fue asestada una cuchillada que acabó con su vida. Dios lo acoja en su Santo Seno.

Besa la mano de vuestra majestad, su leal servidor
Antonio Pérez

—¿Qué se dice en Madrid? —preguntó al mensajero.

—Han asesinado al secretario de don Juan de Austria y corren muchos rumores, majestad. Hay quien habla de un ajuste de cuentas. Otros dicen que a los asesinos les había pagado un marido burlado. Al parecer, Escobedo salía de casa de doña Ana de Mendoza.

—¿De casa de la princesa de Éboli?

—Es sólo un rumor, majestad. Otros dicen que regresaba a su casa después de visitar a otra dama. También hay diferencias en la forma en que lo mataron. La mayor parte sostiene que fue una cuchillada dada con espada, pero algunos dicen que acabó con su vida un virote de ballesta.

—¿Pudo confesar?

—No, majestad. Eso parece seguro. Cuando llegó el párroco de la Almudena había muerto. Comentó que lo había confesado el Jueves Santo.

El entierro de Escobedo, dos días después de su asesinato, abarrotó la iglesia de la Almudena. Sus familiares pedían venganza. En la calle los rumores no cesaban. Empezaba a comentarse que, desde altas instancias del poder, no se quería que la investigación progresase.

—He oído decir que había descubierto algo que perjudicaba al secretario Pérez y que estaba dispuesto a decírselo al rey —decía un clérigo a don Álvaro de Sotomayor, titular de una encomienda cercana a Uclés.

—¡Se dicen tantas cosas!

—Así es, don Álvaro. Ayer en el mesón de Paredes había quien afirmaba que el padre del duque de Pastrana era su majestad.

—También yo lo he oído decir y que ahora la princesa se las entiende con Pérez. ¡Qué tiempos estos, don Álvaro, qué tiempos!

La tarde del catorce de abril corrió otro rumor.

La reina había dado a luz.

Durante el día en el Alcázar, adonde la víspera llegaba el rey que había dejado el monasterio de El Escorial, todo fueron nervios y prisas. Su majestad había roto aguas y se esperaba el parto con la preocupación que acompañaba a ese momento.

Felipe II, encerrado en su gabinete, no dejaba de despachar papeles. Así trataba de calmar su preocupación. De vez en cuando, bajaba a la iglesia y rezaba unas oraciones. Amaba a doña Ana, a la que llevaba tantos años que podía ser su hija. Había dado instrucciones para que cada media hora se le informara de cómo se encontraba. El encargado era el duque de Alba, quien estuvo toda la mañana pendiente de un reloj de arena y de las noticias de cómo estaban las cosas en la alcoba de la reina. A media tarde pudo anunciar al rey, que en ese momento se encontraba en la iglesia donde también elevaban sus plegarias varios cortesanos y algunos eclesiásticos:

—Majestad, sois padre de nuevo. Mis felicitaciones.

Felipe II, con un rosario en sus manos, recitaba las letanías lauretanas.

—¿Es un niño?

—Así es, señor.

—¿Cómo está la reina?

—Las comadronas dicen que todo ha discurrido bien. Se encuentra cansada porque han sido muchas horas de parto. La están preparando para que la vea el doctor Mercado, a quien acompañará el doctor Mena.

—Loado sea Dios.

El rey resopló con fuerza. Había sido mucha la tensión a lo largo del día. Concluido el rezo de las letanías, salió del templo. En la antecámara había dignidades eclesiásticas, algunos presidentes de los consejos, varios secretarios y cortesanos. Todo eran felicitaciones y parabienes para el rey. La alcoba de la reina estaba custodia por los Monteros de Espinosa.

—¿Los físicos continúan dentro?

—Así es, majestad.

En aquel momento salieron los doctores Fernando de Mena y Luis de Mercado. Al ver a Felipe II, se dirigieron a él y, después de las reverencias que marcaba el protocolo, lo felicitaron.

—¿Cómo se encuentra su majestad?

—Bien, señor —respondió Mercado—. Ha normalizado su pulso. La pérdida de sangre no ha sido excesiva y ahora descansa.

El rey entró en la alcoba. Ana de Austria, incorporada sobre unos almohadones, reposaba en su enorme cama con dosel. Estaba dormida y respiraba con sosiego, aunque tenía el rostro contraído. Las comadronas se arrodillaron al ver al rey, que se acercó a la cama y tomó la mano de su esposa, que besó con mucha suavidad. La reina entreabrió los ojos.

—Mi señor… —musitó y añadió con ternura—: Vuestra majestad es padre de otro varón. Me dicen que está bien.

Bastó un pequeño gesto de la reina para que una de las comadronas acercase al recién nacido, que estaba fuertemente fajado.

El rey acarició su mejilla con un dedo, luego miró a su esposa:

—Lo llamaremos Felipe, como habíamos decidido. Ahora, descansad.

Se retiró y ordenó que se hiciera público su nacimiento, se repartiera pan entre los pobres, se dijeran cien misas en acción de gracias, hubiera tres días de luminarias y que se celebrasen algunos regocijos.

XX

En Lisboa, poco a poco, se iba concentrado el ejército. En las riberas del Tajo llevaban días amontonándose bagajes traídos de los más apartados rincones del reino. Era necesaria mucha comida para alimentar a los cerca de mil ochocientos caballos y a los miles de hombres que se asentaban en los alrededores de Lisboa. Llegaban soldados de diferentes lugares de Europa. Muchos de ellos eran flamencos, había numerosos italianos de diversa procedencia —florentinos, genoveses, pisanos y de algunas ciudades de la Romaña— e importantes contingentes venidos del Sacro Imperio Romano Germánico. También cerca de dos mil castellanos. Pero sobre todo había portugueses, la mayoría campesinos y menestrales. Era necesario que todos los días se ejercitasen en técnicas de combate. Muchos de ellos acababan de dejar azadones, arados y otros instrumentos propios de sus oficios que habían abandonado para enrolarse en el ejército de don Sebastián, atraídos por el carácter de cruzada que el papa había dado a la expedición.

—Majestad, don Enrique ha rechazado hacerse cargo de la regencia —indicaba el duque de Aveiro, a quien el rey había encomendado informara su tío el cardenal de que, en su ausencia, asumiera la gobernación del reino.

—Es su forma de decirme que no está de acuerdo con mi marcha. En ese caso el gobierno lo asumirá un consejo de regencia.

—¿Quiénes lo integrarían?

—Lo presidirá el arzobispo de Lisboa y lo asistirán Alcaçobas…, Saa y…, y Mascarenhas. Decid al arzobispo que me gustaría que

viniera a palacio y, si no le fuera posible, yo acudiría a verlo.

Aquella tarde el arzobispo, Jorge de Almeida, visitó a don Sebastián.

—Majestad…

El rey se acercó al prelado y besó su mano.

—Agradezco a su ilustrísima que responda tan rápido a mi llamada.

—Al servicio de Nuestra Santa Madre Iglesia y al vuestro, majestad.

—Seré breve, ilustrísima. Es mi deseo que, durante mi ausencia, os encarguéis de la gobernación del reino.

—Señor…, yo…, yo no tengo experiencia…

—Su ilustrísima presidirá un consejo cuyos miembros podrán aconsejarle y asesorarle. Si Dios no dispone otra cosa, sólo serán unos meses.

—¿Ha pensado su majestad en quiénes serán esos consejeros?

—Tres hombres de mucha experiencia. Don Pedro de Alcaçobas, don Francisco de Saa y don João de Mascarenhas. ¿Qué me dice su ilustrísima?

—Siempre a vuestro servicio, majestad.

—Daré órdenes a la cancillería para que redacten los documentos pertinentes y queden establecidas vuestras funciones.

Don Sebastián acompañó al arzobispo, cosa inusual, hasta la misma puerta del *Palacio da Ribeira.*

Los días siguientes el monarca portugués se reunió con sus colaboradores más cercanos: el duque de Aveiro, que mandaría la caballería, su tío don Antonio, prior de Crato, que comandaría la infantería junto a don Duarte de Meneses, quien también se encargaría de la intendencia, y con don Diogo de Sousa, que era el almirante de la armada.

—Decidme, Sousa, ¿cuándo estará lista la flota?

—Majestad, en tres o cuatro días podremos zarpar en el momento que tengamos viento favorable. Hay que embarcar la munición de la artillería y algunos bastimentos que, según don Duarte, llegarán entre hoy y mañana.

—Majestad, quienes los traen llegaron ayer a Sintra —intervino don Duarte—. Es posible que entren en Lisboa hoy mismo. Marchan con lentitud porque los bueyes arrastran una pesada carga.

—¿Las tropas están listas? —Miró al prior de Crato.

Don Antonio era hijo ilegítimo del infante don Luis, tío de don Sebastián —por esa vía era nieto del rey don Manuel I—, y de Violante Gomes, una mujer plebeya. Era titular de uno de los más importantes prioratos que la Orden de Malta tenía en Portugal, el de Crato. Algo que le proporcionaba importantes rentas y le permitía vivir con mucho acomodo. No había cumplido los cincuenta años. Vestía lujosamente y era hombre fornido porque se ejercitaba diariamente para mantenerse en forma. Su negro pelo, en el que aparecían algunas canas, era algo ondulado y peinado hacia atrás, y su recortada y cuidada barba le daba un aire distinguido. Su ambición era grande y llevaba, como una pesada carga, su ilegitimidad, algo que suponía un serio obstáculo para lo que eran sus aspiraciones.

—Majestad, las tropas hacen ejercicios todos los días.

—¿Preparadas ya para entrar en combate?

El prior de Crato dudó.

—Muchos son buenos soldados. A quienes les falta formación lo suplen con entusiasmo. Están ansiosos por luchar contra los infieles.

Era una forma de decir que se trataba de bisoños, sin experiencia en combate.

—¿La caballería? —preguntó al duque de Aveiro.

—Disponemos de mil ochocientos caballos. Son buenos corceles.

—Compruebo que todo está a punto. Partiremos lo antes posible.

Aquella misma tarde don Sebastián subía a bordo de la capitana. Una impresionante nao de elevadas bordas, con castillos a proa y popa. Estaba fuertemente artillada y en su palo mayor ondeaba el estandarte real. Soplaba una ligera brisa de poniente que la hacía cabecear suavemente.

Como estaba previsto, se embarcaron los bastimentos y la munición. La víspera del veintiocho de junio se oyó misa en el *Terreiro do Paço* y el arzobispo de Lisboa impartió una bendición

general y una absolución colectiva. Todo estaba a punto para iniciar la gran expedición.

El veintiocho de junio, poco después del amanecer, se levantó un viento del nordeste. Era el que esperaba el almirante Sousa y desde la capitana se disparó un cañonazo de pólvora. Era la señal para largar velas.

En los barcos, marineros y grumetes respondían a las órdenes de maestres y contramaestres.

—¡Largad velas! ¡Atad cabos!

—¡Vamos, vamos!

Las velas al viento drapeaban hasta que, al quedar aseguradas, se hinchaban mostrando las rojas cruces de la Orden de Cristo, seña de identidad de los barcos lusitanos.

—¡Cuidado a babor! ¡Timonel, toda a estribor! —Las órdenes eran para evitar choques y que la salida del estuario se hiciera de manera ordenada.

En la ribera, una enorme masa de hombres, mujeres y niños aclamaba a su ejército y a su armada. Muchos agitaban pañuelos o las manos a modo de despedida. El griterío era ensordecedor. Los vivas y gritos de ánimo se sucedían sin parar. Muchos no podían contener las lágrimas. Era la partida, temida y esperada al mismo tiempo. Un caballero de mucha edad, que se cubría con un bonete negro que contrastaba con la blancura de sus cabellos, se persignó varias veces.

—¡Que Dios los proteja!

Una mujer que estaba a su lado y sostenía a un niño de corta edad rompió a llorar. Su llanto se perdía entre los gritos de la muchedumbre.

Un anciano que había tras ellos, al que le faltaba un brazo y estaba pobremente vestido, comentó:

—Sólo en otra ocasión vi a tanta gente en estos muelles. Entonces era un niño. No había cumplido los ocho años. Fue cuando llegó Ganda.

—¿Quién era Ganda? —preguntó la mujer.

—Un rinoceronte que el duque de Albuquerque envió al rey don Manuel. Fue en el año 1515. La gente se agolpaba para verlo

—¿Qué es un rinoceronte?

—Un extraño animal que hay en las Indias. Recuerdo que era muy grande. Pesaría más de doscientas arrobas. La piel era como una coraza y tenía un cuerno en la punta de la nariz.

—¡Eso son fantasías!

—No son fantasías —intervino el caballero que había pedido la protección de Dios para el ejército—. Ese animal está labrado en piedra en una de las esquinas de la Torre de Belém. Está allí como recuerdo de ese acontecimiento. Don Manuel se lo regaló al papa y lo embarcaron para Roma.

—Pero su santidad nunca llegó a verlo porque el barco naufragó y Ganda murió en el mar —dijo el tullido.

Con buen viento la flota navegó hacia el sur, sin perder de vista la línea de la costa. Al llegar al cabo de San Vicente variaron el rumbo y pasaron por delante de Sagres, en dirección a Cádiz, donde los recibió el duque de Medina Sidonia, a quien Felipe II había ordenado agasajar a don Sebastián como correspondía a un rey.

—Majestad… —El duque, que aguardaba en el muelle a que el esquife que llevaba a don Sebastián llegara a tierra, se inclinó ante el rey sombrero en mano.

—Alzaos, duque, y cubríos.

Medina Sidonia lo acompañó hasta la catedral, un viejo edificio construido sobre el solar de una mezquita, cuyo alminar, con algunas transformaciones, era el campanario. Allí el rey oró unos minutos y luego disfrutó de un refrigerio en el Castillo.

Cádiz había crecido mucho en los últimos años, pero nada tenía que ver con Lisboa. Frente a sus poco más de cinco mil habitantes, la capital lusitana pasaba de cien mil. Tampoco sus edificios eran comparables. No había nada parecido al *Palacio da Ribeira* o al monasterio de los Jerónimos.

La escuadra permaneció fondeada una semana. Aquellos días el monarca portugués se solazó cazando y visitando lugares próximos donde era recibido con muestras de simpatía. Estuvo en Jerez, que estaba a poco más de seis leguas, y visitó su monumental Cartuja. También en el Puerto de Santa María, donde conoció las atarazanas y fue obsequiado con un gran banquete en el castillo de San Marcos.

Se sirvieron hasta dos docenas de platos: sopa a la que llamaban caldillo de perro, empanadas, pechugas de perdiz escabechadas, piernas de cordero asadas y aromatizadas con olorosas hierbas, atunes adobados de diversas formas…

—Estos atunes me recuerdan el bacalao de mi tierra, que también lo comemos de formas muy diferentes —comentó el rey a Medina Sidonia.

—Abunda en estas costas. La técnica para pescarlo se conoce como almadraba.

—También la utilizan los pescadores de las costas del sur de nuestro reino —comentó el duque de Aveiro.

—El atún, cuando se come después de haber estado en salazón, limpia las flemas del estómago. Eso al menos dice mi médico, majestad. Sostiene que, en caso de necesidad, es muy útil para provocar el vómito. Dice que el atún es más medicina que comida.

—A los físicos es mejor no hacerles mucho caso —terció el prior de Crato—. ¡Muchos tienen más latines que ciencia!

—Permitidme que defienda el conocimiento de algunos que son doctos en su ciencia —le contestó Medina Sidonia.

—No los incluyo a todos, duque. No los incluyo a todos.

Don Sebastián, conociendo el carácter bronco del prior cuando se le contradecía y para evitar que aquella diferencia terminase en una disputa, alabó mucho aquellos atunes y sobre todo dedicó palabras elogiosas al vino.

—¡Este vino es excelente!

—Majestad, los vinos de estas tierras tienen merecida fama y sus criadores lo hacen con mucho esmero.

Realizada la aguada, efectuadas ciertas reparaciones en los cascos de algunos barcos y reabastecida con provisiones frescas, ocho días después de su llegada, la flota abandonaba Cádiz. Muchos vecinos contemplaban el espectáculo de ver tantos barcos. Apenas se veía la superficie de las aguas.

Otra vez se oyeron los gritos de maestres y contramaestres. Los avezados marinos portugueses largaban velas y sus pilotos orientaban los buques para enfilar la derrota que marcaba la capitana.

Antes de embarcar, don Juan de Silva, el embajador ante don Sebastián, que por orden de Felipe II iba en la expedición con la misión de mantenerle informado de todo cuanto ocurriera, escribió al rey:

Sacra, Católica y Real Majestad, mañana, que se contarán nueve días del mes de julio, la flota zarpará de Cádiz. Hay diferencias sobre el puerto al que dirigirse. La opinión del almirante Sousa es ir a Larache. Pero su majestad prefiere que se atraque en Arcila y, por tierra, marchar hacia el sur, hacia Larache. No parece lo más lógico, dado que el calor aprieta en este tiempo a lo que se une una mayor necesidad de bastimentos. El viaje hasta Larache no tiene mayores dificultades que la de afrontar alguna calma poco probable, según dicen quienes conocen los vientos y los mares.

Temo, majestad, que prevalezca el criterio del rey, pese a que son muchos quienes le instan a dirigirse por mar a Larache.

Dios nos proteja. Esta es una expedición para santificar su nombre.

Besa la mano de vuestra majestad vuestro más humilde servidor

Juan de Silva

XXI

El destino de la flota fue Arcila, contra el parecer de la mayoría. Las tropas desembarcaron el doce de julio con grandes dificultades, pues el puerto no permitía acoger una armada tan numerosa. Se añadió a ello que los barcos de mayor porte no podían acercarse a la costa porque su calado lo impedía.

Fue necesario utilizar barcas y varias de ellas, donde iban caballos, volcaron, si bien la mayor parte de los animales pudo ganar la costa.

El duque de Aveiro, desde un altozano, contemplaba, limpiándose una y otra vez su frente con un pañuelo, el desembarco de los caballos.

—Mal empezamos —comentó el duque a uno de sus capitanes.

—Excelencia, no soy hombre de mar. Pero lo que oigo decir es que mejor nos hubiera ido navegando hasta Larache. El viaje, según dicen, no presenta dificultades y hubiera bastado con seguir la línea de la costa.

El viento levantaba nubes de polvo y dificultaba la visión, cuando se acercó un sargento que se protegía la cara con un trapo para no respirar arena:

—Excelencia, como el maestre de campo se ha ausentado…

Aveiro no lo dejó terminar.

—¡¿Qué es eso de que el maestre de campo se ha ausentado?!

—Esta mañana su majestad le ordenó que se dirigiera adonde se encuentra el jerife Muley Mohamed para informarle de que estamos aquí.

—¿Don Duarte se ha marchado? —preguntó Aveiro, incrédulo.

—Así es, excelencia. Por eso acudo a vos.

—Podía haber mandado a otro —farfulló entre dientes—. ¿Qué ocurre?

—El capitán Silveira dice que se está gastando demasiada agua. Los hombres están sedientos y los pozos no dan agua suficiente para reponer la que se gasta. No sabemos si la encontraremos cuando iniciemos la marcha.

—¿¡Qué demonios puedo hacer yo!?

—Ordenar que se tasen las raciones. No sabe a quién acudir en ausencia de don Duarte.

El duque se pasó una vez más el pañuelo por la frente.

—¡Que la reduzca en un tercio!

El sargento dudaba.

—Excelencia, la medida será insuficiente. Los pozos son muy pobres.

—¡Entonces a la mitad! —gritó malhumorado.

Las dificultades para el desembarco hicieron que en Arcila se permaneciera más de una semana. Juan de Silva volvía a escribir a Felipe II el día veinticinco, en que se celebraba la festividad del apóstol Santiago. Informaba al rey de los problemas que habían tenido para desembarcar y que el mayor de ellos era que el agua empezaba a escasear y el calor era muy grande.

Al día siguiente, poco después del amanecer, se levantó el campamento y se inició la marcha hacia Larache. La larga columna de hombres y animales avanzaba lentamente. El sol apretaba cada vez más y la sed de los hombres aumentaba. Las ruedas de los pesados carros sobre los que iban los cañones se hundían en el polvo, por lo que era necesario desatascarlos tirando de unas cuerdas atadas a los varales. El calor y el esfuerzo hacían que los que llevaban morriones y coseletes, que no eran todos, se desprendieran de ellos. El cansancio se acumulaba y a la escasez de agua se sumó la falta de comida, por lo que las raciones de vino y galleta se redujeron en un tercio. El bacalao y la carne salada aumentaba la sed de los hombres. Una semana después parecían más una horda que un ejército. Los únicos que mantenían cierto

orden de formación eran los escuadrones de jinetes que protegían los flancos.

Varios exploradores, que eran gente avezada y con mucha experiencia, regresaron de una de sus descubiertas. Traían valiosa información. El capitán que los recibió los llevó ante don Sebastián, que había conducido a su ejército hasta una polvorienta llanura, alejada de la costa y a un par de leguas al sur de Larache.

—Majestad, hemos localizado al enemigo.

—¿Dónde se encuentra?

—A menos de una jornada, señor. Cerca de una población que llaman Alcazarquivir. Están en una llanura al otro lado de un río de nombre Mekasen.

Extendieron un mapa donde se veía la zona con cierto detalle.

—El río debe ser este, majestad. —Señaló con el dedo el duque de Aveiro—. Es un afluente del Lucus, que va a morir a Larache.

—Tiene caudal, pero por aquí, tras esta curva —uno de los exploradores señaló un meandro—, hay un vado por donde puede cruzarse sin grandes problemas, incluso puede pasar la artillería.

—Habéis dicho que el enemigo está al otro lado de ese río.

—Así es, majestad. El número de tiendas es tan grande que se pierde la vista. Hemos hecho cálculos y no son menos de sesenta mil. La mitad son de caballería. Pudimos ver algunos de los cercados donde están sus caballos.

—Eso significa que el enemigo nos triplica en número —señaló el obispo de Coímbra, uno de los prelados que acompañaban al rey, dado el carácter de cruzada que se había dado a la empresa.

Los comentarios en voz baja de los reunidos llenaron la tienda. No esperaban que el ejército enemigo fuera tan numeroso.

—Señor, deberíamos replegarnos hacia Larache y apoderarnos de ese puerto —dijo el duque de Aveiro.

—No hemos venido hasta aquí para retirarnos ahora. Iremos en busca del enemigo. Dios está con nosotros.

—Si el deseo de vuestra majestad es que libremos esta batalla, lo haremos. Pero vos no deberíais exponeros. El enemigo es muy numeroso.

—En modo alguno, Aveiro, en modo alguno.

Estaba entre los presentes un fraile trinitario, fray Roque del Espíritu Santo, que era gran conocedor de los moros y de aquellas tierras. Llevaba en ellas más de veinte años dedicado a la redención de cautivos y estaba allí como truchimán de Muley Mohamed.

—Buscaremos al enemigo y atacaremos —dijo don Sebastián.

—No es lo más recomendable, majestad —el trinitario se atrevió a dar su opinión—. El riesgo es grande y yo añadiría algún elemento más.

No eran muchos quienes se atrevían a hablarle así al rey de Portugal.

—¿Qué es lo que vuestra paternidad añadiría?

—Majestad, he podido comprobar que gran parte de vuestros hombres no tiene experiencia, son bisoños y la disciplina está relajada. Puedo aseguraros que el ejército del sultán Abdelmalik es una tropa más aguerrida.

Lo que aquel fraile acababa de decir era lo que pensaban muchos, pero no habían osado decírselo al rey de una forma tan directa y clara. Conforme oía las palabas del trinitario, el rostro del rey se contraía, dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Fraile, dedicaos a vuestros menesteres y absteneos de consejos! ¡Dejad de decirnos cómo hemos de hacer nuestras cosas!

No faltaba un punto de razón a fray Roque. Gran parte del ejército lo formaban hombres sin experiencia militar, lo que sumado a la inferioridad numérica debería hacerle reflexionar. Pero ninguno de los presentes asumió el riesgo de unirse a las afirmaciones del trinitario.

Al día siguiente, el ejército, bajo un sol que castigaba con dureza y que hacía de la necesidad de agua una exigencia, se puso en marcha. Al atardecer del domingo tres de agosto llegaron a la ribera del Mekasen y un grupo de hombres acudió al lugar que los exploradores habían señalado como el más apropiado para cruzarlo. Con mucho sigilo, por si los moros estaban emboscados en la otra orilla, cruzaron el río a pie y comprobaron que también podían cruzarlo los carros con los bastimentos y la artillería.

Alrededor del campamento se pusieron centinelas para evitar una sorpresa. En la tienda de don Sebastián se celebró aquella noche

una reunión y en ella se ultimaron los detalles. Muley Mohamed intentó una vez más disuadir al rey de que no entablara combate en aquellas condiciones.

—Majestad —el fraile trinitario iba traduciendo las palabras del jerife—, sus espías le han informado de que hay importantes desencuentros en el ejército enemigo. Muchos piensan retirarse y abandonarlo. Sería conveniente aguardar. Dice también que Abdelmalik está muy enfermo. Algo que desconocen sus hombres, pero no podrá ocultarlo mucho tiempo.

—La decisión está tomada. Atacaremos mañana.

Aquella noche se extendió por el campamento la noticia de que la batalla se libraría al día siguiente. Fue una noche de miedo y nervios. Muchos no sabían qué los esperaba.

Apenas la claridad que anunciaba un nuevo día, se inició el zafarrancho. Antes de que despuntara el sol se habían levantado las tiendas, cargado los carros, enganchado animales y formado las compañías. Se celebró una misa, se impartieron bendiciones y los obispos de Coímbra y Porto exhortaron a las tropas a luchar por Cristo. Don Sebastián, montando un brioso corcel, recorrió las filas arengando a sus tropas. Luego un sacerdote alzó una gran cruz y los hombres se postraron de rodillas. Se levantaron al oír gritar al rey:

—¡Por san Jorge! ¡Por san Antonio! ¡Por Santiago! *Ave Maria gratia plena!*

Un rugido respondió a sus palabras y el ejército se puso en marcha.

Rápidamente, se establecieron dos cabezas de puente al otro lado del Mekasen para asegurar el paso de los bagajes y la artillería por el vado del río y, sin mayores dificultades, se ganó la otra orilla, sin que las tropas del Maluco hicieran acto de presencia.

Antes de mediodía, el ejército estaba formado en orden de batalla. En el centro dos cuerpos de infantería, flanqueados a la derecha por escuadrones de caballería pesada, a cuyo mando estaba el propio don Sebastián, y a la izquierda por otra fuerza de caballería que mandaba el duque de Aveiro.

Frente a ellos, el ejército enemigo había formado una media luna enorme, configurada por tres grandes unidades. La izquierda la

mandaba el hermano del Maluco, Muley Hamet. El ala derecha estaba a las órdenes de Mohamed Zarco y era una mezcla de infantería y caballería. El centro, que era el cuerpo principal, lo mandaba el Maluco. La vanguardia estaba formada por moriscos, cuyo deseo de vengarse de los cristianos era muy grande, tras ellos otros contingentes de infantería y el grueso de la caballería. Más de veinte mil jinetes.

La batalla comenzó a eso de las doce con un duelo de artillería al que se sumaron los arcabuceros. La intensidad de los disparos fue tan grande que la tierra temblaba bajo los pies de los dos ejércitos, llevando el espanto a quienes estaban menos hechos a estas situaciones. Después de los cañonazos, don Sebastián indicó al duque de Aveiro que lanzase al ataque su caballería. Los jinetes acometieron con tal furia a sus enemigos que lograron en muy poco tiempo deshacer su formación y poner en fuga a muchos de ellos.

La batalla no podía empezar de mejor forma.

XXII

La carta que Felipe II sostenía en sus manos no hacía sino atormentarlo. Lo corroían las dudas. Su hermanastro le pedía recursos y tropas para lanzar la ofensiva que permitiera derrotar definitivamente a los rebeldes y restablecer el dominio real en todos los territorios de Flandes. Don Juan le decía que necesitaba diez mil hombres más, así como dinero para las pagas y comprar bastimentos y armamento. Antonio Pérez había destilado, poco a poco, el veneno de la sospecha. No sabía si aquellas tropas y recursos eran para lo que se decía en la carta o buscaba disponer de una poderosa fuerza militar con la que atacar Inglaterra para destronar a Isabel I y entronizar a María, la reina de Escocia, aspirando a desposarla y luego…

Don Felipe recibió al secretario Vázquez de Leca para revisar unos papeles sobre asuntos relacionados con la Santa Sede. El papa había dado marcha atrás en su intento de suprimir los impuestos que percibía la Iglesia y se destinaban a la lucha contra los infieles.

—Majestad, Roma ha cedido. Seguiréis recibiendo el subsidio, el excusado y la bula de la Santa Cruzada. Nuestro embajador dice que ha sido necesario vencer una fuerte resistencia. Algunos miembros del colegio cardenalicio no deseaban que su santidad accediera. Pero, como dice el embajador Zúñiga, ya es agua pasada.

Felipe II asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—¿Habéis averiguado algo de lo que os encargué?

—Mucho, señor.

—Contadme.

—El rumor de que don Fadrique Álvarez de Toledo ha contraído matrimonio secretamente es cierto.

—¿Se ha desposado con la hija del marqués de Villafranca del Bierzo?

—Así es, majestad.

Don Felipe tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—No sólo incumplió su palabra de caballero, cuando prometió matrimonio a una de las damas de mi difunta esposa… ¿Cómo se llamaba?

—Doña Magdalena de Guzmán.

—Exacto, doña Magdalena. No le bastó con cometer aquella felonía, sino que ahora se casa en secreto, contraviniendo mis órdenes de que, al haber quedado viudo y ante la reclamación de su derecho a ser desposada que me presentó doña Magdalena, ha buscado esa forma de eludir su compromiso y me ha desobedecido. Su nueva esposa es prima suya, ¿quién ha autorizado ese matrimonio y otorgado la dispensa?

—Ha sido su padre, el duque, quien lo ha autorizado, e Ibarra, su secretario, quien ha resuelto lo relacionado con la dispensa eclesiástica.

—¡Sin mi autorización! Además, conociendo mis órdenes de que, si quedaba viudo, debería reparar su yerro.

Mateo Vázquez guardó silencio esperando a que el rey, que continuaba tamborileando sobre la mesa, dijera algo. Lo que podía ver en su semblante anunciaba tormenta.

—A don Fadrique no le ha bastado el arresto en Medina del Campo cuando cometió aquella felonía. Así que será conducido preso a Tordesillas. Allí permanecerá incomunicado hasta que disponga otra cosa. También el duque, su padre, deberá abandonar la corte. —Vázquez de Leca contuvo la respiración. Lo que el rey acababa de decir era que desterraba al duque de Alba—. Deberá recluirse en el castillo de Uceda y allí permanecerá, sin salir del lugar. También se arrestará a ese secretario que ha colaborado para que se haya llevado a cabo ese matrimonio.

—Como ordene vuestra majestad.

El secretario recogía sus papeles y se disponía a pedir autorización para retirarse, cuando Felipe II lo sorprendió con una pregunta:

—¿Qué pensáis de la actitud de don Juan?

—No…, no os entiendo, majestad.

—Me refiero a que actúe sin tener en cuenta mis mandatos y criterios.

Vázquez de Leca respiró profundamente. La respuesta era muy comprometida y desconocía hasta dónde pretendía llegar el rey.

—Señor, don Juan es persona muy querida. Desde que puso fin a la rebelión de los moriscos y, sobre todo, después de haber vencido a los turcos en Lepanto, son muchos quienes lo consideran un héroe.

—¿Hasta dónde pensáis que puede llegar su ambición?

El secretario, hombre muy prudente y perspicaz, se dio cuenta de que el rey no le había preguntado si don Juan tenía ambiciones, don Felipe lo daba por descontado, sino hasta dónde llegaba esa ambición. Sabía, porque había sido uno de los rumores más comentados en la corte, que don Juan sólo había aceptado a regañadientes la gobernación de Flandes. Era sabido que no deseaba alejarse de la corte, donde estaba el núcleo del poder de la poderosa monarquía hispánica. Era también del dominio público su deseo de que el rey lo reconociera como infante y tuviera el título de alteza, pero que Felipe II no se lo había concedido. Vázquez de Leca sabía que entre los dos hijos del emperador había diferencias sustanciales. Don Juan había heredado de su padre algunas de las virtudes que lo caracterizaban. Era un guerrero, algo que distaba mucho del carácter del rey, que no se sentía cómodo en los campos de batalla. Eso hacía que, aun siendo él el rey, la popularidad de su hermano fuese mucho mayor que la suya. Don Juan era más parecido a Carlos I y eso producía resquemor a Felipe II. Pero la pregunta que acababa de formularle parecía ir mucho más allá. Se preguntó, antes de contestarle, si el rey albergaba temores a los que resultaba difícil ponerle palabras.

—Majestad, se oye decir que don Juan desearía que se diera una lección a Inglaterra. Su reina no oculta la ayuda que presta a los

rebeldes holandeses. Su ambición es invadir Inglaterra con la finalidad de cortar esa vía de suministro a los rebeldes.

—¿Ese sería su único objetivo?

Vázquez de Leca sabía que el papa, cuyas relaciones con Felipe II no eran las mejores, veía con buenos ojos esa invasión a Inglaterra. Los católicos ingleses presionaban a Roma para que impulsase ese ataque. Incluso había oído decir que el sumo pontífice daría sus bendiciones a un posible enlace de don Juan de Austria con María, la reina de Escocia. Tal vez, la pregunta del rey buscara una respuesta a esa cuestión.

—Señor, es posible que don Juan busque una esposa en la reina de Escocia. Pero eso es algo que no podría aseguraros.

Felipe II no dejaba de acariciar el Toisón de Oro con que adornaba su negra vestidura. Súbitamente cambió de conversación:

—¿Qué habéis oído decir del asesinato del secretario de don Juan?

—Corren muchos rumores, majestad. Uno de ellos es que Escobedo mantenía reuniones un tanto…, un tanto… —el secretario no encontraba la palabra adecuada— misteriosas.

—¿Misteriosas?

—Majestad, no se sabe el motivo de esas reuniones. Por eso me he atrevido a denominarlas de ese modo. Sus relaciones con Antonio Pérez no pasaban por el mejor momento. El señor de Escobedo rechazaba la posibilidad de llegar a acuerdo con Orange y transigir con algunas de las peticiones que hacen los rebeldes, como sostiene Pérez.

—¿Creéis que se deben enviar más recursos a Flandes? ¿Que don Juan debería disponer de más hombres y de mayores cantidades de dinero?

—Vuestra majestad conoce mi opinión al respecto. Los rebeldes han mostrado sus verdaderas intenciones. Aceptaron un acuerdo que los llevaría a la obediencia que os deben, como su legítimo soberano, a cambio de la retirada de las tropas. Cumplimos con ello, y, cuando los tercios se marcharon, les faltó tiempo para atacar, saquear e incendiar. Orange no es de fiar, señor. Mi opinión es que don Juan necesita medios para cumplir la tarea que vuestra majestad le ha encomendado.

—¿Consideráis que existe la posibilidad de que don Juan utilizase esos recursos con un fin diferente?

—No lo creo, majestad. Don Juan es persona que os ha mostrado fidelidad en todo momento. Cierto que tiene apetencias, pero jamás dejaría de seros fiel y estar a vuestro servicio.

—Está bien, podéis retiraros.

—Majestad. —El secretario acabó de recoger sus papeles, hizo una inclinación de cabeza y salió del gabinete real.

Vázquez de Leca había oído algunos otros rumores, como que Pérez mantenía relaciones sentimentales con la princesa de Éboli y que el difunto Escobedo los había sorprendido en actitud que no dejaba dudas acerca de esas relaciones, y que esa había sido la causa de su muerte. Sabía que la excelente relación que ambos habían tenido se había enfriado mucho porque Escobedo, que había llegado a convertirse en el hombre de confianza de don Juan de Austria, había sido nombrado su secretario gracias a las gestiones realizadas por Pérez, que tenía el propósito de que le mantuviera informado de los planes del hermanastro de don Felipe. No había querido decírselo al rey porque las malas relaciones que él mantenía con Pérez podían llevar al monarca a pensar que eran fruto de la rivalidad que ellos sostenían.

El Maluco, viendo que la embestida portuguesa sobre una de las alas de su ejército podía llevarlos al desastre, pidió su caballo. Algunos de sus generales consideraron que era una locura, dado lo quebrantada que estaba su salud. Pero no admitió discusiones y, pese a que tenía dificultades para mantenerse sobre el corcel, recorrió las filas de sus hombres, arengándolos a la lucha contra aquellos infieles.

—¡Alá está con nosotros! ¡Esos infieles pretenden profanar nuestras mezquitas! ¡A la lucha contra los infieles y contra quienes nos traicionan!

—¡Alá es grande!

—¡Alá es grande!

Aquel grito recorrió las filas de su ejército y sus hombres avanzaron sobre el centro portugués. Se llegó al cuerpo a cuerpo en un combate fiero.

El ímpetu de aquella marea humana que eran los musulmanes resultó incontenible para los bisoños soldados portugueses que, muy pronto, salvo dos compañías de arcabuceros que se batían con bravura, comenzaron a perder posiciones. La batalla empezaba a cambiar de signo. La vanguardia del ejército de don Sebastián se había venido abajo.

Don Sebastián, que mandaba la otra ala de la caballería, vio que los jinetes del duque de Aveiro no podían acudir en ayuda de su infantería. Habían profundizado tanto en su avance que estaban rodeados y bastante tenían con defenderse de un enemigo que los acosaba por todas partes. Decidió lanzar una carga para aliviar la difícil situación en que se encontraban sus tropas.

—Señor —el maestre Duarte de Meneses no veía claro aquel ataque—, deberíamos replegarnos y proteger la retirada de los nuestros.

—¿Retirada? ¡Jamás! ¡Por la Cruz y por san Jorge! —Desenfundó y picó espuelas lanzándose al ataque.

Los jinetes portugueses lo siguieron.

El disparo de un espingardero moro y una lanzada en el cuello hirieron gravemente el caballo del rey. Fue uno de los hombres de su guardia quien le entregó el suyo.

—¡Señor, hay que tratar de salir de aquí! —gritó don Fernando de Mascarenhas—. ¡No podemos con esta muchedumbre! Pongamos a salvo todo lo que nos sea posible y tratemos de retirarnos lo más ordenadamente que podamos. ¡La suerte nos ha vuelto la espalda!

—¡Haced lo que yo! —Espoleó su caballo en medio de aquel desbarajuste, lanzándose hacia delante.

Sólo un reducido grupo de caballeros pudo seguirle al meterse entre las filas enemigas, y pronto se vieron rodeados. En aquel momento un fuerte estruendo sacudió el campo de batalla. Uno de los carros donde estaba parte de la pólvora y mucha de la munición del ejército cristiano había sido alcanzado por una bomba enemiga.

Volaron por los aires, despedazados, todos los que se encontraban cerca.

La caballería del duque de Aveiro, que con tan buen pie había iniciado la batalla, estaba rodeada y era acosada por los espingarderos moros. La lucha cada vez resultaba más inútil. El duque cayó muerto alcanzado por un disparo en la frente. El alférez real, que mantenía alzado el pendón y con la otra mano empuñaba la espada y combatía con fiereza, instó al rey, viendo la situación, a que depusiera el arma para conservar la vida.

—¡Alférez, si hemos de morir, que sea con las armas en la mano!

Diciendo esto espoleó, una vez más, su caballo, y arremetió contra el enemigo. Los pocos caballeros que quedaban sobre sus monturas trataron de proteger su vida, pero fueron cayendo uno tras otro. Don Sebastián luchó con denuedo hasta el último momento. Su caballo recibió una lanzada y dobló las manos. Ese momento fue aprovechado por un lancero enemigo para atravesar de parte a parte el pecho del monarca, que cayó de bruces.

A partir de aquel momento todo fue caos y confusión en aquella inmensa llanura próxima a Alcazarquivir. No hubo quien organizase una retirada mínimamente ordenada. Rodeados, fueron muy pocos, menos de un centenar, los que lograron escapar del cerco que había ido cerrando el enemigo. Los prisioneros se contaban por miles, como los muertos.

Muley Mohamed, junto a algunos de sus hombres —la mayoría habían perecido en la batalla—, intentó buscar la salvación arrojándose al cauce del río y ganar la otra orilla a nado, pero el peso de la armadura y la larga y rica túnica que vestía se lo impidió. Murió ahogado y su cadáver fue encontrado en un ribazo.

Las tropas del Maluco disparaban al aire sus espingardas en señal de triunfo, después de rematar a los heridos, que proferían lamentos y gritos angustiosos. Así, rematados sin piedad, murieron muchos soldados del ejército cristiano. A la caída de la tarde, todavía se podían oír los lamentos y quejidos de los heridos que no habían muerto. Después del rezo del ocaso y antes de que cayera la noche de aquel cuatro de agosto, se tuvo noticia de que el rey Abdelmalik había fallecido poco después de que comenzara la batalla. Quien se

había encargado de mantener el secreto había sido Sulaymán del Pozo, un renegado cordobés. Sus colaboradores más cercanos mantuvieron su muerte en secreto para evitar que cundiera el desánimo entre sus tropas, que ahora festejaban la victoria. Allí, en el mismo campo de batalla, fue elegido sultán su hermano el príncipe Muley Hamet.

XXIII

Al amanecer del día siguiente, con las primeras luces del día se pudo comprobar la magnitud del desastre sufrido por el ejército portugués. El campo de batalla estaba sembrado de muertos. Unos soldados encontraron el cuerpo de Muley Mohamed, que fue llevado a la tienda del nuevo sultán. Muchos insultaban al cadáver y le escupían.

—¡Este fue el vil traidor que trajo a todos esos infieles a nuestra tierra y que hemos castigado con la ayuda de Alá! —exclamó el nuevo sultán al ver el cadáver.

—¿Qué hacemos con él, *sidi*?

Por un momento Muley Hamet quedó en silencio.

—Será desollado y su piel rellenada con paja. Servirá de lección para aquellos que estén tentados de seguir su camino.

—¡Alá es grande! ¡Alá es grande! —gritaron quienes estaban cerca del sultán al oír el destino del cadáver.

Llegó un moro de larga y canosa barba que vestía una sencilla chilaba.

—*Sidi* —se dirigió al sultán—. Hay unos prisioneros cristianos que dicen que su rey cayó muerto. Afirman que pueden reconocer su cadáver.

—¡Traedlos!

Llevaron a dos hombres maniatados a los que, a golpes, obligaron a arrodillarse ente el sultán. El moro, que era un morisco andalusí y conocía la lengua de los cristianos, actuó de truchimán.

Dijeron que lo vieron caer del caballo, junto a media docena de sus caballeros, y que quienes los mataron no atendieron al pañuelo blanco que uno de los caballeros había atado a la punta de su espada, pidiendo cuartel.

—Al parecer, *sidi*, quienes acabaron con su vida eran alarbes, que no entienden las normas de la guerra.

—Diles que, si encuentran su cadáver, los dejaré en libertad.

Condujeron al morisco hasta una zona del campo de batalla donde se había combatido con extrema dureza y se amontonaban los cadáveres.

—¡Ahí, busquemos ahí!

Allí aparecieron los cadáveres de varios caballeros. Uno de ellos, efectivamente, apretaba con su puño una espada en cuya punta había atado un lienzo blanco. Pero no se encontraba el cadáver de don Sebastián.

—¡No es posible! —exclamó uno de los prisioneros, mirando al morisco—. El rey cayó aquí.

—Este es su caballo —confirmó el otro.

—¡Ese no es el caballo de un rey! —El morisco no disimuló su malhumor.

—Juro por Dios que ese era el caballo que montaba don Sebastián.

—¡Allí! ¡Allí está! —gritó el otro señalando un cadáver casi desnudo, que tenía un agujero en el pecho tan grande como la palma de una mano.

—¿Ese es el rey de Portugal? —El morisco dudaba.

—Es él. —Uno de los portugueses se había quitado su camisa, estaba manchada y era de un pobre lienzo, y cubrió con ella el cuerpo del monarca.

—No me fío. Esto habrá que confirmarlo.

El morisco cubrió el cadáver de forma más decente con su propia túnica y, sobre unas improvisadas parihuelas, lo llevaron ante el sultán.

—No me fío de esos dos, *sidi*. Les prometisteis la libertad y puede que nos estén mintiendo.

—Traed a uno de los caballeros que están prisioneros. Uno que conociera al rey —ordenó Muley Hamet.

Quien llegó fue don Juan de Silva, el embajador de Felipe II. Tenía una herida en la frente marcada por la sangre reseca y un brazo en cabestrillo.

Mostraron el cadáver y, al verlo, el embajador hincó la rodilla en tierra.

Era el rey don Sebastián.

Muley Hamet cumplió su palabra. Dejó libres a los soldados y ordenó que el difunto monarca fuera metido en una caja con cal para que el cadáver aguantase lo mejor posible. También rebajó el rescate de don Juan de Silva, que pudo pagarlo con unas cadenas de oro que había ocultado en sus botas.

—Se lo devolveremos a los cristianos.

—Era sobrino del rey de España —dijo el morisco—. Podréis pedir un buen rescate, si desean recuperar su cuerpo.

—Sería indigno de mi parte. Se lo devolveremos para que lo entierren con los suyos.

El seis de agosto llegaron a Tánger los primeros hombres que habían escapado de la matanza de Alcazarquivir. Recorrieron aquellas dieciocho leguas en dos días. Allí ya tenían conocimiento de que las cosas habían ido mal y que la batalla se había perdido, pero desconocían la magnitud de la derrota.

El alcaide los recibió en el patio de armas del castillo.

—¡Que atiendan a los heridos! ¡Avisad al médico! ¡Que venga el cirujano!

—¡Agua! ¡Estamos sedientos! —dijo quien encabezaba aquel grupo, formado por media docena de jinetes y algo más de veinte a pie.

Varios de los heridos fueron llevados a la enfermería.

—Contadnos. ¿Qué ha ocurrido?

—La batalla se libró anteayer, al sur de Larache. Cerca de una población que llaman Alcazarquivir. A orillas de un río. ¡Ha sido un desastre!

—¿Tenéis noticias del rey?

—Nada sabemos. Es posible que esté prisionero.

—También que lograra escapar —señaló otro—, junto a algunos de sus caballeros.

—¿Sabéis si son muchos los muertos?

—No, pero podemos aseguraros que los vivos y libres somos muy pocos. Llegarán algunos más. Pero no creo que seamos más de un centenar.

—¿Sólo un centenar? —El alcaide estaba anonadado.

—No seremos muchos más. La mayoría ha quedado en el campo de batalla y los que no han muerto están prisioneros. Puede que algunos hayan llegado a Arcila.

Aquella noche se redobló la guardia, en prevención de un posible ataque de los moros. En aquellas circunstancias podía suceder cualquier cosa. Al amanecer se mandó un correo a Ceuta para que tuvieran noticia de lo ocurrido y estuvieran prevenidos. El gobernador ordenó que una de las dos carabelas ancladas en el puerto zarpara rumbo a Lisboa para informar del fatal desenlace.

En Ceuta se conoció la tragedia antes de que arribara el correo enviado desde Tánger. Allí llegó otro grupo de hombres, cerca de una veintena. Dieron noticia de que los obispos de Guarda y Porto y el duque de Aveiro habían perecido y que muchos otros estaban presos.

Cuando se supo en Lisboa lo ocurrido en Alcazarquivir, el luto se extendió por todo el reino. Rara era la familia que no tenía un muerto o un cautivo. No se sabía quiénes habían muerto y quiénes estaban presos. Reinaba una gran confusión y los regentes estaban desconcertados. En los mercados ni siquiera se oían los gritos con que los vendedores cantaban las bondades de sus productos. Se hablaba en voz baja. En muchos lugares sólo se oía la voz de los frailes trinitarios, a los que se habían sumado otros de diferentes órdenes, pidiendo limosna para hacer acopio de dinero y disponer de la mayor cantidad de recursos posibles para pagar los rescates de tantos cautivos como estaban en poder de los moros. Corrían rumores de que unos cautivos habían sido llevados a Larache y otros conducidos a Fez.

El arzobispo Almeida convocó a los miembros del consejo de regencia.

—El desastre ha sido de dimensiones tales que cuesta imaginarlo —señaló el obispo—. Es nuestra obligación tomar algunas decisiones, como la de entregar el poder al infante don Enrique.

—Pero, ilustrísima, eso sería precipitarnos —indicó Mascarenhas—. Habrá que tener certeza de la muerte del rey.

—Las noticias son que don Sebastián ha muerto.

—Otras señalan que logró ponerse a salvo.

Mascarenhas se hacía eco de un rumor que se había extendido. Eran muchos los que señalaban que don Sebastián había logrado salvar la vida.

—Hablemos con don Enrique —intervino Saa—. Le corresponde asumir la regencia, al menos hasta que esa cuestión quede aclarada.

—Estoy de acuerdo —señaló el arzobispo—. Si se confirmara la muerte de don Sebastián, le sucedería en el trono, como hijo del rey don Manuel y tío abuelo de don Sebastián.

—Don Enrique no quiso hacerse cargo del gobierno cuando se lo pidió don Sebastián —planteó Mascarenhas—. Puede que ahora tampoco…

—Ahora está obligado, tanto si don Sebastián vive como si ha muerto.

—Vienen tiempos de incertidumbre —suspiró Alcaçobas—. Si el rey ha muerto, que es lo más probable, es el final de la casa de Avís. Su muerte sin descendencia… Aunque don Enrique podría conseguir que el papa lo dispensase de sus votos, contraer matrimonio y engendrar un heredero.

Mascarenhas negó con la cabeza.

—Con la edad que tiene…

—Muchos hombres engendran a edad muy avanzada.

—No adelantemos acontecimientos —intervino el arzobispo—. Le plantearemos la obligación que tiene de asumir la regencia y, si se confirmase la muerte de don Sebastián, será coronado.

Acordaron viajar a Évora, donde don Enrique vivía, pero, antes de que el arzobispo levantase la reunión, Mascarenhas puso palabras a

una cuestión en la que todos habían pensado, aunque ninguno se había atrevido a plantear:

—Si don Sebastián ha muerto y el reinado de don Enrique es efímero, dada su avanzada edad, ¿han pensado en quién sería el heredero del trono?

El silencio que se hizo tenía algo de solemne.

—En ese supuesto, sería el rey de España. Don Felipe es hijo de la emperatriz Isabel —respondió el arzobispo.

—Eso no está tan claro —replicó Mascarenhas—. Os olvidáis del prior de Crato.

—¡Es un bastardo! ¡Eso lo inhabilita en la línea de sucesión!

—Ilustrísima…, no sería el primer bastardo que sube al trono.

Alcaçobas puso fin al debate:

—No adelantemos acontecimientos y visitemos a don Enrique.

En las iglesias no dejaban de doblar las campanas. Se celebraban gran cantidad de misas y muchos no tenían más oficio que asistir a ellas y rezar. En sus puertas se comentaban los rumores. Algunos muy llamativos.

—Me ha dicho persona bien informada que don Sebastián luchó con bravura y logró salvarse a uña de caballo —aseguraba una dueña.

—Pues a mí me han dicho que murió —respondía un especiero.

—Dicen que está oculto y que busca la forma de regresar —terció un caballero que lucía en su jubón la venera de la Orden de Cristo.

—Por lo que he oído, se restablece de algunas heridas en un lugar oculto —añadió otro de los que formaban el corrillo.

—El rey ha muerto —aseveró un dominico.

—Vuestra paternidad lo afirma con rotundidad. Lo que yo he oído decir es que don Enrique asumirá la regencia. No es lo mismo una cosa que otra.

—Veremos en qué para todo esto —señaló el especiero—. El rey no debió exponerse a los peligros de una batalla.

XXIV

Diego había progresado muy poco en aquellos meses. Sabía que las muertes de maese Rodrigo y Félix Conde estaban relacionadas y que en el fondo se encontraba el hecho de que el boticario hubiera conseguido transmutar un metal vil en otro noble. También tenía claro que un secretario real estaba relacionado con aquellas muertes, según el *Lupino* era Antonio Pérez, y que la princesa de Éboli podía estar inmiscuida porque Conde era criado suyo. El círculo de sus conocimientos se cerraba con el hecho de que la princesa tenía relaciones con Antonio Pérez y que sus dispendios —ropas caras, carroza con toda clase de lujos, grandiosas fiestas en su residencia de la Casilla…— iban mucho más allá de los que podía permitirse un secretario real, salvo que dispusiera de una fortuna familiar, que no era su caso, o que se los facilitara otra persona. Esto último entraba dentro de lo posible porque la fortuna de doña Ana de Mendoza podía cubrir tales lujos y dispendios. Por último, le habían llegado noticias de un sujeto que parecía estar involucrado en aquella trama. Sólo tenía referencias vagas a su aspecto físico y que gastaba un sombrero de alas que adornaba con grandes plumas, una blanca, otra negra y la tercera roja.

Con esas piezas sobre el tablero no podía ir mucho más allá.

Se dirigió a su casa dando un rodeo por la Puerta del Sol y pasando por las gradas de San Felipe, donde ponía el oído. No sería la primera vez que algún comentario de los que allí se hacían le había proporcionado una pista valiosa. Aquel día enfilaba ya hacia su casa cuando vio al *Lupino*, que se perdía por la esquina de la calle

Carretas. Desde que lo dejó en libertad estuvo varias veces tentado de hacerle una visita en su garito. Al igual que en los mentideros, en esos tugurios se decían cosas, muchas en los lechos de las mozas que allí ejercían como mancebas. Por esa vía la *Fogosa* había sabido que el secretario Pérez había pagado a Félix Conde. Apretó el paso y pudo ver cómo se perdía en el zaguán de una casa de vecindad que hacía esquina con la plazuela del Ángel.

Entró en una taberna que había frente a la casa y cuyo nombre era el mismo de la plazuela, si bien el lugar tenía poco de angelical. Lo recibió un fuerte olor a grasa quemada. Estuvo a punto de marcharse, pero no era cuestión de esperar en la calle a que el *Lupino* saliera, si es que lo hacía.

En la taberna no había mucha gente. Se acomodó junto a una ventana desde la que veía la calle.

—¿Qué tomará vuesa merced? —le preguntó el tabernero, un tipo tripudo y malencarado que no disimulaba su sorpresa porque Diego no daba la imagen de los parroquianos que frecuentaban su establecimiento.

—Vino y… una pregunta.

—Decidme.

—Esa casa de enfrente…

—¿La de la esquina? —Una pícara sonrisa apuntó en sus labios—. ¿Queréis visitar a la *Melindres*?

El alguacil frunció el ceño.

—¿Quién es la *Melindres*?

—¿No la conoce vuesa merced?

Diego hizo memoria y recordó que una ramera estuvo en la galera hacía cosa de un par de años acusada por un cliente de robarle unos ducados y luego resultó una acusación falsa. El caso levantó mucha polvareda. El acusador era un capuchino, borrachín y lujurioso, que se despojaba del hábito para refocilarse con mancebas. Urdió aquella historia porque se había gastado un dinero del convento y no sabía cómo explicarlo. También se supo que fornicaba con varias de sus feligresas, a las que decía que hacerlo con él las santificaba y que eran méritos para ganar el cielo. Descubiertas sus trapacerías, la

Inquisición lo acusó de solicitante y lo condenó a ocho años de cárcel en un monasterio utilizado como prisión de clérigos disolutos.

—¿La *Melindres* ejerce en esa casa?

—¡Cobra sus buenos maravedíes por abrirse de piernas y son muchos quienes la visitan! ¡Dicen que folla como los ángeles! —Rápidamente se corrigió—: ¡Eso es sólo un decir!

Diego apenas probó el vino, que apestaba a brea, pendiente de la ventana. Había pasado algo menos de una hora cuando apareció el *Lupino*. Pagó, salió a toda prisa y lo vio encaminarse hacia la Puerta del Sol y luego hasta el garito de la calle de Santa Catalina. Cuando abría la puerta, lo abordó:

—¡Buenas tardes nos dé Dios!

El *Lupino* lo miró sorprendido.

—¿Qué desea vuesa merced? Le juro que…

—Sólo hablar con vos. ¿Podemos entrar?

—Desde luego.

Llevó a Diego hasta una estancia en la planta de arriba desde la que se controlaban las mesas de juego y la entrada y salida a las camaretas.

—Tomad asiento. —Señaló un sillón, desvencijado—. Soy todo oídos.

—Necesito cierta información que, tal vez, podáis facilitárme.

—No soy un soplón. —Se puso en guardia. El alguacil podía crearle problemas y era mejor tenerlo de su parte.

—Ni pretendo que lo seáis. Pero el sujeto que busco quizá se haya dejado caer por aquí.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Entonces… —El *Lupino* se encogió de hombros.

—Gasta sombrero de alas.

—¡Como mucha gente!

—Lo adorna con tres plumas, bastante largas. Una es negra, otra blanca y la tercera roja. No hay tantos sombreros así. No pasa desapercibido.

—Vuesa merced tiene razón. Estoy seguro de que si hubiera venido lo recordaría. Pero no ha venido por aquí. Lamento no poder

ayudaros.

Felipe II recibió la noticia en El Escorial. Se la llevó Vázquez de Leca.

—Al parecer, don Sebastián ha muerto. Pero todo es muy confuso. Algunos rumores apuntan a que pudo salir con vida.

—¿Hay alguna noticia de don Juan de Silva?

—Ninguna, señor. Ignoramos si ha muerto, está cautivo o logró escapar.

—¿Y decís que apenas se ha salvado un centenar de hombres?

—Esas son las noticias, majestad. Aunque, como os he dicho, todo es muy confuso. Lo único seguro es que el desastre ha sido total. La mayor parte del ejército ha perecido o está prisionera.

Don Felipe trataba de asimilar aquello.

—¿Se tiene noticia de lo que ocurre en Lisboa?

—No, majestad. Se espera correo de un momento a otro.

Felipe II ordenó al secretario:

—Mandad un correo a Madrid, quiero hablar con Moura y decid al prior que lo disponga todo para celebrar una misa.

El secretario se retiró y el rey hizo unas anotaciones en un papel. Luego miró por la ventana que daba al presbiterio de la iglesia y comprobó que el secretario había hablado con el prior. Estaban encendiendo las velas para la misa. Salió a la pequeña antecámara donde estaba el mayordomo con varios gentilhombres. Todos lo siguieron hasta la iglesia y asistieron a la misa por el eterno descanso de quienes habían caído en aquella desgraciada expedición que ponía a Portugal en una situación difícil.

Aquella tarde, poco antes de la puesta de sol, don Felipe recibía un mensaje cifrado. Arias Montano, que amén de bibliotecario ejercía como secretario de cifra, lo había transcrito.

—Majestad, es de don Juan de Silva. Escribe desde Tánger.

—¡Loado sea Dios! ¡Está vivo!

—Recibió un arcabuzazo en el brazo. Dice que la herida es fea y que probablemente ese brazo le quede inútil. Dice que don Sebastián ha muerto.

—¿No tiene dudas?

—No, señor. Quedó prisionero y el nuevo sultán…

—¿Nuevo sultán?

—Abdelmalik murió en el transcurso de la batalla. Al parecer padecía una grave enfermedad. También murió el depuesto Muley Mohamed.

—¡Tres reyes en una jornada! ¡Qué desastre! ¿Quién es el nuevo sultán?

—Fue proclamado en el mismo campo de batalla y se llama Muley Hamet. Es hermano del difunto Abdelmalik.

—¿Silva no alberga dudas de la muerte del rey de Portugal? —insistió Felipe II, que deseaba tener seguridades en un asunto de tanta importancia.

—Ninguna, señor, en su carta dice que, estando preso, fue llevado a presencia del nuevo sultán para que identificase un cadáver. Afirma que era el de don Sebastián. El sultán lo recompensó rebajando el precio de su rescate, que pagó con unas cadenas de oro que había ocultado en un escondite secreto que tenía en una de sus botas. Señala que han muerto buena parte de los caballeros portugueses que acompañaban al rey, entre ellos el duque de Aveiro. También los obispos de Porto y Guarda y el legado papal encargado de la cruzada. Los muertos cristianos se elevan a más de cinco mil y los presos incontables. Apenas ha escapado un centenar de hombres y que entre los cautivos se encuentra don Antonio, el prior de Crato.

—¡Santo Dios!

—Majestad —Arias Montano, que permanecía en pie sosteniendo en su mano la carta del embajador y la transcripción que había hecho, hizo un comentario un tanto atrevido—, a veces no hay mal que por bien no venga.

Don Felipe lo miró a los ojos, fijamente.

—¿Qué queréis decir?

—Con don Sebastián muerto sin descendencia, la sucesión al trono de Portugal llegaría a vuestra majestad. El primer heredero es el infante don Enrique. Pero tiene una edad avanzada, está enfermo

y es cardenal. Sin descendencia, sois vos el siguiente en la línea sucesoria.

—Vais muy deprisa, Arias, muy deprisa. Don Enrique podría tener descendencia, pese a su edad.

—¡Señor, es un cardenal!

—El papa podría dispensarle de los votos. Dejad la carta y retiraos.

Una vez solo, don Felipe estuvo consultando documentos y papeles, sin dejar de anotar en un pliego. Lo ocurrido en Alcazarquivir era un desastre, pero, como había apuntado Arias, la muerte de don Sebastián abría grandes posibilidades de llevar a cabo la reunión en una sola corona a los reinos de la península ibérica. Lo que sus bisabuelos, doña Isabel y don Fernando, habían soñado y buscado con enlaces matrimoniales, pero no tuvieron éxito.

Al día siguiente, Moura llegó a El Escorial. El mayordomo lo pasó de inmediato al gabinete donde Felipe II se había encerrado, después de oír misa y dar orden de que lo recibiría de inmediato.

—Majestad… —Hizo una reverencia con el sombrero en la mano.

—Acercaos y tomad asiento. —El rey señaló un sillón frailuno.

Era una deferencia. Sólo los grandes tomaban asiento en su presencia.

—Os supongo al tanto de lo que ha ocurrido en Berbería.

—Sí, señor, aunque las noticias son harto confusas.

—No hay duda del desastre y que don Sebastián ha muerto.

Moura frunció el ceño.

—¿Está vuestra majestad seguro de la muerte del rey?

—He tenido noticias de don Juan de Silva. Es de los pocos que ha sobrevivido. Asegura haber identificado el cadáver de don Sebastián. Esa es la razón por la que os he hecho venir. Vos conocéis todo lo relacionado con el linaje de Avís. ¿Qué derechos tienen los posibles aspirantes al trono?

Don Felipe le entregó un pliego donde había confeccionado el día anterior una parte de la genealogía de la casa de Avís.

—Examinad este árbol genealógico. Lo he iniciado con el rey don Manuel.

A Moura le bastó una ojeada.

—Majestad, aquí no aparecen todos los hijos de don Manuel.

—Cierto, sólo están recogidos cinco varones y dos hembras, que son los que interesan a mi propósito. Por orden de edad, don Juan, su hijo mayor y heredero del trono, quien fuera rey de Portugal con el nombre de Juan III, padre del príncipe don Juan y abuelo de don Sebastián. La segunda es doña Isabel, la emperatriz, mi señora madre. Luego están doña Beatriz, cuyo hijo es Filiberto de Saboya, don Luis, padre de un hijo con una plebeya, don Antonio, el prior de Crato. Por último, están don Enrique, cardenal de la iglesia de Roma, y don Duarte, que, casado con la duquesa de Braganza, tiene dos hijas: doña María y doña Catalina.

—Todo eso es correcto, majestad.

—Ahí están los hijos y nietos del rey don Manuel e incluso don Sebastián que era bisnieto, el heredero de don Sebastián es el cardenal don Enrique, ¿estáis de acuerdo?

—Desde luego, señor. Muerto don Sebastián él debe ocupar el trono.

—Pero, si don Enrique muriera sin descendencia, ¿quién le sucedería?

Moura meditó sus palabras. Nunca había sido un cortesano complaciente, dispuesto a decir lo que el rey quería oír.

—Majestad, en mi opinión, sois vos.

—¿Por qué?

—La descendencia de los hijos varones del rey don Manuel, en el caso del prior de Crato, su ilegitimidad invalida cualquier derecho sucesorio, y en cuanto a las hijas de don Duarte, que también serían sus nietas, como vos, doña María ha fallecido y doña Catalina…, y doña Catalina, pese a ser hija de un infante, lo que daría prelación sobre vuestra majestad, porque en la sucesión se prefiere la línea masculina a la femenina, la pierde por ser mujer.

La conversación había llegado adonde el rey deseaba.

—¿No tiene ella preferencia por ser hija de varón?

—Majestad, ella es hembra y eso da preferencia a vuestra majestad. Añadiré que los posibles derechos de doña Catalina serán un obstáculo para vuestra majestad. Es mi obligación deciros que

habrá quien lo interprete de otra forma, porque el rechazo en Portugal a tener un rey que también lo es de Castilla está muy extendido. Temen que el reino pierda sus esencias y quede anexionado a la monarquía hispánica, cuya cabeza ostenta Castilla. Todo ello, siempre y cuando el cardenal don Enrique no tuviera descendencia, cosa que no podéis descartar. Es persona de cierta edad, pero podría engendrar un heredero cuyos derechos nadie discutiría.

Felipe II asintió con ligeros movimientos de cabeza. Apreciaba a Moura por sus conocimientos sobre Portugal y por la sinceridad con que le hablaba, lejos de los aduladores que tanto abundaban en la corte.

—Quiero que viajéis a Lisboa y me representéis en las exequias por don Sebastián y también en la coronación de don Enrique.

—Serviros, como siempre, será para mí un honor, majestad.

—Pero vuestra misión más importante será la de inquirir, conocer opiniones, averiguar lo que se piensa y, en la medida de lo posible, ganar voluntades para que apoyen mi legítima pretensión al trono, siempre y cuando don Enrique muera sin descendencia.

XXV

Moura, sin pérdida de tiempo, se puso en camino. Había decidido desviarse algunas leguas del itinerario más corto para acercarse a Crato. Su propósito era conseguir alguna información sobre el prior, don Antonio. Era lo único que no había revelado a don Felipe. Sabía de las ambiciones del bastardo y que, en caso de no haber muerto en Alcazarquivir, podía suponer un serio problema para los deseos del monarca español. Cruzó la raya de Portugal por Valencia de Alcántara e hizo noche en una posada, cercana al castillo de los hospitalarios. En la posada oyó algunas cosas que le parecieron curiosas. Unos arrieros, que viajaban desde las riberas del Duero hasta el Algarve con odres de vino, comentaban que don Sebastián no había muerto.

—La noticia de su muerte la difundieron unos caballeros que están presos para que los moros no lo persiguieran y buscaran —decía uno de ellos.

—Lo que yo he oído al cura es que logró llegar a Larache disfrazado y que allí aguarda la ocasión para embarcar hacia Tánger o Ceuta.

—Pues lo que decían unos caballeros, que ayer estuvieron aquí hasta muy tarde —intervino el mesonero que llenaba las jarras de los arrieros—, es que está muerto y que el heredero del trono es el prior de Crato, el hijo del infante don Luis.

—¡Ese no puede ser rey! ¡Es un bastardo!

Quien había gritado con voz descompuesta era un sujeto que tenía unas lentes de gruesos cristales y vestía de forma desaliñada.

Hasta entonces parecía enfrascado en la lectura de un libro, pero a tenor de sus palabras no había perdido detalle de la conversación de los arrieros.

—¡Qué sabréis vos! —le espetó uno de ellos.

—Que su madre era una judía y se llamaba Violante.

—¡Meteos en vuestros asuntos!

Se puso en pie con una agilidad que desdecía de su edad —superaba el medio siglo— y se llevó la mano a la empuñadura de su espada. El arriero también se puso en pie y el mesonero temió que empezara una pelea.

—¡Teneos, señores! ¡Teneos, don Juan! —Miró la mano que empuñaba la espada con aire de súplica.

Logró controlar la situación por el procedimiento de ofrecer vino gratis. Cuando todo se hubo calmado, aunque las miradas entre el arriero y a quien el posadero había llamado don Juan eran iracundas, Moura, después de acabar un guiso de bacalao, se acercó a este último.

—¿Os incomoda que me siente?

Lo miró suspicaz, pero señaló un taburete que había enfrente y cerró el libro. En la cubierta podía leerse *Os lusíadas.*

—¿De qué trata ese libro?

—Es un poema sobre nuestros marinos. El autor es un tal Camoens. Se publicó hace pocos años. ¿Os habéis sentado para hablar de literatura?

—No, aunque me interesa todo lo relacionado con las proezas de nuestros marinos para abrir la ruta hasta las Indias. ¡Es algo extraordinario!

—Cierto, y Camoens ha dado a esas aventuras un tono épico. Estoy leyendo el viaje de regreso a Lisboa de Vasco da Gama para dar cuenta de su gran descubrimiento cuando una diosa lo lleva hasta un edén que tiene mucho de paraíso para que descansen de los duros trabajos que han soportado. Hay versos maravillosos. Pero, decidme, ¿qué deseáis?

—¿Me permitís que os invite a una jarrilla de vino?

—Desde luego.

Moura llamó al posadero y pidió vino. Lo trajo una moza y, después de darle un trago, le dijo:

—He oído cómo negabais la posibilidad de que don Antonio pueda aspirar al trono porque es un bastardo.

—Así es, señor…

—Moura, Cristóbal de Moura.

—Sabed, don Cristóbal, que el prior es ilegítimo y no puedo admitir, como muchos sostienen, que sea quien suceda a don Enrique cuando este fallezca. Hay quien tiene mejores derechos para subir al trono.

—¿Habéis dicho muchos?

—Así es, son muchos los que defienden que debe ser rey después de don Enrique. Quien tiene los mejores derechos es la duquesa de Braganza, doña Catalina, hija del infante don Duarte.

—Pero doña Catalina es mujer y el rey de España es hombre.

—Doña Catalina es hija de un infante, y el rey de España, de la infanta doña Isabel que terminaría siendo emperatriz. ¡Una mujer bellísima!

—Además de bellísima, muy inteligente —añadió Moura, que le preguntó—: ¿Estáis seguro de que don Sebastián ha muerto?

—Las noticias que tengo son esas. Aunque también se oye decir que logró escapar del campo de batalla y que, una vez puesto a salvo, regresará. Ya habéis oído lo que dicen algunos de los que se sientan en esa mesa.

—Pero personas de mucho crédito aseguran que han visto su cadáver.

—Muchos no quieren creerlo.

Moura pagó las jarrillas de vino y se retiró a descansar.

Aquella conversación valía su peso en oro. Le había puesto al tanto de la situación. Era importante saber que muchos creían que don Sebastián no había muerto y que había quienes defendían que el prior de Crato debía suceder a don Enrique. No sería fácil hacer realidad los deseos de Felipe II.

Camino de Lisboa, adonde llegaba tres días después, comprobó que estaba muy extendido el rumor de que don Sebastián había

logrado escapar con vida. Se encontraba oculto y esperaba la ocasión para regresar a Portugal.

Acompañado por el duque de Osuna, en su condición de embajador, acudió al *Palacio da Ribeira* para acreditarse como representante de Felipe II en el funeral para honrar la memoria de don Sebastián.

El duque le dijo que había quien estaba interesado en mantener viva la esperanza de su regreso.

—Sostener que don Sebastián está vivo carece de sentido. El funeral por su alma es la prueba evidente de que está muerto. Don Enrique ha aceptado ser coronado —insistió Moura.

—Eso no evitará que se sigan alimentando las pasiones de la plebe.

Las campanas de todas las iglesias de Lisboa doblaban tristes desde poco después del amanecer. Era un día de luto, se celebraba el funeral por don Sebastián en la catedral de Santa María la Mayor.

Aquel templo se había construido hacía cuatro siglos. Eran tiempos recios. La ciudad acababa de ser conquistada a los moros y la frontera quedaba muy cerca, con los peligros que ello suponía. Eso explicaba que las dos torres de su fachada principal fueran parecidas a las de un castillo.

La comitiva oficial la encabezaba un jinete que, sobre un caballo enlutado, portaba una bandera negra echada sobre el hombro. Era tan larga que arrastraba por el suelo. Le seguían tres ancianos, también enlutados, que portaban escudos forrados de seda negra y, tras ellos, los miembros de la Cámara Municipal con traje de luto y portando velas. Los escoltaban una escuadra de soldados. A continuación, representantes de los gremios y tras ellos una muchedumbre. Al llegar a la primera de las iglesias que había en el itinerario, uno de los ancianos subió a las gradas del templo y gritó:

—¡Llorad, llorad todos! ¡Llorad, pueblo, por vuestro rey don Sebastián, que es muerto! ¡Llorad su malograda vida! ¡Murió en guerra contra moros y por servicio de Dios Nuestro Señor y aumento de estos sus reinos!

Después golpeó el escudo hasta que lo hizo pedazos.

Antes de llegar a la catedral, pasaron por otros dos templos donde los ancianos repitieron las mismas invocaciones y destrozaron los escudos.

Los regentes, Alcaçobas, Saa y Mascarenhas, muy circunspectos y vestidos de negro, estaban junto al presbiterio en el lado de la epístola. Separado unos pasos y sobre un estrado que se elevaba un palmo sobre ellos estaba el cardenal don Enrique. Su adusto semblante no transmitía emoción alguna. Moura ocupaba un sitio de privilegio como correspondía al representante de Felipe II. Muchos de quienes ostentaban los títulos más importantes habían perecido en Alcazarquivir o estaban prisioneros, los representaban ancianos, niños o mujeres de su linaje.

La misa sería oficiada por el arzobispo Almeida, que se había retirado a la sacristía.

En el centro del presbiterio se había colocado un túmulo cubierto con bayetas negras. En su cabecera, al pie de una cruz y sobre un almohadón de terciopelo carmesí estaban la corona, el cetro y una cadena con la cruz de gran maestre de la Orden de Cristo que simbolizaban el poder de la monarquía. En las esquinas ardían cuatro grandes ciriales. El templo estaba abarrotado y quienes no habían podido acceder aguardaban en la calle. Impresionaba el silencio de la multitud.

Apenas dejaron de doblar las campanas cuando salió de la sacristía mayor una larga procesión encabezada por un diacono que portaba una cruz alzada, a sus lados unos turiferarios agitaban los incensarios, lanzando volutas de humo que extendían el olor a incienso por el templo. Tras ellos dos docenas de presbíteros, todos con casullas negras adornadas con ribetes dorados. Precedían al arzobispo que, tocado con tiara y capa pluvial, también negra, portaba un báculo signo de su dignidad.

El calor era sofocante. Muchas damas agitaban los abanicos proporcionándose algo de aire para aliviar el sofoco.

La ceremonia fue austera, como correspondía al momento. El sermón estuvo dedicado a loar la figura de don Sebastián, a quien el arzobispo calificó de esforzado capitán de Cristo que había dado su

vida en plena juventud por llevar la palabra de Dios a tierra de infieles. A muchos les costaba trabajo contener las lágrimas.

Eran cerca de las dos cuando Moura salió del templo. En la plaza, llena de gente, se formaban corrillos y corría toda clase de rumores. También se hablaba de la coronación de don Enrique, que iba a tener lugar en el *Palacio da Ribeira*. Ya habían comenzado los preparativos.

—Será un acto sobrio, el reino no está para fiestas —afirmaba un caballero de ajustado jubón y el pelo completamente blanco.

—Me han dicho que don Enrique pedirá la dispensa de sus votos al papa para contraer matrimonio y engendrar un heredero que dé continuidad a la casa de Avís —dijo otro de los presentes.

Hubo alguna sonrisa malévola.

Un sujeto malencarado preguntó con aviesa intención:

—¿Hay nombre para la desposada?

—Vais demasiado deprisa. Lo vuestro no es curiosidad, sino sorna poco recomendable —lo increpó un caballero que hablaba un perfecto portugués, pero que lucía en su pecho la venera de la Orden de Santiago, lo que señalaba sus relaciones con España—. Es mucho lo que el reino se jugará en los próximos meses.

El aludido se atusó su mostacho y farfulló entre dientes:

—Eso será si don Sebastián no aparece el día menos pensado.

La mañana del veintiocho de agosto de 1578, en el *Palacio da Ribeira*, se llevó a cabo la entronización de quien reinaría como Enrique I.

En el salón del trono se hizo un gran silencio cuando el chambelán anunció su presencia. Era don Enrique de algo más que mediana estatura, las arrugas surcaban su rostro, pero su mirada no había perdido fuerza, pese a la tisis que padecía desde hacía algunos años. Tenía la cejas finas, muy perfiladas y negras. El rostro ligeramente alargado y pulcramente rasurado. Pese a su edad, lucía un porte no exento de majestad, que realzaba el rojo capelo cardenalicio que vestía. No había querido dejar de poner de manifiesto su condición de príncipe de la Iglesia. Sobre las vestiduras talares llevaba una pesada capa de armiño forrada de un tisú de seda azul entretejida con hilos de oro y plata. Caminaba lentamente, precedido por unos

maceros que vestían dalmáticas con las armas de Avís, hasta el estrado con dosel donde estaban bordadas las armas de la casa real portuguesa. Una vez sentado en el trono, recibió de manos del arzobispo Almeida la corona, el cetro y el collar de maestre de la Orden de Cristo, los atributos de la realeza.

Luego, el notario mayor del reino le tomó juramento:

—¿Jura vuestra majestad guardar y respetar las leyes del reino, así como los fueros de sus ciudades y villas?

—Lo juro.

—¿Jura vuestra majestad reinar para el bien común de sus súbditos, defender el reino de sus enemigos y combatir la injusticia?

—Lo juro.

—Si así lo hacéis que Dios os lo premie, y si no que os lo demande.

El chambelán golpeó con su bastón tres veces en el suelo y gritó:

—¡Viva el rey!

—¡Viva! —respondieron quienes acudían al acto.

El grito se dio tres veces.

—Dios conceda a su majestad una larga vida y un próspero reinado —proclamó el chambelán.

Una vez coronado, empuñando el cetro y una espada se dirigió al balcón. A su paso los hombres inclinaban la cabeza y las damas hacían pequeñas genuflexiones. Apenas apareció en el balcón, fue vitoreado por la muchedumbre que llenaba la plaza del Comercio.

Los barcos anclados en los muelles de la *Ribeira das Naos* lanzaron salvas de pólvora.

XXVI

Felipe II tenía puntual noticia de los sucesos de Lisboa a través de las cartas que le enviaban Osuna y Moura. Le daban cuenta de que las primeras medidas tomadas por don Enrique iban encaminadas a rescatar el mayor número posible de cautivos. Había destinado sumas importantes a ese fin, que se encargaban de administrar los frailes trinitarios. También le decían que se había extendido la creencia, sobre todo entre el pueblo, de que don Sebastián no había muerto y que estaba oculto en algún lugar de Berbería, donde aguardaba una ocasión propicia para regresar a Portugal.

Avanzado el mes de septiembre llegaron a Lisboa los primeros cautivos rescatados. Venían en dos carabelas que habían salido del puerto de Larache. La alegría de las familias de quienes regresaban, muy maltratados, pero con vida, contrastaba con el dolor de los que tenían información de que sus deudos y familiares habían muerto. Los cautivos redimidos traían con ellos noticias que se habían esperado con ansiedad durante aquellas semanas. En muchos lugares se repitieron las escenas de dolor de cuando se tuvo conocimiento del desastre militar.

La llegada de los redimidos también hizo que aumentasen los rumores. Aunque oficialmente don Sebastián estaba muerto, algunos cautivos retornados afirmaban haberlo visto alejarse del campo de batalla.

—Vi como a lomos de un caballo —decía uno de los redimidos en una taberna— se perdía por el horizonte donde se ponía el sol.

—¿Iba solo?

—No, lo acompañaban varios caballeros.

Otro decía al corro de gente que lo rodeaba:

—En Larache, donde estuvimos en las mazmorras varias semanas, un caballero, cuyo nombre desconozco, me dijo que durante el combate le había dado su propio caballo porque el de don Sebastián había muerto.

—Por eso dicen que montaba un caballo que no era el suyo cuando abandonó el campo de batalla —dijo un fraile jerónimo—. ¡No hay duda, don Sebastián vive! Pronto lo veremos regresar.

Poco después de mediodía llegaba a El Escorial un correo procedente de Flandes. Había viajado por mar y, sin perder un instante, desde que desembarcó en Laredo, en sólo tres jornadas y media llegaba a su destino. Las noticias que traía no podían ser peores. Cuando el rey leyó la carta, quedó en suspenso.

Don Juan de Austria había muerto el primer día de octubre.

Estuvo aquejado de grandes fiebres a lo largo del verano que, en más de una ocasión, lo habían postrado en la cama. El veintiocho de septiembre se había sentido tan mal que tuvo conciencia de que se acercaba el final. Desde la plaza de Namur, que era donde se encontraba, porque carecía de medios para lanzar la ofensiva que le permitiera dar el golpe de gracia a los rebeldes y volverlos a la obediencia de su Católica Majestad, había escrito, con gran dificultad, unas líneas de su puño y letra a Felipe II. En ellas, una vez más, mostraba lealtad a su hermano y rey, y le agradecía las ocasiones que le había dado para demostrársela. Don Felipe era declarado heredero en su testamento porque afirmaba que nada poseía que no fuese de su hermano y señor el rey.

Aquello impresionó al monarca.

También le comunicaba que había entregado la gobernación de aquellos territorios a Alejandro Farnesio, al tiempo que solicitaba se le enviasen los hombres y las armas de las que él no había dispuesto por tener que atender su majestad otras necesidades. Lamentaba no haber podido devolver a la obediencia a aquellos rebeldes y pedía perdón por ello. Solicitaba al rey que, por ser de justicia, no dejase

de indagar acerca de la muerte de su secretario, que pesaba sobre su alma porque había sido él quien lo había mandado a Madrid para llevar a su real ánimo las necesidades que tenía en Flandes, y así poder cumplir el servicio que le había sido encomendado. Por último, le pedía que permitiera que sus restos regresasen a España y descansen en el sitio que su majestad considerase más a propósito, a ser posible al lado de los de su padre.

Felipe II estaba abrumado por la muerte de don Juan. No sólo porque era su medio hermano, sino por las muestras de lealtad que le manifestaba y la grandeza de ánimo que mostraban aquellas líneas. Aquello no encajaba con las afirmaciones de deslealtad que el secretario Pérez le había mostrado.

—¡Dios mío!

El rey leyó por tres veces aquella carta. Podía ser que Antonio Pérez le hubiera llevado a dar su consentimiento para un asesinato injustamente y a convencerlo de que don Juan maquinaba contra él siendo falso. Aquello suponía un mazazo para su conciencia como cristiano y como rey. Con el rostro demudado, agitó la campanilla que advertía al mayordomo que había de comparecer.

—¿Ha llamado su majestad?

—Ordenad luto en la corte, don Juan ha muerto.

—Dios lo acoja en su gloria. Es una pérdida muy dolorosa, majestad. Lo lamento mucho, señor. Os acompaño en el sentimiento.

—Llamad a mi confesor, decídselo al prior y avisad a Vázquez de Leca.

Poco después, fray Diego de Chaves, un dominico que desde hacía menos de un año ocupaba el confesionario regio, acudía al gabinete del rey.

—Majestad, os manifiesto mi pesar por esta triste noticia.

—Gracias, fray Diego. Necesito descargar mi conciencia.

El confesor se sentó y Felipe II, arrodillado, confesó las sospechas que había tenido sobre la actitud de don Juan.

—He pecado de envidia y en mi alma han anidado perversos pensamientos.

Fray Diego no era hombre de componendas. Era conocida su austeridad. Nada poseía y había rechazado las propuestas para sentarse en una silla episcopal. Tenía claros los conceptos de moral y fama de riguroso.

—Señor, la perversión y las intrigas son moneda corriente en la corte.

—En el asunto de que me confieso hay algo de suma gravedad.

—Os escucho, majestad.

—Di mi consentimiento para que se acabara con la vida del secretario de don Juan.

El rostro del confesor se contrajo. Aquello era sumamente grave.

—¿Ordenasteis su muerte?

—¡No! —Don Felipe había alzado la voz.

—Sólo di mi consentimiento.

—¿Qué razón impulsó a vuestra majestad a actuar de ese modo?

El rey dejó escapar un suspiro.

—Buscaba preservar mis derechos y evitar los graves trastornos que se derivarían en el reino por causa de aquella intriga. Estaba convencido de que Escobedo maquinaba por orden de mi hermano.

—Vuestro pecado es muy grave. Sólo tiene explicación con la doctrina moral de admitir un mal para evitar otro mayor, como serían lo que vuestra majestad ha denominado graves trastornos en el reino. Podríamos añadir que habéis sido inducido mediante engaños.

Aquellas palabras del confesor aliviaron parte de su angustia. Había algo más que pesaba en su ánimo. Felipe II desnudó su alma al confesor:

—Lo que acabáis de decir supone un bálsamo para mi conciencia. Pero la envidia que provocaban en mí las dotes de mi hermano también me movió a actuar de la manera que lo hice.

—Eso os obliga a reparar, en la medida de lo posible, el daño causado.

Felipe II miró a fray Diego.

—No entiendo a vuestra paternidad.

—Habéis de buscar a los culpables y castigarlos como corresponde.

—A ello me comprometo.

—Asistiréis a doce misas que seguiréis de rodillas y habréis de ordenar sean dichas por el alma de don Juan de Escobedo.

—Así se hará.

—En ese caso, señor, inclinad la cabeza. —Fray Diego de Chaves posó su mano izquierda sobre la frente de su regio penitente, mientras que con la derecha le impartía una bendición, al tiempo que decía—: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii es Spiritus Sanctis.*

—Amén.

Apenas hubo salido el confesor, entró el prior del monasterio.

—Majestad, estoy informado de la tristeza que os aflige. La muerte del señor don Juan, que gloria de Dios haya, es una gran pérdida. Os doy las condolencias de la comunidad y las mías propias.

—Os lo gradezco, paternidad. Os he mandado llamar porque deseo que se celebren solemnes honras fúnebres en honor de mi hermano. —El prior reparó que era la primera vez que oía en labios del rey referirse a don Juan como su hermano—. Disponedlo todo para pasado mañana a mediodía.

El prior se retiró y entró el secretario Vázquez de Leca, quien también ofreció al monarca sus condolencias.

—Os he llamado para encargaros una delicada misión. Dispondréis todo lo necesario para traer el cadáver de don Juan. También quiero que, con todo secreto y, sin pérdida de tiempo, se traigan sus papeles. Todos, las cartas enviadas y recibidas, las órdenes, cédulas, incluidos asientos de cuentas, recibos de pago. Todo…, todo. ¿Alguna duda?

—Ninguna, majestad.

—Entonces, no perdáis un instante.

Estaba ya en la puerta cuando lo detuvo la voz de don Felipe:

—¡Recordadlo! ¡Con todo secreto!

El funeral por el alma de don Juan de Austria estuvo lleno de solemnidad. En ausencia del cuerpo en el túmulo que se había dispuesto, se colocó una espada y una bengala de general, que recordaban sus grandes hazañas militares. Muchos cortesanos que habían llegado a toda prisa desde Madrid asistieron a la ceremonia, enlutados de pies a cabeza.

En Lisboa, un suceso, del que Felipe II fue puntualmente informado, precipitó los acontecimientos. El duque de Medina Sidonia había pagado el rescate del prior de Crato. A su llegada a la capital lusitana fue recibido con grandes muestras de apoyo y sus partidarios, que eran muchos, se mostraban insolentes. Incluso planteaban públicamente que Portugal necesitaba un rey menos decrépito que don Enrique. Aquellos comentarios que alimentaba el propio prior tenían como objetivo, pese a su bastardía, convertirlo en rey.

Moura solicitó una audiencia con don Enrique, que le fue concedida de inmediato.

—Se ha referido a vuestra majestad en términos injuriosos.

—Así me paga haberlo tratado como sobrino y no como un bastardo.

—Majestad, sabemos que no deja de intrigar. Tiene agentes por Lisboa y otras ciudades del reino. En tabernas, posadas, mesones y otros lugares públicos andan soliviantando a la gente y tratando de apandillarla.

—Parece importarle muy poco las condiciones en que se encuentra el reino y sólo está pendiente de sus ambiciones. —Don Enrique miró al mayordomo y le ordenó—: Llamad al escribano mayor de la cancillería y vos, Moura, podéis retiraros.

El enviado de Felipe II supo que la audiencia había terminado.

—Majestad…

Hizo una reverencia y abandonó el salón.

Poco después se había redactado una cédula y al día siguiente fue colocada en las puertas de todas las iglesias de Lisboa. Estaba firmada por el propio rey.

Don Enrique, rey por la gracia de Dios de Portugal, de las islas Azores y Madeira, de los dominios de Brasil, de Goa, de Damao, de Diu, de las Indias Orientales, de Mozambique, de las islas de Cabo Verde y de las plazas fuertes de Tánger, de Arcila y de Ceuta, hago saber a mis súbditos que el prior de Crato es persona no grata a

nuestros ojos. Que son falsas las noticias que difunde sobre la existencia de un matrimonio secreto entre el infante don Luis de Avís, mi querido y difunto hermano, su padre. Su madre es una mujer de condición plebeya, conversa de origen judío, llamada Violante Gómez y conocida como la Pelicana*, con la que nunca contrajo matrimonio el infante, mi hermano. No tiene, por causa de su ilegitimidad de nacimiento, ninguno de los derechos que se irroga para acceder al trono.*

Decimos también que las acciones que lleva a cabo de un tiempo a esta parte nos son causa de mucho enojo y, en consecuencia, hemos dicho al prior que es desterrado de esta corte y ha de quedar residenciado en Crato, en el castillo que es sede de la Orden de San Juan del Hospital de Jerusalén.

Don Enrique, rey

Don Antonio se vio obligado a abandonar Lisboa, pero no cejó en sus intrigas. Gran parte de la plebe y muchos integrantes del clero prestaron oído a sus planteamientos, por lo que aguardaba a que don Enrique falleciera para dar el asalto al trono que ambicionaba.

Felipe II, muy afectado por la muerte de su hermano, permanecía en El Escorial. Cuando el veinte de octubre los mayordomos empezaban a disponer los preparativos para regresar a Madrid, una vez pasado el Día de Todos los Santos, llegó otra noticia que llenó otra vez de dolor a Felipe II.

—Majestad, los médicos no han podido hacer nada.

—Contadme cómo ha ocurrido.

—Hacía varias semanas que el príncipe había perdido el apetito. Los médicos no le dieron gran importancia, pero se sintió mal hace tres días. Se quejaba de dolor de barriga y se vio afectado por una gran incontinencia. Murió esta mañana poco después de que apuntara el sol.

—¿Cómo está la reina, mi señora?

—Desolada, majestad. Se ha mostrado entera en público, pero alguna de sus damas dice que, cuando se retira a su alcoba, no para

de llorar.

La muerte de don Fernando convirtió al infante don Diego en Príncipe de Asturias. Felipe II pasó la tarde en su gabinete, sin recibir visitas. Solo salió para bajar a la iglesia, donde estuvo orando antes de volver a encerrarse, después de dar la orden de que no se le sirviera la cena y de que se preparase todo para regresar al día siguiente a Madrid, antes de celebrar la festividad de Todos los Santos, que era lo previsto. Aquella orden revelaba lo afectado que estaba con la muerte de quien había sido su primogénito. La rutina que imperaba en su vida sólo se rompía por asuntos de la mayor gravedad.

Aquella tarde, el rey departió largamente con Arias Montano. El bibliotecario, consciente de lo que había supuesto la muerte de don Juan y ahora la del príncipe de Asturias, le habló de libros. Había llegado un manuscrito de la *Divina comedia*.

—Es magnífico, majestad. Cada ilustración es una obra de arte.

Sin embargo, el rey parecía ausente. El comentario que hizo sorprendió al bibliotecario. Don Felipe, por naturaleza muy reservado, estaba desnudando su alma. En sus palabras aparecía el hombre que había detrás de la mayestática e imponente figura, que a tantos desasosegaba sólo con mirarlos, del monarca más poderoso de la Tierra. Arias sabía que el secretario Pérez había influido en las sospechas que el rey había albergado contra su hermano y que ahora se deshacían con su inesperada muerte.

—La muerte me ha tocado muy de cerca, don Sebastián era mi sobrino, después mi hermano, a quien siempre negué el que usara el título de alteza. No supe tener presentes sus considerables méritos y el valor de sus grandes acciones. Sus restos mortales han de descansar junto a los de otros miembros de su familia, que es la mía. Ahora, a quien se lleva la parca es al príncipe de Asturias…

XXVII

Aquella mañana, después de misa, que se aplicó por el alma del fallecido príncipe de Asturias, cuando todo estaba a punto para partir hacia Madrid, el correo de Portugal trajo novedades. El rey las comentó con Vázquez de Leca.

—Parece que en Lisboa la situación es muy complicada.

—¿Lo dice su majestad por alguna razón en concreto?

—El prior de Crato anda revolviéndolo todo. Se considera el sucesor de don Enrique, quien lo ha desterrado de la corte.

—Pero, majestad, es un bastardo.

—Eso es algo que no parece importar a muchos portugueses. Añadid a ello que el rumor acerca de que don Sebastián sigue con vida y está oculto en algún lugar ha calado entre la población. Muchos esperan que aparezca.

—Eso no debe extrañar a vuestra majestad.

Felipe II se quedó mirándolo.

—¿Por qué no ha de extrañarme? Sabemos que el rey está muerto.

—Majestad, el pueblo necesita creer en algo. Lo ocurrido en Alcazarquivir es muy grave. Para Portugal el golpe ha sido muy duro. Necesitan algo a lo que agarrarse para no perder la esperanza. La posibilidad de que don Sebastián aparezca es como una luz en medio de las tinieblas en que se encuentran. El faro que los guía, la ilusión que mantiene viva la esperanza de un pueblo. El nuevo rey, don Enrique, es la antítesis de don Sebastián. Es un anciano que no

encarna los valores de un guerrero ni tiene la imagen de un príncipe cristiano, aunque sea cardenal.

—¿Sabéis que quiere dejar de serlo? —Vázquez de Leca frunció el ceño—. Ha pedido al papa la dispensa de sus votos para contraer matrimonio.

—¿Busca descendencia?

—Pese a sus años y achaques. El duque de Osuna me dice que está aquejado de una fuerte tisis que mina su salud.

El secretario quedó en silencio, rumiando lo que acababa de oír.

—Señor, si el papa diera esa dispensa, podrían ocurrir muchas cosas y ninguna os favorecería. Si don Enrique contrajese matrimonio y la reina quedase preñada, cosa que podría ocurrir sin la intervención del rey…

Felipe II lo miró a los ojos. Vázquez de Leca sabía lo que significaba aquella mirada.

—¿Creéis que alguien maquina con ese propósito?

—Señor, a lo largo de mi vida he visto algunas cosas a las que en mi juventud no hubiera dado crédito por considerarlas imposibles. Pero la experiencia que dan los años me ha enseñado que hechos que nos parecen inverosímiles hay quien está dispuesto a llevarlos a cabo.

Ahora fue Felipe II quien guardó un prolongado silencio. Aquello podía suceder. No le sorprendía que en Lisboa alguien lo hubiera diseñado para privarle de sus derechos. No podía quedarse cruzado de brazos.

El rey regresó a Madrid, donde se celebraron los funerales por el alma del príncipe don Fernando, y unos días después llegó la noticia de la arribada de la flota de Indias.

—Majestad, la flota está en Sevilla. Trae gran cantidad de plata y oro.

—¿Está cuantificada?

—Todavía no, señor. Pero puedo adelantaros que es una suma muy superior a las de las previsiones más optimistas.

Felipe II se acarició el mentón. Necesitaba contrarrestar la popularidad del prior. Su pretensión había calado entre amplios sectores de la población.

—Se dispondrá de las cantidades necesarias para pagar el rescate de mil quinientos cautivos. Muchas familias portuguesas dejarán de gemir. Que se preparen los barcos que han de traerlos.

En las semanas siguientes, en el puerto de Sevilla se aparejaron tres naos y se dispuso de cuatrocientos mil ducados. Su destino era Larache para embarcar una parte de los cautivos redimidos. Otros serían llevados a Ceuta, donde los recogerían varias galeras.

Los agentes que Felipe II había ordenado desplegar en Lisboa se encargaron de difundir la noticia, que fue acogida con gran satisfacción. Aunque muchos no deseaban que el rey de España ciñera la corona de Portugal, su causa ganó popularidad.

Don Enrique no tenía dudas de que don Sebastián había fallecido, pero lo agobiaba el creciente rumor de que estaba vivo. Decidió conseguir toda la información posible sobre el asunto y encomendó esa misión a Lourenço Pereira, persona de su máxima confianza. Indagó sin descanso y después de varias semanas ofreció al anciano monarca el resultado de sus pesquisas.

—Majestad, he podido averiguar que don Sebastián, que gloria de Dios haya, murió en la batalla. Su cuerpo fue encontrado entre los cadáveres y recibió sepultura en Alcazarquivir. El nuevo sultán no ha querido ningún rescate. Devolverá su cuerpo en el momento en que se le pida.

—Entonces, ¿por qué corren esos rumores? ¿Qué fundamentos tienen?

—He podido saber que se basan en lo que contaron un grupo de caballeros que llegaron a Arcila, una vez caída la noche dos días después de que se celebrase la batalla. Las puertas estaban cerradas a cal y canto. Pidieron entrar y los centinelas creyeron que se trataba del rey.

—¿Creyeron que era el rey? —Don Enrique había torcido el gesto.

—Debieron creerlo porque abrieron las puertas.

—¡Eso no es verosímil!

—Es lo que se cuenta, señor. El gobernador de Arcila fue despertado y recibió a los caballeros. Nadie dijo que fuera el rey,

sino que venían de la batalla donde había perecido el rey. Sin embargo, en Arcila se prefirió creer lo contrario. Ahí se encuentra el origen de todo. Ese rumor señala que don Sebastián arribó a algún puerto del Algarve y que llegó, enfermo o herido, a Setúbal, donde fue acogido en casa de una dama.

Don Enrique alzó las cejas.

—¿Quién es esa dama?

—Doña María de Noronha, a quien don Sebastián protegió hace algún tiempo porque el padre Martín de la Cámara, hermano del confesor del rey, rechazaba el matrimonio que deseaba contraer, tras haber enviudado. Lo consideraba socialmente abominable. Doña María fue paseada por la ciudad maniatada y montada en una mula. Don Sebastián, al saberlo, actuó con energía. Supuso la salida del confesionario real del padre Luis de la Cámara.

—Ya recuerdo… ¿Habéis localizado a doña María de Noronha?

—No, majestad, he venido a poneros al tanto de todo esto.

—Encontradla y preguntadle. O… mejor decidle que deseo hablar con ella. ¡Id a Setúbal!

La última carta del duque de Osuna contaba a Felipe II esta historia. Decía que la plebe daba mucho crédito a esos rumores porque eran alentados por curas y frailes desde los púlpitos y, al parecer, desde los confesionarios. También que todas aquellas patrañas daban por sentado que don Sebastián había llegado a Setúbal y que se había requerido a un médico para atenderlo porque estaba herido o aquejado de calenturas.

Felipe II no daba crédito a aquellas historias, pero en sus respuestas indicaba a Osuna que lo mantuviera al tanto de todo. Su mayor inquietud aquellos días estaba en Roma. Había dado instrucciones a don Juan de Zúñiga, embajador ante la Santa Sede, sobre la pretensión del rey de Portugal de ser dispensado de su condición eclesiástica y poder contraer matrimonio. Le inquietaba que el papa accediera y, aunque por su edad era complicado que engendrase un heredero, temía, como había aventurado Vázquez de Leca, que alguien ejerciera esa función por él. Si eso ocurría, se

alejaba la posibilidad de incorporar Portugal y los extensos dominios a su monarquía.

—¡Don Diego, hay que actuar sin contemplaciones!

Don Matías estaba muy enfadado. Los vecinos en esta ocasión amenazaban con acudir a instancias más altas, si no se tomaban disposiciones para acabar con aquel antro.

—Sabemos que allí no se cumple la ley —señaló Diego—, pero hemos hecho la vista gorda porque tolerar esos garitos evita males mayores, como ocurre con las mancebías.

—¡Afirman en este papel —el alguacil mayor señalaba el escrito que había sobre su mesa— que, después de que pusieran en libertad a ese *Lupino*, las cosas han empeorado! ¡Se juega a dados y naipes hasta cerca de la madrugada! ¡Gritan, vociferan, son frecuentes las reyertas e incluso ha corrido la sangre! ¡Allí se blasfema y se fornica!

—Mi opinión, don Matías, es que comprobemos la verdad de todo eso. Me consta que Antón Almárcegui…

—¡El *Lupino*!

—Por mal nombre conocido como el *Lupino*, no cumple con la ley, pero trata de que la cosa no pase a mayores. Es posible que haya algo de exageración en lo que se dice en ese papel. No tenemos constancia de esas reyertas callejeras.

—¡Pues averiguadlo! ¡Pero sabed que no quiero medias tintas!

Aquella noche, poco después del toque de oración, Diego se dejó caer por la calle de Santa Catalina. Comprobó que el garito estaba abierto, pero a la calle no llegaban ruidos. Sólo vio a algunos sujetos dándole al naipe alrededor de una mesa. Los cajones donde se tiraban los dados estaban vacíos y las mancebas, mano sobre mano, esperaban clientes.

Al verlo, el *Lupino* bajó rápidamente. Tenía conocimiento de la denuncia de los vecinos.

—¡Dichosos los ojos, don Diego! —exclamó con una falsa sonrisa.

—¡No puedo creer que os alegréis de verme!

—¡Don Diego, es un honor que vuesa merced visite mi humilde casa!

—Menos monsergas.

—¡Cómo podéis decir eso! ¿Acaso desea vuesa merced un desahogo? —Miró a las mancebas.

—Sabéis que no he venido ni a eso ni a darle al naipe o tirar los dados. He venido a hablar con vos y este no es el mejor sitio para ello.

—Acompañadme, entonces.

Subieron a la sala que Diego ya conocía. No se anduvo por las ramas:

—Os han denunciado y esta vez no es la queja de un vecino. Es una denuncia en toda regla. El alguacil mayor quiere cerraros el garito.

—Don Diego…

—¡A cal y canto! En la denuncia se amenaza al alguacil mayor con que si no actúa se dirigirán a instancias superiores.

—Supongo que ese es su mayor temor, ¿me equivoco?

—No os equivocáis, pero eso es algo que a vos no os importa.

—Según se mire, don Diego, según se mire. Tengo entendido que vuestro jefe ha solicitado un hábito de Calatrava y espera la aprobación del Consejo de las Órdenes, donde hay ciertas reticencias a concedérselo e incluso quien lo rechaza abiertamente. Supongo que, si llegara a las alturas que se muestra poco exigente en el cumplimiento de la ley, su pretensión recibiría un duro golpe. Por eso está dispuesto a que nada que pueda serle perjudicial se interponga en su camino.

Diego se preguntó cómo era posible que aquel bellaco estuviera al tanto de la pretensión de don Matías y conociera los entresijos de su petición.

—Eso es algo que a vos no os incumbe.

—Tal vez, yo pudiera ayudar en eso.

Diego arrugó la frente. El *Lupino* era un malandrín, capaz de mentir a su propia madre con tal de sacar algún beneficio.

—¿Cómo podríais ayudar en un asunto como ese?

—Vamos, don Diego, vamos. Hay veces que puede contarse el milagro, pero no puede decirse quién es el santo. No es la primera vez que buscamos un acuerdo. Vuesa merced me ayuda a mí y yo os

ayudo a vos. Estoy dispuesto a daros cierta información, siempre y cuando…, ya me entendéis. La última vez que estuvisteis en esta casa, que es la vuestra, me dijisteis que en sitios como este se oyen muchas cosas. No os faltaba razón.

—¿Cómo podéis ayudar a don Matías en ese asunto? —insistió Diego.

El *Lupino* negó con la cabeza.

—Os lo diré cuando tenga garantías de que no se echará el cierre. ¿Qué harían esas desgraciadas —miró a las mancebas con una falsa expresión caritativa— que se ganan el pan de cada día porque abrimos esas puertas?

—¡Sois un redomado bellaco!

—He de dar la razón a vuesa merced. Pero no más que algunos que lucen cruces en sus jubones o llevan tahalíes de los que cuelgan espadas.

Diego no deseaba entrar en aquel terreno. No le faltaba razón. A sus años había visto muchas cosas que no eran precisamente edificantes.

—¿Qué garantías queréis?

—La palabra de vuestro superior. En la acusación no es todo verdad. Conozco el contenido del escrito y no negaré que alguna noche hay jaleo, incluso peleas. Muchos no saben perder. Pero la mitad de lo que se me acusa es falso. Aquí no se blasfema más que en otros sitios ni es el único lugar donde se fornica. También os podría dar nombres de algunos que se dan muchos golpes de pecho cuando todos los ven, y que se dejan caer por aquí para cabalgar entre las piernas de la *Fogosa*, la *Gallega* o la *Mohínes*. Os aseguro que os asombraríais.

—También vos hacéis visitas para cabalgar entre los muslos de alguna manceba.

—No es cierto. No busco fuera lo que tengo en mi casa. Cuando lo necesito, follo con alguna de ellas. En ocasiones hasta dos veces en un día.

—También visitáis a la *Melindres*.

El *Lupino* apretó la mandíbula.

—¿Qué ha querido decir vuesa merced?

—Que también vos…

Lo que dijo dejó sin palabras a Diego.

—La *Melindres* es mi hermana.

Contuvo la respiración. Se había equivocado.

—No era mi intención ofenderos. Lo lamento.

El *Lupino* se sorprendió. Los corchetes y los alguaciles no reconocían sus errores. Solían estar muy pagados de sí mismos y no eran pocos quienes, amparados en su autoridad, se excedían en sus atribuciones.

—La *Melindres* se llama Luisa Almárcegui, vive en una casa al final de la calle de Carretas en la esquina de la plazuela del Ángel. Un malnacido, que le había prometido matrimonio, le hizo una barriga y luego no quiso saber nada. Ella tiene que salir adelante y criar a ese niño. Es muy orgullosa y no admite la ayuda que le ofrezco. Prefiere abrirse de piernas. Dice que, si lo hizo una vez por amor y le salió tan mal, hacerlo por dinero no puede salirle peor.

—Dadme al menos una razón para convencer a mi jefe para que se muestre menos inflexible.

—Escuchadme atentamente.

Lo que contó lo dejó perplejo.

—¿No estaréis mintiéndome?

Como ya había hecho cuando estaba en la cárcel, juntó sus dedos en forma de cruz y se los llevó a la boca.

—¡Os lo juro!

XXVIII

El crepúsculo anunciaba la proximidad de la noche, pero el embajador ordenó que dispusieran el carruaje.

—¿Su excelencia va a salir tan tarde?

La pregunta de su mayordomo no era una insolencia. Roma era una ciudad particularmente peligrosa desde la puesta de sol hasta que el resplandor de la luz anunciaba un nuevo día.

—¡Sin perder un instante!

Media hora después, el carruaje de don Juan de Zúñiga llegó ante el jardincillo del palacete que se alzaba frente a la fortaleza de Sant'Angelo, al otro lado del Tíber y cerca del Panteón.

—¡Sooooo! —El cochero tiró de las bridas y detuvo los caballos—. Excelencia, hemos llegado.

El embajador abrió la portezuela y de un salto se plantó en la calle. Se acercó a la verja e hizo sonar, al otro lado del jardín, una campanilla a cuyo tintineo acudió un criado con un fanal en la mano.

—¿Quién llama tan a deshoras?

—Soy don Juan de Zúñiga y Requesens, embajador de su Católica Majestad. He de ver de inmediato al cardenal.

—¿Quién habéis dicho que sois?

—¡El embajador de España! —respondió Zúñiga, alzando la voz.

—¡Aguardad un momento!

Poco después, el mayordomo del cardenal, Antonio Perrenot de Granvela, llegaba a la verja y ordenaba al criado franquear el paso.

—Excelencia… —Lo recibió con una media reverencia—. Tened la bondad de acompañarme.

Lo condujo a una estancia, ricamente amueblada y alumbrada por las velas de unos candelabros de plata. El suelo estaba alfombrado y un cuadro de asunto mitológico y grandes dimensiones llenaba una de las paredes.

—Enseguida vendrá su eminencia.

Observó la pintura. Una mujer mostraba sus blancas y nacaradas carnes, tendida en una cama. Parecía dispuesta a recibir las doradas ascuas lanzadas por un volcán, que eran recogidas por una sirvienta de tez oscura.

—Excelencia. —La voz había sonado a la espalda de Zúñiga.

—Eminencia… —El embajador besó el anillo cardenalicio—. Mis disculpas por venir sin anunciarme y a hora tan inusual.

—Grave ha de ser la cosa.

—Lo es, eminencia. El rey me ordena entregaros esta carta.

Granvela había sido virrey de Nápoles y, como cardenal, defendía los intereses de Felipe II ante el papa. Rondaría los sesenta años, era de mediana estatura, tenía una poblada barba, los ojos claros y un lunar en la sien. Miró la carta y comprobó que el lacre estaba intacto. La leyó y luego preguntó al embajador:

—¿Ha cenado su excelencia?

—No, eminencia.

—Me sentiría muy honrado si compartierais conmigo mesa y mantel.

Zúñiga no lo dudó.

—Será un placer.

El cardenal batió palmas y al instante apareció el mayordomo, al que dio unas breves órdenes. Luego preguntó al embajador, como forma de ganar unos minutos mientras todo quedaba dispuesto en la mesa:

—¿Qué os parece el cuadro?

—¡Magnífico! ¿Algún pintor veneciano?

—¿Por qué pensáis eso?

—Por la riqueza de color, por el tratamiento del desnudo…

—Es de Tiziano. Trata el mito de la princesa Dánae, hija del rey de Argos, que fue poseída por Zeus en forma de lluvia de oro.

La cena fue propia de un cardenal. Sobre manteles de hilo, cubertería de plata, rica vajilla y delicada cristalería, la comida señalaba la categoría de la cocina de Granvela y el vino propio de una bodega bien surtida.

—Supongo que vuestra excelencia está al tanto de que el rey de Portugal se ha dirigido a su santidad solicitando la dispensa de sus votos.

—Esa dispensa le permitiría contraer matrimonio y tener descendencia sobre la que recaería la titularidad del reino —respondió el embajador—. Su majestad teme que, si su santidad otorga la dispensa, podría ocurrir. Es lo que supongo que os dice en la carta que os he traído.

Granvela se mojó los labios en el vino.

—Su santidad se enojó mucho al saber que el rey buscaba una tregua con los turcos. Amenazó con retirar las ayudas que otorga para luchar en defensa de la Iglesia.

—Dio marcha atrás, consciente de que la seguridad de Roma depende en gran medida de la ayuda que le prestemos en caso de ser atacados. Además, quien hace frente a los herejes en el norte de Europa somos nosotros. Creo que debemos jugar esa carta. Si su majestad amplía su poder incorporando Portugal, la lucha contra los anglicanos ingleses, los rebeldes flamencos y los herejes alemanes será más efectiva. También podrá sostener mejor a los católicos en Francia frente a los hugonotes.

—Hemos de tener cuidado con Francia —puntualizó Granvela.

—¿Por qué motivo?

—Porque Francia no ve con buenos ojos que se incorpore Portugal a los dominios del rey. Catalina de Médicis tratará de influir para que el papa otorgue esa dispensa.

—En ese caso, eminencia, nuestro trabajo será doble. Neutralizar a los franceses y que el pontífice no acceda a la petición de don Enrique.

Tanto Granvela como Zúñiga se movieron con habilidad por los pasillos vaticanos. El primero hablando con otros miembros del colegio cardenalicio. El segundo haciéndole llegar al papa un mensaje de lo necesario que era para el más importante de los

príncipes que seguían fieles a Roma que el rey de Portugal mantuviera sus votos eclesiásticos.

Gregorio XIII dudaba.

Francia presionaba en sentido contrario. En París no se quería ver a Felipe II reinando en Portugal, algo que podía frenarse si el anciano rey cardenal contraía matrimonio. Apoyarían cualquier cosa con tal de que el rey de España no sumara a sus ya vastos dominios las posesiones portuguesas. Pero Granvela y Zúñiga jugaron bien sus cartas. El oro de Madrid corrió abundante por los pasillos vaticanos y el papa decidió que don Enrique seguiría siendo cardenal hasta al fin de sus días.

La noticia llegó a Madrid dos días antes de Nochebuena. Felipe II había acudido al monasterio de los Jerónimos, acompañado por la reina. Se la dieron a la salida del monasterio.

—Majestad, noticias de Roma, de Granvela y de Zúñiga. —Vázquez de Leca había acudido consciente del interés del rey por recibirlas.

Felipe II ofreció su mano a la reina para subir a la carroza, luego tomó las cartas y se acomodó en el carruaje.

—¡A palacio! —indicó el capitán de los Monteros de Espinosa.

Leyó primero la carta de Granvela. La reina escrutaba su cara, pero nada podía adivinar. Pendiente del menor gesto de su esposo, le preguntó:

—¿Son buenas?

—¡Excelentes! El papa no concederá a don Enrique la dispensa de los votos que solicitaba. —Rompió el lacre de la carta del embajador y no disimuló su satisfacción—. Zúñiga me dice lo mismo.

Una vez que la negativa pontificia extinguía la casa de Avís, Felipe II decidió enviar a Lisboa a uno de sus hombres de confianza para instar a don Enrique a que dejara claro que él era su sucesor.

El día de Nochebuena llegaron a Lisboa las noticias de Roma. En el *Palacio da Ribeira* se aguardaban aquellos correos con tanta o más expectación que en el Alcázar madrileño. Cuando se supo que el papa no daba su consentimiento a la anulación de los votos de don Enrique, la tristeza se apoderó de todos.

—¿Qué piensa hacer vuestra majestad? —preguntó al rey el arzobispo Almeida.

Don Enrique tosió repetidamente, la tisis iba en aumento.

—Mantener apartado de la corte al prior de Crato y darme tiempo para tomar decisiones.

La conmemoración del nacimiento de Jesús se celebró de forma austera. Portugal no estaba para celebraciones. Los muertos en Alcazarquivir habían sido muchos y muchos más seguían cautivos de los moros, que exigían fuertes rescates para su liberación, pese a los redimidos por el rey de España. En algunos lugares de Lisboa se cumplió, sin embargo, con la tradición de encender grandes troncos que arderían durante horas. Don Enrique, antes de retirarse a sus aposentos, llamó a su mayordomo:

—Que venga Barreto, es urgente.

Poco después, comparecía ante el monarca aquel experto en vaticinios y augurios al que don Enrique había consultado a lo largo de los años.

—Majestad… —saludó haciendo una reverencia.

—Estaréis pendiente del tronco que se enciende ante la puerta del monasterio de los Jerónimos. Traedme toda la información que podáis sacar.

El adivino se retiraba cuando lo detuvo la voz del rey:

—Lo que encontréis sólo debo saberlo yo.

Apenas hubo salido el augur, don Enrique entrecerró los ojos. En su rostro era visible el cansancio. Gobernar un reino siempre era complicado, pero hacerlo en sus circunstancias era una pesada losa. Demasiado pesada para un hombre de su edad, poco habituado a las tensiones propias de la corte, y con una enfermedad que pronto lo llevaría a la tumba. El mayordomo entró y dudó si retirarse y dejarlo descansar cuando un fuerte golpe de tos despabiló a don Enrique, que miró sorprendido al mayordomo.

—¿Lleváis ahí mucho tiempo?

—Acabo de entrar, majestad. Lourenço Pereira desea veros. ¿Le digo que vuelva en otro momento?

—¿Lourenço Pereira? —preguntó don Enrique, como si necesitara ayuda para identificar aquel nombre.

—Le encomendasteis la búsqueda de doña María de Noronha.

—¡Ya recuerdo! ¡Que pase! ¡Que pase inmediatamente!

Pereira se inclinó ante el rey.

—Contadme, ¿qué habéis averiguado?

—En Setúbal está doña María de Noronha.

—¿Habéis hablado con ella?

—Sí, majestad.

—¿Qué os ha dicho?

—Poca cosa, señor. Es cierto que requirió los servicios de un médico para atender a un caballero que tenía acogido en su casa.

Las pronunciadas arrugas de la frente de don Enrique se acentuaron.

—¿Quién era ese caballero?

—No hubo forma de que me lo dijera. Sólo me dijo que venía de Berbería y que había sido redimido por los trinitarios junto a otros caballeros. Que cayó enfermo poco antes de llegar a Setúbal y que ella lo atendió.

—Esa historia es poco convincente —señaló el rey.

—No soltó prenda sobre por qué decidió alojarlo y atenderlo. Logré que me dijera el nombre del médico, quien tampoco me contó gran cosa. Admitió haber atendido a un caballero. Pero no me dio más detalles.

—Todo eso resulta muy extraño.

—Mucho, majestad.

—Volveréis a Setúbal y visitaréis de nuevo a doña María y a ese médico y les preguntaréis en mi nombre. Os daré la cédula correspondiente. Quiero saber qué hay detrás de todo esto.

—Como disponga vuestra majestad.

Aquella noche, después de la misa del gallo, muchos lisboetas, aunque menos que en otras ocasiones, se reunían en torno a las hogueras. Los que estaban ante el impresionante monasterio de los Jerónimos no eran muchos. La forma en que ardían aquellos troncos mostraba indicios sobre cómo discurriría el año venidero. Había que saber interpretar el tiempo que tardaban en consumirse o la disposición en que quedaban las ascuas. Barreto aguantó hasta el amanecer y soportó el frío con una gruesa pelliza y con un pellejillo

de orujo. Cuando se marchó, cansado y somnoliento, las campanas de los Jerónimos tocaban a maitines. Su eco se confundía con los sones de otros campanarios monacales. Lisboa empezaba a desperezarse la mañana de aquella triste Navidad.

Fueron muchos los que acudieron a las iglesias para pedir por sus muertos o por sus cautivos. También por el rey don Sebastián, convencidos de que, oculto en algún lugar, aparecería en el momento más indicado para ocupar de nuevo el trono. El último rumor apuntaba a que hacía penitencia en un apartado monasterio, pidiendo perdón a Dios por sus pecados, que habían llevado al reino al desastre sufrido en Alcazarquivir.

A media mañana, Barreto compareció ante don Enrique, cuyo aspecto denotaba que había pasado mala noche. Los médicos le habían dado varias veces un jarabe que aliviaba algo la tos que lo mortificaba.

—Majestad, os seré sincero. Por la forma en que ardía el tronco y por los restos de ascuas, la muerte os acecha.

—A todos nos acecha, Barreto. Hablad sin temor. Sé que mi tiempo en la tierra está muy tasado.

El augur dejó escapar un suspiro.

—Es posible que Dios os llame el año que está a punto de comenzar, a lo sumo en las primeras semanas del siguiente.

—¿Algo más?

—Tened por seguro que don Sebastián está muerto.

Don Enrique tosió varias veces. La tisis no le daba respiro.

—¿Habéis visto algo que indique cuál es el futuro del reino?

—Algo, pero muy borroso.

—Os he dicho que habléis sin temor. ¿Qué habéis visto?

—Majestad, vuestra sucesión no será fácil. Lo único que he visto claro es que don Antonio buscará ser coronado.

—¿Podría ser rey? —Don Enrique había fruncido el ceño.

—No sabría deciros. Lo que he visto es borroso.

En los primeros días de enero del nuevo año de 1579, llegó a Lisboa el enviado de Felipe II. Era fray Hernando del Castillo, un

dominico, prior de uno de los conventos que su orden tenía en Madrid. Hasta pasada la Epifanía, don Enrique no lo recibió.

Acudió a la audiencia acompañado por Moura y el duque de Osuna. El austero hábito del fraile contrastaba con las ricas vestiduras de sus acompañantes. Tenía fama de ser hombre directo, claro en sus exposiciones y poco dado a las componendas. Era docto en leyes y, como calificador del Santo Oficio, su criterio había sido fundamental para exonerar a fray Luis de León de las acusaciones que pesaban sobre él.

—Majestad —hizo una inclinación de cabeza—, vengo en nombre de mi señor el rey don Felipe, segundo de su nombre en Castilla. Os desea toda clase de venturas y que Dios guarde vuestra vida mucho tiempo.

—Agradecédselo cuando reciba a vuestra paternidad y decidle que también yo le deseo toda clase de venturas. Ahora, decidme, ¿cuál es el motivo de vuestra presencia en Lisboa?

—El rey, mi señor, me envía para exponer ante vuestra majestad sus pretensiones, como nieto de don Manuel, que gloria de Dios haya, e hijo de vuestra hermana, doña Isabel. Considera, como queda expuesto en estos pliegos —fray Hernando entregó al mayordomo un cartapacio—, que sus derechos al trono, como sucesor de vuestra majestad, son los primeros y quiere que vos los reconozcáis.

Fray Hernando, como era habitual en él, había planteado de forma directa la misión que Felipe II le había encomendado.

—Vuestro rey y señor ha de saber que existen… otros posibles sucesores —respondió don Enrique, tras apaciguar una inoportuna tos.

—Sus derechos son primeros y de mayor peso, como se explica en esos documentos. —Fray Hernando miró al mayordomo—. Es hijo de la hija mayor del rey don Juan.

—Pero doña Catalina, la duquesa de Braganza, es hija de don Duarte, hijo varón del rey don Manuel.

—La duquesa es hembra.

—Cierto, pero sus derechos le vienen de varón. Es asunto complejo que será necesario estudiar con todo detenimiento.

—Ese estudio, como he dicho a su majestad —aquellas palabras parecieron a los presentes una insolencia—, se encuentra en esos papeles.

—Si en ellos se demuestra que los derechos de don Felipe son los primeros, así se tendrá en cuenta. Pero sabed, y así deberá vuestra paternidad transmitírselo, que hay doctores en leyes que sostienen opiniones diferentes a las que habrá en esos papeles. —Otro golpe de tos agobió a don Enrique.

El mayordomo consideró que la reunión debía darse por concluida.

—Mi señor ha dado cumplida respuesta a la cuestión que habéis planteado. Si su majestad no dispone otra cosa, la audiencia ha concluido. Ofreced mis saludos a su majestad, el rey don Felipe. Podéis retiraros.

Una vez abandonado el *Palacio da Ribeira*, hasta cuya puerta los acompañó un gentilhombre, se dirigieron a la residencia del embajador.

—Parece que don Enrique no tiene tan claro como nuestro rey cuál debe ser la línea sucesoria —comentó el duque.

—Desde un punto de vista legal, es muy complicada —señaló Moura.

Fray Hernando lo miró con cierto descaro.

—¿Vuesa merced no tiene claro que el derecho asiste a nuestro rey?

—Lo tengo claro, paternidad. El sucesor de don Enrique, habida cuenta de que no podrá tener descendencia, al habérsele negado la dispensa de sus votos, ha de ser don Felipe. Pero hay maestros de Coímbra que opinan que los derechos de la duquesa de Braganza son mejores.

—¡Ella es mujer! —exclamó el dominico.

—Pero sus derechos vienen por vía masculina, mientras que a nuestro rey le llegan por vía materna. Pero eso no es todo.

—Explicaos, don Cristóbal.

—Si todo hubiera de resolverse por vía legislativa, el problema no sería grave, pero juegan otros factores. Don Enrique no se ha mostrado favorable con las pretensiones de su majestad porque está muy dolido con él. Sabe que el papa ha negado su deseo de quedar

libre de los votos por presiones de don Felipe. Sumad a ello que, si bien hay quien ve ventajas a una unión con Castilla, muchos la rechazan. Piensan que Portugal perdería su identidad como reino. Por eso se aferran a la descabellada idea de que don Sebastián no está muerto. Otros apoyan al prior de Crato, aunque sea bastardo.

—En ese caso, don Felipe hará valer sus derechos por la fuerza de las armas —sentenció el duque de Osuna.

Moura asintió levemente con la cabeza.

—Esa debe ser la última opción. Un rey que entra en un territorio por la fuerza de las armas no suele ser bien acogido por los naturales.

Fray Hernando permaneció en Lisboa algunos días más, que aprovechó para pulsar la opinión pública y pudo comprobar que Moura tenía razón.

XXIX

Cuando fray Hernando llegó a Madrid, el rey estaba en El Escorial. A Felipe II le gustaba cada vez más alejarse del vetusto y laberíntico Alcázar donde, además de las dependencias reales, se había instalado una parte importante del creciente aparato burocrático del Estado. Tuvo que tomar el camino de la sierra madrileña para informar al rey del fracaso de su misión. Era, junto a Arias Montano, además del padre Chaves, una de las pocas personas recibidas por el rey sin necesidad de superar los vericuetos que la burocracia había establecido para acceder al monarca.

—Majestad. —Fray Hernando inclinó la cabeza ante el rey, quien tuvo la deferencia de levantarse para recibirlo, besando su mano.

—¿Cuándo ha regresado su paternidad?

—Llegué a Madrid hace cuatro días, señor.

—¿Qué dice don Enrique?

—No tiene clara la línea sucesoria.

La contrariedad se reflejó en el rostro de Felipe II.

—¿Vio el informe que le llevabais?

—Se lo entregué. Pero me dijo, sin consultarlo, que maestros de Coímbra sostienen que la duquesa de Braganza es tan nieta como vos del rey don Manuel y que ella os aventaja porque desciende de una vía masculina, al ser hija de don Duarte.

—¡Pero ella es mujer!

—Así se lo hice saber. Pero no tiene claro lo de nombraros sucesor. Don Cristóbal de Moura me dijo que ha influido la presión sobre el papa para que no le otorgue la dispensa de sus votos.

Felipe II se sentó y permaneció unos instantes en silencio, antes de preguntarle:

—¿Cómo respira Lisboa?

—El rechazo a Castilla es muy amplio entre los de baja condición y también entre miembros del clero. Hay gentes pagadas por el prior de Crato que alientan ese rechazo. Se han difundido pasquines donde se recuerda la batalla de Aljubarrota.

El fraile sacó de una de las amplias mangas de su hábito un pliego y se lo entregó al rey. En él se veía un grabado que ilustraba un texto alusivo a la batalla donde el ejército portugués infligió una dura derrota al castellano.

—Lo que supuso aquella batalla puede que la divina providencia lo remedie dos siglos después. La muerte de don Sebastián, que gloria de Dios haya, ha sido lamentable, pero ha abierto posibilidades a la unión de todas las coronas ibéricas.

—Mi opinión, majestad, es que el mayor obstáculo es el prior de Crato.

—¡Mal favor me hizo Medina Sidonia pagando su rescate!

—Por lo que he podido comprobar, despierta grandes simpatías entre la plebe. Vos tenéis mejor acogida entre hidalgos y una parte del clero. La Compañía está a vuestro favor. También os diré que las sumas que vuestra majestad ha empleado en redimir cautivos os han favorecido mucho.

Don Felipe despidió a fray Hernando agradeciéndole el servicio que le había prestado.

A Diego le había costado mucho trabajo convencer a don Matías. El alguacil mayor no creía una palabra de la historia que Almárcegui le había contado.

—Señor, nada perdéis viéndoos con él en un lugar apartado.

—¿Dais crédito a un sujeto de esa calaña?

—No es la mejor compañía, pero no todo en él son bellaquerías.

Don Matías se había negado durante semanas a verse con el *Lupino*, pese a que Diego le había dicho que podría poner remedio a las dificultades con que chocaba su petición de un hábito de

Calatrava. Al parecer, no quedaba acreditada su limpieza de sangre en una de sus ramas paternas.

—Está bien, preparad ese encuentro. ¡En un lugar discreto!

Una semana después, en una casa a una legua de Madrid por el camino de Guadalajara y que unos corchetes habían tenido vigilada, se vieron el alguacil mayor y el *Lupino*. También estaba presente Diego.

Don Matías mantenía una actitud circunspecta.

—Celebro mucho conocer a su excelencia —lo saludó Almárcegui, que le daba un tratamiento muy elevado. Nunca escatimaba, si convenía a sus intereses, dedicar tales lisonjas.

—No perdamos tiempo en saludos. ¿Es cierto que don Sancho de Montbuey es asiduo a vuestro…, vuestro garito?

—Lo es, excelencia. Le gusta darle al naipe y, sobre todo, es uno de los devotos de las tetas de la *Mohínes*.

—¡Sois un deslenguado!

—Excelencia, don Sancho juega mucho y os juro por lo más sagrado que en lo que se refiere a… los encantos de la *Mohínes* no os exagero. Le dispensa verdadera devoción. Añadiré algo más. No es para menos.

Don Matías soltó un bufido.

—¿Cómo sé que no estáis mintiéndome? ¡No sois persona de fiar!

—Sin embargo, su excelencia ha aceptado venir.

—Eso no os da crédito alguno.

—Lo que os digo de don Sancho de Montbuey es cierto. Propongo a su excelencia que el primer día que don Sancho aparezca por mi casa daré aviso a quien me digáis para que lo compruebe. Eso a nada os compromete.

—Pedís a cambio mucho.

—Es mucho lo que ofrezco a su excelencia. Además, como ya dije a don Diego, en esa denuncia hay mucho artificio de gente que me quiere mal. Es cierto que en ocasiones se han producido escándalos e incluso que ha habido alguna reyerta. Pero no con la frecuencia que dicen esos vecinos.

Don Matías sabía que aquel malandrín tenía razón en cuanto a que le ofrecía mucho. Había sido don Sancho de Montbuey,

representante de la Orden de Calatrava en el Consejo de las Órdenes, quien sostenía que su limpieza de sangre no estaba acreditada. Sorprenderlo en una timba o fornicando con una prostituta significaba tenerlo agarrado por el cuello.

—Me olvidaré de esa denuncia, si se confirma eso que decís.

Las sospechas de Felipe II crecían conforme aumentaba la información sobre la actuación de don Juan de Austria. Como desagravio a las sospechas sobre su lealtad había ratificado, como le había pedido en su carta de despedida, a Alejandro Farnesio como gobernador de Flandes.

El cadáver de don Juan había llegado a un puerto del Cantábrico acompañado en su viaje desde Flandes por el doctor Daza Chacón, el médico que lo había atendido en sus últimos momentos. El rey había enviado una escuadra de Monteros de Espinosa para que los escoltaran hasta Madrid. Era todo un reconocimiento, porque los Monteros sólo daban guardia al rey y a los miembros de su familia.

Su entrada en Madrid fue un acontecimiento.

Los madrileños y gentes venidas desde muy lejos se agolpaban en las calles por donde había de pasar el cortejo fúnebre para rendir tributo al vencedor de los moriscos en las Alpujarras, de los turcos en Lepanto, de los berberiscos en Túnez y de Orange y sus secuaces en Flandes.

Al llegar a su destino el médico indicó al rey:

—Majestad, el cadáver de don Juan está muy maltratado. Debería arreglarse antes de darle sepultura.

Don Felipe le respondió desabrido:

—Retiraos, vuestro trabajo ha terminado.

Había quien decía que el tifus había sido causa principal de su muerte, pero que la actuación del médico no había sido la más adecuada y que el tratamiento de una fístula le había provocado una hemorragia.

No faltaba razón al médico, cuando advirtió al rey sobre el estado del cadáver de don Juan. El rey ordenó a unos embalsamadores que lo adecentasen todo lo posible. Terminado el trabajo y celebradas

unas honras fúnebres propias de un príncipe, el cortejo funerario partió hacia la sierra de Madrid. Felipe II había dispuesto que su hermano reposase en la iglesia del monasterio de San Lorenzo, donde se construía un panteón para que descansasen los restos de los miembros de la familia real.

El camino hasta El Escorial se llenó de gente y, cuando el cadáver llegó al monasterio, una muchedumbre abarrotaba la gran explanada que se abría ante la puerta principal. Apenas quedaba un pasillo para la carroza mortuoria tirada por seis caballos con gualdrapas y plumeros negros, cuyos cascos podían oírse en medio de un silencio que impresionaba. En la puerta del monasterio lo aguardaban el rey, que siguiendo su costumbre vestía de negro, la reina doña Ana, vestida de luto con el rostro cubierto por un velo, y numerosos cortesanos —gentilhombres, mayordomos, aposentadores, presidentes de los consejos…—, todos ellos enlutados. También el prior del monasterio al frente de la comunidad. Los trabajadores de las obras habían cesado en su actividad.

Felipe II se quitó el sombrero y los grandes, que permanecían cubiertos, se destocaron rápidamente. El prior, que iba revestido para la ocasión —casulla y capa negras—, se acercó al ataúd y con un hisopo lo roció de agua bendita, al tiempo que salmodiaba unas oraciones. Antes de que iniciara el rezo de un *pater noster*, varios turiferarios perfumaron el féretro y columnas de incienso subieron al cielo.

A hombros de Monteros de Espinosa, tras el que marchaban los reyes y a continuación los cortesanos, el cadáver de don Juan de Austria fue llevado al templo. En el presbiterio, ante el altar mayor, se había instalado un catafalco cubierto con bayetas negras y alumbrado con grandes blandones. Estaba presidido por una cruz, a cuyos pies podía verse el escudo de los Austrias cobijado bajo las alas de un águila bicéfala. Montaban guardia en sus esquinas y vistiendo uniforme de gala, con una banda de seda negra cruzada sobre el pecho, unos alabarderos reales. A uno de los lados, ante unos reclinatorios, se situaron don Felipe y doña Ana, mientras que la corte ocupaba sus lugares, según el estricto protocolo regio. El

arzobispo de las Indias presidió el funeral concelebrado por media docena de prelados.

Su cadáver recibía los honores que le fueron negados en vida.

El rey permaneció varias jornadas en el monasterio, retirado y cumpliendo las prescripciones del luto. Todos los días bajaba a la cripta y permanecía largo rato ante la tumba de su hermano. Empezaba a comprender algunos sucesos acaecidos los meses anteriores y esperaba la llegada de los papeles de don Juan, que se estaban retrasando más de lo que era su deseo.

Mediado el mes de febrero recibió carta de Moura. Las noticias no eran buenas. La decisión tomada por don Enrique enervó al monarca español.

—¡Se ha atribuido un derecho que no tiene! ¡No puede convertirse en árbitro de la sucesión!

—Sin embargo, salvo mejor criterio de vuestra majestad, hemos de responder a ese planteamiento —señaló Arias Montano.

Felipe II no parecía muy convencido.

—Majestad, disponéis de tiempo para meditarlo, antes de tomar una decisión —intervino Vázquez de Leca—. El plazo establecido, según dice Moura, es de dos meses.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó al secretario.

—Señor, si don Enrique ha dado un plazo a quienes se creen con derecho a la sucesión para que den sus razones, creo que debemos hacerlo. Tenemos fundamentos para ello. Nadie podrá decir que vuestra majestad no lo hace porque carece de argumentos sólidos para defender sus derechos.

El rey guardó silencio, como era habitual cuando valoraba lo que se le decía. Lo dicho por Vázquez de Leca era una muestra de sensatez, aunque le incomodara entrar en aquella especie de competición.

—Está bien. Preparad el documento donde expondremos nuestros derechos. Tenemos los informes de los legistas de Salamanca y fueron la base del documento que envié a don Enrique por mano de fray Hernando.

Unos días más tarde, Vázquez de Leca le presentaba el texto que había elaborado. El rey lo leyó detenidamente.

—Está bien argumentado. Pero se añadirá lo siguiente porque vamos a enviarlo también a algunas instituciones de Portugal para que tengan presente nuestra posición. Anotad:

Hago este alegato por todas estas razones y por el respeto que tengo al rey, mi tío, a quien deseo que su vida sea larga. Mas encontrándose las cosas de la sucesión de ese reino en el estado que vos sabéis, he querido con mucha consideración y maduro consejo saber el derecho que Dios fue servido darme por sus ocultos juicios; y habiendo mandado mirar este negocio en mis reinos y fuera de ellos por personas de ciencia y conciencia, hallan todos que la herencia de los dichos reinos es mi derecho. No hay ninguna duda de que haya persona de las que hoy viven que, con razón ni justicia en manera ninguna, me lo pueda contradecir por muchas y claras razones, y particularmente entre todas, por ser varón y más viejo en días, como es notorio y sabido.

El secretario había tomado nota de aquello.

—Leédmelo.

Cuando concluyó el rey le dijo:

—Añadid:

Que no es rey extranjero el que os ha de heredar, sino tan natural como dicho está y seré tan padre de cada uno como todos lo veréis cuando fuere Dios servido. Más desde ahora os he querido rogar que con vuestra mucha prudencia y larga experiencia vayáis mirando y apuntando todas aquellas cosas en que yo os puedo hacer honra y favor, no sólo en conservar vuestros privilegios y libertades, sino aumentando cada uno de ellos en general y a cada uno de vosotros en particular.

XXX

A don Enrique no le sentó bien que Felipe II se dirigiera a otras instituciones portuguesas. Erigido en árbitro, no deseaba interferencias. En Lisboa, la carta de Felipe II, pese al añadido final, en que se mostraba respetuoso y dispuesto a conservar las libertades y fueros del reino, así como de mantener los privilegios de que gozaban los representantes de las instituciones, fueron muchos los que la interpretaron como una amenaza.

Por aquellos días llegó a Madrid el baúl donde venían los papeles de don Juan de Austria. El rey había tenido que reclamarlos y Andrés de Prada, enviado a Flandes por Felipe II para aquella misión, había pedido a Alejandro Farnesio que le facilitara una escolta de protección para el viaje.

Cuando Prada entró en el gabinete, hincó la rodilla e inclinó la cabeza.

—Majestad…

—Alzaos, Prada. —El rey, mirando el baúl, le preguntó—: ¿Esos son los papeles de don Juan?

—Así es, majestad. No ha sido fácil cumplir vuestras órdenes.

Felipe II alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Por qué lo decís?

—Señor, llegar con bien a Madrid ha costado la vida a dos de los hombres de la escolta que me proporcionó don Alejandro Farnesio.

Ahora el rey frunció el ceño.

—¿Cómo ha sido eso?

—El barco que nos trajo de Flandes arribó al puerto de Santander. Allí contratamos caballos para los seis hombres que venían conmigo y para mí. Nos dirigimos a Aguilar de Campoo, pero antes de llegar tuvimos un encuentro con unos malhechores, a los que logramos ahuyentar. Salvamos, en una jornada, las quince leguas hasta Burgos, donde pernoctamos en un mesón cercano a la catedral, y trataron de robarnos mientras dormíamos.

—Es arriesgado intentar robar a una escuadra de soldados.

—Así es, majestad. Eso me puso sobre aviso porque no es normal. Creo que, tanto quienes nos atacaron antes de llegar a Aguilar de Campoo, como quienes intentaron robarnos en Burgos, buscaban los papeles que guarda este baúl. Pero lo peor ocurrió en las cumbres de Somosierra. Allí se produjo un nuevo ataque. Eran al menos una docena y aparecieron cuando el camino pasaba junto a un encinar. Allí murieron los dos hombres. Estoy seguro de que esos ataques son de la misma mano. El capitán Sandoval, que es quien mandaba esa escolta, también está convencido de que hay alguien interesado en que estos papeles no llegaran a vuestras manos.

—¿Habéis podido averiguar quién está detrás de esos ataques?

—No, majestad, y añadiré que lo siento muy de veras.

—Podéis retiraros. Se os recompensará debidamente por este servicio.

—Perdonad, señor. Pero lo que se me vaya a entregar, dádselo a las viudas de esos hombres que han muerto por serviros.

—Perded cuidado. También se las recompensará debidamente.

Felipe II dio instrucciones para que no se le molestara.

—Bajo ningún concepto.

Durante tres días, el rey leyó y releyó aquellos papeles. Buscaba un dato, un detalle que revelase la deslealtad de la que Antonio Pérez tanto le había hablado. Algo que demostrara que las tropas, con tanta insistencia pedidas, serían utilizadas para acciones diferentes a hacer morder el polvo a los rebeldes y devolver la totalidad de Flandes a su obediencia. Lo que la lectura le descubría era la absoluta lealtad que su hermano le había dispensado y que, en todo momento, había mantenido una conducta irreprochable.

Ahora supo que, estando en Nápoles, había recibido la invitación del papa para desposar a María Estuardo, lo que le convertiría en rey de Escocia y apenas pudo contener la emoción cuando leyó —a diferencia de él don Juan conservaba copia de toda su correspondencia— la respuesta que dio a Gregorio XIII. Le indicaba que, salvo que tuviera autorización de su Católica Majestad, a quien debía lealtad por encima de otras consideraciones, no tomaría iniciativa alguna en aquel asunto. Don Felipe supo entonces que el deseo de su hermano de pasar por la corte, antes de viajar a Flandes para hacerse cargo de su gobernación, era plantearle, si consideraba oportuno, acceder a aquella petición de su santidad. Supo también que el deseo de que le otorgase el tratamiento de alteza, que le había negado, era para tener una dignidad adecuada a quien aspiraba a la mano de una reina.

Aquellos papeles revelaban una realidad muy diferente a la que le había presentado Antonio Pérez. Todo lo dicho por el secretario era un engaño que le había llevado a dar su consentimiento a la muerte de Escobedo.

Felipe II, tantas veces indeciso, resolvió con una rapidez inusual y dio instrucciones muy precisas a Vázquez de Leca:

—Vigiladle. Quiero saber todo lo que hace y tener conocimiento de cada uno de sus pasos. Con quién se reúne, a quién visita, con quién habla. Hacedlo con sumo cuidado y sabed que no tengo prisa. No ha de sospechar. Sabed también que me retiraré a El Escorial durante la Semana Santa.

El secretario no necesitaba de mayores explicaciones. Sabía que, cuando el rey se retiraba aquellos días de penitencia y oración, no se le debía molestar con ningún asunto, salvo que se tratase de algo de gravedad extrema.

Antes de que el rey se apartase del mundo aquellos días en que se recordaba la pasión, muerte y resurrección de Cristo, Antonio Pérez despachó con don Felipe en varias ocasiones, sin que el monarca le transmitiera sensación alguna de rechazo. El secretario, hombre perspicaz, estaba pendiente de cualquier detalle que le

advirtiera de que el rey había empezado a sospechar de sus manejos. Nada indicaba que fuera así. Eso le hacía pensar que, en aquellos papeles, de los que había intentado apoderarse por todos los medios, nada había que lo comprometiera. Con el paso de los días aumentaban sus esperanzas de que no quedara al descubierto cuáles habían sido sus planes. Sus planteamientos respecto de Flandes podía explicarlos porque desde el primer momento había seguido la línea política defendida por su mentor, Ruy de Silva, partidario de encontrar una solución negociada a aquel conflicto. La diferencia con él era que quien había sido esposo de doña Ana de Mendoza creía sinceramente que esa era la mejor solución, mientras sus planteamientos estaban dictados por sus intereses personales y las importantes sumas que los rebeldes flamencos hacían llegar a sus manos para que convenciera a don Felipe de que buscase acuerdos y negociaciones que les permitían ganar tiempo para sus planes de rebelión, dado que conseguirlo por la vía militar no parecía posible. Por eso habían buscado que los tercios, imbatibles en el campo de batalla, salieran de Flandes. En cuanto al asesinato de Escobedo, cuya esposa e hijo seguían insistiendo en que se encontrase y castigase a los culpables, no albergaba temores. A fin y al cabo el rey había dado su consentimiento.

—Creo, mi señora —le decía a doña Ana de Mendoza, después del apasionado encuentro que habían mantenido—, que esos papeles nos han inquietado más de lo que debíamos.

—¿Estáis seguro? —le preguntó recolocándose el parche en el ojo.

—Hace dos semanas que llegaron a sus manos y no he notado ningún cambio de actitud.

—No os fieis, don Felipe ha convertido el disimulo en un arte.

—Lo conozco bien. Lo habría delatado algún gesto, alguna palabra.

La princesa de Éboli dejó escapar un suspiro.

—No os confiéis.

Pérez la miró. Tenía suelta su negra melena. Estaba bellísima.

Ella le acarició el pecho y él notó cómo crecía su pasión. La besó en los labios y fue el comienzo de otro escarceo amoroso que los

dejó exhaustos. Pérez se levantó, escanció dos copas de vino y ella le preguntó:

—¿Habéis hecho alguna consulta a vuestro astrólogo?

—¿Sobre los papeles?

—Sí.

—No, pero no sería mala idea.

Don Matías se impacientaba.

—Ese bellaco nos ha tomado el pelo a vos y a mí.

El *Lupino* había dicho a Diego en varias ocasiones que don Sancho no había aparecido por allí. Le había dado varias razones y le parecían convincentes, pero no sosegaban al alguacil mayor.

—El tiempo no ha sido el más propicio para que don Sancho de Montbuey se haya dejado caer por el garito.

La Cuaresma era considerada, incluso por los rufianes, un tiempo de penitencia. Si la celebración del Carnaval suponía un gran desenfreno en todos los sentidos, aquellos cuarenta días eran tiempo de penitencia. Significaba ayunos y abstinencias no sólo de boca, sino de toda clase de holganza. Las mancebías cerraban sus puertas y se había hecho popular el dicho de que las rameras pasaban mucha hambre aquellas semanas por la falta de clientela. Era algo que también afectaba al negocio del *Lupino*.

Muchos esperaban con ansiedad la llegada del Lunes de Pascua, en que quedaba atrás la Semana Santa y con ella las abstinencias carnales. El veintinueve de marzo el garito recuperó la actividad. Los jugadores de naipes llenaron las mesas y la *Gallega*, la *Mohínes*, la *Fogosa* y sus compañeras no daban abasto. Había largas esperas para entrar en las camaretas.

Al filo de la medianoche apareció por allí don Sancho de Montbuey. Como siempre, lo acompañaban dos criados a los que se les permitía llevar unas espadas cortas y de hoja ancha y acanalada, que llamaban cinquedeas. Almárcegui no perdió un instante. Saludó a don Sancho con fingida cordialidad y bastó un gesto a uno de los perillanes que vigilaban las mesas de juego para que saliera a toda prisa y fuera adonde aguardaban cuatro corchetes.

—El pájaro está en la jaula.

Los corchetes tenían instrucciones precisas para el caso de que don Sancho hiciera acto de aparición. Tres marcharon a la calle de Santa Catalina y el cuarto fue a dar aviso a Diego, que leía *La historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa* que aparecía en *Los siete libros de Diana*. Cuando oyó los golpes del aldabón, cerró el libro, se colgó el tahalí con su espada —una ropera toledana de algo más de una vara— y se puso la capa. Llevaba muchos días esperando aquella llamada.

—Sed prudente y no os expongáis. —Leonor, que también había cerrado su libro y se había puesto en pie, dio un largo beso a su marido.

—Perded cuidado.

Como la noche era fresca, se embozó en la capa. Recordó que el Lunes de Pascua de hacía un año habían asesinado al secretario de don Juan de Austria. Los rumores acerca de su muerte, pese al tiempo transcurrido, no se habían apagado. Se oían cosas extrañas sobre quién estaba detrás de los asesinos y, si aquello era cierto, jamás se sabría quién lo había instigado ni las últimas razones de aquel crimen.

Las calles estaban desiertas y la oscuridad quedaba tamizada por el brillo de luna. Caminaron deprisa, sin cruzar palabra, hasta que llegaron a la puerta del garito donde los corchetes retenían a los criados de don Sancho.

—El pájaro está en la jaula —dijo uno de ellos a Diego.

—Estad atentos y mantened a esos vigilados.

En el garito lo recibió un olor acre. Había mucho humo porque la mayor parte de los jugadores que se apiñaban en torno a las mesas fumaban las hojas de tabaco. Decían que calmaba la ansiedad y rebajaba la excitación que provocaba el juego.

Almárcegui, que se paseaba entre las mesas, se acercó a él.

—Está con la *Mohínes*.

—¿Hace mucho?

—Bastante y, aunque hay demanda, le dije que no se diera prisas y que lo entretuviera. Algunos que aguardan turno se han quejado del tiempo que lleva en la camareta. Es la segunda de la derecha.

—¡Vamos! —Con un gesto indicó al corchete que lo siguiera.

Descorrieron la cortina que daba cierta intimidad y encontraron a la *Mohínes* cabalgando sobre don Sancho, que le apretaba las tetas.

—¡En nombre del rey, quedáis detenido!

Don Sancho, con la sorpresa pintada en el rostro, trató de incorporarse, pero la mano de Diego lo detuvo.

—¡Por los clavos de Cristo!

—¡Quieto! ¡Tú —se dirigió a la *Mohínes*—, échate a un lado y tápate!

No tuvo que repetírselo.

Diego, con la mano que tenía libre, tiró de la sabanilla para cubrir la desnudez del calatravo.

—¡Vestíos!

Don Sancho dirigió a Diego una mirada severa.

—¿Sabe vuesa merced quién soy?

—El comendador mayor de la Orden de Calatrava.

—Entonces… ¿sabéis lo que estáis haciendo?

—Deteneros por incumplir la ley. Estabais, pasada la medianoche, follando con una puta en un garito.

—¡Es Lunes de Pascua! ¡Mes y medio de abstinencia!

—Eso deberá vuesa merced decírselo al juez.

Don Sancho, que se había puesto las medias, ajustado los gregüescos y se abotonaba la camisa, miró a don Diego.

—¿Pensáis que un juez va a condenarme por esto? ¡Santo Dios! —exclamó ajustándose el jubón—. ¡Está vuesa merced complicándose la existencia!

—Perdonad, pero estoy cumpliendo con mi obligación. ¡Vámonos!

—¿Adónde pensáis llevarme? —En los ojos de don Sancho hubo un destello de malicia.

—A vuestra casa, donde quedaréis bajo arresto y vigilancia porque sois noble.

En la sala todo era silencio porque los jugadores se habían marchado y el *Lupino* había desaparecido. En la calle sólo permanecían los corchetes que vigilaban a los criados de don Sancho y en varias ventanas y balcones se veía luz. Lo ocurrido había llamado la atención de algunos vecinos.

—¡Nos vamos! —ordenó Diego a sus hombres.

Para sosiego de don Sancho, las calles estaban desiertas. Habían caminado un centenar de pasos cuando en un reloj sonaron dos campanadas.

—Esto…, esto ¿tiene alguna posibilidad de arreglo?

Era lo que Diego estaba esperando y su respuesta fue inmediata:

—Eso tendrá que decidirlo el alguacil mayor, don Matías Sarmiento.

El calatravo se detuvo al oír aquel nombre.

—¿Habéis dicho don Matías Sarmiento?

—Es el nombre del alguacil mayor. Lo primero que haré cuando amanezca será darle cuenta de lo ocurrido. Él decidirá qué ha de hacerse.

Caminaron en silencio y cerca de su casa don Sancho se detuvo.

—¿Me haría vuesa merced un favor?

—Dependerá de la clase de favor que me pidáis.

—Me gustaría hablar con don Matías.

—Se lo diré con mucho gusto.

XXXI

Durante aquellos días de meditación, apartado del mundo, Felipe II había tomado varias decisiones. Cuando regresó a Madrid, el treinta de marzo escribió una carta de su puño y letra, que encomendó a Vázquez de Leca.

—Este correo ha de salir para Roma sin pérdida de tiempo. Granvela ha de tener noticia lo antes posible. Es mucho lo que hay en juego.

—Partirá hoy mismo, majestad.

—¿Cómo va el encargo que os hice?

—Todo en marcha, majestad. Es probable que en unos días…

—¿Sin levantar sospechas?

—Sin levantar sospechas, majestad.

Antonio Pérez acudió aquella tarde a casa de Santiago Herruzo, el astrólogo que visitaba cada vez que necesitaba un pronóstico. Vivía en una casa al final de la calle de Santa Isabel, a la espalda del convento de las agustinas. Había acudido en un calesín tirado por un solo caballo.

—¡Soooo! —El criado detuvo el vehículo y Pérez bajó a toda prisa.

Apenas hubo golpeado la puerta, el astrólogo abrió y le franqueó el paso con una reverencia.

—¡Como siempre, es un honor recibiros, don Antonio!

—¡Dejaos de zalemas! ¡No dispongo de mucho tiempo!

—Como quiera vuesa merced.

Lo condujo a una sala que Pérez ya conocía. En las paredes colgaban grandes planetarios, mapas celestes, dibujos y grabados

de planetas. El techo era cóncavo y sobre un fondo azul podía verse un cielo estrellado con diferentes constelaciones. La circunferencia que marcaba sus límites estaba adornada con representaciones del zodíaco. En la mesa podían verse compases, semicírculos graduados, reglas y escuadras. En una estantería descansaban rimeros de papeles y se veían los lomos de ajados libros.

—¿En qué puedo serviros?

—Necesito un pronóstico para lo que queda de año.

El astrólogo se acarició su larga y grisácea barba.

—¿Hay alguna razón para ello?

—El deseo de saberlo.

—No es suficiente, don Antonio. Si hay una razón, debo saberla.

Pérez dudó.

—¿Es imprescindible?

—Para afinar el pronóstico.

—Está bien. Necesito saber si contaré con la confianza del rey.

—¿Pensáis que podríais perderla?

—En la corte, las arenas son movedizas.

—Pero vos…

—¡Basta de palabrería! ¿Cuándo vengo a por el vaticinio?

—Tendré vuestra carta astral en un par de días, tres a lo sumo. Pero necesito conocer la razón de esas dudas.

—¿Por qué?

—Porque, si no tengo ese dato, podría dar algún palo de ciego.

Pérez lo miró fijamente.

—Os juro que si os vais de la lengua…

—¡Don Antonio, sosegaos! ¡Estáis demasiado agitado!

—Su majestad tiene papeles que podrían perjudicarme.

—¿De quién son esos papeles?

—Pertenecieron a don Juan de Austria.

Herruzo asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—¿Vos tenéis algún papel de don Juan?

—¡Ya os he dicho que están en poder del rey!

—No me refiero a ellos, sino otro que hubiera salido de su mano. Me vendría bien. La escritura nos dice muchas cosas de su autor.

Al secretario le pareció que el astrólogo se excedía. Nunca se había mostrado tan pedigüeño, si bien era verdad que nunca le había solicitado una predicción como aquella.

—Tendréis esos papeles hoy mismo y quiero el vaticinio pasado mañana.

—Cuente vuesa merced con ello.

Caía la noche cuando el astrólogo tenía en su poder un cartapacio con papeles de don Juan, que por diferentes conductos habían llegado a poder del secretario. Apenas lo había abierto cuando sonaron unos golpes. Pensaba no abrir cuando los golpes sonaron de nuevo. Dudó porque podía tratarse de algo importante. A aquellas horas…

—¡Ya va! ¡Ya va!

Alumbrándose con una palmatoria llegó a la puerta. Antes de alzar la tranca, preguntó:

—¿Quién llama?

—Me envía don Antonio Pérez…, quien os ha visitado esta tarde.

Aquello disipó sus dudas. Alzó la tranca, descorrió el cerrojo y abrió.

El empujón fue tan fuerte que trastabilló y terminó en el suelo.

El final de la Cuaresma y de la Semana Santa también era especial en la taberna del Ángel, frente a la casa de la *Melindres*. Había quedado atrás el tiempo de abstinencias, ayunos y penitencias y se reunían, como cada martes, los maestros carpinteros que se dedicaban a hacer aperos de labranza o a componer y aderezar carretas. Tenían sus talleres en la calle de aquel nombre. Se hallaban sentados en torno a las dos mesas del fondo, donde estaban los odres y los pellejos del vino, que Simón, el tabernero, juntaba y disponía cada semana. Allí se solazaban, bebiendo, comiendo, hablando de sus cosas y comentando los rumores que corrían por la Villa y Corte.

—Dicen que han dejado medio muerto a un sujeto que se dedicaba a hacer pronósticos. —Martín Villegas tenía una carpintería con media docena de oficiales—. Era ya de noche cuando entraron

en su casa y lo molieron a palos. Está en el hospital de la Santa Caridad. Me han dicho que tiene rotas varias costillas, una muñeca y una pierna, además de varias heridas en la cabeza.

—Lo han dejado hecho un cristo. Pero lo extraño es que al parecer no han robado nada —añadió Gabriel Alarcón, que tenía su negocio cerca de la Puerta del Sol.

—¿Que no se han llevado nada? —se sorprendió Villegas.

—Eso han dicho los corchetes.

—Es probable que se trate de un asunto de cuernos. ¡Ese astrólogo ha debido hacerle el horóscopo a alguna! —sugirió Pedro Molina, que tenía un almacén de maderas en un callejón que había entre las calles de la Gorguera y del Príncipe y abastecía a muchos de los carpinteros.

—Los corchetes andan preguntando entre el vecindario de Santa Isabel, pero nadie vio ni oyó nada. Al menos, es lo que dicen.

—Son muchos los que ven y callan porque no quieren complicaciones. Sé de uno que dijo haber visto a los que asesinaron a Escobedo y ha tenido que ir media docena de veces a prestar declaración ante el juez. Sólo porque vio unas sombras escabullirse en la noche.

—Si al menos pagaran algo… —dijo Antón Vallecillo, alzando su cubilete y poniéndolo bocabajo para que lo viera el tabernero.

Una moza de negra y rizada melena llegó con un cantarillo y rellenó las jarillas. Poco después llegaron otros tres carpinteros, que completaban la reunión, y la moza se apresuró a servirles. Villegas retomó la interrumpida conversación:

—En el asesinato de Escobedo hay muchas cosas oscuras.

—¿Por qué decís eso? —preguntó uno de los recién llegados.

—Porque descubrió que un secretario del rey y la princesa tuerta tenían amores.

—Dicen que el señor don Juan, antes de morir, pidió al rey que hiciera todo lo que estuviera en su mano para que se aclarase la muerte de su secretario y se castigara debidamente a sus asesinos —aseguró Alarcón.

—Si quien está detrás de ese asesinato es la princesa de Éboli, esa muerte no se averiguará. Ahí hay mucho poder y la justicia no llega.

En ese momento apareció Simón; llegaba, ayudado por un jovenzuelo, con dos grandes fuentes de barro llenas de costillas de cerdo asadas y adobadas con hierbas aromáticas.

—¡Tengan cuidado vuesas mercedes! ¡Esto quema mucho!

Las costillas fueron acogidas con gritos y aplausos.

Dieron cuenta de ellas sin muchos miramientos. La pringue que chorreaba hacía que las barbas que algunos lucían empezaran a brillar, grasientas. Las remataron royéndolas con fruición y pidiendo más vino, antes de que llegaran las cazuelas con los callos.

Los comentarios, poco a poco, se hicieron más atrevidos.

—Dicen que la muerte de Escobedo apunta muy alto —señaló el almacenista, después de invitar a una ronda porque la víspera había hecho un magnífico negocio al vender una partida de madera.

—¿Qué queréis decir con eso de muy alto?

—Que su majestad estaba en el ajo.

—Lo que he oído decir es que el rey se las entendía con la tuerta y que la casó con el portugués…, no me acuerdo de su nombre —terció Alarcón.

—Ruy de Silva —apuntó uno.

—Ruy Gómez de Silva —corroboró Alarcón—, para ocultar que la había dejado preñada. En la corte se dice que el primogénito es hijo del rey.

—Meter la polla donde la ha metido el rey no es buena cosa. No es bueno comer en el mismo plato donde ha comido el rey. Aunque sea faisán. ¡Se te puede atragantar!

La risotada fue general y, apagadas las risas, otro de ellos añadió:

—El secretario de don Juan descubrió que el secretario Antonio Pérez se las entendía con la princesa y por eso lo quitaron de en medio.

—Pues lo que yo he oído decir el domingo, cuando salí de misa, es que a don Juan de Austria lo envenenaron.

—También yo lo he oído decir. En Flandes lo dan por seguro y los herejes han echado hojas impresas señalando como culpable a don Felipe.

—¡Esos herejes harán cualquier cosa con tal de dañar la imagen de nuestro rey! ¡No son de fiar! ¡Firmaron un acuerdo de paz y de

vuelta a la obediencia de don Felipe, si las tropas salían de aquel territorio y les faltó tiempo para atacarnos!

—Hablando de otra cosa, ¿sabéis que el próximo mes se aumenta la sisa de la carne?

—Sí, a mi mujer se lo ha dicho el carnicero de San Miguel. Una mitad de cuarto más.

—Eso después de subir el precio del aceite. ¡A dos reales la cántara!

—¡No sé adónde vamos a llegar!

—La guerra cuesta mucho dinero y en Flandes se va la plata a manos llenas. Añadid que no se puede descuidar la vigilancia del turco en el Mediterráneo y mantener a raya a los piratas berberiscos…

—Pues a eso habrá que sumar los problemas que nos traerá lo de Portugal. Su majestad está decidido a ser rey de ese país.

—No me parece a mí que los portugueses lo admitan de buena gana, aunque le asista el derecho.

—Por eso lo digo. Según me dijeron unos arrieros que habían ido allí a cargar bacalao, están dispuestos a proclamar rey a un bastardo, antes que acatar a su majestad.

—¡A veces los bastardos están más capacitados que sus hermanos! —exclamó uno que había trasegado ya mucho vino.

—¿Está vuesa merced pensando en alguien?

—¡En don Juan de Austria!

—¡Chitón! ¿Es que queréis que nos corten la cabeza?

Interrumpió la conversación, que tomaba ribetes peligrosos, la llegada de las escudillas de callos, que venían acompañadas de dos cestillos llenos de rebanadas de pan.

Como ocurriera con las costillas, cesaron los comentarios y se aplicaron a dar cuenta de ellos y a mojar la salsa, hasta que la rebañaron.

El tabernero, pendiente de aquellos clientes que todas las semanas le dejaban sus buenos reales, les ofreció un aromático y recio orujo.

—Lo destilan en Chinchón y rebaja los ardores de la comida.

El ataque al astrólogo el mismo día que lo había visitado había desasosegado a Antonio Pérez. Días más tarde se lo comentaba a la princesa de Éboli:

—Sabed, mi señora doña Ana, que me falta el sosiego, aunque su majestad no me ha mostrado el menor desafecto.

—Os he dicho más de una vez que no os fieis.

—El rey me llama con menos frecuencia que antes, pero nada he notado en su actitud.

—No os fieis. El ataque al astrólogo el mismo día que fuisteis a verlo no ha sido casual.

Pérez escanció vino en unas copas de finísimo cristal y ofreció una a doña Ana, besándola suavemente en los labios.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Habéis recuperado los papeles que le enviasteis?

—No los encuentran y cometí el error de no sacar del cartapacio que le envié algunas cartas falsas que mostré al rey como salidas de la mano de su hermano. Según me ha dicho Herruzo, una vez que ha regresado a su casa, los papeles son lo único que ha desaparecido. Quizá los ladrones pensaron que podrían tener algún valor.

—¿Unos papeles? ¡No seáis ingenuo!

XXXII

—Majestad, he recopilado todos los datos que me han sido posible.

—¿Qué habéis averiguado?

—Pérez ha mantenido contactos con individuos que tienen relaciones con los rebeldes flamencos. —Vázquez de Leca trataba de disimular la satisfacción que le producía decir aquello—. Ignoro si lo hace por seguir la línea del príncipe de Éboli, partidario de buscar acuerdos con los rebeldes, o sus intereses son otros. He corroborado, como supongo informado a vuestra majestad, que tiene una vida de lujo y que las fiestas en la Casilla son continuas y suponen grandes dispendios. Ignoro de dónde salen los ducados necesarios para tanta munificencia. Es probable, aunque carezco de una prueba firme, que ese dinero le llegue por mano de esos contactos que mantiene.

—¿El nombre de esos contactos?

El secretario abrió el cartapacio y buscó entre los papeles.

—Uno se llama Pedro Van der Velde, es comerciante en batistas, puntillas, encajes y bordados que proceden de Flandes, principalmente de Gante, vive en una casa de la calle de los Embajadores, frente a la fuente. Tiene tienda abierta junto a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha. Otro se llama Alberto de Groninga, es camisero y vive en una casa frente a la parroquia de San Andrés. También tiene tratos con un asentador que tiene un factor en Sevilla, comercia a gran escala con productos que vienen de Indias, principalmente cochinilla para tintes y plantas de añil. Se

llama Van Immerseel y vive cerca del convento de las Descalzas. He podido averiguar todo lo relativo a esos negocios, gracias a los contactos que tengo en Sevilla.

—Muy bien, muy bien, ¿qué más?

—Majestad… —sabía que lo que iba a decir no gustaría al rey, aunque don Felipe había de tener noticia de ello—, todo apunta a que Pérez mantiene una relación amorosa con doña Ana de Mendoza. La visita con gran frecuencia y a veces muy a deshoras. Uno de los criados de doña Ana me ha…, me ha confirmado que se encierran en la alcoba de la princesa donde pasan mucho tiempo y…

—¿Alguna otra cosa? —lo interrumpió el rey.

—He conseguido algunas de las cartas que don Antonio os mostró para haceros ver que el señor don Juan no os guardaba la lealtad que os debía.

—¿Esas cartas están en ese cartapacio?

—Así es, majestad.

—¿Cómo han llegado a vuestro poder?

—Tuvimos que emplear medios violentos. Supe que Pérez había visitado a un astrólogo que vive en la calle de Santa Isabel y que, poco después de su visita, uno de sus criados acudió con ese cartapacio a la casa del astrólogo. Dos de mis hombres se hicieron con ellos.

—Me habéis prestado un gran servicio. Os recompensaré debidamente.

—Mi mayor recompensa, señor, es servir a vuestra majestad.

—Podéis retiraros y dejad ahí el cartapacio —le ordenó después de advertirle que guardase secreto de todo lo averiguado.

Don Felipe decidió que, en lugar de acudir con la reina a la iglesia de Atocha, como tenía previsto, leería aquellos papeles. Envió una carta de su puño y letra a fray Hernando del Castillo lamentando no poder acompañar a la reina, como era su deseo. Ordenó que le sirvieran el almuerzo en el gabinete. Siendo viernes era un panecillo de media libra, unas verduras con garbanzos, a las que era muy aficionado, y un lomo de bacalao. Pasó la tarde cotejando los papeles de don Juan con los del cartapacio y que Pérez le había mostrado como escritos de su hermano.

—Estas letras son diferentes… —farfulló entre dientes, después de realizar las primeras comprobaciones.

Pero lo más importante era el contenido. Nada tenía que ver el de los papeles de don Juan con aquellas falsificaciones muy bien hechas, que Pérez le había mostrado durante meses, alimentando sospechas sobre los propósitos de su hermano e incluso haciéndole creer que buscaba destronarlo.

—¡Santa Madre de Dios! ¡La muerte de Escobedo está relacionada con estos tejemanejes!

Se confirmaba lo que sospechaba desde hacía semanas. No salió del gabinete hasta la hora de cenar, lo que solía hacer en compañía de la reina.

Se sentaron uno frente al otro, en los extremos de la mesa que tenía más de dos varas y media, cubierta con un mantel de hilo adornado con encajes de Malinas, sobre el que había dos candelabros labrados en plata maciza. Tras una indicación del rey al sumiller, el maestresala sirvió vino aguado y acto seguido fue presentada a la reina la bandeja donde estaban los dos lenguados que constituirían la cena. La abstinencia hacía que suprimieran los principios y el plato de carne habitual.

—Tienen magnífico aspecto —dijo la reina, dando el visto bueno para que fueran desespinados.

Los reyes comieron en silencio y, sólo a los postres, unas frutas escarchadas, la reina dijo:

—Os veo preocupado, majestad.

—Tenemos pendientes asuntos de mucha gravedad, mi señora.

—Eso no es una novedad.

Bastó un gesto de Felipe II para que el sumiller se le acercara. El rey le susurró algo al oído y, acto seguido, indicó a todos los criados que abandonaran la estancia. También él se retiró, cerrando las puertas.

Una vez solos, comentó la razón de su principal preocupación.

—Tenemos graves asuntos en Flandes, donde la guerra no cesa, también las noticias de Roma son graves porque su santidad trata de inmiscuirse en asuntos que no son de su competencia. La situación en Portugal, tras la muerte de don Sebastián, me obliga a estar al

tanto de todo lo que allí sucede. Será necesario renovar la tregua con los otomanos, que expira el año próximo, si no queremos tener guerra en el Mediterráneo.

—Nada de eso es nuevo, mi señor. Lo que os preocupa deduzco que ha de ser cosa de mucha gravedad, al haber dispuesto que salgan todos.

—El secretario Pérez ha estado engañándome —soltó de repente.

El semblante de doña Ana se ensombreció y, ante el silencio del rey, rompiendo el protocolo —estaban solos, aunque en el Alcázar había ojos y oídos por todas partes—, se levantó y se acercó a su marido. Sabía lo que aquellas palabras significaban para su esposo.

—Desahogaos, Felipe.

Con voz queda el rey fue contándole con mucho detalle lo acaecido.

—Lo sospechaba desde hace meses.

—¿Por qué nada me habíais dicho?

—Porque necesitaba confirmarlo. Esta mañana, Vázquez de Leca me ha presentado pruebas irrefutables. No sé cómo he podido estar tan ciego.

—¿Esa es la razón por la que el funeral de don Juan fue tan solemne?

—Aunque no podía repararlo, quise darle lo que no le había entregado en vida. Me ha servido lealmente. —Felipe II, a quien su esposa había cogido la mano, dejó escapar un suspiro—. No le concedí el tratamiento de alteza como era su deseo para que, si yo autorizaba su matrimonio con la reina de Escocia, tuviera esa dignidad.

La reina, inteligente y discreta, puso bálsamo en la herida de su esposo. Tenía que sostenerlo porque a todos los problemas que suponían ceñir la corona de la monarquía más poderosa del mundo, se sumaba el hecho de que una de las pocas personas en la que había depositado su confianza lo había traicionado de forma detestable.

—Lo que ya no tiene remedio habéis de asumirlo y no atormentaros, y lo que es posible remediar hacedlo con un sosiego que ahora no tenéis.

—Estoy abrumado, Ana. No tanto por sentirme engañado por quien gozaba de mi confianza, sino por la injusticia que cometí con mi hermano.

—Esto último ya no tiene remedio e hicisteis lo que estaba en vuestra mano al traer su cuerpo a España y darle sepultura según su voluntad, como un miembro de nuestra familia. Respecto a lo otro, debéis daros tiempo, Felipe. No os precipitéis y con sosiego decidid lo más conveniente. Sois prudente en vuestras decisiones. A veces demasiado prudente.

Aquella noche don Felipe durmió en la alcoba de su esposa.

XXXIII

Poco después de las diez, don Matías acudía a la casa de don Sancho de Montbuey en la calle de Atocha, frente al convento de los padres trinitarios.

La salita adonde lo condujo un criado estaba amueblada con lujo. Los cuadros que colgaban de las paredes eran de buena factura y el bargueño de nogal con incrustaciones de nácar y ébano era una obra de arte. La alfombra que cubría el suelo era de fina seda con acabado de flecos. En una de las paredes había una panoplia, con la cruz de Calatrava en su centro, llena de diferentes armas.

El alguacil mayor hubo de esperar un buen rato, pese a que la víspera había enviado un billete indicando la hora de su visita. Le pareció una desconsideración porque, dadas las circunstancias, quien había de mostrarse deferente era el dueño de la casa.

Don Sancho apareció vestido como si fuera a un acontecimiento. Lo había hecho esperar para dejar sentada su posición, pese a las circunstancias. Su buen nombre pendía de un hilo y quien tenía las tijeras para cortarlo era aquel alguacil mayor al que había cerrado el paso para ingresar en la orden donde él era persona de mucho relieve.

—¡Don Matías! —lo saludó como si fueran viejos conocidos, aunque jamás habían cruzado una palabra—. He de disculparme por haceros esperar, algo que no estaba en mi ánimo, pero ha surgido un pequeño imprevisto…

—Puedo volver en otro momento más a propósito para vuesa merced.

Don Matías estaba lanzando un dardo envenenado al calatravo, que había de guardar el arresto domiciliario, que se prolongaba ya casi una semana porque el alguacil mayor se había tomado aquel asunto con mucha calma para ablandar la posición de don Sancho.

—¡En absoluto, don Matías, en absoluto! Ese imprevisto era una cuestión menor que, gracias a Dios, ha quedado resuelta.

—Lo celebro.

—Tomad asiento —señaló un sillón tapizado en seda—, como si estuvierais en vuestra casa. ¿Desea vuesa merced una limonada o aloja?

—Os lo agradezco. Sólo un poco de agua.

Don Sancho batió palmas y al punto el criado que lo había recibido hizo acto de presencia.

—Agua y unas copas.

Poco después una doncella trajo, en bandeja de plata, una primorosa jarra de fino cristal y dos copas que llenó antes de retirarse. Conversaron un buen rato en que hablaron de vaguedades. En todo ese tiempo don Matías apenas se mojó los labios.

—He de confesar a vuesa merced —señaló don Sancho— que, muy a mi pesar, vuestra solicitud de ingreso en la orden tuvo un defecto de forma. Unos datos no reflejados con la claridad suficiente. ¡Nada que no pueda solucionarse! ¿Os supongo interesado aún en ese hábito?

—Desde luego. Es una de las dos razones por las que os visito.

—¿Cuál es la otra?

—Hablar con vuesa merced de un hecho que acaeció hace algunos días en cierto establecimiento de la calle de Santa Catalina.

El alguacil mayor había decidido referirse a ese asunto de forma que no resultase oprobioso para don Sancho.

—Creo que vuesa merced y yo podemos entendernos.

—También yo lo creo.

—En ese caso, si vuesa merced lo tiene a bien, hoy mismo iré al Consejo de las Órdenes y pediré vuestro expediente. Dad por seguro que enmendaremos ese…, ese matiz que es sólo una cuestión menor para que tengáis en pocos días el hábito que pretendéis.

¿Sería complicado que vuesa merced presentase un nuevo certificado de limpieza de sangre?

—¿Queréis decir que contaría con vuestro apoyo?

—¡Por supuesto, don Matías! ¡Para la orden será un honor contaros entre sus miembros!

—Os lo agradezco. Vuestro apoyo es de suma importancia para que el hábito que pretendo sea una realidad.

—Tiene vuesa merced mi palabra de que así será.

—Quedo en deuda con vos, don Sancho.

—Podéis saldarla con que el asuntillo ocurrido en la calle de Santa Catalina quede entre vos y yo. ¿Hay algún problema para que así sea?

—¿Asuntillo de la calle de Santa Catalina? No sé a qué se refiere vuesa merced.

Don Matías se despidió con palabras afectuosas.

A los pocos días, en el Consejo de las Órdenes se recibió un nuevo certificado de limpieza de sangre de don Matías de Sarmiento y Orellana. El apoyo que le prestó don Sancho de Montbuey fue decisivo para que le fuera otorgado un hábito de la Orden de Calatrava.

Una semana más tarde a don Matías le llegaba noticia de dicha concesión.

El alguacil mayor ordenó que en todos sus jubones se bordase en hilo de seda verde la cruz de la Orden de Calatrava. El primer día que luciría aquella venera sería en la misa mayor de la festividad del señor Santiago, el santo patrón de las Españas.

Felipe II había recibido, por fin, las ansiadas noticias de Roma. El cardenal Antonio Perrenot de Granvela venía a Madrid, respondiendo al requerimiento que le había hecho el rey. Llegaría escoltado por una poderosa escuadra de galeras, que a todas luces resultaba un despliegue exagerado, al puerto de Cartagena. Desde allí viajaría a la corte.

El cardenal era persona de gran experiencia en los asuntos de gobierno. Había sido canciller con Carlos I y había prestado a Felipe

II un gran servicio cuando su padre abdicó en él. Luego había ocupado diferentes cargos, hasta que, partidario de la política que el duque de Alba aplicaba en Flandes, cayó en desgracia al imponerse Ruy Gómez de Silva y su planteamiento de llegar a acuerdos con Orange. Marchó a Italia, donde había sido virrey de Nápoles y desempeñado importantes misiones para el rey, que ahora lo llamaba de nuevo.

Felipe II celebró mucho la noticia, pero mantuvo su cautela habitual. Entre los cortesanos corría el rumor de que algo importante iba a suceder porque el rey no se había marchado a El Escorial con la llegada de los calores propios del verano. Era la víspera de la festividad de Santiago y permanecía en Madrid. Aquella noche hubo luminarias y se dispararon varillas de pólvora.

Los reyes celebraron por todo lo alto la festividad del patrón de España. Acudieron a la solemne misa que los santiaguistas celebraron en la iglesia de su santo patrón, cercana al Alcázar. También acudió el nuncio, varios obispos, el presidente del Consejo de las Órdenes y los presidentes de los otros consejos. Numerosos gentilhombres acompañaron al rey y la camarera mayor y sus damas a la reina.

El ayuntamiento repartió pan, queso y arenques entre los pobres que tenían cédula y por la tarde se alancearon toros en la plaza del Arrabal, en la confluencia de las calles de Toledo y de Atocha, donde se celebraba el mercado. En la plaza de la Cebada y en la de la Villa se alzaron unos tablados donde se representaron autos sacramentales relativos al camino de Santiago y a la vida del santo, y varios pasos de Lope de Rueda. Actuaron unos saltimbanquis que hacían equilibrios increíbles. Hubo luminarias hasta mucho después del toque de oración.

Al día siguiente, Madrid apareció cubierta por una densa y negra capa de nubes, lo que llamó la atención de todos. El encapotado cielo hizo que disminuyese mucho la temperatura y supuso un alivio para los fuertes calores que los madrileños soportaban desde hacía algunas semanas. Fue a primera hora de la tarde cuando se desató el temporal que vino anunciado por unos relámpagos que iluminaban el lugar de forma extraordinaria, seguidos de unos truenos tan

potentes que daba la impresión de que el cielo iba a venirse abajo. La lluvia, muy fuerte, se convirtió en granizo de un tamaño parecido al de los huevos de paloma y como sólo los más viejos recordaban. La gente corría buscando un refugio. Aquel extraño fenómeno duró menos de media hora, pero los gruesos granizos cayeron con tanta fuerza que causaron daños en bienes y animales. También hubo descalabrados entre quienes no encontraron refugio a tiempo.

El temporal había obligado a permanecer en la taberna del Ángel a los carpinteros más tiempo del que era habitual.

—¡Esto no anuncia nada bueno! —exclamó Villegas.

—Conozco a uno que vive cerca de aquí —Simón, el tabernero, se había sumado a la reunión—, en la plazuela de la Leña, frente a la iglesia de la Santa Cruz, que edita almanaques y pronósticos…

—¿El maestro Vigorra? —lo interrumpió uno de los carpinteros.

—El mismo. Es persona muy leída y dice que son anuncio de cambios importantes.

—¡Yo no creo en esas pamplinas! —terció Vallecillo, que había tomado más orujo de la cuenta.

—¡Pues yo sí creo! —replicó Villegas—. ¡Esto no pasa así porque sí! ¡Ha de tener algún significado! Nosotros no somos capaces de interpretarlo.

—¡Bah! ¡Tonterías para engañar a crédulos, mujeres y niños…, y para sacarles el dinero a los bobos!

—¿Me estáis llamando bobo? —Villegas había fruncido el ceño.

—Si os sacan unos buenos reales…

—¡Voto a Dios! ¡Que os vais a tragar esas palabras! —Se levantó tirando el taburete donde se sentaba y agarrando el vaso de orujo le arrojó su contenido a la cara.

Vallecillo echó mano a la daga que llevaba en el cinto.

Tuvieron que sujetarlos para evitar una desgracia.

—¡Tranquilidad! ¡Calma! —pedía el tabernero, que tenía experiencia en los destrozos que causaban aquellas trifulcas.

Lograron sosegarlos y una de las mozas aplicó a Vallecillo un paño húmedo para aliviar el escozor de los ojos. Las miradas que se cruzaron anunciaban que aquello sólo había terminado de forma temporal, pero estaba lejos de haber concluido definitivamente.

La aparición de fenómenos extraños hacía que mucha gente le buscase una explicación. Una granizada tan anormal la requería. Los augures y vaticinadores que abundaban pese a estar mal vistos por la Iglesia hicieron toda clase de pronósticos.

Antonio Pérez, que se encontraba en su palacete de la Casilla, contemplaba el jardín de su casa, cubierto por una capa blanca. Ordenó al cochero que preparase su carruaje y media hora después se dirigía a la casa de la princesa de Éboli. Madrid empezaba a recobrar la normalidad y los rapaces disfrutaban tirándose puñados de granizos.

En la puerta del palacio indicó al cochero que lo aguardase.

—Espera hasta que salga.

—Como mandéis, amo.

Fue conducido a presencia de la princesa, que dejó la lectura, depositando el libro sobre una mesita que había junto a su sillón.

—¿Ocurre algo?

—Tengo malas sensaciones. Esta granizada anuncia algo…, algo malo.

—Antonio… Antonio. ¿Cómo es posible que creáis en esas cosas?

—Estas anormalidades siempre anuncian algo. Cuando murió el abuelo del rey, la aparición de un cometa desconocido anunció el deceso.

—Ese murió envenenado. Su suegro se la había jurado cuando lo echó de Castilla.

—Tengo un mal presentimiento. Me han dicho que el cardenal Granvela llegó hace unos días a Cartagena y viene camino de Madrid.

—¿Granvela viene a la corte?

A la princesa se le ensombreció el rostro. Su venida sí era anuncio de algo grave. Recordaba que se había enfrentado a su marido por la cuestión de Flandes. Entonces Ruy Gómez ganó la partida y tuvo que marcharse a Roma. Su presencia en Madrid anunciaba cambios importantes.

—¿Don Felipe no os lo ha comentado?

—Nada me ha dicho.

—Esa es una noticia pésima y no los vaticinios que os abruman a cuenta de la granizada que acaba de caer. ¿No me dijisteis hace un par de días que su majestad os había hablado de la posibilidad de que os nombrase su embajador en Venecia?

—Me lo insinuó. No me conviene. Significaría alejarme de la corte.

—Venecia es una hermosa ciudad, llena de atractivos y misterios. Si su majestad os nombrase su representante ante la Serenísima, barajaría la posibilidad de acompañaros.

—¿Os vendríais a Venecia?

—A rezar ante las valiosas reliquias que hay en San Marcos.

Doña Ana hizo un arrumaco al secretario y, por un buen rato, desaparecieron sus preocupaciones.

El veintiocho de julio, poco después del mediodía, Pérez se retiró a su casa en la plaza del Cordón. Allí, a las diez de la noche, recibió un billete del rey. Lo abrió nervioso y leyó:

Un asunto particular que os afecta quedará despachado antes de que parta para San Lorenzo.

Pensó que don Felipe se refería a la posibilidad de que le encomendase la embajada en Venecia. Algo más tarde, al filo de la medianoche, cuando estaba a punto de acostarse, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

Su esposa lo miró sorprendida. No era habitual una llamada a esa hora.

—¿Esperáis visita?

—No.

—¿Quién puede ser?

—No lo sé.

Bajó la escalera en mangas de camisa y calzado con unas pantuflas, alumbrándose con un candelabro. Unos criados habían acudido a la llamada y preguntaban, antes de descorrer los cerrojos:

—¿Quién va?

La respuesta los dejó paralizados.

—¡Abrid a la justicia! ¡En nombre del rey!

Pérez se acercó a la puerta. Los aldabonazos volvieron a sonar con fuerza en medio del silencio de la noche.

—¿Quién llama tan a deshoras?

—¡Abrid! ¡En nombre del rey!

A una indicación del secretario, uno de los criados abrió la puerta. Varios hombres entraron en tromba con las espadas desnudas. Después apareció el alcalde de Casa y Corte, don Álvaro García de Toledo.

—¿Puede saberse qué demonios ocurre? —preguntó Pérez—. ¿Cómo es que entráis de esta forma en mi casa?

—¡Don Antonio Pérez del Hierro, daos preso en nombre de su majestad!

—¿Qué estáis diciendo?

—¡Daos preso, en nombre del rey!

—Decidme, ¿de qué se me acusa?

—Lo sabréis más adelante. ¡Prendedlo! —ordenó el alcalde a sus hombres, que eran media docena.

—Permitirá vuesa merced que me vista. No puedo salir a la calle de esta guisa.

El alcalde miró la escalera donde había aparecido su esposa, que permanecía pálida e inmóvil.

—¡Traed a vuestro esposo un jubón, calzones decentes y unos zapatos!

El secretario se vistió, recomponiendo su figura. Estaba tan nervioso que no atinaba con las botonaduras.

—¿Adónde lo lleváis? —preguntó doña Juana.

—¡Eso no es de vuestra incumbencia, mi señora!

—¡Lo es, señor mío! ¡Es mi esposo!

El alcalde de Casa y Corte no respondió. Pidió prisa al detenido, que apenas tuvo tiempo de despedirse. Salieron a la calle donde una tropa rodeaba un caballo en el que lo obligaron a montar. También montó el alcalde de Casa y Corte y, escoltados, se alejaron en medio de la noche. Se veía luz en muchas ventanas donde los vecinos se habían asomado, atraídos por aquel escándalo tan inesperado y tan

a deshoras. Nadie daba crédito a lo que veían. La comitiva se perdió en medio de la oscuridad de la noche.

XXXIV

A la misma hora de aquel veintiocho de julio del año de Nuestro Señor de 1579 en que era detenido Antonio Pérez, cerca de allí, quien llamaba a la puerta del palacio de Éboli era el capitán de la guardia española don Rodrigo de Villena, caballero de la Orden de Santiago y comendador de Almaguer.

Lo acompañaba el Almirante de Castilla, Luis Enríquez de Cabrera, caballero del Toisón de Oro. Felipe II, dada la calidad de doña Ana de Mendoza, había querido que un grande de España estuviera presente en su detención. Con ello daba cierta dignidad a un momento tan complicado.

Los aldabonazos llamaron la atención de la servidumbre y causaron sorpresa, si bien alguno de los criados, conocedor de los enredos de su ama, no estaba tan alarmado, cuando oyeron gritar:

—¡Abrid, abrid en nombre del rey!

La princesa, que ya se encontraba en su alcoba, presta a acostarse, fue advertida por una doncella, nerviosa y con las lágrimas asomando a sus ojos:

—¡Mi señora, son soldados! ¡Preguntan por vuestra excelencia!

—¡Ayúdame!

Sin alterarse, se vistió con la misma parsimonia de todos los días. Consciente de lo que ocurría, aunque un tanto sorprendida, no dejaría de ofrecer su imagen de mujer elegante que cuidaba hasta el último detalle.

—¡Ese collar! ¡El de perlas! —ordenó a la criada, que había empezado a gemir, mientras se colocaba el negro parche con el que

cubría su ojo derecho.

Cuando apareció en la galería alta, contempló el vestíbulo —los criados habían encendido candelabros y lámparas—, donde había varios soldados y toda la servidumbre de la casa. También estaba su hijo, el duque de Pastrana. Conversaba con el Almirante de Castilla. Bajó la escalinata lentamente, comprobando cómo su presencia había apagado los comentarios.

El Almirante se adelantó a recibirla, tomó la mano que ella le ofreció y la ayudó a bajar los últimos peldaños.

—¡Madre! —Se acercó su hijo y la besó en la mejilla.

—Os veo alterado, Rodrigo. A vuestro padre no le gustaría veros así. Es en estos momentos cuando hay que mantener la serenidad.

Luego miró a Enríquez.

—¿Adónde tenemos que ir?

—Excelencia, una carroza os aguarda. Os acompañarán tres doncellas para atenderos en vuestras necesidades.

—¿Puedo elegirlas?

—Lo lamento, mi señora. Su majestad ya las ha designado.

Una sonrisa maliciosa apareció en sus labios.

—Compruebo que su majestad lo tiene todo previsto. Si voy a estar ausente algún tiempo, necesitaré mis cosas.

—Os serán enviadas —respondió el capitán de la guardia.

—¡Tened la lengua! ¡No me he dirigido a vos!

Antes de partir, susurró algo a su hijo y se despidió de la servidumbre.

—Espero que nos veamos pronto. Temo que adonde voy no tendré el trato que vosotros me dispensáis.

Muchos vecinos habían salido a la calle donde había un carruaje. La princesa adivinó más que vio, debido a la oscuridad, sólo rota por la luz de las antorchas, numerosos soldados todos a caballo.

Fue el propio Almirante quien le rindió el estribo para que subiera con comodidad a la carroza. Se sentó en uno de los bancos y vio que las ventanillas habían sido cubiertas con bayetas negras y, una vez que se cerró la puerta, comprobó que habían sido quitadas las manijas, por lo que resultaba imposible abrir la puerta desde dentro. Era una cárcel con ruedas.

Oyó cómo el capitán daba la orden:

—¡En marcha!

Un fuerte tirón sacudió la carroza al arrancar los caballos y ya sólo se escuchó el golpeteo de los cascos en el pavimento. En medio de la noche su sonido tenía algo de macabro.

Cuando el traqueteo del vehículo cesó, Enríquez abrió la portezuela y le ofreció la mano para ayudarla a descender. El silencio que imperaba entre la escolta era absoluto. Oía el canto de algunos grillos y le llegaba un olor a campo. A la pobre luz de las antorchas vio un fuerte torreón, a cuya puerta aguardaban tres dueñas.

—¿A qué sitio me traéis, Almirante?

—Al que ha dispuesto su majestad.

—No he preguntado quién ha dado esta orden, sino qué lugar es este.

—La Torre de Pinto, mi señora.

Se acercaron a la puerta y, al ver a las dueñas, doña Ana preguntó:

—¿Quiénes son estas?

—Quienes se encargarán de atenderos en vuestras necesidades.

—Podían haber venido criadas de mi casa. Ellas conocen mis deseos y saben cómo atenderme.

—Su majestad así…

—¡Ya! —lo interrumpió alzando una mano—. Así lo ha decidido quien ha ordenado encerrarme.

La condujeron hasta una estancia en la planta de arriba, fuertemente enrejada y que no daba al exterior. La habían dispuesto para que tuviera ciertas comodidades, pero aquello no dejaba de ser una prisión.

Las dueñas la ayudaron a desvestirse, se echó en la cama y las despidió. Tardó en dormirse. Supuso que a Antonio Pérez lo habrían detenido también y supo que, si el rey había decidido disponer de tres criadas para que la atendieran, aquella detención no era temporal. Podría pasar en aquel torreón una larga temporada.

En el Alcázar, Felipe II había permanecido en vela. No podía concentrarse en ninguno de los papeles que, formando rimeros, tenía sobre la mesa. Estaba pendiente de las noticias que habían de

traerle. Acababan de sonar las dos en el reloj de péndulo de la antecámara cuando se oyeron unos golpecitos en la puerta.

—¡Entrad!

Quien apareció fue el conde de Barajas.

—Decidme, Zapata.

—Majestad, el secretario está a buen recaudo. El alcalde de Casa y Corte lo ha aposentado en la habitación que tenía prevenida en su casa para este menester. Me ha dicho que se encuentra muy afligido.

—¿Han llegado noticias de la detención de doña Ana de Mendoza?

—Todavía no, majestad.

—Tenedme al tanto. Podéis retiraros.

—Majestad… —El conde hizo una reverencia y salió del gabinete.

Entraba media hora después.

—Majestad, doña Ana de Mendoza va camino de la fortaleza de Pinto.

—¿Algún incidente?

—Ninguno, majestad.

Una vez que el conde de Barajas se hubo retirado, Felipe II decidió que había llegado el momento de escribir algunas cartas.

La primera era para el presidente del Consejo de Castilla, don Antonio de Pazos y Figueroa, a quien debía haber dado cuenta de las decisiones tomadas, pero no lo había hecho. Sabía que estaba indispuesto y se valía de ello para no haberle informado con anterioridad, y así no romper el sigilo con que se había llevado todo y porque sospechaba que, dada la gran amistad que tenía con Pérez, podía haberse ido de la lengua. Cuando leyera aquella carta, que le sería entregada poco después del amanecer, todo estaría consumado. Las otras dos cartas las escribía como deferencia a sus destinatarios. Una para don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia, que era yerno de la princesa. La segunda era para don Íñigo López de Mendoza, como jefe de la familia Mendoza.

En esas tres cartas el rey señalaba las causas que le habían llevado a tomar aquella decisión. Al presidente del Consejo de Castilla le decía que, para el buen funcionamiento de los asuntos del gobierno, no podía mantenerse el enfrentamiento que sostenían

Pérez y Vázquez de Leca y añadía que buena parte de ese enfrentamiento estaba causado por la princesa de Éboli. En las que dirigía a Medina Sidonia e Infantado indicaba que, siendo doña Ana quien incendiaba aquella relación y que no había hecho caso a las recomendaciones que el propio confesor real le hizo saber sobre que su voluntad era que se abstuviera de intervenir en la querella, se había visto forzado a mandarla llevar a la fortaleza de la villa de Pinto.

Desde muy temprano el mercado de la plaza de la Cebada era un hervidero de comentarios. Allí se instalaban recoveros que traían sus gallinas y huevos. Vendedores de queso que venían desde tierras de la Mancha con serones cargados de ellos. También vendedores de aceite, con sus cántaras, azumbres y cuartillos. Hortelanos de la ribera del Guadarrama con frutas y verduras que pregonaban a voz en grito señalando las bondades de sus productos para atraer a los clientes. Allí podían encontrarse cebollas, ajos, espinacas, nabos, además de manzanas o peras. En las tiendas que asomaban a la plaza se podían encontrar lienzos, paños buratos, lonas bastas y algunas otras prendas. Había una cerería, una espartería y una talabartería.

El lado de la plaza que daba al convento de la Concepción Jerónima era la zona reservada a los vendedores de granos: trigo, cebada, alverjones, garbanzos…, y justo al otro lado, entre el humilladero de Nuestra Señora de Gracia y la fuente de San Francisco, cercana a la que se conocía como Puerta de Moros, había un almotacén encargado de comprobar la fidelidad de los pesos y medidas de los vendedores. Tenía su balanza con el juego de pesas, la vara de medir, que desde hacía bastantes años era la de Burgos, y un juego de medidas.

En la cerería de Nuestra Señora de Belén, según rezaba en una tabla que había colocada en el dintel de la puerta, el maestro Meléndez —en el barrio se le conocía como Meléndez el cerero— atendía a dos clientes cuando entró un teniente de cura de San Ginés, que vivía dos casas más arriba de la cerería.

—Buenos días nos dé Dios —saludó a los presentes—. Supongo a vuesas mercedes al tanto de lo que hoy todo el mundo se hace lenguas.

—¿Se refiere su paternidad a las detenciones? —le preguntó el cerero.

—¡Nada menos que a doña Ana de Mendoza y al secretario Pérez!

—Sois el tercero que, en el rato que llevo aquí —le respondió una mujer que acababa de pagar dos cirios de cebo—, ha venido con esa historia.

—Pero seguro que no les han dicho la causa de esas detenciones.

—Lo sabe todo el mundo, el secretario se las entendía con la princesa —respondió el otro cliente, que se tocaba con un gorro forrado de seda negra.

—Eso es lo que se dice y que su majestad, al enterarse de que el secretario ha entrado donde él entró en otro tiempo, lo ha tomado a mal y ha mandado detenerlos, pero no es cierto. Esas detenciones nada tienen que ver con celos y cornamentas.

—¿Cómo lo sabe vuestra paternidad?

—Porque he visitado esta mañana al presidente de Castilla y acababa de leer la carta que su majestad le ha enviado a primera hora, dándole razón de cuáles han sido sus órdenes. Estaba muy enfadado y se ha desahogado conmigo. El rey debía habérselo dicho antes de proceder a las detenciones, en su condición de presidente de Castilla.

—¿Por qué han detenido a la princesa y al secretario Pérez?

—A Pérez por andar a la gresca con Vázquez de Leca, la princesa por alentar la pelea. También sé adónde los han llevado —añadió, dándose tono.

—¿Adónde? —preguntaron todos a la vez.

En aquel momento, un monaguillo de San Ginés entró como un torbellino, resoplando.

—¡Padre, por fin lo encuentro!

El cura lo miró y, alzando un dedo admonitorio, lo reprendió:

—¡Esa no es forma de entrar en los sitios!

—¡Es que don Pedro, el párroco, está muy malo! ¡Le ha dado un patatús y está como muerto! ¡Blas, el sacristán me ha dicho que os

buscara!

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¡Padre…!

—¡Vamos, de prisa! ¡Vamos!

Sin despedirse, abandonaron la cerería.

La mujer metió los cirios en una talega y salió rápidamente. Se fue a casa de la señora Martina, que tenía una tienda de ropa de segunda mano en la esquina de la Cava Baja de San Francisco. Allí, todas las mañanas, salvo domingos y festivos, se reunían varias comadres y pasaban revista a todo lo que se decía.

Sin saludar, espetó a las reunidas:

—¡A los presos se los han llevado juntos!

—No me lo creo —respondió una de las reunidas.

—Me lo ha contado alguien que ha tenido noticia de muy buena tinta.

—Será para que sigan holgándose y forniquen a gusto —comentó otra.

—¿Adónde se los han llevado? —preguntó la dueña de la tienda, que acababa de vender un jubón con los codos remendados y una pieza en el costado, pero que tendría muchas puestas todavía.

—Eso… —trató de recordar, pero el teniente de cura no tuvo tiempo de decirles adónde ante la llegada del monaguillo— no lo sé.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza, por muy buena que sea la tinta. A esos los han detenido por hacer lo que no debían.

—¿Qué es lo que no debían hacer?

—Follar, Martina, que pareces tonta. El secretario no debía meterla donde la había metido el rey. Ya sabes lo que se dice.

—¿Qué se dice?

—¡Que el padre de la mitad de los hijos de doña Ana de Mendoza es el rey! ¡Su majestad no va a detenerlos para que sigan revolcándose!

—Pues lo que yo he oído decir es que todo esto tiene que ver con la muerte del secretario de don Juan de Austria —terció otra de las comadres.

—También yo he oído decir que Escobar se había enterado…

—¡Escobar no, Escobedo!

—¡Bueno, Escobar o Escobedo! ¡Qué más da! ¡Ese los había pillado en la cama y los iba a denunciar al rey!

—¡Cualquiera sabe por qué los han puesto en prisión! ¡En el mundo que rodea al rey pasan muchas cosas! —sentenció Martina.

En ese momento entró otra de las asiduas. Llevaba una vieja gallina sujeta por las patas y el animal contorsionaba el cuello para mantener la cabeza erguida, sobre la que caía una roja y flácida cresta.

—A doña Ana de Mendoza se la han llevado a Pinto.

—¿Cómo lo sabéis?

—Por la que me ha vendido esta gallina. —Alzó al animal para que todas lo vieran—. Es de allí. Dice que llegaron en medio de la noche y que la carroza donde iba la vigilaba un montón de soldados, todos a caballo.

—¿Cuánto te ha costado esa gallina? —le preguntó Martina.

—Un real y veinte maravedíes, después de mucho regatear. Quería dos reales. ¡No sé adónde vamos a llegar con el precio que tienen algunas cosas!

—¡No te quejes que hoy en tu mesa habrá comida de ricos!

—¡Ay! ¡Mi pobre Antón! ¡Desde que se le cayó aquel tablón…! ¡Tomás, el barbero, que le ha estado curando la herida, dice que le dé caldo de gallina y que con las pechugas haga manjar blanco! ¡Me voy que tengo que desplumar a esta! —Otra vez alzó la gallina.

Se marchó y apenas hubo puesto los pies en la calle…

—¡Ha venido a enseñarnos la gallina! ¡Ese dinero se lo ha dado Bartolo, el de la curtiduría, por abrirse de piernas, la muy puta!

—Hija, si el pobre de su marido no puede trabajar, de algo tendrán que comer —añadió Martina, guiñando un ojo.

—Ese con el cuento del tablón lleva medio año sin dar golpe. Desde entonces tiene cerrada la carpintería. ¡Se ha acomodado a cornudo complaciente!

XXXV

Granvela no guardó antecámara para ser recibido por el rey.

—Majestad… —Hizo una inclinación de cabeza.

—Eminencia… —Felipe II, que había recibido al cardenal en pie, se acercó a él y, tomando su mano, le besó el anillo de príncipe de la Iglesia—. ¿Cómo ha transcurrido el viaje?

—Complicado, señor. El mar, agitado más de lo normal en esta época, retrasó mucho mi llegada a Cartagena, aunque con la ayuda de Dios todo salió bien. Incluso aparecieron en el horizonte algunas velas berberiscas, pero al ver el porte y número de nuestras galeras desaparecieron rápidamente.

—Celebro que vuestra eminencia esté ya en Madrid.

—Parece que el tiempo anda revuelto, majestad.

—Hace unos días cayó en Madrid una extraña granizada.

—Señor, me refiero a lo ocurrido esta noche…

—Esa es una de las razones por las que os he llamado.

Granvela frunció levemente el ceño.

—No os entiendo, majestad.

—El secretario Pérez ha sido arrestado. Su presencia en el Alcázar no nos es grata. Mi deseo es que vuestra eminencia presida el Consejo de Italia.

—Vuestra majestad sabe que puede contar con mi persona.

—Quiero también que os encarguéis de las relaciones con la Santa Sede que, no necesito deciros, nos crean ciertos problemas.

—Siempre a vuestra disposición.

Felipe II, cosa extraña, invitó a Granvela a una copa de vino.

—Lo tomo rebajado con agua, pero si su eminencia…

—Como el de vuestra majestad.

El rey hizo sonar una campanilla y el mayordomo acudió al punto.

—¿Ha llamado su majestad?

—Vino y unos acompañamientos.

La conversación fue distendida, hasta allí donde conversar con Felipe II podía serlo. Aunque quienes estaban más próximos a su persona sabían que mostraba una cara muy diferente en los pocos momentos de intimidad que se concedía, a la que ofrecía como rey. Era amante de sus hijos y se preocupaba por pequeños detalles que podían parecer insignificantes para una persona que tenía en sus manos decisiones tan importantes.

Granvela respondió a sus preguntas sobre el ambiente que se respiraba en Roma y el cardenal se interesó por la sucesión al trono de Portugal.

—Majestad, si aspiráis a la corona de Portugal, tendréis que emplear la fuerza.

—¿Por qué decís eso?

—Porque en Roma, donde se posee mucha información, se dice que encontraréis resistencia. Los portugueses no quieren ligarse a Castilla.

—Eso fue en otro tiempo. Hace doscientos años de Aljubarrota.

—Señor, no he estado en Portugal, pero en Roma todos coinciden en ello. Incluso lo comentó el camarlengo.

—Majestad, lo más prudente es que abandonéis Lisboa. La peste está confirmada —planteó a don Enrique el secretario—. Los casos se están multiplicando y, aunque la Cámara Municipal se resiste a declarar la enfermedad por las graves consecuencias económicas que tendrá el cierre de la ciudad, habrá de hacerlo en pocos días.

—Si abandono Lisboa, no podrán convocarse aquí las Cortes.

—Podréis convocarlas en el lugar que escoja su majestad para pasar el tiempo que dure el contagio.

Un ataque de tos casi ahogó al rey. Su respiración era cada vez más fatigosa. Los cortesanos que habían acudido para exponerle la

necesidad de poner tierra de por medio aguardaron a que pasase la tos y su respiración se sosegara. Entonces, los sorprendió preguntando a su secretario:

—Hace tiempo que Pereira marchó a Setúbal por segunda vez. ¿Cómo es que no he tenido noticias suyas?

El secretario, agobiado con los numerosos asuntos que caían sobre sus espaldas, maldijo internamente que se hubiera acordado de aquel asunto. Era frecuente que, de un tiempo a aquella parte, le ocurrieran cosas como aquella. Venían a su memoria asuntos muy diferentes a los que estaban tratando.

—Majestad, no se ha tenido noticia de Lourenço Pereira desde que marchó por segunda vez a Setúbal.

—Es muy extraño. Indagad qué ha podido ocurrir.

—Haré averiguaciones, majestad.

Era posible que no volviera a acordarse del asunto en muchas semanas.

El rey carraspeó para aclararse la voz y retomó el asunto del que hablaban:

—Está bien, pensaré el lugar de mi residencia hasta que la ciudad recupere la salud, pero antes haré pública alguna decisión. Ahora, retiraos.

Hubo intercambio de miradas entre los presentes.

—Como disponga vuestra majestad —contestó el secretario.

Fuera de la cámara real, el conde de Vimioso, uno de los más firmes apoyos con que contaba el prior de Crato, porque creía que era quien podía hacer frente a las pretensiones de Felipe II, preguntó:

—¿Alguno sabe a qué decisiones se refiere el rey?

Nadie respondió.

Dos días después, don Enrique las hizo públicas. La primera era que, dado su estado de salud, nombraba, por si fuera necesario, un consejo de regencia que gobernaría el reino. Lo presidiría el arzobispo de Lisboa, a quien acompañarían cuatro personas: don João Telo, Justicia Mayor del reino; don João de Mascarenhas, don Diogo Lopes de Sousa y don Francisco de Sá Meneses. Anunció

también que fijaría su residencia en Almeirim y sería allí donde se reunirían las Cortes.

Al conocer la primera de las noticias Vimioso montó en cólera.

—¡No se ha atrevido a nombrarlo, pero le ha abierto las puertas del reino de par en par!

Su ayuda de cámara, que le preparaba el jubón, le preguntó:

—¿Por qué dice eso su excelencia?

—Porque todos, salvo Telo, son partidarios del rey de España. ¡Significa que seremos un apéndice de Castilla!

—He oído decir que, llegado el caso, sólo podrán hacer una propuesta. Serán las Cortes las que tomarán la decisión final.

—Moura, que se ha movido para dar vuelo a la causa de Felipe II, y el embajador español se encargarán, comprando voluntades y amenazando a quienes se resistan, de que las Cortes lo elijan. —Se había abotonado la camisa y el criado le ayudó a ponerse el jubón—. Pero se equivocan. Tomaremos las armas y les recordaremos Aljubarrota.

La noticia del nombramiento de aquel consejo de regencia y de la convocatoria de las Cortes era, junto a los problemas que estaba provocando la peste —si bien el número de muertos era muy inferior a los de otras epidemias—, el centro de las conversaciones en posadas, mesones y en los corrillos que se formaban en las plazas donde se celebraban los mercados.

En una taberna al pie del barrio de Alfama, junto a la alhóndiga y cercana a la ribera del Tajo, llamada *A Casa dos Passarinhos*, varios marinos de edad avanzada, todos ellos viejos lobos de mar que habían tenido su momento de protagonismo, se reunían a diario, pese a la enfermedad, para contarse las mismas historias. Las que habían vivido navegando por las rutas marítimas que controlaban con sus barcos.

—Dicen que al rey le quedan días —comentó uno, llamado Farinhas, que adornaba con aros los lóbulos de sus orejas—. Por eso ha nombrado regente al arzobispo.

—No lo ha nombrado regente, sino presidente de un consejo —matizó Diogo Couto, que había sido maestre de una nao.

—Bueno, lo que importa es que todos los que están cerca de él dicen que tiene ya puesto un pie en la tumba.

—A mí me han dicho —terció un sujeto al que llamaban el *Dourado*, por el color de su pelo— que se marcha hoy mismo.

—También yo lo he oído. Por eso ha convocado Cortes en Almeirim.

—¿Eso dónde queda?

—Al norte, cerca de Santarém. A unas veinte leguas de aquí.

—¿Allí no hay peste?

—Dicen que no.

—Cuando el rey muera habrá problemas —afirmó un viejo capitán al que conocían como don Bastián y todos tenían en mucha consideración. Según decía, había mandado una nao en tiempos del rey don Manuel el *Afortunado*, hacía más de medio siglo.

—¿Creéis que habrá guerra?

—El prior no se conformará con que el rey sea don Felipe. Llamará a las armas —respondió el *Dourado*.

—¡Pues lucharemos! —exclamó Couto alzando la voz—. ¡Antes muertos que sometidos a Castilla!

Don Bastián lo miró y dio un sorbo a su vino.

—¿Vos queréis otro Alcazarquivir?

—¡Más bien otra Aljubarrota! —respondió con rotundidad.

—¡Ay, amigo Couto! Hace casi doscientos años de aquello. España es hoy el imperio más poderoso del mundo. ¡Sus tercios de infantería son invencibles! Los he visto luchar y es mejor no enfrentarse con ellos. Añadid que el prior es un bastardo y eso lo inhabilita.

—La infanta doña Catalina tiene mejores derechos —replicó Couto.

—El rey de España es hijo de doña Isabel, hermana de don Enrique.

—¡Don Bastián, esos derechos le vienen de una mujer, mientras que los de doña Catalina vienen de un hombre!

—Pero el rey de España es hombre y doña Catalina mujer.

—Si don Sebastián apareciera, se acabarían los problemas —indicó el *Dourado*.

—¡Eso es una fantasía! —exclamó don Bastián—. ¡El cuerpo de don Sebastián está en Ceuta!

—¡Eso es lo que dicen algunos! —Couto alzó de nuevo la voz—. ¡Otros afirman que lo vieron alejarse del campo de batalla!

—He oído decir que don Sebastián llegó a Setúbal, donde lo atendió un médico en casa de doña María de Noronha —dijo el *Dourado*.

—Se dicen tantas cosas…

Unos días después aparecieron pasquines donde se defendían los derechos del prior de Crato y se llamaba a la defensa del reino. En muchos lugares se celebraban juntas y se discutía el asunto de la sucesión.

Una de esas reuniones la presidía el conde de Vimioso.

—Hemos de trazar una estrategia. Tal y como están las cosas, me temo que las Cortes terminarán proclamando al rey de Castilla —planteó el conde—. Nosotros apoyaremos a don Antonio.

—O a don Sebastián —señaló el anciano conde de Ericeira.

Sus palabras tuvieron el mismo impacto que una bomba.

—Don Sebastián está muerto —afirmó Vimioso—. Su cadáver está en Ceuta desde hace un año. No me explico cómo aún no ha sido traído a Lisboa para darle la sepultura que le corresponde.

—Sin embargo —señaló el único clérigo que había entre los reunidos—, son muchos quienes creen que está vivo. Don Enrique indagó en Setúbal acerca del rumor que decía que don Sebastián fue atendido de una enfermedad o una herida en casa de doña María de Noronha. Nada sacó en claro el enviado por el rey. Fue una segunda vez a Setúbal, pero no ha regresado. No se sabe dónde está.

—Iré a Setúbal para indagar sobre eso —dijo Vimioso.

Al día siguiente, el conde, acompañado por dos de sus hombres, cruzaba el estuario del Tajo. Desembarcó en Almada y a media tarde llegaba a Setúbal. No le costó trabajo encontrar la casa de doña María de Noronha.

A los golpes de aldabón que uno de sus hombres daba, respondió la voz cascada de un anciano:

—¿Quién llama?

—Su excelencia el conde de Vimioso, don Francisco de Portugal.

—Un momento.

La espera se prolongó varios minutos y quien les abrió fue un sujeto que los pasó a una salita amueblada con austeridad.

—¿Qué desea su excelencia?

—Hablar con vuestra señora.

—Me temo que no va a ser posible. Hace tiempo que se marchó.

—¿Adónde?

—No lo sé, señor.

Vimioso, que no disimulaba su contrariedad, se acarició el mentón.

—¿Por qué se marchó?

—Tampoco lo sé, excelencia. Supongo que tuvo relación con la visita de un grupo de caballeros que llegaron hace algún tiempo.

—¿Un grupo de caballeros? ¿Quiénes eran?

—No sabría deciros. El trato que les dispensó mi ama era de personas importantes. No sois el primero que viene preguntando por ellos.

Vimioso no dejaba de acariciarse el mentón.

—Decidme todo lo que sepáis de esos caballeros.

—Uno de ellos estaba enfermo. Mi señora llamó a un médico para que lo atendiera y ella se encargó de cuidarlo personalmente. Estuvieron tres semanas.

El conde lo miró a los ojos, como si pretendiera leer en ellos.

—¿Ese caballero podría ser el rey don Sebastián?

—Os he dicho que no lo vi. Había de ser persona muy principal por las atenciones que doña María le dispensó. Os diré que mi ama sentía devoción por don Sebastián porque, hace años, la salvó de una situación muy desagradable en que estaban humillándola públicamente. No sé si alguno de los caballeros cometió una indiscreción o fue por otra razón, pero a los pocos días de estar aquí corrió el rumor de que se trataba del rey don Sebastián.

—Tengo entendido que vino un tal Lourenço Pereira, enviado por el rey don Enrique, preguntando por ese enfermo.

—Cierto, excelencia, vino buscando la misma información que vos.

—Tengo entendido que vino a esta casa en dos ocasiones.

—Aquí sólo vino una vez.

—¿Estáis seguro de que sólo vino una vez a Setúbal?

—He dicho que sólo vino una vez a esta casa.

—¿Por qué estáis tan seguro? Pudo venir y que no lo vierais.

—Porque cuando vino, mi ama me dijo que si volvía no lo dejase entrar. Es cierto que lo vi otra vez en Setúbal. Estaba con el doctor Antunes. Se lo dije a mi ama, quien decidió marcharse aquella misma tarde.

—¿Dónde vive el doctor Antunes?

—Vivía, señor. Murió hace pocos días. Se dice que por causa de la peste, que hasta ahora nos había respetado.

—¿Por qué vuestra ama no quería volver a ver a Pereira?

—Lo ignoro. Lo que puedo deciros es que, cuando le dije que lo había visto, decidió dejar Setúbal a toda prisa y me dejó el encargo de que no entrase en esta casa y nada le dijera sobre el caballero al que atendió.

El conde se marchó de Setúbal preguntándose quién sería el caballero al que atendió doña María y, si don Sebastián estaba vivo, de quién era el cadáver que Muley Hamet había devuelto cuatro meses después de que se librase la batalla. Identificar el cadáver resultaría complicado, pero carecía de sentido que el berberisco enviara un cadáver que no fuera el del monarca.

XXXVI

Diego, desde que don Matías había conseguido el hábito de la Orden de Calatrava, encontraba mayores facilidades para sus iniciativas. Aquella tarde le pidió permiso para ausentarse varias semanas.

—He de ir a Polaciones para resolver un asunto familiar. La hermana mayor de mi madre falleció hace poco. He recibido carta de un escribano de Santoña donde me dice que me dejaba como su heredero.

—¡Una herencia!

—Será poca cosa, don Matías.

—Disponga vuesa merced del tiempo que necesite.

Unos días después iniciaba el viaje y tomaba el camino real de Burgos. Era el mismo itinerario que hizo cuando fue a Lozoya para hablar con María la herborista. Hizo noche en Torrelaguna en la posada frente a la iglesia de la Magdalena donde entonces se alojó. Allí decidió que se desviaría unas leguas para visitarla.

Cuando llegó al claro del bosque donde se alzaba la casa de María, se llevó una sorpresa. La vivienda, primorosamente cuidada cuando la vio por primera vez, ofrecía un aspecto muy diferente. Entró en ella y comprobó que había sido saqueada. Muchas cosas habían desaparecido. No había el menor rastro de la herborista.

Regresó al pueblo, pero nada pudo averiguar. Todo era un silencio compartido. Decidió no quedarse entre aquella gente y pasar la noche en la casa de María. Cenó algo de lo que llevaba en las alforjas y se acomodó lo mejor que pudo. Se levantó con las

primeras luces del día y, después de lavarse con el agua de un arroyuelo cercano, montó en su caballo. Apenas se había alejado de la casa cuando un sujeto, al que había visto el día anterior en Lozoya, apareció en el camino.

—Dios guarde a vuesa merced —lo saludó.

—También a vos —respondió Diego, poniéndose en guardia.

Podía ser que hubiera otros, ocultos entre la arboleda, y se dispusieran a atacarlo.

—¿Queréis saber qué le ocurrió a María?

—¿Me lo diríais?

—A eso he venido.

—¿Por qué no lo hicisteis ayer?

—Porque no era conveniente. Nadie quiere hablar de lo que pasó.

—Entonces, ¿qué razón tenéis para hacerlo ahora?

—Salvó la vida a mi mujer y a mi hijo. Lo sacó vivo haciéndole un corte en el vientre. Si no hubiera sido por ella los dos estarían muertos.

—¿Qué tenéis que contarme?

—Hace cosa de seis o siete meses, vinieron unos hombres al pueblo preguntando por María. Desde entonces, nada se sabe de ella. Algo debían buscar porque dejaron la casa como la habéis encontrado.

—¿No han sido los del pueblo?

—¡No! ¡Nadie se atrevería! ¡Creen que era una bruja!

—¿Vos no lo creéis?

El hombre se encogió de hombros.

—Lo que yo sé es que salvó a mi mujer y a mi hijo.

—¿Cuántos eran quienes vinieron preguntando por ella?

—Eran tres.

—¿Recordáis algún detalle?

—Uno se cubría con un llamativo sombrero emplumado.

Diego contuvo la respiración.

—¿Recordáis cómo eran el sombrero y las plumas?

—Era como el vuestro con alas. Las plumas grandes. Una blanca, una negra…

—La tercera era roja.

El hombre se quedó mirándolo sin pestañear.

—¿Cómo lo sabéis?

—Ando, desde hace mucho tiempo, detrás de él.

Diego le dio las gracias, se llevó la mano al ala de su sombrero a modo de despedida y espoleó el caballo.

Regresó al camino real y se dirigió hacia Buitrago de Lozoya, embebido en sus pensamientos. Los mismos que habían acabado con la vida de maese Rodrigo eran quienes habían hecho aquello. Habían averiguado la relación que María tenía con el boticario y dado con su paradero. Aquello sólo podía habérselo informado Agustinillo, a quien llevaba tiempo sin ver. No quiso pensar en lo que podían haberle hecho.

Las noticias de Portugal eran preocupantes, según anunciaban las cartas de Moura y de Osuna.

—La situación se ha agravado mucho con la epidemia que se ha desatado en Lisboa —dijo el rey a Vázquez de Leca.

—¿Por eso don Enrique se ha marchado y las Cortes no se reunirán en Lisboa, sino en Almeirim?

—Así es.

—Se rumorea, majestad, que don Enrique está muy mal.

—Parece que no le queda, salvo que Dios disponga otra cosa, mucho tiempo. Moura me dice que la idea de que don Sebastián está oculto y que aparecerá en el momento oportuno sigue siendo un rumor muy extendido.

—Majestad, muchos portugueses prefieren agarrarse a esa creencia antes que asumir la realidad.

Felipe II asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Han aparecido pasquines en los que se dice que ha estado oculto en Setúbal, donde fue atendido por un médico.

—¡Es increíble, señor! Su cadáver está en Ceuta. Si se trasladase a Lisboa, acallaría dichos rumores.

—Eso depende de don Enrique, que ha nombrado un consejo de regencia que habrá de asumir la gobernación del reino cuando muera y será quien se pronuncie sobre la sucesión. Lo integran cinco

personas y lo presidirá el arzobispo de Lisboa. Moura me dice que, salvo uno de ellos, que se ha declarado partidario del prior de Crato, los demás se muestran favorables a nuestra sucesión.

—¡Esa, majestad, es una magnífica noticia!

—El problema es que el prior se está moviendo. Tiene agentes por todo el reino promoviendo lo que considera sus derechos, pese a que ser un bastardo lo aparta por completo del trono. Cuenta con la ayuda de muchos curas y frailes. Excitan a la gente recordándoles Aljubarrota, reparten pasquines donde se dice que las libertades del reino están amenazadas y llama a la defensa del reino, como si el hecho de que yo ocupe el trono fuera una terrible amenaza.

—¿Qué pensáis hacer?

Felipe II se acarició el mentón.

—Se preparará un ejército por si fuera necesario intervenir. Las tropas se concentrarán en diferentes lugares y todo se hará con suma discreción.

—¿Esa es la razón por la que con Granvela vino medio centenar de barcos, como si se tratara de una escolta para protegerlo de un posible ataque de los berberiscos?

—Así es. Ahora tenemos esas galeras en Cartagena y podrán utilizarse si fuera necesario. Las noticias de Sevilla indican que ha llegado sin novedad la flota de Indias y que trae grandes cantidades de plata y oro. Mucha más de la que los más optimistas calculaban. Eso quiere decir que dispondremos de recursos para movilizar los hombres que sean necesarios.

—¿Creéis que los franceses y los ingleses permanecerán impasibles?

—Se movilizarán a favor del bastardo. Así lo dicen nuestros agentes en Londres y París. Ni la reina Isabel ni Catalina de Médicis ven con buenos ojos que Portugal y sus posesiones queden incorporados a mis dominios.

—Eso significará guerra.

—Es muy probable, pero no adelantemos acontecimientos.

XXXVII

Al finalizar noviembre, el frío, muy intenso, se convirtió en un arma eficaz contra la peste. En Lisboa, aislada desde hacía varias semanas, las muertes disminuyeron de forma importante. El diez de diciembre, después de una visita al Hospital Real de *Todos os Santos* y de consultar con los médicos que no se habían marchado fuera siguiendo la máxima que recomendaba huir lejos y regresar lo más tarde posible, las autoridades decretaron la salud porque desde hacía una semana no se había producido ningún caso de peste.

Poco a poco Lisboa fue recuperando el pulso normal de su vida. Las tiendas se abastecían, los pescadores montaban en sus barcas y salían a las aguas del estuario. Entraba comida para los ganados, los barqueros volvían a su actividad llevando viajeros de una a otra orilla y los hortelanos podían salir a sus predios para ver cómo se encontraban, aunque por aquellas fechas era poco lo que podía encontrarse en las huertas, poco más que coles y nabos. Comerciantes y viajeros, algunos venidos de lejos, traían noticias a la ciudad.

Los viejos lobos de mar seguían reuniéndose en *A Casa dos Passarinhos* y otra vez en las conversaciones, además de girar en torno a los efectos de la peste que había llevado al sepulcro a algunos conocidos, pero que había respetado a los asiduos a aquellas reuniones, se volvía a hablar de la situación del reino.

—Por lo que me han dicho, si don Enrique ve el año nuevo será un milagro —comentó Couto.

—¿Tan mal está? —preguntó don Bastián.

—Dicen que no para de toser y que escupe sangre. Está muy delgado.

—Su muerte traerá problemas.

—Lo que a mí me han dicho unos arrieros que venían de Elvas y que tienen contactos con gentes de Badajoz es que los españoles concentran allí pertrechos de guerra en lugares diferentes para no llamar la atención.

—No iréis a creer eso —señaló don Bastián.

—¿Por qué no he de creerlo? —Couto había fruncido el ceño.

—Porque, si no ando equivocado, Badajoz, que está muy cerca de Elvas, al otro lado de la raya, queda demasiado al sur para atacar Lisboa.

—No…, no os entiendo.

—Muy simple, amigo mío, si los españoles entran en el reino por Elvas, lo harán al sur del Tajo. Para atacar Lisboa, tendrán que cruzarlo. Les resultará más fácil entrar por Guarda o por Castelo Branco, avanzar hacia Santarém y luego caer sobre Lisboa.

—Tenéis razón —apostilló el *Dourado*—. Si atacan será más al norte.

—Pues lo que he oído decir a esos arrieros es que en Badajoz están concentrando pertrechos y armas —insistió Couto—. También comida de la que se puede conservar mucho tiempo.

En este ambiente llegaron las celebraciones propias de la Navidad. Crecía la tensión porque los partidarios del prior agitaban la calle. En varias imprentas no dejaban de darse a la prensa proclamas contra Felipe II y los españoles y de ellas también salían pliegos en los que se defendían los derechos de don Antonio, ocultando que era un bastardo. En las puertas de las iglesias, a las que las gentes acudían a las celebraciones religiosas, se comentaban aquellos pasquines. También se hablaba de lo que se decía desde los púlpitos respecto a los derechos de los diferentes candidatos porque se daba por seguro que los días del rey-cardenal estaban contados.

En Almeirim, don Enrique ordenó a Barreto que fuera a escrutar los troncos que los vecinos habían encendido en la plaza Mayor. Lo que el astrólogo vio en la gran hoguera donde ardían lentamente los troncos lo puso en alerta. Sólo en una ocasión había visto quemarse

la madera de aquella forma y nunca, pese a que ya había cumplido el medio siglo, las caprichosas formas que ante sus ojos mostraban las llamas y las ascuas. Era anuncio de algo anormal y de gran importancia. De vez en cuando, apartaba su mirada del fuego y se fijaba en la gente que, alrededor de la hoguera, bebía aguardientes y orujos para combatir el frío, y entonaba cánticos de alabanza al niño Jesús, cuyo nacimiento conmemoraban.

Una mujer le ofreció una bandeja donde había rosquillos bañados en miel.

—Tomad uno, amigo, en honor del Niño Manuel.

—Gracias, muchas gracias. —Barreto cogió el rosquillo y apenas lo degustó. Le costaba trabajo tragarlo. Le fue de gran ayuda el orujo que le ofreció un hombre. Extrañado, comprobó que tenía la boca seca, pese al trago que había dado. Continuó pendiente de las llamas y de la forma en que se quemaban aquellos gruesos troncos.

El día de Navidad amaneció gris. El cielo estaba cargado de nubes que venían del oeste y anunciaban lluvia inminente. Barreto se encaminó hacia la casa que habían habilitado como residencia real. El mayordomo lo acompañó hasta la cámara donde se encontraba don Enrique, quien, sentado en un sillón frente a una chimenea, estaba acompañado por el médico real, que le daba unas cucharadas de jarabe para aliviarle la tos. Barreto, al ver el estado en que se encontraba, dudó si decirle lo que había visto en los troncos.

Al percatarse de su presencia, el rey le hizo una seña para que se acercase.

—Majestad… —Barreto hincó la rodilla e inclinó la cabeza.

—Alzaos, alzaos…, ¿qué nuevas me traéis?

—Señor… —dudó y eso llamó la atención del soberano.

—Vamos, Barreto. Sé que mis días están contados y que no son muchos. —Un fuerte golpe de tos le impidió seguir hablando y se llevó un pañuelo a la boca. Al retirarlo estaba manchado de sangre.

—Lo que he visto anuncia que acudiréis pronto a la llamada de Dios.

—¡Eso ya lo sé! ¿Veré el próximo año?

—Sí, señor, pero no por mucho tiempo.

Don Enrique, cuya respiración era agitada y ruidosa, volvió a toser, aunque con menos intensidad.

—¿Qué más habéis visto?

—Guerra, señor. Habrá lucha por sucederos en el trono.

—¿Estáis seguro?

—Es lo que he visto. Pero por encima de todo está la voluntad de Dios.

El rey se limpió los labios con otro pañuelo que le habían entregado.

—¿Habéis visto cómo se resolverá esa guerra?

—No está claro, señor.

En los días siguientes fueron llegando a Almeirim los diputados a Cortes. La localidad no reunía condiciones para acoger una reunión tan numerosa, por lo que se decidió que algunas sesiones serían en Santarém, que estaba a menos de tres leguas. Se abrieron el once de enero, tras una misa en la que se invocó al Espíritu Santo para que los iluminase en sus decisiones.

Don Enrique expuso los derechos que reclamaba Felipe II:

—El rey don Felipe, como hijo de doña Isabel de Avís, nieto del rey don Manuel y mi sobrino, presenta sus derechos al trono.

Se oyeron algunas manifestaciones de protesta desde los bancos que ocupaban los representantes de las ciudades.

—¡Es un extranjero! ¡No ha nacido en Portugal!

Tras lograrse un precario silencio, don Enrique retomó la palabra:

—Los derechos de don Felipe de Habsburgo no están en función de su lugar de nacimiento, sino en ser descendiente de quien fue nuestro rey.

—¿Y los derechos de don Antonio? —preguntó Febo Moniz, procurador por la ciudad de Lisboa.

Ahora las protestas llegaron desde los bancos donde se sentaban los representantes de la nobleza y del clero.

—¡Es un bastardo! ¡No está legitimado!

Don Enrique se sumó a la idea de que la ilegitimidad de don Antonio lo incapacitaba para subir al trono.

—Su ilegitimidad le inhabilita para convertirse en rey.

—¡Ha nacido aquí! —gritó Febo Moniz.

—¡Haber nacido en un sitio no supone derecho alguno! —replicó el obispo de Leiria—. ¡Los derechos del rey de España son incuestionables!

El debate se encrespó. Un diputado propuso como mejor solución que la sucesora fuera doña Catalina, casada con el duque de Braganza.

—¡La duquesa de Braganza también es nieta de don Manuel y, a diferencia del rey de España, es descendiente del infante don Luis! El varón tiene preferencia sobre la hembra.

—Vos lo habéis dicho —replicó otro prelado que también había intervenido en favor de los derechos de Felipe II—. Doña Catalina es mujer, lo que sitúa sus derechos por detrás de los de don Felipe.

Los argumentos en favor o en contra de uno u otro candidato eran acogidos con palabras de apoyo o denuestos. Los ánimos estaban muy exaltados. Don Enrique se vio atacado por un fuerte golpe de tos, que le hacía escupir esputos de sangre, por lo que se decidió levantar la sesión. Con mucha dificultad, abandonó la sala de sesiones.

Febo Moniz reunió a los procuradores que representaban a las ciudades, casi todos rechazaban que Felipe II fuera elegido rey, y acordaron dar su apoyo al prior de Crato.

Al plantearlo, el enfrentamiento en las Cortes fue mayor. Se decidió enviar a don Enrique, que llevaba días sin asistir a las sesiones, una comisión para exponerle la situación.

—Majestad, no hay manera de alcanzar un acuerdo.

—Quienes representamos las ciudades defendemos un rey que haya nacido en Portugal —señaló Febo Moniz.

Don Enrique alzó las cejas y lo miró, pero cuando iba a responderle se vio sacudido por un fuerte ataque de tos. Cuando se serenó, volvió a mirarlo y le pidió:

—Decidme su nombre porque no lo conozco.

—Don Antonio, el hijo de vuestro hermano el infante don Luis.

—¡No! —El grito sorprendió a los presentes. No esperaban que el rey pudiera hacerlo de aquella forma—. ¡Es un bastardo!

Aquel grito le provocó un nuevo ataque de tos. Cuando la tos se calmó, Febo Moniz explicó su postura:

—Majestad, el rey don Juan, primero de su nombre que subió al trono en 1385, cuando era maestre de la Orden de Avís, era hijo natural del infante don Pedro. Las Cortes, reunidas en Coímbra, lo eligieron rey para evitar que el trono pasara a manos de la infanta doña Beatriz por estar casada con el rey de Castilla, el que fue derrotado en Aljubarrota. Aquellas Cortes, señor, eligieron rey a un bastardo, origen de vuestra dinastía.

Don Enrique, que apenas había prestado atención a aquella argumentación porque la tos lo atormentaba, se puso en pie y, sin disimular su cólera —las referencias al prior lo sacaban de quicio—, señalando la puerta, ordenó a los guardias:

—¡Sacadlo! ¡Sacadlo de aquí! ¡Ese bastardo no tiene derecho a reinar!

Febo Moniz fue expulsado, pero las disputas continuaron. Los representantes de las ciudades rechazaban a Felipe II.

XXXVIII

Diego no daba crédito a lo que el escribano acababa de leer.

—¿Quiere vuesa merced repetir esa cantidad?

—Veintiún mil quinientos sesenta y ocho ducados, doce reales y cuatro maravedíes.

—¿Esa es la suma que heredo de mi tía?

—Más los prados que van señalados, la casa de Polaciones y la que tiene en Santoña. Doña Juana era, como he dicho a vuesa merced, mujer muy rica desde que su hermano don Fernando regresó de las Indias. Dejó a ella todo su capital, que ahora pasa íntegro a vuestras manos. La suma es tan importante que me ha obligado a que hayáis tenido que acreditar de forma fehaciente que vos sois don Diego de Paz y Lastres.

Diego estaba abrumado.

—¡Santa Madre de Dios! ¡Una fortuna!

—El dinero se encuentra depositado en la casa de banca que tiene, en Santoña, César de Anguiano. Vuesa merced, con copia de este testamento y con la cédula que acredita vuestra identidad, podrá retirarlo cuando considere conveniente.

—Habré de pagaros vuestros servicios.

—No, don Diego, vuestra tía dejó mil ducados en diferentes mandas a sus deudos y servidumbre y para que fueran dichas quinientas misas por la salvación de su alma. Más otros doscientos ducados aparte de esas sumas para los gastos de su entierro y los que se derivaran de localizaros y dar cumplimiento a su voluntad expresada en este testamento. Pagados todos los gastos y cobrados

mis servicios, quedan —el escribano miró un papel que tenía sobre la mesa— cuarenta y dos ducados y ocho reales, que son vuestros.

Visitó al banquero Anguiano, quien le entregó unos pagarés que podían ser cobrados en Madrid en la casa de Andrés de Mazuelos, y se hizo cargo de la venta de las propiedades.

—Vendedlo todo, menos la casa de Polaciones, que deseo permanezca en mi poder.

Antes de marcharse, acordó con una de las sirvientas de su tía que se encargaría del mantenimiento de ella por ocho ducados anuales y un mes después de haber salido de Madrid estaba de vuelta en la Villa y Corte.

Leonor estaba tan impresionada como Diego había quedado cuando el escribano le leyó el testamento.

—¡Más de veinte mil ducados! ¡Sois rico!

Aquella noche holgaron con mucha pasión y, como tenían por costumbre, después bebieron vino y charlaron relajadamente.

—¿Pensáis seguir con vuestro trabajo? Ahora podéis permitiros dejarlo.

—Vos, ¿qué pensáis?

Leonor dejó escapar un suspiro y dio un pequeño trago a su vino.

—No tenéis necesidad de estar sujeto a disciplina alguna, aunque después de tantos años no os suponga esfuerzo. Pero pedir la licencia os permitirá disponer de vuestro tiempo de la forma que más os acomode y dedicar vuestra atención a esas pesquisas que tanto os inquietan.

—Es cierto, pero también lo es que siendo alguacil se pueden abrir muchas puertas que de otra forma…

Ella soltó la copa y los besó repetidamente.

—Os estáis olvidando de algo muy importante. ¡Sois rico! ¡Hay muy pocas puertas que el dinero no pueda abrir!

—Don Matías, después de obtener el hábito de Calatrava, me da toda clase de facilidades. Meditaré sin prisas qué decisión tomar.

En Madrid, la llegada de 1580 no había apagado los rumores sobre la prisión de la princesa de Éboli y del secretario Pérez.

Muchos insistían en que estaba relacionada con el hecho de haber mantenido relaciones sentimentales. Era el rumor que se difundía principalmente por mercados, tabernas y mesones. Pero en otros ámbitos se apuntaba a que don Felipe se había sentido engañado por Pérez en todo lo referente a las aspiraciones de don Juan de Austria. La llegada a Madrid de los papeles de don Juan había revelado al rey que todo lo que el secretario le había dicho sobre don Juan era falso y que la presencia de Escobedo en Madrid había sido una amenaza para Antonio Pérez. Sin embargo, quienes se mostraban partidarios de este rumor, no tenían una explicación tan clara para la prisión de doña Ana de Mendoza.

Pérez continuaba, después de cinco meses, detenido en una estancia de la casa de don Álvaro García de Toledo, el alcalde de Casa y Corte. Era una prisión atenuada porque se le permitía despachar algunos papeles de asuntos que habían sido de su competencia. Más dura era la prisión de la princesa de Éboli en la torre de Pinto que sólo disponía de una habitación en cada planta. Su vida estaba muy lejos de ser cómoda. Su encierro había hecho que algunos grandes se dirigieran al rey para que atenuase las condiciones de su prisión, pero Felipe II se había limitado a señalar que lo estudiaría. Incluso el rey de Portugal había pedido, a través de Moura, que se le aliviase el encierro. Todo ello influyó en que decidiera su traslado al castillo de Santorcaz.

—Mantendréis una estrecha vigilancia —indicaba el rey al alcaide de la fortaleza— porque, si bien me ha escrito reconociendo sus graves errores, que en su caso supone mucho reconocer, no os podéis fiar de ella.

—Perded cuidado, majestad. La tendremos vigilada en todo momento.

Don Felipe asintió y añadió:

—Se instalará en las mismas habitaciones que ocupó el cardenal Cisneros cuando estuvo preso allí por orden del arzobispo Carrillo. Se le controlarán los envíos de comida y no se admitirá en su servicio más que las personas que tengo asignadas para ello.

—Como ordene vuestra majestad.

—Disponedlo todo para el traslado. Podéis retiraros.

Por aquellas fechas, el nuncio se entrevistaba con Felipe II. El papa se mostraba contrario a que se convirtiera en rey de Portugal.

—Majestad, la sucesión de Portugal está próxima, si es que Dios no dispone otra cosa. Su santidad considera que debe ser sometida a la consideración de unos jueces… imparciales.

La ira brilló en los ojos del rey. Aquello significaba que consideraba parcial la conclusión a que habían llegado los juristas de Salamanca.

—¿Supone su santidad que el dictamen emitido por los juristas más reconocidos del reino no es imparcial?

—Majestad, son vuestros súbditos… Su santidad desea que sean miembros elegidos por el colegio cardenalicio quienes lo emitan.

—¡Me parece intolerable que se ponga en duda la honradez de hombres tan doctos!

—Majestad, el santo padre…

—El santo padre —don Felipe interrumpió al nuncio— tiene muy frágil memoria. ¿Ha olvidado los apoyos que le dimos en el cónclave?

—¡Majestad, en esa elección el colegio cardenalicio está iluminado por el Paráclito!

—Será esa la razón por la que los últimos doce papas son italianos.

—Su majestad no debe dudar de que el Espíritu Santo ilumina a los cardenales cuando eligen al vicario de Cristo en la Tierra.

—¡No dudo! ¡Sólo constato un hecho!

El silencio era incómodo. Pese a sus habilidades diplomáticas, el nuncio estaba desconcertado. Los cortesanos inmóviles. Jamás el rey se había expresado así, al menos en público. Fue don Felipe quien lo rompió:

—Decid al papa que rechazo las intromisiones que pretende en este asunto. En su carta reprueba las iniciativas que he tomado —no quiso referirse a que el papa se mostraba contrario a la concentración de hombres y pertrechos, de lo que había debido tener noticia, pese a la discreción con que actuaba— y pone en cuestión mis derechos sustentados en informes que considera

parciales. Decidle que la incorporación de Portugal a la monarquía católica será de gran beneficio para la cristiandad.

Con un hilo de voz, el nuncio respondió:

—Así lo haré, majestad.

—Decidle también que sus temores a que Portugal se vea lleno de ejércitos extranjeros, enemigos de la religión, no deben preocuparle. Me encargaré, llegado el caso, como he hecho en muchas ocasiones, que su santidad parece haber olvidado, de defenderla con todos los recursos de esta monarquía.

Una vez que el nuncio se hubo retirado, el rey se encerró con Granvela en su gabinete.

—¿Qué pensáis de la actitud del papa?

Granvela midió sus palabras. Al fin y al cabo, era miembro del colegio cardenalicio.

—Majestad, no debería sorprenderos. Los papas, como vicarios de Cristo en la Tierra, se han atribuido desde hace siglos el poder sobre la cristiandad. Sostuvieron con los emperadores germánicos un pulso, que ganaron, acerca de la primacía del poder espiritual sobre el temporal. Luego las cosas se han matizado mucho. Pero para el papa decidir sobre la sucesión de Portugal le permite poner de manifiesto que en los conflictos que afectan a los reinos cristianos la capacidad de arbitraje pertenece a la Santa Sede. Gregorio XIII se comporta en este asunto más que como vicario de Cristo, como príncipe terrenal. Ante la falta de sucesión, trata de aprovechar la ocasión para controlar Portugal.

—Hay sucesión, eminencia. La cuestión está en dilucidar los derechos de quienes creen tenerlos.

—Señor, cuando digo que falta sucesión, me refiero a una sucesión directa. Para mí no hay duda de que los mejores derechos son los vuestros.

—Pero la actitud del papa, inmiscuyéndose e incluso cuestionando que mis derechos sean los mejores, puede enturbiar el asunto de forma grave.

—Por eso, majestad, Zúñiga debe dejar clara vuestra postura.

—He decidido que Zúñiga sea el nuevo virrey de Nápoles.

—¿Eso quiere decir que ya ha abandonado Roma?

—No lo sé.

—Zúñiga, señor, permitidme que os diga, es el más adecuado para esta misión. Vuestra majestad debería encomendársela a él, aunque ya no sea el embajador.

Don Felipe asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Daré instrucciones precisas.

Don Juan de Zúñiga había vestido sus mejores galas para acudir a la audiencia que el papa le había concedido. Vestía jubón negro brillante, adornado con diminutas perlas, y lucía la venera de la cruz de Santiago. Los gregüescos, muy abombados y acuchillados, también eran negros y estaban forrados de seda carmesí. Adornaba su cuello con una elegante lechuguilla y los rizos de su camisa asomaban por las mangas del jubón. El sombrero era de fieltro, copa alta, ala estrecha, y estaba forrado de seda negra, según le gustaba utilizar a Felipe II. Se había convertido, como el negro brillante, en elemento de identificación de los diplomáticos españoles en las cortes europeas, donde la forma de vestir de los hispanos todos trataban de imitar. En Roma, las grandes familias de la aristocracia como los Orsini, los Colonna, los Borghese, los Farnesio o los Médicis solicitaban piezas de aquel negro brillante que sólo en España se daba a los ricos tejidos, utilizando como tinte una mixtura de semillas traídas de América, cuya fórmula se guardaba como un valioso secreto entre los integrantes del gremio de tintoreros segovianos, que eran quienes abastecían a la corte. Un secreto que les proporcionaba pingües beneficios.

La entrevista con el papa fue tensa, pese a las cuidadas formas diplomáticas.

—Santidad, su Católica Majestad entiende que el arbitraje que su santidad ha decidido no es lo más conveniente con vistas a la sucesión de la corona de Portugal, sobre la que mi rey y señor posee los mejores derechos como hijo de la serenísima emperatriz doña Isabel de Avís y único nieto varón del rey don Manuel.

—Decid a nuestro amado hijo, el rey de las Españas, que nos interpretamos que, tratándose de un reino cristiano que ha quedado

sin descendencia por la muerte de su rey, que Dios Nuestro Señor tenga en su gloria, es asunto que nos incumbe muy directamente.

—El rey Católico entiende que someter la sucesión de aquel reino a un arbitraje supone cuestionar sus legítimos derechos.

—Su santidad no cuestiona derecho alguno —intervino el camarlengo, que acompañaba al papa.

Zúñiga decidió ignorar al camarlengo y dirigió su respuesta al papa.

—Santidad, mi rey y señor, entiende que la sucesión no debe someterse a arbitraje alguno. Supone cuestionar un derecho que le pertenece.

—Su santidad, vicario de Cristo en la Tierra y cabeza de la cristiandad, tiene el derecho de intervenir en las circunstancias que se encuentra un reino cristiano, como es Portugal —insistió el camarlengo.

Ahora Zúñiga lo miró.

—Observo que su eminencia no tiene en consideración los legítimos derechos de mi rey y señor, que dedica grandes esfuerzos y enormes sumas en la defensa de la cristiandad contra herejes que rechazan que la cabeza de la cristiandad la tenga su santidad.

Gregorio XIII se puso en pie dando por terminada la audiencia. Zúñiga hizo una reverencia y aguardó a que se retirase, acompañado por el cardenal Baronio, a quien el sumo pontífice había encargado revisar el calendario. El camarlengo acompañó al embajador a su salida del Vaticano.

—Ha aludido su excelencia a los muchos trabajos del rey Católico en defensa de la religión. Es bueno que recuerde las grandes sumas que le facilitamos a través del subsidio y excusado.

—¿Qué insinúa vuestra eminencia con ese comentario?

—Su santidad podría disponer el cese de esas ayudas.

Zúñiga se contuvo para no responder a aquella amenaza y se limitó a decir, calándose el sombrero:

—Así se lo transmitiré al rey Católico.

Los sucesos se precipitaron, al saberse que la Santa Sede amenazaba, una vez más, con retirar el subsidio y el excusado.

Felipe II escribió a Gregorio XIII afirmando que se consideraba agraviado y le recordaba sus grandes esfuerzos en defensa de la cristiandad. No se privó de recordarle que en el cónclave donde salió elegido pontífice fueron de suma importancia los acuerdos que, por orden suya, alcanzó el cardenal Granvela con miembros del colegio cardenalicio para que sus votos fueran para él.

Encargó al marqués de Alcañices viajar a Roma. Deseaba que el papa tomara conciencia de que consideraba una intromisión inaceptable de la Santa Sede el papel que el papa se atribuía.

El recibimiento del papa a Alcañices estuvo muy lejos de la cortesía diplomática. Su santidad se mostró frío y estableció una distancia que no era habitual en el tratamiento que Roma dispensaba a los enviados del rey Católico. Gregorio XIII tenía la información que le había facilitado el arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga, al que había entregado un capelo cardenalicio hacía poco más de un año. El cardenal, que era contrario a que Felipe II se coronase rey de Portugal, le decía que la actitud de la Santa Sede había desatado la ira del monarca.

Una vez que Alcañices se hubo retirado, después de entregar al papa la carta de Felipe II, su santidad montó en cólera al leerla. Las últimas líneas eran una velada amenaza.

Muy Santo Padre:

El amor y respeto que a Su Santidad he tenido, nadie mejor que Vuestra Santidad lo sabe. Los trabajos que en su pontificado he realizado desde mis dominios también son públicos y que los más de ellos han sido por haber yo tomado tan a pecho la defensa de la Iglesia y extirpar las herejías. Sin embargo, cuanto mayores han sido estos trabajos ha ido creciendo el olvido de Vuestra Santidad, mostrando cada vez menos aprecio por ellos.

No concibo que Vuestra Santidad haya tomado la decisión de mediar en un asunto que no requiere mediación porque mis derechos no admiten duda, lo que me lleva a no dejar de maravillarme. He mandado al marqués de Alcañices que lo represente ante Vuestra Santidad, además de lo expuesto por mi embajador ante vos y que sea este enviado quien me traiga razón

de cuál es la causa por la que habéis adoptado esa decisión, tan contraria a mis derechos, para que yo pueda resolver cómo se ha de proceder de aquí en adelante en mis relaciones con la Santa Sede.

Los cardenales que lo acompañaban trataban de sosegarlo.

—Santidad, hemos de actuar con templanza —le recomendó el cardenal Riario—. Siempre lo hemos hecho así y los resultados han sido más que aceptables. Busquemos la forma de que este asunto no se nos vaya de las manos.

—¡La Santa Sede no puede admitir insolencias de esta clase! —El papa estaba fuera de sí.

—Mi opinión coincide con la de su santidad —dijo François de Joyeuse, arzobispo de Narbona, quien, aunque todavía no era cardenal, tenía la promesa del papa de serlo en fecha próxima—. Si al rey de España no se le paran los pies e incorpora Portugal y sus dominios a la monarquía hispánica, concentrará en sus manos un poder contra el que no podrá hacerse frente.

El debate entre los presentes se prolongó durante más de una hora. Giacomo Boncompagni no perdía detalle de la conversación y miraba a través de un óculo practicado en uno de los tapices que decoraban aquella estancia. Era hijo del papa y una mujer, llamada Magdalena Fulchini, con la que mantuvo relaciones, en su tiempo de maestro de leyes en la Universidad de Bolonia. El padre lo reconoció poco después de nacer y recibió una esmerada educación de la que se hicieron cargo los jesuitas. Cuando fue elegido papa, lo nombró castellano de la fortaleza de Sant'Angelo y confaloniero de las tropas pontificias. Poco después, Felipe II lo nombraba máximo responsable militar de las tropas españolas en el ducado de Milán.

No había perdido detalle de la reunión y confirmó lo que ya sospechaba: la presencia del arzobispo francés estaba determinada por los intereses de Catalina de Médicis, quien había movido los hilos al alcance de su mano para que la Santa Sede se inmiscuyera en la sucesión de Portugal.

No se equivocaba, los franceses no olvidaban que los españoles los habían expulsado de Italia, tanto de la zona sur, cosa que hizo Gonzalo Fernández de Córdoba, a quien se le conocía como el Gran

Capitán, como de los territorios del norte, de la Lombardía, donde sufrieron una aparatosa derrota en Pavía. Allí, su propio rey Francisco I quedó prisionero de los españoles, que lo enviaron a Madrid. Hacía dos décadas que los tercios habían infligido una severa derrota a los franceses en San Quintín, a las puertas de París. Tan clara superioridad militar y política de la monarquía española enervaba a los franceses, que harían todo lo que estuviera en su mano para evitar que Felipe II incorporase Portugal a sus extensos dominios.

Cuando los reunidos se retiraron, Giacomo abrió la pequeña puerta de un trampantojo y entró en la estancia donde permanecía su padre.

—¿Qué tenéis que decirme? —le preguntó el papa.

—Santidad, después de lo que he escuchado y reuniendo la información obtenida las últimas semanas, mi criterio es que no deberíais inmiscuiros en la sucesión de Portugal. Muchos de los que os alientan a tomar alguna iniciativa en ese asunto es porque así conviene a sus intereses. No sé, porque no soy jurista, si los derechos del rey de España son los mejores. Pero sí puedo deciros que el arzobispo de Narbona habla por boca de Catalina de Médicis, que estará con el sueño perdido ante la posibilidad de que Felipe II amplíe su poder. Por su parte, Riario y quienes piensan como él no tienen en cuenta los peligros que se ciernen sobre los dominios de la Santa Sede. Los turcos siguen siendo una amenaza, pese a que en Lepanto recibieron una dura lección. Añadid a ello la amenaza permanente para nuestras costas de los piratas berberiscos. Sumad también que quien pone freno a los herejes en Flandes son los españoles y mantienen a raya a la perversa Jezabel que se sienta en el trono de Inglaterra. No nos conviene enemistarnos con Felipe II porque, llegado el caso, es la única protección que tendríamos contra los otomanos. ¿Cree Su Santidad que podría contar con Francia? ¿Dónde estuvieron cuando se les hizo frente en Lepanto? Pensadlo, padre. La carta de don Felipe es una advertencia muy seria y no suele alardear ni es dado a las bromas.

—Pero no puedo consentir que se dirija a mí en los términos en que lo hace.

—Santidad, ha sido muy prudente hasta que ha comprendido que por ese camino nada conseguía. Hacedme caso.

Gregorio XIII, en los días siguientes, meditó mucho sobre lo que su hijo le había planteado y, tras no pocas dudas, llegó a la conclusión de que Giacomo tenía razón. Era mejor dejar que en Portugal las cosas siguieran su curso.

XXXIX

La noticia llegó a Lisboa al atardecer del mismo treinta y uno de enero. Iba acompañada de un requerimiento del arzobispo Almeida, presidente del Consejo de Regencia, para que doblasen todos los bronces de la ciudad.

Acababa de fallecer el rey.

A la misma hora que ese correo salía para Lisboa, otro jinete, espoleando al caballo y lanzando al animal al galope hasta donde podía resistir, se dirigía a la raya con Castilla. Tenía instrucciones de llegar a Madrid lo antes posible y entregar a Felipe II la carta que portaba.

La noticia de la muerte de don Enrique se extendió rápidamente por la ciudad y, en la mayoría de los hogares lisboetas, aquella noche se echaron pronto las aldabas y se atrancaron las puertas. En torno a las mesas y a las chimeneas, en aquellos lugares donde disfrutaban de ellas, se hablaba de la grave situación en que quedaba el reino. Los agentes del prior aprovecharon las sombras de la noche para pegar pasquines, llamando a la libertad y a la lucha contra los castellanos. Se lanzaron hojas volanderas donde se daban razones para defender la independencia del trono, que se perdería si lo ocupaba el rey de España.

Al día siguiente, se difundía la noticia de que el fallecido no había nombrado sucesor. En muchos monasterios y en las sacristías de las parroquias se celebraron reuniones donde se ensalzaba la figura del prior y se llamaba a las armas contra Felipe II.

Tres días tardó en llegar a Madrid el correo que Moura había enviado.

El mayordomo, tras llamar a la puerta, entró en el gabinete donde el rey despachaba con Granvela y Vázquez de Leca.

—Majestad, disculpad, correo de Lisboa. Carta de don Cristóbal de Moura. El mensajero dice que es muy urgente, por eso me he atrevido…

—Dádmela.

Felipe II rompió los lacres y clavó los ojos en aquel texto.

Majestad, hoy que se cuentan treinta y un días del mes de enero del año de Nuestro Señor de mil quinientos y ochenta, en Almeirim, el lugar donde, como sabéis, están reunidas las Cortes de este reino, su majestad el rey don Enrique ha muerto, Dios lo acoja en su santa gloria. El rey ha muerto sin designar sucesor, habiendo dejado en manos del Consejo de Regencia y de las Cortes, aquí reunidas, esa decisión. Como ya sabéis, los brazos que representan a la nobleza y a la Iglesia están mayoritariamente a favor de la sucesión de vuestra majestad, con escasas y contadas excepciones. Por el contrario, el brazo que integran los representantes de las ciudades se muestra mayoritariamente contrario. Muchos de ellos son partidarios del prior de Crato, que cuenta con el apoyo de un importante número de frailes y clérigos de menor entidad, pero cuya influencia sobre el pueblo es mucha. Sus agentes se mueven rechazándoos por ser extranjero. Recuerdan lo acontecido en Aljubarrota para dar ánimos a sus partidarios y difunden que no es la primera vez que el trono es ocupado por un hijo natural. Señalan que el origen de la dinastía de Avís se encuentra en un bastardo y difunden que el rey don Juan, primero de ese nombre en este reino, era maestre de Avís cuando las Cortes celebradas en la ciudad de Coímbra lo eligieron rey para evitar que el trono pasase a manos del esposo de la infanta doña Beatriz, quien tenía los mejores derechos, porque era el rey de Castilla. Quienes defienden esos planteamientos tratan de establecer una comparación entre lo ocurrido entonces, hace doscientos años, y la situación en que ahora se encuentra el reino.

También decir a Vuestra Majestad que la duquesa de Braganza, doña Catalina, ha hecho pública su renuncia al trono, por sí y su descendencia, lo que incluye al conde de Barcelos.

La situación es de calma, a la espera de acontecimientos. Pero la tensión es muy fuerte. Vuestra Majestad tomará las disposiciones que considere más convenientes para salvaguardar sus legítimos derechos.

Besa la mano de Vuestra Majestad,

Cristóbal de Moura

—¿Buenas noticias? —preguntó Granvela cuando el rey dobló la carta que acababa de leer.

—Don Enrique ha muerto y no ha nombrado sucesor. Esa decisión queda en manos de las Cortes y el brazo de las ciudades no nos es favorable.

—¿La duquesa de Braganza ha hecho efectiva su renuncia?

—Sí, según dice Moura. El problema es el prior de Crato, que cuenta con importantes apoyos populares.

—Señor, creo que ha llegado el momento de actuar —indicó Granvela.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó el rey a Vázquez de Leca.

—Majestad, coincido con su eminencia.

Felipe II decidió marchar a El Escorial.

Con frecuencia, don Felipe marchaba por el camino de la ermita de Nuestra Señora de Gracia, que estaba a menos de una legua del monasterio, hasta un lugar desde el que contemplaba la gigantesca obra y comprobaba los progresos de la construcción. Aquel día lo acompañaba Arias Montano.

—Me gustaría que mi proclamación como rey se hiciera pacíficamente —comentó don Felipe con la mirada fija en el amplio horizonte que desde allí se divisaba— y no tener que utilizar las armas.

—Señor, vuestra majestad cuenta con grandes apoyos en ese reino, además de la legitimidad para ocupar su trono.

—Es cierto, pero hay un amplio rechazo entre las gentes del pueblo, que me ven como un extranjero.

—Señor…, extranjero era vuestro padre cuando llegó a estos reinos.

Felipe II alzó la vista y lo miró.

—Eso hizo que hubiera graves problemas e incluso una guerra.

—Pero con la ley en la mano sois el rey —dijo el bibliotecario—, mal que le pese a muchos. Si la duquesa de Braganza os acepta como rey, está salvado el único escollo legal que podía haber.

—Los juristas y doctores en leyes la fallaron a mí favor, pero eso no lo entiende el pueblo. Sólo ve que yo no nací en aquellas tierras y eso es lo que se encargan de difundir los agentes del prior de Crato.

—Señor, es un bastardo.

—Pero él nació en Lisboa y yo en Valladolid.

—Don Diego, ¿lo habéis sopesado con detenimiento?

—Desde que regresé de Santoña no he dejado de hacerlo. La decisión está tomada.

El alguacil mayor se encogió de hombros y, levantándose, lo abrazó. Era su despedida como alguacil de la Villa y Corte.

En los días siguientes, Diego se dejó caer por la plazuela de Antón Martín y por el bodegón de la calle de las Huertas. Preguntaba por Agustinillo y nadie le daba razón. Era como si la tierra se lo hubiera tragado. Uno de aquellos días se quedó mirando la casa donde había estado la botica de maese Rodrigo. Ahora era la tienda de un ropavejero que también vendía otras cosas de segunda mano. Vio que salían dos mujeres y que nadie más había en ella. Decidió entrar.

—¿Qué se ofrece a vuesa merced? —preguntó el ropavejero un tanto sorprendido, porque las ropas que vestía aquel caballero no eran propias de gente que comprara cosas de segunda mano.

—¿Conoce vuesa merced a Agustinillo?

El tendero torció el gesto. No esperaba aquella pregunta.

—¿Quién es Agustinillo?

—Un vecino que mide no más de una vara y un par de palmos. Tiene el pelo muy negro y como de algo más de cuarenta años.

—¿Viste muy desaliñado?

—Sí, muy desaliñado.

—Cuando compré esta casa, que era una botica de alguien a quien mataron de mala forma, merodeaba por aquí. Me dijo que había trabajado para el boticario, pero hace mucho que no se le ve el pelo.

Diego se despidió dándole las gracias.

Otro día se acercó a San Jerónimo el Real para ver a fray Ambrosio, que había estado fuera una temporada. La víspera había recibido un billete del fraile donde le decía que pasase por el monasterio, después del ángelus. No lo veía desde que le entregó la torta de plata que el fraile mantenía en su poder.

El hermano que le abrió lo condujo hasta un aposento donde todo era austeridad. La recia mesa era tosca, como las banquetas, y las paredes estaban desnudas salvo por una cruz, sin Cristo. La luz entraba por una ventana, alta y enrejada, que dejaba ver que el grosor de los muros era más de una vara.

La espera fue corta porque fray Ambrosio apareció muy pronto con una bolsa de cuero colgada de su hombro. Lo sorprendió el estado en que se encontraba. Había adelgazado mucho, le costaba trabajo andar y el escaso pelo que había en su nuca era de un blanco amarillento. La delgadez también se reflejaba en el rostro, donde los pómulos y su nariz acaballada parecían haber aumentado de tamaño. Besó la sarmentosa mano que le ofreció.

—Sentémonos —la respiración del fraile era agitada y ruidosa—, me canso con mucha facilidad, don Diego. Los años pesan como una losa. Hace dos semanas cumplí setenta, según reza en los papeles que traje cuando con ocho años entré en este monasterio. Me temo que el Señor está pensando en llamarme. Aquí está vuestra plata, los papeles y el libro que vuesa merced me entregó. —Fray Ambrosio lo sacó todo de la bolsa—. Esto es plata alquímica, obtenida por transmutación de un metal vil.

—¿Estáis seguro?

Fray Ambrosio cogió el *Ars transmutatoria* y lo abrió por donde estaba señalado con un papelillo.

—En esta página hay una nota en el margen. —Fray Ambrosio lo miró con un amago de sonrisa en su boca—. ¿Sabe vuesa merced

latín?

—Poca cosa, paternidad. He dedicado más tiempo a la espada que a los libros.

El jerónimo se encogió de hombros.

—Esta nota la escribió ese boticario y dice en ella que ha dado todos los pasos para alcanzar la Gran Obra. Sólo espera para culminarla que sea luna llena. Dice que es el momento adecuado para la transmutación.

—¿No tenéis dudas de que eso lo escribió maese Rodrigo?

Fray Ambrosio llenó de aire sus pulmones todo lo que pudo.

—Eso lo escribió el mismo que todos estos papeles, basta con comprobar la letra. Quienes lo asesinaron buscaban que les revelase el procedimiento.

—¿No piensa vuestra paternidad seguir indagando?

—No, don Diego. Os devuelvo todo lo que me disteis y, aunque he tardado tiempo, algo os he aclarado. No sé si os servirá de mucho. Pero dad por seguro que ese boticario obtuvo plata por transmutación. —Suspiró y se levantó con dificultad—. Estoy muy cansado, esos meses en San Bartolomé de Lupiana han agotado las pocas fuerzas que me quedaban. Requirieron mis servicios porque allí se ha instalado una imprenta para imprimir el texto de algunos manuscritos que no todos son capaces de leer. Por cierto, allí alguien me habló de vos. Un pobre tullido que está acogido de caridad. Realizaba algunos trabajos en el huerto y, a ratos, se encargaba de la portería.

—¿Un pobre tullido?

—Un sujeto muy bajito, poco más de una vara. Tiene un brazo perdido, es tuerto de un ojo y tiene la cara deformada.

Diego tuvo un pálpito.

—¿Cómo se llamaba?

Fray Ambrosio volvió a suspirar.

—No me acuerdo.

—¿Dónde queda San Bartolomé de Lupiana?

—Cerca de Guadalajara, a un par de leguas. Os podéis quedar con esa bolsa. Meted en ella vuestras cosas y lleváoslas.

Diego recogió la torta de plata, el libro y los papeles.

—Quiero agradeceros vuestro trabajo y dejar una limosna.

Le entregó una bolsilla con veinte ducados.

—Dios os lo pague.

Caminaron muy despacio hasta la puerta. Fray Ambrosio le ofreció la mano, que Diego besó, consciente de que sería la última vez. Salió a la calle, pero, antes de que la puerta se cerrara, le dijo:

—Agustinillo, el tullido se llamaba Agustinillo.

XL

El rey había dado instrucciones muy precisas al duque de Osuna y a Moura para que hicieran público que la incorporación de Portugal a la monarquía hispánica no supondría menoscabo de sus fueros y privilegios, como había señalado en la carta que, en su día, envió a las instituciones portuguesas. Don Felipe se comprometía a respetarlos y a que los cargos de gobierno quedaran en manos de naturales del reino.

Llenaron Lisboa de hojas volanderas y pasquines, utilizando la misma arma que los agentes del prior. En mercados y tabernas, en posadas y mesones se debatía con pasión sobre aquellas cuestiones. Era de lo que hablaban los asiduos *A Casa dos Passarinhos*.

—Lo que está puesto en esos pasquines que difunden los partidarios del *Espanhol* —era como Couto se refería últimamente a Felipe II— es todo mentira.

—¿Como lo que dicen los que, desde hace meses, desean que nuestro rey sea el prior? —ironizó don Bastián.

—Eso es diferente.

—¿Dónde está la diferencia?

—Que don Antonio es de esta tierra. El *Espanhol* es un extranjero.

—Pero eso no pone o quita verdad a lo que se dice en esos papeles. Tanto uno como otro prometen cosas y ya veremos lo que hacen luego. El prior hasta ahora sólo ha hecho enredar, el *Espanhol*, como vos decís, al menos ha entregado una fuerte suma para el rescate de cautivos.

—Porque uno tiene dineros y otro no.

—Vamos, Couto…, el priorato de Crato tiene importantes y saneadas rentas. Lo que pasa es que el prior ha despilfarrado mucho.

—Lo mejor sería que don Sebastián apareciera —terció el *Dourado*.

—¡Venga ya! —Don Bastián se levantó para ir al corral—. ¡El cadáver del rey está en Ceuta! ¡Eso es una ilusión a la que muchos se agarran!

—¡Pues son muchos quienes dicen haberlo visto! —replicó el *Dourado*, mientras don Bastián se alejaba para aliviar su vejiga.

—La cosa pinta mal —señaló Farinhas, que había estado ausente mucho tiempo al haber tenido que marchar a Elvas para resolver asuntos familiares—. En la plaza del Comercio ha habido una pelea y hay varios heridos. A alguno lo han llevado a *Todos os Santos*.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Esta mañana. Unos que repartían hojas a favor de don Felipe se han enfrentado con partidarios del prior.

—Esos que reparten papeles en favor del *Espanhol* están bien pagados —aseguró Couto.

Farinhas se encogió de hombros.

—No lo sé, lo que sí puedo aseguraros es que, en Badajoz, que está a poco más de dos leguas de Elvas, se están concentrando grandes cantidades de tropas y armas.

En Madrid, en la taberna del Ángel, los carpinteros de la calle de Carretas celebraban su reunión semanal y se hablaba, además del encarecimiento de las viandas, de la sucesión al trono de Portugal.

—¡Que don Felipe sea también rey de Portugal nos va a costar un ojo de la cara! —señaló Vallecillo.

—A mi mujer le han pedido hoy por medio azumbre de aceite ocho maravedíes. ¡Una locura! —exclamó Gabriel Alarcón—. El aceitero le dijo que es porque han subido la alcabala.

—Eso será verdad —dijo Vallecillo—, pero son muchos los que se aprovechan de que suben los impuestos para sacar más ganancia.

Pedro Molina indicó a Simón que llenase las jarrillas.

—Dicen vuesas mercedes que la cosa está mal y no lo niego. Pero desde hace días busco gente para el almacén y no la encuentro.

—Pagaréis poco.

—¿Poco, decís? He ofrecido jornales de tres reales y medio y nadie quiere trabajar. Muchos tienen cédula de pobre de solemnidad y van a comer la sopa que dan los franciscanos en el Hospital de la Caridad y con lo que sacan de aquí y de allí van tirando, pero no trabajan. ¡Como si fueran nobles!

El tabernero llegó con el vino y rellenó las jarrillas.

—¿A ver, Simón, qué tienes hoy? —le preguntó Villegas.

—He preparado para vuesas mercedes jarretes estofados y una empanada de hojaldre que ya han ido a por ella al horno de Cervantes.

—¿Sabéis que el otro día en una taberna que hay en el camino de Alcalá, junto al paseo de los Recoletos, encontraron en una empanada el dedo de un muerto? —comentó Gabriel Alarcón.

—También yo lo he oído decir —confirmó Vallecillo—. El tipo de la taberna, que se llama Bermúdez, está preso.

Molina miró al tabernero con una pícara sonrisa en los labios.

—Simón…, ¿de qué está hecha tu empanada?

—El hojaldre está relleno de carne de cerdo.

—¡Ahora llaman cerdos a los muertos! —exclamó Molina.

La risotada fue general.

Simón aguantó a pie firme y, cuando terminaron las risas, dejó caer, mirando a Molina con malicia:

—Habrá quien no pueda comerla… Su religión se lo prohíbe.

Otra vez las carcajadas resonaron en la taberna. Cuando el ambiente se serenó y después de pedir los jarretes y también la empanada, Molina volvió al asunto de Portugal y preguntó a Vallecillo:

—¿Por qué nos va a costar un ojo que don Felipe sea rey de Portugal?

Vallecillo dio primero un trago a su jarrilla.

—Porque se dice que serán entre doce y quince mil hombres los que van a invadir ese reino. ¿Vuesas mercedes han echado cuentas

de lo que eso cuesta en armas, pertrechos, bastimentos y soldadas? ¿Cómo va a pagarse?

—Con la plata que llega de América —respondió Alarcón.

—Dicen que llega mucha, pero no da para tanto. La guerra contra los herejes en Flandes es el cuento de nunca acabar. Dura más de diez años y no hay dinero suficiente para mantenerla. He oído decir que la muerte de Escobedo está relacionada con eso. Vino, mandado por don Juan, en busca de dineros y por eso lo mataron. Añadan vuesas mercedes una guerra nueva porque en Portugal hay muchos que no quieren a don Felipe como rey. ¿Se han preguntado por qué los precios del aceite, del vino y también del aguardiente, la sal y el queso han subido tanto en las últimas semanas?

—Nuestro rey sólo reclama lo que es suyo —dijo Molina—. Si tiene que hacerlo por las armas, debe hacerlo. Será el monarca más poderoso de la Tierra.

—¡Ya lo es! —exclamó Villegas.

—¡Pues todavía más! El imperio portugués es muy extenso y sus barcos navegan por medio mundo. Los nuestros por el otro medio. ¡Así están los franceses, y todos los herejes, que son muchos!

—Esos no se quedarán de brazos cruzados —aseveró Vallecillo—. Los dominios de nuestro rey serán tan extensos que hay quien dice que, si Portugal se incorpora, no se pondrá el sol en ellos.

—¡Pues si eso es así, brindemos por nuestro rey! ¡Un imperio donde no se haga nunca de noche! ¡Jamás se ha visto una cosa así en el mundo!

—¡Venga esos jarretes y viva don Felipe!

Todos alzaron sus jarrillas y a coro gritaron:

—¡Viva don Felipe! ¡Viva el rey!

En la taberna, muchos los miraron y también alzaron sus jarras. Pese a las dificultades que suponía llevar a la mesa el pan de cada día, sentían el orgullo de ser la nación más poderosa del mundo. Eran conscientes de que habían sido ellos quienes habían frenado una vez más a los franceses en San Quintín y que habían cortado el avance de los turcos en Lepanto.

Todos alzaron las copas y la llegada de los jarretes y grandes cestillos de pan para mojar la salsa alegró a los reunidos.

Felipe II estaba decidido a invadir Portugal. Las tropas se hallaban concentradas en diferentes lugares de la frontera y, si el Consejo de Regencia y las Cortes no resolvían de una vez aquel asunto, entrarían en acción. Aquel ejército estaría compuesto por unos quince mil hombres y ya estaba preparado del armamento necesario: barriles de pólvora, cajas de munición, arcabuces, espadas y picas, ballestas y virotes, arcos, flechas, coletos y corazas, morriones…, además de bombas de diferentes calibres… Si el dinero era el nervio de la guerra, una adecuada intendencia determinaba el éxito o el fracaso de una empresa. Lo que don Felipe no había resuelto aún era a quién entregarle el mando.

Una mañana, a la salida de la capilla del Alcázar, conversaba con varios cortesanos. Estaban el presidente de Indias, don Antonio Padilla; el del Consejo de Castilla y obispo de Córdoba, don Antonio de Pazos; el inquisidor de General, don Gaspar de Quiroga, y también los secretarios Granvela, Zayas y Vázquez de Leca.

—Majestad, si finalmente se invade Portugal, ¿habéis decidido quién estará el frente del ejército?

La pregunta del presidente de Indias respondía a las cábalas que se hacían sobre ello.

—He pensado en Medina Sidonia o tal vez Benavente.

—Creo que, como he dicho en alguna ocasión a su majestad, es un error incorporar Portugal a la monarquía —señaló el inquisidor Quiroga—. Nos traerá más problemas que beneficios.

Granvela le preguntó:

—¿Por qué dice eso su eminencia?

—Porque sostener ambos imperios resultará complicado, tenemos demasiados enemigos. ¿Cuántos hombres y cuántos barcos necesitaríamos?

—También aumentarán los recursos —replicó Granvela.

—Ese debate carece de sentido —intervino el rey—. No estoy dispuesto a renunciar al derecho que me asiste.

El presidente de Castilla retomó la cuestión inicial:

—Majestad, ¿habéis sopesado la posibilidad de que ese ejército sea mandado por Álvarez de Toledo?

—El duque de Alba está desterrado.

—Vuestra majestad no debiera descartarlo. Es el mejor general con que contáis.

Cuando su majestad se retiró, el corrillo se deshizo rápidamente.

Al día siguiente, don Felipe no dejaba de dar vueltas a la idea del presidente del Consejo de Castilla acerca de poner al duque de Alba al frente del ejército. Álvarez de Toledo era un excelente militar, un estratega capaz de mover las tropas con acierto y de utilizar en cada momento la táctica más conveniente. Tenía fama de duro y en Flandes, donde había vencido reiteradamente a los rebeldes, había dejado muestras de ello. El duque era acusado de actuar con excesiva dureza, pero no hacía sino dar respuesta a las crueldades cometidas por calvinistas y seguidores de Orange, un traidor taciturno que, faltando a su palabra, había matado, incendiado y robado a mansalva.

Ordenó que llamasen a Granvela y a Vázquez de Leca. Los recibiría después del rezo del ángelus.

—Las noticias que me llegan de Portugal es que el Consejo de Regencia y las Cortes no acaban de llegar a un acuerdo para la sucesión. He decidido viajar a Badajoz para comprobar cómo marchan los preparativos del ejército. Si en unas semanas no queda resuelta esa cuestión, las tropas entrarán en Portugal. Pero no os he llamado para decíroslo, sino para conocer vuestra opinión acerca de quién ha de ponerse al frente ellas.

Granvela se rascó el lóbulo de una oreja.

—Majestad, mi opinión coincide con la que os dio el presidente de Castilla. El duque de Alba, pese a sus muchos años —don Fernando Álvarez de Toledo había sobrepasado los setenta años—, tiene experiencia y sólo su nombre hará temblar al enemigo.

El rey miró a Vázquez de Leca.

—Señor, soy de ese parecer. El duque me parece la mejor opción.

Don Felipe se puso en pie y se acercó a la ventana. Tenía los brazos a la espalda y las manos unidas. Lo que veía era un pequeño patio en cuyo centro se alzaba un ciprés, su altura sobrepasaba los

tejados. Permaneció inmóvil un par de minutos. Cuando se volvió había tomado una decisión. Le había costado trabajo y estado muchos días analizando pros y contras.

El rey indicó a Vázquez de Leca:

—Preparad una carta para el marqués de Santa Cruz. Quiero hablar con él, pero lo recibiré en Extremadura.

Los secretarios, un tanto confundidos, cruzaron una mirada.

—Como vuestra majestad disponga.

Cuando salieron del gabinete real, dieron rienda suelta a su estupor.

—El marqués de Santa Cruz es un excelente marino. Sus combates se cuentan por victorias, pero mandar un ejército por tierra con tantos miles de hombres… No sé en qué estará pensando su majestad —comento Vázquez de Leca, mientras bajaban la escalera principal del Alcázar.

Lo que decía era cierto. Don Álvaro de Bazán, a quien el rey había concedido el título de marqués de Santa Cruz de Mudela, era un marino excepcional. Había combatido contra los turcos en el Mediterráneo, auxiliado a Orán, atacada por los otomanos. Había mandado la retaguardia de la armada cristiana en Lepanto y sus decisiones fueron fundamentales para que don Juan de Austria se alzase con aquella gran victoria. Había participado en el auxilio de Malta, sitiada por los turcos, que se vieron obligados a levantar el asedio. Pero quienes lo conocían sabían que de la batalla que se sentía más orgulloso era de la que había librado en aguas de Gibraltar. Allí, al mando de cinco galeras, se había enfrentado a ocho navíos ingleses y a todos ellos los apresó, conduciéndolos al puerto español.

XLI

Felipe II se marchó a El Escorial unos días después de que la reina diera a luz. Había nacido una infanta a la que pusieron de nombre María. Allí, lejos del irrespirable ambiente de la corte, se sosegaba. Despachaba el trabajo, comentaba con Arias Montano las últimas adquisiciones para la biblioteca y Herrera le informaba de la marcha de las obras. Tomaba decisiones, tras muchas dudas y largas y profundas meditaciones. A ello se sumaba que con los primeros días de marzo llegaban las celebraciones propias de las fiestas de Carnaval, que muchos denominaban como carnestolendas y que al rey no gustaban. Sólo serían unos días, pero se instaló en el monasterio hasta el Miércoles de Ceniza, en que daba comienzo la Cuaresma.

Los días de Carnaval eran jornadas de desenfreno donde se ponían en cuestión tanto las cosas profanas como las sagradas. Al rey le irritaban aquellos desahogos y había dictado varias pragmáticas para prohibir las mascaradas. No eran pocos los que, aprovechando que llevaban oculto el rostro con una máscara o un antifaz, cometían delitos, en algunos casos de gravedad. Sin embargo, aquellas pragmáticas, que se publicaban casi todos los años, no se cumplían. Incluso el cabildo municipal había organizado una mascarada.

Don Felipe consideró que las ofensas a Dios, tan comunes en aquellos días, cobraban una importancia singular. Por eso ordenó publicar en vísperas de su partida una nueva pragmática.

En nombre de su majestad el rey nuestro señor, se hace saber para general conocimiento que, visto lo mucho que se ofende a Dios en los regocijos que se suelen hacer en los días de carnestolendas, echando agua, cohetes, basuras y lodos, y así mismo se cometen otras bellaquerías y deshonestidades, para mantener el orden debido y que se cumpla la ley conviene controlar los desafueros que son habituales en estos días previos a la penitencia de Cuaresma.

Se prohíbe que la gente vaya por las calles ocultando el rostro con máscaras y diciendo coplas y canciones deshonestas. Así mismo, se prohíbe arrojar lodos, barros, puñadas de harina como suelen hacer las mozas y los criados.

Así lo manda el rey nuestro señor para su puntual cumplimiento. Señalándose que los contraventores serán castigados con penas de cien azotes que se aplicarán en cadalso público y seis horas de cepo en lugar a propósito y que, tratándose de personas a las que no se pudiera injuriar porque su calidad no permitiera dicha injuria, serán multados con penas de entre diez y cincuenta ducados de oro para la Real Hacienda.

Dado en Madrid, a veinte días del mes de febrero del año de Nuestro Señor, de mil y quinientos y ochenta.

Por mandato de Su Majestad, Su ilustrísima, don Antonio de Pazos y Figueroa, presidente del Consejo de Castilla.

Como en otras ocasiones, no se cumplió lo que se ordenaba. Entre ellos, bastantes de los nobles que tenían casa en Madrid donde se celebraron bailes. Por las calles, las gentes iban con máscaras y antifaces que ocultaban la identidad. Algunos dispuestos a cometer deslices e incluso delitos de mayor gravedad.

En la taberna del Ángel se había organizado un concurso, con la colaboración de los carpinteros, que ganaría el mejor disfraz. El premio eran veinte reales —lo pagarían entre el tabernero y ellos— y el jurado lo formaban tres carpinteros. La taberna estaba a rebosar. Se bebía, comía y cantaba en torno a las mesas y los toneles. Apenas se podía hablar con tanto griterío y los pitidos que se daban con unos chiflos confeccionados con huesos a los que se había practicado unos orificios. Participaron en el concurso una docena de

disfraces y el fallo recayó sobre uno de fraile que poseía unos atributos colosales, según se deducía de los grandes bultos que la recia tela del hábito no disimulaba. El malandrín así disfrazado, que se había subido en una mesa, apenas se tenía en pie, a causa del vino. De vez en cuando se alzaba el remedo de hábito provocando la hilaridad de la concurrencia. Muchos se afanaban en besuquear y sobar donde podían a las furcias que allí habían recalado y que mostraban sus encantos sin muchos remilgos. Buscaban ganarse unos reales antes de que llegara el tiempo de escaseces, que era propio de la Cuaresma.

A eso de la medianoche la taberna era una orgía donde el desenfreno y la lujuria no tenía tasa. Tras unos fardos, una pareja holgaba, sin pudor, según podía deducirse de sus gemidos. Un poeta, tan beodo que se le trababa la lengua, trataba de recitar unos versos, sin conseguir hacerse escuchar.

En la plaza de la Cebada se asistía al recitado de versos improvisados por dos poetas que sostenían un duelo lírico. Uno defendía las excelencias de don Carnal y otro las ventajas de doña Cuaresma.

El cuaresmal dio un trago al pellejillo de vino que llevaba al cinto para aclararse la voz e improvisó:

Tiempo de carnaval, tiempo de desenfrenos
donde quienes más y quienes menos
se embriagan, fornican y tienen regüeldos.
Tales cosas son disfrute vano
y solo satisfacen a quienes admiten
como perfumes lo que expelen por el ano.

La rechifla fue general.

—¡Son esos versos los que parecen salir de tu ano!

—¡Fuera, poetastro!

El rey, que había regresado la víspera del Miércoles de Ceniza, lo dispuso todo para partir hacia Extremadura. Aquel mismo día

despachó con el pagador general del ejército, Francisco del Portillo, y con Alonso de Iniesta, que se encargaría de los suministros y los bastimentos necesarios para quince mil hombres en campaña.

—Habrá de tenerse presente que Portugal forma parte de la monarquía y como tal ha de ser tratado. Los portugueses son mis súbditos y se respetarán sus derechos. No quiero que se lleven a cabo los saqueos y robos habituales en una campaña militar. Por lo tanto, será necesario tenerlo presente a la hora de ajustar las cantidades.

—Pero, majestad, sobre el terreno harán falta víveres frescos.

—Se tomará sólo lo imprescindible y se pagará por ello un precio justo. Decidme cuándo tendré los cálculos sobre qué necesitarán las tropas.

—Señor, para echar las cuentas ha de saberse cuál será la duración de la campaña.

Felipe II se acarició el mentón.

—Calculad unas ocho semanas…

La decisión de ir a Badajoz, donde se concentraba el ejército, ponía de manifiesto la importancia que concedía a aquel asunto, dado que era difícil que el monarca abandonara su rutina de viajar de Madrid a El Escorial y, de vez en cuando, a Aranjuez, donde la primavera florecía con singular belleza. En aquel viaje lo acompañaban su esposa —doña Ana ya se había recuperado del parto— y la recién nacida infanta, mientras que en Madrid quedarían el príncipe de Asturias, don Diego, el infante don Felipe y las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, que habían entrado en la pubertad y eran dos lindas jovencitas con las que su padre mostraba una ternura que sólo los más allegados conocían.

Desde antes de que se hubiera retirado a El Escorial se hacían los preparativos para el viaje. La barahúnda que suponía el movimiento de la corte era extraordinaria. Se ponían en marcha varios cientos de personas entre cargos de relumbre y quienes atendían a las necesidades más prosaicas: gentilhombres, mayordomos, confesores, secretarios, escribanos, aposentadores, camareras, damas de la reina, preceptores, sumilleres, coperos, correos, servidores de mesa, amas de cría, cocineros, lavanderas,

planchadoras, caballerizos, mozos de cuadra, cocheros, palafreneros… A ellos se sumaban los miembros de las compañías de la guardia —los Monteros de Espinosa, la Guardia Española, la Guardia de la Lancilla y los Arqueros de Borgoña— encargados de la custodia de las reales personas.

El itinerario a seguir se había preparado con mucha antelación y gran cuidado para poder hospedar a tanta gente. Se avanzaba a muy cortas jornadas y se tardó veinte días en llegar a Guadalupe. En el monasterio de los Jerónimos se retiró la familia real para pasar la Semana Santa. Estando en Guadalupe se presentó don Álvaro de Bazán, quien, al llegarle la carta del rey, se encontraba en la localidad de Viso, sita en la comarca conocida como las Laderas de Sierra Morena, donde llevaba años construyendo un monumental palacio cuyas paredes estaban decorándose con espléndidos frescos en los que quedaban recogidas las grandes hazañas de su dueño.

—Majestad… —No llegó a hincar la rodilla en el suelo. El rey se había levantado; un detalle que don Felipe tenía con personas muy contadas.

—Alzaos, marqués, alzaos.

Bazán acercó a sus labios, sin llegar a besarla, la mano que el rey le ofrecía.

El marqués de Santa Cruz era más bien bajo y había sobrepasado el medio siglo de edad. Sus blancos cabellos sólo cubrían la parte trasera de su cabeza, por lo que ofrecía algo más que una frente despejada. Gastaba una nívea barba, algo puntiaguda, y grandes mostachos, que daban un aire de solemnidad a su rostro. Sus ojos claros le proporcionaban una mirada serena y limpia, pese a haber sido testigos de innumerables batallas. Era comendador mayor de León de la Orden de Santiago, cuya venera lucía en su jubón. Tenía el rostro atezado, propio de quien ha soportado el sol y afrontado vientos, vendavales y tormentas en el mar.

—Os he mandado llamar porque deseo encomendaros una importante misión.

—Señor, sabéis que podéis contar con mi persona para todo aquello que vuestra majestad considere que puedo seros de utilidad.

El rey había pedido un mapa, que estaba desplegado sobre una mesa.

—Aproximaos, marqués. Será necesario, si hay guerra, hacer frente a la armada portuguesa y, llegado el caso, transportar tropas que por tierra serán mandadas por el duque de Alba, aunque nada diréis de que será él quien mande el ejército.

El marqués asintió, se acarició la barba y señaló Lisboa con su índice.

—¿Piensa vuestra majestad en una acción simultánea por tierra y mar?

—Eso es lo quiero que vos me digáis. ¿Consideráis que es posible?

—Posible es todo lo que se intenta, señor. Si el ejército se está concentrando en Badajoz, supongo que Alba avanzará sobre Elvas y Villaviciosa. —Señalaba con el dedo—. Después tomará el camino de Évora o Estremoz y necesariamente habrá de dirigirse a Setúbal.

—Así es —confirmó don Felipe.

—Ese ejército necesitará cruzar el Tajo para atacar Lisboa.

—Ahí es donde vos intervendréis. La infantería, como habéis dicho, avanzará, si Dios no dispone otra cosa, hacia Setúbal. Allí embarcarán para desembarcar en el sitio que vos consideréis más adecuado.

Santa Cruz asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Supongo que su majestad tendrá razones importantes para no entrar en Portugal más al norte. Si el ejército de Alba entrara por Ciudad Rodrigo y avanzase por aquí —volvía a señalar en el mapa con su índice—, hacia Castelo Branco y Santarém, llegaría a Lisboa sin más dificultades que las que encontraran los tercios en su avance.

—En Portugal, algunos recuerdan Aljubarrota, donde el ejército de Castilla sufrió una grave derrota. Ese ejército cruzó la raya de Portugal, al norte del Tajo, para marchar sobre Lisboa, sin las dificultades que suponía cruzar ese río. No quiero que algunos alimenten ilusiones. Nosotros entraremos por un sitio diferente y utilizaremos los barcos que pongo a vuestro mando para llevar las tropas a Lisboa. Contáis con las galeras que están en Cartagena y añadid cuantos barcos sean necesarios hasta completar una flota de

cien velas. Además de las tripulaciones, contaréis con una fuerza de cinco mil hombres para las acciones que decidáis emprender.

—Si vuestra majestad no dispone otra cosa, la escuadra se concentrará en Cádiz y bordeará la costa de Portugal hasta llegar a Lisboa.

Felipe II y su familia no partieron de Guadalupe hasta muy avanzado el mes de abril. No llegaron a Mérida hasta el cuatro de mayo. La entrada en la vieja Emérita Augusta fue triunfal. Los emeritenses y gentes venidas de lugares alejados se agolpaban en las calles del recorrido para ver a don Felipe y doña Ana, que se dirigieron a la iglesia de Santa María.

La corte permaneció en Mérida durante quince días en los que se celebraron numerosos festejos en agasajo de los reyes. Hubo una corrida de toros donde lucieron los principales caballeros de la ciudad y se representaron el auto *El hijo pródigo* de Lope de Rueda y dos pasos.

Permanecieron en Mérida hasta el día diecinueve en que la corte se puso en marcha camino de Badajoz.

La víspera de la partida, don Felipe ordenó a Vázquez de Leca:

—Preparad una carta para el duque de Alba. Le diréis que he decidido que tome el mando del ejército que entrará en Portugal. Marchará directamente a Badajoz, que es la plaza de armas.

—Hoy mismo su majestad la tendrá para la firma.

Aquella tarde un correo, con orden de ganar las horas, partía hacia el castillo de Uceda donde, desde que el rey lo desterró, se encontraba recluido don Fernando Álvarez de Toledo.

Al día siguiente, el correo había salvado las quince leguas que lo separaban de su destino y entregaba la carta a su destinatario. Cuando la leyó, se acarició la larga y canosa barba que caía un par de palmos sobre su pecho.

—Su majestad ha de ser el único rey del mundo que saca de prisión al general que ha de dirigir el ejército que va a permitirle ser señor de otra corona.

Tomó pluma y papel y redactó de su propio puño y letra la respuesta que el mensajero llevaría a Felipe II:

Sacra, Católica y Real Majestad: Soy vuestro más humilde servidor y es un honor para mi persona y para la casa de Alba servir a vuestra majestad. Una vez más, tomaré las armas y, al frente de vuestras tropas, marcharé al campo de batalla directamente desde la prisión en que me encuentro. Agradezco a vuestra majestad que me permita salir de ella para cumplir tan grande trabajo como me encomienda. Con el deseo de besar la mano de vuestra majestad, su leal súbdito se pone en camino hacia Badajoz, sin pérdida de tiempo alguno para dar cumplimiento a vuestras órdenes.

En el castillo de Uceda, a veinte días del mes de mayo de mil quinientos y ochenta años

Ferdinandus, duque de Alba

El día veinte Felipe II y la reina se instalaron en un convento extramuros de la ciudad, adonde llegaron a la caída de la tarde. Harían la entrada triunfal al día siguiente. Lo hicieron por la Puerta de Santa Marina, que era la principal de la ciudad. Allí los esperaban el corregidor y los miembros del cabildo municipal. Acompañado por los principales linajes de la ciudad y sin bajar de los caballos —don Felipe montaba un brioso corcel negro y doña Ana cabalgaba a mujeriegas sobre una hacanea blanca—, hicieron la entrada bajo un lujoso palio que había sido costeado por los gremios locales y marcharon directamente hacia la catedral, donde los aguardaba el obispo.

En la puerta de la catedral, los reyes desmontaron y entraron en el templo para orar y asistir a un solemne tedeum. Luego se dirigieron a la casa del señor de la Lapilla, un enorme palacio que ocupaba toda una manzana.

Badajoz era una ciudad en armas. A lo largo de la ribera del Guadiana y hacia las tierras del interior se alzaban miles de tiendas y tenderetes. Allí se compraba y vendía de todo. Había taberneros que ofrecían vinos y aguardientes, curtidores que mostraban coletos, fundas de armas, tahalíes para las espadas, cinturones y hasta

saquillos para la pólvora. Herreros que presentaban afiladas dagas, finos estiletes y misericordias, y magníficos aceros templados en las herrerías de Toledo. Había traperos, borceguineros, esparteros ofreciendo los más variados productos y muchas prostitutas que ejercían su oficio en tiendas de campaña o tras el tronco de un robusto árbol, bajo el mostrador de un tenderete y sobre un jergón o una simple lona en el suelo que quedaba bajo algún carromato. Cualquier sitio era bueno para aliviarse de la tensión.

A las órdenes de cabos y, a veces, bajo la mirada atenta de alguno de los setenta capitanes que mandarían las compañías, los hombres entrenaban ejercicios que luego serían acciones en el campo de batalla. Aquellos veteranos sabían que, en el momento del combate, era fundamental mantener la formación y proteger al que luchaba a su izquierda o derecha. Los infantes confiaban en la carga que podían dar los jinetes de la unidad, asestando un golpe definitivo al enemigo, o en el acierto de los artilleros, que barrerían las líneas enemigas, facilitando su labor. Tenían claro lo importante que era el que los piqueros se mantuvieran firmes sobre el terreno, aguantando las embestidas del enemigo, mientras los arcabuceros cargaban sus armas.

Moura escribía al rey casi a diario. Las Cortes no tomaban una decisión y cada día la situación era más complicada. Se habían producido enfrentamientos callejeros. El embajador Osuna también le decía que sus promesas sobre el respeto a los fueros y libertades del reino habían calado entre las capas más ilustradas, pero que la plebe sólo veía en él a un extranjero al que rechazaban, y que por Coímbra había corrido la sangre a causa de los disturbios protagonizados por los estudiantes de la universidad.

Poco después de que Felipe II saliera de Madrid, Iniesta y Portillo se habían reunido con los asentadores para contratar los bastimentos. Les dieron un plazo de seis días para tenerlo todo ajustado. Cuando volvieron a verse, el asentador que hablaba en nombre de sus compañeros sacó un pliego de un cartapacio y fue leyendo las cantidades:

—Treinta mil quintales de bizcocho. Mil quinientas arrobas de aceite. Ciento diez mil de vino y tres mil de vinagre. Dos mil quinientos quintales de tocino, la mitad será entreverado. Mil quintales de arroz y otros tantos de queso curado. Otros mil quintales de garbanzos y la misma cantidad de habas secas. Dos mil quintales de bacalao seco. Cien barriles de arenques, secos y salados, y por último mil quintales de tasajos de carne seca que puede ser de vaca o de cerdo. Quinientas arrobas de sal y otras tantas de aguardiente.

—¿Tenéis los precios de esos víveres?

—Aquí están consignados. Sabed que no están incluidas las alcabalas, ni la sisa de la carne.

—Dejadme ese pliego y, una vez reciba el visto bueno y se discutan los precios finales, se hará el encargo. ¿Cuánto tiempo necesitarían vuesas mercedes para poner los bastimentos en Badajoz?

El asentador hizo cálculos.

—Mes y medio. Ah, en esos precios no están los gastos de transporte.

XLII

El monasterio que los Jerónimos tenían en San Bartolomé de Lupiana era de enormes dimensiones. Vivían en él casi dos centenares de monjes. En las zonas de clausura estaban el refectorio y las celdas de los monjes, que se distribuían alrededor de grandes patios claustrales. Contaba con una hermosa iglesia y diferentes dependencias para el desarrollo de la vida monacal. Trojes para granos, tinados para los animales y grandes albercas donde se criaban varias clases de peces, además de un extenso huerto donde había numerosos frutales —cerezos, manzanos, perales…—, higueras, nogales y donde se cultivaban hortalizas y verduras, además de una zona reservada para las colmenas. Era famosa su miel y muchos mieleros que vendían por todo el reino la miel de la Alcarria se abastecían allí.

Un lego abrió el postigo, cuando Diego llamó a la puerta.

—Ave María Purísima —saludó, sabedor de que los jerónimos, junto a los franciscanos, defendían la inmaculada concepción de la Virgen, frente a los dominicos, que la negaban.

—Sin pecado concebida —respondió el portero—. ¿Qué se ofrece a vuesa merced?

—Quisiera dar una limosna.

Abrió y lo invitó a entrar.

—Pasad, pasad, señor. Dios y su santa madre os lo paguen. Aguardad un momento que voy a avisar al hermano limosnero.

La espera fue breve.

El limosnero era un fraile alto y enjuto y tenía una ganchuda nariz.

—Buenos días nos dé Dios —saludó a Diego—. Me dice el hermano Froilán…

—Que deseo dar una limosna.

—Alabado sea Dios.

Diego le entregó una bolsilla de cuero.

—¡Vuesa merced es muy generoso! —exclamó el limosnero comprobando que era una suma considerable—. Aguardad, avisaré al abad.

Poco después Diego buscaba la forma de decirle que había acudido para hablar con Agustinillo, cuando algo vino en su ayuda.

—¡Padre! ¡Padre! —El fraile tenía la cara desencajada.

—¡Qué modos son esos, fray Tomás! —lo reprendió el abad.

—¡Dispensadme, padre! ¡El hermano Bartolomé está malherido!

—¿Qué ha ocurrido?

—¡No lo sé, paternidad! ¡Estaba en el huerto recogiendo hierbas!

—¡Vamos!

Diego siguió a los monjes. El hermano Bartolomé, que era el encargado de la botica conventual, tenía un gran corte en la mano. Casi al mismo tiempo que ellos llegó el hermano barbero con los útiles de cirugía.

Examinó la herida, retirando el paño con que fray Bartolomé taponaba la herida y trataba de contener la sangre.

—Hay que coserla.

Sacó una botella y dijo al herido:

—Dadle un par de tragos.

Luego le entregó un palo.

—Mordedlo con fuerza y los demás sujetadlo.

Enhebró una aguja con un fino hilo, juntó los labios de la herida y comenzó a coser. Los ojos de fray Bartolomé parecía que iban a salirse de las cuencas. Su cuerpo se contorsionaba, sin apenas moverse al estar sujetado con fuerza. A la cuarta puntada perdió el sentido.

—Es lo mejor que podía pasarle —masculló el hermano barbero.

Diego, que era de los que sujetaban, vio que uno de los monjes perdía el conocimiento. No importaba porque el herido ya estaba inconsciente.

Terminada la sutura, se lo llevaron a la enfermería.

Sólo entonces otro fraile explicó al abad que a fray Bartolomé se le había escapado la hoz cuando cortaba unas plantas.

—Con tan mala fortuna que se cortó el pulpejo de la mano.

Habían llegado al huerto muchos otros monjes, avisados del accidente. Fue entonces cuando Diego vio a Agustinillo, cuyo aspecto era lamentable.

—¿Qué…, qué hace aquí vuesa merced?

El ojo bueno de Agustinillo no pestañeaba.

El abad miró a Diego y luego a Agustinillo.

—¿Conocéis a don Diego? —le preguntó el abad.

—Desde hace tiempo, paternidad.

—¿Qué hace aquí vuesa merced? —volvió a preguntar Agustinillo.

—He traído una limosna. La prometí a fray Ambrosio de la Santísima Trinidad.

—¿Conoce vuesa meced a fray Ambrosio?

—Así es, paternidad.

—Nos ha ayudado a poner en marcha la imprenta y dejado listos para llevarlos a las prensas varios manuscritos cuya lectura resultaba complicada.

—Es hombre muy versado en libros y escrituras.

Se había levantado una brisa y el abad miró al cielo. Estaba muy encapotado.

—Será mejor que entremos, va a llover muy pronto.

Se marchaban del huerto cuando Diego dijo a Agustinillo:

—Tengo necesidad de hablaros.

—Estoy retirado del mundo.

—No pretendo que abandonéis este lugar. Pero hemos de hablar.

Agustinillo aceptó a regañadientes y pidió permiso al abad para preguntar a aquel caballero por algunos conocidos suyos. Hicieron un aparte y Diego le preguntó la causa por la que estaba tan maltratado.

—Es una larga historia.

—Dispongo de todo el tiempo que sea necesario.

—¿Cuento con vuestra discreción?

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que a los monjes no les he contado la verdad de cómo llegué a este estado. Si la hubieran sabido, es probable que no me hubieran acogido.

—Podéis estar tranquilo.

—Me lo hicieron quienes acabaron con la vida de maese Rodrigo.

—¿¡Cómo lo sabéis!?

Agustinillo matizó su afirmación:

—En realidad…, es una sospecha. Pero tiene mucho fundamento. Hace ya muchos meses, dos desconocidos se presentaron en el bodegón de la calle de las Huertas, adonde me llevasteis a comer el día que nos conocimos. Yo estaba dando cuenta de un guiso de garbanzos con tropezones y no les eché cuentas, aunque me llamó la atención que llevaban los sombreros calados y las capas embozadas ocultando sus rostros. Pero cuando salí a la calle se abalanzaron sobre mí, me metieron en un carruaje, me colocaron una capucha y, tras un viaje que se me antojó largo, me encontré en un sitio donde con unas sogas me ataron a una silla. Me quitaron la capucha y vi que eran tres y cubrían su rostro con máscaras.

—¿No pudisteis verles la cara?

—No, nunca se las quitaron. Empezaron a preguntarme por maese Rodrigo y por sus trabajos. Como no les respondía, empezaron a golpearme. Uno me atizaba con una estaca en las costillas y los otros me daban puñetazos en el rostro y me rompieron muchos huesos. Les dije todo lo que sabía, pero querían más, y, como no tenía respuestas, me dejaron en calzones y me hicieron cortes por el cuerpo. Uno que fumaba me quemaba. Sólo pensarlo…

Diego recordó el cadáver de maese Rodrigo.

—¿Qué más?

—Uno de aquellos canallas me pinchó en el ojo que tengo perdido. No podéis imaginaros lo que es un pinchazo en un ojo, y luego con una daga me hicieron cortes en este brazo. —Señaló el que tenía perdido—. Deseaba que me mataran. No podía soportar más castigo. En ese momento el que me atizaba con la estaca me preguntó por María, la herborista. Sólo sabían que proporcionaba plantas a maese Rodrigo.

—¿Qué le dijisteis?

—Todo lo que sabía. No podía soportar las cosas que me hacían.

Diego confirmó su sospecha. Agustinillo les había dicho que vivía en Lozoya.

—Esos canallas fueron a buscarla.

—¿Cómo lo sabe vuesa merced?

—Fui a Lozoya, pero la casa estaba abandonada y todo revuelto.

—¿Se la llevaron?

—Es lo más probable.

—¡Santo Dios! ¡No quiero pensar en lo que le habrán hecho!

Tampoco Diego quería pensar en ello.

—Que ocurrió después.

—Cuando les dije que María vivía en Lozoya se marcharon. Oí cómo se alejaban. Quedé atado a la silla y medio muerto, pero fue un alivio momentáneo. Luego intenté pedir ayuda, pero era incapaz de hablar. Tenía la quijada rota por varias partes.

—¿Cómo lograsteis salvaros?

—No sería capaz de decir cuánto tiempo pasó. Lo único que intuía, porque apenas veía, era que la tarde estaba cayendo. La luz, que debía entrar por una ventana a mi espalda, disminuía. No llegaba ningún ruido. Estaba convencido de que iba a morir e iba a hacerlo sin confesión, y puedo aseguraros que mis pecados eran entonces muchos y grandes. Había robado, fornicado con una putilla que vive en la calle Cantarranas, que me dejaba que se la metiera por ocho maravedíes. Algunos días eso era lo que sacaba pidiendo limosna y tenía que elegir entre comerme un plato en el bodegón o follármela. La muy puta decía que sólo me cobraba aquello porque la tenía a proporción de mi estatura. Me he reformado y mi vida está ahora al servicio de Dios Nuestro Señor. Aunque sé que habré de pasar una larga temporada en el purgatorio, espero librarme de las penas del infierno.

—Me gustaría saber cómo salisteis de aquello.

—La penumbra se había apoderado del lugar cuando oí unas esquilas cada vez más cerca. Era un rebaño. Si dejaba pasar aquella oportunidad, caería la noche y estaría perdido. Haciendo presión con los pies logré dar la vuelta a la silla y quedé de cara a la ventana, cuyos postigos estaban entreabiertos. Poco a poco, con las últimas

fuerzas que me quedaban, logré acercar la silla a la ventana. No podía gritar y veía pasar el rebaño y los pastores sin poder llamar su atención. Me daba por perdido cuando un perro comenzó a ladrar y a saltar delante de la ventana. Había husmeado la sangre. Ladraba y saltaba asomando su hocico. Un pastor se acercó y se puso a gritar pidiendo ayuda. Con cuidado me subieron en el burro donde iban los hatos y las aguaderas, y me llevaron al pueblo más cercano, que era Torreón de Ardoz. Allí me vio un médico que, antes de poner emplastos y pomadas a mis heridas, dijo que lo más urgente era poner remedio a mi ojo. Buscaron a un barbero, que hizo lo mismo que el hermano barbero ha hecho con fray Bartolomé, me dio unos tragos de orujo, me colocó un palo entre los dientes y dijo que me agarraran fuerte. Apenas comenzó su trabajo perdí el sentido. Cuando desperté estaba en una blanda cama y dos mujeres, que eran terciarias franciscanas, me atendían. El barbero me había cortado el brazo por temor a la gangrena y me había sacado el ojo. Estuve acogido a su caridad cuatro meses y fueron sanando mis heridas, aunque lo que había perdido, perdido estaba, y mi cuerpo quedó lleno de cicatrices.

—¿Cómo habéis venido a parar a este monasterio?

—El abad, fray Hortensio, es hermano del médico de Torreón de Ardoz que se apiadó de mí y los jerónimos me acogieron. Ayudo en lo que puedo. Hago cosillas en el huerto y relevo al hermano portero. Tengo una celda con su jergón. Como tres veces al día, todos los días. Tengo mi ración de vino y ropas que vestir. ¡Todo un lujo! Lo que peor llevo es levantarme a medianoche para rezar latines, porque la única condición que el abad puso para acogerme era que había de cumplir los horarios de rezos, comidas y trabajo. Como si fuera un monje. Sepa vuesa merced que no es fácil serlo. Hablan poco, rezan mucho y comen lo justo. Pero cuando te acostumbras…

—En fin, habéis encontrado un sentido a vuestra vida. ¿Recordáis algo que pueda darme una pista para dar con esos malos bichos?

—Llevaban caretas. Uno de ellos, el que me golpeaba con más saña junto con el que me daba los estacazos, se cubría con un sombrero de alas y adornado por tres plumas.

—Una blanca, otra negra y la tercera roja.

XLIII

Iniesta y Portillo, después de varias reuniones con los asentadores, ajustaron las partidas, las cantidades y la forma en que se llevarían a cabo los pagos. Los precios convenidos eran con los bastimentos puestos en Badajoz.

En las gradas de San Felipe el Real se especulaba con quién tendría el mando de aquel ejército.

—He oído decir que será Medina Sidonia —comentó un caballero que lucía la venera de la Orden de Calatrava—. El rey se ha decidido por él, dadas sus fuertes relaciones con los duques de Braganza.

—Pues lo que a mí me llega, y viene de muy arriba, es que será el marqués de Santa Cruz —refirió un sujeto que, por sus trazas, debía de ser uno de los covachuelistas.

—¡En modo alguno! —exclamó el calatravo—. ¡Santa Cruz tendrá el mando de la armada! Pero las tropas que están concentrándose en Badajoz, adonde han llegado algunos tercios de veteranos, serán mandadas por Medina Sidonia.

—Medina Sidonia tiene otra misión —intervino un fraile que vestía el hábito de san Agustín.

—¿Qué clase de misión, páter?

—Vigilar al hijo de la duquesa de Braganza, el conde de Barcelos, por el que el duque pagó un fuerte rescate a los moros. El rey no quiere que regrese a Portugal, al menos por el momento.

—Pero si los Braganza han renunciado a sus aspiraciones al trono. Hace semanas que lo hicieron público. Apoyan la sucesión de nuestro rey.

—Pero en Portugal hay quien piensa en el joven conde como un posible candidato al trono.

—Creo que vuesas mercedes —señaló un caballero de Santiago— se olvidan de alguien muy importante.

—¿A quién os referís?

—Al duque de Alba, que es, con diferencia, el mejor de los generales con quien puede contar su majestad.

El calatravo negó con la cabeza.

—No lo creo. Está desterrado. Al rey le disgustó su consentimiento al matrimonio de su hijo. Además, tiene sobradamente cumplidos los setenta.

A Badajoz habían llegado veteranos de los tercios de Italia, procedentes de Toscana y Umbría. También varios miles de lansquenetes que estaban acantonados en el Milanesado. Se trataba de tropas experimentadas y aguerridas.

Había corrido el rumor de que el duque de Alba mandaría el ejército.

—¡Cuando sepan que nos manda el duque, a los portugueses sólo les veremos el culo! —Quien soltaba aquella baladronada, que había provocado sonoras carcajadas, era un veterano que se entretenía pasando una y otra vez el filo de una daga por una correa de cuero tirante.

—¿Estáis seguro de que será el duque de Alba quien nos mande? —preguntó otro soldado que acababa de arrojar a un chucho un hueso al que había sacado toda la sustancia royéndolo pacientemente.

—Hace poco se lo he oído decir al capitán Esquivias.

—También yo lo he oído en la cantina de la *Sevillana*, y que el marqués de Santa Cruz mandará la flota —apuntó otro de los veteranos.

—¿La *Sevillana* es esa que se aprieta tanto el corpiño que parece que se le van a reventar la tetas?

—Esa. Pero para tetas las de una a la que dicen la *Montañesa*, con la que puedes holgar por dos reales.

—Mucho me parecen dos reales.

—Quienes la han catado dicen que merece la pena pagarlos y más, si fuera menester.

La llegada de una docena de grandes carretas, tiradas por poderosos bueyes, transportando una docena de cañones de diferentes calibres, fue muy celebrada en el campamento, donde ya se daba por seguro que serían mandados por el duque de Alba.

Cuando Álvarez de Toledo llegó, se desbordó el entusiasmo. Muchos habían luchado a sus órdenes en Flandes siendo jóvenes bisoños. Volver a tenerlo al mando era para ellos todo un honor. También llegó el marqués de Santa Cruz, que despertó un sentimiento parecido. El rey los recibió y el encuentro no estuvo exento de cierta frialdad. A Felipe II no le habían gustado los términos, aunque correctos, con que el duque había contestado a su requerimiento, sin ahorrarse decirle que se encontraba en prisión. Hablaron de los planes de ataque, que estaban recogidos en unas instrucciones puestas por escrito, y concretaron los detalles del plan combinado por tierra y mar que iban a poner en marcha. Acordada la forma en que se desarrollaría, Santa Cruz partió para Cádiz, donde estaban concentrándose los barcos de su escuadra.

Dos días después, Felipe II volvía a reunirse con Alba.

—Mi deseo, duque, es que, si bien esta es una guerra en la que será necesario vencer algunas resistencias, se utilice sólo la violencia imprescindible.

—Majestad, haremos todo lo que esté en nuestra mano. Pero la guerra desencadena violencia y esos vasallos de vuestra majestad, que no os acatan como su legítimo rey, son rebeldes.

—No os he dicho que no la haya, sino que sea la menos posible. No necesito aclararos a qué me estoy refiriendo. Mi deseo es que ese reino se incorpore a mis dominios de la forma más pacífica posible.

El duque se mordió la lengua. Aquella no era una forma pacífica de incorporar un reino. Iba a ponerse al frente de un ejército y habría que combatir.

Los bastimentos llegaban a diario y, poco a poco, la maquinaria militar se ponía a punto. Una semana más tarde, Alba se reunió con

Sancho Dávila, a quien conocían como el *Rayo de la Guerra*. Era un maestre con gran experiencia militar. Había luchado contra los turcos y los berberiscos en el Mediterráneo y combatido a los herejes en Alemania y Flandes, donde había estado a las órdenes del duque de Alba. Allí había resistido, en el castillo de Amberes, el ataque de los rebeldes holandeses, que se habían hecho con el control de la ciudad, hasta que llegaron varios tercios de infantería para auxiliar a Dávila, que resistía el asedio. Pusieron a los rebeldes en fuga y durante tres días, según las leyes de la guerra, saquearon la ciudad y prendieron fuego a su ayuntamiento, donde se habían refugiado muchos de los rebeldes. El fuego se propagó por buena parte de la ciudad. La propaganda orangista magnificó los desmanes cometidos por los tercios, que fueron muchos, como algo extraordinario. Pero era lo que ocurría con las ciudades católicas conquistadas por los orangistas, donde llevaban a cabo saqueos parecidos a los de los tercios. Su última campaña la había hecho a las órdenes de don Juan de Austria.

Los diferentes tercios que componían aquel ejército estarían mandados por Dávila, que sería maestre general, y los maestres de campo Argote, Niño de Zúñiga, Figueroa, Ayala, Moreno, Zapata y Enríquez. Estos dos últimos habían partido para Cádiz con el marqués de Santa Cruz. Sus tercios embarcarían en la armada. La artillería quedaría a cargo de Francés de Álava.

Alba los convocó, también al veedor general Bermúdez de Santiso, a una reunión para establecer las líneas de ataque.

—No sabemos la resistencia que encontraremos. Lo que parece seguro es que los portugueses no se encerrarán en ciudades, aunque tendremos que asediar alguna —señaló el duque.

—Según las informaciones que tenemos, el prior de Crato ha reunido en torno a quince mil hombres, que quizá lleguen a veinte mil con las últimas incorporaciones. A ellos habrá que añadir los franceses —dijo Dávila.

—¿A qué os referís con… los franceses? —preguntó el veedor general.

—A que la madre del rey de Francia, que es quien en realidad manda allí, ha decidido ayudar al bastardo.

—No me extraña, es una Médicis —señaló el veedor.

—Eso complicará las cosas —afirmó uno de los maestres de campo.

—No, si actuamos con rapidez. Los franceses tardarán, al menos tres semanas, en llegar —indicó Dávila.

—Don Sancho tiene razón —dijo el duque—. Si avanzamos sobre Setúbal, donde estará la escuadra del marqués de Santa Cruz, que nos llevará a la otra orilla del Tajo, y ocupamos la ciudad, la suerte estará echada.

—En ese caso, si su excelencia no dispone otra cosa, debemos cruzar la raya cuanto antes.

Alba, que se acariciaba sus luengas barbas, asintió con la cabeza.

—Pasado mañana el rey pasará una revista general. Después todo estará dispuesto para iniciar la campaña. Disponedlo todo para ese momento.

El trece de junio Felipe II pasó la revista. Con las banderas desplegadas al viento y los tambores sonando, los hombres formados ofrecían una imagen impresionante. Cuando el rey, que montaba un corcel blanco que iba un paso por delante del que montaba Alba, terminó la revista, indicó al duque:

—Compruebo, con satisfacción, que vuestra excelencia ha cuidado hasta el último detalle.

—Majestad, es la forma de evitar sorpresas y problemas.

—Bien, duque, bien. —El rey vestía completamente de negro y se cubría con un sombrero de copa sin alas—. Hay dos cosas que debéis tener presentes en todo momento. La primera, que no se produzcan saqueos. Entramos en un reino que forma parte de nuestra corona. Los portugueses, a partir de ahora, son nuestros súbditos. La segunda, que diariamente me escribiréis dando cuenta de la marcha de vuestro avance, sin omitir detalle.

—Así se hará, majestad.

Felipe II ofreció su mano al duque, quien, tomándola por la punta de los dedos, acercó sus labios, sin llegar a besarla.

Al día siguiente, todo estaba preparado.

—Mañana al alba cruzaremos la frontera. Se inicia la campaña.

En Lisboa las pasiones se habían desbordado. Los partidarios del prior recorrían las calles y plazas reclutando hombres y animando a la lucha contra el invasor. Las noticias que llegaban habían llenado a muchos de temor. Pero habían estimulado los deseos de resistencia de otros.

—¡Repetiremos Aljubarrota! ¡Los venceremos porque la razón está con nosotros!

—¡Viva don Antonio! ¡Viva nuestro legítimo rey!

—¡Abajo los castellanos!

—¡Lucharemos!

En la plaza del Rossio, ante las mesas de reclutamiento, se formaban largas filas de hombres. Eran pescadores, aladreros, curtidores, esparteros, campesinos de los alrededores de Lisboa, que habían acudido a la llamada que se había alentado desde muchos púlpitos y confesionarios. Eran gentes con más voluntad que destreza en el uso de las armas. Estaban animados y no les faltaba voluntad, pero iban a enfrentarse con la mejor infantería del mundo. Los tercios eran unidades aguerridas, muy disciplinadas en el combate y temibles en el cuerpo a cuerpo. Desde hacía varias décadas enseñoreaban los campos de batalla de Europa, donde sólo el hecho de tener que enfrentarse a ellos provocaba miedo e incluso terror.

En *A Casa dos Passarinhos* los viejos lobos de mar comentaban la efervescencia que se vivía en la ciudad.

—Esto no anuncia nada bueno —señaló don Bastián.

—¿Por alguna razón? —preguntó Couto.

—Se están creando unas ilusiones que no tienen fundamento.

Couto dio un trago a su vino, como si necesitara aclararse la garganta.

—No son ilusiones. ¡Defienden nuestras libertades y la independencia del reino! ¡Lucharemos y haremos morder el polvo a los castellanos! ¡Como hicimos en Aljubarrota! ¡El *Espanhol* no será nuestro rey!

—Don Felipe afirma que nuestros fueros y libertades serán respetados.

—¡Mentira!

En los ojos de don Bastián brilló un destello de cólera.

—¿Me llamáis mentiroso?

Couto se dio cuenta de que se había excedido. Dio otro trago a su vino.

—A vos no, disculpadme si os he ofendido. La mentira está referida a lo que se dice en esos papeles.

Don Bastián dejó escapar un suspiro.

—En esos pasquines siempre se exagera y se pintan las cosas con tintes más brillantes de lo que son en realidad. Pero lo que puedo aseguraros es que se están creando vanas ilusiones. Todos esos que se alistan no saben a lo que se enfrentan. Será difícil detener a los tercios españoles.

—Ya lo veremos.

XLIV

Al despuntar el sol, el ejército se puso en marcha y cruzó el curso del Caya, que marcaba la frontera entre los dos países. Poco después de mediodía, las avanzadillas, que mandaba Sancho Dávila, llegaban sin encontrar ninguna resistencia ante los muros de Elvas.

—Esto empieza bien —comentó al capitán de una de las compañías que entraron en la ciudad.

Llegaron, ante la mirada silenciosa de sus habitantes, hasta las puertas del ayuntamiento. Allí aguardaban las autoridades, que reconocieron a Felipe II —en Portugal era Felipe I— como su rey.

El duque de Alba decidió que un tercio de infantería y doscientos jinetes, al mando del maestre general, marchasen sobre Villaviciosa, mientras que el grueso de las tropas se dirigiría hacia Évora. Dávila y sus hombres se encontraban a media legua de Villaviciosa cuando uno de los capitanes divisó un contingente de tropas portuguesas.

—Maestre, mirad allí.

Poco después, se producía el primer enfrentamiento. Una carga de la caballería de Dávila lo resolvió en pocos minutos, pero desde las murallas, en cuyos adarves había no menos de un centenar de hombres, armados con arcabuces y ballestas, una lluvia de plomo y virotes cayó sobre ellos causando algunas bajas. Esto enervó los ánimos y cuando los españoles entraron en la ciudad se produjeron actos de violencia, pese a las instrucciones que se habían dado. En medio del desorden fueron ahorcados algunos vecinos por resistirse al saqueo y Dávila tuvo que emplearse a fondo para imponer orden. Una vez conseguido, mantuvo una reunión con sus capitanes.

—Las órdenes eran muy claras. Nada de saqueos. Advertid a vuestros hombres que, si estos hechos vuelven a repetirse, se castigarán con severidad.

Los agentes de don Antonio difundieron rápidamente lo ocurrido en Villaviciosa y presentaban a Felipe II como un invasor dispuesto a entrar en el reino a sangre y fuego.

El diecinueve de junio, el prior se proclamó rey de Portugal en una ceremonia en el monasterio de San Benito, en Santarém. Lo acompañaron un buen número de caballeros de la Orden de San Juan y varios nobles, entre los que se encontraba el conde de Vimioso. Tras la ceremonia, don Antonio se dirigió a la Cámara Municipal y se asomó al balcón principal, que se abría ante una plaza de regulares dimensiones donde se había congregado una muchedumbre que desbordaba las calles próximas y que lo aclamó como su rey.

—¡Viva don Antonio! —gritaban los más entusiastas, entre los que había muchos soldados armados con coseletes y algunos con morriones.

—¡Viva nuestro rey!

En el balcón, un alférez alzó el estandarte de Portugal y, sin dejar de tremolarlo, gritó hasta tres veces:

—¡Portugal por don Antonio!

Su proclama era respondida con entusiasmo.

Tras los cristales de una ventana que daba a la plaza había dos hombres. Uno de ellos trataba de no perder detalle.

—Una parte del pueblo lo aclama como rey.

—¡Bah! ¡Esto es una gota de agua en el mar!

—No los menospreciéis. Es lo que piensan muchos portugueses. La prueba la tenéis en que las Cortes no toman una resolución y, aunque los regentes nombrados por don Enrique son en su mayoría favorables de vuestro soberano, alguno sostiene que el rey de Portugal debe ser don Antonio. Entre dos mil y tres mil hombres, armados hasta los dientes, acampan a media legua por el camino de Almeirim.

—¿Y vos qué pensáis?

—Que me paguéis los dos ducados que me habíais prometido por poder asistir desde este discreto sitio a lo que está ocurriendo en Santarém.

—Tomad. —Sacó tres ducados de su faltriquera—. Añado uno por vuestro silencio. Aunque si esos —señaló a la gente que continuaba aclamando al prior— se enteran de que habéis permitido que un castellano sea testigo de lo que aquí está ocurriendo, no os arriendo las ganancias.

Cuando quienes llenaban el lugar se marcharon, salió de la casa y tomó a pie el camino de Almeirim. Comprobó que el portugués no le había mentido.

Allí había varios miles de hombres, posiblemente tres mil, según se deducía de la cantidad de tiendas. Incluso pudo ver algunos cañones sobre sus cureñas. Regresó a Santarém y montando su caballo abandonó el lugar, un par de horas antes de que se pusiera el sol. Aquella noche durmió en una *pousada* junto al camino y, al día siguiente, encontró a las primeras tropas españolas en Borba. Cuando llegó a Badajoz, informó a Felipe II.

—Contádmelo con detalle.

—Majestad, ha sido en Santarém. La proclamación tuvo lugar en un convento y luego fue aclamado por gentes venidas desde diferentes sitios.

—¿Con qué tropas contaba?

—Unos tres mil hombres, bien pertrechados. Lo acompañaban algunos caballeros de la orden de la que es prior.

Al tiempo que Felipe II recibía aquella información, el duque de Alba marchaba sobre Évora, donde se esperaba el primer enfrentamiento serio con las tropas del prior. La ciudad se había pronunciado a favor de don Antonio, pero, cuando las primeras avanzadillas del ejército español la avistaron, se encontraron con que las autoridades aguardaban ante la puerta principal de la muralla y portaban una gran bandera blanca.

El duque ordenó a uno de los capitanes de caballería:

—Acudid a parlamentar y que os acompañen media docena de hombres. ¡Tened cuidado! Puede ser una trampa.

Cuando estaban a menos de veinte pasos de los portugueses, el capitán alzó la mano. Sus hombres detuvieran los caballos y desde allí gritó:

—Mi general, el duque de Alba, desea conocer vuestra disposición.

Uno de aquellos hombres salió del grupo y avanzó unos pasos.

—Decid a su excelencia que la ciudad y sus habitantes reconocen a don Felipe como su legítimo rey. En esta cédula —mostró un pliego que llevaba en la mano—, está recogido el acatamiento a su majestad como rey.

—Acercaos y recoged esa cédula —ordenó el capitán, que no dejaba de otear la muralla, a uno de sus hombres.

Aquella tarde, Alba entraba en Évora sin efectuar ningún disparo. Era el nueve de julio. Hacía tres semanas que había cruzado la frontera. Allí tuvo noticia de que Dávila había entrado sin problemas en Montemor el Nuevo.

A la caída de la tarde, como cada día, ordenó a su secretario:

—Tomad pluma y papel.

Sin sentarse y paseando de un extremo a otro de la estancia, dictaba:

Sacra, Católica y Real Majestad:

Hoy, que se cuentan nueve días de julio, hemos entrado en Évora, sin haber hecho uso de las armas. Eso es algo que nos ha maravillado porque todas las noticias que nos llegaban decían que la ciudad había proclamado su apoyo al prior. Apenas avistamos sus murallas, poco después del ángelus, las puertas se abrieron y las autoridades nos recibieron acatando a vuestra majestad como su legítimo rey.

Otro sí, sabed, señor, que el maestre general Dávila ha entrado, sin encontrar resistencia, en la localidad de Montemor el Nuevo, que se encuentra en el camino principal que va a Setúbal, donde, según las noticias que tenemos, se concentran tropas enemigas y se acumulan pertrechos. Es allí donde esperamos que se libre la primera de las batallas de esta campaña.

A los pies de vuestra majestad, besa vuestra mano
Ferdinandus, duque de Alba

A la par que las tropas de Alba avanzaban hacia Lisboa, sin encontrar una resistencia digna de mención hasta el momento, la flota de Santa Cruz se disponía a hacerse a la mar. Los gaditanos contemplaban aquel mar de mástiles y remos. Eran más de cien barcos entre galeras, naos y algunas carracas. La capacidad de estas últimas sería muy útil para transportar bastimentos, las piezas de artillería que se habían llevado desde Gibraltar y otros puertos andaluces y para los más de cuatro mil hombres de los tercios de Zapata y Enríquez.

—Excelencia —Francés de Álava se dirigía al marqués de Santa Cruz, que desde un pantalán observaba cómo se cargaban unos cestos llenos de quesos—, los cañones y medios cañones, que era lo más complicado de embarcar, ya están a bordo. Las culebrinas y los falconetes se subirán esta tarde.

—Entonces, en el momento que tengamos buen viento, zarparemos.

Durante dos días, un vendaval de poniente impidió hacerse a la mar.

—En esta época del año —comentaba un viejo marino en una de las tabernas del puerto—, suele soplar el levante, un viento cálido y seco que viene del sudeste, de Berbería. Este poniente no dejará de soplar tres o cuatro días más.

—Las galeras podrían zarpar —señaló otro—. Con los remos…

—Si yo fuera el almirante, esperaría a tener viento a favor y que toda la escuadra saliera junta. Con este viento en contra los remeros tendrán que trabajar muy duro y necesitarán de toda su fuerza cuando entren en combate.

Efectivamente, el vendaval fue amainando, pero el viento sopló de poniente tres días más y, tras dos días de calma, lo que inicialmente fue una brisa que apenas se notaba en las velas, fue cobrando fuerza.

El marqués de Santa Cruz reunió a sus capitanes a media tarde.

—Este viento durará varios días. Mañana pondremos rumbo al cabo de San Vicente. Los hombres dormirán esta noche a bordo y mañana oiremos misa desde los barcos, antes de hacernos a la mar.

Eran poco más de las diez cuando, desde el castillo de proa de la capitana, la *Santa María del Mar*, don Álvaro de Bazán ordenó disparar la culebrina de popa.

—Dad la señal.

El cañonazo resonó en el puerto y la respuesta fue un estruendo de campaniles a los que siguieron los gritos de los maestres dando órdenes que se escuchaban en el puerto donde se congregaba una muchedumbre —otros observaban desde los adarves de las murallas —, que daba gritos de ánimo.

—¡Largad velas!

—¡Toda a babor!

—¡Atirantad esos cabos! ¡Vamos, vamos! ¡Con fuerza!

En las galeras se oían las voces de mando y los gritos de los cómitres para que la boga fuera uniforme y cada vez más intensa. Por la bocana del puerto los barcos salían de dos en dos y de tres en tres con las velas hinchadas por el viento y las banderas, blancas con la roja y aspada cruz de san Andrés, ondeando al viento. Pasaron varias horas desde que se puso en movimiento el primer barco hasta que el último de ellos salió a mar abierto.

Dos días más tarde llegaban a Ayamonte, junto a la raya con Portugal, que quedaba delimitada por el curso del Guadiana. En los días siguientes en algunas plazas costeras del Algarve se proclamaba a Felipe II como rey, sin tener que hacer un solo disparo. Todo marchaba a pedir de boca hasta que el grueso de la flota estaba a la altura de Sagres, un puerto que era un emblema para las escuadras portuguesas. Entonces el viento roló. Soplaba con fuerza desde el norte y levantaba olas que barrían la cubierta de los barcos de borda más baja.

—Excelencia —el capitán de la *Santa María del Mar* se dirigía al almirante—, es necesario buscar resguardo para el temporal que se avecina.

El marqués de Santa Cruz, desde el castillo de proa, con la mirada fija en los negros nubarrones que cubrían por completo el cielo,

asintió con la cabeza.

—Dad las órdenes oportunas.

Desde el fanal de proa de la capitana se dio la orden. Los destellos de los fanales indicaban que habían sido recibidas. Los barcos buscaron refugio en radas y ensenadas o al abrigo de algún promontorio que les ofreciera cierto resguardo. La tormenta se desencadenó a mediodía y duró varias horas. Por la noche amainó y al amanecer un viento del sudeste, el que esperaban para doblar el cabo de San Vicente, impulsó los barcos hacia el norte.

—¡Largad velas! ¡Rápido! ¡Hay que aprovechar este viento!

El velamen de los barcos, que había estado a medio palo para soportar mejor el oleaje, se abombaba, hinchado por el viento y haciendo resaltar las cruces de Santiago que llevaban en las lonas.

Al día siguiente, llegaron a la vista del estuario del Sado, donde se enfrentaron a dos galeones portugueses, el *San Antonio* y el *San Mateo.* El combate fue breve. Tras un intercambio de disparos, tenían más de advertencia que inicio de un combate, los dos barcos portugueses se vieron rodeados y se rindieron, pese a su mayor potencia de fuego.

La resistencia había sido simbólica.

XLV

Las tropas de Alba habían continuado su avance y todos los días, a la caída de la tarde, el duque escribía a Felipe II dándole cuenta de las incidencias de la jornada. Se habían apoderado de Alcácer do Sal y, sin apenas resistencia, llegado ante los muros de Setúbal, donde los tercios se aprestaban a librar el primer combate de entidad.

La ciudad, fuertemente amurallada, estaba protegida por dos castillos, uno al norte y otro al sur. Al primero lo defendían cerca de quinientos soldados de infantería y más de un centenar de jinetes que en cualquier momento podían realizar peligrosas descubiertas y contaba con, al menos, una docena de cañones. El segundo estaba defendido por un número menor de tropas, que compensaba una poderosa artillería: cerca de medio centenar de cañones capaz de causar estragos al enemigo.

—Excelencia —señalaba el maestre Argote—, hasta ahora apenas hemos encontrado resistencia, pero aquí tendremos que emplearnos a fondo. Setúbal ha proclamado rey al prior y don Diogo Botelho, su gobernador, es un experimentado militar. Cuenta, además, con el apoyo que le prestarán desde los dos castillos que flanquean la plaza. La información que poseemos dice que son unos tres mil hombres, aunque soldados sólo son la mitad. Los otros son voluntarios cuya experiencia en combate es nula. La artillería de los castillos puede crearnos serios problemas.

El duque de Alba miró en el mapa la posición de los dos castillos, sin dejar de acariciarse su larga barba.

—Habrá que proteger los flancos para evitar sorpresas. Dos compañías del tercio de Figueroa se situarán aquí —señaló el lugar en el mapa—, y otras dos del tercio de Ayala, aquí. Su misión será proteger los flancos de nuestro ejército. Emplazaremos la artillería y mañana, al amanecer, ofreceremos una capitulación honrosa. Habrán de responder en dos horas. Si no aceptan, atacaremos.

Aquella fue una noche de tensión. Los infantes españoles preparaban sus armas. Eran conscientes de que hasta aquel momento la campaña había sido una especie de juego. Cuando amaneciera, si los portugueses no rendían la plaza, el combate sería duro.

Poco después de las ocho, el maestre Argote informó al duque, que había instalado su cuartel general en una quinta rodeada de frondosa arboleda que estaba a menos de media legua:

—Excelencia, han dado dos cañonazos como respuesta a nuestra propuesta para que capitulen.

El duque salió al jardín y comprobó la dirección del viento. Era una ligera brisa que soplaba del este.

—Emplazad la artillería y que se apunte bajo, al pie de las murallas.

—Señor, no haremos mucho daño…

—He dicho al pie de las murallas.

—A sus órdenes.

Los artilleros emplazaron las piezas —una docena de cañones de grueso calibre—. La mitad eran pedreros y hacían menos daño que las bombas, pero tenían la ventaja de que tardaban más en calentarse.

La artillería portuguesa, situada en las murallas, estaba dispuesta para abrir fuego contra los españoles.

—Que se prepare la infantería para el ataque.

Niño de Zúñiga y Argote se miraron. Estaban confundidos. Lanzar la infantería al asalto, sin un castigo previo con la artillería, era un suicidio.

Cuatro compañías del tercio de Niño de Zúñiga avanzaron en cuadro, sin romper la formación, acompañados por el sonido de los tambores que marcaba el paso de los infantes. Las órdenes del

duque habían sido muy precisas. Cuando las unidades, que cubrían un frente que no llegaba a las cien varas, llegaron al sitio indicado, se oyeron las órdenes:

—¡Alto! —Los infantes se detuvieron como un solo hombre.

Los sargentos recorrían las filas dando las últimas instrucciones:

—¡Cebad arcabuces! ¡Tensad ballestas! ¡Colocad virotes!

En las compañías preparadas para el asalto las órdenes eran diferentes.

—¡Embrazad rodelas! ¡Ajustad coletos y morriones! ¡Preparad las escalas de asalto!

En aquel momento se oyó un disparo de pólvora. Era la señal para que la artillería comenzara a disparar. Los cañones españoles abrieron fuego. Muy pronto a ellos se unieron falconetes, culebrinas y sacres. El estruendo era ensordecedor, pero el daño escaso. La artillería portuguesa respondió con furia.

Sólo entonces los maestres de campo, los capitanes y también los soldados comprendieron la táctica de su general. Aquellos disparos buscaban, más que causar bajas en las filas enemigas, provocar una densa humareda que el viento llevaba hasta las murallas de Setúbal. A la humareda de los cañones españoles se sumaba la de los portugueses. La visión desde los adarves era nula.

—¡Dad las órdenes de asalto, sin perder un instante! ¡El tiempo es fundamental! ¡Nos protege el humo!

Siguiendo la cadena de mando, se repetía una y otra vez:

—¡Al asalto!

—¡Al asalto!

—¡Al asalto!

En pocos minutos, aquellas unidades, a las que se habían dado órdenes de proteger sus rostros con pañuelos húmedos anudados a la nuca, estaban al pie de las murallas, sin apenas haber sufrido bajas porque los portugueses, cegados por el humo, no tenían claros los disparos. Colocaron las escalas, protegidos por una lluvia de fuego que escupían los arcabuces y por cientos de virotes de ballesta de las otras compañías que, situadas adecuadamente, protegían el avance de sus compañeros. Los defensores, con la humareda que los atosigaba y hacía lagrimear sus ojos, apenas

pudieron defender los adarves. En poco tiempo se llenaron de infantes españoles que espada en mano se enfrentaban a los portugueses.

La resistencia lusitana —muchos hombres perdieron la vida haciendo alardes de valor luchando cuerpo a cuerpo— sufrió un duro golpe al conseguir los españoles hacerse con el control de las puertas. Una vez abiertas, los que habían protegido el asalto penetraron en tropel.

La resistencia fue menor de la esperada. Luego se supo que la víspera de la llegada de los españoles parte importante de la guarnición —la mayor parte soldados con experiencia de combate— había salido de la plaza y embarcado hacia Lisboa, adonde estaba don Antonio.

El caos se apoderó de Setúbal en las horas siguientes. Los soldados, ignorando las severas órdenes que habían recibido, sometieron a la población a un terrible saqueo. Se robó, se violó y se cometieron toda clase de desmanes. A lo largo de toda la tarde, vencidos los focos de resistencia, grupos de soldados incontrolados entraban en las casas para hacerse con la mayor cantidad de botín posible. Las tabernas fueron saqueadas y el vino corrió a raudales. Quienes trataron de defenderse de aquellos desmanes lo pagaron con su vida. Setúbal era una ciudad asustada. Los vecinos, encerrados en sus casas, rezaban para que los desalmados que recorrían las calles no se detuvieran ante su puerta y la echaran abajo, como ocurrió en algunos casos.

Con las primeras luces del día fueron visibles los destrozos, y, cuando el duque de Alba tuvo noticia de lo ocurrido, ordenó que en el plazo de tres horas todos los soldados debían salir de la ciudad y que, cumplido ese tiempo, a quien se encontrase dentro de los muros se le ejecutaría. Había convocado a los jefes y oficiales, y les mostró su enfado:

—¡Las órdenes eran claras y precisas! ¡No estamos en tierra de infieles ni de herejes! ¡Portugal forma parte de la monarquía de nuestro rey! ¡Muchos consideran a su majestad como su rey!

—Señor, se trata de casos aislados —se excusó uno de los capitanes.

—¿Casos aislados? ¡Mirad la lista de destrozos y robos! ¡Es larguísima! ¡Esto no puede repetirse!

—No volverá a ocurrir, excelencia —afirmó el maestre Argote.

—¡Eso se dijo cuando se cometieron los desmanes en Villaviciosa! ¡Esto hace más daño a nuestro rey que toda la propaganda que difunden los partidarios del prior! ¡Habrá que dar algunos castigos ejemplares!

Aquella tarde, en la plaza mayor frente al edificio de la Cámara Municipal, donde se había levantado un cadalso, en presencia de numerosos vecinos, a los que se había devuelto algo de lo robado, y de algunas tropas, a las que se había permitido entrar en la población para que fueran testigos, se ejecutó a media docena de soldados, sobre los que recayó la culpa de los robos y saqueos cometidos.

Desde que Diego había dejado el alguacilazgo, Leonor y él disponían de mucho más tiempo para estar juntos. Después del almuerzo siempre tomaban un cordial —Diego recibía una garrafa con media arroba de anís de Rute, una localidad cordobesa perteneciente al dominio señorial del duque de Sessa, que le enviaba un cabo de su compañía al que había salvado la vida— y, charlando, reposaban la comida.

En ello estaban cuando sonaron unos fuertes aldabonazos en la puerta. Eufrasia acudió y poco después interrumpía la conversación de sus señores:

—Mi señora, quien ha traído este billete me ha dicho que era urgente. Es para don Diego.

—¿Quién lo ha traído?

—Sólo me ha dicho que era urgente y se ha marchado.

El texto era muy breve.

Después de leerlo, lo comentó con su esposa:

—Es del *Lupino*. Dice que tiene una noticia de mucho interés. Quiere que nos veamos en una casa que hay a la espalda de la iglesia de San Ginés. Está en una calleja, junto a la plazuela de Salenque. Me espera a las seis.

—¿Cómo me dijisteis que era su nombre?

—Antón Almárcegui, ¿por qué lo preguntáis?

—Porque conocí, hace años, a una joven que vivía en una casa frente a la mía. Su padre era entallador de retablos y tenían un buen vivir. Se llamaba Luisa.

—¿Cómo habéis dicho?

—Luisa Almárcegui. Hubo cierto escándalo porque el sujeto que le dio palabra de matrimonio, después de dejarla preñada, no quiso saber nada. Un hermano suyo ajustó cuentas con él.

—¿Ajustó cuentas?

—Por lo visto, le dio unas cuchilladas y le dejó la cara marcada. No recuerdo bien cómo acabó aquello. Luisa desapareció y como poco después yo me marché…

—Luisa tuvo aquel hijo y lo saca adelante como buenamente puede. Se dedica a la prostitución y le dicen la *Melindres*. Es hermana del *Lupino*.

—¿Cómo…, cómo estáis al tanto de todo eso?

Diego se levantó y la besó en los labios.

—¿Olvidáis que he sido alguacil?

A la hora que le había indicado, Diego estaba en la calleja. No sabía cuál era la casa. Pero instantes después el *Lupino* salió de una de ellas. Llevaba un morral al hombro, como los que usaban los cazadores.

—Dios os guarde, don Diego.

—También a vos.

—Os agradezco que hayáis venido.

—Si vais a darme una noticia de interés, el agradecido soy yo.

—¿Apetece vuesa merced un chocolate?

—He oído decir que es una bebida que vigoriza.

El *Lupino* no ocultó una sonrisa.

—Pues, si no os importa que os vean conmigo, hay una botillería…

—Vamos.

Se acomodaron en una mesa y el *Lupino* pidió dos tazas de chocolate.

—Como decís, es vigorizante y algunos se toman un par de tazas para… Bueno, ya sabéis para qué. En…, en mi casa lo prepara la

Fogosa.

—¿Conoce la receta?

—La conozco yo. Me la enseñó mi padre, que la aprendió de los monjes de un monasterio cercano a Calatayud. Lo preparaban añadiéndole azúcar, canela y vainilla para quitarle el amargor.

—¿Qué hacía vuestro padre en ese monasterio?

—Entallar un retablo.

—¿Vuestro padre era entallador?

—¡El mejor del reino! ¡Lo llamaban de todas partes!

En aquel momento llegó una moza con las tazas de chocolate.

—¡Tengan vuesas mercedes cuidado! ¡Está muy caliente!

Mientras saboreaban aquel líquido oscuro y espeso que, según decían, era la bebida de los dioses, el *Lupino* comentó:

—Tengo noticias del sujeto cuyo sombrero adornan tres plumas.

Diego contuvo la respiración.

—¿Qué queréis a cambio?

—Nada.

Lo miró fijamente.

—¿Dónde está la trampa?

—No hay trampa. Ese malnacido apareció hace dos días por mi casa. Después de perder a los dados una suma importante, estaba fuera de sí. Se encerró con la *Mohínes*. Es algo que hacen muchos para desahogarse, pero en lugar de follársela, le dio una paliza. No la mató porque llegamos a tiempo. La pobre está muy maltratada. Es posible que no pueda volver… a trabajar. Tiene la cara marcada con dos tajos. Le han dado ocho puntos.

Diego dio un sorbo a su chocolate.

—Si eso fue hace dos días, ¿por qué habéis esperado hasta hoy para decírmelo?

—Porque hasta ayer no lo supe. Cuando la *Mohínes* empezó a gritar, entramos en la camareta y ese sujeto salió huyendo aprovechando el revuelo que se organizó. Pese a que eran las dos, avisamos a un barbero para que cosiera las dos rajas que ese canalla le había hecho. Su sombrero quedó oculto, bajo el catre de la camareta —el *Lupino* sacó del morral un sombrero. Era de alas anchas y lo adornaban las tres plumas—, y nada más verlo, me

acordé de vos. He hecho alguna indagación antes de escribiros el billete.

—¿Lo ha escrito vuesa merced?

La letra del billete tenía una caligrafía más que aceptable. No le cuadraba que lo hubiera escrito un sujeto como él.

—Como ya os dije en otra ocasión, sé algo de letras y números. Mi padre nos obligó a mi hermana y a mí a aprender. Los dos sabemos leer y escribir.

Diego se acarició el mentón.

—¿Qué sabéis de ese sujeto?

—Que se llama Inchausti y es un consumado espadachín que hace algunos encargos… Ya me entiende vuesa merced.

—Mejor me lo aclaráis.

—Ha ajustado cuentas, rompiendo algún brazo, una pierna o dado alguna cuchillada, por cuenta de algún marido cornudo y pusilánime. Ha logrado que se satisfagan deudas difíciles de cobrar y ha matado por encargo.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Como ya he dicho a vuesa merced en otra ocasión se dice el milagro, pero no el santo. Sabed que en un negocio como el mío se oyen muchas cosas. Más de las que os podáis imaginar. Os diré algo más porque vos sois persona de la que puede uno fiarse. Se dice que ese Inchausti fue el que atravesó con su espada a don Juan de Escobedo y que ha estado perdido muchos meses por eso.

—Eso que decís es muy grave. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tengo entendido que se las entiende con una viuda que vive cerca de la Puerta de Toledo, por donde está el matadero.

XLVI

En Lisboa se vivían jornadas de patriotismo. La llegada de don Antonio, que se instaló en el *Palacio da Ribeira* que, en su condición de rey proclamado, era el lugar que correspondía a su residencia, hizo que, principalmente entre las clases populares, se desbordara la euforia. Las calles eran recorridas por grupos de hombres armados que le profesaban su fidelidad y se mostraban dispuestos a la lucha contra los españoles. En las plazas del Comercio y del Rossio se concentraban grupos de hombres que entonaban canciones en las que se animaba a la lucha. Otros, discretamente, se mostraban preocupados, la proclamación como rey de Felipe II, a quien consideraban con los mejores derechos después de que la duquesa Catalina de Braganza hubiera renunciado a los suyos, supondría evitar grandes problemas. Pese a las aclamaciones populares, corrían rumores de que las tropas que mandaba el duque de Alba avanzaban sin grandes resistencias y que una poderosa flota española se aproximaba al estuario del Tajo.

No eran pocos los que esperaban un pronunciamiento de las Cortes, que habrían de ser convocadas de nuevo, porque las reunidas en Almeirim se habían disuelto. Los menos se aferraban a la idea de que don Sebastián estaba vivo, aunque esas expectativas, muy grandes en los meses siguientes a la derrota de Alcazarquivir, se iban desvaneciendo. Si don Sebastián no hubiera perecido en la batalla, habría dado señales de vida en los dos años transcurridos desde aquel desastre.

La llegada a Lisboa de las tropas que habían abandonado Setúbal dio lugar a una fuerte discusión entre los consejeros de don Antonio.

—No podemos decir que se trata de la guarnición de Setúbal. ¡Eso haría público que se han retirado antes de hacer frente a los españoles! ¡Causaría desánimo entre los nuestros! —El prior estaba encolerizado.

—Señor, pensad que la verdad, antes o después, termina conociéndose —indicó un clérigo de edad avanzada.

—Podríamos decir que se trata de tropas que vienen a sumarse al grueso de nuestro ejército —propuso el conde de Vimioso—, sin decir que formaban parte de la guarnición de Setúbal.

—Ya corre el rumor de que Setúbal ha capitulado y está en poder de los españoles —dijo el clérigo.

Unos golpes en la puerta impusieron un momentáneo silencio.

—¡Entrad! —ordenó don Antonio.

Era don Luis de Botelho, hermano de don Diego, el gobernador de Setúbal. Tenía el rostro congestionado y la respiración agitada.

—Disculpadme, señor. Pero… —Necesitaba respirar.

—¿Qué ocurre?

—La flota enemiga ha sido divisada cerca de la punta de São João. Es necesario tomar disposiciones urgentes. Hay otra noticia.

—¡Hablad!

—Los españoles se han apoderado de Coina. No llegará el bizcocho para nuestro ejército.

Don Antonio dio un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Que la flota proteja Lisboa!

En la ribera izquierda del Tajo los acontecimientos se precipitaban.

Sancho Dávila, al apoderarse de las grandes cantidades de bizcocho que habían salido de los hornos de Coina y estaban preparadas para ser transportadas a la otra ribera, asestaba un duro golpe al enemigo. Aquello era un importante contratiempo para la intendencia del ejército portugués, ya que el bizcocho, por su tratamiento y forma de cocción, suplía al pan con la ventaja de su mayor duración en condiciones de poder ser comido.

El duque de Alba, tras tomar posesión de Setúbal en nombre de Felipe II, marchó hacia la costa en el momento que tuvo noticia de que la flota del marqués de Santa Cruz estaba a la entrada del estuario del Tajo.

En dos días, las tropas llegaban adonde estaban fondeadas las naves españolas. No iba a resultar una operación fácil transportar a tantos miles de hombres, sus bagajes, la impedimenta y las piezas de artillería.

El veintiocho de julio se vieron Alba y Santa Cruz y se convocó un consejo de guerra. Alrededor de una mesa, sobre la que había desplegados varios mapas, estaban el duque, el marqués y todos los maestres de campo.

—Estamos aquí —señaló Sancho Dávila.

—En esa ensenada están las galeras —indicó Santa Cruz.

El duque se acariciaba la barba.

—En ese caso, si a vuestra excelencia la parece bien —el duque miró al marqués—, comenzaremos a embarcar las tropas esta misma tarde.

Santa Cruz asintió y, antes de la puesta de sol, quince mil hombres estaban a bordo del medio centenar de galeras, una veintena de naos y los dos galeones portugueses que se habían rendido. Al día siguiente, se embarcaron los bastimentos y la artillería en las carracas. El destino era una playa, al otro lado del estuario, llamada Laje do Ramelo, protegida por dos promontorios montañosos. Estaba a menos de dos leguas al oeste de Cascais.

Unos pescadores avisaron al alcaide del castillo de Cascais, que acudió con unos trescientos jinetes y cerca de tres mil hombres a pie —muchos de ellos campesinos y artesanos que era la primera vez que tenían un arma en sus manos— para ocupar aquellos promontorios y dificultar el desembarco.

Los barcos, para no embarrancar, no pudieron acercarse a la playa.

—¡Echad anclas! ¡Asegurad las bordas! ¡Botes al agua! —ordenaban los maestres.

—¡Doce hombres por bote con sólo lo imprescindible!

Se necesitarían muchas horas para completar el desembarco. Poco después de iniciarlo, los portugueses lanzaron una lluvia de fuego, virotes y flechas sobre la playa. También disparos de falconetes.

Los galeones, cuya potencia de fuego era mayor, se acercaron todo lo que pudieron a la playa, a riesgo de embarrancar.

—¡Preparad las culebrinas y los medios cañones!

Poco después, desde los barcos, se abría fuego contra las posiciones portuguesas. Los botes se acercaban a la playa bajo el fuego cruzado y uno de ellos fue alcanzado por el fuego enemigo. La mitad de los hombres se ahogaron y la otra mitad ganó la playa a nado. Los primeros contingentes desembarcados lograron establecer una cabeza de puente y cerrar un perímetro para facilitar el desembarco de sus compañeros.

—Hay que ocupar esas alturas. —El maestre Niño de Guevara, que ya había desembarcado, señaló los promontorios desde donde disparaban los portugueses—. Tomad los hombres que necesitéis y atacad —ordenó a dos de sus capitanes—, desde aquí os cubriremos con los falconetes y la artillería de los barcos.

El asalto a aquellas posiciones fue rápido. La potencia de fuego desplegada por los españoles facilitó el ataque. Una hora después, los portugueses se habían retirado y, sin mayores problemas, aquella tarde, antes de que se pusiera el sol, el ejército español estaba en la ribera norte del Tajo.

Al día siguiente, primero de agosto, los tercios se lanzaban al asalto de Cascais. La resistencia portuguesa en los primeros momentos fue enconada. Pero cuando los españoles lograron llegar a los adarves, la plaza cayó rápidamente en sus manos. Pese a las advertencias y los ejemplares castigos, algunos soldados, principalmente lansquenetes alemanes, saquearon tabernas y mesones.

—Excelencia, algunos hombres ha desobedecido las órdenes de no saquear.

—¿Ha sido cosa grave?

—No, señor. Algunos robos en tabernas y mesones.

—Advertid a la tropa que no permitiré más acciones de esta clase. Pero no es malo que los lisboetas tengan miedo a lo que pueda

ocurrirles si no entregan la ciudad. La advertencia es, principalmente, porque ha de mantenerse la disciplina y cumplir las órdenes.

Lo acordado con Santa Cruz era avanzar sobre Lisboa y hacerse con los fuertes que defendían el estuario, cuya artillería podía causar mucho daño a la escuadra. Al mismo tiempo, los barcos del marqués se adentrarían en el estuario, buscando a la flota portuguesa, que se mantenía al fondo y contaba con la protección de la artillería de las defensas de tierra.

Ana de Austria estaba nuevamente embarazada. Eso hacía que la reina no acompañase a su esposo a muchos de los agasajos con que los obsequiaban en Badajoz. Acudía todos los días al convento de las clarisas, que estaba bajo la advocación de santa Ana, y allí oía misa. Con frecuencia departía con la priora y algunas monjas, paseando por sus patios y jardines.

—Tenedme muy presente en vuestras oraciones.

—Dios Nuestro Señor hará que vuestra majestad tenga un alumbramiento feliz.

—Tomad —bastó una mirada de la reina para que una de sus damas le entregase una bolsilla con una generosa limosna—, para unas misas.

—Gracias, majestad. El capellán las aplicará por vuestra voluntad.

—Que pida por nuestras tropas que están en Portugal.

—Majestad, nuestro ejército alcanzará la victoria porque lucha por una causa justa. Una de nuestras hermanas ha tenido una visión en la que ha visto al rey como dueño de ese reino. Nos lo ha descrito con detalle, al padre capellán y a mí.

—¿No será cosa del demonio?

—Eso temimos en un primer momento y el capellán informó de ello a un miembro del Santo Oficio.

—¿La Inquisición ha intervenido?

—La hermana fue sometida a un interrogatorio por un teólogo y dos inquisidores y nada hallaron que fuera condenable. Lo único que nos impusieron fue discreción. No sé si me he excedido al

comentarlo a vuestra majestad. Pero esa visión nos ha producido tanta alegría…

—Me gustaría hablar con ella.

La priora ordenó a una de las monjas:

—Decid a sor María Elena del Espíritu Santo que venga.

—¡Aguardad un momento! —La detuvo la reina—. Deseo que en ese encuentro esté también presente el rey, mi señor.

—Como vuestra majestad diga. —El semblante de la priora se había ensombrecido. Aquello se le podía ir de las manos.

—Os enviaré un billete, señalando fecha y hora.

Aquella misma tarde un caballero entregó un mensaje a la priora. Al día siguiente Felipe II acompañaría a su esposa a misa y después tendría lugar el encuentro con sor María Elena del Espíritu Santo.

La misa se celebró con una solemnidad mayor que la habitual porque la presencia del rey había llevado a numerosos cortesanos, que se sumaban a las damas que acompañaban cada día a doña Ana. Aquello puso nerviosa a la priora, que comprobaba cómo un asunto que habían llevado con toda discreción podía tener una difusión no deseada.

El capellán impartió su bendición final cuando concluyó la misa:

—*Ite missa est*.

Se produjo el revuelo habitual y la iglesia se llenó de comentarios que giraban en torno a las noticias que se tenían de Portugal. Los reyes se dirigieron al locutorio, cuya reja fue abierta para que pasasen a una zona que formaba parte de la clausura conventual.

—Majestad… —La priora se inclinó ante el rey.

—Alzaos, hermana, alzaos.

La monja visionaria los esperaba en una celda. Era joven, aunque el hábito y las tocas dificultaban determinar su edad. La priora y el capellán acompañaban a sus majestades, que se acomodaron en unos sillones frailunos a los que se había colocado unos cojines para hacerlos algo más cómodos. Fue don Felipe quien le preguntó:

—Me han dicho que tenéis visiones acerca de acontecimientos venideros. ¿Es cierto?

—Así es, majestad —respondió con un hilo de voz.

—¿Hace mucho que tenéis esas visiones?

—Cosa de un año, señor. —Las palabras le salían con dificultad.

—Sosegaos, hermana, sosegaos.

—Es que estoy muy nerviosa, majestad.

El rey vio que en una mesita habían dispuesto unas copas, una jarra con agua y otra con limonada.

—¿Os apetece un poco de limonada?

—Si fuera posible, un poco de agua.

—Desde luego. —Con un gesto, el rey detuvo al capellán y fue él quien sirvió el agua y se la ofreció. Apenas pudo balbucear unas palabras de agradecimiento.

—¿Cómo ocurrió la primera vez?

Después de beber su voz sonó diferente.

—Estaba en mi celda, orando, y de repente una luz lo llenó todo y tomó forma la figura de la hermana sor Rosario, que se despidió de mí. Me decía que Dios Nuestro Señor la llamaba. Asustada, porque aquello no era imaginación mía, le pregunté que me dijera cómo era posible que me hablara. Sólo me respondió que rezase mucho por ella. Al día siguiente por la tarde enfermó de tal gravedad, que no llegó a la noche.

Doña Ana miraba alternativamente a ella y a la priora.

—¿Comentasteis con alguien vuestra visión?

—Aquella misma tarde se lo dije al padre Bartolomé. —La monja miró al capellán.

Felipe II lo interrogó con la mirada.

—Así es, majestad. La hermana me lo dijo la víspera que se produjo el fallecimiento de sor Rosario. Aquello nos alarmó y se lo comunicamos a la reverenda madre. Decidimos mantenerlo en secreto. Pero unas semanas después la hermana María Elena me dijo que había tenido otra visión.

—¿Qué visteis? —le preguntó don Felipe.

—Hace cuatro meses, vi la muerte de la hermana Catalina. Falleció pocos días después de que se lo dijera a la priora.

Felipe II miró a la superiora, que asintió con un movimiento de cabeza. También asentía el capellán.

—¿Queréis explicarme la última de vuestras visiones?

—Ahora sé que a quien vi erais vos…

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que no os conocía, señor. Pero, ahora que os veo, sé que fue a vuestra majestad a quien vi entrar en Lisboa como rey.

La monja tenía el rostro acalorado, casi congestionado. El rey volvió a ofrecerle agua, pero no llegó a coger la copa porque se desmayó.

Aquella noche, al concluir los postres, el rey preguntó a su esposa:

—¿Qué pensáis de lo que dice esa monja?

Doña Ana, antes de responder, se mojó los labios en el cordial que solía tomar después de la cena.

—Me ha parecido persona sensata. Si bien esto ha de tomarse con cautela, parece que ha acertado en sus visiones anteriores.

Felipe II creía en aquellas visiones. Había vivido muy de cerca la que Nostradamus había tenido, hacía algo más de veinte años, sobre la muerte del rey de Francia. Había escrito una cuarteta que el rey conocía de memoria, en la que decía que «el león joven contrarrestará al león viejo en el campo de batalla, luego en una jaula de oro le sacará los ojos y el león viejo morirá una muerte cruel». Había tenido aquella visión antes de que Enrique II muriera, entre grandes dolores, al ser herido en un torneo que se celebraba con motivo de la boda de Felipe II con Isabel de Valois. La visera de la celada del rey, que tenía ranura para ver, fue atravesada por la lanza del conde de Montgomery y se clavó en su ojo, penetrando en la cabeza. Los médicos no pudieron hacer nada por su vida. Llegaron a matar a cuatro malhechores, condenados a muerte, para explorarles el cerebro y ver si había alguna solución para el rey. Tampoco Vesalio, que don Felipe envió, desde Bruselas, para atender a su suegro, que llegó cuando ya había fallecido.

—Sabéis que esas visiones me interesan.

—Pues, alegraos, mi señor, de que os ha visto entrar en Lisboa como soberano.

—Dios os oiga.

XLVII

El prior organizó sus tropas —muchos eran artesanos y campesinos con escasa instrucción militar a quienes se les había entregado armas— y se preparó para salir de Lisboa e ir al encuentro de los españoles. Cuando, con armadura de combate y acompañado por más de medio centenar de caballeros, apareció en la puerta del *Palacio da Ribeira*, fue aclamado:

—¡Viva el rey!

—¡Viva don Antonio!

—¡Viva Portugal!

Subió a un entarimado, acompañado por alguno de los caballeros más significados y varios clérigos, y arreciaron los vítores. Desde allí arengó a sus tropas:

—Hoy es un día de los que quedarán marcados en la historia de nuestra patria. ¡Acudimos a salvarla de un ejército extranjero que hoya nuestras tierras, ocupa nuestras ciudades y quiere imponernos a un rey tan extranjero como quienes integran ese ejército! ¡No permitiremos que entren en Lisboa!

—¡Jamás! —gritaban los soldados enardecidos.

—¡Luchamos por la defensa de nuestras libertades! —gritó don Antonio—. ¡Luchamos por la independencia de nuestra tierra!

—¡Lucharemos!

—Recordad Aljubarrota, majestad —le susurró al oído uno de los clérigos.

—¡No es la primera vez —prosiguió— que hemos tenido que hacer frente a los castellanos! ¡Hace doscientos años intentaron

someternos y les dimos su merecido en Aljubarrota!

Aquella palabra tuvo el efecto de un talismán.

—¡Aljubarrota! ¡Aljubarrota! ¡Aljubarrota! —repetían los hombres con creciente entusiasmo.

La muchedumbre, que llenaba las calles adyacentes a la plaza del Comercio y la *Ribeira das Naos*, al oír aquel grito, sumó sus voces a las de los soldados. Parecía que la tierra temblaba porque empezaron a redoblar los tambores enardeciendo más a la gente.

Don Antonio ya no pudo seguir hablando. No era necesario porque su arenga había conseguido el efecto deseado, y, mientras el griterío arreciaba, montó en su corcel acompañado de los caballeros. Tras ellos, marcharon las tropas en medio de los aplausos y gritos de ánimo de la muchedumbre que se agolpaba hasta cerca de la torre de Belém. También se soltaron algunas lágrimas. Eran las madres y esposas de artesanos y campesinos que se despedían de sus hijos y maridos, sin saber si volverían a verlos. Pese a las alusiones a Aljubarrota, tenían presente el desastre en Alcazarquivir.

Un anciano, con la cabeza casi monda, la boca desdentada y la piel arrugada como una pasa, escupió el bolo de tabaco y comentó en voz baja:

—Esto va a ser otra carnicería como la de hace dos años.

—¡Padre! —lo reprendió una moza que sujetaba de la mano a un niño de ocho años que quería ir con su padre a luchar contra los españoles.

Al apagarse los aplausos y gritos de ánimo, cuando sólo se oía el redoble de los tambores y las pisadas de los hombres o de los cascos de los caballos, empezaron a correr los rumores.

—He oído decir que el castellano de Sintra ha rendido la fortaleza.

—¡Eso son mentiras para minar nuestra moral!

—¡Mirad, mirad! —Un hombre armado con una pica señalaba hacia el estuario del Tajo.

—¡Son barcos nuestros! —exclamó una mujer, alborozada.

Una docena de barcos navegaba en la misma dirección en que ellos marchaban.

—¡Su artillería nos protegerá cuando encontremos al enemigo!

—He oído decir a un alférez que los castellanos están atascados. Los ha frenado la artillería de San Julián de Barra. Esos barcos van en su ayuda.

Era cierto que el alcaide de aquella fortaleza, protegido por sus poderosas murallas y los numerosos cañones que la artillaban, se había negado a entregarla y rechazaba los ataques de los españoles.

A bordo de la *Santa María del Mar*, don Álvaro de Bazán impartía órdenes. La escuadra, a cuya vanguardia iban por su mayor potencia de fuego las carabelas, se adentraba en el estuario, pero el viento era débil.

—Excelencia, apenas avanzamos y cuando el estuario se estreche y estemos al alcance de sus baterías de costa seremos un blanco fácil.

Santa Cruz asintió.

—Hemos de cambiar nuestra posición. ¡Que anclen las naos y las carabelas! ¡Adelante las galeras! ¡Que los remeros hagan su trabajo! ¡Preparad toda la artillería y eliminad obstáculos! ¡Que se recojan las velas! ¡Atacaremos con las galeras en vanguardia y los buques de más porte a retaguardia!

Antes de que se impartieran las órdenes, sopló una ligera brisa y llegó a Santa Cruz noticia del movimiento de la escuadra portuguesa.

—Excelencia, una docena de barcos enemigos ha acudido en ayuda de los que resisten en San Julián de Barra. Están a poco más de cuatro millas. Si aprovechamos la ligera brisa que se ha levantado…

El marqués supo que era lo correcto.

—¡Preparad la artillería! ¡Adelante naos y carabelas! ¡En cuanto estén a tiro, abrid fuego!

Dos horas después se libraba una escaramuza en el estuario. Con los primeros disparos de los españoles, los barcos portugueses se dispersaron. Los efectos sobre los defensores de la fortaleza fueron demoledores.

—¡Se retiran los nuestros!

El alcaide, desde la muralla, acompañado por su alférez, contempló cómo la flota portuguesa se retiraba hacia Lisboa.

—Esto pinta mal. Sin su apoyo, nuestras posibilidades de resistencia son escasas.

—Señor, el ejército ha salido de Lisboa —señaló el alférez—, estará aquí en un par de días.

El alcaide, con muchos años de servicio a sus espaldas, miró al alférez.

—¿Llamáis ejército a la tropa que viene con el rey?

—Señor…, ¡es nuestro ejército!

—No os equivoquéis. Lo que viene son campesinos y artesanos a los que se ha dado una pica, una espada o un arcabuz. ¡Jamás han peleado! Han prometido la libertad a todos los esclavos negros que hay en Lisboa y les han dado un arma para que se enfrenten a los tercios, y ya habéis visto cómo luchan. Son veteranos, disciplinados en el combate, y están bien armados.

No andaba desencaminado el alcaide. Pasada la euforia que había supuesto la salida de Lisboa, a muchos de aquellos hombres los invadía el temor. Hacer frente a un general como el duque de Alba y sus temibles tercios de infantería era algo muy diferente a sentirse aclamado por una muchedumbre. Tras la primera noche, la confusión y el desánimo se habían apoderado del campamento del prior.

—Alteza, muchos han desertado —informaban a don Antonio.

—¿Cuántos?

—Cerca de dos mil.

—¡Como es posible que tantos…! —respondió encolerizado.

—Señor, son gentes atemorizadas. No saben a lo que van a enfrentarse y el miedo a lo desconocido es el peor de todos.

—¡La vigilancia ha de estrecharse! ¡Los centinelas han de estar alerta!

—Es que muchos de los desertores eran los centinelas.

Llegó un oficial, acalorado y con el semblante contraído.

—Disculpad, señor…, los esclavos están huyendo en masa.

—¡Santo Dios! —Don Antonio dio un fuerte golpe en la mesa y se hizo un silencio incómodo.

Fue el conde de Vimioso quien lo rompió:

—Majestad, en estas condiciones, es mejor replegarnos.

—¿Regresar a Lisboa? ¡Jamás! ¿¡Os imagináis el espectáculo!?

—Replegarnos, señor, no supone hacerlo hacia Lisboa. Podemos ir hacia Alcántara. —Señaló el lugar en el mapa que había desplegado sobre la mesa—. Allí tomaríamos posiciones y esperaríamos al enemigo.

Poco después el ejército se ponía en marcha hacia Alcántara. No pocos pensaban que aquella decisión sólo iba a posponer lo que parecía inevitable.

La guarnición de San Julián de Barra ofreció una dura resistencia. Los bravos soldados lusitanos aguantaron los embates de los españoles durante seis días. Para evitar la carnicería que supondría un asalto, su alcaide envió un mensaje al duque de Alba, que había llegado la víspera ante aquella fortaleza.

—Excelencia, un oficial portugués, a quien acompañan dos hombres protegidos por una bandera blanca, han llegado al campamento. Dice que trae recado del alcaide y pide veros.

—Aguardad. —El duque de Alba recompuso su figura—. Ahora hacedle pasar.

Era el alférez que, desde el adarve, había visto la retirada de los barcos portugueses. Al entrar, se descubrió a modo de saludo.

—Excelencia. —Hizo una inclinación de cabeza.

—Sed bienvenido —respondió el duque—. ¿Os apetece un poco de vino?

—Se você me acomphar?

Bastó una mirada del duque para que sirvieran las copas. Apenas se mojaron los labios.

—Decidme, ¿qué razón habéis de darme?

—Excelencia, el alcaide está dispuesto a capitular, si las condiciones que se le ofrecen son honorables.

Alba se acarició su larga barba.

—¿Qué entiende el alcaide por honorables?

—Aquí están consignadas. —El alférez le entregó un pliego.

El texto era breve. Entregaría la fortaleza si la guarnición salía con honores, portando armas y acompañados de sus familias y de quienes quisieran marcharse.

—Os importa aguardar fuera. Sólo será un momento.

Alba comentó el contenido de la nota.

—Excelencia, se han batido con honor —señaló Sancho Dávila—. Se les debe permitir salir de la plaza con honores.

—Soy de la misma opinión —afirmó Niño de Zúñiga.

Todos asintieron y el duque ordenó que entrase el alférez.

—Decid al alcaide que aceptamos la capitulación en los términos que propone.

Cuatro horas más tarde, con banderas desplegadas, los defensores, con el alcaide a la cabeza, salían de San Julián de Barra. Eran tres centenares de hombres. Los acompañaban, subidos en una docena de carretas, mujeres y niños, y varias docenas de paisanos que preferían marcharse a quedar bajo el dominio de los castellanos. Llevaban muchas de sus pertenencias.

Los españoles les habían abierto paso, dejando despejado el camino hacia Lisboa. Desfilaron en medio de un silencio que ponía de manifiesto el profundo respeto que se tenía a quienes se habían batido con honor.

XLVIII

En Badajoz, Felipe II seguía pendiente de las informaciones que a diario le llegaban de Portugal.

La campaña militar marchaba según el plan previsto, pero se habían producido, pese a sus indicaciones y a las disposiciones tomadas por el duque de Alba, actos de indisciplina que iban en contra de sus planteamientos.

En su última carta, Moura señalaba que algunos actos de pillaje y el saqueo de Cascais no favorecían sus intereses.

Sacra, Católica y Real Majestad:

Lisboa, a once días del mes de agosto del año de Nuestro Señor de mil y quinientos ochenta.

Majestad, es mi primer deseo que vuestra majestad y la reina, mi señora, se encuentren con buena salud. Los acontecimientos en esta ciudad se precipitan. La plebe sigue mostrado un desmedido entusiasmo por el prior de Crato. Sus partidarios agitan el ambiente, según sus intereses. Las noticias que nos llegan es que la superioridad militar de las tropas de vuestra majestad, tanto en tierra como en mar, es aplastante y van consiguiendo todos sus objetivos. He de poner en vuestro conocimiento que perjudican mucho algunos actos de indisciplina cometidos por tropas incontroladas que, en Cascais, ha sido un grave saqueo, como si se tratara de una plaza de infieles. Las pérdidas de vidas y bienes son magnificadas por los agentes del prior porque así conviene a sus intereses.

Vuestra majestad conoce los grandes trabajos realizados por el embajador y por mi persona para sumar voluntades a su legítima causa. Estas acciones la entorpecen y empañan. Si vuestra majestad lo tiene a bien, sería deseable concertar un encuentro entre el duque de Alba y el prior para tratar de hacerle entrar en razón y hacerle ver la inutilidad de una lucha que sólo trae consecuencias no deseadas para este reino. Igualmente, puesto a los pies de vuestra majestad, os pido que sería de todo punto conveniente que vuestra majestad insistiera en las órdenes dadas al duque para que se extreme la vigilancia y se mantenga en todo momento la disciplina.

Besa vuestra real mano y queda a la espera de lo que vuestra majestad tenga a bien disponer

Cristóbal de Moura

El rey, que se encontraba en mangas de camisa —aquel mes de agosto estaba siendo particularmente caluroso—, dio un sorbo a la copa de aloja con que se refrescaba. Tomó un cálamo y escribió de su puño y letra la respuesta a Moura y una carta al duque de Alba. Decía a Moura que le parecía muy acertado lo de concertar un encuentro con el prior, dejando claro que se llevaría a cabo para que depusiera su actitud y lo acatase como legítimo rey de Portugal. Al duque le escribía en términos muy estrictos, ordenándole que cumpliera a rajatabla las instrucciones que le habían sido dadas en todo lo referente a la disciplina de las tropas:

Tomará vuestra excelencia todas las medidas, incluidas las más severas, para poner fin a los robos y saqueos que algunas tropas, haciendo gala de una indisciplina intolerable, han practicado, como si las ciudades de ese reino fueran de infieles. Vuestra excelencia ha de tener presente que se trata de nuestros súbditos y una de vuestras principales obligaciones es dispensarles protección. El esforzado trabajo para ganarnos la voluntad de esos vasallos no ha de ponerse en cuestión por actos inadmisibles, contrarios a las órdenes que vuestra excelencia ha recibido.

En cuarenta y ocho horas, los correos llegaban a su destino, salvando las cuarenta y dos leguas que separaban Badajoz de Lisboa. Moura, que se movía en la capital portuguesa como pez en el agua, no perdió un instante para que el encuentro entre el prior de Crato y el duque de Alba se celebrase lo antes posible.

—¡Que preparen el carruaje! —ordenó—. ¡Quiero salir en diez minutos!

—Todo estará dispuesto, señor.

Subió a su carruaje e indicó al cochero:

—¡Al monasterio de los Jerónimos!

El impresionante edificio se alzaba donde estuvo la ermita de Restrelo, dedicada a Santa María de Belém. Allí oraban los marinos portugueses en vísperas de sus viajes. Allí había estado toda la noche, junto a su tripulación, Vasco da Gama la víspera del viaje que culminaría con la apertura de una ruta hasta las Indias, siguiendo la costa africana.

Moura aguardó al abad en una salita amueblada de forma austera, pero con gusto. En una de sus paredes colgaba un lienzo dedicado a la gran aventura ultramarina de los marinos portugueses.

—Paternidad —Moura besó la mano que le ofrecía—, os agradezco que, sin solicitarlo previamente, me hayáis recibido.

El abad era persona entrada en años, de estatura elevada, muy delgado, con el rostro surcado por arrugas y su escaso pelo era completamente blanco. Tenía fama de austero y fino moralista. A diferencia de otras órdenes que mostraban sus simpatías por el prior, los jerónimos se habían mantenido al margen. Era la razón por la que Moura había acudido allí.

—Es un honor recibiros. ¿Cuál es el motivo de vuestra visita?

—Pediros un favor.

—Si está en nuestras manos…

—Vivimos tiempos recios. No necesito explicároslo.

—Complicados, hijo, complicados y agitados desde el desastre de Alcazarquivir y la muerte de don Sebastián.

—Su majestad, don Felipe, me ha pedido organizar un encuentro entre don Antonio y el duque de Alba para evitar los males que se

derivarían de una gran batalla. Este sería un buen lugar para ese encuentro, que habría de organizarse con toda discreción.

—¿Cuándo sería?

—Lo primero que he hecho al recibir el encargo de su majestad ha sido venir a veros. Ahora he de buscar que ese encuentro sea posible. No habrá problemas con el duque, lo manda su rey. Pero con el prior… Si lo consigo, será lo antes posible, paternidad. Las tropas del duque de Alba avanzan y el ejército de don Antonio… Se trata de evitar esa batalla.

El abad asintió.

—Disponed de esta casa.

—Quedo en deuda con vuestra paternidad. —Moura besó su mano y abandonó el monasterio. Era preciso ganar las horas.

El duque de Alba montó en cólera cuando recibió la carta de Felipe II. Los desmanes cometidos por la indisciplina de algunas de sus tropas eran una reconvención para él.

—Su majestad sabe que es imposible controlar a miles de hombres cuando se entra en una ciudad. ¡Los soldados no son frailes franciscanos! ¡Contener a las tropas no es tarea fácil y menos aún cuando han visto cómo algunos compañeros han perdido la vida! ¡Esto, aunque su majestad pretenda otra cosa, es una guerra, y se desatan las pasiones!

Sancho Dávila y Bermúdez de Santiso, veedor general del ejército, guardaban silencio. Las órdenes del rey eran taxativas, pero a don Fernando no le faltaba un punto de razón.

—Excelencia, tomaremos medidas —señaló Dávila.

—¡Pero han de ser eficaces! ¡Ejemplarizantes!

—Se intentará, pero, como habéis dicho, esto es una guerra.

—¡Los hombres han de saber que cualquier desmán se pagará con la vida! ¡Que los capitanes reúnan a las compañías y lo dejen claro!

Aquella tarde la orden de Alba era conocida por todos.

Al día siguiente, cuando el duque estaba con Sancho Dávila y varios maestres, llegó el maestre Argote.

—Señor, disculpad, pero es urgente.

—¿Qué es urgente?

—Un correo de Lisboa. Han de entregároslo personalmente. Es de don Cristóbal de Moura.

—¡Que pase!

El duque leyó la carta.

—Moura dice que, siguiendo órdenes del rey, ha concertado una cita con el prior. El día dieciocho, dos horas antes de la puesta de sol, en el monasterio de los Jerónimos en Belém.

—¿Piensa su excelencia asistir? —le preguntó Dávila.

Alba no dejaba de acariciar su barba.

—Es una orden del rey. Su majestad dice que, si el prior renuncia a sus pretensiones, lo acepta como su legítimo soberano y le jura lealtad, está dispuesto a olvidar todos sus desmanes.

—¡Yo no me fío de ese bastardo! —exclamó Dávila—. ¡No ha dejado de agitar a la plebe! ¡No nos tiene fe! ¡Sus agentes han exagerado lo ocurrido en Cascais y en algún otro lugar!

El maestre de campo general había puesto el dedo en la llaga. Lo que ocurría en el campo de batalla era clave para decidir el curso de la lucha, pero se estaba librando otra batalla no menos importante. La propaganda que cada uno de los bandos hacía de sus derechos iba a tener una gran importancia en los años siguientes. Los españoles eran conscientes de su superioridad en el campo de batalla, pero el relato de lo que estaba ocurriendo ganaba y quitaba voluntades.

—Soy del mismo parecer que don Sancho —afirmó Niño de Zúñiga.

—Yo tampoco me fiaría —apostilló el maestre Moreno.

—¡Pero la carta es de Moura! —El duque agitó el pliego que sostenía en su mano—. Si el prior ha aceptado reunirse, debemos ir a ese encuentro.

—¡Si ha aceptado acudir es porque pretende ganar tiempo!

—Pero si entrara en razón… Mi opinión es que su majestad, muy enfadado con los robos y saqueos, pretende jugar esa carta para evitar un asalto a Lisboa cuyas consecuencias serán graves. Acudiré a ese encuentro.

—Habrá que tomar precauciones para no encontrarnos con una sorpresa —señaló Argote.

Con antelación a la hora fijada, el duque llegaba a los Jerónimos. Su carruaje lo escoltaban un centenar de jinetes, mandados por Dávila. En la puerta principal aguardaban Moura, el abad y varios frailes. Los hombres de la escolta tomaron posiciones por si era necesario repeler algún ataque.

—Excelencia… —El abad ofreció su mano al duque.

—Paternidad… —Alba la besó y preguntó—: ¿Ha llegado el prior?

—Aún no; si su excelencia lo cree oportuno, pasemos al interior.

Entraron en el monasterio, cuyo enorme claustro de arcos rebajados estaba ricamente ornamentado con la M del rey don Manuel, elementos de navegación —cabos, esferas armilares, anclas…— y motivos religiosos.

Alba admiraba aquella joya labrada en piedra y el abad le explicaba algunos detalles.

—¿Quiere su excelencia visitar la iglesia? Es un templo muy hermoso.

—Veámoslo.

Era de grandes dimensiones. Sus bóvedas estaban sostenidas por pilares profusamente decorados.

—Esta es la tumba de don Manuel, el fundador de esta santa casa.

El sepulcro estaba sostenido por seis leones y sobre él la estatua yacente del monarca. Alba se detuvo ante la tumba de María, la hija de los Reyes Católicos, y, cuando salió al claustro, la tarde empezaba a declinar.

—El prior se retrasa.

—Había acordado con su secretario, Diego de Cárcamo —comentó Moura—, que la reunión sería en este lugar y a esta hora.

Dávila, inquieto por el retraso, había indicado a sus hombres que no bajasen la guardia. Si la noche se les echaba encima, el regreso sería peligroso. Transcurrió otra media hora sin que el portugués hiciera acto de presencia. La paciencia del duque llegó a su límite.

Pese a su edad mantenía un genio muy vivo y no se mordió la lengua:

—¡Es un malnacido! ¡Hace honor a su bastardía! Ni ha comparecido ni ha presentado una excusa. No aguardaremos más. ¡Regresamos!

Se despidió del abad y, antes de salir del monasterio, dijo a Moura:

—¡Difundid lo que vale la palabra de ese bastardo! ¡Es conveniente que se sepa la clase de sujeto que es!

Dávila dio instrucciones muy precisas a sus hombres:

—¡Nos volvemos! ¡Pendientes de los flancos! ¡Estad atentos! ¡Esto podría ser una encerrona!

Llegaron a sus líneas sin problemas. Moura regresó a Lisboa alterado, pese a ser hombre templado y habituado a superar los reveses habituales en las alturas del poder. Cuando llegó a su casa, al bajar del carruaje, vio dos sombras que surgían de la oscuridad. Echó mano a su espada. El criado que acompañaba al cochero en el pescante ya había saltado y empuñaba su acero.

—¡Teneos, señor! ¡Somos nosotros! ¡Aguardamos desde hace horas!

Se trataba de dos de sus agentes que le informaban incluso de lo que se decía en el mismísimo *Palacio da Ribeira*.

—¿Ocurre algo?

—El prior, como ya sabréis, no ha acudido a la cita. *Diógenes* nos avisó para que os advirtiéramos de que no acudiría, pero cuando llegamos ya os habíais marchado. Nos dio este pliego para vos.

El papel venía en cifra.

Moura despidió a sus hombres, se encerró en su gabinete y, usando la clave, desentrañó el galimatías que Diego de Cárcamo —quien utilizaba el seudónimo de *Diógenes*— le había mandado.

Don Antonio no acudirá a los Jerónimos. Teme que los españoles acaben con su vida, pese a las garantías que se le han ofrecido. Le han insistido para que asistiera porque en su ejército son conscientes de que nada tienen que hacer frente a los tercios, pero ha rechazado acudir.

Diógenes

Sin perder un instante, escribió a Cárcamo:

Lisboa, pasadas las diez de la noche de hoy que se cuentan dieciocho días del mes de agosto de mil y quinientos y ochenta años.

Apreciado amigo: lamento que don Antonio no compareciese en los Jerónimos para encontrarse con su excelencia, el duque de Alba, quien compareció, haciendo honor a su palabra. Allí hemos aguardado largo tiempo en espera de que don Antonio compareciese en él.

Se han esfumado las posibilidades de un acuerdo para evitar el derramamiento de sangre entre cristianos y que don Antonio ocupara un lugar en el gobierno de su majestad. Lamento que vuestros trabajos hayan sido inútiles y que el prior no haya acudido a la cita.

Dios guarde la salud de vuesa merced

Cristóbal de Moura

XLIX

Reunido con su Estado Mayor, el duque de Alba determinó atacar la torre de Belém para eliminar el último obstáculo para llegar a las murallas de Lisboa.

—Necesitaremos el apoyo de la escuadra —indicó el maestre Moreno—. Tenemos informes de que los portugueses han emplazado cerca de la torre media docena de barcos, varios de ellos galeones con gran potencia de fuego.

—Son conscientes de su valor —añadió Dávila—. Protege tanto la ciudad como el estuario. La defenderán con uñas y dientes.

—Me reuniré con Santa Cruz. Actuaremos de forma coordinada.

Aquella misma tarde, en una quinta que los vecinos del lugar llamaban Palacio de Amadora, se reunieron el duque y el marqués.

—Si vuestra excelencia ataca esos barcos y los priva del apoyo que puedan prestarle, todo será más fácil para nosotros.

—Ahora el viento sopla a nuestro favor y es posible que se mantenga así varios días. Los barcos están preparados.

—En ese caso, atacaremos mañana.

El veintitrés de agosto la escuadra de Santa Cruz atacó, pero, apenas intercambiados los primeros disparos, los galeones portugueses largaron velas y se dirigieron al interior del estuario. El alcaide de la Torre de Belém, Rodrigues de Sequeira, privado del apoyo naval, pidió capitular.

Salió de la torre un alférez portando bandera blanca y fue conducido a presencia del duque de Alba.

—Entregaremos la fortaleza, si se respeta la vida de la guarnición, que saldría a golpe de tambor y con banderas desplegadas, y se les permita marchar a Lisboa, con armas.

Alba se mostró conforme, salvo que quienes se marchasen lo hicieran con armas. El alférez, que tenía poder para negociar algunos detalles, aceptó. Aquella misma tarde la fortaleza quedaba en manos de los españoles.

Antes de que cayera la noche, el capitán Olavarrieta trajo noticias del ejército portugués, que se atrincheraba al otro lado de un arroyo llamado Alcántara.

Con sus maestres, en torno a un mapa, el duque organizó el ataque.

—Excelencia —Olavarrieta señalaba sobre el mapa el arroyo de Alcántara—, como a doscientos pasos hay una línea de trincheras que llega hasta aquí. En una segunda línea, más pequeña, se encuentra su caballería.

—¿Muchos jinetes? —preguntó Sancho Dávila.

—En torno a mil. Aquí, aquí y aquí está emplazada su artillería. Son una docena de cañones grandes y unos cuarenta, medianos y pequeños. Su infantería es numerosa. Yo diría que nos doblan, pero están mal armados y son gente poco hecha al combate.

Alba se acarició la barba.

—Atacaremos mañana. El ala derecha la formarán los tercios de Córdoba y Argote. En el centro estarán los de Enríquez, Zapata y Niño de Zúñiga, a su izquierda y derecha nuestra artillería. —Miró a Francés de Álava, quien asintió con ligeros movimientos de cabeza —. El ala izquierda, al norte de estos molinos, la dirigirán Dávila y Daza, y aquí la caballería que mandará Hernando de Toledo. Lanzaremos el ataque desde las alas y nuestra caballería tratará de envolverlos por aquí —señaló en el mapa— para tratar de cortarles la retirada. Tendremos que salvar el curso de ese riachuelo para llegar hasta las posiciones de su infantería que, según Olavarrieta, está atrincherada a unas doscientas varas al otro lado de su curso.

—Ese es un grave error —señaló uno de los maestres—. Aunque estemos a tiro, a doscientas varas sus arcabuces no son efectivos. Si se hubieran atrincherado más cerca nos podrían infligir mucho daño.

Olavarrieta miró al duque.

—¿Me permitís, señor?

—Hablad.

—Es cierto que se trata de un riachuelo casi seco, lo que favorecerá nuestro ataque. Pero las pendientes tienen mucha inclinación. El mejor punto para cruzarlo está aquí. En este puente.

—Será necesario tomarlo —indicó Niño de Zúñiga.

—No será fácil. Han fortificado estos molinos y esa casa. Según mis exploradores hay más de doscientos arcabuceros.

—Batiremos ese lugar con la artillería antes de lanzar a la infantería al ataque —señaló Álava—. Emplazaremos algunas piezas aquí y aquí.

—Si nos hacemos con ese puente y los desalojamos de esas casas, tendremos mucho ganado —sentenció el duque—. Disponedlo todo, pero no lanzaremos el grueso de nuestro ataque hasta que el sol no haya ganado altura, lo tendremos en contra y será su principal aliado. Sabed que el marqués de Santa Cruz atacará al amanecer a la escuadra enemiga y tratará de neutralizar la artillería de sus barcos. El principal problema es que con tan poca brisa tendrá problemas para lanzar debidamente su ataque.

La noche fue larga. Hacía calor, pero no tanto como el que en agosto se sufría en tierras más al interior. Una ligera brisa del Atlántico refrescaba algo el ambiente. Algunos hombres habían encendido pequeñas hogueras y en torno a ellas disimulaban el miedo. Pese a que se trataba de veteranos, con muchos combates a sus espaldas, en la víspera de una batalla el miedo hacía acto de presencia. Lo importante era dominarlo y, llegado el momento, vencerlo. Hablaban en voz baja mientras limpiaban los arcabuces o afilaban dagas y puñales, muy necesarios cuando se llegase al cuerpo a cuerpo. Los pellejillos de orujo y aguardiente pasaban de mano en mano y algunos sargentos recorrían el perímetro del campamento para comprobar que los centinelas estaban en sus puestos. No querían sorpresas.

Con las primeras luces del amanecer comenzaron los movimientos. Los cantineros repartieron raciones de cecina, tasajos de carne seca, bizcocho y queso, antes de distribuir el aguardiente. Era bueno

entrar en combate habiendo comido, pero con la digestión hecha. Las unidades, como los engranajes de una maquinaria, tomaron posiciones, según el plan diseñado.

A eso de las diez y media los cañones comenzaron a disparar, batiendo las posiciones enemigas. Los portugueses respondieron al fuego. Cerca del mediodía, cuando el sol estaba muy alto, dos compañías del tercio de Argote recibieron la orden de atacar para hacerse con el puente y establecer una cabeza de puente en la otra orilla, avanzaron sin dificultad.

—No me gusta este silencio —comentó un sargento al cabo de la escuadra que iba en vanguardia, formada por veteranos avezados.

—Tampoco a mí.

Los arcabuceros portugueses, atrincherados en los molinos y la casa próximos al puente, aguardaban órdenes. Apenas si respiraban, tenían las mechas encendidas y el primer disparo preparado.

—¡Quietos todos! ¡Aguardad a mi orden! —indicaba el capitán al mando, al ver que sus hombres se inquietaban ante el avance de los españoles.

Instantes después, desde las naos y los galeones portugueses, que mandaba don Gaspar de Brito, se comenzó a disparar. Una lluvia de fuego cayó sobre los españoles.

—¡A cubierto! ¡A cubierto!

—¡Dispersión! ¡Dispersión!

—¡Fuego! —gritó el oficial portugués.

Los disparos de los portugueses, concentrados sobre la enfilada del puente, causaron numerosas bajas a los españoles, que buscaban resguardarse, tras un árbol, una piedra o un accidente del terreno. Las bombas lanzadas desde los barcos hacían mucho daño, pero eran los arcabuceros portugueses quienes causaban mayores problemas.

La artillería española batió de nuevo las posiciones portuguesas para proteger a los infantes que estaban pasándolo mal.

Francés de Álava repetía las mismas órdenes una y otra vez:

—¡A los molinos y a la casa! ¡Batid los molinos! ¡Maldita sea! ¡Batid la casa! ¡Que no pueden asomar la nariz!

Fue media hora en medio de la humareda y el polvo que levantaban los proyectiles. Había que afinar la vista para ver a pocas varas. Dos escuadras de la compañía de Acuña reptaban lentamente hacia el puente, ganando palmo a palmo. Los hombres se arrastraban, pegados al terreno, aprovechando la polvareda y el humo.

—¡Si nosotros no vemos, ellos tampoco! ¡No os detengáis! ¡Sin parar! ¡Sin parar! —ordenaban los cabos a la veintena de hombres que se esforzaba por alcanzar su objetivo.

Desde el mar llegaba el estruendo de los cañones, pero el ruido empezó a tener ecos diferentes. Poco a poco, disminuía el número de bombas que caían. Muy pronto se corrió la voz.

—Nuestra escuadra ha llegado. Los cañones de Santa Cruz están castigando a los barcos portugueses. ¡Tenemos que darnos prisa y llegar cuanto antes al puente! ¡Vamos a perder la protección de la humareda!

Dos escuadrones de caballería lanzaron una carga contra el puente, pero los arcabuceros portugueses impidieron que llegaran a su objetivo. Tras sufrir importantes bajas se retiraron, y el prior, que seguía las incidencias del combate desde un altozano, decidió reforzar a los defensores del puente:

—¡Otros cincuenta arcabuceros!

—¡A la orden, señor!

—¡Cincuenta, no! ¡Cien! ¡Hay que reforzar las defensas en ese punto! ¡Que también se concentren allí dos escuadrones de caballería!

Las galeras de Santa Cruz, impulsadas por los remeros, habían hecho que los barcos portugueses se retiraran hacia el interior del estuario para evitar quedar cercados. Los portugueses, abriendo fuego con todo lo que tenían —cañones, medios cañones, bombardas, culebrinas, falconetes y el de los arcabuceros que llevaban a bordo—, lograron impedir la maniobra envolvente de las galeras españolas. El resultado, sin embargo, fue que el ejército de don Antonio se quedaba sin la protección artillera de la escuadra.

El duque de Alba, desde su puesto de mando, vio la concentración de tropas portuguesas en el puente y la retirada de los barcos

enemigos. Era lo que estaba esperando desde que había comenzado el combate.

—El marqués ha hecho un magnífico trabajo y ese bastardo ha cometido un grave error.

—¡Ha desprotegido el centro! —exclamó Dávila, que estaba a su lado.

—Añadid a eso que habrá mandado a sus mejores hombres. Os toca actuar. ¡Disponedlo todo para que los tercios de Niño de Zúñiga y de Enríquez ataquen su centro! ¡Vos, con los arcabuceros del ala izquierda, atacad a continuación y que la caballería de Toledo cruce el río por el sitio acordado y trate de envolverlos! ¡Si nos movemos con rapidez, tenemos ganada la batalla!

Dávila ordenó a sus arcabuceros, unos mil, que preparasen sus mechas y cargasen las primeras balas. Luego los arengó:

—¡Luchamos por los legítimos derechos de nuestro rey! ¡Luchamos por defender la verdad, frente a quienes la ultrajan! ¡La batalla está en vuestras manos! ¡En todos y cada uno de vosotros! ¡Por España! ¡Por nuestro rey! ¡Por Santiago!

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago y cierra España!

Los infantes españoles repitieron aquel grito de guerra con el que entraban en combate, mientras los alféreces de las compañías tremolaban al viento las banderas con la cruz aspada de San Andrés. El son de los tambores marcaba el paso de aquellos aguerridos soldados, que iniciaban la marcha para lanzarse al combate con las mechas de sus arcabuces prendidas, el saquillo de pólvora vaciado en el cañón, la bala atacada con la baqueta y preparados para abrir fuego cuando recibieran la orden. Sin descomponer las filas, marcharon hacia el cauce del Alcántara, que cruzaron bajo el fuego enemigo. Desde el otro lado se oían los gritos de combate de los portugueses, que invocaban a San Jorge.

—¡Por Portugal y san Jorge!

—¡Por san Jorge!

—¡Por san Jorge!

El intercambio de disparos fue breve y el avance de los españoles les hizo ganar muy pronto la primera línea de trincheras donde el

combate había de librarse cuerpo a cuerpo. No se produjo porque los portugueses se retiraron, siguiendo las órdenes de sus capitanes.

—¡A la segunda línea!

—¡Repliegue a la segunda línea!

En aquel momento hizo su aparición la caballería española al mando de Hernando de Toledo. Habían vadeado el arroyo, algo más al norte, sin grandes problemas. El pánico cundió entre los portugueses que, en aquel sector del campo de batalla, estaba formado por soldados improvisados. Muchos huyeron. Sólo las unidades que mandaba don Duarte de Castro plantaron cara y defendieron con brío sus posiciones, tratando de proteger la retirada y evitar que se convirtiera en una desbandada.

En el otro extremo del campo de batalla, la lucha por hacerse con el puente fue encarnizada. Los portugueses lo defendieron con bravura durante más de dos horas. Pero, perdido el apoyo de la artillería naval, fueron cediendo terreno hasta que, al quedar en poder de los españoles y eliminado el peligro que suponían los arcabuceros que lo tenían de enfilada, el puente fue cruzado por el ala derecha del ejército sin mayores problemas.

El sol estaba todavía muy alto cuando los españoles daban la batalla por ganada y vitoreaban una y otra vez a Santiago. Los portugueses habían abandonado las piezas de artillería y dejado gran cantidad de bagajes en el campo de batalla.

La proximidad de Lisboa permitió a muchos llegar hasta ella y refugiarse tras sus muros.

El duque de Alba, antes de la puesta de sol, se reunía con la plana mayor de su ejército.

—¿Cuántas bajas hemos tenido?

—Excelencia —Dávila miró el pliego que sostenía en las manos—, entre muertos y heridos cerca de cuatrocientas.

—¿Las del enemigo?

—La cifra, señor, no es definitiva. Pero supera las tres mil y los prisioneros son más de cuatro mil.

—¿Hay noticias del prior?

—Ha logrado escapar. Debe de estar en Lisboa.

Aquella misma noche el duque de Alba, que se había acomodado en una de las celdas del convento de los Jerónimos, dejaba escrita de su puño y letra una carta en la que comunicaba a Felipe II la gran victoria conseguida:

Sacra, Católica y Real Majestad:

Puesto a vuestros pies me place comunicaros que hoy, que se cuentan veinticinco días del mes de agosto de mil y quinientos y ochenta años del nacimiento de Nuestro Señor, vuestras tropas a mi mando han batido a las puertas de Lisboa a las del enemigo. Ha sido esta la batalla más importante de las que han tenido lugar hasta la presente. Nuestras pérdidas, señor, han sido escasas. Se cifran en torno a cuatrocientas, quedando incluidos en dicha cifra los heridos y perjudicados, muchos de los cuales sanarán en los próximos días y semanas. Las del enemigo se elevan a más de tres mil los muertos y son numerosos los heridos, a los que se añaden unos cuatro mil prisioneros. Muchas tropas del prior han desertado.

Hoy este reino es de Vuestra Majestad y todo se ha hecho en dos meses porque mediado junio salió el ejército de V. M. y hoy a mediodía era todo de Vuestra Majestad.

La escuadra de Santa Cruz obligó a la armada enemiga a retirarse al fondo del estuario del Tajo. Irá en su busca cuando lo estime oportuno.

Entre tan gratas noticias, la única sombra es la de no haber podido apresar al prior, que logró huir, refugiándose tras los muros de Lisboa, a cuyas autoridades ofreceremos, una vez que su flota sea rendida, una honrosa capitulación para evitar los problemas derivados de un asalto que rehuiremos a todo trance. Exigiremos el reconocimiento público de Vuestra Majestad como su legítimo soberano y la entrega del prior, cuyo destino decidiréis.

En el monasterio de Nuestra Señora de Belém, las afueras de la ciudad de Lisboa en la fecha ut supra*, a los pies de Vuestra Majestad, cuya mano besa su más fiel servidor*

Ferdinandus, duque de Alba

L

Diego había ido varias veces a las calles próximas a la Puerta de Toledo y había hecho algunas preguntas con mucha discreción. La información conseguida era que quien podía saber algo sobre un espadachín era un espadero llamado Grijalbo, aficionado a empinar el codo, y tenía malas pulgas. Su tienda estaba en la calle de San Lorenzo, pero se ausentaba con frecuencia.

El día que encontró la tienda abierta vio a un sujeto, como de cuarenta años, que tenía una frondosa mata de pelo completamente blanca y que se afanaba en ajustar, con mucha dificultad porque le temblaban las manos, la cazoleta a una espada de hoja larga y fina.

El espadero, al verlo entrar, lo miró con descaro y comprobó que del tahalí que cruzaba su pecho colgaba una espada.

—¿Deseáis una espada?

—No, lo que deseo es cierta información.

—Entonces, os habéis equivocado de sitio. Me gano la vida haciendo espadas, no dándole a la lengua. —Volvió a su trabajo ignorando a Diego.

—Quizá os resulte rentable darle a la lengua.

Alzó la cabeza y lo miró fijamente. Tenía los ojos garzos y las cejas muy pobladas y negras. Lo que resultaba llamativo, dada la blancura de su cabellera.

—¿Qué quiere vuesa merced decir con eso?

—Que si me dais cierta información podríais ganaros unos reales.

—¿Por qué podría yo daros esa… cierta información?

—Porque a quien busco hace uso de la espada.

—¿Un noble?

—No, es espadachín.

Grijalbo dejó de apretar la cazoleta y lo miró.

—¿Cómo se llama?

—Inchausti.

—¡Mala carta! —exclamó el espadero.

Aquellas dos palabras señalaban que algo sabía. Tenía que ser hábil.

—¿Qué puede decirme vuesa merced de él?

—Que es mejor no tenerlo cerca.

—¿Lo conocéis?

—¡Claro que lo conozco! ¿Por qué lo buscáis?

—Tengo asuntos que tratar con él.

—Pues tenga vuesa merced cuidado.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué podéis decirme de él?

Grijalbo miraba a Diego, como si pretendiera leer en sus ojos.

—¿Lo buscáis porque andáis detrás del que se cargó al secretario de don Juan de Austria?

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Porque se dice que estaba en el ajo. Pero no quiero meterme en líos ¡Se oye cada cosa! Si el asunto que vuesa merced ha de tratar con Inchausti tiene que ver con eso, hemos terminado.

Diego recordó que también el *Lupino* le había dicho que el tal Inchausti había estado involucrado en el asesinato de Escobedo. Podía ser que algo de verdad hubiera en ello, y también que fuera uno de los muchos rumores que se habían esparcido a cuenta de la muerte de quien había sido secretario de don Juan de Austria.

—Nada tiene que ver con eso. ¿Dónde puedo localizarlo?

—No tan deprisa. Habéis hablado de unos reales. ¿De cuánto estamos hablando?

—Eso dependerá de lo que me contéis.

El espadero dudó.

—Quiero un ducado…

—¡Once reales es mucho dinero!

—Tengo la impresión de que lo que voy a deciros los merece.

—Está bien. Os daré ese ducado.

—Pues, venga. —El espadero puso la mano.

—Espero no estar haciendo una tontería.

—No os arrepentiréis. —Grijalbo se guardó el ducado y se acarició el mentón—. ¿Os parece que vayamos a la taberna de Calatrava? El vino no es muy bueno, pero se habla mejor con el gaznate refrescado.

Cerró la tienda y se acercaron a la calle a la que daba nombre el dueño de la taberna.

—¡Grijalbo! ¡Dichosos los ojos! —exclamó Calatrava al verlo—. ¿Cuándo vamos a ajustar la cuenta? ¡Va por ocho reales! ¡No os fío más!

Con cierta displicencia, antes de sentarse, sacó el ducado.

—¡Cobraos y traed la vuelta! ¡Hoy paga este caballero!

No era, como había dicho el espadero, el mejor sitio de Madrid, pero encontraron acomodo en una mesa apartada. Con los tres reales llegaron las jarrillas de vino. El espadero apenas dejó que la suya se posara en la mesa. Dio un largo trago y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Os escucho. —Diego no había tocado su jarrilla.

—Inchausti se las entiende con una viuda que vive a la espalda del matadero. Se llama Ana y la conocen en la vecindad como la *Choricera* porque compra a los carniceros los menudos y los restos del descarne de los cochinos y hace chorizos. Así se gana la vida, además de lo que le saque a Inchausti por abrirse de piernas, que no creo que sea mucho. Lo que el espadachín le resuelve son los pagos de los que se retrasan más de lo debido. Tiene ya una edad, pero está de buen ver.

—¿Vive con ella?

—No.

Diego frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque vivo enfrente. A veces, viene casi a diario. Pero hay épocas en que pasa temporadas sin aparecer. Es posible que esté fuera de Madrid.

—¿Desde cuándo mantiene esa relación?

Grijalbo apuró el vino y mostró la jarrilla a Calatrava.

—No sabría deciros, pero se ve con ella desde hace bastante tiempo.

El tabernero trajo el vino y Grijalbo no le dio respiro. Diego apenas lo había probado. Sabía demasiado a brea y tenía mucha acidez, algo que al espadero no parecía importarle.

—¿Cuál es la casa de esa mujer?

—Una que tiene dos plantas y desván, donde se orean los chorizos y las longanizas. La puerta es de dos hojas.

Diego llamó al tabernero para pagarle, pero Grijalbo alzó la mano.

—No tenga vuesa merced tanta prisa. Puedo decirle algo más, que quizá le interese. Pero esa información tiene su precio.

—¡Ya os he dado un ducado!

—Lo que puedo deciros sólo yo os lo podría contar.

Diego pensó que buscaba más dinero y seguir bebiendo a su costa.

—No me interesa.

Grijalbo se encogió de hombros.

—Quizá os convenga saber que una tarde, poco antes del anochecer, Inchausti y otros dos trajeron a una mujer a la casa de la *Choricera*. Tenía la cabellera del color del cobre.

Diego contuvo la respiración. Podía tratarse de María, la herborista.

—¿Cuánto hace de eso?

—No sabría deciros, pero bastantes meses.

—Decidme lo que sepáis.

—Primero otro ducado y que me llenen. —El espadero apuró su vino.

Diego miró al tabernero, que no necesitó más. Trajo un cantarillo.

—¿También para vuesa merced?

—No, solo para el maestro. Pero dejadlo aquí.

A Grijalbo se le iluminaron los ojos. Sin decir palabra, Diego sacó de su faltriquera una moneda de dos ducados y la puso sobre la mesa. Cuando el espadero fue a cogerlo, le puso un dedo encima.

—Primero, hablad. Será vuestra si lo que me decís merece la pena.

Grijalbo dio un largo trago a su vino y se pasó otra vez el dorso de la mano por la boca.

—Tuvo que pasar algo grave porque se escucharon gritos. Debían de estar pegando a la mujer.

—¿Nadie acudió?

—¡Aquí hay gritos muchas noches! ¡La gente discute! ¡Se pelea! A veces, aparece algún muerto. ¡Por aquí los alguaciles y sus corchetes vienen poco! Sólo se los ve por la mañana, cuando abren la puerta

para que no haya problemas con el cobro de las cosas que entran a la villa.

Diego sabía que Grijalbo llevaba razón. El número de alguaciles era muy reducido para las necesidades de un vecindario que se había triplicado. La corte había atraído, además de a numerosos nobles y clérigos —se construían varios monasterios—, a los miembros de la cada vez más pesada burocracia, y también a mendigos, malhechores y delincuentes. En algunas zonas la noche resultaba especialmente peligrosa. Los alrededores de la Puerta de Toledo eran uno de ellos.

—¿Qué más oísteis?

—Nada más.

—¿Por eso pretendéis que os dé un ducado?

—Todavía no he terminado. Al día siguiente se armó mucho revuelo porque aparecieron los del Santo Oficio. Vinieron en un carruaje negro y cerrado. Muchos se quitaron de en medio. Desde la ventana de mi casa pude ver lo que ocurría. Estuvieron un buen rato en casa de la *Choricera* y cuando salieron se llevaron a la mujer.

—¿Eso es todo?

—En los días siguientes corrieron muchos rumores. Unos decían que era una judía, otros que morisca. La *Choricera* me dijo que era una bruja. Que conocía las propiedades de las plantas y de los minerales y que hacía pócimas y preparaba filtros, y que Inchausti quería que le dijera algo, pero que ella se negó. Por eso le dio una buena tunda y la amenazó con denunciarla a los del Santo Oficio. Cuando me dijo aquello no me lo creí. Dudaba que un sujeto como Inchausti se atreviera a ir a los de la Inquisición, pero me dijo que su hombre tenía juntas con gente muy importante y podía llegar muy arriba. Lo cierto es que vinieron a por aquella mujer. No tengo la menor idea de lo que haya podido ocurrirle. Las cosas del Santo Oficio se llevan con mucho secreto y no es bueno meter ahí las narices.

Diego retiró el dedo de la moneda. La información que el espadero le había dado valía los dos ducados y todo el vino que se había bebido. Se levantó, mientras que Grijalbo, a toda prisa, llenaba su jarrilla de vino y se guardaba los dos ducados.

Cuando salió, después de pagar el vino, llenó sus pulmones de aire y se encaminó a casa de la *Choricera*. Llamó a la puerta y, a la segunda vez, una voz respondió desde dentro:

—¿¡Quién va!?

—Necesito hablar con vos.

La mujer que abrió una de las hojas de la puerta rondaría los treinta años y ofrecía un aspecto desaliñado. Era posible, como decía Grijalbo, que estuviera de buen ver, pero con otro arreglo. Miró a Diego de arriba abajo. No era frecuente que un caballero como el que tenía delante apareciera por su casa. Quienes compraban sus chorizos eran otra clase de gente.

—Si vuesa merced busca al Inchausti, no está —le espetó malhumorada—. Hace semanas que no asoma por aquí.

—Con quien quiero hablar es con vos.

—Pues… id al grano, que tengo mucha tarea.

—Hace unos meses la Inquisición estuvo aquí y se llevó a una mujer que Inchausti había traído. —La *Choricera* había fruncido el ceño—. ¿Qué sabéis de esa mujer? ¿Qué podríais decirme?

—¡Nada! —Intentó cerrar la puerta, pero Diego introdujo el pie—. El Santo Oficio cuanto más lejos, mejor.

—El Santo Oficio nada tiene que ver con lo que os pido. Os doy mi palabra.

La *Choricera* no parecía muy convencida, pero dudó.

—¿Qué gano yo con deciros lo que sé, que no es mucho?

—¿Un ducado?

La mujer dejó de presionar la puerta.

—Pase vuesa merced.

Lo recibió un fuerte olor a despojos de carne.

—Decidme lo que sepáis y os daré el ducado que os he prometido.

—Inchausti y otros dos la trajeron una tarde, casi de noche. Le habían dado algo porque estaba atontada. Tuvieron que esperar a que le volviera el sentido. Le preguntaron por unos papeles y unos libros que tenía un boticario.

—¿Dijeron el nombre de ese boticario?

—Si lo dijeron no me acuerdo. La mujer se llamaba María y sabía de hierbas. Habían ido a un pueblo a por ella. Por lo visto le vendía

hierbas al boticario.

No había duda. Era María la herborista.

—¿Por qué vino a por ella la Inquisición?

—Porque preparaba filtros, sabía oraciones y conjuros. ¡Era una bruja! Los de la Inquisición vinieron muy pronto. La denuncia debió hacerla alguien de las alturas.

—Es posible que tengáis razón.

—Inchausti conoce a gente importante, próxima al rey. Le gusta presumir de eso.

Diego le dio el ducado prometido. Había confirmado, punto por punto, lo que el espadero Grijalbo le había contado.

LI

Con la caída de la noche, en el *Palacio da Ribeira* aumentó la tristeza.

—La derrota, señor, no tiene paliativos y las posibilidades de resistencia son mínimas —señalaba el conde de Vimioso, que tenía la cabeza vendada.

—Las murallas de Lisboa son fuertes. Han resistido varios asedios.

Diego de Cárcamo, hombre prudente, que había guardado silencio hasta aquel momento, carraspeó para hacerse notar. El prior, que estaba sentado en el trono de forma un tanto indolente, lo miró.

—¿Cuál es vuestro criterio?

—Señor, el duque de Alba no tardará en pedir la entrega de la ciudad.

—¡El pueblo está conmigo!

—Tenéis razón. Pero el pueblo no podrá hacer frente a los tercios del rey de España.

—¿Proponéis que me entregue?

Cárcamo midió sus palabras. Si hubiera acudido a los Jerónimos como le aconsejó para buscar algún acuerdo, ahora no se encontrarían en aquella situación, pero no era momento para recordarlo. No era prudente. Sabía que el tiempo de la negociación había pasado. La experiencia le decía que había un tiempo para las palabras, antes de que hablasen las armas, y las armas habían hablado. Sabía que el duque de Alba era poco dado a componendas.

—Vuestra majestad debería poner tierra de por medio, mientras estéis a tiempo, y me temo que no es mucho. Una retirada a tiempo

puede otorgar mejores rendimientos que incluso alguna clase de victoria.

El prior decidió seguir el consejo de su secretario.

Con las campanadas que señalaban las dos en el reloj de la plaza del Comercio, un grupo de jinetes abandonaba el *Palacio da Ribeira* en dirección al barrio de Alfama. En el silencio de aquella noche, que lo era de vigilia en Lisboa y muy pocos habían podido conciliar el sueño, resonaban con fuerza los cascos de los caballos por las empinadas cuestas del barrio. Los lisboetas estaban agobiados con lo que podría traerles el nuevo día con los españoles al otro lado de las murallas. Permanecían en vela, atentos a cualquier ruido. Muchos se asomaron a ventanas y balcones y vieron pasar a un numeroso grupo de encapuchados, montando caballos de batalla. Se dirigían al castillo de San Jorge, al que muchos lisboetas conocían como el *Castelo dos Mouros*. Algunos vecinos —unos vestidos y otros en camisa— salían a la calle, donde se formaban corrillos. Unos decían que eran tropas que iban a guarnecer el castillo para resistir hasta la llegada de refuerzos procedentes de Setúbal. Otros, que los refuerzos llegarían de Santarém, y no eran pocos los que opinaban que se trataba del mismísimo don Sebastián, que había llegado a Lisboa para hacerse cargo de la situación.

En el castillo había un túnel excavado en la roca que arrancaba de la cripta existente en una dependencia que daba al patio de armas. Permitía salir de la ciudad, de forma discreta, en situaciones de emergencia.

El alcaide hablaba con el conde de Vimioso.

—Hace tanto tiempo que no se ha utilizado que son pocos los que conocen su existencia.

—Veamos cómo se encuentra.

—Avisaré a dos de mis hombres para que nos alumbren y abran paso.

—¡Serán mis hombres quienes lo hagan!

—Como vuestra excelencia disponga.

Quitaron una pesada losa y a la luz de las antorchas vieron una rampa labrada en la piedra que se perdía en las entrañas de la tierra. Bajaron por ella hasta una reja de gruesos barrotes.

El conde miró al alcaide.

—¿Cómo se abre?

Respondió presionando sobre un punto y se oyó un chasquido. La reja se elevó dejando el paso franco.

—¡Adelante! —El conde empuñó una de las antorchas y apenas había dado unos pasos cuando comprobó que el túnel se ensanchaba. Se abrió de brazos, poniéndolos en cruz, y comprobó que no llegaba a las paredes.

Anduvieron un buen rato hasta llegar a otra reja que el alcaide abrió por el mismo procedimiento y se encontraron con una dependencia pedregosa invadida por una maleza que disimulaba la salida al exterior. Apartándola, el alcaide y él salieron al exterior por una poterna disimulada. A la luz de la luna, comprobó que estaban en un promontorio que quedaba a un centenar de pasos de las murallas que protegían Lisboa por el norte.

Recorrió la zona y quedó satisfecho con lo que vio.

—¡Regresemos! ¡El tiempo apremia!

El conde informó al prior.

—Señor, hemos recorrido el túnel y tiene la salida fuera de la muralla, como se nos había dicho. Los caballos podrán avanzar por el túnel, aunque sería conveniente taparles los ojos. Así evitaremos algún problema.

—Pongámonos en marcha —ordenó el prior—. En poco más de dos horas amanecerá.

Taparon los ojos de sus monturas y, tomándolas de reata, formaron una hilera. Pese a la envergadura de algún caballo, hicieron el recorrido sin problemas y despejaron la maleza de la salida para dejarla expedita.

Una hora antes de que apuntara el sol por el horizonte y cuando la luz del amanecer empezaba a disipar las sombras, el prior de Crato abandonaba Lisboa camino de Santarém, población que controlaban sus partidarios.

En los días siguientes los españoles ocuparon los arrabales y cerraron el cerco sobre Lisboa. Era prácticamente imposible entrar o

salir de la ciudad, y, pese a que había una importante provisión de trigo, aceite y vino, y además de otros alimentos de fácil conservación, cada día que pasaba las verduras y las frutas resultaba más difícil encontrarlas. Empezaban a escasear y, como solía ocurrir en estas situaciones, había acaparadores y quienes se aprovechaban de la escasez para obtener beneficios. El pan subía de precio, pese a los esfuerzos de las autoridades por controlarlo. También en las tabernas se pedía más dinero por el vino y en las tiendas el aceite era más caro. Crecía el malestar entre los lisboetas, y comenzaban a ser numerosos los que no tenían claras sus preferencias acerca de quién ocupase el trono. No entendían los argumentos que los juristas esgrimían para defender los derechos de uno u otro. Lo que casi todos tenían claro era que don Antonio era portugués y don Felipe extranjero.

En una tahona del barrio de Alfama, los clientes se quejaban de la subida de precios.

—¡Me han pedido medio escudo por una medida de aceite que hace sólo una semana valía poco más de la mitad! —protestaba una mujer que compraba una hogaza de pan, que también había subido de precio.

—A mí me han subido el precio del trigo —se defendía la panadera.

—Y a esa subida tú le añades un poco más.

—¡Sólo lo que encarece el trigo!

—¡Venga ya! ¡A otro chucho con ese hueso!

—La culpa de todo esto la tiene esta maldita guerra. ¡Si apareciera don Sebastián! —apuntó otra mujer que aguardaba su turno.

—¡Pues a mí tanto me da uno como otro!

—¡Pues a mí no! —intervino un hombre, que llevaba una esportilla al hombro—. ¡No quiero un rey extranjero!

—¡Pues sabed que la madre de ese extranjero era portuguesa!

—¿Significa eso que vos preferís al español?

—¡Tiene más derechos que un bastardo!

—¡Pero es portugués!

Unos gritos en la calle cortaron la conversación.

—¡Los españoles atacan con sus barcos!

Efectivamente, la escuadra española se aprestaba para el combate. El marqués de Santa Cruz, desde la *Santa María del Mar*, observaba el despliegue de sus barcos para afrontar la batalla. Sus órdenes se cumplían sin vacilar. La fe que le tenían sus hombres, a los que había mandado en numerosas ocasiones, era absoluta. Siempre habían alcanzado la victoria.

Durante varias horas las aguas del estuario del Tajo se vieron agitadas por las palas de cientos de remeros que bogaban para situar las galeras en sus posiciones. Tras el desorden inicial, la escuadra estaba en formación de combate y, pese a la escasez de viento, las galeras impulsadas por los remeros, con los tercios de Zapata y Enríquez a bordo, dejaban atrás la Torre de Belém. Se inició entonces un intercambio artillero con los galeones portugueses en la primera línea de su armada.

—Apenas si disparan —comentó sorprendido el capitán de una galera—. Esos galeones tienen más potencia de fuego que nosotros. Algo raro pasa. ¡Estad atentos, pueden jugarnos una mala pasada!

Era la misma sorpresa que había en las otras galeras que se movían impulsadas por los remeros, mientras que los pesados galeones portugueses estaban inmóviles al no soplar viento suficiente para impulsar sus velas.

La densa humareda impedía incluso ver a muy corta distancia. Cuando las galeras se acercaron para intentar el abordaje, los españoles quedaron atónitos: en la mayor parta de los barcos se enarbolaban banderas blancas y sus tripulaciones se rendían, sin disparar. Sólo desde alguna nao hubo un conato de resistencia. Conforme se apoderaban de los buques portugueses, comprendían por qué la resistencia había sido tan escasa: muchos hombres habían desertado la noche anterior, utilizando los botes.

Don Gaspar de Brito, el almirante lusitano, vestido pulcramente, acudió a la *Santa María del Mar* para la entrega formal de la flota a Santa Cruz, que había ordenado que no se arriase la enseña de Portugal de los barcos en un gesto de caballerosidad y que cuadraba a las órdenes dadas por Felipe II.

La tripulación de la capitana española estaba formada para recibir a Brito con los honores que correspondían a su rango y el marqués

lo atendió en su camarote, donde lo invitó a un vino de cortesía:

—Este vino, que lleva demasiados días embarcado, es lo mejor que puedo ofrecer a vuesa merced —se excusaba don Álvaro.

El portugués alzó su copa y apenas se mojó los labios. La tristeza se reflejaba en su semblante. Con la pérdida de la flota, que era la última línea de resistencia, la esperanza que abrigaban los partidarios de don Antonio se había esfumado.

Por Lisboa, desde hacía varios días, corría el rumor de que el prior no se encontraba en la ciudad. No había dado señales de vida después de la aciaga jornada del veinticinco de agosto. En *A Casa dos Passarinhos* los viejos marinos daban cuenta de unos cubiletes de vino y se los veía apesadumbrados. Alguno de ellos había perdido a un familiar en la que empezaba a conocerse como la batalla de Alcántara. Pero lo que más les dolía era cómo se había rendido la flota a los españoles.

—Apenas ha ofrecido resistencia —se quejaba Farinhas.

—No era mucho más lo que podían hacer —respondió el *Dourado* —. Estaban encerrados en el estuario. El destrozo hubiera sido terrible.

—En mi opinión —tercio don Bastián—, Brito ha hecho lo mejor que podía hacer. Ha evitado una matanza innecesaria. Esta guerra, que estaba perdida de antemano, nunca ha debido tener lugar.

—¿Dais por perdida la guerra? —le preguntó Couto, que era el más afectado por la forma en que se había entregado la escuadra.

—Por supuesto. Lo ocurrido en las riberas del Alcántara fue un desastre y la cosa no fue más grave porque muchos encontraron refugio tras las murallas de la ciudad —aseveró don Bastián, que, mirando a Couto, le espetó—: ¡Menos mal que, según vos, íbamos a repetir lo de Aljubarrota!

—¡Don Antonio está dispuesto a seguir luchando!

—¿Por eso no se le ha visto el pelo desde aquel día?

—Dicen que huyó aquella misma noche —apuntó Farinhas—, utilizando un pasadizo secreto que hay en el *Castelo dos Mouros*.

—Dicen también que está en Santarém y allí se está reorganizado su ejército. En el camino se le han sumado muchos hombres —replicó Couto.

—Gente sin experiencia militar alentados por curas y frailes —aseveró don Bastián.

A Madrid llegó la noticia de la victoria de Alcántara. En las gradas de San Felipe, quienes formaban corrillos se referían al gran éxito del duque de Alba.

—Su majestad acertó de pleno al encomendar el ejército a don Fernando Álvarez de Toledo.

—Esa era una apuesta segura. Pocos entienden el combate como él.

—Dicen que las bajas portuguesas han sido numerosas y muy escasas las nuestras.

En aquel momento, llegó un fraile agustino que traía en su mano un pliego de cordel.

—¡Aquí está la noticia completa de la batalla! —Mostraba un papel donde aparecía una ilustración acompañada por un texto a dos columnas.

—¿Dónde lo habéis comprado?

—Allí. —Señaló la esquina de la calle de Carretas donde dos hombres vendían aquel pliego sin que les diera tiempo a colgarlos del tenderete de cordeles donde los colocaban para su venta—. Se dice que el corregidor ha ordenado que esta noche haya luminarias y artificios de pólvora para celebrar la victoria y que mañana habrá una misa solemne en los Jerónimos.

Los reunidos se dieron prisa para hacerse con uno de aquellos pliegos.

Aquella noche en las casas principales de las familias linajudas se encendieron fanales y el cabildo los puso en muchos lugares de la villa para que la gente disfrutara de la celebración. Había vendedores de aloja y se montaron algunos puestos de buñuelos y pasteles de hojaldre rellenos de crema que en los obradores de los pasteleros se habían elaborado en grandes cantidades, y se vendían a mitad de precio porque la otra mitad la pagaba el cabildo. Al filo de la media noche se prendieron los artificios de pólvora que se habían dispuesto en la plazuela de la Villa. Una muchedumbre se apiñaba en el lugar

para verlos explotar. Todo transcurría en medio del general disfrute hasta que unas chispas prendieron en las telas y maderas con que se había adornado la Puerta de Guadalajara.

Fue un niño quien dio la voz de alarma:

—¡Está ardiendo! ¡Está ardiendo!

—¡Fuego! ¡Fuego!

Rápidamente las llamas tomaron grandes proporciones y la puerta se convirtió en una tea que alumbraba la noche madrileña.

Mientras algunos huían despavoridos, muchos vecinos, temerosos de que el fuego prendiera en sus casas, se armaron de cubos, que llenaban en la cercana fuente de San Salvador. Formaron dos cadenas y los pasaban de mano en mano arrojándolos sobre el fuego para evitar que se extendiera. Lograron contenerlo hasta que llegaron tres carros con grandes toneles que habían llenado los aguadores en una fuente que había en el paseo de Recoletos, gracias a los avisos dados por un mulato. La lucha contra el fuego fue denodada y sólo cerca de la madrugada las llamas fueron apagadas, aunque se siguió echando agua un buen rato más, hasta que los rescoldos quedaron carbonizados.

La Puerta de Guadalajara quedó destruida, pero se había evitado la catástrofe.

Al día siguiente, San Jerónimo el Real estaba abarrotado. Mucha gente no pudo entrar. Además de gracias por la gran victoria alcanzada por las armas de su majestad, se elevaron plegarias al Altísimo por haber librado a Madrid de un incendio cuyos efectos pudieron ser devastadores.

LII

El duque de Alba ofreció a las autoridades de Lisboa una capitulación que evitase los graves problemas que supondría una resistencia. La ciudad estaba poco menos que indefensa, salvo la protección que le dispensaban sus murallas. Después de trabajosas negociaciones, que tenían su principal escollo en que el general español exigía la entrega de don Antonio y las autoridades señalaban que no se encontraba en Lisboa, la ciudad fue ocupada por los españoles.

Alba recibió a los representantes de las principales corporaciones de la ciudad y se acordó la forma en que se llevaría a cabo la proclamación de Felipe II. Aquel día se izó su enseña en el castillo de San Jorge y en el *Palacio da Ribeira*. La ceremonia estuvo rodeada de la solemnidad que tal acto requería. En la catedral se celebró un solemne tedeum y luego, desde el balcón principal de palacio, engalanado con colgaduras y reposteros, se tremolaron los pendones reales de Portugal, al tiempo que un heraldo gritaba por tres veces:

—¡Portugal por don Felipe, nuestro rey y señor!

La concurrencia en la plaza del Comercio era escasa y apenas fue respondido. La solemnidad oficial no se correspondió con una aclamación popular. Si algún sentimiento imperaba, era el de tristeza.

Aquella misma tarde, el duque de Alba escribió a Felipe II dándole cuenta de su proclamación e indicándole que era muy necesaria su presencia en Lisboa. También ordenó colocar guardias en las puertas

de la ciudad para evitar que las tropas entrasen en ella y se produjeran desmanes y atropellos. En los arrabales hubo soldados que cometieron desafueros y fueron severamente castigados e incluso algunos pagaron con su vida. El principal asunto era encontrar al prior, a quien buscaban por toda Lisboa.

—Excelencia, hemos buscado por todos los rincones. Ha debido de huir antes de que completásemos el cerco —señaló el maestre Niño de Zúñiga.

—¡Hay que encontrarlo! ¡El clero de conventos y parroquias está con él y desde el púlpito y el confesionario convencen a mucha gente de que es preferible tenerlo como rey antes que a don Felipe!

En aquel momento, en la estancia donde estaba reunida buena parte del Estado Mayor, entró el maestre Argote.

—¡Excelencia, el prior ha sido visto en Santarém! Ayer partió hacia el norte, posiblemente a Coímbra. Muchos lo acompañan en su huida: artesanos, campesinos y labriegos con escasa capacidad militar.

Alba se acarició la barba.

—¿Esa noticia está confirmada? Podría tratarse de un falso rumor para confundirnos.

—Está confirmada, excelencia.

—En ese caso, no hay tiempo que perder. Don Sancho —miró al maestre general—, tomad los hombres que os parezca oportuno e id en su busca. Hasta que no esté en nuestras manos, será una amenaza. Lo más importante de este negocio es la rapidez.

—Estaremos listos mañana mismo. Ahora, dispensadme. He de tomar las disposiciones necesarias.

—Id con Dios y traed aquí a ese bastardo.

En la carta que aquella tarde escribía a Felipe II, le daba cuenta de las últimas noticias. Le indicaba que el reino estaba pacificado, aunque en el norte algunas ciudades se mantenían fieles al prior, al que seguían la pista. Le informaba también de que el clero más bajo se mostraba, mayoritariamente, partidario de don Antonio.

Felipe II había recibido con gran satisfacción la noticia de la victoria de Alcántara y de su proclamación en Lisboa. Pero le preocupaba la huida del prior y la propaganda que curas y frailes hacían a su favor desde púlpitos y confesionarios, y las informaciones que le proporcionaban sus espías, instalados en Chenonceau, sobre los manejos de Catalina de Médicis. La que había sido su suegra estaba interesada en cerrar un acuerdo con el prior y aquello no anunciaba nada bueno. También le habían llegado correos cifrados desde Londres que apuntaban a ciertos movimientos de la reina Isabel. Tanto en París como en Londres se veía con preocupación el engrandecimiento del poder de la monarquía que gobernaba el rey de España.

—Hay que acabar con esa dañina propaganda que se hace en Portugal desde los púlpitos y que se utilicen los confesionarios de forma tan detestable.

—Majestad, eso será muy complicado —respondió Granvela.

—No si el papa decide ponerle fin. Su santidad tiene medios para impedir proposiciones tan ilegítimas como defender los derechos de un bastardo y poner en cuestión mis legítimos títulos.

—¿Qué puede hacer su santidad?

Felipe II dirigió al cardenal una mirada significativa.

—¿Vuestra eminencia, que conoce bien los entresijos vaticanos, después de tantos años en Roma y vestir la púrpura cardenalicia, me hace esa pregunta?

—Majestad…

—El papa puede lanzar una advertencia de excomunión para quienes ejerzan de forma inadecuada su ministerio como es dar uso indebido al púlpito y al confesionario.

Al día siguiente un correo real partía de Badajoz con destino a Roma.

Sancho Dávila, al frente de unos tres mil hombres —la mitad eran de caballería—, llegó a Santarém y confirmó que el prior había pasado por allí.

—Tomó el camino de Tomar, pero lo que logramos averiguar —le decía uno de los agentes— es que de allí va a marchar a Coímbra, donde cuenta con muchos partidarios.

—Veremos cuánto resisten.

Las tropas de Dávila pasaron por Tomar, donde les dijeron que el prior había pasado por allí y que volvía a Lisboa. Eso desconcertaba al maestre.

—Es posible que nos estén engañando para facilitar su huida.

—Podemos organizar algunos grupos de hombres que vayan de descubierta y busquen información —apuntó Zapata.

—Hacedlo.

Los días siguientes hubo cierto desorden. Los datos que llegaban eran contradictorios.

—Está claro que buscan protegerlo y evitar que lo alcancemos.

—La mejor opción es marchar hacia Montemor-o-Velho —señaló Zapata—. Es una plaza fuerte que controla el estuario de un río llamado Mondego.

Dávila asintió con ligeros movimientos de cabeza.

—Es posible que haya buscado refugio tras sus muros.

—Además, a poca distancia, aguas arriba del Mondego, está Coímbra. Si no está en Montemor, es posible que lo encontremos allí. Lo que no parece lógico es que retorne a Lisboa.

Días después, las tropas de Dávila avistaban Montemor-o-Velho, cuyas defensas habían sido fortificadas y don Diogo Botelho, quien fuera gobernador de Setúbal, mandaba las tropas. Dávila lo intimó a entregar la plaza y pidió veinticuatro horas para dar respuesta —era una forma de ganar tiempo para que el prior se atrincherase convenientemente en Coímbra—. Aceptada su petición, al día siguiente capituló sin resistencia y los españoles se dirigieron hacia Coímbra, que estaba a menos de cinco leguas. Salvaron el camino en poco más de media jornada. Allí esperaban librar el combate decisivo, pero, para sorpresa del maestre español, la ciudad se entregó sin resistencia. El prior, pese a tener un número de hombres muy superior, no se atrevió a presentar batalla por temor a caer prisionero.

—No da la cara, maestre. Es como si persiguiéramos a un fantasma.

Dávila dejó escapar un suspiro.

—Después de lo de Lisboa, es consciente de la debilidad de sus tropas.

Las autoridades de Coímbra, incluido el claustro de su universidad, donde muchos de sus maestros se habían pronunciado a favor de los derechos de don Antonio, justificando su bastardía, juraron lealtad a don Felipe.

—Se desdicen de lo que afirmaban hace sólo unos meses —comentaba con cierta sorna uno de los capitanes que compartía mesa con el maestre.

—Hay muchos que visten la toga de profesor y pontifican desde su cátedra que no tienen problemas en sostener una tesis y la contraria sin siquiera ruborizarse —afirmó Dávila, que se había limpiado la grasa del cordero con el dorso de la mano y había dado un largo trago a su vino—. Sus opiniones están dictadas por las prebendas que buscan obtener.

Otro capitán que llegó hasta donde daban cuenta del almuerzo trajo la noticia.

—Don Sancho, tenemos información de que el prior, que huyó la víspera de nuestra llegada, tomó el camino de Aveiro.

—¿No será otra añagaza para confundirnos?

—Está comprobado y además he logrado hacerme con un mapa. —Alzó la mano con la que lo sostenía enrollado.

—Haced sitio —ordenó el maestre, apartando algunas escudillas.

Comprobaron que Aveiro se encontraba a diez leguas.

—Necesitaremos poco más de una jornada —comentó Zapata.

—¿Puede moverse vuestro tercio tan rápido?

—Podrá.

—¿Aveiro tiene importantes defensas? —preguntó Dávila.

—Es plaza fortificada y muchas de sus calles son canales, porque viene recorrida por una importante ría en la que se alzan algunos islotes.

—No es el mejor lugar para defenderse.

—Tampoco para atacar, señor —comentó uno de sus capitanes.

—El prior está a la defensiva. No nos esperará en Aveiro. Lleva huyendo semanas, sin presentar batalla. —Dávila señaló un punto en el mapa—. Nos enfrentaremos aquí, en Oporto.

Dos días más tarde se apoderaban de Aveiro, que se entregaba sin ofrecer resistencia. El ejército español, que iba dejando pequeñas guarniciones en los lugares que ocupaba, empezaba a mermar de forma considerable sus efectivos.

—Quizá el prior busca que nuestras tropas, que empiezan a disminuir peligrosamente, sean tan inferiores en número que eso le brinde alguna oportunidad. No debemos perder tiempo. Mañana nos encaminaremos hacia Oporto, la distancia no es mayor que la que hay de Coímbra aquí. Si allí no se decide a enfrentarse con nosotros, no lo hará.

El ejército de Dávila, que ahora contaba con menos de dos mil hombres, llegó a la ribera del Duero y cruzó el río, utilizando unas barcazas, sin grandes dificultades.

—Está cometiendo el mismo error que tuvo en Lisboa —comentó unos de los capitanes al ver el despliegue de las tropas portuguesas —. Han fortificado los arrabales y formado una línea de trincheras delante de los muros de la ciudad.

El maestre observaba la disposición del enemigo.

—Hay una diferencia. Apenas tenemos artillería y por la extensión de esas trincheras nos doblan en número. Quizá tripliquen nuestros efectivos. En el centro la infantería se alineará en dos filas. La primera con los arcabuceros y los mosqueteros, y detrás los piqueros. La caballería se posicionará en las alas; si los envolvemos están perdidos.

Hubo un breve intercambio artillero, en el que los españoles llevaban la peor parte, antes de que la infantería recibiera la orden de atacar, al tiempo que la caballería iniciaba una maniobra envolvente. Apenas hubo combate porque los portugueses, viendo que quedaban atrapados, huyeron en desbandada. Una parte corrió campo a través, mientras otros se buscaron refugio tras las murallas de Oporto. Pero la rapidez con que se movieron los españoles hizo que las dos puertas por las que penetraban en la ciudad no se

cerraran a tiempo, permitiéndoles entrar. Las autoridades rindieron la plaza para evitar el saqueo.

Aquella tarde, Oporto reconocía a Felipe II como su rey y señor.

—No ha habido forma de localizarlo. Debió de huir con quienes iban campo a través.

Dávila dejó escapar un suspiro.

—Hubiera sido mejor apresarlo que apoderarnos de la ciudad.

LIII

Días antes de que los españoles entraran en Oporto, dos emisarios del prior habían salido de aquel puerto a bordo del *Rainha Felipa.* Su destino era el puerto francés de Burdeos. La travesía fue mucho más complicada de lo previsto y el barco estuvo a punto de zozobrar en aguas del golfo de Vizcaya cuando estaba a la vista de las costas de Aquitania.

Una vez en tierra, marcharon a Chenonceau, donde Catalina de Médicis pasaba los meses del estío, que ya declinaba. Ella era la verdadera reina de Francia porque su hijo, Enrique III, prestaba escasa atención a los asuntos de gobierno y se dedicaba a disfrutar de los placeres de la vida junto a sus amigos, a los que se conocía como los *mignons*. La frivolidad de sus fiestas provocaba no poco escándalo. La reina había logrado que la que fuera favorita de su esposo, Diana de Poitiers, le entregase aquel castillo a cambio de otro, situado a pocas leguas. Se alzaba a orillas del Cher y Catalina había mandado construir sobre el puente que unía el castillo con la otra ribera del río una amplia galería, bajo cuyo suelo discurría el cauce.

Para los portugueses, la última dificultad de aquel azaroso viaje fue la larga espera hasta que se les concedió audiencia. Ese día aguardaban, impacientes, en la antecámara.

Uno de ellos se acercó al chambelán que controlaba las visitas.

—Aguardamos desde hace más de dos horas, ¿sabéis cuándo nos recibirá su alteza?

—En el momento que termine la reunión con el marqués de Villerroy. Os pido disculpas porque se está alargando más de lo previsto.

Discurrió otra media hora, por lo que el chambelán, para entretener la espera, los invitó a conocer algunas dependencias del palacio. Un vergel que llamaban la *orangerie*, donde se cultivaban naranjos traídos a principios de siglo desde Italia, y los hermosos jardines rodeados por las aguas del Cher. Luego los condujo a un salón cuyas paredes estaban enteladas con brillantes sedas. Iba a explicarles los detalles de un cuadro cuando apareció un criado que susurró algo a su oído.

—Su alteza los recibirá al punto. Hagan el favor de acompañarme.

Los dos hombres se sorprendieron cuando, en lugar de conducirlos a lo que esperaban fuera la estancia en cuya antecámara habían aguardado tanto rato, se dirigieron por una larga galería, uno de cuyos laterales estaba decorado con lienzos que colgaban de sus paredes y con muebles adosados a ellas, sobre los que se exponían delicados objetos de cristal o trabajados candelabros de plata. En el otro se abrían numerosas ventanas que llenaban de luminosidad la galería.

Salieron a la otra ribera del río y cruzaron los cuidados jardines hasta un templete de inspiración clásica, alzado entre los parterres que se extendían ante la fachada principal de aquel hermoso castillo que aún conservaba trazas de haber sido una fortaleza medieval, pero ahora presentaba un aire palaciego.

Catalina de Médicis, sentada ante una mesa de piedra, estaba acompañaba por Villerroy y tomaban ambos limonada. Vestía un amplio vestido de una sola pieza completamente negro, por la pechera asomaban los blancos y rizados encajes del cuello de su camisa, blancura que también podía verse en sus puños. Cubría su cabeza con un tocado en forma de medialuna forrado de seda y adornado con diminutas perlas y con un velo de ligera gasa negra que dejaba entrever algunos rizos de color cobrizo. Era mujer entrada en carnes y de avanzada edad, rondaría los sesenta años. No obstante, conservaba la lozanía en su rostro, donde apenas se apreciaban las arrugas que dejaba marcadas el paso del tiempo. La

mirada de sus negros ojos no había perdido la fuerza y viveza que la habían convertido en una mujer fuerte, capaz de afrontar con entereza los muchos reveses que la vida le había deparado. Iban desde la infidelidad de su esposo el rey Enrique II, quien exhibió públicamente sus amores con Diana de Poitiers, hasta haber visto morir a la mitad de sus diez hijos, incluida Isabel que, en otro tiempo, había convertido a Felipe II en su yerno.

—Sed bienvenidos. —Los saludó el marqués, poniéndose en pie y dejando sobre la mesa la copa que sostenía en su mano.

—Majestad. —Los portugueses se destocaron de sus emplumados sombreros e hicieron una cortesana reverencia.

—Se me ha dicho que traéis un mensaje de don Antonio de Avís.

—Así es, señora. —Quien respondió sacó de su bocamanga un pliego.

—Leedlo vos mismo —le indicó Catalina, antes de que se lo entregara.

El portugués rompió los dos lacres.

Recibid, Cristianísima Majestad, mis saludos.

Puesto a vuestros pies, beso vuestra mano, al tiempo que os pido la ayuda, en bien del reino que con sabia mano gobernáis.

Me he visto en la necesidad de defender, con las armas en la mano, los derechos que a mi persona corresponden, como descendiente del rey don Manuel, primero de ese nombre en Portugal, mi abuelo y señor, ante la invasión de tropas del rey de España a estos mis reinos y señoríos. No escapará a vuestra perspicacia que el engrandecimiento de sus dominios, caso de que incorporase a sus reinos la corona de Portugal y sus extensos territorios de ultramar, acrecentarían su poder en forma tal que supondría una grave amenaza para todos los reinos de la cristiandad. Es por ello por lo que, puesto a vuestros pies, solicito la ayuda que podáis prestar a mi empeño de ser el rey de Portugal como desea el pueblo lusitano.

Espero y deseo que esta petición, que afecta también a la seguridad de vuestros dominios por las razones que van expuestas, sea atendida como merece la situación por la que atravieso.

Dada en Oporto a quince días del mes de septiembre de mil y quinientos y ochenta años, puesto a los pies de Vuestra Majestad y besando vuestra mano.

Antonio, rey de Portugal

—Vuestro rey nos pide ayuda, pero no la especifica —respondió Catalina de Médicis.

—Toda la que sea posible. Eso queda a criterio de vuestra alteza.

—Las noticias que nos llegan es que los españoles apenas encuentran resistencia y que ciudades como Elvas, Évora o Setúbal no les han hecho frente y sus autoridades han jurado lealtad al rey de España.

Villeroy sacó un pliego de una carpetilla que había sobre la mesa.

—Los españoles han deshecho el ejército de don Antonio en la batalla que se libró a las puertas de Lisboa y han tomado ya la ciudad.

La conversación había llegado al punto que Catalina de Médicis había previsto para poder exigir lo que deseaba.

—Eso no significa que no valoremos ayudarle —añadió Catalina de Médicis de forma inmediata—. Como vuestro rey dice, si se añaden los dominios de Portugal al Imperio español, el poder de su rey será una amenaza para todos. —Después de dar un sorbo a la limonada, dejó la copa en la mesa y se levantó con cierta dificultad—. El marqués ajustará los términos de nuestra ayuda y lo que deseamos a cambio. Ahora he de retirarme. Me llaman otras obligaciones.

Los enviados de don Antonio permanecieron en Chenonceau y sostuvieron varias reuniones con Villerroy en los días siguientes. Cerraron los preliminares del acuerdo. Francia pondría a disposición de don Antonio una flota de no menos de medio centenar de barcos más los transportes necesarios. En ella embarcarían cinco mil soldados. Con esa poderosa flota —Villerroy afirmaba que sería la más grande que jamás se había reunido en Francia—, ayudarían a la causa del prior. Pretendía con ello doblegar el poderío naval español, que era el principal soporte de su imperio ultramarino.

—A cambio —señaló el secretario—, Francia quiere disponer de ciertos territorios en las costas de Brasil.

En Badajoz, la situación era cada día más complicada. El número de muertos era muy grande. Todos los días se daba sepultura a varias docenas de personas al haberse desatado una epidemia de tabardillos maliciosos. El contagio se había iniciado en los últimos días de verano y cundió la preocupación cuando el rey enfermó.

—Majestad —el doctor Luis de Mercado no sabía cómo decirle a la reina el grave peligro que amenazaba a don Felipe—, los síntomas son preocupantes.

—¿Supone que su vida corre peligro?

—Es mi deber no ocultároslo, mi señora.

—¿No hay ningún otro tratamiento para este mal? —Doña Ana de Austria miraba fijamente al médico, como si tratara de leer en sus ojos la gravedad de la enfermedad que aquejaba al rey.

—He probado todo lo que está al alcance de mi ciencia. He aplicado a su majestad cámaras, varios purgantes y hecho cuatro sangrías en que he alternado la lanceta con las sanguijuelas. Lamento deciros, mi señora, que la fiebre no lo abandona. La calentura es muy alta y la tos lo ahoga. Está…, está en manos de Dios.

Aquella noche, al igual que las anteriores, desde que don Felipe había caído enfermo, doña Ana, pese a que el doctor Mercado no era partidario porque podía contagiarse del mal que aquejaba a su esposo, apenas se apartaba de la cabecera de su lecho. No dejaba de aplicarle en la frente paños empapados en agua fría. Muy preocupada por la salud de don Felipe, su rostro se contraía cada vez que el cuerpo del rey se agitaba, presa de convulsiones, y decía cosas sin sentido. Cuando, con las primeras luces del día, sonaron las campanas del convento de Santa Ana, llamando a misa, salió de la alcoba, se lavó la cara y recompuso su peinado, ayudada por una de sus damas.

—Vamos a misa y a pedir a Dios por la salud de su majestad —ordenó a dos de ellas.

La reina oyó misa de hinojos y bisbiseando oraciones. Aquella tarde la fiebre que aquejaba a don Felipe empezó a remitir. Otra vez,

pese a que la camarera mayor le pedía que se retirase a su alcoba y descansase, que ella lo dispondría todo para que don Felipe estuviera atendido, permaneció toda la noche en vela, aunque vencida por el sueño dio algunas cabezadas. El rey estuvo mucho más tranquilo. Apenas tuvo ataques de tos.

Al día siguiente, el doctor Mercado respiró aliviado.

—Parece, mi señora, que la calentura remite.

—Alabado sea Dios.

El médico comprobó que las mejillas de la reina estaban enrojecidas y que su miraba había perdido viveza. No le gustó.

—Majestad, estáis agotada. Lleváis muchas noches de vigilia. Deberíais descansar.

La reina no oyó sus últimas palabras porque se desplomó sin sentido. Mercado no se atrevió a sostenerla para que no cayera al suelo. Tocar a la reina era algo que la rigurosa etiqueta de la corte no permitía. Fueron las damas, que acudieron a toda prisa, quienes la llevaron a su alcoba, la desvistieron y la acostaron.

Los días siguientes se vivieron con inquietud en la casa del señor de Lapilla. Conforme el rey recuperaba la salud, la de la reina empeoraba.

—Majestad, la enfermedad de la reina, mi señora, no remite. No hay forma de bajar la fiebre y la enfermedad presenta síntomas preocupantes. El exceso de bilis negra en su majestad es muy grande.

La reina falleció a los treinta años de edad. Badajoz se vistió de luto. Los balcones de muchas casas fueron cubiertos por telas negras en señal de dolor. Las campanas de todas las iglesias de la ciudad doblaban anunciando la muerte de Ana de Austria. La tristeza llenaba calles y plazas. En los mercados, los vendedores no pregonaban a voz en grito sus productos para atraer a los compradores.

Las exequias se celebraron en la catedral, donde se instaló un túmulo con el catafalco donde reposaban los restos mortales de la que había sido la cuarta esposa de Felipe II. El rey, que presidía el funeral oficiado por el patriarca de las Indias, asistido por numerosos prelados y en presencia del nuncio papal, ofrecía una imagen

demacrada. No se había recuperado totalmente de la enfermedad padecida, la misma que había llevado a su esposa a la tumba. En el pálido rostro del monarca se reflejaba su dolor. Celebrado el funeral, el cadáver de la reina fue llevado al convento de Santa Ana, donde recibió, temporalmente, sepultura.

El rey se retiró a un monasterio para guardar los días de luto prescritos.

En las principales ciudades y villas del reino, incluso en las más apartadas aldeas, se celebraron funerales y decían misas por el eterno descanso de la reina. Cuando el duque de Alba tuvo noticia, ordenó que se guardase el luto que correspondía a la reina. En la catedral se levantó un túmulo enlutado y el arzobispo Almeida celebró un solemne funeral presidido por el duque, vestido de riguroso luto. Asistieron todas las autoridades y la catedral se llenó de un público variopinto que desfiló ante el catafalco y manifestó su pesar por la pérdida de la reina.

En las calles de Lisboa apenas se alteró la vida cotidiana. En *A Casa dos Passarinhos* se comentaba el suceso.

—¡Castigo de Dios! —afirmaba Couto con mucha vehemencia—. ¡No es de cristianos lanzar una excomunión sobre quienes en público defienden los derechos de quien debe ser nuestro rey!

—¡No digáis bobadas! —lo recriminó don Bastián—. ¡Qué tendrá que ver una cosa con otra!

—¡Dios, que todo lo ve, ha actuado!

—¿A qué os referís con eso de la excomunión? —preguntó Farinhas.

Couto lo miró sorprendido.

—¿No os habéis enterado?

—No, ya sabéis que he estado en la cama casi medio mes con este maldito catarro, que no acaba de irse.

—Se ha hecho público en todas las iglesias del reino un breve pontificio amenazando con penas de excomunión a los clérigos que desde el púlpito se muestren defensores de los derechos del prior o

que usen el confesionario para ello. El papa se ha plegado a las exigencias del *Espanhol*.

—Eso último que habéis dicho es cierto —replicó don Bastián—, pero estaréis de acuerdo conmigo en que ni el púlpito ni el confesionario deben usarse para los fines con que muchos párrocos y frailes los están utilizando.

LIV

Diego había contado a Leonor lo que había sacado en limpio de las conversaciones con Grijalbo y la *Choricera*.

—Es posible que María esté en Toledo.

—Dadlo por seguro —le dijo ella—. En Madrid los acusados están muy pocos días. Como aquí sólo hay un comisario, los trasladan a Toledo, que es donde está el tribunal, y si todo eso ocurrió hace varios meses…

—Tendré que viajar a Toledo.

—Creo que perderíais el tiempo. En el Santo Oficio no dan información. Los procesos son secretos.

—Entonces, ¿quién podría dárnosla?

—Dejadlo de mi mano. —Diego arqueó sus cejas—. Preguntaré a mi padre. Tal vez él pueda…

Aquella misma tarde Leonor y Diego visitaron a don Leopoldo.

—Tendré que escribir a Toledo, porque mi relación con el comisario del tribunal de Madrid es mala. Hemos tenido algún desencuentro, porque es un fanático. Aunque es cierto que las denuncias tienen consecuencias, son cada vez más los tribunales que las estudian detenidamente, porque se ha demostrado que, en muchas ocasiones, son presentadas por la inquina que el acusador tiene al denunciado. Pero Sandoval actúa con una ligereza… Hace algún tiempo quiso prender a don Melchor de Torreblanca porque había leído el *Elogio de la locura* de Erasmo, obra que se encuentra en el *Índice* de los libros prohibidos. Ignoraba que don Melchor, que

también es familiar del Santo Oficio, tiene licencia para leer obras prohibidas, igual que la tengo yo.

—Se lo agradezco a vuesa merced —contestó Diego.

—Padre, ¿vos tenéis licencia para leer libros del *Índice*?

—¡Claro que la tengo! —Parecía ofendido con la pregunta—. ¡Como la tienen muchas otras personas! Si bien, no todo el mundo está preparado para leer determinadas obras, porque se requiere de cierta solvencia moral e intelectual. Me incomoda mucho leer algunas de las cosas que se están escribiendo al respecto en Italia, en Inglaterra y sobre todo los herejes de Flandes. ¡Lo hacen por atacar a España, con la que no pueden en los campos de batalla! Ahora, al haber su majestad incorporado Portugal a sus dominios, están redoblando sus insidias.

—¿Qué dicen? —preguntó Diego.

—Sandeces. Señalan, por ejemplo, que el *Índice* es una muestra más de nuestra intolerancia y fanatismo, el más abyecto de nuestros inventos. ¡Que eso lo escriban los ingleses cuando la primera relación de libros prohibidos la publicó su rey Enrique VIII antes de convertirse en un hereje! ¡Hace de eso más de medio siglo! También llama la atención lo de los franceses, cuando la Sorbona redactó un índice de lecturas prohibidas hace casi cuarenta años. El Santo Oficio lo publicó después, y tratan de hacer creer que es un invento nuestro.

—Algo parecido ocurre en los campos de batalla —apostilló Diego.

—Pues ¿sabe vuesa merced qué es lo peor de todo? —Don Leopoldo se respondió a sí mismo—: Que muchos aquí dan pábulo a todo lo que cuentan de nosotros más allá de nuestras fronteras. En fin, don Diego, dadme algunos datos sobre esa persona.

—Se trata de una mujer que fue detenida hace seis o siete meses. Se llama María y…

—¿Está acusada de judaizar?

—No, al menos que yo sepa. Es mujer entendida en las propiedades de las hierbas y capaz de elaborar algunos remedios con plantas y otras sustancias. Por lo que he podido averiguar, está acusada de brujería.

—¿Brujería? ¡Los inquisidores prestan poca atención a esas denuncias! ¡Donde las queman es en otros sitios! Dicen que en el Sacro Imperio han mandado a la hoguera a docenas de miles. También en Ginebra Calvino y sus seguidores han quemado a muchas. Aquí se le concede poco crédito a eso de que vuelan subidas en escobas y que se refocilan con Satanás en orgías donde se sacrifican niños.

—No sé si la habrán acusado de alguna otra cosa.

—¿Esa María es familiar vuestra?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿a qué viene vuestro interés por ella?

—Disculpadme, por ahí tenía que haber empezado. María mantenía contactos con un boticario que tenía su oficina en la calle del León…

—¿El boticario cuyo cadáver apareció en la ribera del Guadarrama?

—Sí.

—Se dijo entonces que quienes lo asesinaron lo habían torturado para arrancarle alguna confesión.

—Así es. Fui yo quien encontró su cadáver, después de la información que me dio el párroco de San Ginés. El alguacil mayor me encomendó las pesquisas y supe de la existencia de esa María, que le proporcionaba hierbas. He seguido la pista a esta mujer y lo último que he averiguado es que un espadachín llamado Inchausti, uno de los posibles asesinos del boticario, logró localizarla y, tras intentar que confesara algo, fue denunciada al Santo Oficio y detenida.

—¿Un espadachín denunciando por brujería? ¡Eso sólo puede admitirlo un fanático como Sandoval!

—Es probable que no la denunciara Inchausti, aunque por lo que he averiguado ese espadachín tiene relaciones con personas de mucha autoridad.

—Pero, vos, ¿no habéis dejado vuestro trabajo?

—La muerte de ese boticario quedó pendiente y estoy intrigado. Me gustaría resolverlo porque el caso está lleno de misterio. Os haré

una confidencia. Ese boticario logró transmutar un metal vil, quizá plomo, en otro noble.

—¿Me estáis diciendo que consiguió la piedra filosofal? Siempre he tenido todo eso por infundios llenos de fantasías.

—Tengo en mi poder la plata que obtuvo y un platero experto certifica que es de una calidad y pureza como jamás había visto. Estoy convencido de que quienes acabaron con su vida buscaban arrancarle ese secreto.

—Está bien, mañana haré ciertas averiguaciones.

Al día siguiente, don Leopoldo de Rojas escribió al inquisidor del tribunal de Toledo, pidiéndole información de una mujer que había sido detenida en Madrid hacía cosa de seis o siete meses, cuyo nombre era María y posiblemente estaba acusada de brujería.

La búsqueda del prior continuaba, pero los lugareños se mostraban reticentes a dar cualquier clase de información a aquel contingente de soldados españoles.

—Pero… ¿no han visto a un grupo de jinetes?

—No, no. —El viejo marino portugués, que remendaba unas redes, acompañaba sus palabras con un gesto de negación.

Tampoco lograron información de un grupo de mujeres que destripaba y salaba bacalaos para colgarlos y que se secasen.

—*Ninguém passou por aquí.*

—Nos están mintiendo, mi capitán —comentó uno de los cabos—. No hay más que mirarlas a los ojos.

El capitán dudaba acerca de qué hacer cuando se le acercó un sujeto entrado en años y de aspecto desaliñado.

—*Eles procuram o anterior prior do Crato?*

—¿Qué dice?

—Pregunta si buscamos al prior de Crato.

—Dile que sí y pregúntale si sabe algo.

La conversación fue breve.

—Quiere diez escudos por la información.

El capitán, después de un momento de duda, le dijo:

—Dile que se los daré si la información nos conduce hasta él.

Ahora la conversación fue algo más larga.

—Dice que el prior llegó, acompañado por una treintena de jinetes, hace como seis horas, pero que el mal tiempo le impidió embarcar como tenía previsto y que se marchó por el camino que lleva a Ponte da Lima. Una localidad del interior que está en la ribera del río que desemboca aquí.

—Dile que esa información no vale diez escudos.

Tras otra larga conversación, supo que en la nao donde iba a embarcar había varios franceses y que seguía atracada en el puerto.

—Vayamos adonde está esa embarcación. Si está atracada, le daremos los diez escudos.

Efectivamente, la nao era la *Madre de Dios*. El capitán era portugués y en su tripulación había algunos marineros franceses. Decía que habían descargado vino y permanecían en puerto porque el tiempo era malo.

—Regresaremos a Oporto en cuanto el temporal amaine.

Entregaron los diez escudos al sujeto y decidieron pasar allí la noche. Improvisaron un campamento, montaron centinelas en un perímetro de seguridad y, al amanecer, se pusieron en marcha hacia Ponte da Lima, llegarían siguiendo el curso del río que daba nombre a la población.

No habían cabalgado media legua cuando se encontraron colgado de un árbol al sujeto que les había facilitado la información.

—¡Vaya! ¡No ha podido disfrutar los diez escudos!

Ponte da Lima estaba a unas siete leguas y llegaron cuando las campanas de la iglesia señalaban que era la hora del ángelus. Supieron que por allí había pasado el prior, pero ya se había marchado. La información se la dio un posadero al que amenazaron con prender fuego a la posada.

—¡Este bastardo es escurridizo y, además, cuenta con el apoyo de los lugareños! ¡Será difícil que demos con él! —comento el alférez—. Lo único que tenemos claro es que busca abandonar Portugal.

—No lo tengo tan claro. ¿Por qué ha venido hacia el interior?

—Porque le pisamos los talones, mi capitán. Si sigue hacia el norte llegaría al Miño, y ese es un terreno peligroso para él. La presencia

de esos franceses en el barco indica que, tal vez, su destino sea Francia.

Tras varios días de pesquisas, que resultaron inútiles porque el prior parecía haberse volatilizado, regresaron a Oporto donde estaba Dávila, que volvió a Lisboa con las manos vacías y sólo alguna información.

Se le buscó por todas partes. Se registraron barcos en puertos y fondeaderos, se siguieron varias pistas falsas, dadas para despistar a quienes le buscaban. Hubo numerosas detenciones y se aplicaron castigos, pero todo resultó inútil.

LV

Felipe II continuaba en Badajoz. Preocupaba que el rey estaba taciturno y con el ánimo decaído. Todos los días acudía a oír misa al monasterio de Santa Ana y después pasaba las horas, sentado en un sillón, ante la sepultura de su esposa. A diario llegaban cartas de Moura en las que le suplicaba que no demorase su entrada en el reino. Le pedía que lo hiciera con indumentaria de magistrado y no de soldado «*para que los portugueses no crean que Vuestra Majestad no se fía de ellos, porque siendo así nunca conquistaría sus corazones, que era el negocio principal de su presencia en el reino*». Pese a las urgencias, Felipe II retrasó el viaje debido a lo decaído de su ánimo por la muerte de la reina y porque llegaron a Badajoz noticias de que un nuevo brote de contagio se había declarado en algunos barrios de Lisboa. Eran secuelas del que había obligado a que las Cortes se reunieran en Almeirim.

Aquellas circunstancias hicieron que no cruzara la raya hasta el cinco de diciembre, una vez concluido el luto oficial. Su itinerario era incierto y se determinaría en función de las noticias que se tuvieran sobre la situación de la salud en Lisboa. La primera ciudad a la que llegó fue Elvas. Las autoridades salieron a recibirle fuera de sus muros, le rindieron pleitesía y entró en la ciudad bajo un palio. Vestía jubón negro, donde llevaba bordadas las armas de Portugal. Su única concesión al lujo era la cadena de oro que sostenía el emblema del Toisón de Oro. En la puerta de la catedral lo esperaban el obispo y el cabildo catedralicio. Asistió a misa y después se retiró a sus aposentos.

—Su majestad necesita descanso, no se ha recuperado —decía el doctor Mercado al secretario Zayas.

—Su presencia aquí es muy necesaria. Supongo que vuesa merced está al tanto de que el prior, al conocer la muerte de la reina, que gloria de Dios haya, publicó que también el rey había fallecido.

—Por lo que ha llegado a mis oídos es un enredador y no tiene empacho en mentir. Está obsesionado con alcanzar el poder a cualquier precio. ¿Es cierto que su majestad ha ofrecido ochenta mil ducados a quien facilite datos que permitan dar con su paradero y prenderlo?

—Así es, pero no se ha conseguido nada. Una suma tan elevada indica la importancia que se da a este asunto, por no hablar de que el rey se haya puesto en camino.

El médico asintió con ligeros movimientos de cabeza, antes de decir:

—No discutiré la importancia del viaje, pero no olvide vuesa merced que la salud del rey es lo primordial.

Los duques de Braganza estaban en Vila Boim, una pequeña localidad que distaba poco más de dos leguas de Elvas. Allí esperaban a don Felipe.

—Señor, mi opinión es que vuestra majestad tuviera algún detalle con los duques. Su renuncia al trono allanó mucho el camino —indicó Granvela—. Podríais otorgar al duque algún honor significativo.

Felipe II lo miró. Era de los pocos que le sostenían la mirada.

—¿Miembro de la Orden del Toisón?

—Si lo tenéis a bien… Endulzará privarlo del cargo de condestable. Si vuestra majestad lo considera oportuno, podría decirle a Braganza que ese título pasará a su heredero cuando Alba, quien lo ostenta como autoridad militar del reino, cuya edad es muy avanzada, vaya al encuentro del Creador.

El veintitrés de diciembre el rey llegó a Vila Boim. Se alojó en el palacio de los duques y compartió con ellos la cena.

—Majestad, os estamos muy agradecidos por el honor que nos hacéis. Ser caballero del Toisón de Oro…

—Vuestra excelencia honra esa Orden que reúne a las principales personalidades de la cristiandad. Quiero que sepáis que, al estar el duque de Alba al frente de nuestro ejército, es quien ostenta el cargo de condestable. Pero sabed que una vez que deje el mando del ejército, lo será vuestro hijo.

Tal y como había previsto Granvela, la sonrisa que, por un momento se había borrado del rostro de Braganza, volvió a su semblante y la cena discurrió de forma plácida. Al otro día regresó a Elvas.

La celebración de la Navidad estuvo marcada por la tristeza. El recuerdo de doña Ana —apenas habían transcurrido dos meses de su fallecimiento— estaba presente. No hubo villancicos. Se celebró un auto en el que se representaba el nacimiento del Niño Jesús y la adoración de los pastores. El rey cenó solo y de formal frugal, y asistió a la misa del gallo acompañado por los Braganza.

Los días siguientes, el rey estuvo retirado. Pasaba las horas leyendo papeles y respondiendo correspondencia o en oración en la capilla. Asistió el día veintiocho a un auto en la plaza, frente a la fachada principal de la catedral. Se representó la matanza de los inocentes por orden de Herodes.

El primero de enero de 1581 fue un día lluvioso. El cielo encapotado y el frío imperante invitaban al recogimiento. Las últimas cartas de Moura corroboraban el contagio y hacía poco aconsejable que el rey viajase a Lisboa. Aquella tarde llamó a Zayas y le encomendó buscar un lugar a propósito para reunir las Cortes que habían de proclamarlo monarca de Portugal.

Después de días grises y lluviosos, el día de la Epifanía lucía un sol espléndido, pero no espantaba el frío. El rey almorzó solo en su alcoba: un plato de bacalao frito rebozado en harina, acompañado de coliflor. Apenas hubo terminado llamó a Zayas.

—Majestad… —El secretario combatía el frío con un grueso tabardo de lana y protegía sus manos con unos mitones de paño de Béjar, de los que había comprado varios pares en un mercado de Badajoz.

—¿Habéis pensado en el sitio más adecuado para reunir las Cortes?

—Si vuestra majestad descarta definitivamente Lisboa, deberá ser un lugar con capacidad para albergar a los procuradores y a la corte, y que tenga un sitio a propósito para dar al acto la solemnidad que vuestra proclamación requiere. He pensado en la ciudad de Tomar; está cargada de historia, pues fue la principal sede de la Orden del Temple y ahora lo es de la Orden de Cristo. Vuestra majestad es maestre de esa Orden y sería un reconocimiento a su importancia, frente a los Hospitalarios de San Juan, cuyo priorato ostenta don Antonio. El convento, que está a las afueras de la ciudad, es lugar, según las noticias que tengo, adecuado para que las Cortes se reúnan con la debida solemnidad. Tiene capacidad para alojar a gran número de personas, y lo más importante: el lugar goza de salud y tampoco hay contagio en muchas leguas a la redonda.

Conforme lo escuchaba, el rostro del rey, impenetrable la mayor parte de las veces, mostraba satisfacción.

—¿Dónde queda Tomar?

Gabriel de Zayas, que era hombre precavido, algo que el rey valoraba mucho, sacó del cartapacio un mapa.

—Aquí está Tomar, majestad. El mejor camino sería viajar hasta Arronches, que queda a unas ocho leguas. —El secretario iba recorriendo el mapa con su dedo—. Luego habría que dirigirse a Crato…

—¿A Crato? —A Felipe II parecía haberle picado una víbora.

—Señor, hay otras rutas, pero ir a Crato tiene un valor simbólico, como lo tiene que las Cortes se reúnan en Tomar.

Felipe II se acarició el mentón. El secretario tenía razón.

—Nos detendremos en Crato. Serán los caballeros de la Orden del Hospital quienes nos den alojamiento. Proseguid.

—Desde Crato iremos a Abrantes, por donde cruzaremos el Tajo. Las últimas jornadas nos llevarán hasta Tomar.

—¿Qué distancia nos separa de Tomar?

—Cerca de cincuenta leguas.

Felipe II se acarició el mentón con aire reflexivo.

—Como el Lunes de Pascua se celebra este año el dos de abril, será a partir de esa fecha, concluida la Semana Santa, cuando las

Cortes del reino se reunirán en Tomar. Comunicadlo al Consejo de Regencia.

Aquella tarde, João de Mascarenhas y Diogo Lopes de Sousa, miembros del Consejo de Regencia y decididos partidarios de don Felipe, eran recibidos por el rey.

—Majestad, la situación del reino es de suma pobreza, después de los grandes gastos que supuso la desgraciada expedición a Berbería y los muchos dineros gastados en la redención de cautivos, apelamos a vuestra majestad para afrontar los gastos que supone la celebración de las Cortes.

Felipe II no dudó en responder afirmativamente:

—La Real Hacienda se hará cargo de los gastos de los procuradores.

—Muchas gracias, señor. Así se comunicará a las noventa y dos ciudades que están representadas en las Cortes, además de quienes lo hacen en nombre de la nobleza y del estado eclesiástico. Si cuenta con vuestra aprobación, en la carta que se envíe a las ciudades para la elección de procuradores se indicará que, en dichas Cortes, se os jurará por verdadero rey y señor de estos reinos y señoríos. Se os dará obediencia según conviene a derecho y también al príncipe don Diego, como vuestro legítimo sucesor.

A Felipe II le preocupaba el posicionamiento que tuvieran los casi doscientos procuradores que representaban a tan elevado número de ciudades. En Castilla sólo dieciocho ciudades tenían asiento en las Cortes.

LVI

Habían pasado muchas semanas desde que don Leopoldo de Rojas escribió al tribunal del Santo Oficio en Toledo cuando llegó a su casa una carta con sello de lacre que representaba una cruz de nudosa madera flanqueada por una espada y una rama de olivo, lo que indicó a don Leopoldo que era la respuesta esperada. Se caló las antiparras y lo leyó con avidez. Luego hizo sonar la campanilla y al instante un criado pedía permiso para entrar en su despacho.

—¿Ha llamado el señor?

—¡Que vayan a casa de mi hija! ¡He de hablar con don Diego! ¡Sin pérdida de tiempo!

Leonor y Diego llegaron cuando en el reloj de la vecina iglesia estaban dando las seis y la noche caía sobre Madrid. Hacía frío y amenazaba lluvia.

Don Leopoldo, después de besar a su hija en la frente, como siempre hacía, saludó a su yerno.

—¡Noticias de Toledo! —Mostró la carta que sostenía en la mano —. Dicen que María de la Torre…

—¿De la Torre?

—Así se apellida y según su confesión es natural de El Barco de Valdeorras, en Galicia.

—¿Está en Toledo?

—Sí, y la acusación no era de brujería. ¡Ya me extrañaba que la Inquisición abriera un proceso por un asunto como ese!

—¿De qué se la acusó?

—De judaizar. Es conversa, por vía paterna y materna.

—¿Por qué han tardado tanto en responder?

—Aquí se me dice que no es habitual dar información de un proceso. Ha tenido que autorizarlo el inquisidor general y sólo lo han hecho cuando el proceso ha concluido. ¡Esa es la mejor noticia!

—¿Por qué dice eso vuesa merced?

—Porque María ha reconocido su falta, ha *abjurado de levi* y se ha reconciliado con la Iglesia. Dictarán su condena en un auto de fe donde se hará pública su pena: una multa de veinte ducados que, si no pudiera pagar, se castigará con cuarenta azotes a razón de dos azotes por ducado, y llevará un sambenito durante dos años.

—¿Hay fecha para ese auto de fe?

—Será el tercer domingo de febrero.

—¡Eso es dentro de cuatro días! —exclamó Diego—. ¡A esa mujer van a azotarla! ¡No creo que disponga de veinte ducados!

—En vuestra mano está evitarlo.

Al día siguiente, montando un corcel de brillante pelo negro y acompañado de un criado —fue exigencia de su esposa—, dejaba atrás la Puerta de Toledo poco después del amanecer. Si forzaban la marcha podrían hacer noche en su destino. La distancia eran doce leguas.

Apenas se detuvieron. Lo justo para que los caballos recuperasen algo de resuello. Gracias a ello estaban en Toledo cuando las campanas daban el toque de oración. Cruzaron la Puerta de Bisagra poco antes de que la cerraran y encontraron alojamiento en una posada que había cerca de Zocodover.

Era mediada la mañana cuando Diego visitó a un canónigo, que era arcediano de Talavera y con quien tenía una vieja amistad. Ese canónigo había sido capellán en el tercio de Sande, hacía ya muchos años, cuando él era un joven soldado. Había salvado la vida al clérigo poco antes de que abandonara el ejército y opositara a una canonjía de la catedral toledana, que ganó con brillantez.

Sancha, el ama de llaves de don Santiago de Quintanilla, que era el nombre del canónigo, lo recibió con cajas destempladas.

—¡Su ilustrísima no lo recibirá sin haberse anunciado!

—Decidle que desea verlo el capitán Diego de Paz.

La vio marcharse murmurando protestas, pero muy poco después el canónigo aparecía con una sonrisa en el rostro. Rondaría los sesenta años.

—¡Don Diego, qué alegría volver a veros!

Se fundieron en un abrazo.

—¡Pasad, pasad! ¡Estáis en vuestra casa!

Terminadas las efusiones del encuentro y de contarse algunas cosas de su vida, Diego le explicó el motivo de su presencia en la ciudad.

—Efectivamente, pasado mañana se celebrará ese auto. Hay una treintena de penitenciados.

—María de la Torre, acusada de judaizar, ha admitido su culpa. La sentencia dice que ha de pagar veinte ducados, so pena de cuarenta azotes, y dos años de sambenito. He venido a pagar esos veinte ducados.

—¿Qué relación tenéis con ella?

—La conocí en unas pesquisas cuando era alguacil. Su testimonio es clave para esclarecer el asesinato de un boticario que mataron hace tiempo.

—Tendremos que ir a la sede del tribunal, que está junto a la iglesia de San Vicente. Os acompañaré.

La influencia del arcediano hizo que los recibiera uno de los comisarios.

—La penitenciada María de la Torre efectivamente será reconciliada en el auto de fe. Si paga la pena pecuniaria, se librará de los azotes.

—A eso he venido.

—¿Pagará vuesa merced los veinte ducados?

Diego sacó de su faltriquera una bolsilla, abrió los cordoncillos y las monedas relucieron sobre la mesa.

—Bien, en ese caso, no habrá azotes. Pero María tiene otras cuentas pendientes de las que ha de responder, antes de quedar libre.

—¿Qué cuentas son esas?

El comisario sacó un cuaderno y lo hojeó hasta encontrar lo que buscaba.

—María ha estado presa, desde el día de su detención, once meses y seis días. Todo ese tiempo ha habido que mantenerla. Esos gastos están en su debe. La suma, a razón de dieciséis maravedíes cada día, se eleva a catorce ducados, seis reales y cuatro maravedíes. A ellos hay que añadir otros gastos derivados de su estancia y proceso que suman cuatro ducados y seis reales. En total, veintiún ducados, un real y cuatro maravedíes.

A Diego aquello le parecía una ignominia. Iba a protestar cuando el canónigo se adelantó:

—También se pagarán, como solicita vuestra paternidad.

Diego hizo efectiva la cantidad y, una vez fuera, el canónigo le dijo:

—Lo mejor es avenirse y no discutirles. Creedme, los conozco bien.

Al día siguiente, víspera del auto de fe, se llevó a cabo la procesión de la Cruz Verde. El estandarte de la Inquisición fue llevado con mucha solemnidad hasta Zocodover, escoltado por un piquete de soldados y los miembros del tribunal, a quienes acompañaban familiares del Santo Oficio y muchos vecinos. Allí fue colocado, en el lugar reservado para ello, cubierto con un velo negro. Numerosos familiares se relevarían en su custodia hasta que se celebrara el auto.

El domingo amaneció un día soleado. En Zocodover se había alzado un estrado para las autoridades religiosas y civiles. Presidiría el auto, en ausencia del arzobispo, el deán del cabildo, a quien acompañaría el corregidor, los priores de las órdenes religiosas con convento en la ciudad y miembros de las más linajudas familias toledanas. Se habían colocado unos graderíos y por un asiento se pagaban dos reales. Los balcones estaban engalanados: lucían tapices y reposteros donde podían verse escenas religiosas y los blasones de las familias propietarias de las viviendas. La gente se había acomodado desde el amanecer dispuesta a disfrutar del espectáculo.

Acababan de dar las ocho cuando llegó el estandarte de la Cruz Blanca, que enarbolaba el fiscal del tribunal montado en un caballo tordo de gran alzada. Tras él aparecían los penitenciados, todos ellos

con las manos atadas y vestidos con los sambenitos. En aquellas casullas estaban pintadas, mediante símbolos, las culpas y las penas a que había sido condenados. Llevaban sobre su cabeza la coroza, un cucurucho, también pintado y sujeta al cuello con una cinta negra.

Diego, a quien el arcediano de Talavera le había buscado un lugar acomodado, trataba de localizar a María. Sin duda, después de aquellos meses de cárcel estaría muy desmejorada. Se sumaba a ello que los sambenitos y las corozas suponían un añadido más para dificultar su identificación.

Tras los penitenciados aparecieron los familiares, todos ellos vestidos con jubón, calzas y medias negras, y miembros de las órdenes religiosas de la ciudad vestidos con sus hábitos, lo que permitía identificar a dominicos, agustinos, franciscanos, carmelitas…

Cada cual ocupó el lugar que le correspondía.

Diego creyó ver a María cuando su mirada se cruzó con la de una mujer demacrada a la que se le veían, por los bordes de la coroza, unas guedejas cobrizas. Un orondo dominico subió a un púlpito y, apagados los gritos de la muchedumbre contra los penitenciados, pronunció un sermón donde exaltó los valores de la religión, abominó de las herejías que amenazaban a la fe y, finalmente, se dirigió a los penitentes que no habían abjurado de sus pecados para que se arrepintieran antes de morir. Había dos condenados a muerte que serían quemados vivos si no se arrepentían. Si lo hacían, se les daría garrote antes de ir a la hoguera. Luego, otro clérigo fue llamando, uno por uno, a los penitenciados para leerles sus sentencias. En décimo segundo lugar pronunció el nombre que Diego estaba esperando:

—María de la Torre, acusada de judaizar. Celebraba los sábados, no comía carne de puerco y decía ciertas oraciones en fiestas propias de la secta de Moisés. Ha abjurado de sus faltas y ha sido condenada a vestir el sambenito durante dos años y al pago de una multa de veinte ducados que ha sido satisfecha.

María, a quien aterrorizaba ser azotada, se sorprendió al saber que la multa había sido pagada. No daba crédito a lo que acababa de oír.

—¿Cuándo la dejarán libre? —preguntó Diego al canónigo.

—Cuando termine el auto de fe, los penitenciados serán conducidos de nuevo a la cárcel, salvo quienes han sido condenados a muerte, que serán entregados al brazo secular para que los ejecute. Eso se hace en el quemadero que hay en un arrabal, más allá de la Puerta de Bisagra.

—¿Cuándo la dejarán en libertad? —insistió.

—Es posible que mañana. Acudiremos a la sede del Santo Oficio y veremos si es posible.

Los dos condenados por herejes no se arrepintieron y lanzaron insultos contra el tribunal y el clero, por lo que fueron amordazados.

En Lisboa corría un nuevo rumor: en un puerto francés se estaba organizando una poderosa flota para apoyar las pretensiones al trono de don Antonio, y que la reina Isabel de Inglaterra había dado autorización para que sus barcos actuasen como corsarios contra la monarquía española. Era de ese asunto y de que Felipe II había convocado las Cortes de lo que se hablaba en *A Casa dos Passarinhos*.

—No se van a celebrar en Lisboa —indicó Farinhas, después de dar un largo trago a su vino—, serán en Tomar.

—Supongo que el *Espanhol* —respondió Couto— quiere evitarse problemas.

—Por una vez estoy de acuerdo con vos —apuntó don Bastián—. Dicen que don Felipe es persona muy prudente y venir a Lisboa con el maldito brote de peste, que no acaba de remitir, supondría un riesgo.

—No me refiero a esos problemas, sino a otros que aquí tendría. Sabe que no lo recibiríamos con los brazos abiertos. Demasiados muertos en Alcántara y muchos robos y saqueos.

—La guerra no la comenzó don Felipe, sino el prior y, con un mal ejército como el que tenía, era de esperar lo que ocurrió. En cuanto a los robos y saqueos, no son comparables a los que tienen lugar cuando los vencedores entran en las ciudades conquistadas. Si don

Antonio no tuviera el ansia de poder que lo corroe, nada de lo ocurrido habría sucedido.

—Es nuestra esperanza. El que haya llegado sano y salvo a Francia, pese a la suma que ofrecieron los españoles a quien lo entregara, hace que la lucha esté lejos de concluir.

—Entonces, no os quejéis de los muertos que esa guerra traerá —le espetó don Bastián.

—He oído decir —intervino el *Dourado*— que la flota de las Indias ha pasado de largo y se dirige a un puerto francés.

—También lo he oído yo —dijo Farinhas.

—¡Ahí tenéis una muestra de patriotismo! —exclamó Couto—. El almirante busca que las riquezas no caigan en manos de los españoles.

—¿Patriotismo decís? ¡Muchas de las riquezas que transporta esa flota corresponden a mercaderes y comerciantes portugueses! —Don Bastián estaba indignado—. ¡Las han perdido! ¡Los franceses se cobrarán con ello la ayuda que van a prestar al prior! ¿Sabéis lo que ha pedido la reina de Francia?

—¡En Francia hay un rey, no una reina! —replicó Couto.

—¡Quien parte el bacalao en Francia es Catalina de Médicis, la madre del rey! ¡Ella es la reina! —Don Bastián había dado cuenta del poco vino que quedaba en su jarrilla—. ¡Ese rey es un mequetrefe que sólo está pendiente de afeites, de pintarrajearse la cara y de organizar fiestas con sus amigos!

—¿Qué le ha pedido? —preguntó Farinhas.

—Quiere un trozo de Brasil y concesiones comerciales en las Indias.

—¡Eso es propaganda de los partidarios del *Espanhol*! —exclamó Couto, que también había dado cuenta de su vino y alzado la jarrilla, poniéndola bocabajo para que la viera el tabernero.

LVII

Llegó el Miércoles de Ceniza y fueron muchos los lisboetas que acudieron a que les impusieran la ceniza sobre su cabeza, recordándoles que sólo eran polvo y en él se convertirían tras la muerte. Era el comienzo de cuarenta días de penitencia que conducirían a la conmemoración de la pasión de Cristo que culminaría el Domingo de Resurrección.

Felipe II, cuya mayor preocupación eran los votos de los representantes de las ciudades, dio instrucciones para que durante aquellas semanas se hicieran las gestiones necesarias para que los representantes que acudieran a Tomar fueran partidarios suyos. Se puso en camino, siguiendo la ruta que Zayas le había propuesto y llegó a Tomar el catorce de marzo. Se instaló en una de las celdas del convento de la Orden de Cristo y no alteró su costumbre de retirarse, en aquellas fechas penitenciales, para orar y hacer ayuno. Le llegaban numerosas propuestas y peticiones. Desde quienes esperaban recompensas por la lealtad mostrada una vez que se dio por perdido a don Sebastián y concluía el efímero reinado de don Enrique hasta otras muy diferentes.

—Vuestra majestad ha de decidir sobre una propuesta espinosa —le planteó Zayas—. Hay quienes desean que cerréis la Universidad de Coímbra.

Felipe II arrugó la frente. Coímbra tenía una larga tradición universitaria. Hacía siglos que se enseñaba en sus aulas.

—¿Sabéis desde cuándo existe esa universidad?

El secretario, sabedor de que el rey iba a preguntárselo, se había informado previamente.

—Desde hace casi trescientos años…

—¡Cómo va a cerrarse una universidad como esa!

—Majestad, lo que se os propone es cerrar sus colegios y aulas en dicha ciudad, expulsar a los maestros de sus cátedras y trasladarla a Lisboa. Dan dos argumentos. El primero, que en sus trescientos años de existencia ha variado de lugar varias veces…

—Explicadme eso.

—Señor, su origen se encuentra en un Estudio General que había en Lisboa, pero a los pocos años de obtener la bula papal en que autorizaba a enseñar se trasladó a Coímbra. Veinte años después volvió a Lisboa, donde estuvo algún tiempo hasta que se trasladó de nuevo a Coímbra. No fue el traslado definitivo, porque un cuarto de siglo más tarde volvió a Lisboa, donde estuvo ciento cincuenta años. Fue vuestro abuelo, el rey don Juan, quien ordenó que se trasladase otra vez a Coímbra.

—¡Santa Madre de Dios! ¡Ha cambiado media docena de veces!

—La pugna entre Lisboa y Coímbra por ser la sede de la universidad es grande y larga en el tiempo.

Felipe II dejó escapar un suspiro.

—Supongo que quienes hacen esa propuesta son lisboetas.

—Así es, señor, pero no todos. Maestros y catedráticos de la universidad de Évora plantean que los colegios de Coímbra se trasladen allí.

—Eso forma parte de las rencillas y envidias que son frecuentes en el mundo universitario. Recordad adónde llevaron esas rencillas a fray Luis. Decidme, ¿cuál es el segundo argumento?

—Que la mayoría de los maestros de Coímbra han mostrado sus preferencias por el prior y desde esa universidad han salido proclamas y argumentos jurídicos defendiendo sus derechos al trono como los mejores.

Don Felipe guardó un prolongado silencio hasta que dijo al secretario:

—Zayas, la experiencia me ha enseñado que son muchos quienes se arriman al sol que más calienta y en eso son maestros bastantes

de quienes están en las universidades porque esperan gozar del favor de quien tiene el poder y procuran no molestarlo. Estoy convencido de que quienes decían que su lealtad estaba con el prior ahora estarán conmigo porque sólo buscan medrar.

El secretario guardó un prudente silencio y preguntó:

—¿Cuál es, señor, vuestra decisión?

—Si mi abuelo, el rey don Juan, decidió que la sede era Coímbra y mis derechos derivan de ser su nieto, no modificaré su decisión.

Tras los días de Semana Santa, en la primera semana de abril de 1581, fueron llegando a Tomar los procuradores de las Cortes.

La sesión se abrió tras una misa donde se invocó al Espíritu Santo para que iluminase a los procuradores. Después, el conde de Sabugal anunció la presencia del rey y el chambelán golpeó el suelo tres veces con su bastón.

—¡Su majestad el rey, nuestro señor, don Felipe I!

Los procuradores, que ocupaban el patio del castillo, que se había entoldado lujosamente para dar solemnidad al acontecimiento, se pusieron en pie y don Felipe, primer monarca de ese nombre en Portugal, se dirigió lentamente al trono colocado sobre un estrado en el atrio de la iglesia. Estaba cubierto con un dosel con las armas de Portugal bordadas en oro y con vivos colores. Una vez sentado el rey, lo hicieron los procuradores.

Un miembro del Consejo de Regencia leyó el texto de la convocatoria y, tras recibir el juramento de los procuradores, se dio por abierta la sesión. Entonces un secretario leyó una proclama donde se recogían los legítimos derechos de don Felipe de Habsburgo, como hijo, habido de legítimo matrimonio, de doña Isabel de Avís, hija del rey don Juan III. Después intervinieron procuradores que representaban a la aristocracia, otros al clero y representantes de algunas ciudades como Botelho Machado por Vila Real, Cerveira por Aveiro y Da Silva por Castel-Rodrigo. Todos ensalzaron la figura de don Felipe y la legitimidad de sus derechos, señalando que esperaban de su majestad el respeto a los fueros y leyes del reino, así como que los cargos de gobierno fueran desempeñados por naturales.

La exposición final corrió a cargo de Rui Gomes, procurador de Caminha:

Majestad, estas Cortes, reunidas de forma legítima, representan a los tres estamentos del reino. Solicitan de vuestra majestad una declaración expresa de que vos respetaréis los fueros, las leyes, las libertades y las costumbres del reino. Que asumáis la obligación de reunir estas Cortes, según lo determinan nuestras leyes, y que los virreyes que gobernarán en vuestro real nombre, así como la gobernación del reino, deberán ser ejercidos por portugueses y en su caso por miembros de la familia real. Así mismo, la administración del reino y el comercio con los territorios de las Indias, Brasil y Guinea será ejercida por naturales del mismo. La documentación de la Chancillería Real será escrita en nuestra lengua, sin perjuicio de que sea transcrita al castellano. Finalmente, estas Cortes solicitan de su majestad que sean retiradas las tropas castellanas que constituyen hoy las guarniciones de las principales plazas fuertes.

Felipe II escuchó impasible las peticiones que se le formulaban. Tenía muy claro que mantendría las prerrogativas que eran propias de Portugal desde el momento que la muerte de don Sebastián había planteado la posibilidad de convertirse en su rey y hacer realidad el gran proyecto de sus bisabuelos de reunir todos los reinos peninsulares en una única monarquía.

Levantada aquella sesión, en que don Felipe tenía conocimiento de los planteamientos de los procuradores, los días siguientes requirieron grandes trabajos de los juristas y de los propios procuradores para dar la forma legal a otras peticiones que se fueron presentando. Para evitar sorpresas de última hora —don Felipe era consciente de que, pese al trabajo realizado por el conde de Sabugal, entre los procuradores de las ciudades había reticencias a su proclamación—, se dieron diferentes prebendas a los que parecían más resistentes. Se otorgaron varios títulos, se entregaron hábitos de la Orden de Cristo y se hicieron nombramientos de cargos que llevaban incorporadas sustanciosas rentas. Asimismo, se dejó ajustado el respeto a la identidad del reino para evitar que quedara

incorporado como un territorio, despojado de personalidad jurídica, a la corona de Castilla.

Llegó el día de la jura de Felipe de Habsburgo como Felipe I de Portugal. Estaban las más altas magistraturas del Estado, entre ellas el Justicia mayor, Juan Telo —el único de los regentes nombrados por don Enrique que había mostrado reticencias a los derechos de Felipe II—, que ejercía como notario mayor del reino. También se encontraban los duques de Braganza, la mayor parte de los títulos del reino y, como invitados de honor, el embajador, el duque de Osuna y don Cristóbal de Moura.

El rey ofrecía una imagen de majestad. Había seguido los consejos de Moura y de varios *fidalgos*, que desde un principio le habían mostrado su apoyo, para que vistiera una indumentaria adecuada a la solemnidad del acto. Llevaba un jubón de largos faldones, confeccionado en brocado blanco con adornos dorados y rica botonadura. Sobre este un ropón a juego de mangas abiertas. Se cubría con un gorro de copa alta y diminuta ala adornada con una trenza de perlas. Lucía un collar de oro del que pendía el Toisón de Oro. Llevaba una espada guarnecida de oro, y portaba un cetro, símbolo del poder real.

Una vez sentado en el trono, levantado sobre el mismo estrado donde había asistido a la sesión inaugural, el justicia mayor solicitó del rey su juramento previo a su aclamación:

—Don Felipe de Habsburgo y Avís, cuyos derechos, reconocidos como legítimos por esta asamblea, a ser rey y señor de Portugal y de sus posesiones de ultramar en Ceuta, Guinea, presidios, islas y puertos de la costa africana, Goa y Diu, la costa de Malabar, Ceilán, Indias Orientales, islas Molucas, Macao y Brasil, ¿juráis en nombre de Dios sobre la sagrada Biblia respetar los fueros, cumplir sus leyes y mantener sus costumbres?

Don Felipe se puso en pie y, posando su mano derecha sobre el sagrado texto, respondió con voz potente para que fuera oída por todos los presentes.

—Juro en el nombre de Dios respetar las leyes, fueros y usos otorgados por los reyes mis predecesores.

Acto seguido, el alférez mayor del reino, portando el pendón real, lo desplegó y tremoló, al tiempo que un rey de armas gritaba:

—¡Real, real, real por don Felipe rey de Portugal!

Luego, los procuradores le rindieron pleito homenaje.

Terminada la proclamación, el rey se asomó a una ventana y desde ella saludó a la muchedumbre que se congregaba fuera, y fue aclamado como su rey.

LVIII

Portugal y todas sus posesiones entraban a formar parte de la monarquía hispánica. Felipe II poseía extensos dominios, cuya cuantificación resultaba difícil, en Europa, en América, en África y en Asia. Los enclaves y puertos en lugares estratégicos le permitían el control de las grandes rutas marítimas. Desde hacía décadas la expansión por otras tierras de las grandes coronas de la península ibérica había cambiado el concepto del mundo tal y como lo conocían sus bisabuelos, los reyes Isabel y Fernando. La Corona de Aragón, integrada ya en la monarquía hispánica, se había extendido por el Mediterráneo. A las posesiones de Sicilia y Cerdeña se había sumado Nápoles, en dura competencia con los franceses, vencidos reiteradamente en Ceriñola o en el Garellano, y se añadían ahora puertos y presidios en la Toscana y en el mar Ligúrico, además del Milanesado tras la gran victoria de Pavía. Castilla, finalizada la reconquista al apoderarse de Granada, había extendido sus dominios por el norte de África, en su lucha contra los infieles y para hacer frente a los ataques de los piratas berberiscos. Se había hecho con las plazas de Melilla, Mazalquivir, Orán, Bujía, Trípoli… Había descubierto para los europeos la existencia de un continente al otro lado del Atlántico, que dejaba de ser el conocido como el mar Tenebroso. Había incorporado a sus dominios los imperios mexica e inca, conquistados por Hernando Cortés y Francisco Pizarro, y otras tierras de aquel continente. Habían descubierto la existencia de otro océano a poniente que su descubridor, Vasco Núñez de Balboa, había bautizado como mar del Sur. Fernando de Magallanes, un

portugués al servicio de la corona de España, había descubierto un paso para ir del Atlántico a ese mar del Sur, y Juan Sebastián Elcano había dado la primera vuelta al mundo, en tiempos del padre de don Felipe.

Las escuadras reales surcaban todos los mares. En el Mediterráneo, las galeras que mandaba don Juan de Austria habían frenado el avance de los otomanos. En pugna con los grandes marinos portugueses —Bartolomeu Dias, Diogo Cao, Alvares Cabral o Vasco da Gama—, que habían abierto la ruta de las especias bordeando el continente africano, los españoles habían cruzado el Atlántico. Unos y otros abrían rutas ultramarinas por las que fluían el oro, la plata y numerosos productos hasta entonces desconocidos por los europeos. Si el océano Índico era surcado por los barcos portugueses, el Pacífico —así había rebautizado Magallanes el mar del Sur— era dominio de los marinos españoles, que habían buscado la forma de que sus barcos pudieran recorrerlo desde las Molucas y las Filipinas —así bautizadas por López de Villalobos en honor de don Felipe cuando era príncipe de Asturias— hasta el puerto de Acapulco en las costas occidentales del virreinato de Nueva España. Había sido Andrés de Urdaneta quien, hacía pocos años, había descubierto las corrientes que permitían cruzar aquel océano de oeste a este.

Españoles y portugueses, en menos de un siglo, habían cambiado el mundo. Las coronas ibéricas habían hecho que se viera de otra forma y habían roto las limitaciones que hasta aquel momento tenía la cristiandad para abrirse a otras tierras. Los maestros que enseñaban Derecho en las universidades de Salamanca, Coímbra o Alcalá daban una nueva dimensión a la disciplina que impartían en sus aulas, porque los nativos de aquellas tierras por donde se extendían sus grandes dominios habían de recibir un trato acorde con el hecho de ser súbditos de su majestad, y se abrió paso el que se conocía como Derecho de Gentes, que encontraba su plasmación en las leyes de Indias, redactadas en 1512.

Felipe II llevaba más de dos horas reunido con algunos de sus hombres más cercanos: Moura, Granvela, Zayas y el duque de

Osuna. Trazaban el plan de viaje hacia Lisboa. Sobre todos pesaba la reciente enfermedad del rey y la muerte de la reina.

—Majestad, mi opinión es que no debemos precipitarnos y, hasta que tengamos noticia de que la ciudad ha recuperado completamente la salud, no debéis exponeros al peligro de un contagio —señaló Moura.

—Soy de igual parecer, majestad —apostilló el duque de Osuna.

—También yo, señor. Podemos aprovechar este tiempo para recorrer ciudades y villas donde vuestra presencia será grata a sus vecindarios.

—¿No eran los que apoyaban al prior? —El rey miraba fijamente a Granvela, y, como en otras ocasiones, el cardenal le sostuvo la mirada.

—Vuestra majestad lo ha dicho con exactitud. Eran, porque hoy quienes lo apoyan se circunscriben a quienes viven en las Azores.

—No todos —puntualizó Moura—. San Miguel, que es la isla mayor y más poblada, proclamó a su majestad como su legítimo rey. Son quienes viven en el resto del archipiélago los que siguen apoyando al prior.

—La posición de las Azores es muy importante para el abastecimiento de las flotas que hacen el viaje a las Indias —señaló Felipe II.

—Sobre todo las que hacen el viaje de retorno —indicó Zayas—. Su posición es estratégica por diferentes razones. Son refugio en caso de tempestad, también si los piratas, principalmente ingleses, atacan a aquellos barcos que han quedado separados de las armadas. Es lugar apropiado para reparar los daños que puedan tener y hacer aguada. Se ha tenido noticia de que hacia allí se dirige la flota que viene de las Molucas y manda el almirante don Manuel de Melo, que no ha ocultado sus simpatías por el prior.

—Habrá entonces que enviar una armada a las Azores para resolver ese asunto —dijo Felipe II y el secretario no necesitó mayores indicaciones—. Pero centrémonos ahora en el itinerario hasta Lisboa.

—Mi opinión —señaló Moura— es marchar, sin grandes prisas, a Santarém. Allí tuvo lugar la farsa donde se proclamó al prior.

Después cruzaríamos el Tajo y nos dirigiríamos a Setúbal…

—¿Cruzar el Tajo? Lisboa queda al norte —lo interrumpió Osuna.

—Mi opinión es que su majestad entre en Lisboa por el río y llegue por la *Ribeira das Naos* hasta el *Palacio da Ribeira*. Portugal mira al mar.

—Así será —dijo Felipe II cortando lo que podía ser una discusión.

Al tiempo que, en Lisboa, adonde había llegado la orden real de ocupar las Azores, se preparaba una escuadra, cuyo mando el marqués de Santa Cruz encomendó al almirante Valdés; en Chenonceau, Catalina de Médicis entregaba a Felipe Strozzi el mando de la flota que apoyaría al prior.

—Señora, se tardará todavía tiempo en terminar de reunirla y completar las tripulaciones.

—Pues daos prisa, los españoles atacarán las Azores muy pronto y no deben caer en sus manos.

—Podría organizarse una fuerza que, como avanzadilla de la gran escuadra, apoye a los partidarios de don Antonio en esas islas.

—Disponedlo.

A finales de mayo, dos barcos, con quinientos hombres a bordo, partían rumbo a las Azores. A ellos se sumaron varios corsarios ingleses.

Poco más tarde zarpaba la flota de Valdés, compuesta por cuatro naos y dos carabelas, que llevaba a bordo cerca de seiscientos hombres y ochenta artilleros. Se consideraba que sería suficiente para someter el archipiélago.

Todo estaba dispuesto para la triunfal entrada del rey en Lisboa. Don Felipe aguardaba en Almada a que el contagio fuera cosa del pasado.

El veintisiete de junio se dirigió a la galera real, lujosamente empavesada. Lo acompañaban numerosos caballeros, tanto españoles como portugueses, el nuncio y muchas dignidades eclesiásticas. Antes de subir a bordo, medio centenar de galeras lo

recibió disparando sus cañones. Respondieron todos los navíos que había a ambas riberas del Tajo y que habían convertido el estuario en un mar de mástiles. El luminoso azul del cielo quedó oculto por la humareda.

La galera real navegó hacia la orilla de Lisboa escoltada por ocho bergantines entoldados con ricos tejidos de brocado y seda. Conforme se acercaba a la *Ribeira das Naos*, los barcos allí anclados disparaban salvas sin cesar. Llegó a un embarcadero construido para la ocasión donde formaba una compañía de arcabuceros, vistiendo sus mejores galas. Cuando el rey puso pie en tierra, los soldados prendieron las mechas y dispararon una salva que fue respondida por la artillería del castillo de San Jorge. Era tal el estruendo que el suelo de Lisboa temblaba y amilanó a quienes tenían menos ánimo.

La comitiva se dirigió hacia un arco de triunfo que había costeado el gremio de mercaderes, donde se exponían, con alegorías, las virtudes del rey. Pasado el arco, se acercaron al rey los miembros de la Cámara Municipal, que le entregaron las llaves de la ciudad y besaron su mano en señal de sumisión.

Terminada aquella ceremonia, el rey montó a caballo y, bajo un palio de ocho varales, se dirigió hasta las puertas de la ciudad. Flanqueaban el recorrido columnas labradas en mármol donde estaban representadas las armas de cada uno de los territorios del imperio lusitano, y sobre ellas unas figuras alusivas a las producciones de aquellos dominios. Las puertas de la ciudad se habían adornado con dos pinturas —una vista de la ciudad y otra del río con sus embarcaderos y naves—. Allí lo recibió un grupo de nobles portugueses y el duque de Braganza habló en nombre de todos ellos:

—Majestad, esperamos de vuestra magnanimidad el perdón para quienes, equivocados, trataron de evitar vuestra proclamación como legítimo monarca de estos reinos.

—Hoy, por ser día de fiesta y celebración, tomaremos en consideración la petición de vuestras excelencias.

—También os pedimos, señor, generosidad para el reino, que ha sufrido mucho por causa de una guerra que nunca debió tener lugar.

Alba, que estaba a la derecha del rey, se sintió aludido por aquellas palabras y no pudo contenerse, ni siquiera en presencia de su majestad:

—Esta guerra nunca habría tenido lugar si quienes prefirieron a un bastardo antes que a su legítimo rey no se hubieran levantado en armas.

—¡Tened la lengua, don Fernando!

—Majestad, siempre a vuestro servicio —respondió Alba inclinando la cabeza—, pero hay palabras que hieren más que las espadas.

Tras ello, el rey desmontó y se dirigió a la catedral a pie, por ser la costumbre del reino. Lo hizo en medio de las aclamaciones de los lisboetas, que habían acudido en menor número del esperado. Muchos habían preferido quedarse en sus casas y no aclamar a un monarca que consideraban extranjero. La comitiva pasó por la *Rua da Prata*, que era donde tenían sus talleres los plateros de Lisboa. Pasaron bajo nuevos arcos de triunfo con figuras alegóricas y en muchas ventanas y balcones se veían colgaduras, tapices de seda y alcatifas. En la puerta de la seo lo esperaba el arzobispo Almeida y el cabildo catedralicio.

Don Felipe entró y junto al arzobispo se arrodilló ante el sagrario, donde oró unos minutos. Después ambos tomaron asiento junto al presbiterio y el deán, como cabeza del cabildo, subió al púlpito.

—Sacra, Católica y Real majestad, sabed que os recibimos como nuestro rey con gran afecto y damos gracias a Dios Nuestro Señor por tan señalada merced, como es la de habernos traído a vuestra majestad como soberano de este reino. La unión de las armas de los reinos ibéricos, tan deseada por vuestros antecesores tanto en Castilla y Aragón como en Portugal, se hace hoy realidad en vuestra augusta persona. Hemos de dar gracias al Altísimo y deseamos a vuestra majestad un feliz y largo reinado en el que la ventura os acompañe, como es el deseo de mi persona y del cabildo de esta Santa Iglesia Catedral, cabeza de vuestro reino de Portugal. Echados a vuestros reales pies os pedimos el perdón para quienes, extraviados y hoy arrepentidos, pusieron graves inconvenientes para que gozaseis de vuestro legítimo derecho a ocupar el trono de este reino.

Después, el arzobispo bendijo a don Felipe y ungió su cabeza con el óleo sagrado. Terminada la ceremonia salieron y en la calle aguardaba una multitud que aclamó al monarca. El retorno se hizo por la Rúa Nueva hasta la que se conocía como la *Rua da Ouro* por tener en ella, como los de la plata, sus talleres los orífices que trabajaban el oro. En ella se exhibía una gran pintura en la que se representaba a don Felipe sosteniendo la Tierra sobre sus hombros. Era una clara alusión al enorme poder de sus dominios, extendidos por todo el orbe.

Al llegar al *Palacio da Ribeira*, unas mujeres bailaron ante el rey al son de panderos, dulzainas, tamboriles, flautas y caramillos. Eran danzas conocidas como folías, que eran propias de pastores y tenían larga tradición en Portugal. Entonces, una mujer se acercó hasta don Felipe y le dijo:

—Nosotras, majestad, os tenemos y juramos como a nuestro rey y señor en tanto no venga el rey don Sebastián, porque sabed, señor, que en viniendo os habéis de volver a Castilla.

El rey, con una sonrisa en los labios, le respondió:

—Así sería, si don Sebastián, mi muy amado sobrino, viviera, pero ha de saber que muerto está.

—Eso es lo que dicen algunos, señor.

Una vez en palacio el nuncio se mostró particularmente expresivo en sus felicitaciones al rey y se excusó por no haberlo hecho antes.

—Su santidad me ha insistido en el breve de excomunión a los eclesiásticos que usen mal de su ministerio. Ordena que se los castigue con severidad, incluida la pena de muerte para los que alboroten en favor del prior.

—¡A buenas horas! —exclamó el duque de Alba.

Una mirada de don Felipe bastó para que el viejo soldado se mordiera la lengua y no saliera por su boca lo que pensaba del papa, que había exigido convertirse en árbitro de la sucesión al trono.

Al día siguiente, se promulgó un perdón general para quienes habían sido partidarios del prior. Quedaron excluidos medio centenar por ser autores de actos particularmente sangrientos —algunos habían cometido verdaderas atrocidades—. Entre los excluidos se encontraba el prior, que fue considerado prófugo de la justicia.

Corría el rumor que para escapar a las minuciosas inspecciones que se hacían en los caminos y en los barcos que zarpaban de los puertos se había ocultado en el interior de un baúl que iba en una carreta. Así fue desde Setúbal hasta Almada, donde embarcó en una nao con destino a Oporto, según los papeles que mostró su capitán. Pero una vez en mar abierto se dirigió hacia Francia.

—Ha de acabarse con el rumor que a tantos permite fantasear —indicó Felipe II, afectado por las palabras que le había dicho la mujer en las puertas de palacio.

—¿A qué se refiere su majestad? —preguntó Moura.

—A que ha de traerse a Lisboa el cadáver de don Sebastián, que está en Ceuta, desde que los berberiscos lo devolvieron. Se celebrarán los funerales que le corresponden y se le dará sepultura en lugar a propósito.

LIX

—Vamos, comisario, María de la Torre abjuró de sus errores. Ha sido condenada de *levi* y ha pagado la multa que se le impuso. ¿Qué más se necesita para dejarla en libertad?

—Que se resuelva todo el proceso. Hasta que todos los papeles no estén firmados, no podrá ponerse en libertad.

—¡No lo entiendo! —El canónigo no disimulaba su irritación.

El comisario, que estaba sentado tras un bufetillo y sostenía un cálamo en su mano derecha, lo miró por encima de las antiparras.

—No es necesario que lo entendáis. Basta con que lo aceptéis.

Hasta tres días más tarde, María no salió en libertad, una vez que Diego pagó unos reales que habían sido los últimos gastos que su alimentación había generado. Cuando salió al patio, se detuvo al ver a Diego. Supo entonces quién había evitado que la desnudaran de cintura para arriba y recibiera en público los latigazos. Se le acercó con paso vacilante. Estaba muy delgada, tenía los ojos hundidos y con oscuros cercos, habían perdido el brillo que en otro tiempo mostraban. Su larga y cobriza melena había quedado reducida a unas guedejas, malamente recortadas, que ahora eran visibles al no llevar la coroza como en el auto de fe.

Llevaba puesto el sambenito y bajo aquella casulla, que no llegaba a sus rodillas, vestía unos andrajos malolientes. Con un nudo en la garganta, apenas pudo bisbisear:

—No sé por qué lo habéis hecho. Pero gracias, muchas gracias.

Diego se limitó a preguntar al canónigo:

—¿Conocéis algún sitio donde conseguir ropa decente para María?

—Vamos a mi casa. Sancha lo resolverá.

El ama de llaves preparó una tina para dar a María una buena fregatina.

—¡Huele que apesta!

Mientras se calentaba el agua, Sancha, que era mujer de mucho carácter pero bondadosa, preparó un caldo para reconfortarla.

—Se necesitarán semanas y muchas ollas con sustancia para que esa criatura recupere su ser.

María, que se había quitado el sambenito, dejando a la vista los jirones hediondos de lo que había sido su ropa, permanecía en una alcoba de la planta superior, acurrucada en un lecho. Agradeció al ama de llaves el caldo con un hilo de voz.

—¡Bebe con cuidado! ¡No te vayas a achicharrar la lengua!

Mientras sostenía el tazón como si fuera un tesoro —hacía mucho que no probaba algo caliente—, Sancha le tomaba medidas con la mirada.

—Te has quedado escuchimizada y se te han escurrido las tetas.

Una vez que hubo terminado de llenar la tina, le dijo:

—Métete y quédate en remojo. ¡Frótate con esos paños y despréndete esas costras de mugre! ¡Dame esos andrajos para que los queme!

—Pero…, entonces, ¿qué me pondré? No tengo otra cosa.

—Algo encontraremos. Don Diego tiene la bolsa bien repleta. Ha pagado para que no te desollaran la espalda y medio Toledo se divirtiera viéndote en cueros. ¡Aunque, como te han dejado, bien poco tendrían que ver!

Una hora después, regresaba con un bulto de ropa, que había comprado al ropavejero que había frente a la iglesia de Santiago del Arrabal.

María había estado aquel tiempo en agua y tenía la piel arrugada, pero la mugre y las costras habían desaparecido.

—¡Vamos, sal de la tina!

Sancha, que sostenía unos grandes lienzos para que María se secara, al ver las llagas, exclamó:

—¡Santa Madre de Dios! ¡Eso hay que curarlo! ¡Aguarda un momento!

Regresó con un tarro lleno de ungüento.

—¡Tiéndete en la cama! ¡Boca abajo!

María obedeció sin rechistar. Llevaba meses haciendo lo que otros le ordenaban. Era como si se hubiera esfumado su voluntad.

El ama de llaves aplicó generosamente el ungüento en pupas y llagas.

El olor permitió a María saber que tenía menta, yerbabuena, aceite de oliva y miel. Le escocía, pero era un buen remedio. Luego, le colocó pequeños lienzos, tapando las heridas.

—¡Ahora boca arriba!

Obedeció y Sancha cubrió sus vergüenzas con un paño y ella se tapó los pechos con las manos. El ama de llaves repitió la operación.

—Ahora, pruébate esa ropa. ¡Es lo mejor que he encontrado!

Se puso la camisa y el corpiño.

—Me queda algo grande.

—Con esas pupas y llagas, mejor ancho que estrecho.

Se puso unas medias y la saya, que le quedaba muy ancha.

—Le meteremos algo de hombros y cintura y lo arreglamos con una correa. Pero eso será mañana. —Le miró los pies y no había comprado zapatos—. Eso lo remediaremos, por ahora, con unas alpargatas viejas que iba a tirar. ¡Mañana encontraremos otra cosa! También habrá que arreglarte algo los pelos, que están llenos de trasquilones. Lo mejor será que uses gorro una temporada.

Cuando Diego y el canónigo la vieron, su aspecto había cambiado mucho, pero era una mujer demacrada que, como había dicho Sancha, sólo con el paso del tiempo y bien alimentada podría recuperar el aspecto que tenía antes de pasar por las cárceles de la Inquisición.

—¡Parecéis otra! —El arcediano decía una verdad a medias.

—No sé cómo dar las gracias a vuesas mercedes…

—Nada, nada… —respondió Diego—. Este es don Santiago Quintanilla. Es canónigo de la catedral de Toledo. —Ella notó cómo un escalofrío subía por su espalda—. Sin su ayuda no habría sido posible…

—María y yo tenemos algo en común —le dijo el arcediano de Talavera, que, hombre experimentado, se había percatado del efecto

que había tenido en ella saber que era canónigo.

—¿Algo en común? No…, no comprendo a vuestra ilustrísima.

—Soy cristiano nuevo, como vos.

—¿Sois cristiano nuevo? —María no disimulaba su incredulidad.

—Así es. Si me hubiera retrasado unos años en ganar la canonjía, no habría sido posible. Porque el obispo Silíceo y quienes pensaban como él impusieron un estatuto de limpieza de sangre. Algo a lo que el cabildo siempre se había opuesto… hasta entonces. Hubo debates muy fuertes. Se apeló a Roma, intervino el Consejo Real y durante varios años todo estuvo en suspenso, hasta que el papa dio su aprobación. Nadie, desde entonces, hace algo más de veinticinco años, puede ser miembro del cabildo sin demostrar limpieza de sangre. Sin limpieza de sangre en el cabildo sólo quedamos otro canónigo y yo. Cuando llegué a Toledo, éramos casi la mitad.

Aquella explicación tranquilizó el ánimo de María.

A Diego le hubiera gustado preguntarle por Inchausti, por su traslado desde Lozoya a Madrid, por el interrogatorio al que la sometió y decirle que le facilitara toda la información posible. Pero no estaba en condiciones, tras las penalidades que había sufrido. Habría de tener paciencia, al menos durante algunos días.

La escuadra de Valdés llegó a la isla de San Miguel tres días después de la entrada de Felipe II en Lisboa. Allí se reunió con el gobernador, que le mostraba un mapa del archipiélago.

—En la Terceira, San Jorge y Pico —iba señalando las islas—, hay un importante contingente de hombres, bien armados y pertrechados.

—El capitán de una carabela, que apresamos anteayer, me dijo que en la Terceira los partidarios del prior son numerosos, pero que están mal armados —respondió Valdés.

—Quizá no supiera que han recibido importantes refuerzos procedentes de Francia.

Pese a la advertencia, Valdés decidió atacar, sin esperar a otra flota de doce naos donde venía embarcado un tercio a las órdenes del maestre Lope de Figueroa. La mitad de la fuerza expedicionaria

de Valdés, unos trescientos hombres, desembarcó en la costa de Angra, la capital de Terceira, pensando que se harían fácilmente con la población. Sin embargo, se encontraron con una resistencia mucho mayor de la que esperaban. Apenas los primeros hombres habían puesto pie en la playa, y muchos todavía estaban en los botes, cuando el estruendo de los cañones rompió el silencio de la mañana.

—¡Maldita sea! ¡Esa artillería nos va a machacar! —comentó, preocupado, el capitán que mandaba la fuerza de desembarco.

—¿No decían que estaban mal armados?

—¡Aquel maldito portugués engañó al almirante! ¡Eso son bombardas!

Una fuerte explosión tuvo lugar a poca distancia y varios hombres saltaron por los aires.

—¡También disponen de morteros!

Los españoles, cuyas bajas empezaban a ser numerosas, comprendieron que no podrían hacerse con Angra.

Tras dos horas sin poder avanzar, se retiraron, protegidos por la artillería de las naos.

—Las bajas, señor, son numerosas —un alférez, con un brazo en cabestrillo, informaba a Valdés. El capitán había muerto en la playa.

—¿Tenéis alguna cifra?

—Los muertos son cerca de cincuenta. Más de la mitad han quedado en la playa y otros se han ahogado. Los heridos, más de un centenar. Los cirujanos están haciendo lo que pueden.

Dos días después llegaba a aquella isla noticia de que, para hacer aguada, la flota de Nueva España atracaría allí. Eran cuarenta y tres barcos, sobre todo naos y galeones. Llegaron al día siguiente y Valdés trató de convencer al almirante para que, con aquella poderosa fuerza, atacaran de nuevo la Terceira y conseguir así una victoria que lavara su derrota.

—Con la artillería de vuestros galeones, y bien pertrechados los infantes, podemos hacernos con esas islas en pocos días.

—Lo siento, pero las órdenes que tengo son llegar a Sanlúcar de Barrameda y remontar el Guadalquivir hasta Sevilla, donde esperan con ansiedad lo que traigo en las bodegas.

—Os aseguro que sólo serán unos días.

—Incumpliría las órdenes.

La flota de Nueva España zarpó hacia Sanlúcar de Barrameda, adonde llegó sin novedad dos semanas después. Pero la flota de refuerzo —una docena de barcos, fuertemente artillados y con el tercio de Figueroa a bordo— no llegaba a las Azores porque se había encontrado la flota portuguesa que venía de las Molucas y que había llegado a la isla Terceira. El almirante Melo, que era quien la mandaba, había recibido instrucciones de no ir a Lisboa, sino al puerto francés de La Rochela, mas apenas se libró combate, porque la superioridad artillera de la escuadra española hizo que Melo entregara la flota, que fue llevada a Lisboa.

Al gobernador de Ceuta le llegó la orden de que el cuerpo de don Sebastián, que llevaba en el cementerio de Santa Catalina desde que en diciembre de 1578 lo entregara el rey Muley Hamet, debía enviarse a Lisboa. Había pasado tanto tiempo porque en Portugal no había mucho interés en que el cadáver llegara a Lisboa y así seguir alimentando los rumores de que el monarca estaba vivo y oculto en algún lugar. El gobernador entregó al chantre Juan de Guedes, que encabezaba la comisión para el traslado, un testimonio de que aquel era el cadáver de don Sebastián, tal como en su día firmó el entonces gobernador don Dionís Pereira.

El gobernador lo leyó en voz alta para conocimiento de los presentes:

Nos, Don Dionís Pereira, capitán y gobernador de Ceuta, fray Roque del Espíritu Santo y don Rodrigo de Meneses que abajo firmamos con nuestros nombres, damos fe y verdadero testimonio que Andrés Gaspar, natural de la isla de Córcega, el miércoles diez de diciembre de este presente año de mil y quinientos y setenta y ocho en las puertas de esta ciudad, siendo las diez horas de la mañana, nos entregó por mandato del rey Muley Hamet el cuerpo del rey don Sebastián y que el dicho rey Muley Hamet lo entrega graciosamente y sin ningún interés. Que después de ser entregado

se llevó con mucha solemnidad al monasterio de la Santísima Trinidad, donde ha quedado depositado.

—El cuerpo de su majestad fue allí depositado hasta que fue trasladado al cementerio de Santa Catalina, que es de donde ha sido desenterrado para entregarlo a vuesas mercedes.

—Damos por recibido el cuerpo de don Sebastián —respondió el chantre.

—En ese caso, tened la bondad de firmar vos y los demás integrantes del séquito este recibo, donde queda consignada la entrega.

Luego el clero de la ciudad, rezando letanías, acompañó el féretro hasta el muelle, donde fue embarcado, con mucha ceremonia, en el *Espíritu Santo*. Todos los cañones de la plaza dispararon una salva de honor que envolvió a Ceuta en una nube de humo al tiempo que se extendía un fuerte olor a pólvora. La muchedumbre despidió los restos de don Sebastián con mucha tristeza. Ningún día en aquellos años faltaron flores en su tumba.

El *Espíritu Santo*, cuyo porte impresionaba, se alejaba de Ceuta impulsado por una brisa de levante que hinchaba sus velas. Lo acompañaban, dando escolta de honor, media docena de barcos. Seis días después entraba en el estuario del Tajo, atracaba en Cascais y un barco de la escolta se adelantó a Lisboa con la noticia de que llegaban los restos de don Sebastián.

La supervivencia de don Sebastián se había mitificado y, como Felipe II había podido comprobar el día que entró en Lisboa, esa creencia se mantenía viva entre el pueblo. Se dispuso que sus restos serían depositados junto a los de sus antepasados, que ya descansaban en la cripta de los Jerónimos. La llegada del cadáver se anunció con pasquines y por voz de pregonero en los lugares más concurridos de la ciudad. La gente se agolpaba ante ellos y escuchaba atentamente lo que alguno, que sabía leer, decía en voz alta.

Había comentarios para todos los gustos. Muchos negaban que los restos traídos fueran los de don Sebastián.

—Don Sebastián está oculto en lugar seguro y aguarda el momento de aparecer —afirmaba un hombre corpulento y malencarado.

—No me digáis —le replicó un sujeto, con un cartapacio bajo el brazo, sobre cuya prominente nariz descansaban unas antiparras—. Decidme, ¿hasta cuándo aguardará para hacer acto de presencia?

—Hasta que lo considere oportuno.

—¡Vamos, vamos! ¡Está muerto! ¡Murió en Alcazarquivir!

—¿Qué pruebas tenéis de ello?

—¿Cuáles tenéis vos de que vive? —le preguntó, mirándolo por encima de las lentes.

—Lo han visto personas de crédito como doña María de Noronha, que lo tuvo acogido en su casa de Setúbal. Estaba herido y lo atendió un médico.

—No voy a poner en duda la palabra de doña María, pero ¿por qué no lo hizo saber al rey don Enrique que envió a un caballero llamado Lourenço Pereira para saber si lo que se decía era cierto? ¿Por qué doña María desapareció de Setúbal sin dejar rastro?

Un clérigo, de orondas formas y la cabeza monda que vestía el hábito franciscano, preguntó al sujeto de las antiparras:

—¿Cómo sabéis vos que don Enrique envió a Lourenço Pereira a indagar ese asunto a casa de doña María de Noronha?

En lugar de responder, miró de forma ostensible el reloj que había sobre el arco que daba entrada a la plaza y se excusó:

—Discúlpenme, caballeros, pero se me hace tarde.

Los reunidos siguieron discutiendo, pero el clérigo lo siguió y vio que se dirigía a la *Casa da Índia*. Apretó el paso y lo alcanzó, justo en la puerta.

—¡Aguardad un momento!

El sujeto se volvió y, al verlo, dudó si entrar en aquel *sancta sanctorum* donde se guardaban mapas, cartas de marear, portulanos y esferas donde se recogían los grandes descubrimientos de los marinos portugueses.

Allí estaban, bajo estricta vigilancia, como uno de los grandes secretos de Estado.

—Sabed que tengo mucha prisa. El tiempo se me ha echado encima.

—Sólo será un momento. ¿Qué sabéis de Lourenço Pereira?

—¿Por qué habría de saberlo?

—Porque lo habéis mencionado.

Miró a ambos lados, como si temiera que alguien oyera sus palabras.

—¿Qué desea saber vuestra paternidad?

—El paradero de Pereira.

—Nunca volvió a saberse de él —respondió y se perdió en el interior.

Fue casi una huida. El franciscano sospechó que aquel sujeto tenía más información. Como el acceso a la *Casa da Índia* estaba restringido a quienes trabajaban allí, decidió aguardar el tiempo que fuera necesario.

Tres horas más tarde, apenas hubo puesto los pies en la calle, se encontró con el franciscano. Al verlo, palideció.

—Disculpadme, pero he de hablar con vos. Necesito que me digáis…

—¡No tengo nada que deciros! —Siguió caminando, dándole la espalda.

—Os lo suplico, Lourenço Pereira era mi hermano.

Al oír aquello se detuvo, se volvió y lo miró por encima de las lentes.

—¿Sois su hermano?

El clérigo asintió.

—Mi nombre es Diogo Pereira, mi hermano era marino, capitán de una nao que cubría la ruta de Santo Tomé y traía caña de azúcar. Lo último que sé de él es que el difunto rey don Enrique, que Dios tenga en su gloria, le encomendó la misión a que os habéis referido.

Aquel sujeto se recolocó las antiparras y luego miró hacia todas partes para cerciorarse de que nadie estaba pendiente de ellos.

—Está bien, vayamos a la taberna de Pinto.

Caminaron en silencio hasta la taberna, cuyo aspecto exterior no invitaba a entrar. Los recibió una tufarada a brea y vino picado. No

había mucha gente. Se acomodaron en una mesa apartada y pidieron vino.

—Mi nombre es Bartolomeu Cabral y en la *Casa da Índia* conocí a quien decís que es vuestro hermano.

—¡Soy su hermano! —El fraile no disimuló su malhumor—. Nuestra madre vive; si dudáis, podemos ir a preguntarle. Su casa no queda lejos.

—Sosegaos, paternidad. Sólo repito lo que me habéis comentado.

—Os pido disculpas, pero desde que pronunciasteis su nombre…

Bartolomeu dio un trago a su vino, necesitaba aclararse la garganta.

—Prometedme que lo que voy a deciros quedará entre nosotros.

—Os lo prometo. Tenéis mi palabra.

—Conocí a vuestro… hermano porque mi trabajo es llevar las cuentas de la caña de azúcar que llega de Santo Tomé. Por eso, cuando me habéis dicho que Lourenço viajaba a Santo Tomé para traerla, supe que, al menos, lo conocíais. Compruebo que la caña que se cargó en Santo Tomé es la que se desembarca aquí y también calculo el azúcar que se saca de la caña. A veces resulta complicado porque varía mucho el rendimiento de unas cañas a otras, pero eso no es lo que interesa a vuestra paternidad. Si os lo cuento es para que sepáis cuál es la relación que me unía a vuestro hermano, porque juntos revisábamos el cargo y la data de las partidas que venían en su nao.

—Era la *Santa Maria de Alcaçobas* —precisó el franciscano.

—Efectivamente. El quinto real de la caña de azúcar se le entregaba íntegro a don Enrique cuando todavía no había subido al trono. Lo destinaba al Estudio General de Évora para el que obtuvo una bula papal convirtiéndolo en universidad. Por eso conocía don Enrique a vuestro hermano, en quien confiaba plenamente. Tanto que le encargó indagar acerca del rumor de que don Sebastián hubiera salido con vida de Alcazarquivir y llegado a Portugal. Lo envió a Setúbal para que hablase con doña María de Noronha porque se rumoreaba entonces que esa dama había acogido a una serie de caballeros en su casa y atendido a uno que estaba enfermo o herido. Se decía que ese caballero era don Sebastián. Vuestro

hermano apenas logró averiguar poco más de lo que se rumoreaba, por eso el rey lo mandó una segunda vez. Luego, como don Enrique murió a las pocas semanas, nadie le ha echado cuentas. Así son las cosas en la corte.

—¿Volvisteis a saber algo de Lourenço?

Bartolomeu miró al tabernero para que llenase su jarrilla de vino. El franciscano supo que eso significaba que no daba la reunión por concluida.

LX

Gabriel de Zayas y Granvela estaban reunidos con el rey en una sala con vistas al estuario del Tajo. El frío que había llegado con los últimos días de octubre, y sobre todo la humedad, que a Felipe II le hacía añorar el de Madrid, más intenso, pero mucho más seco, lo espantaba una gran chimenea donde ardían gruesos troncos de encina. El rey acababa de perfilar con Osuna y con Moura los últimos detalles del funeral. El cadáver de don Sebastián llegaría a Lisboa al día siguiente.

—Majestad —decía Zayas—, por mucho que prometa Enrique III que considerará pirata a cualquier barco francés que se enfrente a nuestros buques, no lo creáis. Quien toma en Francia las decisiones es su madre, y Catalina de Médicis hace tiempo que cerró el acuerdo de ayudar al prior. Sabemos que a cambio de esa ayuda quiere que se le entregue Brasil y, según las últimas noticias que nos han llegado, la escuadra está formándose en distintos puertos para levantar las menos sospechas posibles. Se concentrará en una isla que hay frente a la desembocadura del Loira. Se llama Belle-Île-en-Mer.

—¿Sabemos en qué puertos se están concentrando los barcos?

—Es posible que no los sepamos todos, pero es seguro que se reúnen en Dieppe, El Havre, Brouage y Les Sables-d´Olonne. Este último está cerca de La Rochela. Algunos son puertos pequeños para no llamar la atención. Sabemos que se le ha encomendado el mando de la escuadra a Felipe Strozzi. Un francés de origen florentino.

—Los Strozzi eran banqueros, rivales de los Médicis —añadió Granvela—. ¡Una Médicis y un Strozzi haciendo causa común!

Felipe II dejó escapar un suspiro.

—La política hace, a veces, extraños compañeros de viaje. ¿Ese Strozzi tiene experiencia militar?

—Nuestros agentes informan que ha luchado contra los hugonotes y también contra los turcos. Pero es poco lo que realmente sabemos de él.

—¿Algo sobre el número de barcos con que contarán?

—Serán más de medio centenar. Pero no puedo concretaros más.

—¡Es una gran escuadra! —exclamó Granvela.

—Añadid a ello lo que aporten los ingleses.

—¿Qué noticias hay de Londres? —preguntó el rey.

—Majestad, las últimas llegaron ayer —respondió Zayas—. No aportan grandes novedades. La reina Isabel actuará sin dar la cara. Teme una guerra abierta con nosotros. Tiene problemas con los católicos de allí y con Escocia. Ha dado dinero al prior y barcos corsarios se unirán a los franceses.

—Es la misma actitud que ha adoptado en Flandes.

—Todos temen la potencialidad de la monarquía católica, señor. Utilizarán cuanto esté en su mano para intentar deteriorar nuestro poder. Incluso el papa, que ahora se muestra tan solícito, trató de evitar que os coronaseis rey de Portugal.

Felipe II se levantó y se acercó a la ventana. Contempló el Tajo y vio docenas de barcos en la *Ribeira das Naos*. Estuvo un rato en silencio.

—Avisad a Santa Cruz.

Aquella tarde don Álvaro de Bazán fue recibido por Felipe II, que tenía desplegado un gran mapa sobre una mesa.

—Majestad. —Don Álvaro se acercó y, haciendo una inclinación de cabeza, besó la mano del rey.

Zayas lo puso al corriente y, cuando concluyó, el rey le preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión?

—Que no creo que esa flota se haga a la mar antes de primavera. A estas alturas del año las borrascas y las tormentas se encadenan una tras otra. Si se hicieran a la mar antes de mayo, correrían un

gran riesgo. ¿Sabemos si los barcos están aprestados o sólo están concentrándolos en esos puertos? Es importante saber si cuentan ya con tripulaciones para manejarlos y si han concentrado las tropas que han de embarcarse. También si tienen los bastimentos necesarios.

El rey miró a Zayas.

—Majestad, la información de que disponemos es la que vos conocéis.

Felipe II se dirigió al marqués:

—Entonces, ¿es improbable que se hagan a la mar en unas semanas?

—Es poco probable, majestad. Lo que no dudo es que cuando zarpen lo harán hacia las Azores. Sería conveniente, si los franceses van a concentrar su escuadra en Belle-Île-en-Mer, como Zayas ha dicho, mantener allí una vigilancia constante para conocer cuáles son sus movimientos y todos los detalles posibles.

El rey miró al secretario, que asintió con un movimiento de cabeza y se dirigió a don Álvaro…

—¿En cuánto tiempo estaría dispuesta nuestra escuadra para hacer frente a los franceses?

—Majestad, habrá que carenar algunos barcos y calafatear otros. Hemos de renovar velámenes y preparar los bastimentos. Necesitaremos cuatro o cinco meses, quizá seis. Será necesario tener dispuestos los soldados que embarcarán. El tiempo nos apremia.

—En ese caso, no os demoréis un solo día.

—Siempre a las órdenes de vuestra majestad.

Bartolomeu Cabral dio un largo trago a su vino, como si lo necesitase para hablar. El fraile le recordó algo que había comentado:

—Habéis dicho que después de la muerte de don Enrique nadie le echó cuentas a mi hermano en la corte.

—Así fue. Aquellas semanas fueron muy agitadas y vuestro hermano volvió a los viajes a Santo Tomé, al mando de la *Santa*

Maria de Alcaçobas. Hizo dos viajes, ajustamos las cuentas y encontramos que había una diferencia de cuatro quintales entre lo que se había embarcado en origen y lo descargado en aquí.

—¿Estáis diciéndome que mi hermano se había quedado…?

Cabral no lo dejó terminar:

—¡En absoluto, paternidad! ¡He conocido a pocos hombres tan íntegros como vuestro hermano!

—¿Entonces…?

—No os impacientéis. Os diré que suele haber algunas diferencias entre el peso en origen y en destino porque se produce un oreo de las cañas durante la travesía. Pero cuatro quintales era una cantidad muy superior a la diferencia que se admite. Vuestro hermano me decía que no era posible. Pero los pesos eran aquellos. Me pidió que aguardase porque tenía que averiguar lo ocurrido. Le dije que podía retener el informe dos días, tres a lo sumo. Le bastaron veinticuatro horas para saber que tres miembros de su tripulación habían desembarcado los quintales la noche del mismo día que la *Santa Maria de Alcaçobas* llegó a la *Ribeira das Naos*.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Vuestro hermano los obligó a reponer el valor de la caña robada, antes de expulsarlos de su tripulación. En las semanas siguientes se preparó todo para un nuevo viaje. Zarparon y nunca más se supo de la *Santa Maria de Alcaçobas*. Lo único que puedo deciros es que no llegó a Santo Tomé. Todo indica que naufragó y no hubo supervivientes.

—Nunca se ha hablado de ese naufragio.

—Cuando un barco desaparece sin llegar a su destino, se abre una investigación y se intenta averiguar lo ocurrido. Pero por aquellos meses todo estuvo revuelto. Luego, se desató el conflicto que ha tenido al país en tensión durante muchos meses. Lo de menos era que la *Santa Maria de Alcaçobas* hubiera naufragado.

Cabral dejó escapar un suspiro antes de dar el último trago a su jarrilla.

LXI

El *Espíritu Santo* llegó, majestuoso, a la *Ribeira das Naos* y ancló frente al monasterio de los Jerónimos poco antes de las once de la mañana. El galeón iba acompañado de media docena de galeras, todas empavesadas con las armas de Portugal. Una vez asegurados los amarres, sonó un cañonazo. Fue el aviso que esperaban las galeras y todas las embarcaciones ancladas en el puerto para disparar sus cañones.

Lisboa retumbaba como cuando Felipe II hizo su aparición. Se tendió la pasarela para bajar el féretro a tierra y una compañía de arcabuceros, impecablemente vestidos —coleto de cuero lustrado sobre las camisas de blanco lienzo, gregüescos azules con forro amarillo, calzas carmesíes y sombreros de amplias alas, una de ellas plegada, adornada con una pluma blanca—, con sus armas dispuestas, recibió las órdenes. Los gritos del capitán se oyeron con nitidez porque, a pesar de la muchedumbre que abarrotaba el puerto, el silencio impresionaba.

—¡Preparen armas!

Se escuchó el sonido seco de los martillos de los arcabuces.

—¡Prendan!

—¡Fuego!

Las descargas del centenar de arcabuces envolvieron el lugar en un fuerte olor a pólvora. En medio de la humareda, el féretro pareció surgir de las brumas. Los restos mortales de don Sebastián quedaron depositados sobre un túmulo dispuesto al efecto.

Felipe II, vestido completamente de negro, asistía al acto desde un estrado cubierto con un dosel de terciopelo morado donde estaban bordadas las armas de Portugal. Lo acompañaban los principales títulos de la nobleza portuguesa, a los que había concedido el privilegio de estar cubiertos en su presencia como podían hacerlo los grandes de Castilla. La comunidad de los Jerónimos con el abad al frente, representantes de las diferentes órdenes religiosas con convento en la ciudad y numerosos prelados portugueses aguardaban ante la fachada del monasterio. Estaban presentes caballeros de las órdenes militares —Orden de Cristo, Orden de San Juan del Hospital y Orden de Santiago—, que, ataviados con sus amplias capas y emplumados bonetes, lucían sus llamativas veneras sobre el luto de sus vestiduras. Tenían lugar preferente los representantes de la Cámara Municipal.

El arzobispo de Lisboa, el nuncio y el abad se acercaron al túmulo, acompañados por varios presbíteros que portaban un libro de oraciones y tres incensarios.

Le dieron tres vueltas perfumándolo con incienso y el arzobispo leyó unas preces. Luego, media docena de jóvenes caballeros tomaron el féretro sobre sus hombros y tras ellos un palio de ocho varales. El sonido de unos tambores cubiertos con paños de luto que amortiguaban el golpear de las baquetas señaló el comienzo del traslado de los restos mortales de don Sebastián hacia el monasterio. Al pasar ante el estrado, Felipe II se descubrió y lo hicieron todos los presentes. Tras el féretro se formó una comitiva y al llegar a la puerta comenzaron a sonar las campanas de la iglesia que, rápidamente, fueron seguidas en su doblar por las de todos los templos de Lisboa. Los ecos de los bronces lanzados al vuelo podían oírse a más de una legua de la ciudad.

Entraron en el templo a los sones de una música sacra. A paso lento, marcado por un chambelán a golpes de bastón, hasta que se llegó hasta otro túmulo, forrado de bayetas negras y adornado con galones de oro. En las esquinas, cuatro soldados montaban una guardia de honor.

Felipe II se situó junto al presbiterio, mientras cada cual ocupaba el lugar que le correspondía, según el protocolo. El funeral fue

oficiado por el arzobispo, el nuncio y el abad, y cantado por la escolanía de los Jerónimos, que tenían una capilla de música integrada por cerca de un centenar de niños.

El arzobispo Almeida subió al púlpito y su homilía fue un largo panegírico a don Sebastián:

—Fue un soldado de Cristo. Un soldado ejemplar y un rey querido y amado por su pueblo. No vaciló a la hora de llevar hasta los infieles nuestra santa religión. Entregó su vida en plena juventud por cumplir la misión a la que se consideraba llamado por Dios, que permitió aquel desastre como castigo a nuestros muchos y graves pecados. Don Sebastián ha dejado un profundo vacío en el alma de su pueblo, que lo recuerda y añora. Ese recuerdo es tan fuerte que muchos se aferran a la idea de que logró salir con vida de aquella aciaga jornada. Hoy, superados los difíciles tiempos a que nos abocó su trágica muerte y la de tantos valerosos caballeros como le acompañaron en aquella empresa, que llenó de dolor y pesar a todo el reino, estamos dando la sepultura que requieren sus restos como soberano de Portugal. Os pedimos, señor —miró a Felipe II—, que vuestra generosidad, que se ha manifestado al dedicar importantes sumas para el rescate de muchos de los cautivos, que por causa de aquella batalla quedaron en poder de los infieles, no olvidéis que muchos de quienes hoy son vuestros súbditos siguen gimiendo en prisiones berberiscas o esclavizados por los infieles.

Terminado el funeral, el féretro fue depositado, en medio de un gran silencio, en la cripta donde descansaban varios de sus antepasados.

Aquella tarde, en el *Palacio da Ribeira*, don Felipe se reunía con el duque de Osuna, Moura y Zayas. El secretario Granvela había partido para Madrid. Su presencia era necesaria para resolver varios asuntos de urgencia.

—Don Sebastián descansa en el lugar que le corresponde —dijo el rey.

—Traer sus restos ha sido un gran acierto, señor —señaló Zayas—. Tanto por darle una adecuada sepultura, como por el efecto que

tendrá en aquellos que se aferraban a la fantasía de que seguía con vida.

—No os equivoquéis —intervino Moura—. En muchos lugares de Lisboa se estará diciendo que todo ha sido una farsa y que ese féretro no contenía los restos de don Sebastián. El sentimiento por la ausencia y la nostalgia acompañan al alma de los portugueses.

—¿Creéis que todo lo que hemos hecho hoy carece de valor?

—En absoluto, majestad. Los actos llenos de solemnidad, como el que hoy hemos vivido, son aquí muy apreciados. Habrá quien considere que se ha dado la sepultura que merecen los restos de quien fue su rey. Por otro lado, permitid que os diga que la invitación que hoy os ha hecho el arzobispo de dedicar alguna suma al rescate de cautivos no debería caer en saco roto.

—Ya destinamos cuatrocientos mil ducados a ese menester.

—Cierto, señor. Lo hicisteis cuando no eráis soberano de este reino. Eso atrajo muchas voluntades a vuestra causa. Ahora sería dinero destinado a rescatar a súbditos de vuestra majestad, y en estas circunstancias, permitidme deciros que, si esa es vuestra decisión, la suma no debe ser inferior a la que destinasteis entonces.

Como otras veces, el rey guardó un prolongado silencio. Se levantó y se plantó ante la ventana que daba al estuario del Tajo. Disfrutaba con aquella vista y sabía que Moura tenía razón. Ahora era el rey y, por lo tanto, sus obligaciones con los portugueses eran mayores. El principal problema era que se necesitaban grandes recursos para sostener el prestigio de la monarquía y defenderse de sus muchos enemigos. No en balde, la incorporación de Portugal y sus dominios había hecho que durante las veinticuatro horas del día el astro rey siempre alumbrase algún lugar donde ondeaba aquella bandera símbolo del enorme poder que atemorizaba tanto a franceses y a ingleses, y que explicaba que ambos hubieran decidido prestar su apoyo a las pretensiones del prior. Haría falta mucho dinero para aprestar los barcos de la escuadra que preparaba el marqués de Santa Cruz, pagar tripulaciones y soldados, y disponer del armamento necesario. Pese a todo ello, cuando se volvió tenía tomada la decisión.

—Está bien, habrá que buscar la forma de disponer de esos cuatrocientos mil ducados. —Miró a Zayas—. Encargaos vos de ese asunto. Ahora, podéis retiraros.

—Majestad, si me lo permitís…

—Hablad, Moura.

—Señor, ayudaría mucho a combatir los comentarios sobre la supervivencia de don Sebastián que se solventase el caso de doña María de Noronha del que ya os he hablado.

—¿Es la dama que, según dicen, atendió un herido, al que acompañaban varios caballeros, en su casa de Setúbal?

—Así es, majestad.

—Según me dijisteis, el rey don Enrique trató de conocer qué había de verdad en ello, pero falleció sin sacar nada en claro.

—Cierto, señor. Pero esa…, esa historia es una de las que dan más pábulo a que don Sebastián no murió en Alcazarquivir. Doña María desapareció, y desde entonces no ha vuelto a saberse de ella.

—¿Qué proponéis?

—Majestad, los Noronha se mostraron, en un primer momento, partidarios del prior, por eso se les privó del condado de Linhares. Pero se apartaron de él cuando supieron que su ambición lo ha llevado a estar dispuesto a entregar Brasil a los franceses a cambio de su ayuda.

—¿No se apartarían porque vieron que su causa no tenía futuro? Muchos mudan de opinión porque conviene a sus particulares intereses.

—Majestad, los Noronha son uno de los grandes linajes del reino y don Fernando, cabeza de la familia, es persona honorable. No tengo dudas de que ha actuado con nobleza. Sumarlo a nuestra causa sería importante y si convenciésemos a doña María de que hiciera público que no asistió a don Sebastián…

—¿Dónde se encuentra don Fernando?

—Desterrado en Caldas da Rainha.

—Enviadle recado para que venga a la corte.

Moura no se equivocaba. En muchos lugares de Portugal se comentaba la llegada a Lisboa del féretro con los restos de don Sebastián y no eran pocos quienes ponían en duda que fueran los del rey. En *A Casa dos Passarinhos* se hablaba de aquello.

—El *Espanhol*, con esa farsa —aseveraba Couto—, sólo busca que nos olvidemos de don Sebastián.

—¿Tenéis alguna prueba de lo que decís? —le preguntó don Bastián.

—¡No necesito pruebas! ¡Todo fue teatro!

—Os negáis a ver la realidad. Hace pocos meses invocabais la gran victoria de Aljubarrota y ya os dije que este era otro tiempo. ¿Qué ocurrió en las riberas del Alcántara? —Don Bastián había dejado caer la pregunta para responderla él—: Las tropas del prior no aguantaron ni el primer envite. Ahora, después de esconderse durante meses, busca el apoyo de ingleses y franceses y está dispuesto a entregarles Brasil a cambio de su ayuda.

—¡Eso es lo que dicen lo españoles!

—Eso es la verdad. El prior está ofuscado.

—¡Lucha por defender la libertad de Portugal!

—Don Felipe ha garantizado las leyes y los fueros que nos rigen. Así lo prometió ante las Cortes y hasta el momento ha cumplido sus promesas.

—Trata de embaucarnos. ¡El prior lucha por salvaguardar nuestra independencia! ¡No quiere que nos convirtamos en un apéndice de Castilla!

—¡Don Antonio ha llevado el luto a muchas familias! ¡Su ambición lo llevaría a vender su alma al diablo con tal de sentar sus posaderas en el trono!

Farinhas gritó al tabernero:

—¡Más vino, y traed algo a lo que se le pueda hincar el diente!

El vino y el queso en aceite rebajaron la tensión.

—Ambos tenéis razones para defender lo que sostenéis —señaló Farinhas—. Couto, porque, como muchos, rechaza un rey extranjero.

—¡Sobre todo un castellano! —añadió Couto.

—Don Bastián, sosteniendo que Felipe I era la mejor opción.

—¿¡Lo admitís como rey, llamándolo Felipe I!? —protestó Couto.

—Las Cortes lo declararon rey y ese es su nombre.

—¡Bah! Las Cortes…, las Cortes… Además, ¿qué es eso de que el *Espanhol* es la mejor opción? ¡Formando parte de ese imperio, los enemigos de España, que son muchos, se lanzarán sobre nuestros dominios!

—Esos que vos llamáis enemigos de España, son también los nuestros —replicó don Bastián—. Nos atacan allí donde pueden. Ahora contaremos con el poder de los ejércitos y las armadas de España.

—¡Veremos qué ocurre en las Azores! ¡Allí están los únicos que han demostrado defender el honor del reino! ¡Rechazaron a los españoles!

—Lo que he oído decir —apuntó el *Dourado*— es que los franceses están preparando una escuadra para iniciar desde esas islas lo que algunos llaman la reconquista del reino.

—¡Cierto! —Couto alzó la voz—: ¡Quienes aman a Portugal volverán a tomar las armas!

—También yo lo he oído —dijo don Bastián, quien añadió—: A cambio de esa ayuda exigen quedarse con Brasil. ¿Es amar a nuestro reino aceptar la ayuda de quien quiere quedarse con una parte importante de nuestros dominios? Añadiré que amo a este reino tanto como el que más, pero eso no significa que tome las armas contra quien, después de que se hayan pronunciado las Cortes, es su legítimo soberano.

LXII

Diego tuvo que permanecer en Toledo algunos días más de lo que había previsto porque María no estaba en condiciones de ponerse en camino, pese a los cuidados que Sancha le dispensaba. Permaneció casi dos semanas en casa del arcediano de Talavera.

En ningún momento preguntó a María sobre lo que había sucedido para que terminara en manos del Santo Oficio. Estaba demasiado débil y no le parecía conveniente hacerle preguntas sobre algo que había de resultarle particularmente desagradable. Se armó de paciencia, dejó transcurrir los días y esperó a que, poco a poco, fuera mejorando.

El arcediano y Diego daban largos paseos en los que recordaban el tiempo de la milicia. También comentaban la situación en la que se encontraba Toledo después de que Felipe II estableciera la corte de forma permanente en Madrid.

—Aquí ha sentado muy mal la decisión de su majestad —señalaba el arcediano—. Madrid es un poblachón con mucha menos entidad que Toledo.

—En Madrid están encantados, aunque los problemas que ha traído la corte son muchos. Se dice que allí no hay cuestas tan empinadas como en Toledo y tampoco un arzobispo, lo que evita los roces que aquí había.

—¡Ah, los arzobispos! ¡En otro tiempo más que pastores fueron guerreros y políticos, como Carrillo o Mendoza! ¡Ahora no empuñan las armas como entonces, pero están más pendientes de lo que se cuece en la corte que de cuidar de su rebaño!

También dedicaban tiempo a los sucesos más recientes, como la incorporación de Portugal a la monarquía de Felipe II. Casi todos los días aparecían pliegos de cordel y hojas volanderas donde se daba noticia de lo que acaecía en aquel reino y cómo se vivían las cosas en Lisboa.

—Se dice que podría trasladarse la corte a Lisboa —comentó don Santiago.

—Ese rumor también corre por Madrid. Pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque están construyendo un gran monasterio, cerca de Madrid.

—¡Me han dicho que es grandioso! ¡Que tiene más de mil ventanas!

—Además de monasterio, es un centro de estudio con una gran biblioteca y un panteón real. El rey pasa allí largas temporadas. Las obras están muy avanzadas, casi a punto de concluir.

—Una construcción como esa deja a la Real Hacienda exhausta. Por mucha plata que venga de las Indias, no es posible acudir a tanto gasto.

—Con la incorporación de Portugal, los gastos de mantener ejércitos y escuadras serán mucho mayores —aseveró Diego.

—También los ingresos. Portugal tiene grandes dominios que proporcionarán importantes recursos.

—Es cierto, pero el país, por lo que he oído decir, está muy castigado, después de lo de Alcazarquivir…

El canónigo dejó escapar un suspiro.

—También aquí se comenta. Pero con la incorporación de Portugal en los dominios del rey no se pondrá el sol.

—Cierto, amigo mío, parece que el mundo se nos queda pequeño.

Poco a poco, María fue mejorando. Los cercos negros que rodeaban sus ojos casi habían desaparecido, pero no recuperaba la viveza de su mirada. Había ganado algunas libras, pero su delgadez llamaba la atención. Sancha había arreglado algo los trasquilones del pelo, pero necesitaba cubrirlo con una toca. Como no estaba en condiciones de cabalgar, Diego alquiló un carruaje y en la última

carta que escribió a su esposa, y que le envió con el criado, le pedía que dispusiera lo necesario para alojar a María en la casa.

Una vez en el carruaje, Diego le dijo:

—Se os ve mejor. Habéis recobrado vuestra salud a ojos vista.

—Mejor que cuando salí de la cárcel, pero estoy lejos de ser la que fui.

—Todo llegará a su debido tiempo, María.

—No, don Diego, jamás volveré a ser quien fui. Esas cárceles, los interrogatorios, las vejaciones… Eso deja una huella imborrable.

—Al menos habéis salvado la vida.

—Es cierto, pero… no sé qué hacer con ella. No me la han arrebatado, pero la han dejado sin sentido. Si no hubiera sido por vuesa merced y también por el canónigo…

—El tiempo lo cura todo.

Ella suspiró.

—No sé qué voy a hacer. No tengo familia, ni adónde ir. No quiero regresar a Lozoya. Los recuerdos de allí… —Una lágrima asomó a sus ojos—. ¡Fue horrible, horrible!

—¿Queréis contármelo?

María no respondió y Diego no insistió. Durante un rato se impuso el silencio. Sólo se oía el crujir del carruaje y, de vez en cuando, la voz del cochero arreando los caballos. Fue ella quien lo rompió con un hilo de voz:

—Aquellos canallas me violaron una y otra vez, al tiempo que se burlaban y se divertían. Para que no gritara, aunque era difícil que alguien me oyera, me amordazaron. Así estuvieron dos días, querían ablandarme para que les dijera lo que deseaban. Saciada su lujuria, me sometieron a un interrogatorio peor que los que me hicieron en el Santo Oficio. Me golpeaban y abofeteaban. Me pinchaban en los pechos con unos punzones afilados y me amenazaban con quemármelos.

—¿Qué querían saber?

—Todo lo que Samuel me hubiera contado. ¡Ese fue mi error!

—No os entiendo.

—Les dije, porque no podía soportar más, que el nombre de maese Rodrigo era Samuel Leví. No necesitaron explicación alguna

para saber que sus antepasados eran judíos. Sabían que le suministraba hierbas para preparar sus medicinas y que me acostaba con él. Uno de ellos me soltó una bofetada diciendo que era una puerca por acostarme con un judío. Perdí los nervios y le grité que mis antepasados también lo eran. Me atormentaban contándome las cosas que le hicieron para que hablara. También sabían que Samuel era alquimista y que estaba a punto de transmutar plomo en plata. Por eso lo habían secuestrado y torturado. No sé cómo sabían todo aquello, pero lo sabían. Aquellos malvados tenían mucha información.

—Yo os lo diré. —Ella lo miró fijamente a los ojos—. Fue Agustinillo.

—¡Agustinillo! —exclamó María—. ¿Cómo lo sabéis?

—Lo localicé, tras mucho tiempo desaparecido, en un monasterio cerca de Guadalajara, San Bartolomé de Lupiana. Los mismos que fueron a por vos a Lozoya lo apresaron y lo torturaron hasta arrancarle toda la información que podía darles. Lo dejaron agonizante en un lugar perdido, esperando que muriera. Pero lo salvaron unos pastores que pasaron por allí.

Otra vez se hizo el silencio. Sólo al cabo de un rato, Diego le preguntó:

—¿Qué podéis decirme de esos sujetos? Cualquier cosa, por insignificante que parezca, puede ser importante.

—Uno de ellos tiene por nombre Inchausti.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque así lo llamaba otro que respondía al nombre de Enríquez, que era el peor de todos. Era el que me pinchaba en los pechos.

Diego ya tenía otro nombre.

—Esa cuadrilla eran tres. ¿Sabéis cómo se llamaba el tercero?

—Se llamaba Bosque. Por lo visto era un ballestero consumado.

Quien completaba el cuarteto de aquellos desalmados estaba muerto. Era Félix Conde, el criado de la princesa de Éboli.

—¿Qué más podéis decirme?

—Con el daño que me hicieron me sacaron todo lo que querían, salvo el procedimiento para la transmutación. No me lo sacaron porque no lo sabía. Si lo hubiera sabido, se lo hubiera dicho. Me

suministraron un bebedizo y cuando me desperté estaba en un lugar desconocido para mí, en el que se respiraba un fuerte y repugnante olor a carne de cerdo. Había allí una mujer que debía tener alguna relación con Inchausti. Ella le hacía arrumacos y él la besaba y le palpaba en ciertas partes.

—¿Qué ocurrió allí?

—Me hicieron algunas perrerías más y volvieron a aprovecharse de mí, pero Inchausti no lo hizo. Quizá porque tenía que guardar las apariencias con aquella mujer, que disfrutaba viendo cómo me violaban los otros dos.

—¿Enríquez y Bosque?

—Sí, se relevaron varias veces. Luego, cuando se convencieron de que no podía decirles más cosas, fue cuando vinieron los de la Inquisición, me metieron en un carruaje y fui a parar a sus mazmorras. Me acusaron, lo supe mucho más tarde, de judaizar. Sabed que soy cristiana, don Diego, aunque me repugna el cerdo. En mi familia no se comía, pero no era por guardar una ley judía, sino por costumbre. Los del Santo Oficio me pusieron en el potro y allí confesé que no comía cerdo porque lo prohibía la ley de Moisés y que celebraba el sábado o que decía ciertas oraciones.

—¿No es verdad?

—No, sólo era cierto que no comía cerdo por lo que os he dicho. Pero estaba dispuesta a confesar lo que quisieran con tal de que no me pusieran otra vez en el potro. Cuando tensan las cuerdas y aprietan en la carne hasta cortarla es algo insufrible. Lo cierto es que aguanté dos sesiones; un inquisidor me dijo que tratara de soportarlo porque si declaraba que hacía otras cosas propias de judíos la pena podía ser muy grave.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque me dijo que estaba convencido de que era inocente. Quienes habían presentado la denuncia eran gente sin escrúpulos.

Diego supuso entonces que quien la había presentado debió de ser Inchausti y que el comisario de Madrid, un fanático, según le había dicho don Leopoldo, debió admitir sin más la denuncia.

—¿Recordáis algo más?

—Que la noche que estuve en casa de esa mujer…

—La llaman la *Choricera*. —María frunció el ceño y Diego se percató de ello—. He hecho indagaciones. ¿Cómo si no os explicáis que supiera que estabais siendo procesada por la Inquisición de Toledo? Pero… decidme qué recordáis de aquella noche.

—Estaban nerviosos. No sé por qué, pero estaban muy nerviosos. Hablaban en voz baja y se referían a otras personas. Deduje que ejecutaban aquello por encargo y no habían conseguido lo que buscaban, que era saber cómo se realizaba la transmutación. El único que podía habérselo dicho era Samuel.

—¿Recordáis algo de lo que decían?

—Han pasado muchos meses, pero hay cosas que no se borran de la mente. Inchausti se refirió varias veces a la princesa de Éboli.

—¿Estáis segura de eso?

—Sí, dijo que no le iba a gustar no conseguir lo que ella quería saber.

Lo que María acababa de revelarle era lo más importante de lo que le había dicho. Todo lo anterior, en realidad, confirmaba algo que ya sabía o completaba la información que tenía. Pero saber que aquella gente trabajaba para la princesa de Éboli era una novedad. Porque, si lo hacían para ella, era probable que también lo hicieran para el secretario Antonio Pérez. Algunas cosas empezaban a encajar.

El carruaje llegaba a Madrid cuando estaban a punto de cerrar la Puerta de Toledo. Diego indicó al cochero por dónde debía ir para llegar hasta su casa. Su presencia y la de María produjo cierto revuelo. Aquella noche, en la intimidad, después de amarse apasionadamente, Diego le explicó a Leonor lo ocurrido en Toledo.

—Pobre mujer, han debido ser unos meses terribles.

—¡Si hubieras visto cómo apareció en el auto de fe!

—Todavía es visible el maltrato en su cuerpo.

—Ha mejorado mucho con los cuidados del ama de llaves del arcediano.

—Acabaremos de recuperarla.

—Físicamente será posible. Pero recuperar al ánima… Está deshecha.

—Será cuestión de tiempo —insistió Leonor—. Ahora cuéntame lo que te ha dicho de esos malvados.

Diego le ahorró los detalles más escabrosos de lo que habían hecho con ella y se centró en lo que pretendían y en quiénes podían estar detrás.

—Esto apunta tan alto —Leonor no disimulaba su preocupación—, que empiezo a temer que os lleve hasta donde ni siquiera podéis imaginaros.

—¿Por qué lo decís?

—Porque se sigue hablando de la muerte del secretario de don Juan de Austria y de las razones del rey para detener a Pérez y a la Éboli. Es un secreto a voces que el rey se interesa por el mundo de lo oculto y que tiene tratos con alquimistas. Si el plomo se transformara en plata, se solucionarían muchos de sus problemas. No sobra la plata y lo que se está gastando en ese monasterio es una cifra fabulosa, añadid lo que está costando la guerra en Portugal. Dicen que es la causa de que a Flandes no llegue el dinero necesario para acabar de una vez con esos rebeldes. Si doña Ana y el secretario Pérez tuvieran la fórmula y pudieran ofrecérsela al rey…

LXIII

Diez días más tarde don Fernando de Noronha comparecía ante el rey.

—Majestad…

Felipe II le ofreció su mano y, después de los obligados saludos, el monarca se dirigió a él:

—Vuestra excelencia. —Aquel tratamiento sorprendió a don Fernando.

—Señor…, yo…, yo…

—¿No sois conde de Linhares da Beira?

—Majestad, ese título fue dado a mi padre por el rey don Juan, vuestro tío, que gloria de Dios haya, por los servicios prestados como gobernador de Ceuta y sus méritos en las Indias. Vuestro sobrino, el rey don Sebastián, lo nombró virrey de aquellas tierras.

—En ese caso sois vos, como su heredero, el titular del condado.

—Señor…

—Don Fernando, sabed que me es muy grato que estéis a mi servicio y al del reino como titular de ese condado.

—Majestad, contad con mi persona y mi familia.

—Me satisface oírlo de vuestros labios. Permaneced en Lisboa.

—A vuestro servicio, majestad.

Una vez fuera, Moura, que acompañó al conde, lo tomó por el brazo.

—Su majestad está muy interesado en conocer qué hay de verdad en el rumor que corre acerca de las atenciones que vuestra hermana, doña María, prestó a cierto caballero hace algún tiempo.

—La mejor forma de saberlo es preguntárselo a ella.

—Os diré, amigo mío, que no resulta fácil. Las últimas noticias que se tienen acerca de doña María son de hace tres años, cuando estaba en Setúbal. ¡Parece habérsela tragado la tierra!

—Está en Linhares desde hace tres años. Tiene razones poderosas.

—¿Por qué se marchó de su casa de Setúbal?

—Porque atendió a un caballero que estaba enfermo.

Moura lo miró sorprendido.

—No iréis a decirme que…

—Todos esos rumores sobre don Sebastián carecen de fundamento.

Aquella misma tarde, don Pedro de Alcaçobas, quien ahora prestaba servicios en la cancillería de Felipe II, cabalgaba hacia Linhares da Beira, escoltado por una docena de jinetes.

Llegaron cuatro días después.

La población se extendía en torno a un promontorio donde se alzaba una fortaleza en la que destacaba su poderosa torre del homenaje.

—La casa de los Noronha está en la plaza grande, frente a la Cámara Municipal —les indicó un vecino que salía al campo llevando de reata un borrico cargado con unos haces de leña.

—*Muito obrigado*.

Era una casona de piedra con un escudo nobiliario sobre el balcón principal de la fachada. Alcaçobas golpeó con el llamador. Retumbaba un eco en el interior, como si la casa estuviera vacía. Al no tener respuesta, volvió a llamar y torció el gesto ante la posibilidad de que allí no hubiera nadie y hubieran viajado en balde. Iba a llamar por tercera vez cuando una mujer, sorprendida de ver tanto jinete, les dijo:

—Doña María está en casa. La vi entrar esta mañana, después de misa.

La nueva llamada tuvo respuesta desde el balcón. Era una vieja criada.

—¿Quién llama?

Alcaçobas se apartó de la puerta.

—Venimos en nombre del rey.

—¿En nombre del rey? ¿Qué rey?

La pregunta tenía su sentido. Muchos mantenían viva la llama del sebastianismo, otros tenían por tal al prior y otros a Felipe II.

—¡El único rey que tiene Portugal!

Soltó un exabrupto, antes de preguntar:

—¿Qué desean?

—Hablar con doña María.

La vieja dijo algo que no se entendió y desapareció.

El tiempo transcurría y nadie daba señales de vida. Alcaçobas estaba a punto de perder la paciencia. Por fin oyó cómo descorrían el cerrojo de la puerta. Aparecieron dos hombres con cara de pocos amigos.

—¿Qué deseáis? —preguntó uno de ellos, sin molestarse en saludar.

—Ver a doña María de Noronha.

—La señora no recibe visitas y menos de desconocidos.

—Venimos en nombre del rey. Es su majestad quien nos envía.

Miró a los soldados y su cara reflejó la duda.

Una voz a su espalda le hizo volverse.

—Señora…

—¡Hazte a un lado! —Era la voz de alguien acostumbrada a mandar.

Hacía años que Alcaçobas no había visto a doña María de Noronha y, pese a las canas que resaltaban en su negro pelo, mantenía su belleza.

—Doña María… —Hizo una reverencia y ella, que lo había identificado, le ofreció su mano. La tomó por la punta de los dedos y la besó suavemente.

—¿Preguntáis por mí?

—Así es… Vengo a veros por encargo de su majestad, don Felipe I.

—Pasad, pero vuestros hombres permanecerán fuera.

—Como vos dispongáis.

Lo condujo hasta una sala en una de cuyas paredes colgaban dos espejos que flanqueaban un cuadro donde se representaba la

adoración de los Reyes Magos. Se sentaron en los sillones de un estrado.

—¿Qué desea el rey?

—Mi señora, os diré que su majestad ha recibido a vuestro hermano quien es, nuevamente, conde de Linhares, y le ha levantado el destierro.

—Nada sabía sobre que don Felipe le hubiera devuelto el título.

—Es muy reciente.

—¿Mi hermano no está en Caldas da Rainha?

—Está en Lisboa.

—¿A eso habéis venido?

—A eso y a pediros cierta información que el rey desea conocer.

—¿Qué quiere saber?

—Hace años atendisteis a un caballero en vuestra casa de Setúbal. No sabría deciros si estaba herido o enfermo. ¿Es cierto?

—¿Por qué preguntáis por lo que ya sabéis?

—Han corrido muchos rumores. Necesito que vos me lo confirméis.

—Es cierto.

Ahora tocaba preguntar por lo que era el verdadero motivo de su viaje.

—¿Quién era ese caballero?

—No es la primera vez que un rey desea saberlo. Don Enrique también quiso.

—No habéis respondido a mi pregunta.

—No seáis insolente. Sólo he pretendido ser amable.

—Os pido disculpas, mi señora. ¡Es que se han dicho tantas cosas sobre la identidad de ese caballero!

—Cuando don Enrique quiso saberlo, me vi obligada a poner tierra de por medio. Muchas personas pensaban que era don Sebastián, pero a quien atendí fue al capitán Duarte de Vasconcelos.

Alcaçobas frunció el ceño.

—¿Al capitán de la guardia de don Sebastián?

—El mismo.

—¿Sería una impertinencia preguntaros cuál fue la causa que os obligó a poner tierra de por medio?

—Lo es, pero os responderé. Ya no tiene sentido ocultarlo. Vasconcelos venía, junto a otros caballeros, de Berbería. Habían caído prisioneros en Alcazarquivir, pero habían logrado huir después de meses de cautiverio.

—Se daba por muerto. ¿Por qué…, por qué acudió a vos? ¿Por qué no fue a ver al rey, a don Enrique?

—Porque era el padre de mi hijo.

Alcaçobas contuvo la respiración.

—¿Vos estabais casada con Vasconcelos?

—No, mantuvimos…, mantuvimos una relación.

—Recuerdo que acudió a socorreros cuando el padre Martín de la Cámara os paseaba por Lisboa a lomos de una mula…

—Consideraba que iba a contraer un matrimonio inadecuado. Lo cierto es que el capitán y yo mantuvimos en secreto esa relación durante meses. Me olvidé de aquel enlace que tanta polvareda había levantado.

—Pero si la memoria no me falla, vos estabais viuda y el capitán era soltero.

—Así era, pero él tenía dada palabra de matrimonio a doña Leonor de Mascarenhas.

—¿La hija de don João de Mascarenhas?

Doña María asintió.

—Me quedé embarazaba y él lo supo poco antes de su partida hacia Berbería. Le dije que para evitar el escándalo me alejaría de Lisboa y me instalaría en Setúbal, donde poseo una casa y unos viñedos. Allí lo esperaría. Me prometió que a su regreso pediría al rey don Sebastián que lo liberase del compromiso con doña Leonor y que nos casaríamos. Pero ocurrió lo de Alcazarquivir. Todos lo dieron por muerto, junto al rey en aquella batalla. Pero cayó prisionero y, como os he dicho, logró escapar junto a otros caballeros.

—Pero…, pero no entiendo por qué mantuvieron en secreto su regreso a Portugal.

—Porque no quería desvelarlo hasta dejar resuelta su situación. Tendría que pedir a don Enrique lo que no podía pedirle a don Sebastián, pero se enteró de que el padre de doña Leonor gozaba de la mayor de las confianzas del anciano rey.

—Así es, don João fue nombrado por don Enrique uno de los cinco regentes que se harían cargo del reino en caso de que falleciera, sin que hubiera nombrado un sucesor.

—Se enteró nada más llegar a Faro y eso hizo que decidiera venir a Setúbal ocultando su identidad. Pero en el camino enfermó de gravedad. Fueron los otros cuatro caballeros con los que venía quienes lo trajeron a Setúbal. Allí lo atendí con la ayuda de un médico…

—Sabéis que lo que acabáis de contarme ayudó a dar pábulo a los rumores de que don Sebastián no había muerto en Alcazarquivir.

—Desde luego, y quise que se aclarase todo, pero Duarte me hizo prometer que nada diría. No lo hacía porque desease alentar aquellos rumores, sino porque deseaba que su situación quedase resuelta. Desvelar que el caballero que yo atendía era él lo dejaba en una complicada situación.

—¿Adónde se dirigió el capitán?

—Está en Setúbal.

—No…, no lo entiendo. Vos os marchasteis de Setúbal poco después.

—Después de enterrarlo. No pude salvar su vida. Está enterrado en el patio de mi casa. Fue entonces cuando los caballeros que habían llegado con él se marcharon después de empeñar su palabra de que nada dirían. Pero él se quedó allí para siempre.

—El rey don Enrique quiso saber qué había de verdad en todo aquello. Saber si vos habíais atendido a su sobrino.

—Por eso me marché de Setúbal.

—Pero…, pero… si Vasconcelos había muerto.

—Decidí mantener la palabra que le había dado de que nada diría y, si ahora os lo cuento, es porque hace días me llegó la noticia de que doña Leonor de Mascarenhas, que había tomado el velo de novicia en un convento de Lisboa, haciendo honor a la palabra de matrimonio que había recibido, había salido del convento para contraer matrimonio.

—¿Vive vuestro hijo?

—Sí, el Día de Todos los Santos cumplió cuatro años. Tiene la misma cara de su padre. Celebro que mi hermano haya recuperado

el favor del rey, pese a que dejó de hablarme cuando supo que había quedado embarazada, aunque desconoce quién es el padre de mi hijo.

Don Pedro resopló.

—Señora, si vos hicierais público lo que me habéis contado…

—¿Publicar que el padre de mi hijo es el capitán Vasconcelos? ¡Jamás! ¡No me siento manchada porque es hijo del amor que su padre y yo nos tuvimos! ¡Pero hacerlo público! ¡Jamás!

—Disculpad mi torpeza, doña María. No…, no os pido que hagáis público que sois la madre de un hijo de quien fue capitán de la guardia de don Sebastián, sino que a quien atendisteis en Setúbal no era el rey.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque es la verdad y porque no es bueno mantener ciertos rumores que alientan esperanzas que carecen de sentido.

Doña María midió bien sus palabras.

—Tienen razón quienes afirman que lo último que se pierde es la esperanza. Son muchos los portugueses que se agarran a ella como a un clavo que está ardiendo.

—¿Eso es un no?

—Dejadme que lo medite. Si venís, mañana os daré una respuesta. Habéis hecho un largo viaje para iros sin ella.

Aquella tarde, doña María de Noronha recibió al párroco del lugar que era su confesor y conocía algo de la historia que había contado a don Pedro de Alcaçobas. Mantuvieron una larga conversación, y al día siguiente dijo al secretario que no tenía inconveniente en hacer público que en Setúbal atendió a un caballero que acudió a su casa buscando remedio para sus dolencias y que no era el rey don Sebastián. Le entregó una carta escrita de su puño y letra en la que lo afirmaba, bajo juramento, firmaba y signaba.

Alcaçobas regresó a Lisboa y la declaración de doña María de Noronha se hizo pública por todos los medios —con pasquines, por voz de pregonero, se dijo desde los púlpitos en las misas dominicales de todo el reino durante varias semanas—. Aquello no hizo sino alentar en muchos lo que el paso del tiempo había adormecido.

En la taberna *A Casa dos Passarinhos*, Couto, después de dar un trago a su vino, comentó:

—No tienen en cuenta que hay que creer en algo.

LXIV

Aquel invierno fue particularmente lluvioso. Los días de lluvia se encadenaban uno tras otro y los campos estaban empantanados. En muchos lugares no fue posible sembrar y, en los que se llevó a cabo, el trigo acabó pudriéndose por exceso de agua. Su precio se disparó, en buena parte porque hubo acaparadores que trataron de beneficiarse con la creciente escasez, que significaba el hambre de los más desvalidos. Las dificultades afectaban a todos los reinos peninsulares. Conforme avanzaba el año, se extendía el hambre por los campos de Castilla y por tierras de Portugal y Aragón.

Las autoridades, que en los pósitos guardaban grano para evitar una subida desmesurada de los precios, trataban de remediarlo. Lo vendían a los panaderos con la obligación de elaborar un determinado número de hogazas, que habían de venderse en las tahonas a un precio máximo que quedaba fijado por el cabildo municipal.

Había malestar en las conversaciones. A la caída de la tarde, en la plaza de la Cebada, en la tienda de un zapatero hablaban de la carestía.

—¡Con el jornal apenas da para comprar una hogaza! —protestaba un viñador.

—¿Una hogaza, dice vuesa merced? ¡Nos engañan en el peso! ¡Para mantener el precio lo disminuyen! —respondía una mujer, que aguardaba para recoger un par de zapatos remendados y llevaba un cántaro apoyado en la cadera que llenaría de agua en la fuente pública.

—Dicen que van a traer trigo de Sicilia —intervino otra mujer.

—¡El rey en Portugal y aquí todo manga por hombro! —protestó el viñador.

—Vendrá ese trigo de fuera —afirmó el zapatero, que pasaba un hilo de cuerda por un trozo de cerote para coser una suela—, pero no remediará el hambre. Servirá para llenar los bolsillos a cuatro asentadores.

—Por muchas partes están mezclando harina de cebada para hacer el pan —dijo un esportillero, que estaba de brazos cruzados.

—Si sólo fuera de cebada… ¡Le está echando polvo de alverjones!

—Pues dicen que las calenturas que se llevaron a mucha gente cuando la hambruna del setenta y cuatro fue por haber amasado alverjones. Se lo he oído decir a un médico que vive a la espalda de San Ginés.

Granvela, que se encargaba de los asuntos de Italia, recibió orden del rey para que se trajera trigo de Sicilia. El grano se cargaría en Palermo. Dos carracas llegarían a Valencia, una a Cartagena, otra a Málaga y dos urcas a Sevilla.

En las gradas de San Felipe se había hecho un precario silencio cuando un pregonero, después de hacer sonar hasta tres veces la trompetilla con que reclamaba la atención, anunció con un potente vozarrón:

—Se hace saber, para general conocimiento, que su señoría el corregidor de esta villa, que es corte, ha dispuesto que se seguirá suministrando a las tahonas trigo del pósito a veintiocho reales la fanega, que los panaderos han de dar sesenta y dos hogazas cuyo peso será de cinco libras cada una, bajo pena de multa y cárcel para los contraventores. Que la harina que se amase sólo será de trigo, quedando prohibido, bajo pena de veinte ducados de multa y veinte azotes, que se amase otros cereales que son perjudiciales para la salud. Por último, se hace saber que, en los próximos días, llegarán cinco mil arrobas de bacalao vizcaíno en salazón para el abasto de la venidera Cuaresma y cumplimiento de la abstinencia mandada por la Santa Madre Iglesia, y que es obligada para quienes no dispongan de la bula correspondiente. Asimismo, que la alcabala de los cueros, el esparto y los tejidos de lana, así como del aceite, la sal, el tocino

y manteca se eleva un quinto más. Se prestará especial vigilancia para que los carniceros mantengan separadas las tablas de las carnes para evitar fraudes. Todo lo que, por orden de su señoría, se hace público para general conocimiento y obligado cumplimiento.

Otro golpe de trompeta puso fin al pregón.

—¡Otra subida de las alcabalas! —protestó uno de los presentes.

—No sé adónde vamos a llegar —añadió otro.

—¡No se quejen vuesas mercedes! —exclamó alzando la voz un sujeto que lucía un adornado jubón—. ¡El imperio ha de sostenerse! ¡Mantener frenados a los turcos en el Mediterráneo! ¡Tener controlados a los berberiscos! ¡Combatir contra los herejes! ¡Defender Flandes! ¡Luchar contra piratas y corsarios! ¡Mantener el imperio de Ultramar! ¡Añadid a eso los gastos que ha supuesto la campaña de Portugal que aún no ha terminado!

Algunos asintieron a aquellas razones expresadas con mucha vehemencia y que tenían un fondo de verdad. Era cierto que los recursos que llegaban del otro lado del Atlántico —oro, plata, perlas y piedras preciosas— eran de mucho valor y se esperaban con ansiedad las arribadas a Sevilla de las llamadas flotas de Indias, que lo hacían dos veces cada año. Pero no era menos cierto que las grandes deudas contraídas con banqueros alemanes, genoveses y flamencos requerían de grandes sumas y muchas de ellas se iban en pagar juros y réditos de los préstamos. No eran pocos quienes elevaban al rey propuestas, algunas descabelladas, para hacer frente a los ingentes gastos que el prestigio de España, como gran potencia, necesitaba.

La falta de granos en Lisboa también había llevado a dar instrucciones para hacer frente a la escasez. Los partidarios del prior aprovechaban la situación para generar descontento y achacaban a la nueva administración los problemas generados por los grandes aguaceros.

A quien no venían mal aquellos temporales era al marqués de Santa Cruz, que necesitaba tiempo para organizar una escuadra con capacidad para enfrentarse a la armada francesa que no

abandonaría Belle-Île-en-Mer hasta finales de primavera o comienzos de verano. Eso le daba margen para prepararse adecuadamente.

En el *Palacio da Ribeira* Felipe II estaba reunido con Moura, el arzobispo Almeida y los duques de Osuna y Braganza.

—Majestad, una solución para disponer de numerario que permita afrontar los elevados gastos que ha de afrontar la Real Hacienda sería modificar la ley de la moneda —propuso el arzobispo—. En todos los mercados de Europa el valor de las monedas de Castilla y también las de Portugal gozan de un prestigio que no tienen otras. Añadiendo mayor cantidad de cobre a la plata el numerario que salga de las cecas será mayor.

Felipe II negó con la cabeza.

—Ese arbitrio se me ha propuesto varias veces. Pero es preferible suspender pagos antes que alterar la ley de la moneda.

—Señor, muchos otros países han adoptado esa medida para salvar situaciones de grave dificultad económica.

—Que lo hagan otros países no es razón para hacerlo. Nuestros ducados son, por su ley, muy deseados y valorados. Alterar su ley dañaría gravemente el prestigio de la monarquía. Hay que buscar otros arbitrios.

—Majestad, entonces, sólo nos queda acudir al crédito —dijo Moura—, y los banqueros exigen, cada vez, mayores garantías y réditos más elevados.

—Que negocien las mejores condiciones posibles. Pero no se alterará la ley de la moneda.

Leonor trató a María como si fuera un miembro de la familia, sin importarle los cuchicheos acerca de que tenía acogida en su casa a una penitenciada por el Santo Oficio. No era mujer que se arredrara por algo así. Había sido capaz de abandonar el hogar paterno para vivir la vida que deseaba cuando quedó viuda y su familia la destinaba al convento. La herborista salía contadas veces a la calle porque ponerse el sambenito, cosa que no hacía cuando estaba en casa, suponía una humillación que le resultaba insoportable. Salía los domingos y fiestas de guardar para asistir a misa y poco más.

Leonor y Diego, que iban con ella, eran centro de todas las miradas y objeto de mordaces comentarios.

—¿Habéis visto la cara de doña Leocadia de Albornoz? —dijo Leonor a su marido a la salida de la iglesia.

—¿Y la de don Andrés de Guevara?

Conforme pasaron las semanas, los comentarios no desaparecieron, pero se apaciguaron. María era vista con menos curiosidad. Leonor le permitió que, en el huerto que había en la parte trasera de la casa, cultivase algunas plantas. Ella le explicaba las propiedades y la utilidad que podía obtenerse. Era una forma de pasar el tiempo que iba permitiéndole recuperarse. El pelo le había crecido lo suficiente como para no tener que utilizar una caperuza y a sus ojos, poco a poco, volvía la viveza que tuvieron en otro tiempo. Con el paso de los meses se había convertido en una especie de dama de compañía de Leonor. Leían libros, los comentaban, secaban plantas, extraían jugos y elaboraron algunos mejunjes que tenían aplicaciones varias. Mientras tanto, Diego iba juntando las piezas de aquel rompecabezas que apuntaba a que parte de todo aquello se había cocido en las alturas del poder. Había momentos en que dudaba si lo mejor era olvidarse de todo, pero su concepto de la justicia lo impulsaba a seguir buscando la forma de llegar al núcleo de aquel embrollo. En esos momentos de duda, Leonor lo animaba a seguir.

Un día, paseando por las gradas de San Felipe, ocurrió algo que llevaba años buscando. Entre las cabezas vio un sombrero de alas que adornaban tres plumas: una blanca, otra negra y la tercera era roja. Era posible que no fuera el de Inchausti, pues lo había perdido en el garito del *Lupino*, pero tal vez el gusto por plumas de aquellos colores le hubiera llevado a adornar uno nuevo de la misma manera. Caminaba hacia la calle que empezaban a llamar del Carmen porque hacía pocos años se había fundado un convento de carmelitas. Lo siguió a cierta distancia. Subió por ella y vio cómo tomaba la del Olivo, donde entró en una casa, cuya fachada, labrada en piedra, lucía, encima del balcón que se abría sobre la puerta, un escudo que señalaba la nobleza de sus dueños.

Diego entró en una talabartería que había en la acera de enfrente.

—Dios os guarde —saludó al talabartero.

—También guarde a vuesa merced. ¿Qué se os ofrece?

—Querría un tahalí.

El hombre miró el que cruzaba su pecho y del que colgaba la ropera que llevaba a su cintura.

—¿Parecido al que lleváis?

—Un poco más ancho. —Diego buscaba ganarse su confianza, aunque tuviera que comprar algo que no necesitaba.

—Tengo este que tiene la hebilla de plata.

—Demasiado estrecho.

—Si vuesa merced lo quiere más ancho tendría que hacerlo.

—No me corre demasiada prisa.

Diego examinó las vainas de dagas que estaban expuestas, sin perder de vista la puerta de la casa.

—Me llevaré esta. —Mostró la vaina al talabartero.

—Os la puedo dejar en dos reales.

—Me parece un precio justo.

Diego pagó y ya se marchaba cuando, volviéndose, le preguntó:

—¿Quién vive en esa casa? —Señaló la del escudo.

—Es la de los Altamirano y, además de la familia, desde hace algún tiempo, tienen alquilados unos aposentos a un sujeto.

—¿Sabéis cómo se llama?

—No podría decíroslo.

—Inchausti. —Era una voz de mujer y sonaba desde el fondo de la talabartería.

Diego no había reparado en ella.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó el talabartero.

La mujer se hizo visible.

—Porque estuvo aquí el otro día y preguntó por unos guantes, pero no los compró porque quería que se los dejara en la mitad de lo que le pedí. Antes de irse, el mayor de los Altamirano vino buscándolo y lo llamó así: Inchausti.

—Pues ya sabe vuesa merced cómo se llama.

—Os quedo muy agradecido. Volveré dentro de unos días para ver cómo marcha el tahalí. —Diego se llevó la mano al ala de su sombrero.

Pasada la Semana Santa, que por ser tiempo de penitencias, ayunos y abstinencias hizo que se soportara mejor la carestía y la escasez de granos, creció el malestar. En Madrid se sumaba a la prolongada ausencia del rey, que iba para tres años. Había muchos recelos porque cada vez eran más los rumores que llegaban de Portugal.

—Lo sé de muy buena tinta —afirmaba un dominico que hacía corrillo con otros dos clérigos y varios caballeros, uno de ellos de la Orden de Santiago.

—¡Bah! ¡Rumores sin fundamento! —respondió uno de los caballeros.

—Cuando el río suena, agua lleva —argumentó otro de los clérigos.

—¡Vamos, paternidad! ¡Hace muy poco que su majestad tomó la decisión de convertir Madrid en la capital de la monarquía! —sostenía un caballero de Santiago—. ¡Y está casi terminado El Escorial! ¡Allí quiere el rey que descansen los restos de los reyes y familiares!

—Es cierto, pero cuando se empezó a construir Portugal no formaba parte de la monarquía. Lisboa es una gran ciudad y está abierta al mar, lo que supone una gran ventaja para las tierras de ultramar.

—¿No sorprende a vuesas mercedes —insistió el dominico— que su majestad lleve casi tres años fuera? Ha de sentirse muy a gusto en Lisboa.

—Si permanece allí es porque ha de tomar importantes disposiciones —afirmó otro de los caballeros—. Portugal tiene territorios y enclaves estratégicos distribuidos por medio mundo. Habrá de dejarlo todo bien atado.

—Añadid a ello que el bastardo que le ha disputado el trono —indicó el santiaguista—, aunque huyó, sus gentes andan revolviendo aquel reino.

—Cierto, busca que nuestros enemigos y los herejes apoyen sus pretensiones —apostilló el dominico.

—Su majestad no volverá hasta que el último rescoldo quede apagado —señaló un caballero, entrado en años, delgado como un estoque, que lucía una recortada barba blanca y unos llamativos mostachos.

—Estoy de acuerdo con vos. Queda un foco de resistencia en las Azores y el rey ha encomendado a Santa Cruz que acabe con él.

—También yo tengo noticia de ello. Los franceses, que apoyan las pretensiones del bastardo, quieren convertir esas islas en la base desde la que lanzar ataques a las flotas que vienen de las Indias.

—Mal lo tienen esos franceses si tienen que vérselas con don Álvaro. ¡Jamás ha sufrido una derrota! ¡Es el mejor almirante de su majestad!

—¡Pues si desembarcan en algún lugar de la costa portuguesa lo tienen claro! ¡Enfrentarse al duque de Alba es ir derecho al desastre!

La preocupación porque Lisboa se convirtiera en capital de la nueva monarquía era asunto de muchas otras conversaciones en aquel Madrid que había crecido de forma extraordinaria. Muchos nobles estaban levantando palacios y aumentaba el número de parroquias para atender las necesidades de una población que, según decían algunos, llegaba ya a los sesenta mil habitantes. Se fundaban conventos y había que dar aposento a los numerosos funcionarios que necesitaba el cada vez más pesado aparato burocrático de la Administración. Las calles de Madrid habían cobrado una vida extraordinaria porque eran muchos quienes acudían a la corte para asuntos muy diferentes. En las posadas y mesones, cuyo número también había aumentado, no había alcobas, ni siquiera compartidas con gente que demostraba ser limpia y no padecer enfermedades que pudiera contagiar.

Una disposición del rey había establecido que las casas —salvo aquellas que por alguna clase de privilegio quedaban exentas— con cierto número de habitaciones debían disponer una de ellas para alojar a un funcionario. Aquello suponía una gran molestia que no compensaba la pequeña suma que se había establecido como pago por el alquiler. Eran muchos los que buscaban fórmulas para sacudirse aquella obligación. Era de eso de lo que se hablaba en la taberna del Ángel, donde los carpinteros trabajaban ahora más

marcos y puertas de cuarterones para las ventanas y balcones de las nuevas casas que se construían y menos aperos de labranza y carretas.

—La cosa está regular —señalaba Villegas, después de dar un sorbo al vino de su jarrilla—. ¡Menos mal que con tanta casa como se está construyendo…! En la plaza de la Cebada hay dos nuevas y los albañiles disimulan el número de alcobas y salas, para no tener que alojar a nadie.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó el tabernero, que se había acercado para traer más vino.

—Reducen el número de ventanas a la calle.

—Pues no sé por dónde van a echar… el agua —dijo al marcharse, soltando una risotada.

—Hay otra forma de conseguir el disimulo —terció Molina, el almacenista de maderas, poniéndose en pie.

—¿Otra forma?

—Sí, ahora me piden vigas muy largas para aumentar el tamaño de los tejados, con lo que se disimula una planta entera. Discúlpenme vuesas mercedes, pero el recado que me han traído me obliga a marcharme. —Apuró el vino y dejó unas monedas sobre la mesa.

—Hecha la ley, hecha la trampa —dijo Alarcón—. ¿Saben vuesas mercedes que a esas casas ya se le ha puesto nombre? Las llaman casas a la malicia.

Diego tenía localizado a Inchausti. En los días siguientes remoloneaba con mucha discreción por las calles cercanas, lo que le permitió saber que no solía salir a primera hora y que no tenía un sitio fijo adonde ir. Paseaba luciendo palmito y en ningún momento fue a la Puerta de Toledo para hacerle una visita a la *Choricera*. Dedujo que su relación había terminado y lo corroboró al verlo entrar un par de veces en la mancebía que había en la Puerta del Sol, junto a la calle del Carmen.

Hacía unos treinta años que allí se había trasladado el burdel que anteriormente estaba cerca de la calle de Atocha. En una de sus

ventanas había una imagen que representaba a una prostituta que movía los brazos y, detrás de ella, convenientemente oculto, un sujeto tocaba un violín para llamar la atención de los viandantes. A las mujeres que allí ejercían la prostitución se las conocía como las soleras, por encontrarse el burdel en la Puerta del Sol.

Cercano a la mancebía, a la espalda del chaflán que formaban las calles Mayor y Arenal, había un callejón que llamaban de la Duda. Era lugar de reunión de rufianes, hampones y delincuentes.

Una mañana que lo seguía por la Puerta del Sol vio cómo dos frailes gritaban y señalaban la ventana de la mancebía donde estaba la imagen.

—¡Es la Virgen! ¡Es la Virgen! —gritaban con el rostro desencajado.

La gente miraba hacia la ventana.

—¡Es la Virgen! ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

—¡Ese fraile se ha vuelto loco! —oyó Diego exclamar a un caballero.

La gente empezó a agitarse. Un alguacil se acercó a los frailes.

—Paternidad, ¿qué es eso de que esa fulana es la Virgen?

—¡Esa imagen es la que robaron de una ermita de Toledo! ¡Esos rufianes la han convertido en un reclamo para fornicar! ¡Santo Dios!

—¿Estáis seguro?

—Completamente. ¡Esa es la cara de la Virgen!

Crecía la indignación. Convertir a la Virgen en una imagen que invitaba al fornicio era algo inaudito. En el revuelo, Diego perdió de vista a Inchausti y se acercó al alguacil.

—¡Don Diego, celebro veros! ¡Ese fraile dice que es una Virgen que robaron en Toledo!

—¿No albergáis dudas? —preguntó Diego al religioso.

—¡Ninguna, señor! ¡Esto hay que denunciarlo al Santo Oficio! ¡Es una ofensa intolerable! ¡La Virgen en un burdel!

Unos corchetes entraron en la mancebía y cubrieron la imagen con una sábana. El Santo Oficio intervino y las pesquisas corroboraron que la imagen era de una Virgen robada en Toledo. Se arrestó al arrendador de la mancebía y a los sirvientes del prostíbulo y se organizó una procesión de desagravio para trasladarla a la iglesia del

Hospital General, en cuyo altar mayor quedó entronizada. Los madrileños la llamaron la Virgen de la Mancebía.

El inquisidor general elevó al rey una petición para eliminar hasta el último vestigio de aquella mancebía, lo que dio lugar a un debate en el Consejo de Castilla. Unos apostaban por su destrucción, pero otros entendían necesaria su existencia.

—Allí se desahogan pasiones. Si no existieran burdeles, las doncellas y las mujeres honestas podrían sufrir las consecuencias.

—Es cierto lo que decís, pero la injuria ha sido de mucha gravedad.

El teólogo que formaba parte del Consejo aportó la solución.

—No se trata de que desaparezca la mancebía. Aceptemos su existencia como un mal menor. Podría abrirse en otro lugar para holganza y satisfacción de las pasiones. Propongo, si vuesas mercedes tienen a bien hacérselo saber a su majestad, que ese lugar sea purificado mediante el fuego.

—¿Pretende vuestra paternidad que se incendie ese inmueble?

—Es la mejor manera de hacer desaparecer ese impío lugar.

—Así se le elevará a su majestad —señaló Granvela, que presidía la reunión.

LXV

Diego prolongó su vigilancia algunos días más hasta que una tarde vio que Inchausti encaminó sus pasos por calles estrechas y poco transitadas hasta salir a la de Alcalá. Bajó hasta el final y al llegar a la que se conocía como fuente del Peñasco, cruzó una arboleda hasta un claro donde se alzaba una casa cuya fachada flanqueaban dos torres con tejados de pizarra y forma piramidal.

Protegido por la vegetación y con mucho sigilo, vio cómo llamaba a la puerta. Le abrieron de inmediato y se perdió en el interior. A Diego lo asaltaron las dudas. No sabía el tiempo que podía permanecer allí ni si pasaría la noche. Merodeó por los alrededores y comprobó que era un lugar tranquilo. Allí imperaba un silencio sólo roto por el sonido de los pájaros y algunos ruidos muy apagados que llegaban desde Madrid. Era un remanso de paz perdido entre los árboles que tamizaban la luz. Quien había construido aquella casa había elegido bien el lugar para que pasase desapercibida. Comprobó que en la parte trasera había una pared coronada de cortantes filos de trozos de cerámica. Tenía un par de varas de altura y parecía cerrar un pequeño huerto o un jardín. Volvió sobre sus pasos y decidió marcharse porque tendría nuevas oportunidades y aquella no parecía la mejor. Pero estaba a punto de salir de la arboleda cuando observó cómo un carruaje aminoraba la marcha y, por una senda que no había visto, entraba en la arboleda. Pudo ver cómo se abría el portón de carros de la casa y cuando, apenas se había cerrado, el ruido de otro carruaje rompió el silencio imperante. Se abrió otra vez, sin necesidad de llamar, e instantes después

llegaba un tercer carruaje. Supo que allí se estaba cociendo algo importante. Los carruajes eran de mucho fuste y la presencia de un espadachín como Inchausti sólo tenía una respuesta.

Regresó a la parte trasera de la casa, se ajustó sus recios guantes de cuero y salvó la pared con dificultad, pero ganó el jardín. La tarde estaba cayendo y la experiencia le decía que la oscuridad representaba un problema, pero también una aliada valiosa. Cruzó el jardín y llegó hasta la parte posterior de la casa. Se aproximó hasta una ventana donde un resplandor de luces indicaba que había gente. Allí se celebraba una reunión. No pudo oír lo que se decía, pero sí ver que eran cuatro los reunidos. Identificó a Inchausti, pese a que estaba de espaldas, y podía ver la cara de otros dos. No conocía a ninguno. Empezaba a sentir frío y echaba de menos la capa de la que se había desprendido. Con mucho cuidado abandonó el jardín y fue hacia la parte delantera de la casa, donde vio a unos hombres que, bajo un tejadillo y protegidos por capotes, charlaban y se pasaban una cantarilla. Eran los cocheros. Se acercó —la noche era su aliada— y pudo oír a uno de ellos decir:

—Pasado mañana marchamos a Sevilla, mi amo dice que la flota de Indias está al llegar y quiere estar allí cuando eso ocurra.

—¡Lo que quiere es coger lo suyo, antes de que el rey lo embargue todo! —respondió otro—. ¡Lo de Portugal nos está costando un Potosí!

—¿Un qué?

—Un Potosí.

—¿Qué es eso?

—Es lo que mi amo dice cuando se refiere a sumas muy grandes. Por lo visto es el nombre del sitio de donde sacan la plata en las Indias.

—Algo gordo está al caer cuando los amos están reunidos.

—El mío dice que, si tocan la moneda, muchos se arruinarán. Suelta pestes en contra del presidente del Consejo de Hacienda.

Diego ataba cabos. Lo que decían estaba relacionado con el rumor sobre que en el Consejo de Hacienda se debatía lo que habían propuesto a Felipe II y que había rechazado. Algunos de sus

miembros, entre ellos su presidente, defendían que se alterase la ley de las monedas. Menos plata y más cobre.

Un ruido de comentarios y pasos alertó a los cocheros.

—Parece que nos vamos.

Aparecieron los tres hombres e Inchausti, le precedían unos criados con unos fanales. Oyó palabras de despedida y saludos.

Uno de ellos dijo a Inchausti:

—¿Cómo regresa vuesa merced?

—Dando un paseo.

—¿A estas horas?

—Llevando esta… —Apretó la empuñadura de su ropera.

—Suba vuesa merced, lo dejo poco antes de que lleguemos a la Puerta del Sol. No es conveniente que nos vean juntos.

Diego aguardó a que todos se marcharan y oyó a un sujeto, al que acompañaban los que llevaban los fanales:

—No me gustaría, ni por todo el oro de las Indias, estar en el pellejo del presidente de Hacienda. ¿Habéis visto cómo mira ese sujeto?

Una vez que todo estuvo en silencio, Diego salió de su escondite. Llegó a su casa, muy a deshoras; Leonor y María aguardaban inquietas.

—¿Dónde habéis estado? —le preguntó su esposa, viendo su desastrado aspecto—. ¿Y vuestra capa?

—Ya os contaré. Ahora es necesario hablar con vuestro padre.

—¿Con mi padre? ¿A estas horas? ¿Habéis perdido el juicio? Llevará un par de horas durmiendo.

Leonor tenía razón.

Apenas cenó y ya en la alcoba, contó a su esposa lo que había vivido.

—¿Creéis que han planeado matar a don Hernando?

—Estoy convencido, y al sujeto al que se lo han encargado es a Inchausti. Los reunidos parecen ser cargadores de Indias o gente que mueve mucho dinero y tienen grandes negocios. Alterar la moneda les supondría un grave quebranto.

—¿Por eso pretenden matar al presidente de Hacienda?

—Lo que se oye en los mentideros es que insiste en que su majestad permita alterar la ley de la moneda porque, de lo contrario, habría que ir a otra bancarrota. ¡Esos sujetos han contratado a Inchausti! Por eso hay que avisar a vuestro padre para que advierta a don Hernando.

Al día siguiente, poco después del amanecer, Diego escribió a don Leopoldo, pidiéndole que lo recibiera por un asunto de la mayor urgencia.

Se oían los últimos ecos de las campanas de parroquias e iglesias de conventos que habían llamado el rezo del ángelus cuando Diego saludaba su suegro. Don Leopoldo vestía un jubón de color granate donde lucía la venera de la Orden de Santiago.

—He de agradeceros mucho lo rápido de la respuesta.

—Lo que decíais en vuestro billete me ha alarmado.

—No es una cuestión menor, don Leopoldo.

Diego se lo explicó de forma breve.

—¿Pensáis que pretenden acabar con la vida de don Hernando?

—Estoy seguro. Esos hombres de negocios…

—¿Sabéis quiénes son?

—Sólo puedo deciros que el lugar donde se reunieron con ese espadachín es una casa que hay cerca del Prado de los Jerónimos y que oculta una arboleda.

—Perdonad, pero ¿qué hacíais tan a deshoras en ese sitio?

—Seguía los pasos a ese espadachín. Se llama Inchausti y parece ser que fue quien acabó con la vida del secretario de don Juan de Austria.

—¿Por qué lo seguís?

—Porque fue uno de los que acabaron con la vida del boticario que vivía en la calle del León.

—Hay que poner sobre aviso a don Hernando. Sería bueno que me acompañaseis.

Don Hernando de Vega y Fonseca, presidente del Consejo de Hacienda, tenía ya cumplidos los cincuenta años. Era de mediana estatura, nariz aguileña y rostro alargado, surcado por profundas arrugas. Vestía un sencillo traje talar, propio de quien llevaba una vida de asceta. Había sido presidente de las dos chancillerías, la de

Valladolid y la de Granada. Era persona de recia formación jurídica y llevaba cuatro años presidiendo el Consejo de Hacienda. Su despacho era de una austeridad acorde con su vida. Una mesa sencilla cubierta por un tapete de bayeta negra. Unos sillones frailunos y las paredes llenas de estanterías de madera de pino donde se apilaban cartapacios y legajos.

Escuchó atentamente a Diego, sin interrumpirle en ningún momento. Cuando concluyó, le preguntó:

—¿Estáis seguro de que se referían a mi persona?

—Quienes se reunieron con ese sujeto son gente muy preocupada con una posible alteración de la ley de la moneda. Si se llevara a cabo, como proponéis, perderían grandes sumas. No hablaban bien de vos.

Don Hermando asintió en silencio.

—Podríais tener razón.

—Creo que deberíais tomar alguna medida —dijo don Leopoldo— e indagar acerca del propietario de esa casa donde ha tenido lugar la reunión.

—Os agradezco mucho vuestra visita y… algo se proveerá.

—No os confiéis —le dijo Diego—. Ese Inchausti…

Aquella misma tarde, don Hernando sabía que el propietario de la casa era un asentador de Indias llamado Johan van Immerseel, que comerciaba con productos procedentes de las Indias como la cochinilla o las plantas de las que obtenía el añil y que había sido persona muy próxima al secretario Antonio Pérez.

Escribió un billete con noticia de todo ello a don Leopoldo, a quien le faltó tiempo para comunicárselo a Diego.

—Otra pieza que encaja —dijo Diego a su esposa y a María—. Esa casa es de un asentador flamenco que tenía relaciones con el secretario Pérez.

La siguiente noticia fue que el asentador había marchado a Sevilla y que algunas pesquisas lo señalaban como un agente de Guillermo de Orange.

—¿Estarán presos la princesa de Éboli y el secretario Pérez por estar relacionados con ese flamenco que puede ser un agente de los rebeldes y que les pasaría valiosa información? —le preguntó Leonor.

—Todo apunta en esa dirección. Es posible que el secretario de don Juan de Austria hubiera descubierto algunos de esos manejos y por eso lo quitaron de en medio.

Unos días más tarde, una noticia sacudió los mentideros madrileños. Un grupo de sicarios habían intentado asesinar al presidente de Hacienda.

—Dicen que eran tres y que lo atacaron cuando salía de misa. Lo que no esperaban era que hubiera varios hombres apostados en la plazuela que hay ante la fachada de San Andrés. Acabaron con dos de esos canallas.

—El otro, según he oído decir, logró escapar.

—También lo he oído yo, y que están tras la pista.

—Dicen que cruzó la plaza de la Cebada y corría calle de Toledo abajo.

Diego fue a ver a los muertos, que estaban en la sala donde colocaban los cadáveres de los ajusticiados. Ninguno era Inchausti. Unos días después se supo que uno de ellos era un sujeto muy ligado al secretario Pérez, llamado Enríquez y, según se decía, el otro era medio hermano.

El espadachín se había quitado de en medio. No debía de estar en la casa de la calle del Olivo, porque pasaban los días sin que apareciera.

LXVI

Las noticias llegaron a Lisboa después de mediado el mes de junio.

—Majestad, la escuadra francesa, con el prior a bordo, ha zarpado de Belle-Île-en-Mer. Son cerca de un centenar de barcos con los ingleses que se les han sumado. La mitad de ellos, barcos de guerra fuertemente artillados, y el resto, transportes. Llevan a bordo unos siete mil hombres, además de las tripulaciones. Se ha confirmado que al mando de la escuadra está Strozzi y que las tropas las manda el conde de Brissac.

—Avisad al marqués de Santa Cruz.

Don Álvaro tenía aprestada la escuadra, como el rey le había ordenado. Sus barcos ya estaban fondeados en el estuario del Tajo.

—Majestad… —El marqués se descubrió al entrar en la estancia donde el rey lo recibió.

—Marqués, celebro veros.

—Señor, siempre a vuestras órdenes.

—¿Estáis al tanto de las últimas novedades?

—He tenido noticia de que los franceses han zarpado.

—Así es. Sus barcos son un centenar, aunque de guerra algo más de cincuenta. Han embarcado unos siete mil hombres. ¿Con qué contamos?

—Majestad, nuestra fuerza de combate la forman dos grandes galeones y algo más de una veintena de naos. Hace tres días nos han llegado cuatro urcas de Flandes. Las tropas del tercio de

Figueroa están dispuestas. También varias compañías de los tercios de Argote y Niño de Guevara. En total, unos cinco mil hombres.

—¿Sólo contáis con una treintena de buques? Hay mucho desequilibrio de fuerzas.

—Podemos contar con las naos de Recalde, unas veinte. Si añadimos las galeras de Benavides, nuestra escuadra no será inferior a la del enemigo. Si vuestra majestad lo tiene a bien, se les dará aviso y nos reuniremos camino de las Azores.

Felipe II se acarició el mentón.

—En total contaríamos…

—Con algo más de sesenta barcos, majestad.

—Está bien. Disponedlo todo para ir a su encuentro.

Santa Cruz reunió aquella misma tarde a sus capitanes y a los proveedores. También a los maestres y contramaestres.

—Ha llegado el momento de ir a por el prior. La escuadra francesa se ha hecho a la mar. Hemos de zarpar lo antes posible. ¿Cómo está el apresto de los bastimentos? —preguntó al aprovisionador general de la escuadra.

—Excelencia, tenemos cargado el tocino, las habas y los garbanzos, el bacalao, el vinagre y el aceite. También las pasas y las almendras. Esperamos que, en dos o tres días, llegue una partida de arenques en salazón, otra de queso curado y el resto de la galleta está terminando de ser horneada en los hornos de Setúbal. Los pellejos y pipas de vino y aguardiente que habíamos pedido llegaron ayer. En cinco…, tal vez seis días, todo estará embarcado.

Santa Cruz miró al artillero mayor.

—¿Está lista la munición?

—Toda, señor. Tanto la de las piezas pequeñas como la de las bombardas y los cañones. Lo único que queda por embarcar es la pólvora. No lo haremos hasta la víspera de la partida.

El marqués asintió.

—¿El velamen de todos los barcos está renovado? Faltaba lona para los trinquetes, si no recuerdo mal.

—Llegó la lona de Béjar, excelencia. El velamen está en perfectas condiciones.

—Bien, bien… Las verduras y la carne fresca se empezarán a cargar en el momento que lleguen los bastimentos que faltan. Los maestres tendrán a las tripulaciones dispuestas. Se suspenden los permisos y será obligatorio dormir a bordo, sin excepciones. ¿Alguna cuestión?

Santa Cruz paseó la mirada por los presentes. Nadie abrió la boca.

—Bien, en ese caso, retírense. Los capitanes se quedan.

Una vez solos, se desplegó un gran mapa y, utilizando un puntero de marfil con la empuñadura de oro, que don Juan de Austria le había regalado después de la batalla de Lepanto, señaló un punto en el mapa.

—Aquí nos reuniremos con la flota de Recalde, que viene con veinte naos. También contaremos con las galeras de Cartagena, que manda Benavides. Mañana me reuniré con el maestre Figueroa, su tercio embarcará al completo. También varias compañías de los tercios de Martín de Argote y de Niño de Guevara. Trazaremos el plan de ataque.

Los bastimentos se retrasaron más de lo previsto, por lo que hubieron de aguardar más de dos semanas. Entrado julio, tras oír misa y recibir tripulaciones y soldados un perdón general por sus pecados, la escuadra se dispuso para zarpar.

Don Álvaro estaba en el castillo de proa del *San Martín* —uno de los mayores barcos de las armadas de Felipe II—, un coloso que desplazaba mil doscientas toneladas y montaba treinta y dos cañones. Vestía una reluciente armadura de combate y un morrión con incrustaciones de oro y plata. Ordenó, después de que el estandarte real ondeara en el mástil mayor, izar su guion. Un cañonazo fue la señal de partida. El marqués había ordenado al piloto mantenerlo inmóvil hasta que se desplegase toda la armada. Gustaba don Álvaro de ver pasar ante él los barcos de su flota. Cuando el último enseñó la popa, bastó un gesto para que el maestre empezara a impartir órdenes.

—¡Levad anclas! ¡Largad todo el velamen! ¡Vamos, vamos!

Los marineros cumplían con rapidez las órdenes. Las dos anclas que sujetaban el *San Martín*, una a proa y otra a popa, quedaron ajustadas al costado, al tiempo que la brisa hinchaba sus velas, que

empezaron a drapear. El piloto ordenó al timonel que iniciase la maniobra.

—Toda a babor, lentamente.

—Toda a babor, señor.

Crujieron las cuadernas y el galeón comenzó a virar hacia el centro del estuario, donde la corriente del Tajo era más fuerte. Poco a poco, fue ganando velocidad y adelantando a los barcos de la escuadra hasta que, dos horas más tarde, encabezaba la armada seguido del otro galeón, el *San Mateo*, que mandaba el hermano de don Álvaro, don Alonso de Bazán.

El rey, desde el *Palacio da Ribeira*, había visto cómo la escuadra enfilaba el estuario buscando el mar abierto. La víspera había recorrido la *Ribeira das Naos*, acompañado por Santa Cruz y el maestre Lope de Figueroa.

Los dos días siguientes, con buen viento de levante, la escuadra siguió la ruta trazada por el piloto mayor, un genovés experto en el manejo de astrolabios y ballestillas. Pero al amanecer del tercer día, cuando estaban a una jornada del punto de encuentro con las naos de Recalde, el vigía del *San Martín* alertó de una barra de nubes que llenaba todo el horizonte.

—No me gusta —comentó el piloto al timonel—. El viento está rolando a poniente.

—Tampoco a mí. Se nos echará encima en un par de horas.

El piloto llamó a la puerta del camarote de don Álvaro. Aunque el sol apenas despuntaba, sabía que se levantaba con las primeras luces del día.

—¿Quién va?

—Soy Andueza, excelencia. Deberíais ver lo que tenemos por delante.

El marqués, que vestía un coleto de cuero sobre una camisa de lienzo y unos gregüescos de terciopelo negro con el forro carmesí y calzaba botas de cuero altas que le cubrían hasta medio muslo, subió al castillo de proa, donde ya estaba el capitán. Avistaron aquellos nubarrones, que se acercaban muy de prisa, al tiempo que aumentaba el oleaje.

—¡Vaya por Dios! —exclamó don Álvaro, que utilizaba su mano a modo de visera, aunque el sol lo tenían a la espalda—. ¡Esa tormenta se nos echará encima en poco más de una hora!

—¡Pienso lo mismo, excelencia!

—Haced señales para que toda la escuadra esté prevenida. ¡La tripulación, salvo los hombres imprescindibles, a la bodega!

En las cubiertas, los contramaestres no dejaban de impartir órdenes.

—¡Sujetad esos cabos! ¡Estibadlo todo! ¡Nada debe quedar suelto!

Los hombres cumplían las órdenes en silencio. Sabían lo que era una tormenta. Si las olas eran un grave peligro cuando barrían una y otra vez la cubierta, no era menor que quedaran cosas sueltas. Al rodar se convertían en proyectiles mortales.

—¡Esos barriles, a la bodega, y esos cabos, bien anudados!

Los hombres daban cuatro o cinco vueltas de cabo para dejarlo todo bien sujeto. Aunque, a veces, la fuerza del mar, una vez desatada, hacía inútiles todas las prevenciones. Otros se afanaban con el aparejo.

—¡La mayor, la mesana y el trinquete largadas a medio palo! ¡Asegurad bien esas velas! ¡Más vueltas de cabo a los mástiles!

—¡La cangreja recogida! ¡Vamos, vamos, que se nos echa encima!

Las olas, cada vez mayores, movían los barcos con fuerza creciente. Todavía se estrellaban contra la proa y no rebasaban las bordas.

—Vamos a pasarlo mal —comentó don Álvaro al ver la densidad de las nubes y su oscuro color—. No quiero pensar que sorprenda a las galeras.

—Creo, señor, que debéis bajar al camarote —comentó el capitán —. La cosa va a ponerse fea, muy pronto.

—Bajaré a la bodega. Estaré con los hombres.

El capitán, avezado marino, sabía que gestos como aquel eran los que habían convertido a don Álvaro en un mito. Sus marinos lo seguirían hasta el mismísimo averno, si él se lo pedía. Antes de retirarse, Santa Cruz miró al timonel. Un joven fornido que no tendría mucho más de veinte años.

—Ponte un tabardo, hijo, y átate bien al timón —le hablaba de tú y le puso una mano en el hombro—. Dependemos de ti.

—El mar tendrá que arrancar el timón para que lo suelte, señor.

Entró en la bodega, donde se apiñaban como buenamente podían entre cajas, barriles y fardos más de dos centenares de hombres —la casi totalidad de la tripulación, salvo el contramaestre, media docena de marineros y el capitán, que habían quedado en cubierta —, y algo más de un centenar de soldados que formaban la compañía de Urbina. La penumbra dominaba aquel espacio, salvo donde unos fanales daban algo de luz. La mezcla de olores —queso, vinagre, aguardiente o pescado—, a la que se añadía el del sudor de los hombres por el esfuerzo realizado o por el miedo que los atenazaba, hacían la atmosfera casi irrespirable.

Su llegada hizo que se apagasen los comentarios.

—¡Páter —el marqués alzó la voz para que el capellán, al que no veía, lo oyera—, un padre nuestro y unas avemarías!

La oración sonó en medio del crujir del maderamen.

—Pater noster, qui es in caelis sanctificetur nomen tuum adveniat regnum tuum fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra…

La acompañaba un murmullo ronco de voces que la bisbiseaban quienes la sabían.

Iban por la tercera avemaría cuando un fuerte golpe lo sacudió todo. Era la primera ola grande. La tormenta estaba encima.

—¡Apagad los fanales!

La oscuridad se apoderó de la bodega y el silencio, cargado de miedo, hacía que el crujido del maderamen causara pavor cada vez que una ola zarandeaba el barco. Pese a su envergadura, la tempestad lo movía de un lado para otro como si fuera una barquichuela. Lo milagroso era que se mantuviera a flote con tales sacudidas. La voz de don Álvaro comentando cómo había salido de muchas otras ponía en los más cercanos algo de bálsamo a la angustia que los atenazaba. Muchos habían empezado a vomitar.

En las cubiertas, la situación era particularmente difícil. Los timoneles hacían denodados esfuerzos por mantener las proas enfiladas hacia la tormenta, algo que resultaba complicado. Las olas las barrían una y otra vez. Algunas eran tan altas que cubrían el

velamen a medio largar y arrojaban al mar algunas cosas que los cabos no habían podido sujetar.

Las seis horas que duró se hicieron interminables. Hasta mediada la tarde el mar no se calmó. Las bodegas estaban inundadas y, en algunos barcos, el agua llegaba a las rodillas de los hombres. Las bombas de achique funcionarían sin parar varios días. Poco a poco, las olas fueron perdiendo fuerza y los barcos se estabilizaban. Los hombres estaban agotados por la tensión a que habían estado sometidos.

El capitán del *San Martín* abrió una de las escotillas de la bodega.

—¡Excelencia! ¡Esta la podemos contar!

El marqués fue el primero en salir a cubierta.

El mar estaba calmándose y el sol empezaba a declinar, pero todavía estaba alto y en el cielo de un azul intenso sólo quedaban unos jirones de nubes que se alejaban por levante impulsados por un vientecillo, que era poco más que una brisa, que apenas lograba agitar las empapadas velas.

Don Álvaro, sin decir palabra, se dirigió hacia el timonel. El joven marinero permanecía atado al timón con la cabeza caída sobre el pecho. Miró al capitán, temiéndose lo peor. Sacudió su hombro, pero no tuvo respuesta. Sin embargo, comprobó que respiraba y dejó escapar un suspiro. El timonel estaba extenuado y había perdido el sentido, pero seguía vivo. Los cabos con que se había atado se habían hinchado con el agua. El propio Santa Cruz, sacando una daga, los cortó y lo sostuvo en sus brazos.

—¡Llevadlo a mi camarote y que descanse en la cama! —ordenó a los primeros que se acercaban.

Sorprendidos por aquella orden, lo cogieron entre cuatro hombres.

El contramaestre había presenciado la escena y comentó en voz baja:

—Si hubiera que ir al mismísimo infierno, acompañaría a don Álvaro.

La escuadra se había dispersado. Desde el *San Martín*, sólo se veían unos cuantos barcos.

Dos horas después el timonel recobraba el conocimiento.

—¿Dónde…, dónde estoy?

Nunca había estado en una cama como aquella.

—A bordo.

Vio a don Álvaro, sentado ante la mesa, que anotaba algo en un papel.

—Excelencia, yo…, yo… —Trató de incorporarse.

—Estate quieto. ¿Cómo estás?

Miró alrededor, confundido.

—Bien, señor. Algo cansado.

Don Álvaro escanció vino en una copa.

—Esto te reanimará.

Bebió asustado, con temor a romper aquel fino cristal. Tampoco había probado un vino como aquel en su vida.

Poco después salía del camarote y se veía rodeado de otros marineros que no dejaban de preguntarle.

Antes del anochecer se había reagrupado más de una docena de barcos y daban un primer parte al almirante.

—Hay importantes daños, excelencia. Una nao ha perdido la mayor y otra la mesana. Algunas roturas de velamen y mucho maltrato en los cascos. Los carpinteros están ya trabajando para colocar los repuestos y los calafates calentando brea.

—¿Hay bajas?

—Hasta ahora siete desaparecidos. Hay algunos contusionados y varios heridos, pero no tenemos todos los datos. Los barberos están suturando heridas y componiendo algunas roturas de huesos. Mañana sabremos más de los efectos de este temporal, señor.

—Mañana será otro día. Lo que ahora me preocupa son las galeras de Benavides y cómo habrá afectado la tormenta a la flota de Recalde.

Al anochecer y al encenderse los fanales de proa y popa desde el *Santa Martín* se pudieron ver pequeños resplandores en la lejanía.

Al día siguiente, tras el rezo del ángelus, la flota, salvo una urca y un patache, se había reagrupado. Los daños eran importantes, pero nada que no pudiera repararse. Los desaparecidos, una docena, y los heridos, cerca de medio centenar. A lo largo de la jornada, los calafateadores utilizaron la estopa y la brea con generosidad para tapar las vías de agua que se habían abierto y las bombas de

achique no dejaban de funcionar. También los carpinteros reparaban desperfectos y cambiaban algunos palos que habían sufrido los efectos del temporal. Una de las naos había quedado tan maltratada que don Álvaro decidió hundirla, después de sacar de ella todo lo que podía ser aprovechable, incluida su artillería, salvo dos pedreros y una bombarda de gran calibre porque pasarlos de un barco a otro requería de grúas y otros instrumentos de los que no se disponía en altamar.

Al tercer día, todos los trabajos de reparación estaban concluidos.

—Excelencia, estamos en condiciones de acudir al punto de encuentro con la flota del almirante Recalde.

—¿Hay alguna noticia de la urca?

—Ninguna, excelencia. Es posible que haya retornado a Lisboa y también que esté en el fondo del mar.

—En esa urca iban tres compañías de soldados. Es una grave pérdida, pero no podemos esperar más. Dad las órdenes de partida.

—¿Regresamos a puerto? —preguntó el piloto mayor.

—¡Cómo se os ocurre decir eso! ¡Navegamos a poniente! ¡A las Azores! ¡Vamos a ver de qué pasta están hechos esos franceses!

—¡A la orden, señor!

El piloto mayor trazó el rumbo, al tiempo que farfullaba entre dientes:

—Me temo que esta va a ser la primera vez que no consiga la victoria. ¡Esto es una locura!

El capitán pudo oír sus palabras y se limitó a comentar secamente:

—Ya veremos.

Una hora después, la escuadra, con las velas hinchadas por el viento, navegaba hacia poniente. Sin los barcos de Recalde, de los que no tenían noticia y tampoco de las galeras de Benavides. Su inferioridad para enfrentarse a la armada francesa era demasiado grande.

LXVII

Hacía días que la escuadra de Strozzi había arribado a las Azores, cuando la de Santa Cruz sufrió la tempestad que había azotado a sus barcos. Eso les proporcionó tiempo para atacar la isla de San Miguel, como deseaba el prior.

—Una vez la isla esté en nuestras manos, los barcos enemigos no tendrán dónde refugiarse.

Strozzi no levantaba la cabeza del mapa, que observaba con atención; sabía que aquello era importante, pero que la clave sería una batalla naval. Confiaba en su superioridad, después de tener noticia, por el patache de la escuadra de Santa Cruz, que la tormenta había llevado hasta allí, de que el enemigo era muy inferior.

—Desembarcaremos aquí. —El conde de Brissac señaló una amplia playa que se abría en la costa norte de la isla.

—Ahí está Ribeira Grande —señaló un capitán portugués que conocía bien la isla.

—¿Qué sabéis de sus defensas?

—Un fuerte protege la playa. Lo guarnecen unos doscientos infantes españoles de los que venían en la escuadra de Valdés. Esa es su principal fuerza. Puede que cuenten con algunas piezas de artillería.

—Desembarcaremos ochocientos hombres. Mañana al amanecer.

Cuando apuntó el sol, una docena de barcazas y chalupas cargadas de hombres bogaron hacia la playa y desembarcó el primer contingente, sin encontrar resistencia. La playa estaba desierta,

aunque a unas cien varas una tupida vegetación impedía ver qué podía ocultarse.

—¿Dónde están los españoles? —preguntó un veterano que cebaba su arcabuz.

—Nos estarán aguardando agazapados tras los matorrales.

—¡Es muy extraño! ¡Nos han dejado desembarcar sin problemas!

Llegaron varios contingentes hasta completar el desembarco, sin que se hubiera disparado un solo tiro. Los franceses, con una facilidad que los sorprendía, habían establecido una cabeza de puente y, consolidada la playa, avanzaron. La exuberante vegetación ocultaba la población que se encontraba a menos de un cuarto de legua de la línea de playa.

Los primeros hombres habían salvado la mitad de la distancia que los separaba de la arboleda, sin que hubiera ocurrido nada. Estaban a pocos pasos de los primeros matorrales cuando un cañonazo los detuvo.

—¡Ese cañón! ¡Ese cañón ha sonado a nuestra espalda! ¡No es posible!

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Nos replegamos!

—¡Atrás! —Las órdenes llegaban desde la orilla.

Por un momento, el desconcierto cundió entre las filas francesas.

—¡No ha explotado ninguna bomba!

Sorprendidos, los franceses se replegaron y recibieron órdenes de retirarse.

—¡Moveos, rápido! ¡A los bateles!

—¿Reembarcamos?

—¡Esas son las órdenes! ¡Volvemos a bordo!

Los españoles, que habían aguardado ocultos entre la maleza sin abrir fuego, para combatir cuerpo a cuerpo, asistían al reembarco tan sorprendidos como los franceses. Luego se supo que todo había sido una estrategia para desconcertar a los franceses, llevada a cabo con un pequeño cañón que se había instalado en una punta rocosa que quedaba a la espalda de la playa donde habían desembarcado.

A bordo de la nao capitana se habían tomado nuevas decisiones, al tenerse noticia de la proximidad de la escuadra española.

—¿Tan cerca están? —preguntaba Brissac, sin ocultar su malhumor.

—A menos de una jornada —respondió Strozzi—. Hemos de concentrarnos en destruir su flota y no podemos dividir nuestras fuerzas. Si acabamos con los barcos de Santa Cruz, tendremos el archipiélago asegurado.

—*Monsieur* Philippe tiene razón —corroboró el prior—. Su escuadra es muy inferior a la nuestra. Sus barcos no llegan a la mitad de los nuestros. Vencida la escuadra, las Azores son nuestras y podremos contraatacar.

Al día siguiente, veintidós de julio, la escuadra española apareció en el horizonte.

Desde el castillo de proa del *San Martín*, Santa Cruz observó la escuadra enemiga.

—Señor, nos doblan en número —comentó el capitán.

—Eso ya lo sabíamos. Que avisen a Oquendo, a Eraso y al capitán del *San Mateo*, nos reuniremos en mi camarote. También al maestre Figueroa.

Aquella misma mañana decidieron enfrentarse a los franceses.

—Formaremos en hilera —indicó don Álvaro—. Es la única forma de protegernos porque el viento sopla a su favor. Disponed a los hombres. ¡Que la Virgen nos proteja y Dios nos dé la victoria!

Aquella tarde, cuando la batalla estaba a punto comenzar, el viento amainó y los barcos quedaron inmóviles. Aquel día no se combatiría. Al amanecer del día siguiente, una docena de barcos franceses, con el viento que volvía a soplar a su favor, iniciaron una maniobra envolvente, tratando de doblar a la escuadra española, situándose a retaguardia.

Don Álvaro indicó al capitán:

—Hay que virar para que no nos ganen la espalda. También las naos de Bastida, Olavarrieta y Galagarza.

La maniobra de los españoles hizo fracasar el intento francés. El día transcurrió entre movimientos tácticos y el intercambio de algunos disparos. Pese a su superioridad numérica y tener el viento a su favor, Strozzi no se decidió a atacar. Tampoco al día siguiente y, por la tarde, Santa Cruz llamó de nuevo a capítulo.

—Mañana es el día de Santiago.

—Buen día para combatir —señaló Oquendo.

—Por eso vamos a movernos cuando sea noche cerrada. Con los fanales apagados, viraremos tratando de ganar el barlovento. —Don Álvaro parecía decidido—. Si lo conseguimos y tenemos el viento a favor, atacaremos.

—¿Cuál será nuestra formación? —preguntó Eraso.

—En vanguardia, el *San Martín* y seis de nuestras naos. En el centro, el *San Mateo* protegiendo las urcas donde está el grueso de nuestra infantería. En el *San Mateo* estaréis vos —miró al maestre Figueroa— pendiente de aportar hombres donde sea necesario. Vos mandaréis la retaguardia. —Ahora miró a Oquendo—. Todos en formación de hilera para no quitarnos el barlovento y no obstaculizar nuestra artillería. ¿Alguna pregunta?

—¿Si no conseguimos el barlovento?

—Aguardaremos. A ver cómo responden los franceses.

Aquella noche se hizo la virada y al amanecer del día de Santiago los barcos españoles estaban posicionados a favor del viento. Pero no todo había ido tan bien.

—Excelencia, Eraso dice que se ha partido el palo mayor de su nao. Necesita reparación. No puede entrar en combate.

—¡Vaya por Dios!

—Eso no es todo, señor. Dos de las urcas han chocado al maniobrar. Tienen graves desperfectos y se han quedado atrás. Lo más grave es que llevan más de cuatrocientos hombres a bordo y no podremos contar con ellos.

Don Álvaro echaba cuentas. Tenía enfrente un centenar de barcos de los cuales más de cincuenta estaba artillados para combatir y él sólo podía oponer veinte. Aquello era una locura. Cuando zarpó de Lisboa contaba con las galeras de Benavides y sobre todo con las naos de Recalde para equilibrar las fuerzas. La prudencia indicaba esquivar la batalla. Es lo que haría cualquier almirante. Pero Santa Cruz no era cualquier almirante.

—¡Tenemos el viento a favor y es el día de Santiago! ¡Combatiremos! ¡Que el *San Mateo* inicie el ataque!

El galeón español se adelantó y Strozzi respondió lanzando contra él una docena de sus mejores naos. Era lo que don Álvaro esperaba. La orden era protegerse y aguantar el fuego enemigo. Una lluvia de fuego cayó sobre el galeón, sin tener respuesta. Las naos se acercaron hasta una distancia que los preparó para el abordaje. Todo hacía presagiar que el *San Mateo* iba a caer en sus manos. Pero cuando los franceses se preparaban para el asalto, los arcabuceros españoles empezaron a disparar desde ambas bordas. Luego los treinta y dos cañones del galeón abrieron fuego a la vez, dando tiempo a los arcabuceros a recargar sus armas. Una nueva rociada de plomo cayó sobre las cubiertas de los barcos franceses, donde se amontonaban los cadáveres y los heridos. Sin embargo, tropas de refresco de otros buques sustituían las numerosas bajas. En el *San Mateo* las bajas eran menos importantes gracias a los dispositivos de protección: planchas de hierro y dobles paneles de madera tras los que se parapetaban los hombres. Continuaban luchando en solitario contra buena parte de la escuadra francesa. Se disparaba a tocapenoles y a tan corta distancia la poderosa artillería del *San Mateo* causaba estragos. Los infantes españoles estaban deseosos de lanzarse al abordaje de las naos que tenían cerca de sus costados.

—¡Todos en sus puestos! —ordenaba Figueroa—. ¡Nada de abordajes! ¡Nuestra misión es defender el galeón!

En ese momento, la retaguardia de Oquendo acudió en auxilio del *San Mateo*. Con su nao embistió a la del conde de Brissac, abriéndole dos grandes vías de agua. El ataque lo completaron los arcabuceros y su artillería, barriendo la cubierta del barco enemigo que, escorado, estaba a su merced. La nave de Strozzi se vio atacada por el *San Martín*, que había entrado en combate, causando estragos con su poderosa artillería. El almirante francés, alcanzado por un disparo, cayó mortalmente herido y poco después su barco se rendía. Cuando los españoles lo ocuparon, la cubierta estaba llena de cadáveres. La mayor parte de su tripulación y de los soldados de su dotación habían perecido.

El combate se había generalizado. La vanguardia de la armada española, con el *San Martín* a la cabeza, se batía con las naos

francesas, que habían gastado buena parte de su energía en su ataque inicial. Dos horas después, el único barco francés que a aquellas alturas del combate resistía era el de Brissac, que sostenía un duro duelo artillero con la nao de Oquendo, que, pese a tener graves desperfectos, logró hundir el barco francés poco después de que Brissac pasase a otro navío.

A la caída de la tarde, lo que había quedado de la escuadra francesa había desaparecido en el horizonte. Don Álvaro desembarcó en San Miguel y los isleños lo recibieron como a un salvador. La presencia de la armada francesa presagiaba un ataque, cuyas consecuencias hubieran sido nefastas para la población de la isla, que había mantenido su lealtad a don Felipe. Alojado en la casa del gobernador, se reunió con su plana mayor.

—Excelencia, las pérdidas del enemigo son cuantiosas. No sabemos…

Santa Cruz interrumpió a Ortiz de Isasa, que había mandado la *San Buenaventura*.

—Primero lo que nos afecta a nosotros.

—No hemos perdido ningún barco, aunque el *San Mateo* está muy dañado. Perdió el velamen con las bombas incendiarias que le lanzaron y el casco está destrozado. Ha recibido cerca de quinientos impactos. Los muertos son cuarenta, entre ellos el capitán Talavera, y más de setenta heridos. En total nuestras bajas se elevan a doscientos cincuenta muertos y los heridos, de los que morirán algunos, son algo más de quinientos. Los médicos y los barberos están desbordados.

—A todos ellos habrá que enterrarlos con los honores que merecen. Ahora los franceses.

—No sabemos con exactitud sus bajas. Un cálculo aproximado indica que los muertos son más de dos mil. Los prisioneros más de trescientos; exactamente trescientos trece marineros y ochenta caballeros. Han perdido diez de sus barcos. Seis se han hundido y hemos apresado cuatro. Están muy estropeados. Una vez que hayamos sacado todo lo que se pueda aprovechar, deberían hundirse. Sólo queda saber qué hacemos con los prisioneros.

—No aplicaremos las leyes del mar porque fue su propio rey quien dijo a su majestad que considerásemos piratas a todos sus barcos que nos atacasen. Son, pues, piratas y como tales serán tratados. Separad a los grumetes y pajes. Los demás serán ahorcados.

Al día siguiente se levantaron varios cadalsos y fueron colgados más de doscientos cincuenta prisioneros. Muchos eran hugonotes y se negaron a confesar y a recibir la comunión de manos de sacerdotes católicos antes de ser ejecutados.

Las pérdidas francesas eran muy graves. A los diez barcos que habían perdido en la batalla, había que añadir que la mayor parte de los que se habían retirado estaban gravemente dañados. En aquella aciaga jornada, la Francia de Catalina de Médicis había perdido gran parte de su poder naval. Brasil había sido una ilusión con la que buscaban iniciar la creación de un imperio ultramarino, pero había saltado hecha pedazos frente a la isla de San Miguel.

La victoria de don Álvaro de Bazán, con una escuadra muy inferior a la de sus enemigos, ponía de manifiesto, una vez más, las grandes capacidades de aquel marino que era ya una leyenda. Sus combates se contaban por victorias.

Reparar los desperfectos de los barcos supuso varias semanas de duros trabajos, sobre todo dejar al *San Mateo* en condiciones de navegar y dos naos y dos urcas que necesitaron grandes reparaciones. Los carpinteros y calafateadores tuvieron que emplearse a fondo. Los trabajos no concluyeron hasta finales de septiembre.

—Excelencia —informaba Eraso a Santa Cruz—, estamos en condiciones de hacernos a la mar. En un par de días podemos estar en la Terceira, donde el prior se ha refugiado.

—También los heridos que no fallecieron están recuperados. Si nos apoderamos de esa isla, las demás se entregarán sin problemas —apostilló don Lope de Figueroa.

Don Álvaro negó con la cabeza.

—No es el mejor momento. El verano ha terminado y cualquier día podemos encontrarnos con la primera de las tormentas del otoño. Si la escuadra ya está en condiciones de navegar, regresaremos a Lisboa.

Seis días después, dejando una fuerte guarnición en el archipiélago, la flota ponía rumbo a Lisboa, donde ya se tenía noticia de la victoria obtenida. Cuando la escuadra entró en la capital portuguesa, don Álvaro ordenó disparar salvas de pólvora, que fueron respondidas desde tierra. Una vez atracadas las naves, se inició un repique general de campanas.

En *A Casa dos Passarinhos* don Bastián mostraba su satisfacción.

—Brasil seguirá en nuestras manos. Los franceses, que se las prometían muy felices, han salido malparados.

—Esto no se ha terminado —respondió Couto—. Don Antonio se les ha escabullido una vez más.

Don Bastián dejó escapar un suspiro.

—Es posible que franceses e ingleses le ayuden porque están atemorizados, más todavía después de lo ocurrido en San Miguel, ante el temor del poder que ahora concentra en sus manos don Felipe, pero habrá que ver con qué quieren cobrarse.

—Desde luego, la derrota de los franceses…

Don Bastián interrumpió a Farinhas:

—También de los ingleses, que, por temor al poder de España, iban camuflados como corsarios en la escuadra francesa.

—La derrota sufrida por ambos —corroboró Farinhas— ha sido total. Han perdido buena parte de sus barcos.

—Ya será menos —puntualizó Couto, limpiándose con el dorso de la mano el vino de sus labios, para añadir a continuación—: Lo que no tiene duda es que los españoles ahorcaron a todos los prisioneros.

—Su propio rey los consideraba piratas y así han sido tratados —le respondió don Bastián.

LXVIII

Don Felipe estaba satisfecho con la victoria del marqués de Santa Cruz. Aquello significaba un varapalo para el poder naval de Francia y un freno a los deseos de Catalina de Médicis de poner un pie en el nuevo continente y asentarse en Brasil. Era también un aviso para Isabel de Inglaterra, que había actuado con el propósito de desgastar el poder de España, pero sin atreverse a dar la cara. Lo último que deseaba era irritar más a Felipe II de lo que ya estaba, muy enfadado por la ayuda que prestaba de forma discreta a los rebeldes flamencos. La reina de Inglaterra era consciente de que el poder naval de España arrasaría a cualquier flota inglesa. Sólo actuaba con pequeños actos que podían llevar a cabo piratas a los que ayudaba y alentaba o corsarios a los que estimulaba para atacar los intereses de la monarquía hispánica. Si Felipe II decidía invadir su isla, los aguerridos tercios de infantería no tendrían problemas en llegar a Londres una vez que hubieran desembarcado. Su poder naval era una nimiedad frente al gigante español. Mejor no despertar la ira del coloso porque sólo un accidente como un temporal, una tormenta u otro factor ajeno a lo que era el enfrentamiento militar podía salvarla de una derrota sin paliativos.

El único lunar de aquella gran victoria era que el escurridizo prior había escapado una vez más. Lo consiguió gracias a que se había quitado de en medio y marchado a la Terceira en vísperas del combate.

Días más tarde de tener conocimiento de aquella victoria, llegaron noticias de Roma por partida doble.

—Majestad, la noticia ha llegado a la vez —indicó Zayas mostrando a don Felipe dos cartas—. Una es de Zúñiga y la otra de Granvela.

—¿Qué dicen?

—Se han establecido las fechas en que entrará en vigor el nuevo calendario impulsado por su santidad.

Felipe II recordó que, cuando era niño, había oído comentar a sus maestros el grave problema que había con el calendario que se estableció en tiempos de Julio César. La duración del año era de trescientos sesenta y cinco días y cada cuatro años se añadía uno más. Esos años se llamaban bisiestos. Pero, según lo que habían determinado catedráticos de la Universidad de Salamanca en tiempos de su bisabuelo el rey Fernando, con el paso de los años un pequeño error iba acumulando una diferencia que preocupaba. La solución que proponían en Salamanca salvaba aquella anomalía, pero era necesario saltar una serie de días para actualizar el calendario.

Lo que ahora se iba a hacer, después de que una comisión creada por Gregorio XIII hubiera aceptado los planteamientos de los matemáticos y astrónomos salmantinos, era llevarla a cabo. El papa había publicado una bula por la que se suprimirían los diez días de desfase acumulados.

—¿Qué fechas ha señalado el papa?

—Que al concluir el cuatro de octubre se añadan diez días, de tal forma que al amanecer el día siguiente será quince de octubre.

—Me temo que esto dará lugar a no pocos problemas. Basta que la propuesta la haga el papa para que los herejes no la admitan, aunque sea lo que dicta la razón. Esos, con tal de llevar la contraria a Roma… ¡Que se promulguen edictos en todos mis dominios! Pasaremos en una noche del cuatro al quince de octubre.

En Chenonceau, la noticia del desastre en San Miguel causó desilusión: se esfumaba la posibilidad de hacerse con Brasil. Pero con el paso de los días la desilusión dio paso a la consternación, al saberse que la escuadra española era muy inferior en efectivos y

conocerse las dimensiones del desastre. Los muertos habían sido más de tres mil, al haber fallecido muchos heridos y los que perecieron al hundirse otros tres barcos porque estaban tan maltratados que no pudieron llegar a puerto y se perdieron en el Atlántico. La mayor parte de los buques que llegaban a diferentes puertos estaban en tales condiciones que eran desguazados. Resultaba demasiado costoso repararlos.

Catalina de Médicis llevaba días con el ánimo hosco. Había soñado con poner un pie en América y convertir Brasil en una colonia francesa, al tiempo que una victoria habría doblegado el poder naval español evitando que fueran los dueños de los mares y que controlaran las rutas ultramarinas. Planeaba convertir las Azores en una base desde la que hostigar las armadas españolas que cubrían la ruta de Indias.

—¿Cómo es posible que se haya producido un desastre de esa magnitud? ¡Nuestros barcos doblaban a los españoles! ¡Ese Strozzi!

—*Madame* —comparecía el conde de Brissac ante la regente—, nuestros hombres se batieron con valor, pero no fue suficiente. Cuando teníamos a nuestra merced uno de los dos grandes galeones del enemigo, nos vimos sorprendidos por varias de sus naos. *Monsieur* Strozzi luchó con valentía y murió defendiendo su barco. El mío fue incendiado y logré salir con vida. Me centré entonces en salvar lo que pude de nuestra escuadra.

—¡Eso no explica una derrota como la que hemos sufrido! ¡Ellos tenían menos de la mitad de los barcos con que contábamos nosotros!

—*Madame* —exageró Brissac—, la potencia de fuego de sus galeones era muy superior a la nuestra.

—¡Eso no explica la gravedad de la derrota! —insistió Catalina, que se había levantado, iba de un lado a otro de la estancia, como si andar la ayudase a pasar aquel mal trago.

Se detuvo ante una ventana y vio correr las aguas del Cher. Se volvió y miró a Brissac.

—¿Qué sabéis de don Antonio? ¿El prior está vivo?

El conde apretó los puños y trató de disimular la tensión de su rostro.

—Cuando preparábamos el ataque a la única isla del archipiélago que había aceptado al rey de España como su soberano, con las tropas desembarcadas, tuvimos noticia de que la escuadra enemiga estaba cerca. *Monsieur* Strozzi ordenó el reembarco.

—¿Por qué?

—Para disponer de todas nuestras fuerzas a la hora de entablar combate. Entonces, don Antonio decidió marchar a otra de las islas, a la Terceira. Supongo que estará allí.

—¿No participó en el combate?

—No, *madame*, como os he dicho, se marchó la víspera.

Catalina de Médicis tenía la respiración agitada, según denotaba su voluminoso pecho. Lo seguía luciendo, pese a su edad.

—Sabed que esta derrota nos obliga a abandonar grandes proyectos. Ha roto muchas de nuestras ilusiones. Podéis retiraros.

—*Madame*… —Hizo una cortesana reverencia y salió de la estancia, consciente de que el poder naval de Francia estaba muy quebrantado. Hubiera dado una buena bolsa por saber qué pasaba por la cabeza de aquella mujer de la que se contaban algunas cosas terribles y otras escandalosas.

En Londres, la noticia de la derrota había producido gran contrariedad, pero la situación era menos dramática. La reina Isabel había actuado con doblez. No había querido estar ausente. Tenía claro que sus intereses eran ayudar al prior. Pero su participación en el combate había sido mucho menor y la mayor parte de sus corsarios y piratas, cuando vieron el cariz que tomaban los acontecimientos, largaron trapo y se alejaron de allí.

—Majestad, lamento no haber podido traer al prior —se excusaba el marqués de Santa Cruz—. Era mi mayor deseo, después de vencer a los franceses.

—No empañéis vuestra gran victoria. Os enfrentabais a un enemigo mucho más numeroso.

—Tengo entendido que está en la Terceira —apuntó Moura.

—Allí se ha refugiado con sus parciales, que cada vez son menos. Decidí, una vez reparada nuestra escuadra, no arriesgar un ataque

por temor a una tormenta de las que ya son habituales en esta época del año.

—¿Por qué decís que sus parciales son cada vez menos?

—Porque, señor, somete a los isleños a grandes exacciones. Necesita dinero para mantener su pequeño ejército, en el que hay trescientos herejes calvinistas que le proporcionó Orange. También le enajena voluntades el que esos herejes cometen toda clase de violencias contra las mujeres.

—Mala ayuda para lograr sus pretensiones. Sin embargo, es muy posible que cuente otra vez con franceses e ingleses —comentó Zayas.

—¿Qué quiere vuesa merced decir? —Don Álvaro miraba al secretario sin disimular su sorpresa—. Los franceses han recibido un duro castigo. Necesitarán tiempo y mucho dinero para organizar una nueva escuadra.

—Eso es cierto, excelencia. Pero tanto en París como en Londres harán lo que esté en su mano para crearnos problemas. El enorme poder de su majestad supone una amenaza para ellos. Es posible que no se enfrenten directamente, pero buscarán fórmulas para luchar contra nosotros.

—Opino lo mismo que el secretario —señaló Moura.

Felipe II recibió un duro golpe cuando tuvo noticia de que don Diego, el príncipe de Asturias, había fallecido de garrotillo el veintiuno de noviembre. La sucesión quedaba limitada a Felipe, que contaba cuatro años, pero era un niño enfermizo y muchos pensaban que el rey tendría que volver a contraer matrimonio. El rey estaba compungido. La muerte golpeaba a su familia más cercana una y otra vez: su esposa, su hermano, varios de sus hijos… habían fallecido en muy poco tiempo. Su mayor consuelo era ver que sus dos hijas, habidas con Isabel de Valois, habían pasado los difíciles años de la infancia y se estaban convirtiendo en dos hermosas mujeres con las que mantenía una relación paternal que era difícil de imaginar y que ahora, dadas las circunstancias, era epistolar. Escribía todas las semanas a Isabel Clara Eugenia y a Catalina Micaela y les

preguntaba por sus progresos en el estudio, por sus clases de danza y de equitación. En el alma de aquel hombre que era dueño del mundo y se veía abocado a tomar decisiones sobre asuntos complejos y tenía un profundo sentido del deber había un hueco para su familia que muy pocos conocían y casi nadie sospechaba. La última carta de Isabel Clara Eugenia había hecho que tuviera que realizar un gran esfuerzo para que las lágrimas no corrieran por sus mejillas cuando leyó:

… y también diré a vuestra alteza que el mayor deseo, tanto de Catalina como el mío, y ello es algo de lo que hablamos todos los días, después de pedir en nuestras oraciones por vos, es que podamos tomar juntos unas jícaras de chocolate y también que vierais los vestidos que nos han hecho con las sedas y tafetanes que nos enviasteis por mano de doña Brianda. Pero, sobre todo, sepa vuestra majestad que lo que más echamos de menos es estar a vuestro lado y poder disfrutar de vuestro cariño…

Su larga estancia en Lisboa no dejaba de alimentar los resquemores en Madrid. En las gradas de San Felipe, desde hacía varios días, tomaba cada vez más consistencia un rumor.

—Esa es la única explicación de por qué las obras están detenidas.

El fraile que había dicho aquello se refería a las obras en el monasterio de El Escorial.

—No lo creo—respondió un sujeto estirado, elegantemente vestido —, sino que me parece que el dinero no sobra, porque la mayor parte del quinto real, que no ha ido a parar a los bolsillos de los banqueros para abonarles los réditos de los últimos préstamos, se ha destinado a pagar a los soldados que están en Portugal. Allí hay todavía más de doce mil hombres. Añadid los ochocientos mil ducados gastados en aparejar la escuadra del marqués de Santa Cruz. Sé de lo que hablo.

—Pero dicen que a Sevilla ha llegado este año mucha plata y que las especias que arribaron a Lisboa valían muchos cuentos de maravedíes.

—Es cierto que a Sevilla ha llegado mucho, pero los gastos son todavía mayores, y con lo de Portugal no se puede contar porque, además de que las deudas que dejó contraídas don Sebastián son muy elevadas, se continúa destinando mucho dinero a pagar rescates. Por lo que he oído decir, son más de dos mil los cautivos que todavía están en manos de los berberiscos.

—Pues a mí me han asegurado que el rey está invirtiendo grandes cantidades en la mejora de la residencia real de Lisboa —afirmó el fraile—. Sabed que no me lo ha dicho un cualquiera.

—Es cierto, están haciendo muchas obras en ese palacio, que está a la ribera del Tajo —corroboró un sujeto que peinaba canas y cuya cabeza parecía asomar por encima de una exagerada gorguera.

—Eso sólo puede significar una cosa —insistió el fraile—. Su majestad va a instalarse en Lisboa y a vuesas mercedes no se les oculta que donde está el rey está la corte, y esa es la capital del reino.

Ciertamente don Felipe había ordenado realizar algunas obras en el *Palacio da Ribeira*, pese a que se había edificado recientemente, en tiempo del rey Manuel I, el abuelo de don Felipe. Pero su pasión por la arquitectura lo había llevado a hacer algunas reformas que consideraba adecuadas.

Granvela trataba, sin mucho éxito, de tranquilizar los ánimos.

—¡Cómo puede sostenerse semejante cosa! ¡Su majestad está en Lisboa porque es necesaria allí su presencia hasta que todo quede organizado! ¡Algunos no quieren enterarse de que hace pocos meses se libró esa batalla en las Azores y que allí se refugia el prior de Crato!

—Eminencia, el temor a que la corte sea trasladada preocupa mucho. Madrid ha tenido un gran crecimiento y han florecido muchos negocios. Se construyen numerosas casas y palacios, y el dinero fluye. Si la capitalidad se perdiera…

Granvela decidió escribir a Felipe II explicándole aquel rumor, por si consideraba conveniente tomar alguna resolución.

LXIX

El duque de Alba se encontraba postrado en el lecho, en su residencia de Tomar, gravemente enfermo. Los médicos habían dicho al rey que a don Fernando le quedaba poco tiempo de vida. El nueve de diciembre Felipe II se desplazó hasta allí para visitarlo y comprobó que estaba en puertas de la agonía. Al verlo, el duque, sorprendido, intentó incorporarse.

—Majestad…

El rey, poniéndole una mano en el hombro, se lo impidió.

—¿Cómo se encuentra vuestra excelencia?

—Si Dios lo tiene a bien, en pocas horas estaré ante Él.

—Exageráis.

—No, majestad. Estoy para partir de esta vida y me reconforta mucho vuestra visita, señor. Lo celebro, porque no quería marcharme de esta vida sin decir a vuestra majestad tres cosas.

—¿Cuáles son esas tres cosas?

—La primera, señor, que siempre antepuse vuestros asuntos y negocios a los míos. La segunda, que siempre miré por vuestra hacienda mejor que por la mía; y la tercera, que habéis de saber que, en el desempeño de los cargos que me encomendó vuestra majestad, jamás propuse a alguien para ocupar un puesto que no fuera el que me parecía más adecuado para desempeñarlo. Nunca tuve en cuenta parentescos, amistades ni aficiones.

Un fuerte ataque de tos le impidió seguir hablando y Felipe II, apretando su mano en un gesto de cariño, poco usual en el monarca

fuera de su círculo familiar, salió del aposento pensando que don Fernando agonizaba, pero mantenía genio y figura.

Era mediada la tarde del once de diciembre cuando a don Felipe le dieron la noticia.

—Majestad, el duque acaba de morir. El padre fray Luis de Granada lo ha atendido en sus últimas horas.

El rey, que anotaba algo en el margen de un papel, detuvo el cálamo. La relación de Alba con Felipe II no había sido fluida desde que, al consentir el matrimonio de su hijo incumpliendo la palabra dada a una dama de la reina, lo desterró de la corte. Pero lo había elegido como general de la campaña de Portugal, que el duque había llevado a cabo con gran tino. Se alegraba de haberlo visitado la víspera.

—Siempre me ha servido lealmente. Nadie puede negar sus grandes virtudes como soldado. Descanse en paz.

El rey sólo vio el cadáver en el funeral que se celebró con mucha discreción, no era lo que correspondía a persona tan ilustre, pero Felipe II no quería demostraciones solemnes con quien había vencido a los portugueses en el campo de batalla. Sus restos mortales descansaban en un féretro colocado sobre un túmulo enlutado ante del altar mayor de la iglesia. Vestía una armadura negra con adornos de oro, lucía una banda roja cruzada sobre el pecho y entre sus manos se había colocado la bengala de general. En las esquinas hacían guardia soldados del tercio de Figueroa.

Al día siguiente, el cadáver salía con destino a Alba de Tormes, cabecera de su señorío. Felipe II nombró general del ejército de Portugal al duque de Gandía.

Había pasado mucho tiempo desde que Inchausti hubiera desaparecido, después de que fracasara el intento de asesinato del presidente del Consejo de Hacienda.

Las pesquisas que se llevaron a cabo no dieron resultado, porque Johan van Immerseel se había marchado a Flandes cuando a Sevilla llegó la noticia de lo ocurrido en Madrid. El mayordomo de la casa cercana al Prado de los Jerónimos también había desaparecido. Lo

que se rumoreaba en las gradas de San Felipe era que también tenía contactos con los rebeldes holandeses. Algo de cierto debía de haber en ello porque se expidió una orden de búsqueda en los dominios de su Católica Majestad, pero no hubo forma de encontrarlo. Se decía que estaba con los rebeldes orangistas y también que había buscado refugio en Londres.

Diego no había dejado de frecuentar la calle del Olivo. Una tarde que había ido para que el talabartero hiciera unos ajustes en el tahalí que le había confeccionado, vio que Inchausti salía de casa de los Altamirano. No quería que se le escapase.

—Volveré mañana. He recordado algo que es muy urgente.

—Pero, don Diego… —El talabartero no había terminado de tomar medidas.

—Mañana vendré sin falta.

Se caló el sombrero y siguió a Inchausti, preguntándose dónde se habría metido todo aquel tiempo y cuánto haría que había vuelto. La tarde estaba cayendo y las sombras dominarían pronto las calles de Madrid y en ellas había cada vez menos gente. Eso dificultaba el seguimiento. Cruzó la Puerta del Sol y se dirigió a las callejas que formaban una especia de laberinto entre las calles Arenal y Mayor. Llegó al callejón de la Duda con Diego siguiéndole los pasos y, cuando estaba en un recodo que llevaba a la trasera de San Ginés, el espadachín se volvió desenvainando el acero.

—¿Quién sois y qué queréis?

—Ajustar cuentas con vos —respondió Diego, sacando su espada.

—¿Os conozco?

—No, pero yo a vos sí. Aunque jamás hemos cruzado una palabra.

—Entonces, ¿a qué viene esto?

—Os lo acabo de decir. He de ajustar cuentas con vos.

—¿Podríais decirme la razón?

—La muerte del boticario de la calle del León.

Inchausti dio un paso atrás.

—¿Os referís al judío que, según decía don Antonio, había conseguido la piedra filosofal?

Diego no necesitaba más para saber que se refería a Antonio Pérez.

—Así es, os estoy hablando de maese Rodrigo.

—Don Antonio estaba equivocado, si hubiere conseguido plata del plomo nos lo habría dicho.

—Lo decís muy seguro.

—Lo estoy. Con lo que le hicimos… Chillaba como los marranos cuando los degüellan. Nos los habría dicho.

—¡Sois un canalla!

—Cumplo con mi trabajo. Hice lo que me encargó don Antonio Pérez, a quien Conde le había dicho que el boticario había conseguido algo.

—¿Os referís a Félix Conde?

—A ese.

—¿Cómo sabía que maese Rodrigo andaba transmutando metales?

—Porque Conde, en la herrería que hay junto a los Caños del Peral, lo oyó quejarse de la calidad del plomo que el herrero le había vendido. Achacaba a su mala calidad el no haber logrado culminar su trabajo. Sacó conclusiones porque era listo. Se lo dijo a su ama, la princesa de Éboli, y ella al secretario. El problema era que a Conde le gustaba demasiado empinar el codo, y cuando había bebido mucho se le iba la lengua. Pérez me dijo que lo quitara de en medio, sin que la princesa tuviera conocimiento de ello. Tuve que despacharlo porque era un deslenguado.

—Pues sabed que don Antonio tenía razón y vos os equivocáis. El boticario consiguió transmutar plomo en plata.

Pese a la conversación no dejaban de moverse, sin perderse la cara. Diego esperaba a que Inchausti lanzara la primera estocada.

—Quizá tengáis razón, porque don Antonio suele disponer de una excelente información. No en balde es secretario de su majestad.

—Al que su majestad ha puesto en prisión.

Lanzó la primera acometida, que Diego logró desviar. Le llamaba la atención que desvelase todo aquello que le aclaraban las pocas dudas que le quedaban sobre la muerte de maese Rodrigo. Debía de estar muy seguro de que iba a resolver aquel encuentro sin grandes problemas.

Las espadas chocaban una y otra vez. El espadachín se dio cuenta de que quien tenía enfrente sabía manejar el acero.

—Vuesa merced no me ha dicho su nombre. Me gustaría saber cómo se llama a quien voy a matar.

—Me llamo Diego de Paz y fui capitán de una compañía del tercio de Sande. Luego alguacil en esta Villa y Corte. Por eso conozco algo de vuestras andanzas. Incluido el intento de asesinar al presidente de Hacienda.

La oscuridad se acentuaba conforme pasaban los minutos, lo que dificultaba la lucha. Una estocada a fondo de Inchausti rozó en el brazo de Diego. Aquello lo animó y, tras unas fintas, lanzó varias estocadas y con una de ellas volvió a alcanzarlo. Diego, que se vio obligado a retroceder, tropezó y perdió su espada. Al caer al suelo, el espadachín dio la contienda por ganada y lanzó la punta de su acero directa al corazón. No había contado con que Diego, en su caída, había alcanzado la misericordia que llevaba a la espalda. Un giro hizo que Inchausti sólo volviera a herirlo y le permitió asestarle una cuchillada que le entró por debajo de la última costilla. Soltó su acero, llevándose la mano a la herida por donde la sangre salía con fuerza.

Aquello había cambiado las tornas.

—¡Confesión! —El espadachín era consciente de que la vida se le escapaba por aquella raja.

Diego fue, todo lo aprisa que pudo, en busca de alguno de los clérigos de San Ginés. Encontró al padre Arriaga, que llegó a tiempo de oír en confesión al moribundo. Antes de darle la absolución, le dijo:

—Algunas de las cosas que me habéis dicho, debo…

Inchausti, con un hilo de voz —la vida se le escapaba sin remedio —, lo interrumpió:

—Podéis decirlas…, decirlas a quien queráis.

El párroco hizo la señal de la cruz y le dio la absolución:

—Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Instantes después expiró con la mirada perdida. Le cerró los ojos al tiempo que signaba su frente con una cruz.

El párroco se levantó con dificultad, ayudado por Diego.

—Dios tendrá que ser muy misericordioso. Su vida ha sido…

—He andado años tras él. ¿Recordáis cuando fuimos a la ribera del Guadarrama a buscar aquel cadáver?

—¿Cómo voy a olvidarme con lo que le hicieron a aquel pobre hombre? Es uno de los muchos, según me ha confesado, que ha matado a lo largo de su vida, y que tenía el encargo de acabar con el presidente de Hacienda. Pero lo más grave de todo lo que me ha dicho es que fue quien mató al secretario de don Juan de Austria.

—¿Os ha dicho quién le encargó ese asesinato?

—Ha confesado que el encargo se lo hizo un hombre del secretario Antonio Pérez.

—Ese es un asunto muy oscuro.

El párroco se encogió de hombros.

—No sé qué deciros, don Diego.

—Me ha dicho antes de que lo matara que asesinó a un criado de doña Ana de Mendoza, también por encargo de Pérez, y que ese sujeto, que se llamaba Félix Conde, era quien había advertido a su señora de que el boticario era alquimista.

—¿Por eso el mismo día que su majestad mandó prender a Pérez, también fue detenida la princesa de Éboli?

Ahora quien se encogió de hombros fue Diego.

Pese a la hora, muchos vecinos habían salido a la calle. No lo habían hecho mientras se cruzaban los aceros. Sabían que era mejor no hacerlo. No era la primera vez que en el callejón de la Duda se había librado un duelo.

Poco después llegaron varios corchetes de los que hacían la ronda. Identificaron a Diego, al que acompañaron a su casa. Al día siguiente tendría que prestar declaración de lo ocurrido.

—¡Santo Dios! —Leonor, al verlo, se llevó las manos a la boca—. ¡Traed agua! ¡Llenad una olla y ponerla a calentar! ¡Vendas! ¡Avisad al doctor Morante! ¡Vamos! ¡Daos prisa!

Media hora después, Diego tenía unos emplastos, elaborados por María, sobre las heridas que quedaron vendadas.

—No revisten gravedad. —El médico tranquilizó a Leonor.

Diego y ella se retiraron muy pronto a su alcoba, pero no se durmieron hasta que él le dio cumplida información de lo que había sucedido.

—No deseo mal alguno a nadie, pero estoy más tranquila con ese Inchausti muerto.

—También yo. Ahora puedo asegurar que quien estaba detrás de todo esto era el secretario Pérez.

—¿Os lo dijo ese sujeto?

—Estaba tan convencido de que iba a matarme que no le importaba decirlo. Me contó eso y mucho más. Ha confesado al párroco de San Ginés que fue quien mató a Escobedo y que lo hizo por encargo de Antonio Pérez. Eso puede suponer que estando Pérez de por medio en estos asuntos detrás de todo esto esté su majestad y…

Leonor lo miró asombrada y lo interrumpió:

—¿No creeréis que el rey ordenara que se asesinase a maese Rodrigo?

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo podéis suponer que pienso una cosa como esa? Cuando digo que su majestad puede estar detrás de todo esto es que don Felipe, que es aficionado a las ciencias herméticas, crea que es posible transmutar metales y hubiera hecho al secretario algún encargo en ese sentido. Se necesita mucha plata para hacer frente a los enormes gastos de una monarquía como la que gobierna. Nuestros ejércitos están en el Sacro Imperio luchando contra los herejes, contra los que también se lucha en Flandes. Sostenemos la cristiandad en el Mediterráneo y mantenemos importantes guarniciones en plazas y presidios del norte de África. Nuestros hombres están en el virreinato de Nueva España y en el de Perú. Desde hace algunos años hay contingentes españoles en las islas de las antípodas.

—¿Las que llaman Filipinas?

—Esas. Ahora los tercios han luchado en Portugal e incorporado ese reino a la monarquía de don Felipe. ¡Pensad lo que supone eso, Leonor! Territorios en América, fuertes, presidios y plazas a lo largo de toda la costa de África. Numerosos archipiélagos y los virreinatos de las Indias Orientales. Nuestras armadas están surcando todos los

mares… por aguas del Atlántico y del Pacífico, y a partir de ahora del Índico, amén del Mediterráneo. Añadid a eso la guerra con Francia, cuyos gobernantes no tienen empacho en aliarse con los otomanos. ¡Ay, San Quintín!

—¿Por qué decís San Quintín?

—Porque estuve allí. Llegamos a cinco leguas de París. Los franceses estaban acabados. Podíamos haber entrado en su capital si don Felipe…

—Oí decir a mi padre que, si don Carlos hubiera estado en el trono en lugar de haberse retirado a Yuste, los tercios habrían entrado en París.

—Opino como vuestro padre. Lo que quiero deciros con todo esto es que para mantener eso hace falta mucho dinero. El rey está en manos de los banqueros. La posibilidad de transmutar plomo en plata es un sueño que no descarta. Me han dicho que en El Escorial han construido un laboratorio. Puede que el secretario Pérez haya buscado en esa dirección, incluso con instrucciones de su majestad. Eso no puedo afirmarlo.

—Quizá el rey mandara prenderlo por excederse en sus atribuciones.

—Es posible. He pensado en hacerle llegar a su majestad ese libro donde hay una nota del puño y letra de maese Rodrigo en la que decía que estaba a punto de conseguir la piedra filosofal y sólo esperaba a que fuera luna llena para hacerlo realidad.

Leonor lo miró a los ojos, fijamente.

—¿Pensáis enviárselo al rey?

—Si se puede transmutar el plomo en plata, qué mejores manos que las de su majestad. Se pondría fin a muchos de sus problemas. Él puede contar con alquimistas capaces de hacerlo realidad, cosa que para mí es imposible.

—¿No creéis que eso podría acarrearnos problemas?

—Podría buscar la forma de evitarlos.

LXX

Hasta pasada la Epifanía de aquel año de 1583, Felipe II no respondió a Granvela.

Sabed, eminencia, que no ha de hacerse caso a rumores y comentarios que son propios de quienes, sin tener información, aparentan un conocimiento del que carecen. Son propios de arrieros, tratantes, recoveros y verduleras. Es lo que se dice en posadas, ventas camineras y tabernas. También suele ser cosa propia de gentes desocupadas o porque difundirlos conviene a sus intereses. Son aquellos que tienen remedios fáciles para grandes problemas que necesitan de largas reflexiones y ser muy prudentes a la hora de aplicar la que se considera solución más adecuada.

No debe vuestra eminencia dar pábulo a tales dichos, si bien hacéis bien, como leal servidor, en darme aviso de que son esas las cosas de las que se habla y comenta. Las obras que se llevan a cabo en este palacio son las que considero necesarias para una mejor distribución de sus dependencias, habida cuenta de que será la residencia de los virreyes que gobernaran el reino en mi nombre. En cuanto a las obras de San Lorenzo, he dado instrucciones a Herrera para que se activen a la mayor brevedad posible para lo cual os ordeno, muy encarecidamente, que los del Consejo de Hacienda libren los fondos necesarios para ello.

Muy pronto emprenderé el regreso a Madrid, porque aquí las cosas están tranquilas. Todo cumple a mi voluntad y discurre de forma ordenada.

Lisboa a siete días del mes de enero de mil y quinientos ochenta y tres años

Philipus Rex

Granvela, apenas hubo recibido la carta, llamó al arquitecto. Herrera le explicó la situación:

—También yo he recibido carta del rey, pero llevamos sin pagar más de cuatro meses. Se niegan a trabajar. Dicen que con una carta del rey no pueden dar de comer a sus familias. Vuestra eminencia sabe que albañiles, carpinteros, herreros, vidrieros, plomeros y toda la gente de esos gremios tienen mucho trabajo. En Madrid no cesan las construcciones. Sin dinero…

—Mañana se os entregaran veinte mil ducados. ¿Serán suficientes para que vuelvan al tajo?

—Si fueran treinta mil… También hay que pagar a los dueños de las dos canteras que abastecen de piedra y a los pintores que están trabajando en los frescos de las paredes.

—Tendréis esos treinta mil ducados. El pagador estará pasado mañana en San Lorenzo. Cobrarán todos los que vuelvan al trabajo.

Granvela cumplió su compromiso. Había sacado el dinero de su propio peculio —tenía importantes rentas acumuladas procedentes de los veinte años de cardenalato en que había sido titular de *San Pietro in Vincoli* y de *Santa Maria in Trastevere*—, y dos días después largas filas de canteros, albañiles, carpinteros, arrieros, plomeros, carreteros, herreros, tejeros… cobraban lo que se les debía y recibían una semana de adelanto.

Al día siguiente, los gritos de los capataces, las sierras de los carpinteros, los martillos de los canteros o las voces de los arrieros y carreteros arreando bueyes, burdéganos, mulas y asnos llenaban El Escorial, donde la vida, muy apagada en los últimos meses, volvía a renacer. Toda clase de vendedores apareció por los alrededores y ante el dinero que corría fueron varias las rabizas que se instalaron para satisfacer los deseos carnales de muchos. Cuando acababa la jornada había prisas por llegar a la mancebía porque, pese a las reconvenciones de los frailes del monasterio, se desahogaban con

aquellas mozas que habían de emplearse a fondo hasta muy entrada la noche en que el flujo de clientes remitía… hasta el día siguiente.

En Madrid, la noticia de la reanudación de las obras del grandioso monasterio —no eran pocos quienes salvaban las diez leguas que había de camino para ver aquella monumental construcción— apagaron los rumores sobre el traslado a Lisboa de la capital de la monarquía.

A orillas del Tajo se disponía todo para la marcha de Felipe II.

Durante aquellas últimas semanas de su presencia en la ciudad, Felipe II se había centrado en mejorar las defensas en algunas islas, como las de Madeira y Porto Santo, para una protección adecuada. Pero lo más importante había sido aprestar una nueva escuadra para atacar las Azores y acabar con la resistencia del prior en la Terceira, que le permitía mantener izada la bandera de la resistencia. Don Antonio contaba con cerca de mil franceses que habían encontrado allí refugio, tras la derrota del año anterior, y dos centenares de ingleses. A ellos había que sumar unos cuatro mil portugueses, que le mantenían fidelidad. Había convertido la isla en un fortín con más de cuarenta fuertes y bastiones protegidos por sólidos muros.

El rey, antes de partir de Lisboa, realizó algunos nombramientos entre los miembros de la nobleza lusitana que mayores apoyos le habían prestado. La víspera de su marcha se reunió con su sobrino el archiduque Alberto, que quedaba como virrey, con el duque de Braganza, con el arzobispo Almeida y con el duque de Osuna.

—Mañana, después de oír misa, partiremos. Portugal ha sido hasta el momento la prioridad, pero mi presencia en Madrid es muy necesaria, sobre todo tras la muerte del príncipe de Asturias. —Mirando al archiduque, le dijo—: Gobernad con prudencia y mantened los fueros y leyes del reino, como he prometido, y proponed para los cargos de gobierno que habéis de nombrar a naturales del reino.

—Así será, majestad.

—También habréis de dar cumplimiento a todos los asuntos que quedaron aprobados en las Cortes de Tomar.

Concluida aquella reunión, recibió al marqués de Santa Cruz y al duque de Gandía, a los que acompañaba Sancho Dávila.

—Dejo la campaña de las Azores en vuestras manos. Habéis de acabar con ese foco de resistencia.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, señor —respondió don Álvaro de Bazán.

—Dispondréis de los recursos necesarios para el aparejo de una escuadra. ¿Hay alguna novedad sobre el prior?

—Hasta donde sabemos —respondió Dávila—, ha concentrado sus tropas, que se acercan a los seis mil hombres, en la Terceira y al frente de ellos está el anterior condestable de este reino, don Manuel da Silva, conde de Torres Vedras, aunque lo cierto es que no mostró mucha capacidad de mando en Alcántara.

—Es posible que a esas tropas se añada algún contingente inglés y una nueva aportación francesa —señaló el rey—. Están armando una nueva flota.

El marqués de Santa Cruz negó con la cabeza.

—Majestad, su poder naval quedó muy quebrantado en San Miguel. Tendrán dificultades para reunir un número significativo de barcos.

La información que había recibido el rey señalaba que en El Havre se estaban concentrando algunos barcos y pertrechos.

La partida del rey, el once de febrero, provocó cierta tristeza en Lisboa. A diferencia del resquemor con que se vivía en Madrid, la prolongada estancia en la capital portuguesa había hecho albergar ilusiones sobre que su presencia fuera definitiva y la corte quedara instalada de forma permanente. A los lisboetas les parecía demasiado poco ser gobernados por un virrey, aunque fuera un miembro de la familia real, como había quedado establecido en las Cortes celebradas en Tomar.

Días después, tras su paso por Badajoz, Felipe II llegó al monasterio de Guadalupe, donde, aprovechando que había comenzado la Cuaresma, pasó varios días haciendo vida con la comunidad y retirado del mundo.

Se puso de nuevo en camino entrado el mes de marzo y se dirigió a El Escorial. Allí lo recibió Granvela, a quien acompañaban Herrera,

Arias Montano y el prior junto a varios miembros de la comunidad del monasterio.

—Majestad, sed bienvenido —lo saludó el cardenal, que se había acercado al estribo.

Felipe II, después de saludar a los presentes, fue informado por Herrera de las obras.

—Pese a ciertas dificultades, me satisface contemplar que se ha avanzado mucho desde la última vez que estuve aquí.

—Majestad, si no surgen problemas, las obras pueden estar concluidas en un año. Lo más lento serán los ornamentos de los patios, detalles del interior de la basílica y rematar la biblioteca.

—¿Han seguido llegando fondos? —El rey miró a Arias Montano.

—Señor, son muchos los ejemplares que he traído de Italia. Añadid los que nos han llegado de Flandes y varios que os ha enviado el emperador Rodolfo, vuestro sobrino. Hay algunos títulos de gran interés.

—Luego los veremos.

Aquella tarde, el rey y Arias Montano se encerraron en la biblioteca, donde permanecían cuando el sol acabó de ponerse.

—Majestad, algunos ejemplares son magníficos, como este manuscrito de *La vía húmeda*, de Edward Kelley.

—Bien, bien. —Felipe II, satisfecho, asentía con la cabeza.

Arias Montano carraspeó, como si necesitara aclararse la voz para que lo que iba a decir sonara de forma solemne.

—La obra más importante de todas es esta.

Mostró al rey un pequeño volumen encuadernado en un pergamino desgastado y que el paso del tiempo había maltratado.

—Es el *Ars transmutatoria magistri Raimundi Lulli.*

Felipe II hacía años que andaba tras ella… Por un momento recordó las palabras de un alquimista, estando en Malinas, que habían resonado en su mente todos aquellos años. «Sólo el maestro Lulio ha culminado la Obra y sólo él ha conseguido la transmutación».

Cogió el pequeño volumen y, casi con devoción, pasó sus páginas. Los capítulos estaban referidos al proceso alquímico para obtener oro. El primero dedicado al espíritu de los metales, el segundo a la

tintura perfecta y el agua salutífera. El tercero y cuarto se titulaban *Ars operativa* y *Ars magica.* El último, *Fixatio et sepratio sulphuris*.

—¿Creéis que podría…?

Arias dejó escapar un suspiro.

—Majestad, Raimundo Lulio es uno de los más reputados alquimistas. Si leéis lo que dice, por donde he señalado, parece que no tiene dudas.

El rey buscó la página.

—*Tú, hijo mío, primeramente, has de saber y fijar en tu memoria con mucho ejercicio que tu intención ha de ser obrar por algún fin laudable y venir a la obra para el cumplimiento de propósito grato a los ojos de Dios. Ten en cuenta siempre que si lo cálido se separase de lo húmedo la forma se corrompería y el proceso sería inútil. Has de mostrar mucha paciencia que es la gran virtud que han de tener quienes se acerquen a obtener la piedra filosofal que cuando esté fija y después bien encerada, echando una parte sobre ciento de mercurio o de cualquier otro cuerpo, tendrás plata pura, mejor que de mina, si lo sabes hacer.* —El rey miró al bibliotecario—: Esto que dice no aclara mucho.

—Mirad, señor, esa otra página que está señalada con otro papelito.

Don Felipe la buscó y leyó la nota marginal que había escrita.

—Quien ha escrito esto afirma que ha dado todos los pasos para alcanzar la Gran Obra y que sólo espera a que sea luna llena porque es el momento adecuado para llevar a cabo la transmutación.

Fue entonces cuando Arias Montano sacó un trozo de plata irregular un tanto ennegrecido por los bordes.

—¿Qué es eso?

—Plata de una pureza extraordinaria, majestad. Quizá plata alquímica.

Felipe II apretó la mandíbula.

—¿Cómo habéis dicho?

—Señor, esta torta de plata posiblemente sea producto de una transmutación.

Cerró el libro y miró a Arias Montano.

—¿En qué os basáis para decir eso?

—Esa plata llegó con el libro. Hace varias semanas entregaron un paquete al hermano portero, sin dejar razón alguna. En el envoltorio sólo decía: «*Biblioteca del monasterio de San Lorenzo que se construye en El Escorial en recuerdo de la gran victoria de San Quintín*». Cuando me lo trajeron, lo abrí y vi que se trataba del *Ars transmutatoria*, de Lulio, no podía creer que lo tenía en mis manos. Después de leerlo con atención y descubrir esa nota, comprendí por qué el libro venía acompañado de esa torta de plata. He pedido al ensayador real que la analizara.

—¿Qué os ha dicho?

—Que jamás ha visto plata tan pura. Me ha preguntado varias veces de dónde la había sacado. Nada le he dicho.

—¿Quién ha traído todo esto?

—He hecho todo cuanto ha estado en mi mano, pero nada he conseguido.

—¿Alguien más sabe esto?

—¡Sólo vos y yo, majestad! Bueno… y el ensayador.

—¡Vamos a la Botica!

Arias Montano encendió las velas de un candelabro y recorrieron a toda prisa las galerías, sumidas en la penumbra porque las sombras de la noche habían empezado a apoderarse del lugar. Al fondo podían escucharse los cánticos de los jerónimos, que estaban rezando las vísperas. Llegaron hasta una de las torres del monasterio donde, desde hacía más de una década, el rey había ordenado instalar un laboratorio, que denominaban la Botica. La recia puerta de roble con refuerzos de hierro estaba, como siempre, cerrada.

—¡Abrid, Tiberio! ¡Abrid! Soy Arias, el bibliotecario.

No tuvo que repetirlo. Instantes después se oyó el chasquido de la cerradura. Cuando el alquimista abrió la puerta y, a la oscilante luz de las velas, vio al rey, dio un paso atrás, antes de inclinarse reverencialmente.

Tiberio Roca era lo más parecido a un esqueleto con piel. Vestía amplias túnicas de paño pardo que sólo se mudaba cuando estaban demasiado sucias, malolientes y maltratadas por los ácidos y los pigmentos que utilizaba en sus trabajos. Su bonete dejaba entrever

una melena blanca y mal recortada, al igual que la luenga barba que caía sobre su pecho. Tenía un aspecto entre venerable y loco. Las arrugas de su cara parecían talladas a cincel y tenía los ojos enrojecidos de permanecer entre vapores y humos muchas horas al día y no usar las lentes que hacía años un óptico le había prescrito.

—¡Majestad…! —exclamó destocándose y haciéndose a un lado.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó el rey.

—Sorprendido, señor. Hacía a vuestra majestad en Lisboa.

—Desde esta mañana estoy en el monasterio.

—Mis disculpas, majestad. Aquí encerrado…

La estancia era amplia. Tenía dos ventanas que permitían una notable luminosidad. Las paredes estaban llenas de estanterías donde había botes, ánforas, ampollas…, finas pipetas y cuentagotas, crisoles de todos los tamaños, ungüentarios, albarelos, copas de finísimo cristal… Estaban desordenadas. No sería fácil encontrar algo.

En uno de los lados se veían unas gavetas con compartimentos donde había semillas, pétalos, hojas secas, píldoras, pelotillas… En el centro de la estancia se alzaban cuatro alambiques grandes y junto a ellos otros más pequeños, todos de cobre. Destilaba en ellos, además de agua salutífera, diferentes fluidos. Había una puerta que daba a un cuarto cuya ventilación era la chimenea por donde se evacuaban los humos. Allí estaban los atanores y anafes.

—¿Sabéis qué es esto? —Felipe II le mostró el libro.

—Si vuestra majestad no me lo dice…

—Es el *Ars transmutatoria* del maestro Lulio.

El alquimista se quedó inmóvil. Cuando pudo reaccionar, preguntó:

—Perdonad, majestad, ¿estáis seguro de que es el libro de Lulio?

El rey miró a Arias Montano, que asintió con un movimiento de cabeza.

—Comprobadlo vos mismo.

El alquimista lo cogió con manos temblorosas. El *Ars transmutatoria* era un mito. Muchos hablaban de él, pero pocos lo habían visto. Corrían rumores acerca de su contenido dando pie a diferentes teorías. En lo que todos coincidían era en que contenía la

fórmula para transmutar metales viles en preciosos. Tenerlo en las manos era un privilegio reservado a muy pocos.

Durante un buen rato leyó, pasó páginas, se detenía y volvía para atrás. El rey y Arias Montano lo observaban en silencio.

—No hay duda, majestad, es el *Ars transmutatoria.*

Felipe II respiró profundamente.

—Disponed de él. Abandonad cualquier asunto en que estéis metido. Dispondréis de todo lo necesario. Trabajad con tranquilidad, sin prisas, siguiendo los pasos del maestro, y presentadme resultados. Confío en vos.

LXXI

En Lisboa se aparejaban barcos y preparaban tropas.

Las últimas noticias decían que los franceses, como habían anunciado los agentes de Felipe II, habían concentrado quince barcos, a los que se sumaría media docena de buques ingleses. Esa fuerza naval llevaría a bordo cerca de mil quinientos hombres. Era un importante refuerzo para el prior al tratarse de soldados veteranos, mucho más curtidos que las tropas con que ya contaba, muy numerosas, pero la mayoría faltas de experiencia.

Aquella escuadra estaría mandada por Aymar de Chaste, un marino avezando y buen conocedor de su oficio.

Pasada la Semana Santa, que se había celebrado aquel año entrado el mes de abril, Santa Cruz se reunió con su Estado Mayor y los maestres de los tercios que iban a embarcar en su escuadra. Dávila había excusado su presencia, al estar en cama por causa de las heridas que le había producido la coz de un caballo.

—La falta de calafates y carpinteros nos ha obligado a traerlos de Sevilla —indicó don Álvaro—. Eso nos retrasará varias semanas. Los franceses llegarán antes que nosotros a las Azores. Eso les da ventaja. Nos estarán aguardando en la parte oriental de la Terceira.

—Dispensad, excelencia, ¿por qué en la parte oriental?

—Porque no podemos desembarcar por otro sitio, dado lo escarpado de los cantiles.

—Añada su excelencia los problemas que estamos teniendo para reunir a las tripulaciones. —Oquendo se refería a que los marineros portugueses rechazaban enrolarse.

—¿Cómo quedará configurada nuestra escuadra? —preguntó el maestre Figueroa.

—Vamos a disponer de una docena de galeras, que mandará el cuatralbo Medrano. Esperemos que, a diferencia de lo que nos ocurrió el año pasado, puedan llegar a su destino. Nos serán de mucha utilidad para acercarnos a la playa y su artillería apoyará el desembarco, cosa que no pueden hacer los galeones. Por su envergadura no pueden acercarse a la costa y en la distancia sus cañones, siendo más poderosos, resultan menos eficaces.

—¿Dispondremos de muchos galeones?

—No podremos contar con el *San Mateo*. Su reparación va demasiado lenta. Falta madera, faltan carpinteros, no se encuentran calafates… Esperar a que esté en condiciones nos retrasaría demasiado. Lo sustituiremos por el *San Felipe*, que acaba de salir del astillero y tiene cuarenta cañones. También contaremos con el *San Martín*, que será nuestra capitana, más el *San Francisco* y otros dos que llegarán de Cádiz, si Dios lo quiere, en los próximos días. Dispondremos de doce carabelas, unas treinta naos y varias galeazas.

—¿Cuántos barcos para desembarcar?

—Unos veinte. La escuadra la formarán cerca de noventa buques. Suficientes para transportar vuestro tercio y el de Bobadilla, más las compañías portuguesas. ¡Ah! También contaremos con un barco hospital.

Lo último que don Álvaro había dicho había provocado cierta sorpresa. Nunca se había dispuesto de un hospital en alta mar.

—¿Cómo habéis dicho? —preguntó el maestre Bobadilla.

—Tendremos un barco donde irán sólo los médicos y los barberos. Allí estará el instrumental, las camas y lo necesario para atender a los heridos y los enfermos.

—¡Eso es magnífico! Pero… ¿significa que en los barcos no dispondremos de ellos?

—Habrá cirujanos y enfermeros. Pero el grueso estará en ese barco a donde se trasladará a quienes hayan de ser asistidos. Podrán recibir mejores cuidados.

Antes de que todo estuviera dispuesto, una noticia entristeció a muchos de los hombres que participaban en la empresa. Las heridas de Dávila tuvieron un fatal desenlace el ocho de junio. El ilustre militar murió aquel día. Había combatido contra los protestantes de la llamada Liga de Smalkalda, siendo decisiva su participación en la batalla de Mühlberg. Había luchado en Italia contra los franceses, donde había sido nombrado responsable militar de Pavía, y en el Mediterráneo contra los berberiscos. Pero sobre todo había participado en numerosas campañas contra los rebeldes de Flandes, obteniendo, ya como maestre de campo, resonantes victorias a las órdenes del duque de Alba.

Al día siguiente se celebró el funeral en una explanada de la *Ribeira das Naos* para que miles de hombres que habían combatido a sus órdenes pudieran despedirse de él y rendirle los honores que merecía. Estaba presidido por el virrey, a quien acompañaban el marqués de Santa Cruz y su Estado Mayor, junto a los maestres de campo cuyos tercios estaban en Lisboa. Habían colocado el ataúd sobre un sencillo catafalco donde el cadáver de don Sancho, sobre cuyo vestido podía verse la banda roja de maestre de campo general, sostenía en sus manos un crucifijo.

Muchos veteranos que habían combatido a sus órdenes asistieron al funeral con un nudo en la garganta y sorbiéndose las lágrimas para que no resbalaran por sus mejillas, cosa que no todos lograron. A los más jóvenes impresionaba ver a aquellos viejos soldados, veteranos de docenas de combates y testigos de tantas cosas, con los ojos enrojecidos, apretando la mandíbula. En medio de un silencio sobrecogedor, sólo roto por el drapear de las banderas ondeando al viento, podían oírse las palabras del capellán:

—Nunca exigió más de lo que estaba dispuesto a dar. Animaba a la lucha desde los sitios de mayor brega. La rapidez con que se movía desconcertaba a sus enemigos. Eso hizo que se le llamara el *Rayo de la Guerra*. Siempre mostró una devoción especial por la Madre de Dios, de la que estaba convencido de que nunca estuvo manchada por el pecado de nuestros primeros padres. Era devoto de nuestro patrón Santiago, cuyo nombre invocaba al entrar en

combate. Quienes lucharon bajo su mando sabían que era duro y exigente en la lucha y caballero con el vencido. Descanse en paz.

Tras las últimas palabras del capellán, una cerrada descarga de arcabuces, respondiendo a las órdenes de uno de los capitanes que había combatido bajo su mando, tronó en el cielo de Lisboa.

Muchos pájaros echaron a revolotear desconcertados.

Luego, el féretro, a hombros de ocho veteranos que se relevaban a lo largo del itinerario para que el mayor número posible tuviera el honor de haberlo llevado, fue trasladado al convento de los carmelitas. Allí estuvo aquella noche con una guardia permanente de sus soldados, que se relevaban cada hora para que pudieran rendirle aquel tributo el mayor número de ellos, antes de partir para su Ávila natal, donde sería enterrado.

En la puerta del convento de los carmelitas muchos de sus hombres permanecieron durante la noche conversando, recordando sus hazañas.

—Estuve con don Sancho en la toma de Túnez —señalaba un soldado que no dejaba de atusarse los mostachos.

—Yo, en el desastre de los Gelves —comentó otro, apoyado sobre su arcabuz.

—Pues yo combatí a sus órdenes en Moock, donde les dimos lo que se merecían a los herejes del *Taciturno*. Luchamos, pese a que llevábamos meses sin que llegaran las pagas.

En el monasterio de San Lorenzo todo eran prisas y nervios. El rey entraría aquella tarde en Madrid. Hizo el camino en carruaje hasta llegar a la Cuesta de las Perdices. Allí, a algo más de una legua de Madrid, montó en un corcel negro y, acompañado por un centenar de caballeros, entró por la llamada Puerta de los Pozos de la Nieve. Allí se alzaba un arco de triunfo donde estaban representadas tres de las cuatro virtudes cardinales que debían acompañar a todo buen monarca: prudencia, templanza y fortaleza. El artista se había inspirado en un fresco pintado en el Vaticano por Rafael Sanzio, que las había representado como tres figuras femeninas.

Allí aguardaba el corregidor, acompañado por los capitulares. Felipe II, sin bajar del caballo, recorrió la calle de Fuencarral bajo un palio de doce varas, llevado por miembros de la nobleza, donde estaban bordados los escudos de los dominios que integraban la monarquía. Al llegar a la plaza de Santo Domingo, cerca del Alcázar, se alzaba otro arco en el que podía leerse: *A solis ortu usque ad occasum tuae domains ire.*

—Algo de verdad se dice ahí —comentó Felipe II.

—Majestad, es todo verdad. El sol alumbra vuestros dominios desde el sol hasta el ocaso. Algo que hasta hoy nadie ha podido decir.

Diego y Leonor veían el cortejo desde un balcón de la casa de su padre. Los acompañaba María, a quien el pago de una fuerte suma —el asunto había llegado a la Suprema donde se desató un fuerte debate—, que Leonor había abonado, la libró, después de muchos meses, de vestir el sambenito.

La comitiva llegó a San Felipe el Real donde aguardaban Granvela, revestido de cardenal, y el nuncio. En el templo se celebró un tedeum. Después la comitiva reanudó su marcha. En la calle Mayor se alzaba otro arco en el que destacaba una cartela en la que podía leerse: *Non sufficit orbis.*

El rey fijó su mirada en aquella leyenda y preguntó a Granvela:

—¿Quién ha tenido la idea de esos lemas?

—Majestad, surgió en una reunión del Consejo de Estado.

—Mis dominios están alumbrados por el sol desde el alba hasta el ocaso y el mundo no es suficiente. ¿No os parece demasiado?

—En absoluto, majestad. Sois el dueño del mundo.

Felipe II recordó que Tiberio Roca trabajaba con el *Ars transmutatoria* y deseó que tuviera éxito. Mantener aquel inmenso imperio necesitaba de tales recursos que no alcanzaba a ver de dónde podían salir.

Una muchedumbre se apiñaba a lo largo de la calle. Todos querían ver al monarca más poderoso de la tierra. Los gritos de júbilo eran ensordecedores.

Capítulo LXXII

La Noche de San Juan en Lisboa, como ocurría en muchos otros lugares de los reinos peninsulares, se celebró con grandes hogueras en las que se quemaban, además de leños, algunos objetos que se desechaban. Muchos cambiaban de residencia porque era fecha en que se renovaban los alquileres.

La jornada siguiente, la flota de Santa Cruz se hizo a la mar aprovechando un viento favorable. Los barcos salían de dos en dos y de tres en tres. Con las velas desplegadas, impresionaba aquel número de barcos, donde los galeones, verdaderos colosos, eran capaces de llevar a bordo medio millar de hombres. A su lado las galeras y las carabelas quedaban empequeñecidas.

Al día siguiente, en pleno océano, el viento roló.

El marqués, en el castillo de proa del *San Martín*, soltó una maldición.

—Con este viento no podemos avanzar.

Las órdenes que daban los maestres eran tajantes.

—¡Cazad las velas! ¡Navegamos de ceñida!

Los hombres se afanaban en cumplir las órdenes para que las velas no flamearan y los barcos quedaran parados, en el mejor de los casos. En las galeras las instrucciones eran arriar las velas y que la chusma bogara. Pronto aquellos barcos, alargados y estrechos, tomaron la vanguardia de la flota.

—Señor, las galeras de Medrano están tomando la delantera, impulsadas por los remeros —indicó el capitán del *San Martín* a don Álvaro.

—Dad orden de que sigan el rumbo. Nos veremos en San Miguel.

Los días siguientes fueron difíciles para la escuadra. Se trataba de aprovechar el poco viento que entraba por la popa y evitar que el de proa dificultara el avance, para lo que era preciso ceñir continuamente las velas. Así lucharon durante una semana hasta que por fin…

—Excelencia, el viento está rolando. Parece que podemos avanzar.

Así fue.

—¡Largad velas! —ordenaban los maestres—. ¡Vamos, vamos! ¡Todo el trapo!

El viento, cada vez más fuerte, hinchaba el velamen y la escuadra ganaba velocidad. Ahora los galeones, las naos y las carabelas se movían ágiles, dejando largas estelas de espuma.

—Si se mantiene, en tres o cuatro días estaremos en San Miguel.

El trece de julio llegaban a puerto, donde las galeras llevaban varios días. Medrano los había aprovechado para conseguir información sobre el enemigo y dar un descanso a los remeros, que habían llegado exhaustos. Había ordenado doblar la ración de galleta y de vino porque el trabajo sería mucho cuando entraran en combate. Sabía que sus galeras iban a ser fundamentales para desembarcar las tropas.

El cuatralbo subió al *San Martín* y se acercó al castillo de popa.

—Excelencia, me alegra mucho veros.

—También a mí, don Diego. Gracias a Dios y a su Santa Madre, aquí estamos ya. ¿Alguna novedad?

—La escuadra francesa hace veinte días que llegó a la Terceira.

—Eso significa que han tenido tiempo de tomar todas las medidas que les favorezcan.

—A ello se han dedicado porque podían habernos atacado, sabiendo que nos superaban en número y en potencia de fuego. No lo han hecho porque han estado fortificando la costa donde nos veremos obligados a desembarcar. Han levantado varias docenas de fortificaciones.

—No nos lo pondrán fácil. Pero en peores nos hemos visto.

En una reunión con los jefes de escuadra, los maestres Figueroa y Bobadilla y el cuatralbo Medrano, se preparó el plan de ataque.

—Disponen de cerca de ocho mil hombres, pero gran parte de ellos es gente sin experiencia, isleños que están al lado del prior, más aquellos que lo han seguido. Otra cosa son los franceses y los ingleses. Son gente de guerra, veteranos que conocen el oficio y con los que habremos de vernos las caras. A los portugueses los manda el conde de Torres Vedras y, según ha podido averiguar el cuatralbo, ha tenido diferencias por cuestiones de preeminencia con el almirante francés. Llevan días esperándonos y conocen el terreno mucho mejor que nosotros. Las galeras llevarán el peso del desembarco, que será difícil. Protegerán a los infantes con su artillería y, en la medida de lo posible, con la de los galeones. Salvo mejor opinión, el lugar más adecuado para desembarcar será en esta punta, junto a San Sebastián. Por lo tanto, allí nos dirigiremos navegando de cabotaje.

Cuatro días después, con viento favorable, llegaban a la punta de San Sebastián. Allí sucedió algo inesperado.

—¡Mirad, señor! —El capitán del *San Martín* señalaba el extraño movimiento de las naves francesas.

—¡Están locos estos franceses! —Don Álvaro no comprendía la maniobra de aquellas tres naves—. ¡Han soltado todo el trapo!

—¡Se marchan, excelencia! ¡Una es la *Joyeuse Marguerite*!

Las tres naves más importantes, entre ellas el buque insignia de los franceses, la *Joyeuse Marguerite*, se hacían a la mar con las velas hinchadas.

—¡Atentos a esos barcos! ¡Es posible que se trate de una estratagema!

Con la escuadra fondeada, el marqués subió a una de las galeras y recorrió la costa para inspeccionarla. Después, ya a bordo del *San Martín*, se reunió con su Estado Mayor.

—Desembarcaremos aquí. —Santa Cruz señalaba en el mapa una pequeña ensenada—. El mayor problema será neutralizar su artillería. Se encargará de eso la vuestra. —El cuatralbo asintió sin decir palabra—. Utilizaremos todos los botes y lanchas disponibles. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuándo desembarcaremos? —preguntó el maestre Bobadilla.

—Descansaremos un par de días y luego amagaremos con atacar en varios puntos. Algunos disparos de artillería, acompañados de simulacros de desembarco. Eso los confiará. Celebraremos Santiago con misa y habrá ración doble de aguardiente y de carne. Les vendrá bien y pondremos nervioso al enemigo. No se explicará por qué desistimos en nuestros intentos. También veremos cómo se desenvuelven esos tres barcos que se han hecho a la mar.

En los dos días siguientes se llevó a cabo con toda precisión el plan trazado. Los enemigos celebraban los fracasos españoles y se hacían comentarios jocosos sobre sus capacidades. No se tuvo noticia de la *Joyeuse Marguerite* ni de los otros dos barcos. Se habían marchado.

Una hora antes de que amaneciera el veintiséis de julio —un año después de la batalla de San Miguel—, los botes y los esquifes disponibles estaban dispuestos y los hombres de Figueroa y Bobadilla tenían ganas de poner pie en tierra. En uno de ellos iba Santa Cruz. Al amanecer habían desembarcado los primeros hombres, y comenzó un duelo artillero que no impidió a los españoles establecer una cabeza de puente.

—¡Hay que acallar aquellos dos cañones! —decía un capitán señalando una fortificación cuyos cañones los mantenían inmovilizados.

Media docena de hombres reptaron hasta sus muros y en un feroz combate, cuerpo a cuerpo, acabaron con los artilleros. Una vez silenciados los cañones, un alférez, empuñando la blanca enseña con la aspada cruz de San Andrés, gritó:

—¡Adelante! ¡A por ellos!

Los hombres, casi inmóviles cerca de una hora, se lanzaron al asalto y media hora después la mayor parte de los defensores había muerto y los supervivientes se rendían. La enseña de los tercios ondeaba sobre aquella posición.

Los combates se prolongaron durante horas. A media tarde dos compañías del tercio de Bobadilla lograron romper las defensas portuguesas, pero entonces se pudo oír un gran estruendo y por todas partes se escuchaban gritos de alarma

—¡Estampida! ¡Estampida!

En medio de una nube de polvo, quinientas reses se lanzaban en tromba sobre los españoles. El conde de Torres Vedras esperaba que aquellos animales desbocados generasen el desconcierto entre los españoles.

Fue el maestre Figueroa quien asumió el mando.

—¡Abrid espacios en las filas! ¡Mantened las posiciones! ¡Abrid espacios!

El estruendo aumentaba conforme se acercaban los animales, desbocados y alterados con continuos disparos. El suelo retumbaba y los capitanes repetían, una y otra vez, las órdenes del maestre.

—¡Abrid espacios por donde puedan pasar las reses! ¡Mantened posiciones! ¡Aguantad a pie firme! ¡Sin moveros!

Aquello era algo que solo tropas muy disciplinadas eran capaces de cumplir. Impresionaba verlos, sin moverse y casi sin respirar, se apretujaban para dejar espacios para que transitaran aquellas bestias desencajadas. Era necesaria mucha sangre fría para aguardar a pie quieto. Dominando el miedo, vieron pasar las reses, que llegaron hasta la costa. Muchas entraron en el agua y algunas perecieron ahogadas. Los mugidos de los desconcertados animales no se habían apagado cuando los españoles, superado aquel trance, se lanzaron con auténtica furia sobre las últimas posiciones enemigas.

Aquella noche celebraban la victoria.

—¡Señor, han abandonado los barcos! —Quien se dirigía al marqués de Santa Cruz era el capitán de una galera—. ¡Las tripulaciones han desertado!

Don Álvaro lo miraba con cara de incredulidad.

—¿Entonces…?

—La escuadra enemiga está en nuestro poder. Temimos que se tratara de una estratagema, pero los han abandonado. Son más de veinte barcos, contando los dos de los ingleses, y montan cerca de un centenar de cañones.

—Hay que aprovechar el momento. —Santa Cruz miró a Figueroa —. Marcharéis sobre Angra, sin perder un instante.

Al frente de quinientos arcabuceros, Figueroa marchó sobre su objetivo, que quedaba a poco más de dos leguas. Llegaron sin hacer

un disparo y, cuando tomaban posiciones, aparecieron tres hombres portando una bandera blanca.

—Parece que quieren parlamentar.

—No os fieis. Alférez, adelantaos con dos hombres y preguntadles.

Separados por menos de diez varas, los españoles miraban en todas direcciones por si observaban algo extraño.

—¿Qué desean vuesas mercedes?

—Parlamentar —respondió el que llevaba la bandera—. Estamos dispuestos a entregarnos a condición de que no haya saqueo.

—No es posible. Habéis sido desleales a vuestro legítimo rey.

—¡Nuestro legítimo rey es don Antonio!

—En ese caso nada más tenemos que hablar.

Las tropas de Figueroa se aprestaron para el combate, pero la guarnición se entregó sin disparar un tiro. La orden era que nada de saqueos, pero cuando se enteraron que habían ejecutado a los partidarios de Felipe II y que a quienes no habían matado estaban presos, Angra fue saqueada.

Con Angra en manos de los españoles, atacaron la otra población importante de la isla, Praia. La batalla fue dura. Aymar de Chaste se atrincheró con doscientos hombres y se defendió bravamente. Se rindió cuando la falta de municiones hizo imposible la resistencia.

Al día siguiente, acusado de deslealtad al legítimo rey de Portugal, fue ejecutado el conde de Torres Vedras. Se le decapitó por su condición de noble. El almirante francés salvó la vida. Aymar de Chaste no había sido desleal con nadie. Había cumplido las órdenes recibidas. Los ingleses apresados fueron ahorcados al considerárseles piratas. No había guerra declarada entre Felipe II e Isabel I. Quien había vuelto a escapar era el prior. Se supo que había huido en uno de los barcos franceses, antes de comenzar los combates.

En las semanas siguientes, las demás islas quedaron sometidas.

LXXIII

Diego le había dado muchas vueltas a aquella situación y comentado varias veces con Leonor y también con María, que había aceptado la oferta de quedarse como dama de compañía de Leonor.

Ahora, él y su esposa sabían mucho más de aquella mujer. Su padre había sido un eminente boticario aposentado en Segovia, donde era persona muy respetada, pese a su condición de converso. Sin embargo, según María, que había quedado huérfana de madre cuando tenía diez años, les contó un día…

—Mi padre fue acusado por un barbero de llevar a cabo prácticas judaicas.

—¿Por qué lo acusó? —preguntó Leonor.

—Porque el barbero descubrió, cuando fue a sacarle una muela, que mi padre tenía una estrella colgando de la cadena que llevaba a su cuello. Como vuesas mercedes saben, ese es un símbolo asociado a los judíos.

—¿Tenía fundamento aquella acusación?

—¡En absoluto! Mi padre pudo demostrar que aquella estrella, conocida también como el Sello de Salomón, era un símbolo de la sabiduría, aceptado por los cristianos y que esa era la razón por la que él la llevaba.

—¿No se le abrió proceso?

—No, pero muchos de sus clientes le volvieron la espalda. Nos marchamos a Madrid, pero mi padre, muy afectado por lo ocurrido, murió a los pocos meses. Me había enseñado las virtudes de muchas plantas y también los peligros que encerraban algunas de ellas. En

Madrid conocí a maese Rodrigo. Fue él quien nos ayudó cuando, desvalidos, vinimos aquí y, a la muerte de mi padre, me propuso que lo aprovisionara de las plantas que necesitaba.

—¿Por qué vivíais en Lozoya?

María dejó escapar un suspiro.

—Por necesidad, principalmente.

—No…, no os entiendo.

—Cuando murió mi padre, no tenía dinero para pagar el alquiler de la casa donde vivíamos en Madrid. Los pocos ahorros que tenía disminuían rápidamente y el dinero que conseguía con las hierbas que proporcionaba a Samuel no era suficiente. Aunque me pagaba bien, en Madrid las cosas son muy caras. Además, muchas de las hierbas que necesitaba están lejos. Fue él quien me propuso vivir en Lozoya, en una cabaña que era de su propiedad.

—¿La cabaña era suya? —preguntó Diego.

—La cabaña y el bosque donde se encontraba. Estaba abandonada y fui yo quien la acondicionó. Vivir allí tenía la ventaja de encontrarme cerca de lugares donde recoger plantas resultaba fácil y los gastos eran muy reducidos. Con lo que me pagaba, me sobrada el dinero. La soledad de aquel lugar que, en un primer momento, fue como un bálsamo, poco a poco fue resultándome más difícil de soportar. A ello se sumó que, pasados algunos meses, todo se complicó porque algunos vecinos del lugar buscaron…, buscaron lo que no estaba dispuesta a darles y empezaron a mirarme con malos ojos. Por otro lado, mi relación con Samuel tomó otro camino y la última vez que nos vimos me pidió matrimonio. Había decidido decirle que sería su esposa, pero…

Diego había resuelto una parte importante del asunto que había centrado su interés y atención desde hacía varios años. Sabía que maese Rodrigo bajo la apariencia de boticario era, en realidad, un consumado alquimista. También que había conseguido lo que muchos perseguían: había transmutado plomo en plata, como atestiguaba la torta hallada en un crisol de su laboratorio. El secretario Antonio Pérez tuvo fundadas sospechas de que maese

Rodrigo lo hubiera conseguido y no había tenido escrúpulos para que unos sicarios trataran de sonsacarle el procedimiento. Lo torturaron hasta la muerte, pero no lograron arrancarle su secreto. Inchausti le había confesado la razón por la que había acabado con Félix Conde. Sabía que Inchausti había terminado con la vida del secretario de don Juan de Austria, aunque no sabía muy bien por qué, sospechaba que se trataba de cosas que agitaban las altas esferas del poder. Pensaba, si bien no podía asegurarlo, que relacionado con aquello estaba el hecho de que el rey hubiera mandado prender al secretario y a la princesa de Éboli. Ignoraba, y no quería saberlo, hasta dónde estaba implicado el rey, muy aficionado a las ciencias herméticas y deseoso de obtener plata a través de la transmutación. Consecuencia de las pesquisas había quedado en su poder una torta de plata alquímica y un valioso libro de Raimundo Lulio, que al parecer permitía conocer cómo llevar a cabo la transmutación de metales. Incapaz de entender lo que en él había escrito, había decidido hacérselo llegar a Felipe II.

Había ido a El Escorial y en la portería del monasterio dejó un paquete dirigido a la biblioteca. El hermano portero apenas le prestó atención. Se alejó del monasterio con la sensación de que cerraba aquel capítulo de su vida, dominado por el deseo de hacer justicia a un inocente.

A finales de agosto, Felipe II se encontraba en El Escorial, donde Tiberio Roca, desde que el rey había puesto en sus manos la obra de Lulio, vivía enclaustrado en la Botica. Sólo salía para asistir a misa los domingos y días de precepto porque hasta la comida se la llevaban allí. El rey lo había visitado un par de veces para preguntarle por sus experimentos. Había fracasado en dos ocasiones. Culminar la Obra —*Opus Magnum* decía Tiberio— era un proceso complejo que necesitaba de mucha paciencia.

Una mañana, el rey se encontraba enfrascado en la lectura de unas cartas que habían llegado de Alba de Tormes en las que se decía que el padre Jerónimo de la Madre de Dios, con la ayuda de las monjas carmelitas, había desenterrado el cuerpo de la madre

Teresa de Jesús. Pese a llevar nueve meses enterrado, se encontraba intacto y desprendía un olor a rosas. Decían que mantenerse incorrupto tantos meses y desprender aquella fragancia sólo podía deberse a un milagro. Felipe II, cuya pasión por las reliquias era conocida, estaba tan embebido en aquel asunto que le molestaron los golpes en la puerta de su gabinete.

—¡Pasad!

Zayas, al ver la expresión del rey, se deshizo en disculpas.

—Disculpadme, majestad, pero es que…

—¡Hablad!

El secretario mostró la carta que sostenía en su mano.

—¿Qué dice?

—Majestad, las Azores ya son vuestras.

—Alabado sea Dios. Dadme detalles.

—En los días finales de julio, la escuadra del marqués de Santa Cruz infligió una derrota total al prior y a sus aliados franceses e ingleses. Se apoderó de más de veinte barcos enemigos, que se rindieron sin combatir.

La noticia hizo que se dibujase una sonrisa en los labios de Felipe II.

—Esa es una noticia extraordinaria.

—No he querido retrasar el que vuestra majestad lo supiera. Según se dice aquí, las tripulaciones enemigas abandonaron los barcos, sin presentar batalla. Sólo escaparon tres barcos franceses, los mejores de su escuadra, que huyeron antes del combate. Parece ser que los combates en la Terceira fueron recios, pero en cuarenta y ocho horas la derrota del enemigo era completa.

—¿Se dice algo del prior?

—Huyó en uno de los barcos antes de empezar el combate.

—¿Huyó antes de combatir, abandonando a sus hombres?

—No ha sido la primera vez, señor. También se quitó de en medio cuando el año pasado se luchó en una de aquellas islas.

Don Felipe quedó un momento en silencio. El malhumor de la interrupción había desaparecido.

—Eso tiene que conocerse en Portugal. Quienes lo apoyan han de saber quién es. Que se impriman pasquines haciéndolo público, y

ahora dejadme.

—Dispensad, señor, pero Tiberio Roca aguarda a que lo recibáis.

El rostro de Felipe II se iluminó.

—¡Que pase! ¡Que pase, inmediatamente!

Su aspecto, habitualmente deplorable, ofrecía una imagen miserable.

—Majestad. —Hizo una desmañada reverencia—. ¡Hemos llegado a la cuarta y última fase! —afirmó alzando demasiado la voz—. Hemos superado con éxito la tercera en la que tantas veces me había atrancado.

—Explicaos.

—Majestad, he realizado la *melanosis*, la *leucosis* y la *xantosis* y hemos entrado en la *iosis*. Son las fases que, según Zósimo de Panópolis, quien se dice que logró la transmutación, han de superarse para conseguir la *Opus Magnum*. Se afirma que dejó consignado el proceso en sus obras, lo mismo que el magíster Lulio. Por desgracia, no se ha encontrado rastro de ellas. La *melanosis* es la fase de ennegrecimiento, muchos la llaman *nigredo*…

—Tiberio, no me contéis lo que ya sé…

—Majestad, es que… nunca habíamos llegado tan lejos. La masa que hay en el crisol se ha enrojecido, su color es púrpura. Lulio dice que ocurre cuando se entra en cuarta y última fase. Estamos a punto de culminar el proceso. Si vuestra majestad me hace la merced de venir a la Botica…

Dejaron atrás pasillos y galerías. Quienes se cruzaban se inclinaban ante el rey y, viéndolo pasar tan deprisa —don Felipe tenía un concepto de la majestuosidad muy alejado de prisas y carreras—, en compañía del alquimista, pensaron que algo importante se estaba cocinando. En pocos minutos, el rumor se había extendido por todo el monasterio. Canteros, arrieros, albañiles, carpinteros, picapedreros, plomeros, vidrieros, esportilleros… Todos se referían a ello y había comentarios muy diferentes.

—¡El alquimista ha conseguido oro!

—¡No ha sido oro, sino plata!

—Son unos polvillos grises. ¡Añadiendo poco más de un adarme a una libra de plomo, se transforma en otra de plata!

Un plomero que ayudaba a un vidriero a rematar la cristalera de un ventanal se detuvo un momento.

—Tengo ahí —señaló unas cajas donde había barras de plomo— cerca de un quintal, me conformaría con convertir en plata diez o doce libras.

El rumor llegó a oídos del abad. A toda prisa, se dirigió a la Botica. En el camino se encontró con Arias Montano, que también iba allí.

—¿Sabe vuesa merced qué ocurre? —preguntó al bibliotecario.

—Dicen que Tiberio ha conseguido plata a partir de plomo.

El abad se santiguó, sin dejar de caminar.

Encontraron entornada la puerta de la Botica. Se miraron y entraron sin hacer ruido. Hasta ellos llegaba un rumor de palabras. La voz del alquimista sonaba muy baja, como si temiera alterar algo. Venía del cuarto donde estaban los atanores y los anafes.

—Ved, majestad, el color de la masa.

—¡Es la *iosis*! —exclamó Felipe II.

—Como vuestra majestad sabe, también se conoce como *rubedo.* Si se completa sin alterarse…

—¡El plomo se habrá convertido en plata! —exclamó el rey.

—Así lo afirma el maestro Lulio y, si en lugar de plomo, utilizamos cobre, el resultado final será oro.

—¡Dios bendito! —exclamó el abad rompiendo el silencio.

—¿Quién…, quién anda ahí?

Salieron de aquel cubículo y, al verlos, el rey les preguntó:

—¿A qué se debe vuestra presencia?

—Majestad —respondió el abad—, se oye decir que Tiberio ha obtenido plata a partir de plomo. ¿Es eso cierto, señor?

—Explicádselo vos, Tiberio.

—Siguiendo las indicaciones del maestro Lulio, hemos conseguido llegar a la cuarta y última fase. Si nada perturba el proceso…

—¿Podríais obtener oro?

—Oro o plata, según empleemos cobre o plomo.

—Eso…, eso sería…

En aquel momento se oyó una explosión y del cuarto de los atanores salió una gran humareda.

—¡Santo Dios!

El atanor que estaba sobre el anafe que calentaba la masa había reventado y el crisol se había derramado. Tiberio dejó escapar un suspiro.

—Me temo, majestad, que hemos perturbado el desarrollo de la obra. Este trabajo necesita, además de paciencia, mucha serenidad.

Las llamas lo consumían todo y el humo, muy denso, apenas permitía ver, pero estaba claro que todo se había perdido.

La flota había navegado con buen viento… hasta entonces.

—Excelencia, el tiempo está cambiando. Aquellas nubes —el piloto señaló una barra oscura que había aparecido a babor— no anuncian nada bueno.

—¿Qué opináis vos? —preguntó Santa Cruz al capitán.

—Están como a quince millas y parece que apuntan en nuestra misma dirección. Tal vez si variamos la singladura…

Don Álvaro se atusó sus blancos mostachos.

—Rolaremos a estribor, seis grados.

—¿Seis grados, señor? Lisboa se nos quedará muy al norte.

En los labios del marqués apuntó una sonrisa.

—¡Vamos a Cádiz!

Los días siguientes, con la tormenta en el horizonte, fueron de navegación complicada. Un amanecer, desde la cofa del *San Martín*, el vigía dio el grito que todos esperaban:

—¡Tierraaaa! ¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!

Los hombres se apelotonaron en la proa. Poco después era visible la punta del cabo de San Vicente. Llegaban al extremo sur de Portugal.

—Si Dios no dispone otra cosa, en tres días estaremos en Cádiz.

El mar podía jugar una mala pasada en cualquier momento. Bien lo sabían muchos de aquellos viejos marinos, que habían sobrevivido a toda clase de peligros. Nada ocurrió que impidiera que el trece de septiembre, una semana antes de la llegada del otoño, la flota que

había resuelto con más facilidad de la esperada la batalla de la Terceira entraba en el puerto gaditano adonde una muchedumbre había acudido al tenerse noticia de que llegaba la flota de don Álvaro de Bazán.

—¡Viva el rey!

—¡Viva don Felipe!

—¡Viva el marqués!

La gente veía entrar las galeras a golpe de remo, alrededor del *San Martín*, que triplicaba su tamaño y doblaba la altura de sus bordas. El piloto maniobró, con la ayuda de dos buenos conocedores de aquellas aguas, para acercar aquel coloso todo lo posible al muelle. A don Álvaro lo recibieron el gobernador y el corregidor. En la catedral, dedicada a la Santa Cruz, se celebró un tedeum y después se acomodó en la casa del gobernador. Escribió al rey y allí recibió carta de Felipe II, reclamando su presencia en la corte.

LXXIV

Al entrar en el Alcázar todos cedían el paso al marqués de Santa Cruz, que llegaba acompañado del presidente del Consejo de las Órdenes, don Francisco de Zapata y Cisneros —era una deferencia a su condición de comendador mayor de León—, y del prior de Uclés, una de las principales encomiendas de la Orden de Santiago, cuyo maestre era el rey. El mayordomo, que departía en la antecámara con nobles y clérigos, al verlo aparecer, abandonó el corrillo.

Lo saludó ceremoniosamente:

—Don Álvaro, es un honor recibiros. Daré cuenta de la llegada de su excelencia.

Muchos se acercaron a saludarlo. Pero apenas hubo tiempo porque el mayordomo reclamó su presencia.

—Acompañadme. También vos —dijo al presidente del Consejo de las Órdenes.

Don Álvaro se destocó al entrar en la cámara real e hizo una cortesana reverencia. Felipe II, que estaba sentado en un sillón frailuno, le dijo:

—Alzaos y cubríos, marqués. —Acababa de conceder la grandeza al marquesado de Santa Cruz—. Vuestros méritos os hacen acreedor a tal honor.

—Señor, mi mayor honor es poder servir a vuestra majestad.

Don Felipe quiso oír de boca de don Álvaro algunos de los pormenores de la batalla y, cuando el marqués concluyó, le dijo:

—Sabed que he ordenado que se difunda la actitud del prior.

—Sabia decisión, señor. No es digno de mayores consideraciones quien actúa con tanto deshonor.

Pocos días después, en las gradas de San Felipe el principal comentario era la noticia que aparecía en un pliego de cordel que vendían en la esquina de la calle de Carretas. En el monasterio de San Lorenzo de El Escorial se había producido una explosión, en la zona donde estaba la Botica.

—Es un laboratorio de alquimia —afirmaba un dominico.

—También yo lo he oído decir —aseveraba un caballero—. Allí trabaja un alquimista para obtener plata a partir del plomo.

—¡Conseguir plata del plomo! —exclamó un santiaguista—. ¿¡Cuándo se dejarán de esas sandeces!?

En otro corrillo se afirmaba que los muertos eran media docena y que había desaparecido todo lo que había en el laboratorio.

—Se han destruido algunos libros muy valiosos y en uno de ellos se contenía la fórmula para transformar el plomo en plata.

Pasado el Día de Todos los Santos y rendido culto a los difuntos, el quince de aquel mes, en casa de don Leopoldo de Rojas, se celebraba la onomástica del padre de Leonor. La familia al completo estaba reunida en torno a la mesa, donde podían verse diferentes platos con variadas exquisiteces que hicieron las delicias de los comensales. Terminada la comida, Diego, don Leopoldo y los hermanos de Leonor se retiraron a un saloncito y comentaron algunos asuntos que estaban en los mentideros y de los que se hablaba en la corte.

—Esta mañana, el presidente de Hacienda nos ha dicho que en breve dejará el cargo. Su majestad le ha pedido que presida el Consejo de Indias. También nos ha contado lo que fue la explosión de El Escorial.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Diego—. Se han dicho tantas cosas…

—Su majestad le ha contado que el alquimista que allí trabaja estaba a punto de conseguir la transmutación de un metal vil en otro

noble, gracias a un manuscrito que se atribuye a Raimundo Lulio y que había llegado en extrañas circunstancias a la biblioteca del monasterio.

—¿En extrañas circunstancias? —preguntó Diego.

—El libro llegó en un paquete que recogió el hermano portero. No se sabe, pese a las indagaciones realizadas, quién lo llevó. Contiene la forma de conseguir plata, pero el proceso es muy complicado.

—¿Vuesa merced cree que se puede transformar el plomo en plata?

Don Leopoldo se encogió de hombros.

—Don Hernando nos ha dicho que su majestad le contó que con el libro llegó una torta de plata, como si hubiera salido de un crisol que se había obtenido a partir de plomo.

Aquella noche, una vez retirados a su alcoba, Diego contó a Leonor la conversación que había mantenido con su padre.

—¿Le dijiste que ese libro…?

—Todavía no he perdido la cabeza. Me hice de nuevas.

El cardenal Granvela, Gabriel de Zayas y Mateo Vázquez de Leca, los tres secretarios más influyentes, después de la caída de Antonio Pérez, estaban reunidos con un burilador que tenía fama de ser el mejor del reino.

—Queremos que con ese diseño se recuerde a las generaciones venideras que la grandeza de su majestad llena el mundo. Que sepan que fuimos los dueños del mundo —señaló el cardenal.

El burilador, hombre entrado en años y con larga experiencia, se acarició el mentón.

—Tuve el honor de servir al augusto padre de don Felipe. Recuerdo que escogió para algunas de sus acuñaciones el lema *Plus Ultra*. Su majestad bien podría exhibir el *Non sufficit orbis* que lucía la cartela de uno de los arcos que se alzaron para recibirlo cuando regresó de Lisboa.

Vázquez de Leca mostró su acuerdo.

—Me parece muy adecuado. Si don Carlos no albergaba dudas de que había de irse al otro lado del Atlántico y más allá, los dominios

de su majestad se extienden por todo el mundo. No hay más allá donde ir.

Zayas guardaba silencio. Siempre había sido cauto en palabras.

—¿Vos qué pensáis, don Gabriel? —le preguntó Granvela.

—Que estoy de acuerdo.

—En ese caso —indicó al burilador—, preparad el boceto de esa medalla. Con su acuñación se recordará a las generaciones venideras que hubo un imperio donde no se ponía el sol y al que las dimensiones del mundo le quedaban pequeñas.

—¿Qué imagen ha de adornar la medalla? —preguntó el burilador.

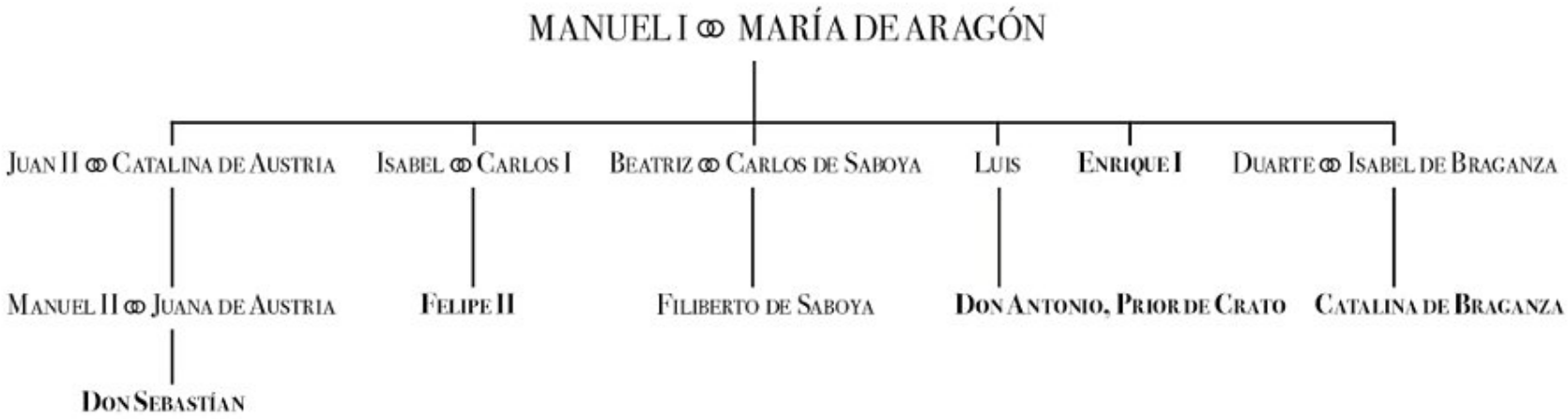
—En el anverso, su majestad con la cabeza cubierta y una leyenda que diga: *PHELLIPE II HISPANIA ET NOVIS ORBIS REX*. En el reverso la bola del mundo y la leyenda: *NON SUFFICIT ORBIS*.

JOSÉ CALVO POYATO

Cabra, agosto de 2024

Cuadro genealógico

CUADRO GENEALÓGICO*



*A la muerte de don Sebastián, subió al trono su tío abuelo, don Enrique, que reinó con el nombre de Enrique I y aparece en negrita en este cuadro genealógico. También en negrita quienes a la muerte de Enrique I fueron candidatos al trono de Portugal: Felipe II de España, tío de don Sebastián y sobrino de Enrique I; Catalina de Braganza, asimismo tía de don Sebastián y sobrina de Enrique I; y don Antonio, prior de Crato, hijo bastardo del infante don Luis.

Bibliografía

ALTAMIRA, Rafael: *Ensayo sobre Felipe II hombre de Estado: Su psicología general y su individualidad humana.* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante. 2010.

ARTEAGA, Almudena de: *La princesa de Éboli*. Martínez Roca, Barcelona. 1998.

BOUZA, Fernando: *Felipe II y el Portugal dos Povos. Imágenes de esperanza y revuelta.* Universidad de Valladolid, Valladolid. 2010.

CORRAL, José del: *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XVI*. Ediciones la Librería, Madrid. 2002.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*. Vol. III de la *Historia de España Alfaguara*. Alfaguara, Madrid. 1973.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *La sociedad española del Siglo de Oro.* Gredos, Madrid. 1989.

—, *Felipe II y su tiempo*. Espasa Calpe, Madrid. 1999.

—, *El duque de hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba.* Espasa-Calpe, Madrid. 2007.

—, *La princesa de Éboli.* Espasa Calpe, Madrid. 2009.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La conquista de las Azores en 1583*. Real Academia de la Historia, Madrid. 1886.

FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano: *Felipe II y el templo del rey Salomón: La historia secreta de El Escorial.* Almuzara, Córdoba. 2024.

GÓMEZ BELTRÁN, Antonio Luis: *Islas Terceiras. Batalla naval de San Miguel. Operaciones navales españoles del siglo XVI*. Ediciones Salamina, Málaga. 2017.

KAMEN, Henry: *España y la creación de la Europa moderna. Siglos XVI-XVIII*. Espasa Calpe, Madrid. 2024.

—, *El gran duque de Alba: soldado de la España imperial*. La Esfera de los Libros, Madrid. 2005.

MALTABY, William S.: *El gran duque de Alba*. Siruela, Madrid. 2007.

MARTÍNEZ MILLÁN, José: *La corte de Felipe II*. Alianza Editorial, Madrid. 1999.

MARAÑÓN, Gregorio: *Antonio Pérez.* Espasa Calpe, Madrid. 1998.

PARKER, Geoffrey: *Felipe II, la biografía definitiva*. Planeta, Barcelona. 2010.

—, *Felipe II. La biografía esencial. El rey imprudente*. Planeta, Barcelona. 2014.

QUERALT DEL HIERRO, María Pilar: *Las mujeres de Felipe II*. EDAF, Madrid. 2011.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón: *Álvaro de Bazán. Capitán general del mar océano*. EDAF, Madrid. 2010.

RUBIO ESTEBAN, Julián María: *Felipe II de España rey de Portugal.* Cultura Española, Madrid. 1939.

SIGÜENZA, Fray José de: *Historia primitiva y exacta del Monasterio del Escorial, la más rica en detalles de cuantas se han publicado, escrita en el siglo XVI por el Padre Fray José de Sigüenza.* Imprenta M. Tello, Madrid. 1881.

SUÁREZ INCLÁN, Julián: *Guerra de anexión de Portugal durante el reinado de don Felipe II*. II Vols. Imprenta del Depósito de Guerra, Madrid. 1897-1898.

VALLADARES, Rafael: *La conquista de Lisboa. Violencia militar y comunidad política en Portugal, 1578-1583.* Marcial Pons, Madrid. 2008.

Dramatis personae

*Los personajes de ficción se identifican con un **

ABDELMALIK: rey de Berbería, conocido también como el Moluco.
AGUSTINILLO*: ayudante de maese Rodrigo.
ALCAÇOBAS, Pedro de: cortesano portugués.
ALARCÓN, Gabriel*: carpintero, asiduo a la taberna del Ángel.
ÁLAVA, Francés: jefe de la artillería del ejército del duque de Alba.
ALMÁRCEGUI, Antón*: conocido como el *Lupino*, dueño de un garito.
ALMÁRCEGUI, Luisa*: conocida como la *Melindres*, hermana del *Lupino*.
ALMEIDA, Jorge de: arzobispo de Lisboa, partidario de Felipe II.
ARGOTE, Martín de: maestre de campo, cuyo tercio intervino en Portugal.
ARIAS MONTANO, Benito: bibliotecario de Felipe II.
AUSTRIA, Ana de: cuarta esposa de Felipe II.
AUSTRIA, Catalina de: hija de Juana la Loca, abuela de don Sebastián.
AUSTRIA, Catalina Micaela de: hija de Felipe II.
AUSTRIA, Isabel Clara Eugenia de: hija de Felipe II, pretendida por don Sebastián como esposa.
AUSTRIA, Juan de: hermanastro de Felipe II, vencedor de los turcos en Lepanto, gobernador de Flandes.
AUSTRIA, Juana de: madre de don Sebastián.
AVÍS, Antonio de: hijo del infante don Luis, prior de Crato, disputó a Felipe II el trono de Portugal.

AVÍS, Catalina de: duquesa de Braganza, hija del infante don Duarte.
AVÍS, Enrique de: sucedió a don Sebastián como rey de Portugal.
AYMAR DE CHASTE: almirante francés, derrotado en la Terceira.
BARRETO*: astrólogo al servicio de Enrique I de Portugal.
BAZÁN, Álvaro de: marqués de Santa Cruz, almirante de las escuadras de Felipe II.
BOSQUE, Miguel*: experto ballestero.
CONDE DE BRISSAC: general de las tropas francesas derrotadas en las Azores.
CONDE DE TORRES VEDRAS: noble portugués, partidario del prior de Crato.
CONDE DE VIMIOSO: noble portugués, partidario del prior de Crato.
CONDE, Félix*: criado de Ana de Mendoza.
COUTO, Diogo*: antiguo navegante, asiduo *A Casa dos Passarinhos*.
DÁVILA, Sancho: maestre de campo, conocido como el *Rayo de la Guerra.*
DON BASTIAN*: antiguo navegante, asiduo *A Casa dos Passarinhos*.
DON SEBASTIÁN: rey de Portugal muerto en la batalla de Alcazarquivir.
DUQUE DE ALBA: noble español, general de los ejércitos de Felipe II.
DUQUE DE AVEIRO: noble portugués, próximo a don Sebastián.
DUQUE DE MEDINA SIDONIA: yerno de Ana de Mendoza.
DUQUE DE OSUNA: embajador de Felipe II en Lisboa.
EL *DOURADO*: antiguo navegante, asiduo *A Casa dos Passarinhos.*
ENRÍQUEZ: criado de Antonio Pérez.
ERASO, Cristóbal de: marino español al servicio de Felipe II.
ESCOBEDO, Juan de: llamado el *Verdinegro*, secretario de don Juan de Austria.
EUFRASIA*: criada de Leonor de Rojas.
FARINHAS*: antiguo navegante, asiduo *A Casa dos Passarinhos*.
FARNESIO, Alejandro: gobernador de Flandes, tras don Juan de Austria.
FELIPE II: rey de España, como hijo de Isabel de Avís, heredó la corona de Portugal.

FRAY AMBROSIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD*: fraile jerónimo, conocedor de los trabajos alquímicos.

FRAY LUIS DE LEÓN: catedrático en Salamanca, procesado por la Inquisición.

GARCÍA DE TOLEDO, Álvaro: alcalde de Casa y Corte, detiene a Antonio Pérez por orden de Felipe II.

GÓMEZ DE SILVA, Ruy: noble portugués al servicio de Felipe II, marido de Ana de Mendoza.

GRANVELA, Antonio de: cardenal de Roma, persona próxima a Felipe II.

GRIJALBO*: maestro espadero.

HERRERA, Juan de: arquitecto, dirige las obras de El Escorial.

HERRUZO, Santiago*: astrólogo al servicio de Antonio Pérez.

INCHAUSTI*: espadachín a sueldo.

ISABEL I: reina de Inglaterra.

LA *CHORICERA**: matancera, amante de Inchausti.

LA *FOGOSA**: prostituta al servicio de Antón Almárcegui.

LA *MOHÍNES**: prostituta al servicio de Antón Almárcegui.

LOPES DE SOUSA, Diogo: regente, partidario de Felipe II.

MAESE RODRIGO*: boticario y alquimista.

MARGLIANI, Giovanni: diplomático de Felipe II, negocia una tregua con los turcos.

MARQUÉS DE VILLEROY: secretario de Catalina de Médicis.

MARTÍNEZ*: espadachín a sueldo.

MASCARENHAS, João de: regente de Portugal, partidario de Felipe II.

MÉDICIS, Catalina de: regente de Francia, madre de Enrique III.

MENDOZA, Ana de: princesa de Éboli por su matrimonio con Ruy Gómez de Silva.

MENESES, Duarte de: general de don Sebastián.

MESA, Juan: antiguo mayordomo de Antonio Pérez.

MOLINA, Pedro*: vendedor de maderas, asiduo a la taberna del Ángel.

MONIZ, Febo: representante en las cortes de Tomar, se opone a Felipe II.

MONTBUEY, Sancho de: miembro del Consejo de las Órdenes.
MOURA, Cristóbal de: noble portugués, al servicio de Felipe II.
MULEY AHMED: sucesor de Abdelmalik.
MULEY MOHAMED: rey de Berbería, depuesto por Abdelmalik.
NIÑO DE ZÚÑIGA, Gabriel: maestre de campo, cuyo tercio intervino en Portugal.
NORONHA, Fernando de: noble portugués, hermano de María de Noronha.
NORONHA, María de*: dama portuguesa de esclarecido linaje.
OQUENDO, Antonio de: marino español, al servicio de Felipe II.
ORANGE, Guillermo de: líder de la rebelión holandesa contra Felipe II.
PAZ, Diego de*: antiguo capitán de los tercios, alguacil en la Villa y Corte.
PEREIRA, Lourenço*: navegante, al servicio de Enrique I de Portugal.
PÉREZ, Antonio: secretario de Felipe II, amante de la princesa de Éboli.
QUINTANILLA, Santiago de*: canónigo de la catedral de Toledo.
ROCA, Tiberio: alquimista.
ROJAS, Leonor de*: esposa de Diego de Paz.
ROJAS, Leopoldo de: padre de Leonor de Rojas, del Consejo de Hacienda.
SÁ DE MENESES, Francisco: regente, partidario de Felipe II.
SARMIENTO, Matías*: alguacil mayor de la Villa y Corte.
SILVA, Juan de: embajador de Felipe II en Lisboa.
SIMÓN*: tabernero, dueño de la taberna del Ángel.
SOR MARÍA ELENA DEL ESPÍRITU SANTO*: monja visionaria.
STROZZI, Felipe: almirante francés, derrotado en las Azores.
TELO, João: Justicia Mayor de Portugal, partidario del prior de Crato.
TORRE, María de la*: herborista, suministra plantas a maese Rodrigo.
VALLECILLO, Antón*: carpintero, asiduo a la taberna del Ángel.
VAN IMMERSEEL, Johan*: agente orangista, relacionado con Antonio Pérez.
VASCONCELOS, Duarte de*: capitán de la guardia de don Sebastián.
VÁZQUEZ DE LECA, Mateo: secretario de Felipe II.

VILLEGAS, Martín*: carpintero, asiduo a la taberna del Ángel.
ZAYAS, Gabriel de: secretario de Felipe II.
ZÚÑIGA, Juan de: embajador de Felipe II en Roma.554

Nota del autor

En *Dueños del mundo* he procurado mantener la fidelidad a los acontecimientos que se desarrollaron a lo largo del periodo que abarca la novela. Comenzando porque don Sebastián y su tío, Felipe II, se reunieron en la Navidad de 1576 en el monasterio de Guadalupe. La reunión había sido pedida por el joven monarca portugués, que deseaba el apoyo del rey español en su proyectado ataque a Berbería. El compromiso de Felipe II fue muy limitado porque no convenía a sus intereses aquel ataque, al estar negociando una tregua con los otomanos. Don Sebastián emprendió aquella expedición que consideraba una cruzada, llevó su ejército hasta el norte de África, donde se libró la batalla de Alcazarquivir, convertida en un desastre para los lusitanos y donde el propio don Sebastián perdió la vida.

Su muerte, sin descendencia, abría un abanico de posibilidades a sucederle, habida cuenta de que su tío, el cardenal don Enrique de Avís, era hombre de edad avanzada y, dado su estado eclesiástico, no podía dejar sucesión. Entre los aspirantes al trono se encontraban Felipe II y don Antonio, prior de Crato, nieto bastardo del rey don Manuel. En Portugal corrió el rumor de que don Sebastián no había perecido en la aciaga jornada de Alcazarquivir y eran muchos quienes pensaban que aparecería para reclamar el trono. Esa creencia, que se mantuvo viva en el tiempo, alimentó toda una mitología, conocida con el nombre de sebastianismo.

Felipe II, que contaba con el apoyo de buena parte de la aristocracia y del alto clero del reino, hubo de enfrentarse al prior,

que gozaba de apoyo entre las clases populares y el bajo clero, para hacer valer sus derechos. Un ejército a las órdenes del duque de Alba y una escuadra, mandada por el marqués de Santa Cruz, derrotaron a las tropas del prior y las Cortes portuguesas, reunidas en Tomar, proclamaron rey de Portugal a Felipe II, que juró respetar los fueros y libertades del reino. Los últimos focos de resistencia fueron las islas Azores donde, con el apoyo de Francia e Inglaterra, se libró la batalla naval en la que la escuadra de Santa Cruz infligió una severa derrota a sus enemigos, acabando con la oposición a Felipe II.

El monarca español permaneció tres años en Lisboa hasta que consideró que su dominio sobre aquella corona estaba definitivamente asentado. La incorporación de Portugal a la monarquía hispánica suponía también la de su extenso imperio colonial, por lo que se dijo que en los dominios de Felipe II no se ponía el sol, y se acuñó una medalla con la leyenda *NON SUFFICIT ORBIS*, que nos ha inspirado el título de la novela como *Dueños del mundo*.

Responden a la historia algunos acontecimientos con los que el lector se ha encontrado, como la reforma del calendario llevada a cabo por el papa Gregorio XIII, tomando como punto de partida los cambios propuestos por los profesores de Salamanca cincuenta años antes. Es histórica la negativa de Felipe II a trasladar la universidad de Coímbra a Lisboa y menos aún cerrarla, como reclamaban desde Évora. Lo es la construcción en aquel tiempo del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde Arias Montano reunía en su biblioteca una de las colecciones de libros más valiosas del mundo. Entre ellos se encontraban tratados de alquimia y otras ciencias ocultas a las que Felipe II era aficionado. También se construyó en el gigantesco recinto monacal un laboratorio de alquimia, al que se daba el nombre de la Botica. Lo es la muerte del que fuera secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo, asesinado en Madrid, poco antes de que muriera su señor, cuyos papeles, traídos a España por orden de Felipe II, le revelaron cuestiones que su secretario, Antonio Pérez, había tergiversado para favorecer sus propios intereses.

Todos esos elementos y alguno más, con un tratamiento novelesco, han quedado recogidos en las páginas de *Dueños del mundo*.

Paralelamente a esos acontecimientos históricos, que nos presentan uno de los momentos más brillantes de nuestra historia, se desarrolla en las páginas de la novela una trama de ficción que hemos aprovechado para ofrecer al lector aspectos más cotidianos de la sociedad de la época. Nos hemos acercado a los mentideros de la corte, por los que circulaban toda clase de rumores, y a las reuniones en tabernas, tanto en el Madrid de entonces como en la Lisboa de la época. A la actuación de la Inquisición en un caso que nunca existió, pero que refleja los procedimientos del tribunal del Santo Oficio. He situado al lector en la búsqueda de la piedra filosofal —en su existencia creían muchos entonces—, que permitiría a quien la obtuviera conseguir la transformación de metales viles en oro o plata, algo que, en la trama de ficción, había conseguido un boticario —en realidad un alquimista—, cuyo establecimiento estaba en la madrileña calle del León. Ese boticario, María la herborista, Diego de Paz o Leonor de Rojas son personajes de ficción, que pudieron ser vecinos de aquel Madrid que asistía al engrandecimiento de la monarquía más poderosa del mundo en su tiempo. Es personaje de ficción doña María de Noronha —existió una María de Noronha en la historia de Portugal vinculada al linaje de los condes de Linhares—, y los hechos con ella relacionados o la visita de los portugueses a Catalina de Médicis en el castillo de Chenonceau. Esos personajes de ficción acompañan al lector por las páginas de *Dueños del mundo*, como lo hacen Felipe II, el duque de Alba, el marqués de Santa Cruz, Sancho Dávila, Arias Montano, Antonio Pérez, Cristóbal de Moura, la princesa de Éboli o el cardenal Granvela.

El río Manzanares se llamaba Guadarrama en aquella época y la actual localidad de Torrejón de Ardoz era conocida entonces como el Torreón de Ardoz.

Agradecimientos

Dueños del mundo es una novela, si bien se ha respetado el fondo histórico —personajes, acontecimientos, situaciones…— de unos años importantes de la historia de España: el momento en que, tras la muerte del rey de Portugal don Sebastián, la descendencia al trono se complica y culminará con la proclamación de Felipe II como monarca lusitano en las Cortes de Tomar. El proceso de documentación ha sido laborioso para poder acercar al lector a personajes como don Sebastián, Felipe II, Ana de Austria, la princesa de Éboli, Antonio Pérez, el cardenal don Enrique, el duque de Alba, don Álvaro de Bazán o el prior de Crato. También para acercarnos a algunas realidades cotidianas de entonces como los mentideros del Madrid de la época, la construcción del monasterio de El Escorial, los entresijos del poder en la corte, la organización de una escuadra o las vicisitudes de los campos de batalla. Ese es un trabajo individual, pero he contado con valiosas ayudas como la del profesor Agustín Galán García para conocer aspectos del llamado mito del sebastianismo que se generó en Portugal, tras el desastre lusitano de Alcazarquivir. Asimismo, con la de la profesora Gloria Lora para proporcionarme datos concretos, siempre valiosos. Agradecimiento a mi amigo José Luis Corral —maestro del género—, con quien hablo, discuto… y aprendo.

Una vez redactado el borrador inicial, he de agradecer las valiosas aportaciones de Rafael Morales, siempre minucioso y meticuloso, buscando que las fecha encajen o que algún aspecto biográfico quede reflejado con precisión. También las de mi editora, Elena

García-Aranda, por sus atinadas sugerencias para concretar detalles y precisar expresiones, así como por su paciencia a la hora de aclarar datos minúsculos en los mapas que aparecen en las guardas de *Dueños del mundo*. Mi agradecimiento a Guillermo Chico —un todo terreno, como he señalado en otras ocasiones—, por su incansable trabajo, su amabilidad y su paciencia. A María Eugenia Rivera, por estar siempre ahí pendiente de todo. A Luis Pugni, por su confianza, su buen hacer y su amistad. Gracias a Fernando Contreras por su magistral trabajo y gracias a Cristina por sus recomendaciones, siempre acertadas, por leer pacientemente el borrador, por su cariño y por aguantarme en los momentos de dificultad que siempre tiene el proceso de creación de una novela.

José Calvo Poyato



El espía del rey

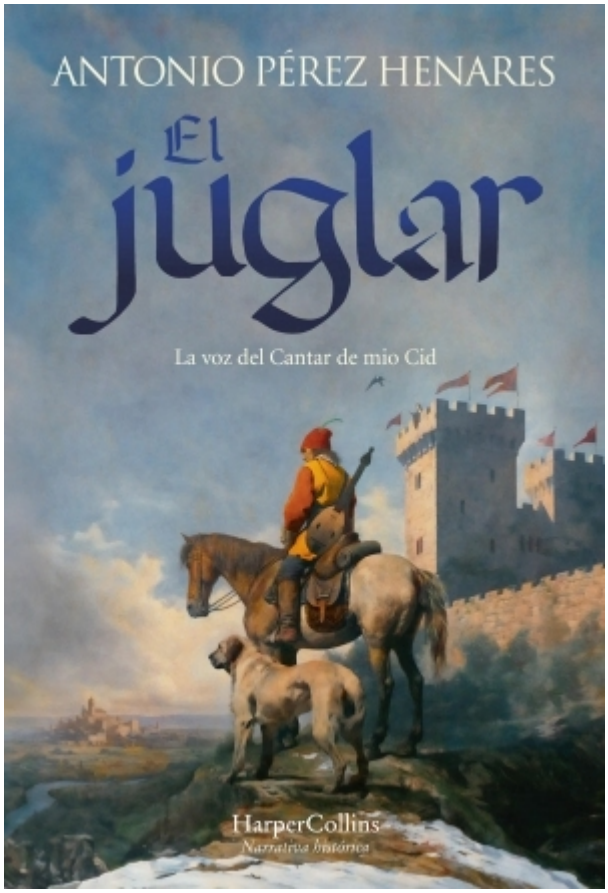
Calvo Poyato, José
9788410641549
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Esta gran historia de espionaje nos permitirá pasear por el Londres del XVIII: por el refinado ambiente de la Royal Society y por tabernas, muelles y tugurios, también por el Madrid dieciochesco

donde respiraremos el ambiente cultural de una época en profunda transformación. España a mediados del siglo XVIII. La Ilustración empieza a ser realidad, pero la Inquisición aún tiene fuerza. Los marinos españoles publican obras de gran importancia científica. Es el caso de Jorge Juan, que ha medido el meridiano terrestre y acaba de publicar un libro sobre ello, pese a los reparos de la Inquisición. Por su parte, el marqués de la Ensenada, principal ministro de Fernando VI, está dispuesto a potenciar la flota moderna capaz de enfrentarse a la británica. Jorge Juan viaja a Londres como científico para participar en las reuniones de la Royal Society, donde se lo recibe como marino ilustrado, pero la verdadera razón de su viaje es espiar los astilleros ingleses. Adopta para ello una doble identidad: la real y la de un librero que se mueve por los muelles del Támesis y las tabernas portuarias buscando a expertos en la construcción naval. Así, contratará y traerá a España a los hombres que harán realidad los proyectos de Ensenada. Pero al ser descubierto, tendrá que huir de Londres. En Madrid, Fernando VI y la portuguesa Bárbara de Braganza están empeñados en mantenerse neutrales ante la guerra que enfrenta a británicos y franceses. Ensenada, en cambio, es partidario de la alianza con Francia, ya que Gran Bretaña practica el contrabando en nuestras colonias. La corte, donde se respira un ambiente tan culto —Farinelli es el centro de ese mundo— como mojigato, también es centro de intrigas políticas. «Del panorama literario actual, José Calvo Poyato es uno de los autores que mejor nos traslada a épocas pasadas». Onda Cero «Un referente de la novela histórica española». El Periódico «Combina con sabiduría la novela histórica y el thriller». Juan Ángel Juristo, ABC «Un gran historiador. Un excelente novelista». J. J. Armas Marcelo

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El juglar

Pérez Henares, Antonio
9788419883445
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Antonio Pérez Henares, con gran verosimilitud, amenidad y rigor, como es habitual en sus novelas, glosa la vida de los juglares que vivieron y transmitieron las andanzas, aventuras y desventuras del

guerrero más famoso de su época: Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. La Edad Media era un tiempo de caballeros, reyes, damas, castellanos, comerciantes, campesinos, prostitutas, mercenarios, ladrones… y también de juglares, que fueron testigos y transmisores de batallas, romances, banquetes y todo aquello que llenaba el medievo de luz, color y música. Porque la Edad Media era un mundo mucho más luminoso del que nos han vendido. Fue una época de lírica y música, un tiempo de explosiones de color en iglesias, castillos y ciudades, una edad donde el juglar era el cronista, el portador de las buenas y las malas nuevas en salones nobiliarios, plazas de pueblos y ciudades, e incluso en las cortes de los reyes. Esta es su novela. Tres generaciones de juglares, a caballo entre los siglos XI y XII, protagonizan esta fascinante historia. Tres juglares que compusieron y dieron voz a la epopeya medieval más trascendental. Tres hombres que dieron vida al Cantar de mio Cid, el más importante hito en la historia de nuestra cultura, pero que también tuvieron vidas fascinantes llenas de aventuras, amores y traiciones, y recorrieron toda la Península, de Santiago de Compostela al reino moro de Murcia, y hasta la Occitania francesa.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Solas en el silencio

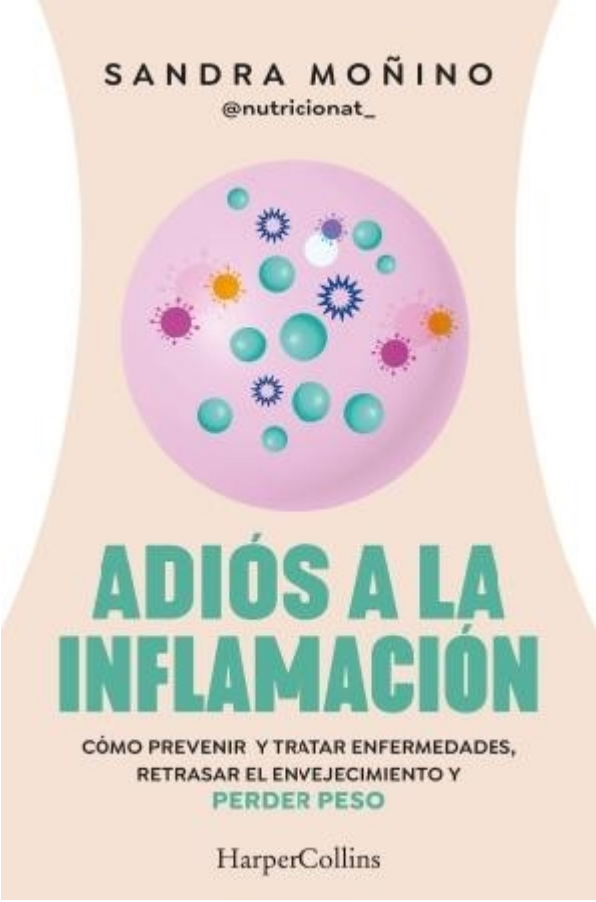
Silvia Intxaurrondo
9788410642157
304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia apasionante que ahonda en el amor incondicional y en la lucha por sobrevivir a un destino ya escrito. Bajo la lluvia fina de Sopuerta, un pueblo frío del norte, unos feligreses enfilan el camino hacia la iglesia para escuchar la misa de domingo. Miran de reojo a Sole y a su hijo Joxean, un joven encerrado en la mente de un niño

de cinco años; sobre todo Miren, su vecina y enemiga íntima. Todos guardan secretos y sienten culpa. En especial, un grupo de mujeres que susurran en silencio el miedo, el desamor y la soledad. Hasta que unos terribles acontecimientos que todas intuían despertarán su venganza. ¿Hasta dónde estarán dispuestas a callar? EL DEBUT LITERARIO DE SILVIA INTXAURRONDO ES UNA NOVELA SORPRENDENTE Y EMOTIVA QUE TE ATRAPARÁ Y TE DEJARÁ CON EL CORAZÓN EN UN PUÑO.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro

con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Dieta solar

Molina, María del Mar
9788410642096
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Has seguido dietas convencionales sin ver resultados duraderos? ¿Sabías que la luz que recibes afecta a tu sueño, bienestar y estado de ánimo? ¿Por qué cada vez son más comunes los problemas digestivos, el sobrepeso, las migrañas, la infertilidad, el cáncer, la diabetes…? El sol y el ambiente en el que vives, los ritmos circadianos, la alimentación, el momento en el que comes, el agua que bebes, las horas de sueño y tus hábitos determinan de forma clave tu bienestar físico y emocional. Exposición al sol y protección de la luz artificial. Caminar descalzo sobre la tierra. Comer según las estaciones. Dormir mejor. Ayunar bien y sin pasar hambre. Perder grasa sin enfermar. Dieta Solar es el manual definitivo que revolucionará tu salud. Su autora, María del Mar Molina, más conocida en redes sociales como @lanutricionadora, desafía las falsas creencias sobre las dietas y propone un nuevo enfoque que recupera los hábitos que hemos perdido y nos conecta con nuestra naturaleza ancestral.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)